ÁNGEL RAFAEL LOMBARDI BOSCÁN

Banderas del rey

Los realistas y las guerras de España en América (1810-1823)

PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

BANDERAS DEL REY
Los realistas y las guerras de España en América (1810-1823)

BANDERAS DEL REY
Los realistas y las guerras de España en América (1810-1823)

Ángel Rafael Lombardi Boscán

Prólogo de Jordi Canal

PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

LOMBARDI BOSCÁN, Ángel Rafael
Banderas del rey (1810-1823) : los realistas y las guerras de España en América / Ángel Rafael Lombardi Boscán ; prólogo de Jordi Canal. — Zaragoza : Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2019
482 p. ; 22 cm. — (Ciencias Sociales ; 134)
Bibliografía: p. 469-477. — ISBN 978-84-17873-26-4

Venezuela–Historia–1810-1823 (Guerra de la Independencia)

94(87)«1810/23»

CREATIVE COMMONS

© Ángel Rafael Lombardi Boscán
© De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza
(Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social)
1.ª edición, 2019

Imagen de cubierta: *Vista de la toma del Pueblo de la mar, en la Isla Margarita* (Museo Naval, Madrid. MNM 00957)

Colección Ciencias Sociales, n.º 134
Director de la colección: Pedro Rújula López

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330. Fax: 976 761 063
puz@unizar.es http://puz.unizar.es

La colección Ciencias Sociales de Prensas de la Universidad de Zaragoza está acreditada con el sello de calidad en ediciones académicas CEA-APQ, promovido por la Unión de Editoriales Universitarias Españolas y avalado por la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación (ANECA) y la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (FECYT).

Para Jordi Canal

PRÓLOGO

El realismo en las guerras de independencia latinoamericanas no es un tema sencillo ni cómodo. Los realistas no solamente fueron los perdedores, sino que, además, según el relato nacional construido desde el mismo momento de los hechos, estaban condenados a serlo. El discurso de los protagonistas vencedores, con toda su carga negativa frente a sus enemigos, acabó siendo incorporado automática y literalmente en muchas ocasiones a la historiografía. El teleologismo imperante convertía a los realistas en invisibles, equivocados y manipulados, o bien los reducía a simples comparsas en una evolución histórica lineal, que no admitía ni dudas ni incertidumbre. Los realistas no eran, sin embargo, una curiosidad o un detalle del pasado, ni tampoco estaban de antemano condenados a ser vencidos. Su negación es improcedente, pues tuvieron un papel importante en la historia, que merece ser reconocido al margen de ideologías y preferencias patrióticas. En los últimos años se está haciendo un notable esfuerzo historiográfico para otorgarles su justo protagonismo, que depende de su lugar en el pasado y no de los caprichos y manipulaciones del presente —amén de presentistas—.

Ocultar a los realistas vencidos constituye, asimismo, una forma de ocultación del fratricidio. Existe en todas partes una tendencia al ennoblecimiento del pasado. La vergüenza que supone referirse a conflictos civiles y exilios en la propia historia provoca, en un buen número de casos, que se intenten esconder

forzando la desaparición de todo elemento evocador.[1] *Denominar «guerra de independencia» a un conflicto ha sido una manera, en los siglos* XVIII, XIX *y* XX, *de disimular su componente guerracivilista. Lo mismo puede decirse de «revolución» o de «guerra de liberación nacional». Un caso evidente es el de la llamada, en España, guerra de la Independencia o guerra contra los franceses de 1808-1814. Fue, ciertamente, una guerra internacional, pero también una guerra interna. La lectura patriótica del conflicto, sin embargo, terminó imponiéndose y permitió construir la guerra de Independencia, silenciando los aspectos menos presentables, por una u otra razón, del conflicto. A veces, los vencedores contribuyeron decisivamente al proceso, negando la identidad de los adversarios. Referirse a facciosos, latrofacciosos o bandidos —los famosos* briganti *de la Italia meridional del Risorgimento, por ejemplo— fueron maneras utilizadas por los liberales vencedores en las guerras civiles del siglo* XIX *para nombrar a sus oponentes, asimilándoles a los integrantes de bandas para evitar considerarles un auténtico bando en el marco de contiendas fratricidas.*[2]

Presentar las guerras de independencia como simples conflictos entre americanos y españoles ha complicado, más si cabe, la consideración de los realistas como verdaderos actores históricos. No estamos, sin embargo, ante simples guerras de independencia, ni ante un enfrentamiento entre americanos y españoles, ni ante conflictos nacionales. No resulta posible pensarlas sin acudir a la ya citada categoría de «guerra civil». Como afirmara hace ya cuatro lustros el gran historiador François-Xavier Guerra, en una buena parte de América Latina tuvo lugar en el siglo XIX *una guerra civil larga y destructora.*[3] *La historia de Euroamérica —tomo aquí prestada, precisamente, la terminología manejada por este autor— en el Ochocientos se convierte en incomprensible sin la guerra civil. Ello resulta evidente tanto en Europa occidental como en América Latina.*

En los antiguos territorios de la Monarquía católica, a un lado y otro del Atlántico, tuvieron lugar, entre 1808 y mediados de la centuria, unas largas e intermitentes guerras fratricidas; unos enfrentamientos, en definitiva, entre

---

1 Gabriele Ranzato (ed.), *Guerre fratricide. Le guerre civili in età contemporanea,* Milán, Bollati Boringhieri, 1994.

2 Jordi Canal (ed.), *Exilios. Los éxodos políticos en España, siglos* XV- XX, Madrid, Sílex, 2007.

3 François-Xavier Guerra, «Editorial», *Bulletin Institut Pierre Renouvin,* 7 (1999), en <ipr.univ-paris1.fr/spip>.

visiones del mundo contrapuestas. La introducción de la idea de la existencia en distintos países de Europa occidental o América Latina, en el siglo XIX, de una larga guerra civil no significa de modo alguno sugerir anormalidades o excepcionalidades en la historia, ni muchos menos formular juicios de valor o imágenes condenatorias o denigrantes del pasado nacional. Una interpretación del Ochocientos que subraye el componente fratricida de los afrontamientos no implica ningún tipo de valoración en clave positiva o negativa de la historia. El uso de la categoría «guerra civil» debe estar al margen de las consideraciones y los prejuicios morales que suscita su aprehensión —y, está claro, su aprensión— en la realidad. Se trata, en esencia, de un objeto de historia. Muy útil, en cualquier caso, a fin de interpretar y comprender la historia del siglo XIX y la génesis de la contemporaneidad.[4]

En un ensayo publicado en 2010, con el título de Elegía criolla, *Tomás Pérez Vejo nos recordaba que las denominadas guerras de independencia constituyen uno de los episodios más destacados en el alumbramiento del mundo contemporáneo: el paso de la Monarquía católica a una veintena de nuevas naciones y Estados, España incluida. Fueron, ante todo, luchas entre americanos, de criollos contra criollos. Asimismo, las naciones surgieron de las guerras, pero no las provocaron, puesto que a principios del siglo XIX estas supuestas naciones no existían. La propia evolución de las guerras definió límites nacionales en el continente americano y forjó naciones.*[5] *El historiador colombiano Marco Palacios acuñó, en este último sentido, la sugerente fórmula del fratricidio como fuente de nacionalidad.*[6] *Las guerras de independencia fueron conflictos muy complejos, en los que, más allá de la separación de España, se enfrentaron grupos sociales y étnicos distintos, se ventilaron intereses de múltiples territorios y potencias —no pueden obviarse, por ejemplo, las intervenciones directas o indirectas de franceses y británicos— y se dilucidaron cuestiones que van desde lo cultural a lo religioso y desde lo económico y social a lo más estrictamente político.*

---

4 Jordi Canal y Eduardo González Calleja (eds.), *Guerras civiles. Una clave para entender la Europa de los siglos XIX y XX,* Madrid, Casa de Velázquez, 2012.

5 Tomás Pérez Vejo, *Elegía criolla. Una reinterpretación de las guerras de independencia hispanoamericanas,* Ciudad de México, Tusquets, 2010.

6 Marco Palacios, *De populistas, mandarines y violencias. Luchas por el poder,* Bogotá, Editorial Planeta Colombiana, 2001, pp. 161-195.

En el caso venezolano, en concreto, la ausencia e invisibilidad del realismo ha sido, durante mucho tiempo, flagrante. «La historia de nuestro proceso de emancipación solo ha sido escrita por la mitad», sostenía Tomás Straka en la primera frase de su libro La voz de los vencidos, *publicado en 2007.*[7] *Un año antes había visto la luz, en la ciudad venezolana de Maracaibo,* Banderas del rey. (La visión realista de la independencia), *de Ángel Rafael Lombardi Boscán.*[8] *Mientras que en el primero se reconstruye y analiza el pensamiento tradicional de los partidarios del rey —en nada débil, ni poco influyente— en la revolución de independencia, en el segundo, en cambio, se estudia, a partir de un gran despliegue de fuentes, la aportación político-militar del bando realista —y su visión del proceso— al conflicto entre 1810 y 1818. El libro de Lombardi Boscán, que era una adaptación de parte de su tesis doctoral defendida en la Universidad Complutense de Madrid, recibió el Premio Nacional de Historia Francisco González Guinán (2007), otorgado por la Academia Nacional de la Historia de Venezuela. En el discurso pronunciado con motivo de este reconocimiento, el historiador zuliano caracterizaba el libro como una suerte de metafórico «ajuste de cuentas» sobre sus principales preocupaciones en torno a la historia venezolana y, en especial, sobre la cuestión de la independencia.*[9]

No eran, Tomás Straka y Ángel Rafael Lombardi Boscán, los primeros historiadores venezolanos que recuperaban la historia del realismo y que la entendían como indisolublemente ligada al pasado de país, pero sí los que lo hacían de una manera más clara y extensa, dedicándole sendos volúmenes. No pueden no citarse aquí como precedentes en esta crítica a la historia patria y a sus significativas omisiones y a sus maniqueísmos variopintos autores como Germán Carrera Damas, Elías Pino Iturrieta o, entre otros más, Inés Quintero. Sin olvidar, está claro, las opiniones valientes, aunque poco seguidas, de Laureano Vallenilla Lanz, a principios del siglo XX*: la independencia, aseguraba en una famosa conferencia de 1911, fue una guerra civil.*[10]

---

7 Tomás Straka, *La voz de los vencidos. Ideas del partido realista de Caracas, 1810-1821,* Caracas, bid & co. Editor, 2007, p. 15.

8 Ángel Rafael Lombardi Boscán, *Banderas del rey. (La visión realista de la independencia),* Maracaibo, Universidad Católica Cecilio Acosta-Universidad del Zulia, 2006.

9 Ángel Rafael Lombardi Boscán, «Discurso con motivo del otorgamiento del Premio Nacional de Historia "Francisco González Guinan" 2007 a Ángel Rafael Lombardi Boscán», *Revista de Artes y Humanidades UNICA,* 21 (2008), p. 221.

10 Laureano Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático y otros textos* [1921], Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991.

A Banderas del rey. (La visión realista de la independencia) *le siguió, una década después,* Estrategia de la derrota, *un volumen en el que Ángel Rafael Lombardi Boscán (no confundir con el también historiador maracaibero Ángel Lombardi, su padre) estudiaba la actuación del ejército realista —no sinónimo, evidentemente, de español— en la llamada Costa Firme entre los años 1818 y 1823. La perspectiva militar presidía el tratamiento de la etapa final del periodo de la independencia. Escribe el autor en la introducción: «Con este texto, cerramos el círculo que abrimos con* Banderas del rey *(2006). Diez años para corroborar que el tiempo como categoría metafísica es "rápido" y que publicar en las actuales muy difíciles circunstancias de la crisis nacional es un acto heroico».*[11] *Las derivas autoritarias y dictatoriales del bolivarismo del siglo XXI, agravadas con el paso de Hugo Chávez a Nicolás Maduro, planean sobre algunas páginas. En el libro se mantiene la voluntad desmitificadora y de plantear una reconstrucción histórica de la época amplia e inclusiva, integrando y contextualizando a los olvidados vencidos. El buen historiador es, por definición, riguroso, crítico y revisionista. Lombardi Boscán desenmascara la propaganda y la manipulación y desmonta mitos y leyendas, empezando por los vinculados con el libertador Simón Bolívar, convirtiéndolos en objeto —que no explicación ni demostración— de historia.*

De esa voluntad crítica y desmitificadora constituye también un buen ejemplo otra obra de Ángel Rafael Lombardi Boscán, publicada en 2009: Conspiración de Maracaibo, 1799. *En ella se aborda un episodio de la historia de Maracaibo que forma parte del relato nacional de la independencia venezolana. Mito y leyenda venían imponiéndose desde el siglo XIX, en este caso, a la historia. Resultaba el tema polémico, sostiene Lombardi, «por la ausencia de evidencia documental contrastada y porque los hechos y los actores han sido sobredimensionados, otorgándoles a sus actos una intención político/ideológica de dudosa autenticidad».*[12] *La conspiración de Maracaibo de 1799 habría sido, según la versión canónica, el aporte patriótico de esta ciudad al esfuerzo nacional de la independencia. Con ello se pretendía hacer perdonar, en alguna forma, su posición prorrealista hasta 1821, integrándose en el bando y relato de*

---

11 Ángel Rafael Lombardi Boscán, *Estrategia de la derrota. (El ejército realista en Venezuela, 1819-1823),* Maracaibo, Universidad Católica Cecilio Acosta, 2016.

12 Ángel Rafael Lombardi Boscán, *Conspiración de Maracaibo, 1799,* Maracaibo, Universidad Católica Cecilio Acosta, 2009, p. 21.

los vencedores de la contienda. Un análisis del debate histórico-historiográfico y una reconstrucción escrupulosa de los hechos permite al autor mostrar los pies fangosos del mito nacionalista y, al mismo tiempo, regionalista. No hubo una magna conspiración ni republicana ni preindependentista en 1799. Como reconoce acertadamente Lombardi Boscán, «es posible ejercer de "patriotas" sin necesidad de traicionar a la historia».[13]

Conocí a Ángel Rafael Lombardi Boscán el 15 de marzo de 2011 en Maracaibo. Lo recuerdo muy bien. Me habían invitado, a través del profesor español Carlos Barros y su plataforma Historia a Debate, al II Congreso Internacional de Historia Inmediata, organizado por la Universidad del Zulia y la Universidad Católica Cecilio Acosta. Mi ponencia tenía por título «Marc Bloch y la historia inmediata». La intervención no tuvo demasiada buena acogida. Defender el compromiso del historiador solamente con la historia, distinguiendo en todo lo posible, a la manera blochiana, al historiador-historiador del historiador-ciudadano, en una sala en donde la mayoría de los asistentes creían en el compromiso con la revolución, el bolivarismo o la izquierda no era tarea simple. Después de mi exposición, algunos de los organizadores ya no me miraban de la misma manera. Me había convertido en un tipo como mínimo sospechoso. Solamente una persona de la sala se me acercó para decirme, evitando en lo posible que nos oyeran, que mi intervención y osadía le habían gustado mucho. Y, además, se ponía a mi disposición para lo que pudiera necesitar en aquella estancia en tierra maracucha. Como el lector habrá podido deducir, la persona en cuestión era Ángel Rafael Lombardi Boscán. Pasamos el resto de los días en que permanecí en la ciudad paseando, comiendo y charlando de todo un poco, especialmente de historia, literatura, cine y política. Fueron unos días maravillosos en los que nació una amistad que todavía dura y que se enriquece, día a día, con el diálogo y un respeto intelectual y personal mutuo.

Desde entonces no he perdido nunca el contacto con Ángel. Fue mi invitado en la EHESS de París en dos ocasiones, la última de ellas en 2018. Los estudiantes apreciaron sobremanera sus cursos. Recibo, sigo y leo sus comprometidos artículos en la prensa, lúcidos y muy críticos con la situación que se está viviendo, desde hace años, en Venezuela. He conocido, asimismo, a buena parte de su extensa familia, padres y hermanos. Los padres de Ángel Rafael Lombardi

13 Ib., p. 57.

Boscán son profesores: Ángel Lombardi, de historia, y Lilia Boscán de Lombardi, de literatura. Ambos han publicado mucho en sus respectivos campos, pero también en otros géneros como el ensayo o la poesía. El padre es un destacado historiador, autor de una interesante Introducción a la historia, *varias veces reeditada. La cuarta edición, la que yo he leído, prologada por Germán Carrera Damas, data de 2010.*[14] *Ha sido rector de la Universidad del Zulia y lo es de la Universidad Católica Cecilio Acosta. La influencia del padre historiador es reconocida por Lombardi Boscán: «Mi principal influencia acerca de cómo entender y escribir la Historia provienen de él, y no me da ningún tipo de vergüenza decirlo públicamente».*[15]

La lectura de los trabajos de Ángel Rafael Lombardi Boscán me causó una gratísima impresión. Un par de ellos eran, en buena medida, partes de una misma obra: Banderas del rey. (La visión realista de la independencia) *y* Estrategia de la derrota. (El ejército realista en Venezuela, 1819-1823). *Por esta razón, en una de nuestras conversaciones parisinas, a principios de 2018, le aconsejé reunirlos en un solo volumen y publicarlo en España, en donde, teniendo en cuenta sobre todo la situación venezolana, iba a tener una mayor y merecida difusión. El resultado lo tienen ustedes, algo más de un año después, en sus manos. Estoy seguro de que no les va a defraudar. El autor ha hecho un notorio esfuerzo para integrar los dos textos y los ha revisado a fondo, reescribiendo algunas partes. Estamos, a fin de cuentas, ante otro producto. Lombardi Boscán reconstruye, en toda su complejidad —sin trampas, sin maniqueísmos, sin mitos, sin simplicidades—, organizado en cuatro partes cronológicas, la historia del realismo y de los realistas en la Venezuela de la independencia.*

Banderas del rey. Los realistas y las guerras de España en América (1810-1823), *el libro que ahora ve la luz en Prensas de la Universidad de Zaragoza, dirigidas con entusiasmo y profesionalidad por Pedro Rújula, constituye una auténtica y acertada reconstrucción, para decirlo en palabras del ya citado Marc Bloch, de la historia de unos hombres en el tiempo y, asimismo, me permito añadir, en el espacio.*[16] *Los individuos, ya sean protagonistas más o*

---

14 *Ángel Lombardi, Introducción a la historia,* Maracaibo, Universidad Católica Cecilio Acosta, 2010.

15 Ángel Rafael Lombardi Boscán, «Historia y humanismo militante», en Ángel Lombardi. *Homenaje,* Maracaibo, Universidad Católica Cecilio Acosta, 2012, p. 37.

16 Marc Bloch, *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien,* edición anotada por Étienne Bloch, París, Armand Colin, 1993, pp. 51-52.

menos conocidos —como Narciso Coll y Prat, José Tomás Boves o Pablo Morillo—, o bien anónimos, como lo fueron tantas personas que dieron y perdieron sus vidas en aquel entonces en unos cruentos enfrentamientos, tienen un papel fundamental en esta excelente obra. Estoy además totalmente convencido, como asegura el autor en la introducción, de que la historia latinoamericana es incomprensible sin España y la española sin América Latina.[17] *Escribir este prólogo es para mí un gran honor, tanto por la gran calidad del producto como, específicamente, por la persona de su autor, mi buen colega y amigo Ángel Rafael Lombardi Boscán.*

Jordi Canal
EHESS, París

17 Jordi Canal, *La historia es un árbol de historias. Historiografía, política, literatura,* Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014, pp. 23-36.

INTRODUCCIÓN

> El hombre, en su miserable condición, levanta con la mente complicadas arquitecturas y cree que aplicándolas con rigor conseguirá poner orden al tumultuoso y caótico latido de su sangre.
>
> Álvaro Mutis (1923-2013)

El estudio del período sobre la Independencia de Venezuela pareciera ser un tema maldito. Deformado por unos, ocultado por otros; asociado más a creencias que a ideas e interpretaciones históricas; vinculado estrechamente al mito y la leyenda, ha servido para robustecer una conciencia e identidad nacional sobre la deformación del mismo pasado. Lo sucedido en esa década de desolación, guerra y muerte nos ha marcado y sigue marcando inexorablemente a todos los venezolanos. La Independencia de Venezuela, al igual que en el resto de América, significó una ruptura en el tiempo, un verdadero proceso revolucionario con repercusiones mundiales que terminó indigestándose a sus propios protagonistas. «Guerra a favor de la Libertad» para los republicanos, «Guerra a favor de la Monarquía» para los realistas, en el fondo, la violencia como último recurso para dirimir la supremacía entre distintos sectores sociales que pugnaban tanto por sus intereses como por el control de las redes de poder dentro de una sociedad en transición desde el Antiguo Régimen a la modernidad política.

La quiebra de la monarquía hispana, después de la invasión napoleónica en 1808, supuso la circunstancia histórica que sirvió de detonante para el enfrentamiento entre los partidarios del viejo régimen colonial y quienes deseaban verlo superado por las innovaciones políticas, sociales, religiosas, económicas y culturales de los recientes procesos revolucionarios ocurridos en Estados Unidos y Francia.

Pero, a pesar de la ruptura, siempre hay continuidad. Dentro del cambio y lo nuevo, se mantienen pervivencias que contribuyen a definirnos, y a las que hay que reconocer. Los primeros pobladores indígenas se remontan hasta 10000 a. C. y la presencia imperial española desde 1498 d. C., períodos históricos ambos a los que no hay que desestimar bajo ningún concepto. Lo que allí se fraguó forma parte de la venezolanidad y, además, los hombres que hicieron la Independencia formaron parte directa de ese legado. El venezolano de hoy primero tiene que reconocerse en lo indígena, luego en lo español y negro africano y, ya por último, asumiendo la riqueza de tantas herencias, en lo que es. Evitar la amputación del pasado a través del olvido y la deformación de la memoria y el recuerdo es la gran tarea del historiador en nuestro medio. Llevar a las escuelas y universidades una visión más profesional y responsable de lo que ha sido nuestro devenir histórico, he ahí un programa digno de llevar a cabo.

Siempre nos ha parecido un error de perspectiva histórica el asumir la Independencia como el hito que divide en dos a la historia de Venezuela. La historia es el pasado y el presente desde la continuidad y larga duración. La Independencia como tema ha sido exaltada románticamente como un período luminoso donde nació la libertad y acabó la tiranía. Su estudio se ha realizado a través de héroes y antihéroes, con un excesivo formalismo en el discurso no exento de superficialidad a la hora de presentar los bandos enfrentados; es decir, el recurso simplista y maniqueo de dividir y explicar la historia entre buenos y malos, cuando en realidad fue un proceso de lo más complejo, todavía hoy sujeto a las más variadas interpretaciones: guerra social, conflicto de castas, guerra civil, guerra interprovincial, guerra internacional, conflicto intercolonial, entre otras muchas denominaciones y perspectivas. Para los llamados «patriotas venezolanos», fue una guerra de liberación en contra de un régimen ya obsoleto históricamente, mientras que, para las autoridades realistas, significó tener que enfrentarse a una sublevación por parte de unos súbditos rebeldes a quienes había que someter y castigar.

La Independencia ha representado una Edad de Oro, el período estelar de todo nuestro proceso histórico, la justificación de lo afirmativo venezolano. Venezuela y sus soldados, de la mano de Bolívar y Sucre, llevaron los ideales de libertad a medio continente y propusieron la idea generosa de una gran confederación de países para consolidar y defender la recién adquirida

nueva nacionalidad. No obstante, la cruda realidad se encargaría de demostrar cómo el proyecto ilustrado y liberal de Bolívar y otros próceres terminaría claudicando ante las exigencias pragmáticas de una oligarquía terrateniente y mercantil más preocupada en afianzar su nueva posición de liderazgo y poder ante la derrota de la Metrópoli.[1] Ese mismo sector se encargará, con el tiempo, de reelaborar el discurso histórico y no tendrá reparos en hacer confluir a la historia nacional junto con la historia patria, imponiendo un discurso oficialista claramente tendencioso, cuya principal premisa ha sido la exaltación casi mágica de la figura e ideario del Libertador y la generación de próceres que lo acompañaron. Esto, naturalmente, ha pasado por la negación de lo hispano y el asumir el período colonial de trescientos años de duración como algo oscurantista. Desde entonces, el tema de la Independencia se ha convertido en algo anacrónico, y su estudio, por lo general, se hace de una manera descontextualizada y parcial.

---

1 El historiador venezolano Manuel Caballero (1931-2010) sostuvo en uno de sus escritos que Venezuela ha tenido dos proyectos nacionales: el proyecto liberal de los años treinta del siglo XIX y el proyecto democrático de la década del treinta en el siglo XX. La Independencia en sí no permitió el establecimiento de un proyecto de país con continuidad en el tiempo; todos los intentos republicanos desde 1811 tropezaron con la reacción realista hasta la rendición de Puerto Cabello en 1823. En 1830, a través del movimiento de la «Cosiata», Venezuela rompió sus vínculos con la República de Colombia e inició su andadura como nueva nación bajo el sello personalista de caudillos como Páez, Monagas, Falcón, Guzmán Blanco, Joaquín Crespo y tantos otros. El punto de partida del proyecto liberal fue la Constitución de 1830 y sus características principales; según Caballero, fueron: 1. «Liberarse del Libertador» como jefe del Estado colombiano, mas no de su ideología e impronta como máximo líder durante la guerra; 2. «Liberarse de los libertadores», es decir, de los jefes militares patriotas con aspiraciones desmedidas en la obtención de privilegios; para ello, la oligarquía civil se aliará con el general José Antonio Páez, y 3. La elaboración de una Constitución que refleje al país tomando como referencia el territorio de la antigua Capitanía General de Venezuela, con un gobierno representativo y alternativo y, en lo económico, con un proyecto liberal ortodoxo. El ascenso al poder del teniente coronel Hugo Chávez Frías en el año 1999 puede interpretarse de distintas maneras: por un lado, existe entre sus principales allegados la idea de hacer una «revolución» bolivariana, es decir, proponen la construcción de un nuevo país; no obstante, muchos de sus ministros y principales aliados en el ámbito civil formaron parte de algunas organizaciones políticas excluidas por el Pacto de Punto Fijo firmado por Betancourt, Villalba y Caldera, lo cual indica que el ciclo democrático iniciado en 1958 mantiene su vigencia a pesar del arribo a la escena política de nuevos protagonistas. Luego del fallecimiento de Hugo Chávez en el año 2013, el derrotero del proyecto civilista, republicano y democrático, ya de por sí puesto en duda por el teniente coronel oriundo de Barinas, vive hoy en una franca deriva autoritaria. Véase M. Caballero, «Transición y proyecto nacional», *El Universal,* abril de 2002.

Algo semejante les ha ocurrido a España y sus historiadores. Después de Ayacucho (1824), América se desvaneció para los españoles. Los ya clásicos estudios de Melchor Almagro, Jaime Delgado y Enciso Recio[2] han puesto en evidencia la apatía colectiva de todo un pueblo hacia los asuntos americanos tanto durante el conflicto como en los años posteriores. Habrá que esperar a la guerra con los Estados Unidos en Cuba (1898) para que los españoles tengan un reencuentro con una América hasta entonces prácticamente desaparecida y reducida solamente a las islas de Cuba y Puerto Rico.

Al considerar desde el oeste del Atlántico el proceso histórico de la monarquía española, más preocupada siempre por las cuestiones europeas que por las americanas, además de su propia incapacidad para ejercer eficazmente sus funciones gubernamentales por la suma de circunstancias adversas a las que tuvo que hacer frente, todavía nos causa asombro y sorpresa las resistencias que existieron por parte de un sector venezolano, partidario del realismo y ganado a la idea de mantenerse bajo el régimen monárquico español. De igual manera merecen nuestra atención los esfuerzos realizados por el Gobierno peninsular para impedir, mediante el uso de la fuerza, el triunfo de los separatistas, llamados en la época «rebeldes»,[3] dentro de unas circunstancias de extrema precariedad para mantener un esfuerzo de guerra prolongado en unos escenarios caracterizados por el gigantismo y los adversos ambientes climáticos y geográficos típicos del trópico. A esto hay que agregar el problema de la distancia y las comunicaciones a través del Atlántico en un período donde las luchas intercoloniales se encontraban en pleno apogeo y era fundamental poder

---

2 M. Fernández Almagro, *La emancipación de América y su reflejo en la conciencia española,* Madrid, 1957; J. Delgado, *La Independencia de Hispanoamérica,* Madrid, 1989; J. Delgado, *La Independencia de América en la Prensa Española,* Madrid, MCMXLIX, y L. Enciso Recio, *La Opinión española y la Independencia Hispanoamericana 1819-1820,* Valladolid, 1967.

3 En el trabajo, a los venezolanos partidarios de conseguir la Independencia del Imperio español los hemos denominado republicanos en vez de patriotas, ya que fueron patriotas tanto unos como otros en la defensa de su causa. La documentación realista de la época no concede a sus enemigos la condición de beligerantes, sino que los consideró como «rebeldes» hasta el año 1820. Bolívar, el principal líder republicano, fue tildado de «sedicioso». Tampoco hemos denominado a los partidarios del rey como «godos» sino sencillamente «realistas».

contar con una robusta marina mercante y de guerra, que no era el caso precisamente de España.

Según el decir de Raymond Carr, una especie de «locura gloriosa» ha invadido a muchos de los principales líderes y dirigentes españoles desde los tiempos de Felipe II, como consecuencia de una mentalidad forjada dentro de la construcción y terca defensa de uno de los imperios más poderosos de la Historia siguiendo unos designios divinos. La falta de flexibilidad y el concepto de «no renuncia»[4] a pesar de las circunstancias más adversas dan el tono de muchas de las actitudes realistas y españolas durante la Guerra de Independencia en Venezuela.

La coyuntura histórica a la que hacemos referencia es rica en hechos y procesos significativos que merecen múltiples acercamientos más allá de los estrechos límites de las historias nacionales. La historia de Venezuela no pue-

---

4 En esto hay una interpretación psicológica y cultural que define actitudes y conductas del colectivo español y sus líderes a lo largo de la Historia y que es fundamental comprender. El pueblo español vivió décadas de desengaño histórico con relación a una decadencia que les costó asumir con la lucidez necesaria para atajarla a tiempo y evitar, con ello, una mayor erosión a su prestigio mundial. La irrealidad se instaló la mayor parte de las veces en la Corte de Madrid y sus decisiones en política exterior estuvieron influidas por un «destino manifiesto» impuesto por los reinados de Carlos V y Felipe II que, muy pronto, desbordó las limitadas fuerzas hispanas. Tanto Geoffrey Parker como Raymond Carr han detectado una actitud intransigente por parte de los líderes y gobernantes españoles respecto a la conservación de sus territorios más allá de sus reales posibilidades de defensa; una especie de fatalismo divino que se resiste a ceder ante el adversario porque carece de la «verdad», mientras que España, bajo el liderazgo del monarca y Dios, está obligada a vencer recurriendo no solo a los medios materiales sino, sobre todo, a los halos de la providencia. Este pensamiento mágico-religioso cargado de supersticiones es de una completa herencia medieval. Casos paradigmáticos en donde se manifiesta esta conducta de «no renuncia» son la larga y costosa guerra en Flandes contra los protestantes (1568-1648); las luchas por la Independencia en Hispanoamérica, en donde se pretendió acabar con los «rebeldes» con una fuerza expedicionaria de solo 15 000 hombres en el año 1815 y la guerra contra Estados Unidos en Cuba en el año 1898, en donde ni el ejército ni la armada, en condiciones de mucha precariedad logística, pudieron convalidar la excesiva propaganda optimista de la prensa madrileña. No creemos en los condicionamientos deterministas a ultranza, pero no hay ninguna duda de que las circunstancias históricas que a un conglomerado humano le ha tocado vivir en el pasado van delineando sus actitudes vitales en el presente y le explican. Véase G. Parker, «Felipe II Condenado al Fracaso», *Historia 16,* año XXV, n.º 303, julio de 2001, pp. 11-27 y «Signos en Rotación», suplemento cultural del diario *La Verdad,* año III, n.º 174, 2 de septiembre de 2001, y Á. R. Lombardi Boscán, «El mundo no es suficiente».

de comprenderse sin tener conocimiento de la historia de España y, a la vez, la historia de España dejaría de ser coherente si menoscaba la historia de América y la de cada una de las naciones que surgieron luego de la Independencia. Hoy día, las evidencias de este desencuentro son más que palpables.

Creemos que ni España ni los países hispanoamericanos han sido capaces de aprender del pasado para estrechar relaciones en el presente.[5] Las actitudes chovinistas y nacionalistas de una y otra parte han sido un impedimento para ello; además, hay que agregar una apatía e ignorancia generalizada entre la población de una y otra parte sobre ese pasado común de trescientos años. En una época donde se proclama la idea de la globalización como acercamiento ecuménico entre todos los países y distintas culturas a través de las revolucionarias nuevas tecnologías y avances científicos que han surgido en todos los ámbitos imaginados por el hombre, ofreciendo promisorias posibilidades de intercambio y cooperación, sería una pena seguir repitiendo viejos errores desde posturas mezquinas. Existe una historia y cultura común a la que hay que afianzar a través de hechos reales, con alianzas y acuerdos de carácter estratégico sobre los más diversos aspectos, como el de la inmigración, los intercambios comerciales, el fomento de la cultura hispana en el mundo, la lucha contra la pobreza, el terrorismo y tantos otros temas que exigen un cambio de actitud por parte de nuestros dirigentes.

La causa del rey Fernando VII en Costa Firme entre los años 1810 y 1823 estuvo defendida ardientemente por venezolanos y españoles convencidos de la legitimidad de sus principios. Sacar de las sombras al bando derrotado en la guerra es una tarea necesaria e indispensable para descubrir una de las partes amputadas de la memoria histórica del país, y diríamos también de todo un continente.

Finalmente, este libro ha sido posible por la generosidad y amistad de los doctores Jordi Canal y Pedro Rújula, bajo la premisa de que *Banderas del rey* y los temas que aborda puedan contribuir en el escenario español a

---

5 Afirmamos esto entendiendo que el tiempo fundamental de los hombres y las sociedades es el presente. Los malos recuerdos y la manipulación de esa memoria con fines chovinistas o para apuntalar a los sectores que detentan el poder puede generar grandes errores, impidiendo estrechar alianzas y acuerdos entre los países cuya mira es la de maximizar sus intereses y beneficios en todos los ámbitos posibles.

incentivar el debate sobre las independencias hispanoamericanas desde una postura dialéctica, amplia y revisionista crítica de unos contenidos cuyo tono dominante ha sido el maniqueísmo, la mitología, la omnipresencia de los héroes y la invisibilidad del bando derrotado en la contienda: los partidarios del realismo en la Costa Firme. De igual manera quiero agradecer a la Universidad de Zaragoza por la oportunidad que me brinda de publicar en sus prestigiosas colecciones.

DE COLONIA A REPÚBLICA (1810-1814)

La Junta del 19 de abril de 1810: ¿un golpe de Estado?

> Las derrotas de los ejércitos españoles en la Península, la abdicación de Fernando VII y el desprestigio total de la Junta Central dejó a los españoles de América desarraigados y sin saber a qué atenerse. No es que los americanos se levantaran contra España: España se apeó de América.
>
> Raymond Carr

El 19 de abril de 1810 representa el inicio formal de la Independencia de Venezuela o, en todo caso, el primer paso autonomista. En esa histórica jornada, un grupo de venezolanos del sector blanco criollo y algunos españoles alrededor del Cabildo en la ciudad de Caracas se aliaron para organizar un movimiento conspirador cívico-militar que depuso a las autoridades realistas que estaban al frente de la Capitanía General de Venezuela. Esta conspiración, que devino en un «golpe de Estado», según el punto de vista de algunos historiadores españoles[1] que han estudiado el proceso, ha sido un acontecimiento emblemático dentro de la historiografía de Venezuela.

---

1 D. Ramos Pérez y M. Lucena Salmoral son dos de los historiadores españoles que han interpretado los sucesos del 19 de abril de 1810 como un «golpe de Estado». Los testimonios documentales realistas de la época son inapelables al señalar la conspiración criolla bajo la óptica de un «golpe de Estado».

Venezuela, en esa jornada, dio su primer paso como república y nación independiente; por ello, es obvio que esa jornada haya sido convertida en casi un mito fundacional más que un acontecimiento histórico percibido dentro de un proceso de larga duración que entronca directamente con el período colonial y el pasado indígena, y lo que hemos sido posteriormente desde que accedimos a la vida republicana.

Desde el punto de vista de los contemporáneos partidarios del realismo, el 19 de abril de 1810 inauguró una era de horror y males sobre todas las provincias de Venezuela, hecatombe política que puso en cuestión la legitimidad de la unidad imperial entre España y sus colonias. Las antiguas previsiones y alertas de Ábalos, Aranda y otros funcionarios reales que conocían y habían mostrado preocupación sobre el futuro y permanencia de España en América venían a cumplirse. El sentimiento autonomista criollo imbuido de una identidad americanista propia encontró en la usurpación napoleónica el pretexto adecuado para manifestarse de una manera decidida.

Las autoridades realistas más importantes en ese entonces, con el capitán general en ejercicio, don Vicente Emparan, a la cabeza, fueron expatriadas hacia distintos destinos, entre ellos Estados Unidos y las otras posesiones españolas vecinas a Venezuela.

El movimiento secesionista fue llevado a cabo por algunos de los antiguos conspiradores del fallido intento de crear una Junta en el año 1808. Fue un golpe bien orquestado, que contó con la colaboración de civiles y militares que, ante las noticias negativas que se recibieron sobre el curso de la guerra en la Metrópoli, decidieron actuar para asumir el control del Gobierno por sus propias manos y en representación del mismo rey Fernando VII. No hubo ni derramamiento de sangre ni la necesidad de militarizar a la sociedad caraqueña. La mayoría de los líderes criollos invocaron razones y principios jurídicos para hacer recaer la legítima autoridad del Gobierno en una Junta bajo los auspicios del Cabildo caraqueño como genuino representante de la soberanía popular ante la ausencia del rey.[2]

---

2 Juan Germán Roscio (1763-1821) fue un destacado protagonista de la Primera República y uno de los redactores del Acta de la Independencia; puede considerársele como el principal ideólogo entre los primeros republicanos del año 1810. En 1812, después de la contrarrevolución realista, fue apresado y enviado a una cárcel en España, de donde poste-

La disolución de la Junta Central, debido a la invasión de la región de Andalucía en España por parte de los franceses en los primeros meses del año 1810, trajo como consecuencia el nacimiento de la Regencia,[3] órgano facultativo, integrado por cinco personas, encargado de mantener el funcionamiento del Gobierno español dentro de una nación prácticamente ocupada por fuerzas extranjeras y de unas posesiones ultramarinas completamente incomunicadas. Precisamente, el principal argumento de los juntistas caraqueños para hacerse con el control del Gobierno colonial fue el de considerar a la Regencia y las distintas corporaciones que lo precedieron en España como ilegítimas en garantizar la representación popular y americana:

> En una palabra, desconocemos el nuevo Consejo de Regencia; pero si la España se salva, seremos los primeros en prestar obediencia a un Gobierno constituido sobre bases legítimas y equitativas. Proporcionaremos a nuestros hermanos de Europa los auxilios que nos permitan nuestra actual escasez, mientras dura la santa lucha en que se hallan empeñados; y los que desesperados de su buen éxito busquen otra Patria, en Venezuela hallarán una hospitalidad generosa y una verdadera fraternidad.[4]

Un paso incierto

Ni los criollos ni los españoles que se sumaron a la acción del 19 de abril sospecharon las desastrosas consecuencias que traería para el país se-

---

riormente se fugó. En 1816 regresó hasta Jamaica, dominio británico, y luego estuvo en Filadelfia, lugar que le sirvió para trabajar en la divulgación de las ideas republicanas, tomando como claros influjos tanto el pensamiento escolástico de tradición hispana como la doctrina de los enciclopedistas franceses y los hombres de la emancipación de los Estados Unidos de América. Roscio consideró, como hicieron muchos de sus contemporáneos, que, ante la ausencia del rey, la soberanía recaía en el pueblo a través de sus representantes. Uno de sus textos más emblemáticos fue el que llevó por título *El Triunfo de la Libertad sobre el Despotismo,* elaborado en el año 1817. Para tener una visión de conjunto sobre el pensamiento y las ideas de los hombres que fueron protagonistas el 19 de abril de 1810, es pertinente consultar los dos tomos de la obra *Epistolario de la Primera República,* Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1960, 2 vols., y también la recopilación de las *Obras* de J. Germán Roscio, Caracas, Publicaciones de la Secretaría General de la Décima Conferencia Interamericana, Colección Historia, n.º 8, 1953, 2 vols.

3 Todo el proceso político e institucional que vivieron los españoles a partir del descabezamiento de la Monarquía desde el año 1808 puede seguirse a través de M. Artola, *La España de Fernando VII,* Madrid, 1999, pp. 285-396.

4 A. G. I., 437-A, Caracas, 3 de mayo de 1810, documento firmado por Joseph de las Llamosas y Martín Tovar Ponte.

mejante paso. La mayoría pensó y creyó que lo que se estaba haciendo era lo correcto ante las delicadas circunstancias que atravesaba la Madre Patria. Se temía que los franceses, luego de ocupar España, se trasladasen a las Américas y reclamaran para sí estos territorios; tampoco se quería que los ingleses sustituyeran a la antigua Metrópoli ni que el orden social interno quedase alterado. El movimiento autonomista caraqueño pretendió hacer un cambio de administración y de gobierno a través de los cauces más pacíficos y sin sobresaltos. El orden tenía que mantenerse inalterable resguardando la paz y la seguridad. Los bandos y proclamas emitidos por la Junta caraqueña estuvieron orientados en ese sentido en los días posteriores al suceso.[5] Los españoles de nacimiento no fueron percibidos como enemigos ni rivales sino, por el contrario, se les pidió su más ferviente colaboración ante la nueva situación;[6] de igual manera, se hicieron rápidos llamamientos a los cabildos de las otras provincias que integraban la Capitanía General de Venezuela, para que reconocieran las nuevas autoridades caraqueñas y evitar, con ello, las disensiones internas que pudiesen alterar la paz.[7]

En el plano internacional, los caraqueños se apresuraron a buscar el reconocimiento diplomático y, para ello, enviaron a embajadores a Estados Unidos e Inglaterra.[8] La actividad económica/comercial se liberalizó y se orientó hacia los «Amigos y Neutrales».[9] Los «revolucionarios» caraqueños

---

5 A. G. I., Caracas, 437-A.

6 «La Suprema Junta Gubernativa de esta Capital, ha recibido con la mayor satisfacción el voto sincero y generoso de muchos Individuos Españoles Europeos del Comercio de esta Ciudad, que se han apresurado a manifestarle su pronta obediencia a las órdenes dimanadas de su Autoridad, y la disposición de sus Caudales particulares para todo lo que consideren necesarios o útiles al bien y seguridad común de estos pueblos», A. G. I., Caracas, 437-A.

7 «Las provincias adyacentes por sí solas serían un cuerpo sin cabeza, y divididas en facciones harían infructuosa la feliz resolución de Caracas; pero sus habitantes están bien convencidos de esta verdad, y los de la Capital lejos de querer sembrar la división, se han apresurado a tributar el juramento a la Suprema Junta Gubernativa; y así no temáis, Pueblos amigos: uníos con nosotros por una alianza inviolable, que no conceda ni ambición, ni tiranía; formemos una nación que sepa mantener el honor del pueblo Español, y que se haga respetar de los extraños», A. G. I., Caracas, 437-A.

8 Es famosa y está muy bien documentada la misión diplomática venezolana en Londres, que colocó al Gobierno inglés en una difícil situación respecto a su aliada España y sus intereses comerciales en América. Véase el estudio clásico de C. Parra Pérez, *Historia de la Primera República de Venezuela,* Caracas, 1992, pp. 234-269.

9 A. G. I., Caracas, 437-A.

hicieron todos los esfuerzos posibles para disimular cualquier actitud sospechosa de radicalismo tanto en lo interno, con relación a la población civil, como en la arena internacional. Pero las agujas del reloj de la Historia se activaron y de manera irreversible. El acto autonomista llevó a los criollos de Venezuela a asumir un protagonismo siempre aspirado, pero pospuesto y desalentado por las autoridades realistas de procedencia peninsular. El ingreso a la modernidad política tuvo, para los criollos, un coste terrible, en ese momento insospechado.

Vacío peninsular: una colonia sin Metrópoli

Venezuela, dentro del ámbito colonial, para los momentos en que ocurre el movimiento juntista, era un espacio económicamente próspero y relativamente tranquilo de paz social,[10] y esto, en vez de contribuir a la inhibición de los criollos en asumir algún tipo de protagonismo político, lo que hizo fue generar un efecto contrario. Los criollos, blancos en su mayoría, dueños de las más importantes fortunas del país y herederos de los primeros conquistadores del siglo XVI, llegaron a interiorizar un sentimiento de identidad y orgullo alrededor del propio terruño. España cada vez se volvía algo remoto y difuso; sus pesados controles burocráticos, las largas distancias y las lentas comunicaciones, la arbitrariedad y el despotismo de sus funcionarios, las trabas al comercio, la inmoralidad en el comportamiento de muchos sacerdotes y, sobre todo, el relajamiento en las costumbres y la disciplina social por el abandono de la Metrópoli, hicieron creer a los criollos que había llegado el momento histórico para actuar. Aunque hay que reconocer que, en un primer momento, la ruptura con la Madre Patria se aspiró a que fuese algo pactado y sin traumas.

Ya, desde España, los movimientos juntistas se habían desarrollado con una vitalidad impresionante desde el mismo año 1808, constituyéndose en los principales focos de la resistencia contra el invasor francés. La Junta Central Gubernativa del Reino instalada el 25 de septiembre en

---

10 Es la interesante tesis del investigador P. M. McKinley, desarrollada en la obra *Caracas antes de la Independencia,* Caracas, 1993, la cual ha arrojado nuevas luces interpretativas sobre un tema y período excesivamente estudiado bajo ópticas, por lo general, bastante cerradas y poco susceptibles de ser revisadas críticamente.

Aranjuez hizo esfuerzos por reunirlas a todas bajo una única dirección, intentando, con ello, establecer la unidad en el esfuerzo de la guerra. Entre lo más destacable, hay que señalar que orientó sus principales proclamas y manifiestos en reconocer el protagonismo popular ante la ausencia del monarca. Igualmente, anunció en abril del año 1809 el llamado a la elección de diputados, tanto en la Península como en América, para las Cortes Nacionales que se abrirían en 1810. Los españoles, impulsados por las circunstancias, estaban llevando a cabo una auténtica revolución política, aunque sin plantearse aún sus dirigentes una radical ruptura con las principales instituciones del Antiguo Régimen; estos cambios no pasaron desapercibidos entre los súbditos americanos de ultramar.[11]

En los primeros meses del año 1810, la situación política y militar en España fue de completa confusión. La Junta Central se había disuelto en enero, dando paso a una Regencia de cinco miembros[12] y la guerra se consideró perdida. Las noticias que los americanos pudieron recibir desde el año 1808 fueron completamente fragmentadas e irregulares; se impuso un filtro que distorsionó la preciada información sobre asuntos tan vitales como la misma supervivencia de la Metrópoli. Y, a pesar del aislamiento, los americanos se mantuvieron pendientes, preocupados y atentos sobre el destino final de España. Fue precisamente en esos dos años cuando más se discutió sobre la conveniencia de los criollos por asumir un mayor protagonismo dentro de la sociedad colonial. Entre esas escasas noticias, hubo una que causó especial impacto sobre los criollos, y no fue otra que la

---

11 Los ensayos contenidos en la obra del hispanofrancés F. X. Guerra, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas,* México, 1993, son ilustrativos de este interesante proceso. Guerra se pasea a lo largo de su obra analizando las complejas relaciones entre la Revolución francesa, la Revolución Liberal española y las revoluciones en Hispanoamérica, demostrando que todas ellas se influyeron entre sí. Para Guerra, la invasión napoleónica sobre España en 1808 aceleró la caída o «desmontaje» del Antiguo Régimen en España, generando las condiciones políticas e ideológicas para que los americanos diesen el paso hacia la modernidad política a partir de los movimientos juntistas que empezaron por darse en el año 1810. Nación y modernidad nacen juntas durante el proceso de ruptura con la Metrópoli, pero posteriormente nos dimos cuenta de que esa modernidad seguía arrastrando expresiones premodernas que se han seguido manifestando hasta los tiempos presentes y que, contradictoriamente, nos sigue explicando cómo colectividades históricas dentro de América Latina.

12 El Consejo de Regencia estuvo conformado por el obispo de Orense, Saavedra, Castaños, Escaño y Lardizábal y se instaló el 31 de diciembre de 1810.

proclama de la Junta Central que consideró a los «Dominios Americanos como partes integrantes y esenciales de la Monarquía Española».[13]

En Venezuela, la elección del representante a las Cortes españolas de 1810 estuvo cargada de polémica ya que la elección recayó en el regente Joaquín de Mosquera, considerado por los criollos como enemigo de su clase social. Todo nos indica que esta elección no fue algo transparente y que se hizo fraudulentamente con la complicidad del capitán general en ese entonces: don Juan de Casas. Los balbuceantes decretos democráticos españoles tuvieron que enfrentar unas fuertes resistencias por parte de las autoridades monárquicas en América, renuentes a compartir las prerrogativas tanto del poder como de la autoridad que emanaba de sus investiduras. Para los criollos, estos agravios se sumaban a muchos otros y les sirvieron para justificar su irrupción el 19 de abril de 1810:

> De poco se necesita para demostrar que la Junta Central carecía de una verdadera representación nacional; porque su autoridad no emanaba originariamente de otra cosa que de la aclamación tumultuaria de algunas Capitales de Provincias y porque jamás han tenido en ella los habitantes del nuevo hemisferio la parte representativa que legítimamente les corresponde.[14]

La jornada del 19 de abril estuvo justificada tanto por los hechos militares en España como por toda una argumentación de carácter histórico

---

13 A. G. I., Caracas, 437-A. Ese importante documento fue hecho público el 14 de febrero de 1810 y allí se dijo algo tan significativo como: «Desde el principio de la revolución declaró la Patria esos dominios parte integrante y esencial de la Monarquía Española. Como tal le corresponden los mismos derechos y prerrogativas que a la metrópoli. Siguiendo este principio de eterna equidad y justicia fueron llamados esos naturales a tomar parte en el gobierno representativo que ha cesado: por él la tienen en la Regencia actual; y por él la tendrán también en la representación de las Cortes nacionales, enviando a ella Diputados, según el decreto que va a continuación de este Manifiesto». Los españoles en la Península confiaron en que bastaba con otorgar una representación a los americanos en las Cortes para disuadirlos de sus ansias autonomistas y secesionistas. Se creyó que, desde el Congreso Nacional, podían trabajar para restituir, restaurar y recomponer a la Monarquía hispana sobre un nuevo proyecto político de sociedad que involucrara a españoles y americanos. El 15 de octubre del año 1810 las Cortes españolas declararon solemnemente la igualdad entre los españoles peninsulares y ultramarinos. Algunos historiadores españoles han considerado una tremenda torpeza e irresponsabilidad ese pronunciamiento ya que, en vez de disuadir a los americanos en conducirse hacia la Independencia, lo que hizo fue alentarlos aún más.

14 A. G. I., Caracas, 437-A.

como de principios jurídicos, llevados a cabo por los líderes políticos e intelectuales criollos que decidieron actuar.[15]

Para los caraqueños, las noticias que conocieron sobre la disolución de la Junta Central en Andalucía como efecto de la invasión de esta región por las tropas napoleónicas fue el hecho determinante para la toma del poder. Las autoridades realistas se volvieron de pronto ilegítimas y, por lo tanto, su autoridad precaria. El «pueblo», reunido alrededor del Ayuntamiento, asumió la soberanía popular como fundamento de la representación política de la sociedad ante la ausencia del monarca.

El capitán general don Vicente de Emparan y otros colaboradores de su entorno habían sido nombrados por Murat, en el momento de la Capitulación de las autoridades españolas ante las francesas a su entrada en Madrid en el mes de mayo del año 1808.[16] Esta acusación hecha por los criollos juntistas no solo buscó desacreditar a la principal autoridad de la provincia, sino que, con ello, hizo alarde de patriotismo. No hay que olvidar que el principal argumento de los criollos caraqueños fue preservar, con el nuevo Gobierno, los derechos secuestrados del rey don Fernando VII, ante la sospecha de afrancesamiento de las principales autoridades españolas en Venezuela y la amenaza de invasión por parte de Napoleón al país.

La versión oficial realista

Los miembros del repuesto Ayuntamiento caraqueño, luego de la exitosa contrarrevolución llevada a cabo por Monteverde a lo largo del año 1812, todos ellos rabiosamente prorrealistas, elaboraron una extensa Representación dirigida al rey don Fernando VII, con fecha del 3 de octubre de 1812, donde relataron los principales acontecimientos ocurridos desde el 19 de abril de 1810 hasta el triunfo de Monteverde. Dicho testimonio es

---

15 Para una completa relación sobre el pensamiento político y filosófico de la Emancipación de Hispanoamérica, véase la obra *Pensamiento Político de la Emancipación Hispanoamericana,* prólogo, selección, notas y cronología a cargo de J. L. Romero, Caracas, 1985, 2 tt.

16 A. G. I., Caracas, 437-A, Sala Capitular de Caracas, 3 de mayo de 1810, Joseph de las Llamosas y Martín Tovar Ponte.

de gran valor, porque nos permite entender y explicar los acontecimientos desde la versión realista en un tono bastante autocrítico:

> Después de dos años y tres meses de anarquía, de horrores, de tiranía, y lo que es más sensible, de una escandalosa y violenta separación de la Madre Patria, el Ayuntamiento de la ciudad de Caracas, Capital de las Provincias de Venezuela, tiene hoy la dulce satisfacción de volver a entablar con ella sus antiguas relaciones, y de anunciar a V. M. la reducción de estas Provincias a la justa y legítima obediencia del Señor Don Fernando Séptimo.[17]

El 19 de abril de 1810 es presentado como algo ignominioso, un hecho que dio inicio a una hecatombe social y natural que desoló al país, un acto de deslealtad ante la monarquía de la que Venezuela era parte integrante, una ruptura que trajo graves y perniciosas consecuencias sobre todos los venezolanos:

> Caracas querría poder borrar aun con la sangre misma de sus hijos de las páginas de su historia el día diecinueve de Abril de mil ochocientos diez, día funesto en que un puñado de hombres sin talentos, sin virtudes y sin opinión usurparon el nombre y los derechos del Pueblo, depusieron a las legítimas autoridades, violaron la santidad de la religión, encadenaron a los hombres de bien, cubrieron de luto a las familias honradas, sedujeron la sencillez de los pueblos, fascinaron a los ignorantes, y echaron sobre su desgraciada Patria el borrón más ignominioso y menos merecido.[18]

El 19 de abril fue producto de una larga serie de manifestaciones de tipo subversivo en contra del orden establecido, que se remontan al año 1797 en La Guaira y continuaron con los intentos de invasión de Francisco de Miranda en 1806 hasta llegar al frustrado proyecto de formar una Junta por parte de un grupo de criollos en 1808. Los contemporáneos realistas en Venezuela tuvieron plena conciencia de las repercusiones que trajeron al país los intentos republicanos de Picornell, Gual y España, entre otros, y los decididos, pero fallidos, ataques de Francisco de Miranda sobre las costas venezolanas. Las nuevas ideas revolucionarias se asumieron como peligrosas por ir en contra del orden colonial que había que preservar incólume.

---

17 A. G. I., Caracas, 62: «El Ayuntamiento de Caracas, Capital de Venezuela, informa a V. M. sobre la revolución comenzada en diez y nueve de abril de mil ochocientos diez y terminada en treinta de julio de 1812, que entraron en dicha ciudad las armas de V. M. Caracas, 3 de octubre de 1812».

18 A. G. I., Caracas, 62.

Mucho se ha dicho de la influencia que tuvieron sobre los criollos las ideas revolucionarias de origen ilustrado a través de la propaganda, los manifiestos, libros y periódicos que arribaron clandestinamente desde Norteamérica y Europa hacia el Caribe y sobre los puertos venezolanos, burlando las más estrictas medidas gubernamentales que persiguieron dichas ideas por perniciosas y subversivas. No olvidemos que la colonia o los reinos indianos fueron espacios de pensamiento único, a pesar de que hay que reconocer que la cultura y la educación formaron parte de la preocupación de las autoridades y funcionarios españoles y, muy especialmente, de doctos teólogos, quienes, para la época, gozaban del privilegio del conocimiento y la cultura a través de sus trabajos y servicios a favor de la fe católica.

El mundo colonial era, en esencia, un mundo bajo las creencias que hasta entonces habían persistido en el Antiguo Régimen: la razón de Estado al lado de la fe católica, ambas sirviéndose y necesitándose a la vez. Es por ello que la Independencia representó una ruptura contra ese mundo y la mayoría de sus códigos. La modernidad política llegó con la Independencia:

> Entre tanto la filosofía propagaba sus ideas en esta Capital, los libros impíos y subversivos del orden se multiplicaban, la conducta de algunos Magistrados autorizaba los escándalos de los particulares, y los talentos superficiales, confundiendo el derecho con los hechos, adoptaban sin discernimiento las teorías que en la práctica son a veces tan erradas como ilícitas.[19]

Aunque no escapa a estos realistas que el verdadero motivo que llevó al sector criollo a actuar desde el año 1808 fue la grave crisis acaecida en la Península, donde el Gobierno de la monarquía se derrumbó. A pesar de la distancia y los niveles de semiautonomía que habían alcanzado los territorios indianos, no cabe la menor duda de que fue la crisis de la monarquía española el detonante que desencadenó las guerras de la Independencia en Hispanoamérica. Lo que llama la atención es que el sentimiento colectivo de los venezolanos, tanto de sus sectores dirigentes como del pueblo, estuvo siempre en favor de mantener sus lazos con la Metrópoli. Las circunstancias adversas que llevaron al colapso del poder metropolitano y la torpeza de sus

19 Ib.

dirigentes, tanto en Europa como en América, incapaces de actuar en un momento de crisis extrema, adoptando políticas y actitudes más flexibles y realistas, crearon las condiciones para la ruptura con los territorios indianos. Pero no seamos tan duros en nuestro juicio; es más fácil juzgar y reprochar hechos y situaciones que comprenderlos y, como dice el historiador inglés E. H. Carr, el trabajo del historiador no es precisamente el de ser juez respecto a los hechos humanos en el pasado. España, desde 1808, fue impotente en atender una crisis múltiple, global, en todos los órdenes de su vida como nación y, a pesar de todo, logró resistir y expulsar a los franceses y nunca aceptó, con una terquedad tremenda, propia de su «carácter nacional», desprenderse de sus territorios americanos, sus «colonias»:

> La conmoción de Aranjuez, la prisión del Monarca, las intrigas del Tirano de la Europa, la Autoridad vacilante y dividida de la Península en tantas Juntas y Gobiernos sucesivos que produjeron ahí tan diversas opiniones, e hicieron tanto mal a la unidad del sistema que desde entonces había salvado a la España, presentaron aquí a los genios turbulentos y facciosos una brecha para llegar a sus fines […].[20]

Otra autocrítica fue la de considerar como torpes los nombramientos y las actuaciones que se hicieron desde la Metrópoli de muchas de las autoridades y funcionarios al frente de los órganos de dirección y poder en la administración colonial, cuyas omisiones y actos pasivos permitieron el cultivo de los ánimos revolucionarios; situación que pudiera ser explicada como consecuencia de la crisis de la monarquía hispánica, que tocó fondo con el reinado de Carlos IV y el encumbramiento del favorito Manuel Godoy, personaje polémico que simbolizó el punto más bajo del desprestigio español:

> Para colmo de nuestros males los nuevos Jefes que vinieron a esta Provincia no fueron los más aptos para aquellas circunstancias. Censure otro sus errores y sus opiniones particulares; lo cierto es que la ignorancia de los unos y la arbitrariedad de los otros alentaron a los malvados que no conocen el precio de la paciencia, ni las ventajas de la prudencia. El fuego maligno de la revolución comenzó entonces a minar ocultamente y a preparar la explosión funesta del diecinueve de Abril.[21]

---

20 Ib.
21 Ib.

Sobre la actuación de Emparan, se confirma lo que expresan la mayoría de los testimonios realistas de la época: fue voluble, entre dubitativo y fuerte. Antes de que estallara el complot, ya se le había informado de algunos extraños movimientos de quienes conspiraban y, por lo tanto, entre las medidas que adoptó, una fue la de mandar a confinar a distintos puntos de las provincias de Venezuela a algunos oficiales del Batallón Veterano, que estaban involucrados en la proyectada rebelión contra su autoridad. Pero la infausta noticia que llegó a Caracas el 18 de abril sobre la ocupación de toda la Andalucía por parte de los franceses aceleró el proyecto de deponer a las autoridades legítimas de la Capitanía General de Venezuela. En ese entonces, se percibió como un hecho consumado la pérdida de toda España.[22]

---

22 No hay que olvidar que la fama de invencibles que tuvieron los ejércitos napoleónicos fue algo conocido por todo el mundo occidental desde la década de los noventa del siglo XVIII. La Revolución francesa comenzada en 1789 trastocó todo el orden geopolítico europeo, con evidentes repercusiones en la cuenca atlántica. Las victorias militares francesas se sucedieron unas tras otras y, entre los años 1808 y 1810, se creyó que España y Portugal muy poco podían hacer ante la inevitable conquista. «La relativa monotonía de los éxitos franceses hace innecesario hablar con detalle de las operaciones militares de la guerra terrestre. En 1793-1794 las tropas francesas salvaron la revolución. En 1794-1795 ocuparon los Países Bajos, Renania y zonas de España, Suiza, Saboya y Liguria. En 1796, la famosa campaña de Italia de Napoleón les dio toda Italia y rompió la Primera Coalición contra Francia. La expedición de Napoleón a Malta, Egipto y Siria (1797-1799) fue aislada de su base por el poderío naval de los ingleses, y, en su ausencia, la Segunda Coalición expulsó a los franceses de Italia y los rechazó hacia Alemania. La derrota de los ejércitos aliados en Suiza (batalla de Zurcí en 1799) salvó a Francia de la invasión, y pronto, después de la vuelta de Napoleón y su toma de poder, los franceses pasaron otra vez a la ofensiva. En 1801 habían impuesto la paz a los aliados continentales, y en 1802 incluso a los ingleses. Desde entonces, la supremacía francesa en las regiones conquistadas o controladas en 1794-1798 fue indiscutible. Un renovado intento de lanzar la guerra contra Francia, en 1805-1807, sirvió para llevar la influencia francesa hasta las fronteras de Rusia. Austria fue derrotada en 1805 en la batalla de Austerlitz (en Moravia) y hubo de firmar una paz impuesta. Prusia, que entró por separado y más tarde en la contienda, fue destrozada a su vez en las batallas de Jena y Auerstadt, en 1806, y desmembrada. Rusia, aunque derrotada en Austerlitz, machacada en Eylau (1807) y vuelta a batir en Friedland (1807), permaneció intacta como potencia militar. El tratado de Tilsit (1807) la trató con justificado respeto, pero estableció la hegemonía francesa sobre el resto del continente, con la excepción de Escandinavia y los Balcanes turcos. Una tentativa austriaca de sacudir el yugo de 1809 fue sofocada en las batallas de Aspern-Essling y Wagram. Sin embargo, la rebelión de los españoles en 1808, contra el deseo de Napoleón de imponerles como rey a su hermano José Bonaparte, abrió un campo de operaciones a los ingleses y mantuvo una constante actividad militar en la península, a la que no afectaron las periódicas derrotas y retiradas de los ingleses (por ejemplo, en 1809-1810)», E. Hobsbawm, *La Era de la Revolución,* Buenos Aires, 1997, p. 93.

La jornada religiosa del Jueves Santo sirvió de escenario para el desarrollo de los acontecimientos, donde

> […] un puñado de impíos se presentó a trastornar con una mano sacrílega el trono y el altar, y a sepultar en todos los horrores y los males que trae consigo una revolución más de setecientos mil habitantes que vivían felices en este suelo dichoso. Sí, un puñado de impíos, Señor, se presenta a ejecutar esta subversión escandalosa y funesta, y lo consigue.[23]

Fueron los miembros del Cabildo caraqueño los principales autores del complot, casi todos ellos miembros de la aristocracia criolla, quienes, con el pretexto de las festividades y los servicios santos, hicieron concurrir al capitán general a la sala capitular y le esgrimieron «sus vivos temores» sobre las noticias[24] que se acababan de recibir desde España sobre la disolución de la Junta Central y la segura pérdida de toda la Metrópoli y, por consiguiente, la muy evidente amenaza francesa sobre los dominios españoles en América.

Respecto a la Regencia,[25] organismo que sustituyó a la Junta Central, los cabildantes consideraron que esta era ilegítima y que, por lo tanto, no le iban a brindar ningún tipo de reconocimiento, por lo que propusieron la creación de

> […] la Junta Suprema propuesta el veinticuatro de Noviembre de mil ochocientos ocho que conforme a la supuesta voluntad de los Pueblos, gobernase en nombre del Rey, asegurase sus derechos, y velase sobre la conservación de estas Provincias con más celo que el Capitán General, a quien suponían dispuesto a cederlas al usurpador del trono de las Españas.[26]

---

23 A. G. I., Caracas, 62.

24 El 13 de abril de 1810 arribó a la bahía de Puerto Cabello un buque mercante con procedencia de Cádiz, con la noticia de la invasión de Andalucía por parte de las fuerzas francesas y la disolución de la Junta Central.

25 «A principios de febrero, una Regencia de cinco miembros reemplazó a la desaparecida Junta. Originalmente constituida por Francisco de Saavedra, Pedro de Quevedo y Quintana (obispo de Orense), Antonio Escaño, Francisco Castaños y el mexicano Miguel de Lardizábal, la Regencia tenía bajo su gobierno a la España libre. Aunque era mucho más conservadora que lo que fue la Junta Central, estaba ubicada en la tierra natal de una próspera población empresarial de la clase media y del liberalismo español», T. E. Anna, *España y la independencia de América,* México, 1986, p. 92.

26 A. G. I., Caracas, 62.

Emparan escuchó con atención los argumentos que se le presentaron y dispuso tratarlos con atención más tarde. Salió del Cabildo y, al dirigirse a la misa en la catedral, fue detenido y obligado a volver. Allí Emparan descubrió con asombro y desconcierto que las fuerzas militares encargadas de obedecerlo y de garantizar su seguridad personal y el respeto a la autoridad y legalidad que emanaban de su investidura estaban unidas al complot que dirigen los miembros del Cabildo caraqueño. No obstante, los juntistas necesitaron de la participación popular para obtener algún tipo de legitimidad en la acción que estaban emprendiendo:

> Colocadas las Tropas en la plaza principal y frente del Ayuntamiento era necesario aún echar sobre esta medida de terrorismo el velo hipócrita de la voluntad general del Pueblo, que no se hallaba bastantemente figurado en la despreciable porción de la canalla que el interés había asociado a sus dignos seductores. ¿Pero en dónde hallar hombres honrados y virtuosos de todos los estados y corporaciones, que quisiesen comparecer siquiera en este corrillo de insolentes, para autorizar con su presencia la historia de las revoluciones?[27]

Los líderes del plan subversivo lograron ganar la voluntad y la representación popular a través del apoyo de dos miembros del clero: el canónigo don José Cortés y Madariaga, quien tuvo una estelar y decisiva actuación, y el presbítero doctor don Francisco José Rivas, ambos miembros activos en la conspiración. Don José Félix Ribas y Herrera fue nombrado representante del sector de los pardos o mulatos para, de esta manera, tomar en cuenta al sector social más numeroso de toda la provincia de Venezuela:

> El diecinueve de abril de mil ochocientos diez después de depuestas las autoridades que gobernaban la Provincia, con legítimo título, por un grupo de gente amotinada, y la mayor parte de ella la más despreciable del pueblo, se creó una Junta Suprema con el título de conservadora de los Derechos del señor Don Fernando Séptimo, compuesta de los individuos que componían el Muy Ilustre Ayuntamiento, de tres sujetos que nombró este grupo de gente por representantes del Pueblo, de otro que eligió el gremio de Mulatos por su parte, de dos clérigos que se titulaban representantes del Clero, de un General, de un Comandante de Armas y de un Gobernador Militar: todos nombrados por el mismo grupo de gente, o populacho.[28]

---

27 Ib.

28 Carta del general don Pablo Morillo al secretario de Estado, en que trata acerca de las Actas celebradas en Caracas desde el 19 de abril de 1810 hasta el 30 de julio de 1812, en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia,* Caracas, s. f. En este importan-

Después de una serie de debates acalorados donde supuestamente tuvo una participación importante un grupo de personas del pueblo que, desde las afueras del Cabildo respaldaban la propuesta de los revolucionarios en deponer a las autoridades, el capitán general Emparan trató de resistir a los miembros del cabildo invocando el argumento de que, sobre su persona, recaía la legítima autoridad en las provincias de Venezuela y que toda mudanza traería consecuencias funestas, pero sus esfuerzos fueron infructuosos y no tuvo más remedio que ceder ante las fuerzas de las circunstancias:

> En vano les hace ver Emparan lo infundado de sus motivos. La incompetencia de su autoridad para cometer este atentado, la ilegalidad de lo que se llamaba allí Pueblo, y aun las consecuencias que iba a traer este paso tan violento, como impolítico. Sus manos sin entera libertad tuvieron que firmar las órdenes para la entrega del Puerto de la Guaira y que dejan caer de ellas un bastión que pudo haber sostenido, si hubiera sido más previsivo.[29]

Para garantizar la usurpación y evitar cualquier reacción imprevista, los «revolucionarios» mandaron de una manera considerada y respetuosa a los tres días del golpe al capitán general, el intendente, algunos oidores y otros importantes funcionarios al norte de América.[30] Luego se instaló la Junta, que se llamó «Suprema y Conservadora de los Derechos del Señor Don Fernando Séptimo». Esta Junta se constituyó en el nuevo Gobierno

---

te documento, se pueden apreciar los nombres de todas las personas que ocuparon los distintos cargos en el nuevo Gobierno y en los que se sucedieron luego. Nos ha llamado la atención la manera en que el general Morillo finalizó esta misiva, exculpando a la mayoría de los criollos que participaron en estos gobiernos «revolucionarios»: «Que muchos de los sujetos que fueron nombrados para todas estas Juntas, son hombres de bien, buenos cristianos adictos al Soberano, y al Gobierno Español, y que solo por temor y por fuerza sirvieron los oficios para que fueron electos, pues aunque hacían renuncias, no se les admitía, como las hicieron muchos de ellos, que lo que consiguieron fue atraerse por esto el encono y odio de los que se llamaban Patriotas, por consiguiente la persecución de sus personas, hasta llegarlos a sumariar; todo lo que se expresa en esta nota es bien sabido, público y notorio, y bien conocidos son de todos estos tales sujetos», don Pablo Morillo al secretario de Estado, Caracas, 21 de diciembre de 1815.

29 A. G. I., Caracas, 62.

30 «Los expulsos fueron el Capitán General don Vicente Emparan, los Oidores don Felipe Martínez de Aragón y don Antonio Julián Álvarez, el Fiscal don José Gutiérrez de Rivero, el Subinspector de Artillería don Agustín García, el Intendente don Vicente Basadre, el Auditor don José Vicente Anca, el Coronel don Manuel del Fierro, y el Teniente Coronel don Joaquín Osorno», J. F. Heredia, *Memorias del Regente Heredia,* Caracas, 1986, p. 23.

de la Capitanía General de Venezuela y tuvo jurisdicción «suprema, legislativa, ejecutiva y judicial, y así es que ella todo lo disponía, ejecutaba, y determinaba a su arbitrio».[31] Inmediatamente se despacharon mensajeros al resto de las provincias anunciando la novedad y proponiendo la constitución de un Gobierno confederado bajo la dirección central de Caracas.

Otras versiones

Son tantas las versiones sobre la jornada del 19 de abril que es bueno poder cotejarlas unas con otras.[32] De acuerdo con la obra del historiador español Mariano Torrente, en *Historia de la Revolución Hispano-Americana,* publicada en Madrid en el año 1829, los sucesos del 19 de abril de 1810 han quedado referidos de la siguiente forma:

> Los conjurados caraqueños, que aunque dispersos habían principiado a reunirse a principios de este año en la casa de Misericordia, que servía de cuartel a los granaderos de Aragua, llevando por objeto seducir aquellas tropas, mandadas por el marqués del Toro y por su hermano don Fernando, y atacar con ellas al gobierno, creyeron tocar el deseado momento de derribar sin tropiezo la autoridad Real, tan pronto como recibieron las expresadas noticias de la embarazosa y crítica posición en que se hallaba envuelta la madre patria.

La conspiración se puso en marcha el miércoles santo, 18 de abril, pero el día escogido para dar el golpe final fue el 19:

> El débil Emparan vio levantarse esta terrible borrasca, y no tuvo fuerza para disiparla. Algunos de los iniciados en los tenebrosos misterios le hicieron ver el inminente riesgo que corría su autoridad: la circunstancia de haber sido convocado el ayuntamiento sin su anuencia daba nuevo peso a los primeros avisos: sujetos de rango y respeto, entre ellos el magistral de aquella iglesia, trataron de despertar su dormida energía; pero nada fue capaz de hacerle tomar las vigorosas medidas que exigía lo crítico de aquellas circunstancias.

---

31 Carta de Morillo al secretario de Estado, Caracas, 21 de diciembre de 1815, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia.*

32 Las distintas versiones realistas sobre la jornada del 19 de abril se encuentran en José Francisco Heredia, José Domingo Díaz, Urquinaona y Pardo, Level de Goda, don Juan Manuel de Cajigal y en la documentación realista de la época dispersa en los muchos archivos españoles, siendo el más relevante de todos por el volumen y la calidad de la información el Archivo General de Indias en Sevilla en la sección Audiencia de Caracas.

Cuando Emparan arribó al Ayuntamiento, los miembros del Cabildo le propusieron que trasladase su autoridad a una Junta que el mismo capitán general presidiría, de la misma forma que se propuso en el frustrado proyecto del año 1808. Emparan intentó ganar tiempo asistiendo al oficio religioso en la catedral, pero, en el trayecto, fue detenido violentamente por Francisco Salias, quien le increpó regresar al Ayuntamiento. Fue, en ese momento, cuando Emparan descubrió atónito que las fuerzas militares, en especial el importante regimiento de la reina, formaban parte de la conjura. Igualmente, la actuación del sacerdote Madariaga, de origen chileno, fue determinante para hacer girar el plan conspirador hacia acciones más contundentes, como la de proponer la salida, es decir, el abandono del poder del propio capitán general:

> Al principio se acordó crear una junta presidida por el mismo Emparan, dejando a la Audiencia y demás juzgados en el libre ejercicio de sus atribuciones. Mientras que don Germán Roscio extendía la minuta de estas primeras deliberaciones, se presentó en la sala el presbítero chileno don José de Madariaga, canónigo de la catedral de Caracas, y principal director de la conspiración: apoyado por todos los revoltosos, llevó el descaro y la arrogancia hasta el extremo de destruir el acuerdo, pidiendo la exoneración del capitán general en nombre de un pueblo que él dirigía a su antojo con su audacia, charlatanería, y fingida austeridad de costumbres.[33]

Otro importante testimonio realista es el de don Pedro de Urquinaona y Pardo, quien escribió en el año 1813 en la Plaza de Puerto Cabello una «Relación Documentada del Origen y Progresos del Trastorno de las Provincias de Venezuela hasta la exoneración del Capitán General Don Domingo de Monteverde». Los principales argumentos que utilizó para explicar esa importante fecha histórica, verdadero comienzo de la Independencia de Venezuela, son como sigue: lo primero que destaca Urquinaona y Pardo fue la sorpresa e indecisión del capitán general, en permitir que los criollos alrededor del Cabildo le robasen la iniciativa al convocar una reunión de carácter extraordinario sin su previo consentimiento:

> Emparan, que tenía la autoridad privativa de citar a cabildo extraordinario sin que pudiera arrogársela ni el Alcalde ni otro alguno de sus miem-

33 M. Torrente, *Historia de la revolución Hispanoamericana,* Madrid, 1829, pp. 131-139.

> bros; Emparan, que debió tener muy presentes las tentativas de julio y noviembre de 1808, y el proyecto ulterior de la casa de Misericordia; este presidente que debió calificar de atentado el mero hecho de convocarse el cabildo extraordinario sin su orden ni anuencia y tomar previamente las medidas para cortar en su origen el desorden manifestado, tuvo la imprevisión de someterse a la asistencia, contentándose con exponer que no convenía hacerse innovación alguna hasta la llegada de los emisarios de la Regencia, aguardados por momentos. Este dictamen fue seguido por la pluralidad que no estaba iniciada en los misterios reservados a los pocos agentes de la conjuración. Fenecido el acuerdo se dirigió el cuerpo capitular a los oficios del día Jueves Santo que iban a empezarse en la Catedral. Los espectadores coligados (que no pasaban de una docena) estaban diseminados por la plaza, y al ver frustrados sus designios se agolparon en la puerta de la iglesia, pidiendo que el Ayuntamiento volviese a las casas consistoriales. La tropa formada para solemnizar la festividad, preparó las armas oyendo el bullicio; enmudeció el Capitán General, y don Luis Ponte, capitán de la compañía, mandó retirarlas, animando el temor y cobardía que se dejó ver en el semblante y confusión de los facciosos, a quienes hubiera entonces dispersado y confundido la menor demostración de Emparan o de Ponte, pocos días después nombrado comandante del batallón.[34]

Las fuerzas militares que debían natural obediencia al capitán general y a las legítimas autoridades de la provincia de Venezuela se sumaron a la propuesta de los criollos en asumir el control del país ante la desafección de la Metrópoli. La tropa y su oficialidad fueron influidas a través de la promesa de obtener, por parte del nuevo Gobierno, generosos beneficios, y a las tropas pardas, la más numerosa, se les ganó con vagas promesas de igualdad y promoción social. El siguiente testimonio de uno de los militares realistas expatriados a Estados Unidos expresa claramente las razones que llevaron a los miembros de las fuerzas armadas a colaborar con los criollos del Cabildo:

> También se asignó desde el principio doble prest a la tropa, y se aumentó el sueldo de los oficiales, igualando en esta parte a los de color con los blancos, y es de considerar que luego pretenderán, si ya no lo han hecho, que se les declare en toda la igualdad, y como su número es mayor que el de los blancos, será preciso concedérselo, y por último vendrá a parar en que los esclavos reclamarán su libertad, y se verá en aquel desgraciado País la misma catástrofe que en la Isla Santo Domingo por culpa de sus principales patricios.[35]

---

34 Urquinaona y Pardo, *Manifestación de las calumnias producidas por el Excmo. Sr. D. Domingo Monteverde y el Sr. Andrés Level de Goda,* Madrid, 1821, pp. 18-27.

35 S. H. M., M. G., caja 120, representación de Martín García, Filadelfia, 12 de junio de 1810.

No está aún claro si el proyecto original contempló la salida del capitán general y de todos sus más importantes colaboradores. Los testimonios realistas refieren que, en un principio, los criollos solo buscaron un mayor protagonismo al lado de las legítimas autoridades, sin necesidad de plantear su extrañamiento fuera del país. Urquinaona y Pardo hace mención del famoso episodio cuando Emparan se dirigió al grupo de personas reunidas en las afueras del Ayuntamiento y les preguntó si querían que siguiera en el mando y, ante la respuesta negativa del populacho, decidió abandonar el poder. Este episodio se ha constituido en una auténtica representación teatral de corte patriótico conocido y recitado por casi todos los escolares de Venezuela. Ahora bien, según las fuentes realistas, los acontecimientos se presentaron de otra manera. También causa extrañeza ese atípico comportamiento por parte del capitán general haciendo uso de unos modales democráticos inusuales para la época.

La siguiente relación de hechos llevada a cabo por el realista Urquinaona y Pardo pone en entredicho la esencia del acto «patriótico» del 19 de abril de 1810 en su versión hasta ahora canonizada por la historiografía venezolana más tradicional:

> Restituido el Ayuntamiento a la sala, aparecieron los abogados don Félix Sosa y don Germán Roscio, conocidos ambos en los progresos de la revolución. Como en aquel momento obraba el recelo de la inferioridad de su partido y se temía con razón el choque a que se exponían las medidas violentas, se acordó crear una Junta presidida por Emparan, dejando la audiencia y demás juzgados en el libre ejercicio de sus atribuciones. Ocupado Roscio en extender la minuta concebida en estos términos, se presentó en la sala el canónigo de Chile, conducido por los amotinados (sin embargo de que en más de tres años no había asistido al coro pretextando enfermedades), y con la desfachatez que lo caracteriza empezó a destruir el acuerdo, proponiendo la exoneración del capitán general, bajo el supuesto de que el pueblo la pedía, hostigado de su gobierno. Emparan, que ciertamente no tenía motivos para creerse aborrecido, se asomó al balcón y el populacho, ignorante de lo que pasaba dentro, empezó a gritar, viva, viva nuestro capitán general. Desmentido el canónigo con una demostración tan libre y conforme a la franqueza e integridad del gobernador, salió impávido a perorar a su miserable auditorio; y mientras le preguntaba con arte y prevención, si quería ser gobernado por el general Emparan, el regidor Dionisio Palacios, colocado a su espalda, dirigía a la plebe las señales del tono negativo en que debía responder. El médico Villarreal, relacionado con Méndez, compañero de Tobar, Anzola y Palacios, fue el primero en contestar acorde a sus delirios, y la chusma siguió el tolle, tolle sin oír lo que se le preguntaba, ni saber lo que respondía, como siempre sucede en estas escenas tumultuarias. Tanto fue el alboroto, que un tal Blasco, de oficio bodeguero, pretendió después de algún tiempo el empleo de capitán efectivo, alegando el mérito de estar aún ronco por lo mucho que se esforzó

> en gritar aquel día; y tal fue el abuso de la voz del inocente pueblo, que a uno de los facciosos llamado Moxica le quedó por apodo el Pueblo, a causa de la insolencia e incesante desentono con que gritaba, el Pueblo pide; el Pueblo quiere; el Pueblo manda; cuantos absurdos salían de los arrebatos de su frenesí. «Las provincias de Venezuela en su manifiesto a todas las naciones civilizadas de Europa», impreso en Caracas por don J. Gutiérrez, año de 1819 y firmado por 57 Ayuntamientos de su distrito, dicen: «Un puñado de hombres conocidos en los pueblos por sus vicios trastornó la obra de 300 años a presencia de una multitud asombrada con suceso tan inesperado, y del leal Ayuntamiento de la capital, que teniendo en su seno tres del número de los conjurados fue la víctima de su audacia, del terror y de la sorpresa».[36]

Este último testimonio posee, indudablemente, un sesgo peyorativo que recae sobre los protagonistas criollos de esa jornada. Pero nos permite hacer el contraste con la versión republicana elaborada muy posteriormente. Las coincidencias y similitudes entre una y otra versión fueron alteradas por el encono que se suscitó entre los dos adversarios a partir de entonces.

La conducta entre dubitativa e indecisa de Emparan, tomado completamente por sorpresa, trajo como consecuencia el fin de su autoridad como principal jefe político y militar del país. A pesar de que algunos colaboradores de Emparan en el Gobierno colonial intentaron ordenar a los jefes militares de regimientos y cuarteles que cumpliesen con su deber de restituir el orden público alterado, estos no hicieron nada en ese sentido.

Para el regente Heredia, uno de los testimonios civiles dentro del realismo más significativo, quizá el más equilibrado, ecuánime y autocrítico, lo ocurrido el 19 de abril de 1810, según su apreciación, fue lo siguiente:

> El Ayuntamiento de Caracas, que fue el autor de esta revolución, o el instrumento de la gavilla oculta que la había tramado, se apoderó del gobierno, y agregándose algunos otros individuos con el título de Diputados por varias clases del pueblo que no los habían elegido, tomó el dictado de la Junta Suprema Conservadora de los Derechos del señor don Fernando Séptimo. No hubo desgracia alguna, porque estaban ganados casi todos los oficiales de las tropas acuarteladas en la plaza, y el pueblo vio tranquilamente la mudanza, creyendo que no era malo el hacer lo que habían hecho todas las provincias de España, y que por este medio se precavía el peligro de caer bajo la dominación Francesa.[37]

---

36 Urquinaona y Pardo, *Manifestación de las calumnias producidas por el Excmo. Sr. D. Domingo Monteverde y el Sr. Andrés Level de Goda,* pp. 18-27.

37 Heredia, *Memorias del Regente Heredia,* p. 23.

Como es evidente, al ser la Junta «defensora y conservadora» de los Derechos de Fernando VII, la acción de los criollos logró ser moderada y percibida como bien intencionada en sus propósitos últimos. Los criollos actuaron previsiblemente evitando suspicacias entre la población en general y haciendo pasar el golpe de fuerza como una necesidad salvadora ante la difícil coyuntura que atravesaba la Metrópoli.

No compartimos las opiniones de algunos historiadores españoles en descalificar a la jornada del 19 de abril de 1810 señalando que este hecho no fue más que un traicionero y vulgar atentado en contra de la legalidad colonial. Si bien se depone a las autoridades legítimamente constituidas, aunque de manera pacífica y hasta caballerosa, lo que hicieron los criollos fue asumir, desde el cabildo caraqueño, la representación popular a imitación de lo que ya habían hecho los mismos españoles, a través de la formación de Juntas provinciales, desde el año 1808.[38]

No fue una traición a España

¿Qué los llevó a los criollos precisamente a actuar en ese momento? En muchos de ellos, influyó la noticia de que los franceses habían ocupado completamente Andalucía y que la Junta Central se había trasladado apresuradamente a la Isla de León, al frente de Cádiz; para otros, se trató de hacer realidad el antiguo proyecto de 1808 y, con ello, acceder a una mayor influencia en el ámbito de las decisiones políticas y gubernamentales de la provincia. Lo que hay que destacar, más allá de la pertinencia o no de dicho movimiento, es que este se asume a favor de resguardar los derechos de Fernando VII en las provincias de Venezuela. Que los cabildantes caraqueños tuvieron plena conciencia de que avanzaban hacia la Independencia plena de España, porque el sistema colonial que los mantuvo unidos por trescientos años fue algo oprobioso e

38 El mismo juicio de valor que se ha hecho respecto a las acciones de las Juntas provinciales españolas lo merecen las Juntas hispanoamericanas. Aunque el realista José Domingo Díaz descalificó ese acto por considerar que la situación en la provincia de Venezuela era de completa paz y normalidad. Apartada la cabeza del cuerpo, este tenía que reaccionar ante la falta de dirección, situación esta que fue entendida por los venezolanos en ese crítico momento.

indeseable que había que superar de una vez por todas, es una tesis que hay que desestimar.[39]

El siguiente testimonio inserto en una proclama de los caraqueños indica claramente que estos actuaron no por traición sino, al contrario, en solidaridad con la misma España, ofreciendo sus tierras y casas para acoger a sus habitantes ante la inevitable, opinión en ese momento aceptada por la mayoría, ocupación francesa de toda la Península:

> Nuestra inviolable fe al Rey, a la Patria y a la religión que nos es común ha conservado suspendida sobre la España la espada que desenvainó contra ella la Francia, creyendo que la conquista de sus armas arrastraría necesariamente la de nuestra opinión. Venezuela como más inmediata a la voracidad del usurpador, y rodeada de establecimientos marítimos de otras naciones con distintos intereses, debía temer más por su suerte futura, debía interesarse más en saber la de la España, tenía más medios para conseguirlo, y más motivos para ser la primera que proveyese a su conservación. Ha visto que ni nuestros tesoros, ni nuestra fidelidad, ni el heroísmo de nuestros hermanos ha podido salvarlos de la opresión que comenzó la perfidia, y consumó la reunión de todos los elementos desorganizadores conspirados contra la existencia política de la España; y ha querido separarse de su suerte para conservar la suya y ofrecer un asilo a sus compatriotas contra los males que les amenazan; con tan santos designios ha querido tomar posesión de la independencia política que el orden de los acaecimientos le ha restituido, y lo ha conseguido con toda la moderación, con toda la filantropía y con toda la felicidad de que era digna su causa.[40]

---

39 El fragor de la guerra como consecuencia de la radicalización de las posiciones entre realistas partidarios del Antiguo Régimen y republicanos favorables a la Independencia absoluta trajo como consecuencia la descalificación del adversario. Así, tenemos que los jefes prorrepublicanos, al hacer mención de España y su rey, establecían una relación con el despotismo y la tiranía. Libertad contra tiranía fue el planteamiento ideológico fundamental del pensamiento ilustrado y «revolucionario» criollo, muy poco comprendido por las masas populares en su momento, pero que posteriormente demostró una tremenda eficacia dentro de un discurso nacionalista cargado de autopropaganda y con un claro sesgo antihispano. La lógica de la guerra necesitó de argumentos ideológicos para justificar a los beligerantes en que la «justa causa» que defendían estaba de su respectivo lado y, una vez más, España fue incapaz de vencer en la guerra de propaganda que sus adversarios le plantearon con una terquedad sorprendente. Bolívar y los escritores republicanos se hicieron eco de toda la «leyenda negra» española elaborada por ingleses, franceses, holandeses y protestantes presentando al mundo toda la justicia que había en la lucha que llevaban a cabo en contra del pérfido y decadente Fernando VII, que de rey «muy amado», de acuerdo con los principales preceptos que se emitieron en la jornada del 19 de abril de 1810, pasó a convertirse, desde el año 1811, en un malvado déspota y tirano.

40 A. G. I., Caracas, 437-A.

Así, tenemos que el 19 de abril fue el resultado de una coyuntura hábilmente aprovechada por un grupo de criollos, quienes, a través del Cabildo y numerosas reuniones secretas, venían participando y discutiendo sobre los destinos de las provincias venezolanas y su relación con la monarquía a las luces de las nuevas ideas y el impacto de los procesos revolucionarios y sociales que habían sacudido a Europa y Norteamérica. Pero no olvidemos que fueron los sucesos peninsulares los que fueron dictando paulatinamente las decisiones y las corrientes de opinión dentro del sector oligarca criollo, verdadero protagonista del 19 de abril de 1810.

La participación de las fuerzas militares

La participación de las fuerzas militares parece haber sido determinante en el éxito de los cabildantes caraqueños, como ya antes se ha hecho mención. Muchos miembros de la aristocracia criolla mantuvieron estrechos contactos con la oficialidad, de la cual incluso formaban parte:

> Baste decir que los facciosos coligados supieron ganarse la mayor parte de los oficiales americanos y europeos que mandaban la fuerza armada compuesta de los restos del regimiento de la Reina, del batallón fijo de San Carlos, y de una o dos compañías de las Milicias de pardos de Aragua; que la fuerza estuvo engolosinada con el sueldo doble que disfrutó el mismo diecinueve [...].[41]

El marqués del Toro, al parecer amigo íntimo de Emparan, tuvo extraordinarias facilidades para obtener el apoyo de la milicia caraqueña, a la cual, posteriormente, le tocaría mandar como máximo jefe militar.

Las tropas que apoyaron a los juntistas caraqueños fueron, en su mayoría, oriundas del país; las fuerzas peninsulares, muy escasas, casi todas se plegaron a la corriente de opinión que apoyó a los criollos en el golpe de mano en contra de Emparan:

> Debido a la ausencia de fuerzas peninsulares, las Fijas representaban las únicas tropas permanentes de las que dispusieron las autoridades realistas para hacer frente a los movimientos emancipadores. Por el hecho de encon-

41 N. Coll y Prat, *Memoriales sobre la independencia de Venezuela,* Caracas, 1960, pp. 114 y 115.

> trarse siempre reunidas, a diferencia de las Milicias, y por su mayor grado de instrucción suponían el único elemento militar existente en las Indias. En contra de su voluntad ni los virreyes ni los dirigentes independentistas podían hacer nada. Así, veremos que en los primeros momentos los alzamientos solo triunfaron en aquellos territorios donde fueron apoyados por los Fijos o donde estos mantuvieron, al menos, una actitud pasiva o en los que no existían.[42]

Los Cuerpos Fijos fueron en Venezuela, en la víspera del 19 de abril de 1810, los siguientes: I Batallón en Caracas; tres «Cuerpos» situados en Cumaná, Guayana y Margarita y una Compañía Independiente; en Artillería, una Compañía Independiente. Los Fijos fueron las tropas mejor adiestradas, aunque su número siempre fue insuficiente para cubrir las grandes extensiones de terreno en donde estaban acantonadas, en su mayoría cerca de la costa y en las más importantes ciudades. Más numerosas, aunque con un menor adiestramiento militar, fueron las fuerzas de Milicias,[43] en donde los criollos de alta cuna ejercían posiciones dentro de la oficialidad, como el caso del mismo Simón Bolívar. Los milicianos eran civiles con una muy elemental formación militar; más que fuerzas de choque preparadas para la guerra, ejercieron funciones de Policía.

Las tropas y sus oficiales no mantuvieron una actitud homogénea ante las acciones llevadas a cabo por los caraqueños: mientras que unos se plegaron a estos (Cumaná, Barcelona, Margarita, Barinas, Trujillo, Mérida, etc.), otros se mantuvieron leales a la monarquía (Maracaibo, Coro y Guayana).

Causas del 19 de abril de 1810

Puede parecer una paradoja, pero fueron los ingleses y sus representantes diplomáticos y autoridades en el Caribe y Venezuela quienes informaron a las autoridades españolas en la Península sobre los sucesos ocurridos el 19 de abril en Caracas. El bando publicado por los caraqueños fue, en un primer momento, traducido al inglés para ser entregado a la diplomacia española en Londres.

---

42 J. Albi, *Banderas olvidadas, el ejército realista en América,* Madrid, 1990, p. 45.
43 Sobre el tema véase la obra de S. G. Suárez, *Las Milicias,* Caracas, 1984.

Aquí ofrecemos lo esencial del bando mandado a publicar por los criollos apenas lograron instalar la Junta el 19 de abril de 1810:

> Los miembros del Cabildo caraqueño reunidos el Jueves Santo (19 de abril de 1810) lo hacen bajo el pretexto de atender a la salud pública de este pueblo que se halla en total orfandad no solo por el cautiverio de Nuestro Don Fernando VII sino también por haberse disuelto la Junta, que suplía su ausencia en todo lo tocante a la seguridad y defensa de sus dominios, invadidos por el Emperador de los Franceses, y demás urgencias de primera necesidad, a consecuencia de la ocupación casi total de los reinos y provincias de España, de donde ha resultado la dispersión de todos o casi todos los que componían la expresada Junta, y por consiguiente el cese de sus funciones. Y aunque según las últimas o penúltimas noticias derivadas de Cádiz parece haberse sustituido otra forma de Gobierno con el título de Regencia; sea lo que fuere de la certeza o incertidumbre de este hecho y de la nulidad de su formación, no puede ejercer ningún mando ni jurisdicción sobre estos países, porque no ha sido constituida por el voto de estos fieles habitantes cuando han sido declarados, no colonos sino partes integrantes de la Corona de España, y como tales han sido llamados al ejercicio de la soberanía interina y a la reforma de la Constitución Nacional; ni cuando pudiese prescindirse de esto, nunca podría hacerse en la impotencia que ese mismo Gobierno se halla en atender a la seguridad y la prosperidad de estos territorios y de administrarles cumplida justicia en los asuntos y causas propios de la suprema autoridad, en tales términos que por las circunstancias de la guerra y de la conquista y usurpación de las armas francesas, no pueden valerse a sí mismos los miembros que compongan el indicado nuevo Gobierno […].[44]

Como ya antes se ha señalado, una de las justificaciones que presentaron los ideólogos del movimiento caraqueño fue la de remitirse al pensamiento tradicional español, donde el pueblo, ante la ausencia del monarca, recuperaba la soberanía que antes había delegado,

> […] ejerciendo los derechos de la Soberanía que por el mismo hecho ha recaído en el pueblo, conforme a los mismos principios de la sabia Constitución primitiva de la España, y a las máximas que ha enseñado y publicado en innumerables papeles del Pueblo; que por virtud de las expresadas facultades pueda el mismo Y. A. tomar las providencias del momento que no admitan la tardanza.[45]

Mucho se ha discutido y escrito sobre las bases ideológicas y el pensamiento de los hombres de la emancipación.[46] Y no hay criterios unánimes

---

44 A. G. I., Estado, 63, N. 31.

45 Ib.

46 Véase *Pensamiento Político de la Emancipación (1790-1825),* 2 tt., Biblioteca Ayacucho, 1984.

para establecer una sola influencia; de hecho, lo normal es que dicho pensamiento haya nacido de muchas fuentes diversas. Hay tres grandes referencias: el pensamiento escolástico de origen hispano; la Ilustración y el Enciclopedismo, con sus derivados en los documentos producidos por la Revolución francesa y la Independencia de Estados Unidos, y el nacionalismo criollo.[47]

Consideramos que fueron cuatro las razones básicas para que los criollos tomaran el poder el 19 de abril de 1810, razones de por sí ya estudiadas abundantemente por numerosos autores venezolanos e hispanoamericanos:

1. El miedo a ser invadidos por Francia y caer bajo otro tipo diferente de dominación colonial.[48] Los criollos no estaban dispuestos, ante el abandono de la Metrópoli, a caer bajo otro dominio externo. Inglaterra o Francia, principales potencias de la época, tuvieron explícitas aspiraciones sobre los territorios españoles en América. Los ejércitos napoleónicos tenían en Europa la reputación de invencibles y no se esperaba que los españoles pudiesen detenerlos.
2. El vacío de poder en la Península. Un rey secuestrado y la Metrópoli invadida ofrecían muy poco campo para el funcionamiento cabal de un gobierno y una política de Estado que se ocupase adecuadamente de los problemas más básicos en los territorios ultramarinos. La lealtad de los americanos hacia España se venía realizando a través del reconocimiento de los virreyes, capitanes generales, regentes e intendentes nombrados por la autoridad real. Estos poderes se sostuvieron por un consenso, una especie de pacto colonial en el que el uso de la fuerza a través de un ejército de ocupación fue innecesario. Las autoridades españolas en Venezuela en víspera de la Independencia solo estuvieron preocupadas por una invasión inglesa sobre cualquier punto de la inmensa franja costera norte o por las sublevaciones y revueltas conspirativas de

---

47 J. Lynch, *América Latina entre Colonia y Nación,* Barcelona, 2001, p. 185.

48 «Las provincias venezolanas cambiaron las autoridades porque creyeron que España entera estaba en poder de Napoleón y no existía gobierno legítimo alguno. Carencia de potestad suprema, odio al extranjero: tales fueron las bases jurídica y psicológica de la revolución en el interior de la Capitanía». Véase Parra Pérez, *Historia de la Primera República de Venezuela,* p. 213.

carácter interno, como la de Gual y España en 1797. Aunque hay que señalar que el principal terror de los capitanes generales y gobernadores en Venezuela fue siempre ante una sublevación generalizada de negros esclavos. Lo ocurrido en la Serranía de Coro en 1795 con el levantamiento de esclavos liderado por el negro José Leonardo Chirino causó un profundo impacto en la sociedad venezolana de ese entonces. Por el contrario, era muy improbable que las autoridades españolas temiesen una revuelta del sector aristocrático local, del que se sentían aliados. No obstante, en la intentona de Gual y España en 1797 y la «Conjuración de 1808», se hicieron presentes representantes de ese sector progresivamente convencidos de una salida favorable a la autonomía e independencia. No cabe la menor duda de que Emparan fue sorprendido por los cabildantes que lo depusieron. Su desconcierto aún fue mayor cuando recibió la noticia de que las tropas no le iban a prestar obediencia, ya que estaban en connivencia con los alzados. Esta situación de zozobra y abandono quizá explique su rápida huida y falta de resistencia ante los miembros del cabildo caraqueño promotores de un auténtico golpe de Estado. Vicente de Emparan bien pudo organizar la resistencia realista trasladándose al occidente del país, tanto a la ciudad de Coro como Maracaibo, pero, desde el exilio en Estados Unidos, luego lo destinaron a Cartagena de Indias.

3. El miedo a una revolución social por parte de los sectores sometidos dentro de la estructura socioeconómica de la colonia obligó a la aristocracia criolla a actuar. Existió un miedo a las masas populares, a los negros, pardos e indios; miedo este que se incrementó aún más luego de la revuelta haitiana. El historiador catalán Miquel Izard ha sido uno de los principales promotores de esta tesis, que ha quedado corroborada ampliamente por la documentación de la época. Los blancos criollos hicieron la revolución «por arriba», para evitar una revolución de «los de abajo». El cambio solo debía ser epidérmico, institucional y políticamente moderado, a caballo entre las viejas instituciones coloniales y las nuevas doctrinas liberales surgidas en Europa. En realidad, se intentó en un principio «cambiar para no cambiar nada». El sector moderado que se hizo con el Gobierno fue iluso en pretender modificar todo un sistema

a través de decretos y reformas. Maracaibo, Coro y Guayana se mantuvieron fieles al rey y defendieron sus particulares intereses en contra de los caraqueños y su afán por extender la «revolución» al resto de las provincias.

4. La revolución venezolana, en sus comienzos, no rompe ni con España ni con su rey. Existió un sector moderado que fue mayoritario y que entendió que el poder debía ser tomado ante el abandono de España, pero sin tener la certeza final en obtener la independencia absoluta. Este sector pretendió adquirir mayores cuotas de autoindependencia, autonomía y una mayor participación en las decisiones del Gobierno de la Capitanía. Hacen la revolución sin llegar a su radicalización más extrema; fue, fundamentalmente, una revolución jurídica y legalista bajo el influjo tanto del pensamiento escolástico hispano como del moderno de corte ilustrado. A la larga, las fuerzas de la Historia que desataron se volvieron en su contra, circunstancia que fue aprovechada por un sector minoritario pero muy radical que, desde la Junta Patriótica, abogó activamente a favor de la independencia absoluta, la cual proclamaron el 5 de julio de 1811.

Los promotores del movimiento tuvieron el suficiente cuidado en incorporar una representación del sector de los pardos[49] entre los cabildantes; con ello, se buscó obtener legitimidad y apoyo del grupo social más numeroso de la colonia, pero, como ya hemos reiterado en varias oportunidades, la Independencia fue llevada a cabo por una minoría. La participación popular fue anecdótica y solo se hará «bruscamente» presente a partir de 1814. Esto ha quedado corroborado por el testimonio del arzobispo de Caracas, Narciso Coll y Prat, quien ha señalado en sus *Memorias* que

> […] fue obra de pocos, y aquel lamentable acontecimiento vino sin plan fijo, ni sistema determinado […]; todo está probando que la maldad se ejecutó sin plan; que la revolución fue obra original de pocos; y aquel desgraciado vecindario no tuvo en ella parte.[50]

---

49 Don Gabriel de Ponte, teniente de Caballería, y don José Félix Ribas fueron los encargados de representar al sector pardo ante el Ayuntamiento.

50 Coll y Prat, *Memoriales sobre la independencia de Venezuela,* p. 114.

También, para Mariano Torrente, lo sucedido en esa histórica jornada fue obra de unos pocos:

> El curso mismo de los sucesos indica que la opinión estaba en lo general a favor del trono español; que solo una porción de ambiciosos oligarcas, y de varios jóvenes díscolos y viciosos, pero todos ellos llenos de astucia, y muy versados en el manejo de la intriga, pudieron dar un impulso feliz a la creación de un nuevo gobierno, para el que no estaba preparada la masa de la población.[51]

Las primeras reacciones

España tardó mucho tiempo en reaccionar ante el paso dado por los caraqueños; los problemas de comunicación entre ambos territorios se agravaron por la falta de intercambios fluidos debido a la escasez de embarcaciones y la ausencia de una política de gobierno a la que se pudiese atender. La novedad trajo una primera reacción por parte de los propios expatriados, junto con el capitán general don Vicente de Emparan.[52] Muchos encontraron refugio en las provincias vecinas a la espera de las necesarias órdenes de las autoridades metropolitanas para saber cómo conducirse en tan críticos momentos. Hemos podido revisar varias representaciones del subinspector de Artillería en Lima y también de Caracas, brigadier don Agustín García de Carrasquedo, en los días previos al 19 de abril de 1810, quien, desde la ciudad de Filadelfia en Estados Unidos donde estuvo exiliado, hizo unas interesantes observaciones sobre lo ocurrido. El referido militar señaló, en el mes de junio de 1810, que los caraqueños habían realizado un llamado al resto de las provincias que conformaron la Capitanía General de Venezuela para que hiciesen un reconocimiento al nuevo Gobierno y que, salvo Coro y Maracaibo, todos le prestaron obediencia. Igualmente, fue uno de los primeros testimonios realistas en denunciar el apoyo inglés, a través del gobernador de la isla de Curazao, al nuevo Gobierno de los criollos. Este militar se extrañó de la conducta inglesa ya que, al ser aliado de España en la lucha contra Napoleón, no tenía sentido apoyar a los venezolanos en rebeldía cuando era la misma Francia la que aspi-

---

51 Torrente, *Historia de la revolución Hispanoamericana,* p. 155.
52 S. H. M., M. G., caja 120.

raba a subyugar el continente americano entero.[53] Sostuvo que el Gobierno inglés debería haber desaprobado la conducta de este gobernador y apoyar a España a través de su poderosa Marina de Guerra. También señaló la necesidad imperiosa de que el Gobierno español embarcara un ejército para restituir el orden de las cosas sobre los caraqueños. La respuesta militar represiva desde muy temprano se hizo presente entre los realistas desplazados de sus posiciones de privilegio que no dudaron en acusar a los blancos criollos de rebeldes:

> […] los buques ingleses bloqueen con todo rigor los puertos desde las bocas del Orinoco hasta la Vela de Coro, tratando como insurgentes a los que no han reconocido a la Regencia. Es evidente que el Gabinete de Londres ha protegido y protege la Independencia de Caracas, y siendo así es preciso abandonar el proyecto de recobrarla, o enviar de siete a ocho mil hombres para conseguirlo, aunque se incluyan de tres a cuatro mil europeos y haya pocos o ninguno de color.[54]

García Carrasquedo, como militar, al fin y al cabo, hizo un estimado de la logística mínima que se necesitaría para encarar esa campaña de reconquista sobre Venezuela. Para ello propuso el siguiente plan de acción:

> De todos modos creo conveniente venga un Mariscal de Campo, y uno o dos brigadieres, oficiales de Campaña, para mandar las tropas, como también montura y armamentos siquiera para dos mil caballos, pues la guerra que más conviene hacer es la de quitar los víveres a Caracas, y como allí abundan los caballos, y está muy acostumbrada a montar la gente del país, es de suponer que tengamos mucha caballería en contra, y que nos convendrá aumentar la nuestra con cuyo objeto debemos tener provisión de Espadas de Caballería.[55]

Igualmente propuso el envío de 200 a 300 soldados hacia Maracaibo para que, desde un punto indeterminado en los alrededores de la Vela de Coro, encuentren el lugar más adecuado para el desembarco del Ejército

---

53 La opinión de los realistas expatriados en ese entonces fue la de acusar a los criollos de afrancesados ya que, al despojar a las legítimas autoridades de la Capitanía General, llegaron a creer que esa acción se hizo con la complicidad de Francia y Napoleón; apreciación errónea en la que insistirá don Vicente Emparan en su alegato contra los criollos desde el exilio, como posteriormente nos daremos cuenta.

54 S. H. M., M. G., caja 120, Agustín García Carrasquedo, Filadelfia, 22 de junio de 1810.

55 Ib.

de reconquista. Pero, en otro documento,[56] hizo el señalamiento que lo ideal sería reunir a ese cuerpo de tropa en la isla de Curazao y que, para ello, había que contar con el visto bueno y la colaboración del gobernador de esa isla inglesa. De fracasar las negociaciones con los ingleses, propuso como alternativa utilizar la isla de Puerto Rico, por ser un punto equidistante de todas las provincias ubicadas al norte en la costa de Venezuela.

La conducta de las autoridades inglesas en el Caribe y de sus capitanes fue, en un principio, favorable a los caraqueños.[57] Desde hacía años atrás, Inglaterra venía hostilizando las costas de Venezuela y le había arrebatado en el año 1797, a través de una ocupación militar, la importante isla de Trinidad en el Caribe oriental.[58] Los caraqueños, presurosos, no dudaron un instante en ganarse el apoyo inglés a través de favorables medidas, que permitieron la liberalización del comercio con la apertura de sus puertos, y negociando la compra de fusiles y pólvora para la defensa del nuevo Gobierno en las islas británicas vecinas.

La actitud británica ante el movimiento autonomista venezolano estuvo a merced de las simpatías o antipatías de cada gobernador inglés en el Caribe respecto a ser partidario de la monarquía o de los republicanos. Apenas las autoridades españolas pudieron conocer la colaboración abierta de algunas autoridades inglesas en el Caribe con los criollos de Caracas, no dudaron en reclamar al Gobierno inglés la violación de lo estipulado en la alianza hispano-inglesa.[59] En consecuencia, los ingleses no tuvieron más remedio que aceptar una política de «neutralidad» hacia los dominios americanos y con el compromiso de abstenerse en intervenir allí. En la práctica, el Gobierno inglés siempre fue partidario de la Independencia de His-

---

56 S. H. M., M. G., caja 120, representación de Agustín García Carrasquedo al señor director general del Real Cuerpo de Artillería, Filadelfia, 13 de junio de 1810.

57 El historiador escocés D. A. G. Waddell ofrece en su obra *Gran Bretaña y la Independencia de Venezuela y Colombia,* Caracas, 1983, una adecuada información sobre las distintas actitudes de la diplomacia inglesa en el Caribe durante los años de la Independencia Hispanoamericana.

58 En 1802, a través del Tratado de Paz de Amiens, las islas de Trinidad y Tobago pasaron formalmente bajo la administración del Reino Unido.

59 A. G. I., Estado, 63, N. 33, comunicación del embajador español en Londres, don Juan Ruiz de Apodaca, dirigida a don Eusebio de Bardaxí y Azara, Londres, 17 de enero de 1811.

panoamérica con la indisimulada intención de sustituir a España como potencia principal en la zona. Desde el año 1810, estuvieron apoyando y colaborando «extraoficialmente» con los republicanos.

Fueron las autoridades inglesas en el Caribe las primeras en ofrecer al Gobierno español en la Península las noticias de lo ocurrido en Caracas el 19 de abril de 1810. El brigadier general Layard de Caracas, *sir* Jorge Beckwith de la isla Guadalupe y *sir* A. Cochrane de la isla Barbada se apresuraron a transmitir al conde de Liverpool, secretario de Estado inglés en el Departamento de la Guerra, todas las incidencias de ese suceso.[60] En principio, la posición del Gobierno inglés osciló en tranquilizar a los españoles al sostener que respetaban «la conservación de la integridad de la Monarquía Española».[61] Aunque no nos cabe la menor duda de que los ingleses también fueron sorprendidos por el paso dado por los caraqueños, pero, a diferencia de los españoles, rápidamente recabaron toda la información necesaria para actuar diplomáticamente de acuerdo con las circunstancias dinámicas de los escenarios internacionales y el acrecentamiento de sus intereses en las posesiones españolas de América. En lo que nunca tuvo dudas Inglaterra era en estar dispuesta a sostener, con todos sus medios militares, que la Francia napoleónica, luego de la hipotética invasión sobre España, pasara a ocupar los dominios americanos.

La diplomacia española actuó en un momento de máxima debilidad, pero, aun así, exigió a los ingleses que no se inmiscuyeran en la problemática americana que se había desbordado ante los pronunciamientos autonomistas de Caracas y Buenos Aires. En un momento dado, cuando eclosionó la

---

60 «Todas las autoridades británicas de las Antillas se apresuraron a enviar a Londres noticias de los sucesos de Venezuela y pidieron instrucciones. Layard despachó al capitán Nelly con tal fin, el 16 de mayo. Cochrane expidió una corbeta rápida con el mismo objeto. Hislop remitió a lord Liverpool gran cantidad de documentos publicados por las Juntas de Caracas y Cumaná. Beckwith notaba las divergencias nacientes entre las provincias venezolanas; y, hecho más significativo si se quiere, señalaba la aparición de divisas rojas y amarillas, anunciadoras de los partidos y facciones que se disputarán el mando en el país. Morrison, comandante militar de Jamaica, comunicó la llegada a aquella isla de Montilla y de Salias, "dos gentileshombres españoles de Caracas" que iban con el fin aparente de obtener el reconocimiento de la Junta», Parra Pérez, *Historia de la Primera República de Venezuela,* p. 238.

61 A. G. I., Estado, 63. N. 32, comunicación de Henrique Wellesley a don Eusebio de Bardaxí y Azara, Cádiz, 30 de julio de 1810.

crisis americana y era incierto el futuro de España como nación libre, las autoridades españolas estuvieron dispuestas en aceptar una «mediación» de Inglaterra pero bajo la innegociable posición de respetar estos la integridad de los dominios españoles en América.[62] A cambio de la «mediación» inglesa para que los «rebeldes» depusieran su actitud autonomista, estos recibirían como contrapartida importantes ventajas comerciales en el circuito interamericano. La Regencia, a pesar de la adversidad del momento, era en ese entonces optimista respecto al futuro de las colonias americanas y nunca creyó que el secesionismo fuera a prevalecer.[63]

La gran prueba de fuego sobre las verdaderas intenciones del Gobierno inglés respecto a los «revolucionarios» de Caracas se tuvo con la llegada de los embajadores venezolanos Simón Bolívar y Luis López Méndez a la ciudad de Londres en el mes de julio de 1810. El ministro de Relaciones Exteriores inglés, lord Wellesley, se sabía presionado en ese entonces por el Gobierno español y su embajador en Londres, Apodaca, sobre cuál sería la actitud oficial que el Gobierno inglés tomaría respecto a los embajadores venezolanos. Es por ello que, para evitar cualquier tipo de suspicacia, los ingleses mantuvieron informadas a las autoridades españolas de lo tratado en cada una de las reuniones que se llevaron a cabo. Las resoluciones que pudieron lograrse entre los representantes venezolanos y el Gobierno inglés fueron como sigue: se propuso otorgar protección marítima a los venezolanos en contra de Francia, se recomendó que la provincia de Venezuela hiciera esfuerzos por reconciliarse con el Gobierno Central en ese entonces reconocido en España y, ya por último, se sugirió encarecidamente a que los venezolanos mantuvieran las relaciones de comercio, amistad y comu-

---

62 A. G. I., Estado, 87, N. 1, noticias que emite el Consejo de Regencia sobre la «revolución» en Venezuela y lo tratado al respecto con el Gobierno inglés, Cádiz, 7 de septiembre de 1810.

63 «Los diputados españoles cometieron desde el principio el incalificable error de oponerse a la aceptación de las condiciones sugeridas por Inglaterra para arreglar el conflicto con las colonias, y persistieron en reclamar la sumisión pura y simple de los autonomistas americanos a la voluntad de la Regencia. Sin embargo, por decreto del 15 de octubre de 1810, ratificado el 30 de noviembre, al sancionar "el inconcuso concepto" de la integridad de la monarquía, las Cortes declararon la igualdad de derechos entre peninsulares y americanos y prometieron, a cambio del reconocimiento de su autoridad soberana, el general olvido de cuanto hubiese ocurrido», Parra Pérez, *Historia de la Primera República de Venezuela,* p. 253.

nicación de auxilios con la Madre Patria. Inglaterra se comprometió a servir de mediador entre las partes enfrentadas, ya que la división solo favorecería al enemigo común: Napoleón.[64]

Para los ingleses, mientras se siguiese reconociendo al monarca Fernando VII como cabeza del Imperio español, tanto por americanos como españoles de la Península, el problema podía atenderse sin afectar, con ello, al esfuerzo de la guerra que se hacía en contra de Francia, mientras que, para el Gobierno español era vital que Inglaterra demostrase ser consecuente con la alianza que mantenían tomando un claro partido por la defensa de la integridad territorial de la monarquía española en todos sus dominios; requerimiento este que se tuvo en cuenta por lord Wellesley y que, en un primer momento, satisfizo a los españoles.[65]

Una de las cosas que más sorprendió a las autoridades españolas depuestas fue que los criollos hubiesen tenido el atrevimiento de ir en contra de un orden que, en teoría, les era favorable. Una «revolución» podía afectar sus grandes fortunas, que solo la estabilidad de un orden en paz les podía garantizar. También consideraron que los criollos eran gente temerosa de los pardos y la gente de color, especialmente los esclavos, ya que todos ellos eran propietarios de los mismos y que lo ocurrido en la vecina isla de Haití les había causado una profunda impresión que acrecentó aún más sus temores.

Para los primeros expatriados realistas de Venezuela, la gran mayoría de los blancos criollos fueron obligados a actuar al ceder al «imperio de las circunstancias» y por considerar que, ante el nuevo Gobierno, podían ser «útiles más adelante a la buena causa» admitiendo empleos y comisiones al servicio de la insurrección. Es el miedo, según Carrasquedo, lo que ha llevado a la gente en Venezuela a sumarse a las iniciativas del nuevo Gobierno. El apoyo de los blancos criollos a su estamento se hizo procurando mantener a raya tanto a pardos como a esclavos negros.

---

64 A. G. I., Estado, 87, N. 1, respuesta a las proposiciones de los Comisionados de Venezuela, 8 de agosto de 1810.

65 Ib., memoria de lo tratado entre el marqués de Wellesley y los Comisionados de Venezuela, entregada a estos el 8 de agosto de 1810 y a los ministros de España también en el mismo día.

Los realistas del sector blanco en Venezuela temieron en la misma proporción que los blancos criollos tanto a un levantamiento insurreccional de esclavos como a que los pardos exigieran igualdad de derechos, siendo la casta más numerosa de todas. La rivalidad entre el sector blanco, conformado por peninsulares, criollos y canarios, todavía no había aparecido del todo. Todos trataron de adaptarse a la novedad del nuevo Gobierno procurando mantener sus privilegios e incluso de poder acrecentarlos. No pensaron así los funcionarios peninsulares, que desde el exilio siguieron elaborando planes de reconquista sobre Venezuela un tanto utópicos, a través de representaciones y memoriales, que, por lo general, nadie era capaz de leer y atender ante la situación de anomia del Estado español en la Península.

Un ejército había que enviar a Venezuela con el apoyo de La Habana, México, del virreinato de la Nueva Granada y con el concurso interno de las provincias de Barinas y Maracaibo para someter a Caracas y sus otros aliados. Desde la Península, la Regencia tenía que hacer el gran esfuerzo de colocar en América entre 2000 a 2500 hombres, para demostrar a todos que España aún era lo suficientemente fuerte para garantizar el orden y la paz sobre sus territorios indianos. Había que aprovechar la escasez y el mal estado del parque de armas y municiones que había en Venezuela[66]

---

66 S. H. M., M. G., caja 120, Filadelfia, 13 de junio de 1810, representación de Agustín García de Carrasquedo dirigida al señor director general del Real Cuerpo de Artillería:

«Para conocimiento de V. S. pondré una noticia de los fusiles que existían en la Capitanía General cuando salí de ella según lo que me dicta mi memoria, incluso los de los Cuerpos Veteranos y de Milicias.

Provincias:	Fusiles:
Caracas	
Capital	5600
La Guaira (Incluso su Guarnición)	800
Puerto Cabello	1000
Valencia	1600
Cumaná	
Capital:	2500
Barcelona:	700
Carúpano y otros puntos de la Costa	800
Maracaibo	2600
Guayana	1600
Barinas	400
Coro	400
Isla de Margarita	1500
Totales:	19 500».

y, sin menoscabo del tiempo, suministrar armas y material de guerra a Coro y Maracaibo, para evitar que cedan a los caraqueños antes de la llegada de los refuerzos peninsulares. Una vez más, encontramos al mismo militar español Carrasquedo recomendando operaciones militares desde Coro con el apoyo de las provincias occidentales aún adictas a la causa del rey, ya que Coro, siendo un distrito de la provincia de Caracas, le tomaría las espaldas por sorpresa. Es evidente que los jefes militares realistas, en un primer momento, vislumbraron que el occidente del país tenía que ser el foco de la contrarrevolución y que el apoyo de los naturales del país iba a ser algo determinante sobre el desenlace del conflicto planteado:

> Para instruir y mandar el paisanaje conviene venga un número de oficiales y sargentos sueltos; esto debe hacerse si es posible sin demora para Maracaibo y Coro, y reunir también algunas piezas de batalla, pues allí no había ninguna.[67]

Los realistas exiliados en Estados Unidos recibieron noticias un tanto confusas sobre lo que estaba ocurriendo en el interior de Venezuela. Desde Nueva York, el cónsul español remitió un pliego a mediados del año 1810, donde señaló que un barco que venía de Caracas trajo la noticia de que Guayana, Cumaná y Barinas habían decidido mantenerse leales al Gobierno de la Regencia. En realidad, todo estuvo revuelto y bajo el signo de la incertidumbre. Mientras Caracas hacía su «revolución» pacífica, los españoles en Europa fueron prácticamente indiferentes a ese suceso. Un promedio de dos meses se necesitaba en la época para poder transmitir las noticias entre las costas de Venezuela y el puerto de Cádiz y, en tiempos de conflictividad, es de suponer que aún más.

La estructura imperial española en América estuvo ya, para ese entonces, fracturada. Los grandes virreinatos, como el de Nueva España y el del Perú, concentraban a la población más fervientemente realista y muchos pensaron que las fuerzas de la contrarrevolución, ante los amagos independentistas, podían provenir desde esas dos zonas. En La Paz y Quito, los intentos auto-

---

67 S. H. M., M. G., caja 120, representación de Agustín García Carrasquedo al señor director general del Real Cuerpo de Artillería, Filadelfia, 13 de junio de 1810.

nomistas del año 1809 fueron cortados y reprimidos,[68] y estos ejemplos sirvieron para establecer un paralelismo con lo ocurrido en Caracas. Ahora bien, las condiciones venezolanas eran diferentes y, en esto, los jefes militares realistas con experiencia, luego de haber vivido en el país y conocer sus ventajas y desventajas, señalaron que los venezolanos tenían muchas más facilidades que los rebeldes de La Paz y Quito y que, por ello, podían terminar prevaleciendo. Entre esas ventajas o puntos fuertes, habría que destacar las siguientes: la ausencia de trabas en proveerse de armas y municiones de las islas vecinas extranjeras y Estados Unidos; que la tropa veterana, casi toda oriunda del país, era numerosa y mucho mejor adiestrada; además, los caraqueños contaban con dos generales de campaña, Miranda y Cajigal,[69] situación esta que podía contribuir a elevar la moral de las tropas venezolanas y, finalmente, que, en los territorios vecinos, los venezolanos conseguirían refugio en caso de una derrota parcial, pudiendo rehacerse y volver a contraatacar.

Ante la posibilidad del surgimiento de estos escenarios adversos, una vez más se propone la salida militar como imprescindible, pero adaptándola a las especiales condiciones del medio venezolano donde se libraría esa lucha. De manera premonitoria, se sugiere la necesidad de proveer a un ejército de 2000 jinetes, arma movible, capaz de atender satisfactoriamente los extensos espacios venezolanos y las dificultades del clima tropical.[70]

Luego del 19 de abril de 1810, las posiciones entre las personas y grupos se fueron haciendo cada vez más beligerantes, y la guerra en la Península tampoco contribuyó a que las parcialidades fueron puestas de lado. Todo estaba entremezclado y los buenos «patriotas» eran unos como otros, dependiendo del matiz ideológico y partidista que cada uno empezó por atribuirse.

---

68 «El 25 de mayo siguiente los criollos de Chuquisaca, en el Alto Perú, formaron su junta que fue disuelta por los de Buenos Aires, y el 16 de julio los paceños crearon la Tuitiva que destruyó Goyeneche a la cabeza de tropas limeñas, reprimiendo la tentativa autonomista con inútiles crueldades», Parra Pérez, *Historia de la Primera República de Venezuela,* p. 176.

69 Don Juan Manuel de Cajigal, jefe militar y reconocido realista en el oriente del país, fue percibido por algunos como proautonomista. De hecho, al comienzo, como hizo la mayoría, este jefe militar consideró particularmente que la acción llevada a cabo el 19 de abril de 1810 era beneficiosa para la causa de la Monarquía.

70 S. H. M., M. G., caja 120, representación de Agustín García Carrasquedo al señor director general del Real Cuerpo de Artillería, Filadelfia, 20 de julio de 1810.

Por primera vez en España, el enfrentamiento ideológico entre liberales y monárquicos se hizo evidente, trayendo consecuencias negativas que seguirían repercutiendo en el futuro. Para colmo de males, los venezolanos se habían lanzado por el camino de la Independencia y algunos observadores, desde la Metrópoli, no desestimaron esa amenaza como algo inocuo.

Una sensación de impotencia se apoderó de muchos realistas, que entendieron que los esperados refuerzos de la Península tardarían bastante tiempo en arribar:

> Este nuevo Gobierno se ha propuesto la Independencia de la Metrópoli mientras la Regencia no sea reconocida legítimamente por la unanimidad de los Reinos de España, por medio de sus Diputados y por los que deban concurrir de las Américas cuando los franceses hayan sido lanzados de toda España para formar las Cortes. Es la amarga situación en que considero la España mezclado el bastardo y traidor Español con el buen Patriota sin un signo que lo distinga para desaparecerlo de la faz de la tierra [...].[71]

Todas las esperanzas del realismo en Venezuela se depositaron en el gobernador de Maracaibo, don Fernando Miyares, nombrado por la Regencia como el nuevo capitán general. En realidad, muy poco pudo hacer este jefe, salvo mantener su autoridad en la ciudad de Maracaibo y dirigir una reacción en contra de los blancos criollos caraqueños fundamentada más en papeles que en hechos concretos. Miyares y el Comisionado Regio para la Pacificación de la Costa Firme, don Antonio Ignacio Cortabarría, fueron los dos hombres encargados de recuperar para las banderas blancas y coloradas del realismo el antiguo orden colonial sobre Venezuela.

Vicente de Emparan, capitán general de Venezuela: una extraña actuación

Siempre nos ha llamado la atención la actuación un tanto desconcertante del último capitán general de Venezuela ante la ventisca revolucionaria que tuvo que enfrentar, sobre todo por la pasividad mostrada ante los criollos en la jornada del 19 de abril de 1810.

---

71 S. H. M., M. G., caja 120, representación de José de Salcedo, señor director general del Real Cuerpo de Artillería, Caracas, 13 de mayo de 1810.

El tiempo en que Emparan gobernó Venezuela fue de extrema crisis e inestabilidad. En la Península se hacían esfuerzos ingentes por mantener en funcionamiento unas instituciones de gobierno precarias e inoperantes por el estado caótico de la guerra.[72] En Caracas y el resto de las provincias del país se vivió un estado de desconcierto como consecuencia de la desinformación que existió sobre lo que estaba ocurriendo en España, y a ello hay que sumarle el resentimiento colectivo del sector criollo duramente vejado por el anterior capitán general, Juan de Casas. Un clima de desconfianza se apoderó de la sociedad venezolana y, desde entonces, las tensiones fueron creciendo cada vez más. El equilibrio y la alianza entre el sector dirigente habían quedado irremediablemente rotos.

No obstante, la llegada de Emparan[73] en el mes de mayo de 1809 al frente de la Capitanía General estuvo llena de favorables vaticinios debido a su buen hacer como antiguo gobernador de Cumaná. Su objetivo más inmediato fue intentar restituir la paz y el consenso entre los distintos sectores y grupos sociales, evidentemente fracturados tras la crisis del año 1808. Sus primeros pasos estuvieron encaminados a desprenderse de aquellos funcionarios de la administración realista que no eran de su confianza.[74] Luego trató de cultivar las relaciones con el sector criollo más influyente para ganar el respaldo necesario a su gestión. Entre esas medidas de

---

72 El 12 de enero de 1809 las autoridades españolas en Venezuela reconocieron a la Junta Central de España. El 22 de mayo de 1809 la Junta Central, en nombre de Fernando VII, convocó a Cortes extraordinarias, donde estarían representadas las Américas y las Filipinas a través de sus respectivos delegados. Venezuela eligió como diputado al polémico don Joaquín de Mosquera y Figueroa, nombramiento este que fue protestado por muchos de los criollos y españoles descontentos con su persona, que consideraron que su elección fue amañada. Véase Parra Pérez, *Historia de la Primera República de Venezuela,* p. 190, y A. G. I., Caracas, 108.

73 «El día 20 del corriente me he posesionado de los empleos de Gobernador y Capitán General de estas Provincias y Presidente de su Real Audiencia que S. M. se ha servido conferirme, lo que participo a V. E. para su superior inteligencia, asegurándole con toda la sinceridad de mi carácter que procuraré desempeñar la Real confianza que he debido a S. M. con la eficacia que corresponde al interés y celo con que siempre me he conducido en su Real servicio. Caracas, 22 de mayo de 1809. Excelentísimo Señor Vicente de Emparan», A. G. I., Caracas, 108.

74 Fue sonoro en la provincia de Caracas el pleito entre Emparan y la Real Audiencia por el no reconocimiento que esta última hizo de don Josef Vicente de Anca para el cargo de asesor general de Gobierno y teniente de gobernador. Véase A. G. I., Caracas, 108.

acercamiento, se encuentra el nombramiento del marqués del Toro, antes encarcelado y vilipendiado por Casas y Mosquera, como jefe principal de todas las milicias en la provincia de Caracas. Esta rehabilitación sería capital para la toma del poder por parte de los blancos criollos el 19 de abril de 1810 contando con el apoyo de los militares. Emparan también cultivó la amistad de quien sería el máximo líder de la revolución, Simón Bolívar.

Al parecer, un exceso de confianza llevó a Emparan a descuidar las más elementales normas de seguridad internas del régimen. Quizá creyó que la alianza forjada con los criollos de mayor influencia era lo suficientemente sólida para no romperse. El juicio de la historia escrita sobre la actuación de Emparan es bastante duro. Para uno de los mejores historiadores de Venezuela y especialista en el período, Caracciolo Parra Pérez, la actuación de Emparan fue determinante en el rápido desarrollo de lo que sería la Independencia de Venezuela:

> En verdad, la conducta de Emparan, contradictoria y hesitante, alternativamente violenta y débil, debe notarse como uno de los factores determinantes del movimiento separatista del año siguiente.[75]

Emparan no fue indiferente a los rumores y reuniones clandestinas que se venían realizando en la ciudad de Caracas, las provincias del interior y territorios vecinos. El día de Navidad del año 1809 tomó medidas policiales, de las cuales informó previamente a la Audiencia, para atajar cualquier sobresalto de la población ante las noticias que se recibieron sobre lo ocurrido en el reino de Quito. Las medidas estuvieron orientadas a resguardar la «confianza pública» de los caraqueños y estas consistieron en que

> […] desde las ocho de ella saliese un crecido número de patrullas, se guardasen bien los cuarteles, y repuestos de armas, y municiones, y se pusiese un gran cuidado con la artillería.[76]

Pero, a pesar de estas medidas y otras de igual tipo, la «conspiración» caraqueña fue creciendo al ritmo de las escasas noticias que se recibían de la Península sobre la mala fortuna de los ejércitos españoles y sus aliados.

---

75 Parra Pérez, *Historia de la Primera República de Venezuela,* p. 191.

76 A. G. I., Caracas, 437-A, comunicación de la Real Audiencia de Caracas, Caracas, 15 de enero de 1810.

La «versión» de Emparan sobre el 19 de abril de 1810

Hasta ahora, muy poco se ha sabido de la propia opinión de Emparan sobre lo ocurrido en la jornada del 19 de abril de 1810. En el Servicio Histórico Militar de Madrid, hemos encontrado un curioso documento fechado en julio de ese mismo año en la ciudad de Filadelfia, donde el propio Emparan desarrolla unas interesantes apreciaciones.

En primer lugar, el capitán general depuesto se lamentó por la acción desleal llevada a cabo por los caraqueños en contra de Fernando VII y la nación española en un momento en el que todos los americanos españoles debían estar unidos en contra del invasor francés.

Para Emparan, los miembros del Cabildo, a los cuales denomina «revolucionarios», tomaron el poder de la Capitanía General de Venezuela bajo el pretexto de la disolución de la Junta Central y la instalación de la Regencia, instancia esta a la que no estaban dispuestos a reconocer. Otro argumento fue que España estaba ya perdida bajo el dominio francés y sus precarias autoridades arrinconadas en Cádiz y la isla de León.

Ante la conspiración criolla, Emparan antepuso algunos argumentos en relación con la ocupación francesa, desmintiendo que esta fuese un hecho irreversible y señalándoles la existencia de nuevas noticias sobre importantes avances del ejército aliado en Galicia, Asturias, Murcia, Valencia y Extremadura. Las autoridades peninsulares en América sabían que un cambio favorable en la guerra contra los franceses les podía mantener en sus posiciones de mando sin la oposición interna de los criollos.

Emparan desmintió categóricamente que el pueblo haya sido el principal protagonista en la usurpación de su mando:

> Este no se hallaba presente, ni podía contenerle la casa capitular de Caracas, donde a lo más habría 300 personas, pocas atraídas de la novedad, y las demás de la facción revolucionaria. Había esta avanzado demasiado para poder recular manifestando descubiertamente sus designios desleales.[77]

---

77 S. H. M., *Representación: A los Pueblos de las Provincias de Venezuela,* Vicente de Emparan, Filadelfia, 6 de julio de 1810.

Tradicionalmente, la historiografía venezolana se ha referido al 19 de abril como una representación teatral donde los cabildantes se aprovecharon de la buena fe del capitán general y, con el concurso del pueblo, le desalojaron del poder, en una especie de plebiscito tan espontáneo como inusual. La versión de Emparan es esta:

> Seguidamente supusieron que el pueblo pedía que el Capitán General dejase el mando. Contestó este que ni el que se lo decía estaba autorizado por el pueblo, ni creía que este hiciera semejante demanda. Asomose luego al balcón, y preguntó en voz alta si era cierto que el pueblo pedía que dejase el mando. Y tres o cuatro hombres blancos, los únicos tal vez que habría entre la chusma de muchachos de color, respondieron que no. Pero uno que estaba al otro extremo, probablemente pagado por los revolucionarios, que estaban haciendo señas por el balcón, dijo que sí. Y sobre este sí de un pillo oscuro despojaron de sus mandos al Capitán General, y demás magistrados, y a dos de los comandantes militares; nombrando otros en su lugar según estaban convenidos con la oficialidad. Quitaron también al del batallón fijo, e hicieron Comandantes Generales. Para el mando de la artillería nombraron un ayudante de milicias. Para Comandante de la plaza de La Guaira a un Teniente. Han hecho una larga promoción; han aumentado sueldos; y duplicaron en el acto de la revolución el prest de la tropa para que esta a imitación de sus oficiales se olvidase también de su deber.[78]

Este testimonio nos indica claramente que lo ocurrido el 19 de abril fue un «golpe de Estado» con la participación mancomunada de los principales miembros del Cabildo y la complicidad de las fuerzas militares realistas. Emparan no tuvo más remedio que ceder ante una situación que escapaba completamente a su control y trató de justificarse a sí mismo haciendo alarde de antibonapartismo. Consideró que los caraqueños, con sus acciones, seguían los «perversos» designios del Tirano. También se atrevió a pronosticar la «ruina» y el «exterminio» de la clase pudiente de los criollos, siendo ese sector, según sus palabras, el menos indicado socialmente para encabezar una revolución.

Los caraqueños, según Emparan, habían roto con la legalidad existente que los ataba a los organismos peninsulares, situación esta que los llevaría a sufrir las más terribles represalias por su deslealtad:

> ¿Qué disculpa podéis alegar para no reconocer el Consejo Supremo de la Regencia, que es el gobierno nacional, y el único representante de vuestro Soberano? ¿Ignoráis que le reconocen los ejércitos españoles no obstante

78 Ib.

> que están distantes de Cádiz y la Isla de León donde ella reside? ¿Qué le reconoce la Inglaterra con los demás aliados de la España? ¿Que su institución es la que nuestras leyes prescriben en el caso presente de estar cautivo el Rey?
>
> ¿Que S. M. misma había mandado desde su prisión de Bayona que se formase?[79]

El futuro de los revolucionarios estaría condenado al fracaso debido al bloqueo de sus principales costas y puertos, lo que los incapacitaría para poder practicar el comercio exterior trayéndoles la ruina. De los ingleses, sostiene el antiguo capitán general, tampoco los venezolanos obtendrían los necesarios auxilios debido a que estos son aliados de España en la lucha contra Bonaparte y, mientras este último intente revolucionar los dominios españoles americanos, encontrará una fuerte resistencia en las armas inglesas.

La reacción contrarrevolucionaria también fue una posibilidad para someter a los caraqueños. Emparan puso como ejemplo la dura represión que sufrió el movimiento independentista de Quito por parte de los reinos circunvecinos; en especial, el del Perú.

Otra importante cuestión que trató Emparan de rebatir fue la acusación de afrancesado que sobre su persona habían hecho los criollos para sacarlo del poder:

> En todas estas cláusulas no hay otra verdad que la del nombramiento que Napoleón hizo en mí para el precitado mando estando él en Bayona y yo en Madrid, por el informe que sin anuencia mía le hicieron de mí, y sin conocerme de ningún modo. Y precisamente es el punto o caso que más honor me hace; porque en él manifesté a la faz de toda la Nación mi acendrada lealtad y decidido patriotismo negándome a recibir el mando, entregando mi renuncia al ministro Offaril personalmente a la hora no cabal de haber recibido la orden; y exponiéndome a que Murat, que mandaba en Madrid, ejecutase en mí cuanto su carácter violento y política sanguinaria le hubiesen sugerido.[80]

Dice Emparan que el «intruso» José Bonaparte no confirmó su nombramiento ni tampoco la Junta Central instalada en Madrid en un

---

79 Ib.
80 Ib.

primer momento; solo cuando esta pasó a Sevilla y él estando en Cádiz, «bien desengañado de mandos, y bien resuelto a no repasar la mar; pero hube de resignarme como sumiso hijo a la voluntad de la madre patria».[81]

Testimonios realistas sobre la actuación de Emparan

Los testigos contemporáneos realistas son muy duros en sus apreciaciones sobre la actuación de Emparan. Para Cajigal, el principal error cometido por este capitán general fue el de rodearse e intimar con los potenciales conspiradores favorables a la Independencia, no tratar bien a los mandos de las fuerzas militares de la provincia y enemistarse continuamente con los miembros de las principales instituciones coloniales:

> Los militares se hallan descontentos de Emparan: jamás los hacía sentar en su casa, nunca convidó a uno a su mesa. El Cabildo estaba resentido de las tropelías del Asesor del Gobierno, y las obedecía sancionadas por el Jefe; la Universidad se encontraba desairada, y la primera clase del pueblo, resentida. La Real Audiencia sostenía alguna competencia, en que juzgaba atacadas sus privilegiadas determinaciones; en una palabra, la Audiencia, el Cabildo secular, el ramo militar, la universidad, el clero y la nobleza estaban descontentos, y los Toros y Lino Clemente fomentaban esta indisposición, espoleando secretamente la enemistad, y contando cuanto oían y les confiaba su inocente víctima [...].[82]

Menos severo, aunque también muy crítico, es el juicio de José Domingo Díaz, a quien puede considerársele como uno de los cronistas más importantes de la Independencia de Venezuela desde el ámbito del realismo. Para Domingo Díaz:

> Es incomprensible, pero desgraciadamente muy cierto, que el Gobernador y Capitán General, lejos de poner en movimiento todos los recursos de su autoridad y de la fuerza, pasó solo desde su casa a las del Ayuntamiento,

---

81 Los invasores franceses nombraron a Vicente de Emparan capitán general de Venezuela en el año 1808, cargo este que no aceptó pero que los contemporáneos, ya sea por desconocimiento o mala fe, le atribuyeron ese origen. Lo cierto del caso es que fue la Junta Suprema Central, ya instalada en Sevilla, y en representación del rey Fernando VII, la que ordenó a Emparan en asumir durante los primeros meses del año 1809 la responsabilidad de capitán general de Venezuela.

82 J. M. Cajigal, *Memorias del Mariscal de Campo Don Juan Manuel de Cajigal sobre la Revolución de Venezuela,* Caracas, 1960, p. 31.

> encontrando en la calle, enfrente de los balcones en donde estaban algunos regidores, a los Montillas, los Pelgrones, los Salias, y una veintena de los jóvenes conjurados, envueltos en sus capotes a pesar de la solemnidad de aquel día, y acompañados de otros tantos de sus esclavos y de lo más soez de la canalla que la casualidad o el dinero habían reunido allí.[83]

Es de notar que José Domingo Díaz consideró que la fuerza armada era «casi toda ignorante de tan detestable proyecto», lo cual nos parece equivocado, ya que la mayoría de los restantes testimonios realistas demuestran lo contrario.

Para el arzobisco Coll y Prat, la actuación de Emparan era censurable por haber actuado con debilidad y «falto de energía», mientras que, en contraste, señaló la audacia y actividad del chileno Cortés de Madariaga.

Mariano Torrente, el primer historiador español en referir los sucesos hispanoamericanos que llevaron a la Independencia, ha dicho de Emparan y su actuación en el 19 de abril de 1810:

> Poca crítica se necesita para conocer con la simple lectura de esta historia, que si el capitán general Emparan hubiera desplegado la necesaria actividad y energía, jamás los conjurados habrían podido prevalecer en sus inicuos designios.[84]

Sabemos, a través de una representación del subinspector de Caracas, Agustín García de Carrasquedo, que los militares y funcionarios que acompañaron al capitán general don Vicente Emparan[85] a Estados Unidos hicieron algunos intentos por obtener el apoyo necesario de las autoridades consulares españolas en ese país para organizar un ejército con el propósito de reconquistar las provincias de Venezuela.[86] Pero todo fue en vano y el proyecto quedó solo en buenas intenciones. El capitán general don Vicente Emparan será el primer jefe político del país en renunciar al poder de manera pacífica ante las exigencias «populares» y «democráticas» de los criollos. Su actuación ha creado un precedente muy pocas veces visto en el comporta-

---

83 J. D. Díaz, *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas,* Caracas, 1961, p. 31.

84 Torrente, *Historia de la revolución Hispanoamericana,* p. 134.

85 Don Vicente de Emparan fue destinado desde Estados Unidos a Cartagena de Indias por las autoridades peninsulares de ese entonces.

86 S. H. M., M. G., caja 120, Filadelfia, 13 de junio de 1810, representación dirigida por don Agustín de Carrasquedo al señor director general del Real Cuerpo de Artillería.

miento de los hombres de poder en Venezuela, donde la tendencia natural ha sido la imposición arbitraria del caudillo de turno aplastando cualquier tipo de oposición a la estructura de poder que encabeza. Emparan, a pesar de que la historiografía venezolana y española lo ha estigmatizado como débil e irresoluto ante el «movimiento» de los caraqueños, tuvo un comportamiento bastante decoroso en su salida del poder, tomando en cuenta que las bases de su autoridad en Venezuela ya estaban erosionadas desde hacía unos cuantos años atrás y que, desde la Península, la ocupación francesa trajo como consecuencia la soledad de los funcionarios españoles en América.

Maracaibo, Coro y Guayana: ciudades leales al rey

Si hay un capítulo bastante oscuro y muy poco tratado por la historiografía tradicional nuestra, es el que tiene que ver con las actitudes asumidas por algunas ciudades venezolanas que, después del pronunciamiento de la Junta de Caracas el 19 de abril de 1810, se mantuvieron leales a la causa realista.

Coro, Maracaibo y Guayana —todas ellas ciudades importantes, las dos primeras ubicadas en el occidente del país y la otra en el sector más meridional, al sudeste de la Capitanía General de Venezuela— encabezaron la reacción realista en contra de las ciudades partidarias del programa de los juntistas caraqueños. En realidad, la distribución de las fuerzas de uno y otro bando desde 1810 fue claramente favorable a los revolucionarios, los cuales llegaron a controlar la provincia más rica e importante de toda la Capitanía: la provincia de Caracas. También pudieron contar con el respaldo no menos significativo de las provincias orientales, con las ciudades de Barcelona, Cumaná y Margarita, que, a lo largo de la guerra, se convertirían en el más importante bastión de la resistencia republicana en los momentos de mayor adversidad. Las ciudades y caseríos de las provincias llaneras —gigantescas extensiones de terreno virgen, verdadero desierto con su peculiar geografía, flora y fauna— estuvieron alternativamente respaldando a los partidarios del rey o a los insurgentes.

La ciudad de Coro fue el verdadero epicentro de donde surgió la primera y más importante reacción realista en el año 1812, bajo el mando del capitán de fragata don Domingo de Monteverde. Su particular y favorable situación geográfica, a medio camino entre Caracas y Maracaibo, en la parte

centro-occidental del país y con próximos contactos con las más importantes islas del Caribe occidental, tanto españolas como extranjeras, fueron factores que contribuyeron al protagonismo de Coro en los primeros años de la lucha.

Maracaibo: cabeza de la contrarrevolución

En Maracaibo,[87] la ciudad donde el sol es casi omnipresente y su lago soberbio una fuente inagotable de recursos, se estableció la máxima autoridad española en Venezuela encargada de dirigir los esfuerzos realistas por restituir el estado de cosas tras lo ocurrido el 19 de abril de 1810. Fernando Miyares, gobernador de Maracaibo, fue nombrado capitán general de Venezuela el 22 de mayo de 1810, luego de la destitución de don Vicente de Emparan, y junto al comisionado regio don Antonio Ignacio de Cortabarría,[88] encargado por la Regencia de la pacificación de la «Costa

87 En 1794, los límites geográficos de la provincia de Maracaibo eran los siguientes: «La provincia de Maracaibo, una de las que comprende el Reino de Tierra Firme, de cuya situación están VSS. impuestas por las cartas geográficas, tiene su extensión de Norte a Sur de 180 leguas españolas, y de Este a Oeste, 60 por la parte más angosta; termina al Norte con el mar del Saco, a siete leguas de su capital, por el nornoroeste con la provincia de Río de Hacha, a once leguas, dividiéndose después de la agregación de Sinamaica a Maracaibo, que se verificó en el año 1791 con las alturas llamadas Montes de Oca, Sierra de Perijá y Valle de Dupar; al sudeste, con la de Santa Marta, por la parte de Ocaña, a 60 leguas de esta capital, y con Salazar de Las Palmas, jurisdicción de Pamplona, que corresponde al Virreinato de Santa Fe, a 120 leguas; por el Este, a ocho leguas de la misma capital, con la jurisdicción de Casigua, que corresponde a la de Coro en el río Palmar y se dilata por la jurisdicción de San Felipe, Carora y Barquisimeto, que lo son de Caracas, y al Sur del río Uribante, terminando en los llanos de Casanare, jurisdicción de San Cristóbal de este Gobierno, hasta cuyo río se cuentan 150 leguas; y al Sursureste queda la jurisdicción de Barinas, que fue de esta y ahora forma la de su nombre, cuya capital dista de esta 90 leguas, y su jurisdicción desde el río Haphare y el nombrado Masparroue desagua en el Santo Domingo, con la de San Cristóbal de este Gobierno, hasta donde se dilata dicho río forman como un medio círculo por las espaldas de las jurisdicciones de Trujillo, Mérida y La Grita que quedan en el centro. No tiene costa, porque en la parte oriental del Saco empieza la de Caracas en el río Palmar, de donde hay siete leguas a la barra y la occidental corresponde a la provincia del Hacha». Véase José Domingo Rus, *Maracaibo representado en todos sus ramos,* Maracaibo, 1987, pp. 155-156.

88 El comisionado Cortabarría, caballero de la Orden Carlos III y ministro togado del Consejo Supremo de España e Indias, zarpó desde Cádiz el 13 de septiembre de 1810 y llegó a la isla de Puerto Rico en el Caribe el 24 de octubre de ese mismo año. Su nombramiento como «pacificador» de la Costa Firme (Venezuela y la Nueva Granada) lo obtuvo mediante decreto de la Real Cédula del 1 de agosto de 1810.

Firme», fueron los dos más importantes hombres, antes de la llegada de Monteverde, en actuar contra los insurgentes.

Siendo Maracaibo una ciudad mucho más importante que Coro, su influencia en intentar suprimir o contrarrestar lo ocurrido en Caracas y otras provincias fue, en realidad, poco relevante. El gran problema de la ciudad de Maracaibo fue su aislamiento respecto a la mayoría de las provincias que conformaron la Capitanía General de Venezuela desde el año 1777. Su situación geográfica y su condición de ciudad-puerto le determinaron un radio de influencia alrededor de territorios y zonas que oscilaron entre el virreinato de la Nueva Granada y los fértiles valles y llanuras del sur del lago de Maracaibo; es decir, la fresca zona de los Andes y algunos sectores de los llanos occidentales, como los de Barinas.

La larga distancia entre Maracaibo y Caracas fue otro importante impedimento para la fluidez en las comunicaciones y los intercambios entre una y otra región; a ello hay que agregar lo inadecuado de los caminos por la vía terrestre,[89] por lo que, generalmente, se prefirió la utilización de las rutas marítimas a través del Caribe bordeando toda la costa con barcos de adecuado calado para hacer la travesía.

El aislamiento de Maracaibo respecto a los principales escenarios de la lucha lo obligó a adoptar una actitud defensiva desde el punto de vista estratégico, por lo menos en las primeras fases del conflicto. Al volverse

---

89 En la sección de Correos en el Archivo General de Indias, pudimos localizar información sobre el funcionamiento de la Real Renta de Correos en la provincia de Venezuela. Desde esa institución, las autoridades realistas procuraron mantener comunicadas a las distintas provincias y centros poblados venezolanos, actividad esencial para poder garantizar el libre flujo de la información que las autoridades necesitaban para poder cumplir con los actos y órdenes de carácter público y gubernamentales. Los papeles públicos del Estado español en Venezuela sufrieron cuantiosas pérdidas a causa de la guerra y las largas distancias sobre caminos inseguros que, en muy poco, contribuyó a la eficiencia de tan vital servicio. A continuación presentamos el número de leguas que se tenían que cubrir entre una y otra estafeta entre las más importantes: desde Caracas a Maracaibo: 162 leguas; de Caracas a Barcelona: 116 leguas; desde Barcelona a Guayana: 66 leguas; desde Caracas al puerto de La Guaira: 6 leguas; desde Maracaibo a Escuque: 56 leguas; desde Puerto Cabello a Coro: 54 leguas; desde Barinas a Carora: 48 leguas; desde Barcelona a Cumaná: 32 leguas; desde Caracas a San Carlos: 55 leguas. A. G. I. Correos, 54B, Hojas de Servicios de los Dependientes de la Real Renta de Correos de Venezuela, Caracas, 31 de mayo de 1817.

irregulares los intercambios comerciales entre unas y otras provincias y no ser fluidos los que provenían desde España y otros territorios adyacentes, la situación se hizo crítica respecto a las necesidades de subsistencia de la población:

> El estado de guerra suspendió el fructífero comercio hispano-venezolano, las exportaciones cesaron y bajaron los precios de tal manera que la fanega de cacao, nuestro principal producto para entonces, se vendió en el puerto a siete u ocho pesos y el precio del quintal de café llegó a tres pesos. El producto de las aduanas y alcabalas se redujo en proporción.[90]

La ciudad de Maracaibo contó, para el año 1794, con 30 000 habitantes y fue cabeza de otros importantes emporios, como Gibraltar, las villas de Nuestra Señora del Rosario de Perijá y Trujillo, la ciudad de Mérida, La Grita, San Cristóbal, San Bartolomé de Sinamaica y otras contiguas al reino de Santa Fe,[91] como Cúcuta y Pamplona. Alrededor de Maracaibo se constituyó un circuito comercial bastante importante y próspero, que no pasó desapercibido a los piratas, corsarios, filibusteros y bucaneros que, en repetidas ocasiones, la saquearon en los siglos XVII y XVIII. Luego de la erección de la Capitanía General de Venezuela en 1777, la ciudad de Maracaibo pasó a depender de la capital, Caracas, en asuntos que tradicionalmente ella hasta entonces había manejado. Este hecho profundizó aún más el espíritu autonomista de los marabinos, pero también trajo consecuencias negativas respecto a la atención e inversión adecuada en sus distintos rubros, al pasar a depender administrativamente de Caracas. El diputado marabino en las Cortes de Cádiz de 1810, José Domingo Rus, llevó a esa asamblea importantes asuntos reivindicativos concernientes a su ciudad; entre los más importantes, propuso la restitución de Maracaibo como cabeza de la Capitanía General de Venezuela. Ya en ese momento existió un evidente sentimiento autonomista «zuliano», por lo menos en el caso de su élite o sector dirigente, que brotará de tanto en tanto y con variable fuerza a lo largo del siglo XIX, en franca confrontación con los intentos hegemó-

---

90 Parra Pérez, *Historia de la Primera República de Venezuela,* p. 350.

91 Nota, *Sobre la provincia de Maracaibo, hecha al Consulado de Caracas por el diputado consular del puerto de Maracaibo José Domingo Rus, de 17 de mayo de 1794,* en Rus, *Maracaibo representado en todos sus ramos,* p. 156.

nicos y centralizadores de los gobiernos caraqueños.[92] La siguiente cita presenta claramente el clima de confrontación y rivalidades entre Caracas y Maracaibo, situación que, en buena parte, explica por qué cada ciudad optó por un partido distinto durante la «Guerra de Independencia»:

> De aquí se sigue, que restituir a Maracaibo al goce y posesión del Capitán General, que obtuvo hasta casi la mitad del siglo XVII, no es más que cumplir con las leyes de restitución al despojado, y ejecutar estas en un día en que, si cabe, obran poderosamente convencimientos de la mayor fuerza y utilidad de la Nación, pues ya es preciso confesar que Maracaibo ni por un momento debe depender de Caracas, cuyas determinaciones y recursos negados parece se habían propuesto dar en tierra con su agricultura, comercio y defensa; y no es bien ya se deje de conocer la mejora en que debe empeñarse cada provincia, cuando por la Constitución política de la Monarquía española, que acaba de sancionarse, todas tienen un interés igual para ocurrir a sus ramos y salir del abatimiento en que las habían tenido los siglos de hierro o las depravaciones de aquellos que con títulos de capitales, como Caracas, todo se lo absorbían y nada concedían a las pobres subalternas, a quienes miraban con desprecio, porque nunca consultaron sino su propio interés y el brillo de sus poseedores.[93]

---

92 Maracaibo, luego de iniciada la explotación petrolera en la región durante las primeras décadas del siglo XX y de surtir al país con inmensas riquezas, siempre se ha resentido de Caracas, la capital, que lo haya tratado con mezquindad y con una indisimulada rivalidad. El «centralismo» ha sido una bandera esgrimida por nuestros dirigentes para excusar, muchas veces, las propias responsabilidades en dotar a la ciudad de los más elementales servicios públicos de calidad y de convertir el casco urbano en un solaz óptimo para vivir. Maracaibo ha sido, hasta ahora, la única región en que sus élites no han acometido la conquista del poder central, como sí lo han hecho llaneros, orientales y andinos. Maracaibo, desde el siglo XIX, siempre quiso distinguirse del resto del país haciendo alarde de un civilismo de avanzada esgrimido por una élite criolla y extranjera comercial con estrechos vínculos con el exterior. Fue una de las pocas ciudades que, muy pronto, tuvo teatro, luz eléctrica, escuelas de enseñanza superior, un tranvía y hasta disfrutó de la primera proyección que se hizo en toda América del Sur del maravilloso invento del cinematógrafo. Pero estos buenos augurios no han tenido continuidad en el tiempo y, hoy día, la ciudad está sumida en un auténtico «velo» de contradicciones, en donde la identidad marabina hurga en la memoria para entender a cabalidad su destino. La indiferencia de Maracaibo a los grandes hechos históricos nacionales, en el fondo, se parece más a una huida. La región se ha constituido en un islote que ha servido de refugio a sectores medrosos incapaces de hilvanar un proyecto de mayor envergadura que salga de los linderos del terruño o que, por lo menos, justifique una mayor preocupación por la ciudad. El excelente escritor e intelectual M. Á. Campos nos ha ofrecido un retrato verídico, diríamos que al desnudo, de los secretos y subterfugios de una idiosincrasia difícil de aprehender y de la que formamos parte, en su obra de ensayos: *La ciudad velada,* Maracaibo, 2001.

93 Rus, *Maracaibo representado en todos sus ramos,* p. 2.

La situación militar de Maracaibo en la víspera del pronunciamiento de los criollos de Caracas no era nada espléndida:

> Para este caso, soy de parecer que su arreglo en la parte militar debe ser el siguiente: los fuertes que defienden las entradas y puerto de la capital Maracaibo son San Carlos, Zapara, El Moján y Sinamaica; estos dos últimos puertos, para contener a los indios y porque al abrigo y amistad de estos puede cualesquiera enemigo extranjero entrarse, podían enviarle, por lo pronto, 12 cañones de a 24, 6 de a 8 y 6 de a 4, todos de bronce, con las correspondientes balas de sus calibres. Ha sido grande el abandono del Gobierno en esta parte, pues a excepción de 6 o 7 piezas de bronce, ninguna de a 25, todo lo demás que tiene está verdaderamente inútil y también las municiones.[94]

En estos términos se refirió en un informe quien fuera diputado por Maracaibo en las Cortes gaditanas.

Los jefes españoles para la época siguieron en Venezuela una misma estrategia militar orientada a contener el hipotético ataque que debía provenir desde el exterior. Ya no se trataba de piratas y corsarios sino del sempiterno enemigo inglés. Nunca se sospechó que pudiese haber un levantamiento interno, salvo de los negros esclavos y de los indios aún no sometidos, como en el caso de Maracaibo y los aguerridos guajiros que, en número de 40 000, estuvieron dispersos a lo largo de la Península de la Guajira manteniendo en un continuo estado de alerta a las autoridades encargadas de la seguridad de la ciudad y otros importantes villorrios.[95]

A pesar de las medidas de prevención y seguridad del gobernador Miyares, los realistas en Maracaibo tuvieron que hacer frente a tres intentonas favorables a la Independencia, correspondientes a los años 1810, 1811 y 1812.[96] Todas ellas fracasaron, pero mantuvieron en un estado de inquietud permanente a las autoridades y a la población.

---

94 *MEMORIA o detalle de la parte militar para la Capitanía General de Maracaibo, formada por el coronel Jaime Moreno para el uso de José Domingo Rus, diputado,* Cádiz, 29 de abril de 1812, en Rus, *Maracaibo representado en todos sus ramos,* p. 168.

95 La etnia wayúu o guajira es hoy día la más numerosa del país; nunca pudieron ser «conquistados» militarmente por los españoles y, a pesar de que los republicanos los han intentado integrar a la sociedad «blanca» a través de los procesos de aculturamiento, ellos se siguen resistiendo adoptando procedimientos y maneras propios de su forma de ser aunque, a la larga, serán todos integrados más allá de un genuino respeto a su particular identidad étnica.

96 Para la consulta sobre estas conspiraciones véase la obra de A. Millares Carlo, *Maracaibo y la Independencia de Venezuela,* Maracaibo, 1977.

Qué duda cabe que, en el sector dirigente de la ciudad de Maracaibo, con fundadas aspiraciones autonómicas respecto a Caracas, haya encontrado propicio el golpe dado por los caraqueños para esgrimir sus reivindicaciones políticas y comerciales sin necesidad de apartarse de la monarquía española.[97]

Maracaibo, siendo un importante enclave entre el virreinato de la Nueva Granada y el sector occidental de la Capitanía General de Venezuela, pudo haber planteado una fuerte oposición a los caraqueños mediante la utilización de su estratégico puerto, como bastión y resguardo de una poderosa escuadra capaz de controlar las costas venezolanas y sus puertos o, como mínimo, enseñorearse en la parte occidental del mar Caribe. No obstante, la debilidad estructural de la marina de guerra realista[98] y las trabas para acceder al lago por unos accesos y canales muy poco profundos no permitieron explotar esa posibilidad:

> El puerto de Maracaibo no permite entrada sino a los buques que calan menos de diez pies de agua. En el siglo XVI y parte del XVII el comercio de América se hacía por lo común en barcos pequeños que podían superar fácilmente los riesgos de la barra de Maracaibo; en este siglo varió el tráfico de sistema; se empezó a hacer en embarcaciones de mayor porte; a los bergantines y carabelas sucedieron los navíos, fragatas y paquebotes; poquísimos barcos mercantes españoles y extranjeros frecuentan la carrera de las Indias que no calen más de diez pies de agua; y Maracaibo ha tenido en la misma boca de su puerto un obstáculo insuperable a la felicidad de su comercio.[99]

El diputado por Maracaibo en las Cortes de Cádiz, José Domingo Rus, propuso solventar este problema de la siguiente forma:

> […] que los derechos de Corso y Consulado y la Renta de Correos en aquella provincia se reúnan en un solo fondo, y se inviertan en introducir en el Puerto las embarcaciones menores, en ampliar y asegurar el canal de la barra para que puedan entrar buques mayores facilitando con este mismo fin las balizas

---

97 Puede consultarse el interesante trabajo de Z. Maldonado Viloria, *Las ciudades disidentes durante la Independencia de Venezuela: el caso de Maracaibo,* ponencia presentada en el III Congreso Internacional de Historiadores Latinoamericanistas (Adhilac), Pontevedra, octubre de 2001.

98 Véase G. Pérez Turrado, *La Marina Española en la Independencia de la Costa Firme,* Madrid, 1992.

99 A. G. I., Audiencia de Caracas, leg. 179, «Informe dado por Don Francisco de Saavedra en 4 de marzo de 1791 sobre el fomento de la provincia de Maracaibo».

> del Tablazo; en limpiar el saco de piratas y contrabandistas de que abunda por el comercio con los indios guajiros, y en la subsistencia de Buques de Correos que lleven mensualmente la correspondencia a Puerto Rico y la conduzcan de regreso evitándose por medio de este establecimiento los atrasos y perjuicios que por su defecto se experimentan, según se comprueba del expediente que acompaña a dichas notas.[100]

Maracaibo solo adquirió importancia como escenario bélico en las fases últimas de la contienda, donde Morales al frente del Ejército y Laborde dirigiendo la Armada intentaron, luego de la derrota sufrida por el general La Torre en Carabobo (1821), la última contraofensiva realista de importancia en Venezuela.

El caso de Guayana, también conocida como Angostura, es bien distinto. Al principio prefirió ser «patriota», pero una rápida reacción de sus dirigentes y habitantes le hizo volver a defender las banderas del rey. Guayana, por su situación geográfica al sur de Venezuela y construida en las riberas del majestuoso Orinoco, mantuvo una preeminencia sobre el vasto territorio de los llanos venezolanos, tanto los orientales como los del centro. Su ubicación fue privilegiada y, desde ella, se estableció un importante circuito económico-comercial, donde la abundancia de los recursos y las rápidas comunicaciones a través de sus ríos la convirtieron en una de las plazas más apetecidas por los beligerantes a lo largo de la guerra:

> Es esta Provincia, por su situación, la más ventajosa, y primera posesión o cabeza de todo el continente americano, y la que por medio de su caudaloso río Orinoco debe considerarse la puerta a lo interior de las predichas Provincias y Reino citados, y que sirviendo de antemural ha de impedir al enemigo su internación a todas ellas; ofrece una breve navegación a España y comercio muy ventajoso siempre que llegue a fomentarse con la facilidad de conducir por agua los frutos de todas aquellas provincias al puerto marítimo de esta por los ríos navegables que desaguan al Orinoco.[101]

Bolívar, tras los dos contundentes fracasos en 1812 y 1814, se haría, junto a Piar en el año 1817, con su control y, desde allí, estuvo organizando sus fuerzas y lanzando ofensivas una tras otra en sucesivas y largas campañas en contra de las fuerzas de Morillo, quien logró resistirlo de una

---

100 A. G. I., Correos, 54B, 12 de febrero de 1813.

101 S. H. M. (1-1-7-15), José Mariano Aloy, *Descripción/Informe Político/Militar de la Provincia de Guayana,* 14 de julio de 1810.

manera más que admirable. De Guayana, en 1819, partiría la decisiva expedición sobre el virreinato de la Nueva Granada que, luego de atravesar los duros pasos de la cordillera de los Andes —en una marcha que ha sido comparada con la de Aníbal, el Cartaginés, sobre los Alpes y Pirineos—,[102] terminó triunfando en la célebre y decisiva batalla de Boyacá.

Guayana fue también muy importante para los patriotas a lo largo de la guerra, debido a los fluidos intercambios y relaciones que mantuvo con la isla de Trinidad bajo control de los ingleses desde 1797. A pesar de que la política «oficial» de Inglaterra a lo largo del conflicto fue la de la neutralidad, su Gobierno y funcionarios en el Caribe fueron partidarios activos de la causa de los «insurgentes» en Venezuela. Desde Londres, los agentes venezolanos negociaron empréstitos y pertrechos de guerra, que eran enviados a las muchas islas inglesas en el Caribe, pero muy especialmente a la Isla de Trinidad y con destino último a Guayana. No solo Inglaterra colaboró con dinero y armas, sino también con oficiales y soldados, que contribuyeron, con su experiencia, a la formación de un ejército republicano cada vez más profesional desde 1817, cuando empezaron a llegar en un número cada vez más alto.

La importancia estratégica de Guayana fue algo más que evidente, tanto para los realistas como para los republicanos. Ya en 1810, un informe realista estableció lo siguiente:

> Es país, por último, cuya importancia y seguridad de su posesión exige de justicia el más candoroso desvelo, porque de su conservación depende en gran parte la de las Provincias expresadas; para probar esta verdad, basta la consideración de las circunstancias locales del Orinoco, bastante conocidas de todos, y atendiendo también a los ríos subalternos que le tributan por todas partes, y por todas direcciones.[103]

El general Morillo intentó su conservación ante las arremetidas del enemigo en 1817 con la frustrada expedición de La Torre al frente del regimien-

---

102 Por supuesto que el símil ha sido desarrollado por nuestros historiadores/teólogos, que no reparan en ningún tipo de escrúpulo para adulterar el pasado y revestirlo de «grandeza».

103 S. H. M. (1-1-7-15), *Descripción/Informe Político-Militar de la Provincia de Guayana,* 14 de julio de 1810, José Mariano Aloy, excelentísimo señor marqués de la Romana, ingeniero general.

to de Cachirí que, desde el virreinato de la Nueva Granada, avanzó sobre los llanos para caer con sus fuerzas en la decisiva batalla de San Félix, donde salió victorioso el republicano Piar en los primeros meses de 1817. La Torre y el resto de su maltrecha tropa tuvieron que resistir junto a la población civil un largo y penoso asedio, que conforma uno de los capítulos de la «épica» realista dentro de la Guerra de la Independencia de Venezuela.

Se puede decir, con toda propiedad, que el triunfo de Piar en Angostura fue el momento determinante para que las fuerzas «insurgentes», bajo el liderazgo de Bolívar, se consolidaran como beligerantes a un rango equivalente a las realistas de Morillo. Desde entonces, la guerra dejó de ser la confusa contienda «popular», «irregular», interprovincial y civil para convertirse en «internacional».

La noticia de lo sucedido en Caracas el 19 de abril de 1810 fue recibida en la ciudad de Maracaibo el 9 de mayo a través de don José Francisco Troconis, quien salió desde el puerto de La Guaira por la vía de Coro. Don Fernando Miyares, principal autoridad realista en Maracaibo, lo primero que hizo al enterarse del suceso fue convocar en su habitación a los alcaldes ordinarios y a otros miembros del Ayuntamiento para, después de una rápida consulta, disponer al otro día la celebración de un Cabildo extraordinario.[104]

En esa importante reunión se trató la «escandalosa» noticia del paso dado por Caracas:

> […] la ciudad de Caracas se ha sublevado dando principio para la erección de una Junta que abrogándose el título de Suprema se ha absorbido el mando absoluto, deponiendo las anteriores autoridades, remitiendo unas bajo partida de registro a distintos puntos ultramarinos, y arrestando a otras con el mismo objeto, de que ha resultado disputar a aquella ciudad, y de este Gobierno comisionados con papeles alusivos al referido sistema de gobierno, los cuales aún no han llegado.[105]

El gobernador Miyares dispuso una serie de medidas con carácter de urgentes para que su Gobierno pudiera responder, de manera contundente, a la acción desleal de la ciudad de Caracas. Entre esas medidas, las más im-

---

104 A. G. I., Estado, 69, N. 29.
105 Ib.

portantes fueron la de mantener el orden y la paz pública en la provincia de Maracaibo evitando, con ello, que se propague la noticia sobre la traición de Caracas;[106] aprestarse a reunir suficientes fusiles y pólvora[107] para poder garantizar, con ello, una segura defensa, y la de hacer una llamada a los «rebeldes» caraqueños para que readmitan y restituyan a las autoridades depuestas de la Capitanía General de Venezuela. La Sala Capitular dispuso que la ciudad fuese dividida en seis cuarteles y se solicitó la participación vecinal, para que, como «Diputados de Policía», contribuyesen al orden público. Ante la desaparición de las autoridades de la Capitanía General de Venezuela en Caracas, el Ayuntamiento propuso que la ciudad de Maracaibo las reinstalase en su espacio físico, siendo las más importantes la Capitanía General, la Superintendencia y la Real Audiencia «hasta que todo se ponga en el orden debido». Fueron firmantes del acta de este Cabildo Extraordinario los señores Fernando Miyares, Juan Francisco Perozo, Joaquín de Amadeo, Felipe Quintana, Francisco Tomás Roldán, Diego de Melo, José de Almarza, José Ignacio Baralt, Manuel de Linares González y Antemi José Miguel Valbuena.

Maracaibo, al desconocer el paso dado por los de Caracas, no solo intentó asumir el liderazgo del país encabezando la coalición realista, sino

---

106 Qué difícil es el oficio del historiador ante un pasado único, pero con tantas lecturas como historiadores existen. El problema no son los hechos, sino cómo se los recuerda. Normalmente, la perspectiva de quienes logren imponer un determinado punto de vista como dominante anulará los otros que puedan existir. Para los realistas de 1810, los caraqueños y quienes los acompañaron en su alzamiento autonomista fueron tildados de traidores y «rebeldes», pero, para los venezolanos que ganaron la guerra y se dedicaron a escribir su «epopeya» en los años posteriores al conflicto, los auténticos traidores fueron las ciudades «disidentes» de Maracaibo, Coro y Guayana. En mi condición de venezolano, estoy corriendo el riesgo de la incomprensión ante mis propios compatriotas al abordar una temática que solo se ha visto desde el prisma exaltador del vencedor. Por otra parte, mi propósito no es otro que conocer y comprender —como recomendaba Lefèvre a los historiadores— el elemento en juego más desconocido de cuantos han intervenido en la independencia de Venezuela, como es la actitud y participación del bando realista, desde la perspectiva político-militar. Quien pretenda ver otra cosa o segundas intenciones en mi trabajo se equivoca.

107 Una de las primeras medidas llevadas a cabo por las autoridades de Coro y Maracaibo fue la de informar a Cádiz sobre lo sucedido en Caracas y solicitar el permiso para la compra de armamento. En el caso de la ciudad de Coro, sus autoridades solicitaron «[…] mil fusiles, quinientos sables, doce quintales de pólvora y dos de cuerda mecha», Coro, 4 de mayo de 1810, A. G. I., Estado, 69, N. 29.

que se preparó para la guerra en contra de sus vecinos del centro del territorio aunque, en realidad, su precaria situación económico-comercial y militar estableciese lo contrario:

> En vista de la antecedente declaración, y de todo lo que se deduce de los demás papeles presentados, se conoce la depravación y malicia de los revoltosos de la ciudad de Caracas, con la cual se prohíbe toda comunicación, mientras no se asegure en ella un Gobierno firme, legítimo y fiel a los intereses de la Religión y del Rey Don Fernando 7mo.[108]

Igualmente se hicieron rápidas llamadas y avisos a los señores virreyes, gobernadores, comandantes y justicias de las zonas limítrofes vecinas para garantizar la unidad de fuerzas y evitar que el secesionismo progresara. La lealtad de Maracaibo hacia la Península no se puso en duda en ningún momento y el juramento de fidelidad al rey y la religión católica justificaba todos los sacrificios que habían de hacer los marabinos para defender esas creencias:

> Por mi parte os aseguro que nada quedará por hacer hasta derramar gustoso la última gota de sangre en defensa de la Santa religión Católica que profesamos, y sostener los sagrados derechos de nuestro Soberano el Sr. D. Fernando Séptimo, y de sus augustos Sucesores en el Trono Español; por todo lo cual es importantísimo conservar la tranquilidad pública, y vivir muy vigilantes sobre los que quieren perturbarla, a cuyo efecto tomará el Gobierno todas las providencias convenientes siempre con que cada habitante sea un celoso vigilador […].[109]

Una auténtica guerra de propaganda se planteó entre los caraqueños y los marabinos. Estos últimos acusaban a los de Caracas de no permitir la llegada de las noticias de la Península, donde informaban de los éxitos de las armas españolas sobre las francesas y que entorpecían la fluidez de la información. En consecuencia, estuvieron obligados a recurrir a los ingleses en el Caribe para que, como aliados, pudieran servir de enlace entre ellos y las autoridades en España.

Llama la atención que tanto los caraqueños como los marabinos se hayan sentido identificados con el rey Fernando VII como cabeza de la

---

108 A. G. I., Estado, 69, N. 29, resolución del Cabildo Extraordinario de Maracaibo, Maracaibo, 12 de mayo de 1810.

109 Ib., representación de Fernando Miyares, Maracaibo, 9 de mayo de 1810.

monarquía española. Tanto unos como otros encabezaban sus manifiestos y representaciones con el nombre del rey. Mientras que los caraqueños se lanzaron a la aventura autonomista, los marabinos fueron más cautos y reservados. Todavía el conflicto estaba en una fase de gestación y solo hubo, en un principio, amagos retóricos de una y otra parte. Ambos se sintieron, en ese entonces, españoles-americanos y solo la guerra los llevaría a identificarse con un nuevo gentilicio.

El gobernador Fernando Miyares, debido al riesgo de quedar aislado e incomunicado junto con toda la provincia, estuvo obligado a recurrir en solicitud de ayuda a los jefes Someruelos en Cuba y Cortabarría en Puerto Rico, principales autoridades realistas en la cuenca del mar Caribe.[110] Una ciudad caribeña y portuaria como Maracaibo necesitaba imperiosamente mantener abiertas las relaciones e intercambios con sus coetáneos en las islas más próximas, máxime si estas eran posesiones españoles aún leales a la Regencia. Cuba y Puerto Rico fueron dos sólidas bases que colaboraron activamente con los esfuerzos que hicieron los realistas en la Costa Firme, a pesar de sus también menguados recursos. De la misma manera, las autoridades en Maracaibo solicitaron de los ingleses en Curazao y Aruba la venta de armamento para el resguardo de la plaza.

Maracaibo estaba, en ese entonces, escasa de pertrechos militares y de los recursos financieros necesarios para emprender una guerra, dentro de la crisis en que se encontraba ahora sumido todo el territorio de la Capitanía General de Venezuela. La ciudad se dispuso, en ese momento, a ejercer de principal bastión realista para iniciar la contrarrevolución. No obstante, y a pesar de las buenas intenciones del capitán general Miyares, la retórica siempre estuvo por delante de auténticas y efectivas acciones militares que pudieran haber servido para disuadir a los caraqueños de su actitud secesionista. Salvo alguna que otra pequeña incursión de un destacamento mal armado y pequeño en número de combatientes, enviado por vía marítima hasta la ciudad de Coro en los meses finales del año 1810, Maracaibo muy

---

110 Véase el artículo «Actividades emprendidas por Fernando Miyares y el Marqués de Someruelos para defender militarmente la provincia de Maracaibo durante el conflicto emancipador (1810-1811)», de los autores R. Parra Contreras y T. Cabezas, *Revista UNICA* (Universidad Católica Cecilio Acosta, Maracaibo), año 3, n.º 5, enero-junio de 2002, pp. 79-91.

poco hizo en contra de los «rebeldes» caraqueños y sus aliados. El historiador español Torrente también nos ha informado de una expedición de 2000 hombres que, desde Maracaibo, partió en auxilio de la ciudad de Valencia, levantada en contra del recién instaurado nuevo Gobierno republicano el 5 de julio de 1811, pero que la rápida represión de Miranda no permitió el arribo oportuno de esa ayuda.[111]

Esta pasividad de Maracaibo contrasta abiertamente con las activas acciones militares emprendidas por Cevallos primero y luego continuadas por Monteverde desde Coro, operando en dirección centro-occidental en el año 1812. Y es que Maracaibo se mantuvo prácticamente al margen de los principales escenarios de la guerra hasta los últimos años, dando muestras de un arraigado aislacionismo de tipo geográfico y también motivado por una identidad regional y provincial con una clara tendencia autonomista.

El comisionado regio don Antonio Ignacio Cortabarría estableció como una de las acciones fundamentales para el logro de la «pacificación» en la Costa Firme el que las ciudades realistas actuasen mancomunadamente y se ayudasen entre sí. Y, a pesar de que la alianza entre Coro y Maracaibo fue estrecha por la proximidad geográfica de una y otra, la escasez de recursos de todo género impidió una más efectiva colaboración. Si Maracaibo tuvo su actividad comercial casi paralizada, los de Coro vivieron en la estrechez y manteniéndose en una constante alerta dentro de sus fronteras de distrito ante la amenaza de sus vecinos de Caracas. Coro solo podía obtener ayuda desde el exterior, de las islas de Aruba, Curazao, Cuba y Puerto Rico ya que, en el interior, se encontraba cercada por las provincias aliadas favorables a la república.

Pudiera pensarse que el bloqueo de las costas venezolanas decretado por el Consejo de Regencia y supervisado por don Ignacio Cortabarría desde Puerto Rico afectó a la actividad económico-comercial de Maracaibo; en realidad, el bloqueo fue una medida más nominal que real, debido a los pobres medios marítimos con los que contó España en el mar Caribe. Fue la fractura en la Metrópoli y de toda la red intercolonial lo que hizo

111 Torrente, *Historia de la revolución Hispanoamericana,* pp. 227-228.

colapsar la normal fluidez de los intercambios comerciales en el Caribe, regidos legalmente por la Corona. Aunque, en honor a la verdad, estos nunca se paralizaron del todo debido a la estrecha alianza entre los comerciantes criollos y los extranjeros, principalmente ingleses, que, mediante una práctica clandestina, operaron paralelamente y con mayor efectividad que los navíos españoles. Ya hacía unos cuantos años que España era incapaz de controlar y dirigir su imperio ultramarino.

La fidelidad de Maracaibo a la monarquía se mantuvo, al igual que en Coro y Guayana, por el interés de las élites locales de aumentar, dadas las circunstancias por las que atravesaba la Metrópoli, los niveles de autonomía y autogobierno para sacudirse la preeminencia caraqueña. Pero, de la misma manera, las villas y ciudades que dependían administrativamente de Maracaibo y Guayana aprovecharon la insurgencia caraqueña para librarse de estas. Trujillo y Mérida pronto tomaron partido junto a Caracas y, con ello, se zafaron del «yugo» de Maracaibo. Barinas hizo lo propio y logró una mayor autonomía, ya que su dependencia de Maracaibo y Guayana lo constreñía evidentemente. Las rivalidades locales entre distintas ciudades y provincias fueron la nota dominante en el comienzo de la independencia de Venezuela.

En 1810, y lo demostró la fracasada expedición del marqués del Toro, los caraqueños eran incapaces de ganar la guerra provincial que se había declarado. Por otro lado, tampoco los realistas tuvieron los recursos, la actitud y la unidad de mando suficiente para emprender el sometimiento de los «rebeldes».

El 19 de mayo de 1810 don Diego de Melo, administrador principal de Correos de Maracaibo, ofrece a sus superiores en Cádiz un informe sobre las repercusiones que ha tenido en el occidente del país la acción «revolucionaria» llevada a cabo por los caraqueños:

> La jurisdicción de Coro como que tuvo primero los avisos declaró por atentado el procedimiento de los revoltosos de Caracas, y juró permanecer firme en su obediencia a nuestro muy amado soberano el Sr. Fernando VII y a quien legítimamente representase en la nación española su Real autoridad. La Provincia de Maracaibo ha declarado por traidora, infame y revoltosa aquella misma Junta, la que habiendo despachado sus emisarios seductores, estos han sido presos, y se determina mandarlos a Puerto Rico o a esa ciudad; se ha publicado bando cortando la comunicación con los revoltosos, y se procuran medios de hacerles ver su error y traición, igualmente que nuestra incorrupta fidelidad, que estamos prontos a defender a todo trance. En este conflicto escribí mi circular a los siete Administradores de Correo de esta

> Provincia agregados a esta cuya copia incluyo, y a excepción de la Administración de la ciudad de Coro, nada sé aún de las demás. Me ha parecido conveniente participar a V. S. este acontecimiento para que se sirva prevenirme en el caso lo que estime por más conveniente.[112]

No hay que olvidar que las noticias sobre lo que estaba sucediendo en ese entonces en la Península eran confusas y distorsionadas. Se sabía que la Junta Central se había disuelto de una manera aparatosa, que había sido sustituida por una Regencia y que las tropas francesas cercaban Cádiz. Pero también existieron en ese momento otras noticias mucho más esperanzadoras para quienes seguían creyendo en un triunfo de la resistencia contra el invasor francés. En realidad, ese fue un tiempo de mucha confusión e incertidumbre, que sería interpretado y asumido por los venezolanos de dos maneras distintas: aquellos que consideraron la situación de España irremediablemente perdida y dieron el paso del 19 de abril intentando una fórmula autonomista de gobierno y otros que se mantuvieron leales a la Regencia y albergaron algún tipo de esperanza en la expulsión del invasor francés. Pero ambos tuvieron algo en común, como ya antes hemos referido: se declararon abnegados partidarios de la causa de Fernando VII, el rey secuestrado por Napoleón. Para los caraqueños, solo se trataba de imitar las acciones de los juntistas peninsulares y evitar, con ello, caer en la anarquía del desgobierno y la posibilidad muy real de ser invadidos por los franceses; aunque, también, muchos de ellos ya empezaron a vislumbrar con esa acción el camino de la independencia absoluta. En cambio, para los realistas de Coro, Maracaibo y Guayana y otras pequeñas ciudades y pueblos partidarios también de defender la causa de Fernando VII, el camino correcto en tan difíciles circunstancias fue el de mantenerse leales a cualquier autoridad que representase, aunque precariamente, el Gobierno del Imperio español en la Península. Con el tiempo, cada una de las posiciones se fue deslindando y aclarando hasta llegar a la confrontación directa y el comienzo de una guerra de carácter interprovincial y civil entre los mismos venezolanos, guerra «boba» que se ahondará irremediablemente cuando los caraqueños y las ciudades aliadas se decidan a proclamar la Independencia de Venezuela el 5 de julio de 1811.

---

112 A. G. I., Correos, 54B.

Más que evidente fue el carácter municipal de la acción emprendida por los caraqueños en la toma del poder de la Capitanía General de Venezuela, en el entendido de ser ese cuerpo, el Cabildo, el depositario de un derecho de antigua data en el caso de faltar el Gobierno de la monarquía en la persona del rey. Todos los emisarios que partieron de Caracas a las distintas ciudades lo hicieron con pliegos dirigidos a las autoridades de esos respectivos ayuntamientos.

Guayana: leal al rey

El día 9 de mayo de 1810 llegaron a Guayana dos emisarios de Caracas con un pliego sobre el nuevo gobierno:

> El gobernador, coronel D. José Felipe de Inciarte, convocó los cuerpos Eclesiástico, Militar, Comercio y Real Hacienda (yo no pude asistir por estar a la sazón gravemente enfermo) y les manifestó a todos el pliego cerrado y el pasaporte; y por las sospechas que este argüía se deliberó por el mayor número de votos la apertura del pliego, y su lectura en público: así se ejecutó, resultando que su contenido se reducía a que mediante la noticia que se había recibido en Caracas de la pérdida total, o casi total de esa península, y de la disolución de la Suprema Junta Central, se veían en la precisa necesidad aquella capital de reasumir en sí la soberanía de las Provincias unidas de Venezuela por medio de una Junta Suprema que formó al intento, despachando inmediatamente a todas las Provincias anexas a Caracas, Expresos, convidándolas a una unión [...].[113]

El día 11 los guayaneses acordaron reconocer interinamente a la Junta de Caracas por Suprema como depositaria de la soberanía ante la ausencia del rey don Fernando VII. Ante la renuncia del gobernador don José Felipe de Inciarte, se nombraron nuevas autoridades presididas por el capitán de infantería don Matías Ferraras. A pesar de este rápido paso, la mayoría de quienes conformaron la nueva Junta carecieron, en ese momento, de una clara información, tanto de los sucesos en la Península como del resto de las provincias colindantes:

> En esta incertidumbre de sucesos, el silencio de los ingleses, y la diversidad de algunas noticias que hemos recibido aquí de las Antillas, la ninguna recalada

113 S. H. M. (5-2-3-10), José Mariano Aloy, Nueva Guayana, 30 de junio de 1810.

> por las bocas de este río de barco de la península, la falta de emigración de esos naturales a estos países, y las Gacetas y otros papeles de Caracas que acompaña a V. E., han tenido a esta provincia en un estado de perplejidad [...].[114]

Perplejidad que llevaría a un grupo de españoles y criollos a emprender una reacción en contra de la recién formada Junta, favorable a imitar a los caraqueños. Rápidamente fue reconocida la Regencia como la legítima autoridad de España y, en Angostura, la situación fue restituida. Para los guayaneses, este cambio de actitud les era más conveniente en sus aspiraciones autonomistas tanto respecto a Caracas, cabeza de la capitanía, como de un Gobierno español más nominal que efectivo. Caracas y sus pretensiones centralizadoras chocaron con las resistencias provinciales y regionales, que aspiraban para sí una mayor libertad de autogobierno.[115] Los emisarios caraqueños y las personas afectas a ellos fueron encarcelados y, posteriormente, remitidos a Puerto Rico y España.

Para José Mariano Aloy, uno de los principales líderes de la reacción realista y con el cargo de jefe de ingenieros de esa plaza, los propios guayaneses tenían que asumir por sí mismos el control de la situación, dado el vacío de poder existente y la acumulación de agravios recibidos. Además, su testimonio sirve para indicarnos la permanente lucha interna que existió entre distintas facciones y tendencias por asumir mayores prerrogativas alrededor de los órganos de dirección y gobierno. Venezuela fue, en vísperas de la Independencia, una sociedad provincial donde cada región y ciudad gozó de una amplia autonomía:

> Esta provincia de Guayana, la más selecta a todas luces de cuantas se ven en todo el continente americano, capaz por sí sola de la opulencia más extraordinaria, que rendiría a Nuestra Madre Patria las mayores ventajas, ha

114 Ib.

115 El movimiento llevado a cabo por los caraqueños fue aprovechado por ciudades y regiones que, desde el punto de vista administrativo, dependían de otros centros de mayor importancia, como el caso de Mérida, subordinada al Gobierno y control de las autoridades de Maracaibo, quienes se aprestaron a seguir a los caraqueños para obtener una mayor autonomía. «[...] sus habitantes no vivían conformes con la pérdida del rango de capital que un siglo antes había sufrido la ciudad y no puede dudarse que esta circunstancia influyó en la decisión que tomaron de separarse de Maracaibo, proclamando reconstituida la antigua provincia y aceptando la invitación de confederarse con las demás venezolanas que recibieron de la Junta Suprema», Parra Pérez, *Historia de la Primera República de Venezuela,* p. 227.

> sido la más vejada; ha sufrido el despotismo del antiguo Gobierno director de España, el de los […] Mandarines de Caracas, y el de un gobernador terco, agreste, y presumido de sabio y de ser protegido de Godoy y de inclinación funesta hacia la prosperidad individual; hablo por el coronel D. José Felipe Inciarte, que ha contribuido a poner este magnífico suelo por naturaleza, hecho un valle de lágrimas, del que han huido los hombres a millares, y de que se ha seguido la despoblación, la falta de agricultura y comercio.[116]

Los partidarios de mantenerse leales a la Regencia en Venezuela, en ese crítico año de 1810, intentaron, por todos los medios, contrarrestar los movimientos realizados por Caracas a través de sus emisarios y convencer a los distintos ayuntamientos que se plegasen a la nueva autoridad. Dos grandes coaliciones o ligas empezaron a conformarse en Venezuela: la favorable a seguir los dictados de Caracas (Margarita, Cumaná, Barinas, Barcelona, Mérida y Trujillo) y otra dispuesta a mantenerse dentro de los límites del mandato que emanaba de la Regencia (Guayana, Maracaibo y Coro). Las posiciones se volvieron irreconciliables y, desde entonces, empezaron los preparativos para la guerra.

Pero, en un principio, la confusión sobre quién o quiénes eran aliados o enemigos se hizo una cuestión más que evidente. Cada ciudad intentó establecer un mecanismo de alianzas que le fuese lo más favorable posible, para maximizar sus intereses y resguardarse de la carestía que amenazaba a la población. Las provincias y ciudades vecinas intentaron, por todos los medios, resguardar y mantener los intercambios que se venían realizando con provecho de todos a lo largo del tiempo y por las vías y caminos tradicionales. En el caso de Guayana, en favor de la Regencia, y Barinas, que se sumó a los caraqueños, ambas provincias unidas por un amplio *hinterland,* los nuevos sucesos afectaron a sus tradicionales intercambios y relaciones:

> Esta Provincia ha estado afecta a subsidios de Barinas, que por las ocurrencias del día han cesado; y como se halla tan arruinada trata que sean libres las siembras del tabaco pagando los reales derechos como otro cualquier fruto comerciable, pues no tiene por el pronto otra cosa de qué subsistir, con qué subvenir a los gastos ordinarios ni con qué atender a la crisis en que Caracas nos ha puesto, pues cada Provincia procura retener en sí todos los medios que puedan vigorizarla contra los que puedan ser sus enemigos.

---

116 S. H. M. (5-2-3-10), José Mariano Aloy, excelentísimo señor marqués de la Romana, ingeniero general, Nueva Guayana, 30 de junio de 1810.

> Barinas nos ha suplicado que le demos paso franco para la introducción de fusiles y pólvora, que se les concederá luego que sepamos han reconocido la Regencia, según la opinión general parece que a esto están inclinados.[117]

Conflicto interprovincial antes que Independencia

Así, tenemos que el movimiento prorrealista en Venezuela desde el año 1810 fue esencialmente de carácter interno. Españoles y criollos leales a España mantuvieron un conflicto en contra de los «independentistas», en el que la Metrópoli estuvo prácticamente ausente. En sus comienzos, la contienda adquirió rápidamente un carácter interprovincial y civil. Como ha dicho Izard:

> La proclamación de una determinada independencia, a mediados de 1811, enfrentó la oposición de los notables provinciales de las demás ciudades de la Capitanía que, rota la vinculación con la Península, no querían ahora depender de la oligarquía caraqueña y se aliaron con los partidarios de la hegemonía metropolitana, que no debían ser necesariamente peninsulares.[118]

La ciudad de Coro, la primera capital que tuvo Venezuela en su historia, fue el principal foco de la reacción realista contra la Primera República. Fueron las tropas corianas, al mando del gobernador militar don José Cevallos, quienes causaron una vergonzosa derrota al Ejército caraqueño bajo el mando del marqués del Toro en los meses últimos de 1810.

Apenas pisaron tierra coriana los emisarios caraqueños con la noticia de lo ocurrido el 19 de abril, fueron aprehendidos por las autoridades del Ayuntamiento y remitidos con una fuerte escolta a la ciudad de Maracaibo.

Los caraqueños, indignados por el atrevimiento de los corianos y subestimándolos por considerar que eran incapaces de resistir un fuerte castigo militar, prepararon improvisadamente al primer ejército «patriota». En agosto de 1810 salió la expedición caraqueña bajo el mando del marqués del Toro y con unos efectivos que, según José Domingo Díaz, alcanzaron los 5000 hombres:

---

117 S. H. M. (5-2-3-10), José Mariano Aloy, excelentísimo señor marqués de la Romana, ingeniero general, Nueva Guayana, 30 de junio de 1810.

118 M. Izard, *Latinoamérica, S. XIX. Violencia, Subdesarrollo y Dependencia,* Barcelona, 1990, s. p.

> El ejército llegó a la vista de la capital de Coro después de una marcha de 150 leguas y de haber atravesado sus enormes y abrasadores arenales entre penalidades y privaciones. Allí lo esperaron los pobres pero honrados y fidelísimos corianos, formados a la salida de la ciudad y sobre las mismas casas, mandados por su gobernador el brigadier Ceballos, a quien adoraban, y colocada en su centro la sagrada imagen de Jesús Nazareno, muy venerada en aquellos pueblos. No necesitó de muchos esfuerzos aquel puñado de valientes, que apenas componían la quinta parte del ejército sedicioso; le batieron, le arrollaron y le hicieron tomar una fuga ignominiosa. Esta fue la primera sangre que se derramó en consecuencia del bajo y escandaloso crimen que se había cometido.[119]

Ya hemos referido sobre la tardanza de las noticias de los principales sucesos que se hacían entre Venezuela y España, pero es que esta pasmosa lentitud fue algo común y, en algunos casos, hasta más grave entre las mismas provincias que integraban Venezuela. En Guayana, se recibió la noticia del descalabro de las tropas del marqués del Toro en las inmediaciones de Coro ya muy entrado el año 1811. Cada provincia tenía que actuar y diseñar sus actos administrativos y de gobierno contando con una información poco fiable y desactualizada y, además, la imaginación muchas veces sirvió para aderezar las noticias que se recibían, como en el presente caso, donde hasta el nombre del capitán general de Venezuela y gobernador de Maracaibo están cambiados:

---

119 Díaz, *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas,* pp. 86-87. De acuerdo con las fuentes venezolanas, si bien el marqués del Toro tuvo que desistir de sus objetivos en pretender tomar Coro debido a la inesperada «resistencia» de los corianos, su retirada no fue algo «ignominiosa», ya que no tuvo otra alternativa debido a la noticia del pronto arribo de tropas de Maracaibo bajo el comando del capitán general Fernando Miyares. Por otra parte, muchos otros historiadores consideraron la actuación militar del marqués del Toro un tanto «improvisada» y poco «valerosa» por considerarlo un «militar de gabinete». Mariano Torrente también aporta en su obra *Historia de la Revolución Hispanoamericana,* publicada en Madrid en el año 1829, la versión de este suceso: «El desaire más sensible para los rebeldes fue la oposición de los habitantes de la provincia de Coro a reconocer sus planes. Creyendo, pues, que todo cedería a una expedición bien combinada, salieron en el mes de agosto algunas milicias de los Valles de Aragua, a las que se agregaron otros cuerpos hasta el número de 5000 hombres, mandados por el inexperto marqués del Toro. Esta división compuesta de tropas colecticias y bisoñas, en las que no se había arraigado todavía el espíritu de la insurrección, se presentó delante de Coro después de una marcha penosa de 150 leguas, y fue derrotada fácilmente por el esforzado brigadier Cevallos, puesto a la cabeza de los valientes corianos, que apenas formaban la tercera parte de las fuerzas sediciosas. Este hecho de armas, que fue el primero de la revolución, probó los efímeros elementos con que se contaba para consolidarla», p. 138.

> Entre tanto, puedo decir a V. E. que don José María Miyares ha estado en Coro y ha concurrido a la derrota del marqués del Toro; pero sobre esto necesito confirmación. Lo que no cabe duda es que el ejército del Toro compuesto de 5000 hombres fue completamente derrotado por el de los corianos, habiendo llegado al extremo de tirar casi todos los fusiles para correr más ligeros, perdiendo todo el bagaje y artillería, 70 muertos, la huida fue de 6 días continuos y de más de 50 leguas, perdió el Marqués el sable, anduvo 3 días a pie por picar, y se añade que la Caja Militar de 6000 onzas cayó en manos de los corianos.[120]

Para las autoridades de Coro, la acción llevada a cabo por Caracas vulneraba todo el ordenamiento jurídico y las leyes del derecho municipal. Una vieja herida se abría de nuevo y permitió a los de Coro reivindicar el derecho a representar nuevamente la capitalidad de todas las provincias venezolanas. «Coro recordaba que siendo la ciudad más antigua de Venezuela no podía someterse a otra alguna».[121]

El Ayuntamiento de la ciudad de Coro propuso al comisionado regio Cortabarría la posibilidad de que ese distrito pudiese nombrar a un diputado a las Cortes en Cádiz de la misma manera que lo había hecho la ciudad de Maracaibo en los primeros meses del año 1811, al otorgar ese nombramiento al señor José Domingo Rus como diputado suplente y, además, alegaron que Caracas había enviado a dos diputados principales a pesar de estar insubordinada en contra de la Metrópoli. Las ciudades realistas de Venezuela estimaron que, en justicia y por demostrada lealtad, debían tener representación en el Gobierno de la Península.[122] No obstante, estas demandas no fueron atendidas como consecuencia del estado anárquico en que, en ese momento, se encontraban los órganos de Gobierno en España y porque el sistema electoral que se escogió para la elección de los diputados americanos se hizo tomando en cuenta la mayor concentración demográfica e importancia de las distintas provincias y regiones.

Una vez más, las tendencias separatistas y los odios entre las distintas provincias y ciudades iban delineando a los beligerantes en la dirección

---

120 S. H. M., carpeta 8 (5-2-3-10), representación de José Mariano Aloy, Guayana, 6 de mayo de 1811. Existe otra representación muy significativa elaborada por el comisionado don Antonio Ignacio de Cortabarría con fecha del 31 de marzo de 1811, donde describe esta acción militar aportando nuevos detalles. Véase A. G. I., Caracas, 437-A.

121 Parra Pérez, *Historia de la Primera República de Venezuela,* p. 222.

122 A. G. I., Caracas, 437-A, oficio del comisionado don Antonio Ignacio de Cortabarría al Consejo de Regencia, Cádiz, 11 de julio de 1811.

de un choque fratricida en que la ausencia de España y sus soldados fue más que evidente.

La Regencia decreta el bloqueo

A la actitud de la Junta de Caracas replicó la Regencia en los primeros días de agosto, declarando a los venezolanos vasallos rebeldes y ordenando el bloqueo condicional de sus provincias. En España se atribuía el movimiento a la desordenada ambición de algunos facciosos y a la credulidad de los más, y se aseguraba que pronto se extirparía el mal y se castigaría a sus contumaces autores. Don Fernando Miyares, gobernador de Maracaibo, fue nombrado capitán general de Venezuela y don Antonio Cortabarría, ministro del Consejo Supremo de España e Indias, salió para Puerto Rico con una escuadra y encargo de procurar la sumisión de Caracas y Santa Fe.[123]

La noticia sobre el 19 de abril de 1810 en Caracas fue recibida con asombro en la Península el 6 de julio, casi tres meses después de lo ocurrido. La reacción de las autoridades españolas fue lenta y dubitativa.

Las comunicaciones con España estuvieron prácticamente cerradas. El arzobispo Coll y Prat, recién llegado de España[124] luego de los sucesos de abril, nos dice lo siguiente al respecto:

> Tuve que conformarme con las circunstancias: aislado, espiado, rodeado de gente desconocida y no tener de quién poderme fiar. Logré después de no pocas instancias que se desembarcase parte de mi equipaje y familia: empecé mi ministerio de Confirmación y predicación en la Iglesia Parroquial, en que fue inmenso el gentío, sin meterme en cosas de gobierno ni de Juntas: lo mismo por el día inmediato.[125]

Miyares y Cortabarría: «Pacificadores»

La reacción de España ante los sucesos del 19 de abril de 1810 en Caracas consistió en declarar a la provincia en rebeldía. El gobernador realista de la ciudad de Maracaibo, Fernando Miyares, fue nombrado capitán

---

123 Parra Pérez, *Historia de la Primera República de Venezuela,* pp. 210-211.
124 Narciso Coll y Prat llegó al puerto de La Guaira el 15 de julio de 1810.
125 Coll y Prat, *Memoriales sobre la independencia de Venezuela,* p. 51.

general de todas las provincias de la Capitanía General de Venezuela, y Antonio Ignacio Cortabarría, al mando de un escuadrón naval, se dirigió a Puerto Rico, desde donde intentaría pacificar Caracas.

La Regencia en España fue la legítima representante de los derechos de Fernando VII y todo nos indica que, debido al estado de provisionalidad y precariedad de las instituciones de Gobierno españolas, adoptó una política errada hacia los americanos y sus aspiraciones independentistas. Se pretendió, de una manera ilusa y muy poco racional, reprimir a los caraqueños y sus aliados a través de proclamas y edictos cargados de agresividad y violencia, pero sin el respaldo adecuado de los recursos de la fuerza militar, descartando los canales diplomáticos y el uso de medios persuasivos. Las medidas suaves, como el «Indulto» u otras de igual tipo, dirigidas a los caraqueños partidarios de la Junta, siempre estuvieron acompañadas de una retórica altisonante y agresiva.

A pesar de la escasez de medios y la situación desesperada por la presencia del invasor francés a las puertas de las murallas en Cádiz, la Regencia optó por la represión del juntismo caraqueño a través de medidas de fuerza y coacción que difícilmente podía aplicar.

La medida del bloqueo marítimo sobre las costas de Venezuela se decretó en los siguientes términos:

> Sin embargo, S. M. ha juzgado indispensable declarar como declara en estado de riguroso bloqueo la Provincia de Caracas, mandando que ningún buque nacional ni extranjero pueda arribar a sus puertos so pena de ser detenidos por los cruceros y buques de S. M. sin que sea permitido a los Comandantes ni Jefes políticos o militares de ningunas de las posesiones del Rey en sus Dominios habilitar buques, conceder permisos ni patentes a ningún barco con destino a La Guaira o cualquier puerto o ensenada de aquella Provincia, mandando detener, confiscar y apoderarse de todos los que de ella salgan, cualquiera que sea su dirección. Y para sostener esta providencia envía fuerzas navales suficientes para impedir que ningún buque pueda entrar ni salir de los puertos de dicha Provincia.[126]

El 11 de agosto de 1810 fue el comienzo efectivo del bloqueo sobre las costas de Venezuela. Pero la medida tropezó con la insuficiencia de

126 S. H. M., M. G., caja 120, decreto del bloqueo sobre las costas de Venezuela emitido por el Consejo Supremo de España e Indias, Cádiz, 1 de agosto de 1810.

naves de guerra españolas incapaces de resguardar la extensa costa venezolana desde un extremo al otro. Más de mil kilómetros de litoral tuvieron que ser cubiertos «con la corbeta Príncipe y otros dos buques menores».[127] El bloqueo de las costas y de los principales puertos bajo control caraqueño, Puerto Cabello y La Guaira, fue ineficaz. Por el contrario, los capitanes españoles tuvieron que enfrentarse a las reclamaciones de las naves inglesas y otras extranjeras, que exigieron que se les respetase su «neutralidad» y el derecho a seguir comerciando dentro de los ámbitos de la provincia de Caracas. Los incidentes no fueron pocos y la ambigüedad de la situación política que se vivió no contribuyó en nada a restablecer una «normalidad» institucional irremediablemente perdida.

La Regencia intentó, a través del bloqueo, aislar del exterior a los caraqueños y, con ello, suprimirles cualquier tipo de intercambio comercial que pudiese servirles en la obtención de los recursos que tanto necesitaban para poder subsistir. A los jefes y autoridades de los territorios vecinos con los caraqueños y que habían reconocido a la Regencia se les ordenó el cese de cualquier intercambio comercial con estos. España aún no estaba en capacidad de poder enviar a un poderoso Ejército para someter a los de Caracas y es por ello que recurrió a esta medida de fuerza que pretendió «ahogar» económicamente a los criollos.

El comisionado Cortabarría pretendió dirigir la contrarrevolución realista a «control remoto» y consideró que el instrumento para lograrla recaía en el capitán general de Venezuela y gobernador de la provincia de Maracaibo, don Fernando Miyares, a quien pidió que se trasladase a Puerto Rico, para concertar juntos todo el plan que llevarse a cabo.[128] A Miyares, en teoría, se le ofrecieron todos los auxilios y apoyos necesarios que tenían que ser otorgados por parte de las autoridades realistas, tanto en Venezuela como en los territorios vecinos de Nueva España, Santa Fe, Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico.[129] Pero estas buenas intenciones nunca tuvieron un fundamento real. Una gran ignorancia sobre el medio venezolano tuvo en ese entonces la Regencia como órgano director de la monarquía. En

127 Heredia, *Memorias del Regente Heredia,* p. 40.
128 S. H. M., M. G., caja 120, Puerto Rico, 16 de octubre de 1810.
129 Ib., Consejo de Regencia, Cádiz, 29 de julio de 1810.

primer lugar, se subestimó el paso dado por los venezolanos y se asumió que fue obra de pocos y que bastaba con apelar al nombre regio y toda la magia que emanaba de ello para hacerlos desistir.

Don Ignacio de Cortabarría nunca llegaría a tocar Tierra Firme y, desde la isla de Puerto Rico, se dedicó a llevar a cabo una «pacificación» imaginaria, donde los decretos y proclamas tuvieron un protagonismo absurdo. Desde ese observatorio, siguió el curso de los acontecimientos venezolanos, más como un espectador que como protagonista de los hechos. Estuvo atento a los principales sucesos que ocurrieron en Venezuela, como el fallido ataque al distrito de Coro el 28 de noviembre de 1810 por parte de las tropas de Caracas bajo el mando del marqués del Toro y no dejó de destacar la presencia de Francisco de Miranda que, para ese entonces, era el jefe revolucionario de mayor prestigio y el enemigo más temido por parte de los españoles por sus afanes independentistas:

> Este suceso ha desbaratado por ahora los proyectos de los perturbadores de Caracas, y aunque estos necesitarán de algún tiempo para rehacerse, no por eso desistirán de su temeraria empresa, y es necesario tomar medidas prontas y eficaces para resistir sus ulteriores ataques, y sostener a la provincia de Coro que ha llevado su fidelidad tan adelante. Las últimas noticias recibidas de Caracas aseguran que se hallaba en dicha ciudad el famoso revolucionario Miranda, cuyos principios subversivos del orden social son bien conocidos […].[130]

Muy pronto, Cortabarría entendió que las fuerzas que esperaba conseguir en América eran prácticamente inexistentes, ya que cada virrey, capitán general y gobernador se las reservaba para sí mismo ante las amenazas internas propias que tenían que atajar; además, la evidente escasez de productos y materiales para la guerra no podía ser paliada en la propia América ante el colapso del aparato productivo y la precariedad en las redes del intercambio intercolonial. La desconfianza y un sentimiento de abandono cundieron entre los jefes realistas, que observaron, con impotencia, cómo la marea revolucionaria se extendía por todos los ámbitos.

Un refuerzo de 2000 soldados europeos para operar con los ejércitos criollos realistas fue el contingente que solicitó a la Regencia el Comisiona-

---

130 A. G. I., Caracas, 437-A, extracto de los oficios del Comisionado Regio, Puerto Rico, 20, 23, 25, 26 y 28 de enero de 1811.

do a comienzos de 1811, para tener algún éxito sobre los caraqueños alzados en armas. La escasez de medios militares exasperó al Comisionado, que no dejó de solicitar constantemente a los jefes realistas de Santo Domingo y Cuba que la fragata *Cornelia* y la corbeta *Príncipe* se incorporasen al bloqueo de las costas de Venezuela. El principal apoyo al plan «pacificador» fue recibido desde el rico virreinato de Nueva España, que envió 200 000 pesos a través de los bergantines de guerra *Saeta, Lince* y *Cazador,* junto con otros pertrechos militares; de esa cantidad, 150 000 pesos eran para el comisionado Cortabarría en Puerto Rico y los 50 000 restantes para el capitán general de Venezuela don Fernando Miyares.[131] Hay un axioma militar que sostiene que las guerras se ganan, fundamentalmente, con dinero y este era muy escaso en las filas realistas al comienzo del conflicto.

A las inmediaciones de Coro tenían que arribar los buques españoles, para descargar los pertrechos militares que, desde Nueva España, vía Puerto Rico, se trajeron para satisfacer la solicitud del gobernador Cevallos. El bergantín *Saeta* debía volverse a Veracruz, mientras que el *Cazador* y el *Lince,* con la fragata *Cornelia,* tuvieron como misión patrullar las costas occidentales, especialmente las inmediaciones de Coro; a su vez, deberían perseguir a los bergantines *Argos* y *Zeloso* y demás buques de Caracas que andaban haciendo correrías por las costas de Venezuela.

Los informes recibidos por la Regencia por parte del comisionado Cortabarría nunca fueron alentadores. Ni la presencia de este como representante del rey con «facultades ilimitadas» ni la noticia de la instalación de las Cortes Nacionales con la elección de dos diputados suplentes por Caracas ni el Real Decreto emitido el 15 de octubre de 1810 por ese cuerpo que estableció que ambos hemisferios componen una misma nación dentro de la monarquía hispana ni los edictos de perdón e indulto hacia los alzados en contra de la autoridad real fueron suficientes para persuadir a los caraqueños a disolver la Junta Suprema de Caracas.

La medida del bloqueo estuvo condicionada a que los criollos depusieran su actitud de «rebeldía», sobre todo las provincias de Caracas, Barinas, Barcelona y Cumaná. También se advierte, en la documentación de la

131 Ib.

época, la preocupación por los barcos ingleses y portugueses que pudieran quedar apresados intentando violar el bloqueo, ya que estos, en ese entonces, eran aliados de España en la lucha contra Napoleón. Los ingleses no «colaboraron» con su aliado español como estos esperaron en un principio. El gobernador de la isla de Curazao apoyó activamente a los caraqueños suministrándoles importantes víveres y material de guerra, situación que violaba los acuerdos y la alianza hispano-inglesa.

El comisionado Cortabarría informó del estado de desorden público en Caracas y de las ciudades adictas a su sistema, situación esta que obligó a muchos europeos a emigrar hacia las islas inglesas vecinas para salvaguardar tanto sus bienes como la propia vida. De la misma manera, sostuvo que los pardos ya estaban desengañados de las supuestas ventajas de tipo económico y social que iban a conseguir con los criollos y que pronto, de un momento a otro, se esperaba un levantamiento social de estos.

A Puerto Rico arribó, en los primeros meses de 1811, el alférez de navío don Josef Tiscar, con unos presos remitidos por el gobernador de Guayana, Matías Ferraras. Estos presos habían intentado deponer a las legítimas autoridades realistas y seguir los pasos de los de Caracas, situación que puso en un estado de vulnerabilidad a tan importante provincia, por lo cual se le solicitó al comisionado Cortabarría una pronta ayuda en materiales de guerra y refuerzos humanos. El Comisionado pronto tuvo que percibir que la empresa que se le había encomendado sobrepasaba toda la buena voluntad y esfuerzo que podía llevar a cabo. La estructura imperial en América estaba ya, en ese momento, herida de muerte y era completamente infuncional.

Voces de protesta se alzaron desde el interior de las provincias adictas al realismo en Venezuela, ante los esfuerzos infructuosos llevados a cabo por el Comisionado Regio para lograr el sometimiento de los «rebeldes» de Caracas y sus aliados. Decían en un tono crítico, y por momentos hasta irrespetuoso, que ya habían pasado 13 meses desde el levantamiento caraqueño y que la situación de estos era de mayor fortaleza que en sus comienzos:

> El Señor Comisionado Regio, a quien se le ha dado noticias muy exactas de nuestro estado, no se ha dignado aún a auxiliarnos desde Puerto Rico ni aún un cañón violento nos ha mandado, sin duda porque se ha propuesto pacificar por las buenas a los sublevados. Sin embargo me parece que los caraqueños le han dado pruebas de lo contrario, y lo que a mí me admira más

> es el que se haya hecho sordo a las repetidas veces que se le han pedido estos auxilios, máxime cuando estos han sido tan limitados.[132]

Los realistas de Guayana se atrevieron a sugerir medidas de fuerza reales, como la introducción de 1000 soldados por el Orinoco para someter a los de Barinas y el interior de la provincia de Cumaná y Barcelona, sorprendiéndolos por la espalda, otros 1500 atacando frontalmente las ciudades de Barcelona y Cumaná y otros 1500, que aumentarían la fuerza de Cevallos en Coro, para que este pudiese lanzar una ofensiva terrestre sobre los Valles de Aragua en dirección a Puerto Cabello y Caracas. Para los de Guayana, era vital el control del Orinoco y sus principales afluentes, a fin de mantener abiertas las comunicaciones con Barinas y el virreinato de la Nueva Granada en el interior hacia el oeste y, al este, poder garantizar la salida por el delta del Orinoco hacia el Caribe y el Atlántico.[133]

Estos planes militares fueron muy comunes para la época, solo que, en su gran mayoría, nunca tuvieron oportunidad de cumplirse. La Regencia quiso aplicar unos procedimientos coercitivos de los que no dispuso en ese entonces y, ante su ausencia, no le quedó otro remedio que apelar a los más variados argumentos retóricos sobre la identificación y unidad de los americanos y españoles peninsulares bajo un mismo rey, una misma religión y un mismo destino histórico. También se les quiso hacer notar a los de Caracas que las circunstancias de la guerra en la Península habían cambiado y que ahora la iniciativa había pasado en el primer semestre del año 1811 a favor de los aliados.[134] Pero todo fue en vano.

En diciembre de 1811, con Caracas ya declarada independiente de España, el balance del bloqueo era desesperanzador para el realismo. La escasez de naves se quiso suplir ofreciendo a los particulares en las islas del Caribe que armasen embarcaciones para ejercer la práctica de corso, pero advirtiéndoles de los riesgos que esto podía suponer si afectaban a las naves neutrales. Igualmente hubo inquietud sobre las normas que debieron regir

---

132 S. H. M., representación de José Mariano Aloy, Guayana, 21 de mayo de 1811.
133 Ib.
134 A. G. I., Caracas, 437-A, representación de don Antonio Ignacio de Cortabarría «A los vecinos y habitantes de las Provincias de Caracas, Barinas, Cumaná y Nueva Barcelona», Puerto Rico, 20 de julio de 1811.

respecto a los apresamientos y los beneficios que se otorgaban tanto a las autoridades como a los dueños de los buques corsarios.

En España, donde las tendencias políticas liberales se hacían dominantes, se creyó que, desde las Cortes, se podía disuadir a los americanos de actitudes secesionistas atendiendo sus principales demandas. No obstante, y a pesar de la activa participación de los diputados americanos y de avanzar sobre planes y proyectos de evidente corte progresista, que ponían en entredicho algunos de los más caros fundamentos del Antiguo Régimen, nunca la España «liberal» estuvo dispuesta a permitir la desmembración concertada de los territorios ultramarinos ubicados en las Indias.

Anomia realista: el caso de los «Correos Marítimos»

Entre los años 1810-1813 asistimos, una vez más, a un acto de extremado surrealismo: unos diputados españoles y americanos encerrados y cercados en Cádiz por las fuerzas francesas, legislando sobre una nueva sociedad y un país inexistente y reflexionando sobre un Imperio que se les desmoronaba. Y, a pesar de todo, ese acto representó un loable esfuerzo de «superación histórica» en unas circunstancias límites, donde la supervivencia nacional de España estaba completamente en entredicho.

La precariedad española se puso de manifiesto en todos los ámbitos posibles y los americanos identificados con la causa realista no tardaron en resentirse del forzado abandono de la Metrópoli.

Para España, fue vital el poder mantener unas comunicaciones con América a través de los «correos marítimos» que pudiesen transmitir las noticias e informaciones requeridas para los actos de gobierno y administración. No pocas veces, España tuvo que recurrir a sus antiguos enemigos, los ingleses, para lograr, a través de sus embarcaciones y marinos, las vitales informaciones y noticias que precisaba de sus territorios americanos, todo ello con el agravante de que los ingleses solo transmitían aquellas que les convenían. La desinformación sobre los asuntos americanos fue una constante del Estado y Gobierno español en Hispanoamérica, a pesar de los reconocidos esfuerzos por regularizar las comunicaciones entre una y otra parte.

Debido a la ocupación de una parte significativa del territorio peninsular por las tropas napoleónicas, se hizo lo imposible para que, desde

Cádiz, se mantuviese abierta la posibilidad de enviar y recibir los correos oficiales y particulares. Antes de su disolución por la ocupación de Sevilla, la Junta Central había establecido lo siguiente:

> Mientras esta Junta Central determina el sistema más adecuado para restablecer las comunicaciones de forma oficial y regular y la apremiante necesidad de las mismas, le hace tomar la decisión de suspender los envíos de correspondencia vía la Coruña y establecerlos por Cádiz, que en aquellas circunstancias se volvió a convertir en el puerto de América, al concentrar en él, tanto a los buques mercantes, como a los de guerra destinados en ese Departamento Marítimo, centro operacional de la propia Junta, por lo que con fecha 10 de marzo de 1809 el siguiente Oficio.[135]

En 1809 se publicó, por parte de la Junta Central, un nuevo reglamento de Correos, que estableció la organización de las expediciones marítimas destinadas a transportar el correo oficial y privado bajo la supervisión del Ministerio de Estado y los directores del Ramo de Correos.[136] El nuevo reglamento marcaba tres rutas principales para poder cubrir toda América: la línea Puerto Rico-La Habana-Veracruz; la línea Canarias-Cumaná-Cartagena de Indias, atendida por un buque correo mensual que tenía que salir el día 1 de cada mes desde un puerto de la Península, principalmente Cádiz, y la línea Río de la Plata. Los buques destinados a cumplir con el servicio de correos marítimos fueron las corbetas, los bergantines y las goletas. A pesar de los claros propósitos de las autoridades españolas en no permitir la incomunicación por las vicisitudes de la guerra en la propia Península y los primeros movimientos autonomistas en América, se hizo muy cuesta arriba cumplir este plan. En los años 1809 y 1810, la fluidez de los correos españoles en América fue débil y diríamos que inexistente, desde el punto de vista del volumen de las embarcaciones que practicaron ese servicio. En los años 1811 y 1812, hay un renovado esfuerzo en que esta actividad recupere la pujanza que tuvo en el pasado y, para ello, el Gobierno español se vale de cualquier embarcación, principalmente mercante, para el traslado

---

135 F. Garay Unibaso, *Correos Marítimos Españoles. Indias Occidentales. De 1514 a 1827,* Bilbao, 1987-1996, p. 194.

136 Toda esta referencia ha sido tomada de Garay Unibaso en la página 195 y siguientes, donde el autor hace el importante señalamiento de los cambios de competencia y jurisdicción administrativa que tuvo la Administración de Correos entre los años 1809 y 1827.

de la correspondencia entre las dos orillas del océano Atlántico. La pérdida de correspondencia fue una constante por la inseguridad de las rutas atlánticas y caribeñas, cada vez más pobladas por buques corsarios insurgentes y extranjeros como los de Francia. La práctica de arrojar por la borda toda la correspondencia oficial ante el riesgo de quedar apresado por el enemigo fue algo muy frecuente en aquellos aciagos años:

> Los años de 1813/14/15 son muy irregulares, pues ha aumentado considerablemente el número y la actividad de los corsarios insurgentes, que además de causar graves daños a nuestros buques y mercancías, causan una especie de colapso comercial al no atreverse los buques a navegar solos y tener que esperar la formación de los convoyes que les protejan. Son años en donde las noticias marítimas no recogen nada más que las desgracias, como fiel reflejo de la situación real existente, que obliga a los comerciantes y hacendados de Cuba a armar a su cuenta la corbeta «Diamante» y dos goletas de guerra que rompan el bloqueo a que estos corsarios insurgentes, instalados en la Canal Vieja, mantienen a la isla.[137]

En la medida en que la guerra avanzó y se recrudeció, el servicio de correos y las comunicaciones marítimas se volvieron más irregulares, ya que las expediciones solo se atrevían a realizar la ruta con el apoyo de buques de guerra. A la vez, estos eran muy pocos y la situación se fue tornando cada vez más crítica en el transcurso de los años. Todos los planes y las previsiones contemplados en los reglamentos tuvieron que adaptarse a las realidades de la guerra y a los escasos recursos de que se disponían. A partir de 1815, y después de la restauración de Fernando VII y del diseño de una nueva política belicista tendente a reconquistar por la vía armada los territorios sublevados en América, las tradicionales rutas o líneas tuvieron que ser modificadas. La del Río de la Plata se suprimió y se tuvo que hacer una fusión de las dos rutas septentrionales,[138] para mantener un solo servicio, que se tendría que adaptar a los avatares de la guerra. Las islas de Cuba y Puerto Rico llegaron a convertirse en bases fundamentales de aprovisionamiento y apoyo logístico para las embarcaciones españolas destinadas a operar en las vastas costas americanas. Puerto Bello en Panamá sirvió como enclave de los barcos españoles de correos para llevar la correspondencia a Costa Firme, en sustitución del importante puerto de Cartagena de Indias,

137 Ib., pp. 204-205.
138 Ib., pp. 206-207.

prácticamente tomado por los corsarios insurgentes que operaban en sus adyacencias. Desde 1817, y en los años siguientes, hasta el final del conflicto, la situación de los correos españoles será la misma o peor, ya que los corsarios insurgentes no solo han robustecido su marina haciéndose con el control de las principales rutas caribeñas, sino que ahora se atreven a bloquear las mismas costas españolas en la Península:

> Y es que en el año de 1821, los corsarios insurgentes, ante la falta de respuesta por parte de la Armada Nacional, van dominando la costa de Portugal, saqueando a todos los buques españoles, incluso a los que hacen navegación de cabotaje o comercio con el norte de Europa.[139]

Como es de suponer, el problema de los transportes y las comunicaciones fue una preocupación constante para comprender los esfuerzos españoles y realistas en mantener su imperio americano. Y no menos importante, y muy poco tomado en cuenta en las circunstancias que rodean a la independencia iberoamericana, fue el problema del espacio-tiempo en que se tenía que operar para transmitir la información gubernamental mínima y de carácter vital para garantizar el buen funcionamiento de los órganos de poder y de dirección. El historiador colombiano Friede, ante esta situación, considera que el Gobierno peninsular dirigió las Indias a «control remoto», en el sentido de que su pesado aparato burocrático emitía sus reales órdenes y noticias de gobierno a los territorios ultramarinos con una lentitud tan desesperante que, cuando se recibían en América, ya las circunstancias para las que tenía que aplicarse habían cambiado. El anacronismo fue un mal persistente entre la Metrópoli y sus provincias americanas, situación que se agravará aún más en los años finales del conflicto, cuando la fluidez de las comunicaciones se trunque casi por completo:[140]

---

139 Ib., p. 209.

140 Una de las quejas más persistentes del general Pablo Morillo ante el Ministerio de la Guerra y sus superiores en España fue esa lentitud burocrática que entorpecía cualquier acción rápida y efectiva sobre un enemigo escurridizo y débil pero al que nunca se le pudo dar el «golpe de gracia». Las contradicciones en las órdenes y los tiempos muertos de las largas esperas impacientaron a Morillo, de tal forma que no tardó en darse cuenta de que la guerra no podía ganarse. Por el contrario, Bolívar se hizo famoso por la rapidez en que emprendía sus acciones militares entendiendo que el elemento sorpresa y la movilidad de sus tropas era fundamental para ganar la guerra.

> El problema de las informaciones contradictorias, vagas o con prejuicios era inherente en un sistema de «gobierno a control remoto». Y, en efecto, era a «control remoto». Para que los informes llegaran de España a las capitales de América tenían que pasar de dos a seis meses, después tenía que transcurrir el mismo tiempo para que las respuestas regresaran a España y también para que las órdenes llegaran a América. En el caso de Perú, por ejemplo, podía transcurrir un año y medio entre la iniciación de un problema en España, la respuesta en Lima y el regreso de una decisión a la colonia.[141]

Las independencias americanas tomaron completamente desprevenidos a los gobernantes de la monarquía hispana a pesar de existir claros indicios de descontento entre la población criolla. La coincidencia y concatenación de hechos de una gran magnitud imposibilitó el diseño de una política claramente racional y lógica que atendiera adecuadamente el problema americano. La precariedad de los gobiernos españoles posteriores a la abdicación de los reyes y la lucha de resistencia popular que se hizo con la ayuda de Inglaterra trajeron como consecuencia que los asuntos americanos pasaran a un segundo plano.

El bloqueo decretado por la Regencia fue a todas luces una medida impolítica que no podía aplicarse con los resultados que se esperaban del mismo. En descargo de esa medida y de los hombres que la propusieron, hay que decir que el lenguaje de la fuerza era el que tradicionalmente España había empleado para garantizar el orden en sus territorios ultramarinos con unos efectos inmediatos y positivos, solo que ahora las circunstancias obligaban al uso de la imaginación para proponer salidas diplomáticas y conciliadoras inéditas.

5 de julio de 1811: Declaración de la Independencia

La Independencia de Venezuela no puede nunca ser entendida como un acto de traición en contra de la nación española. Al contrario, por más de tres años, los venezolanos se mantuvieron leales a una Metrópoli que los abandonó a raíz de su crisis interna. Y los actos de solidaridad de los venezolanos a favor de la resistencia española no solo fueron de carácter moral, sino también en forma de generosos donativos materiales.

---

141 Anna, *España y la independencia de América,* p. 66.

Los criollos de Venezuela, alrededor del Ayuntamiento y casi todos ellos poseedores de importantes fortunas, no hicieron otra cosa que ocupar el vacío de poder existente en la conducción de la sociedad venezolana. Los argumentos de los congresistas venezolanos que llevaron a cabo la «Declaración de la Independencia» el 5 de julio de 1811 hicieron hincapié en el abandono del monarca de sus responsabilidades como gobernante y el traspaso de la soberanía a manos del «Pueblo».[142] Desde la instauración sucesiva de la Junta de Sevilla, la Junta Central y la Regencia, los caraqueños asumieron con desconfianza los órganos de Gobierno peninsulares a los cuales consideraron ilegítimos. La convocatoria de Cortes en Cádiz a partir de septiembre de 1810 tampoco fue atendida y desde entonces, en la práctica, la provincia de Venezuela estuvo en franca rebeldía.

El denominado «golpe de Estado» del 19 de abril de 1810 se legitimó jurídicamente a través de la convocatoria electoral para elegir diputados a un Congreso en los últimos meses del año 1810, así como la instalación del mismo el 2 de marzo de 1811 y, finalmente, la Declaración de la Independencia de Venezuela el 5 de julio de ese mismo año, junto con la elaboración de la primera Constitución Nacional que tuvo el país.

Para los partidarios del realismo en Venezuela, la Declaración de la Independencia sinceró las verdaderas intenciones de los juntistas caraqueños del 19 de abril de 1810. La máscara que se habían puesto simulando fidelidad al monarca había desaparecido por completo. Para el realista José Domingo Díaz, esta iniciativa fue una completa farsa, a pesar de haberse inspirado en las mismas Cortes de Cádiz, en el entendido de que los venezolanos pretendieron darse un gobierno con representación «popular» mediante la convocatoria de un Congreso Constituyente.

Una especie de frenesí invadió a muchos españoles, que huyeron desesperados de Venezuela con destino a Cádiz, temiendo que el nuevo Gobierno caraqueño les conculcara sus más elementales derechos. En realidad, la emigración española hacia España fue relativamente escasa debido a la falta de embarcaciones y la aún benigna situación de Venezuela, aunque muchos particulares no dejaron de emitir informaciones alarmantes apenas llegaban

142 A. Rojas, *El 5 de Julio de 1811,* Caracas (Venezuela).

a la Península, como señalar que el comercio en las costas de Venezuela estaba prácticamente detenido y que los derechos municipales ya nadie los pagaba; que muchos agentes y soldados franceses se habían alistado en el Ejército de Miranda; que el trato dispensado a los españoles europeos era desdeñoso por parte de los criollos acusándolos de «godos» y «bárbaros» y emitiéndose la opinión de que el Gobierno de la Madre Patria estaba formado por usurpadores y tiranos, y un dato muy interesante sobre el estado de las tropas de Caracas, a las que se consideró faltas de instrucción militar, mal armadas y mal vestidas. Este observador anónimo también se hizo eco de la propaganda realista de aquel entonces, que procuró desacreditar a los republicanos acusándolos de afrancesados al pretender solicitar la ayuda de Napoleón. El «escandaloso» paso dado por el Congreso de Caracas fue un «insulto» a España, «subversión» que había que atajar a la mayor brevedad.[143]

El Comisionado Regio instalado en Puerto Rico, don Ignacio de Cortabarría, fue insistente en la acusación a los caraqueños de llegar a acuerdos con los franceses y no dejó de alertar a la Regencia sobre este asunto. Estas informaciones tuvieron el efecto de influir sobre las autoridades españolas en Cádiz, quienes, a su vez, presionaron al Gobierno de Londres para que desistiera de cualquier tipo de acercamiento con los «rebeldes» y los ayudase a reprimirlos.[144]

No olvidemos que, en España, la lucha de poderes entre el Gobierno de José I y los españoles alrededor de la Junta Central ofreció a los americanos los argumentos propicios para la ruptura. Fue evidente la preocupación de la Regencia y de las Cortes gaditanas para que el Gobierno de José I y sus partidarios españoles acusados de afrancesamiento no influyeran sobre la voluntad de los americanos, ya dispuestos a transitar el camino de la independencia absoluta. Aunque muy poco sabemos de las políticas llevadas a cabo por José I en su afán por ganar para su causa a los americanos,

---

143 S. H. M., M. G., caja 120, Bahía de Gibraltar, 27 de octubre de 1811.

144 El comisionado Cortabarría, en una nota muy reservada a la Regencia, informó que los criollos habían enviado emisarios a la isla de Curazao con destino a Estados Unidos y, luego, a Europa para tratar con el Gobierno de Napoleón el envío de 20 000 fusiles y 4000 o 6000 soldados para apuntalar al nuevo Gobierno de Caracas. También hizo notar que el gobernador inglés en la isla de Curazao prestaba ayuda decidida a los caraqueños, violando la alianza que tenía con la Monarquía española. A. G. I. Estado, 63, N. 34, Cádiz, 18 de octubre de 1811.

lo que sí está documentado es la presencia de emisarios franceses en el año 1808 que fueron recibidos con franca hostilidad y rechazo. Los criollos se mantuvieron leales en ese entonces al legítimo soberano Fernando VII, respaldando las acciones llevadas a cabo por las distintas juntas provinciales españolas que asumieron la representación del rey cautivo.[145]

Para ser justos, hay que señalar que el camino hacia la proclamación de la Independencia de Venezuela se hizo a través de un gran debate parlamentario y público, en donde muchos siguieron creyendo, de buena fe, que todos los actos e iniciativas que se llevaban a cabo se hacían en resguardo de los intereses de la monarquía española. Según José Domingo Díaz, los venezolanos hasta ese momento solo eran

> […] una reunión de niños que jugaban a gobierno. No había aun presentándose la discordia ni el origen español se miraba como un delito. Los sediciosos dormían en la abundancia y los placeres, mientras que los hombres honrados, contentos con la seguridad de sus propiedades y el sosiego de sus casas, dejaban correr la farsa y eran sus tranquilos espectadores.[146]

El nuevo Congreso venezolano estuvo formado, en un principio, por gente moderada del mismo talante de quienes integraron la Junta de 1810. La creación de esa Asamblea Constituyente fue una rápida respuesta a las iniciativas políticas españolas en la Península y para sancionar los argumentos jurídicos que sirvieron de base a la acción de la Junta del 19 de abril de 1810:

> Mas como todos conocían ya la ilegitimidad de aquella Junta, contra la cual se declamaba altamente, como sus procedimientos eran cada día más arbitrarios y funestos, como ella misma conocía la justicia de estas censuras, se instaló por fin el dos de marzo de mil ochocientos once un Congreso

---

145 De acuerdo con una tendencia historiográfica española tradicional, los «patriotas» que lucharon por restituir a Fernando VII en el trono son los legítimos defensores del honor hispano, en contrapartida a los «traidores» españoles que se plegaron a colaborar con la nueva dinastía de los Bonaparte. Una vez más, la Historia ha sido escrita bajo el signo de la ideología y de los intereses prevalecientes; visión que empieza a modificarse poniendo de relieve tanto la valía de algunos personajes como la legalidad de su postura, basada en las abdicaciones de Bayona. No todos los llamados «afrancesados» fueron oportunistas del momento, sino que creyeron que las reformas liberales y modernas, que iban a transformar positivamente la sociedad, podían llevarse a cabo bajo la égida francesa.

146 Díaz, *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas,* p. 89.

> General compuesto de Diputados elegidos popularmente en todas las Provincias para legitimar de este modo la voluntad general que se suponía en los Pueblos, de establecer un gobierno que hasta allí tenía, aunque solo en nombre, la representación de los derechos del Rey.[147]

Los caraqueños cada vez se iban sintiendo más extraños a los sucesos que ocurrían en España y la convocatoria de las Cortes nacionales en Cádiz, un verdadero acontecimiento revolucionario en la historia política de la monarquía española, les fue prácticamente indiferente, a pesar del nombramiento de dos diputados principales por Caracas, Esteban Palacios y Fermín Clemente, quienes no fueron reconocidos nunca por el nuevo Gobierno venezolano. Los caraqueños mismos decidieron darse en el propio país la representatividad que demandaban las nuevas fórmulas políticas que hacían recaer el Gobierno en la elección popular. La Revolución venezolana seguía, hasta ese entonces, transitando los caminos reformistas y gradualistas sin alterar los fundamentos básicos del viejo orden, salvo en algunos elementos de la superestructura.

La Sociedad Patriótica: la revolución se radicaliza

La aparición de algunos individuos radicales alrededor de la Sociedad Patriótica,[148] especie de club revolucionario, que hizo su aparición casi paralelamente al funcionamiento del Congreso, inyectó nuevas energías a un proceso caracterizado por la moderación y conservadurismo de sus protagonistas:

> Pero este nuevo gobierno, que al principio lisonjeó de algún modo las esperanzas de los buenos, tuvo que ceder dentro de poco al partido dominante de los facciosos, y sobre todo a la insolente audacia de la Sociedad

147 A. G. I., Caracas, 62. El Ayuntamiento de Caracas, capital de Venezuela, informa a V. M. sobre la revolución comenzada en diecinueve de abril de mil ochocientos diez y terminada en treinta de julio de 1812, que entraron en dicha ciudad las armas de V. M. Caracas, 3 de octubre de 1812.

148 «Casi al mismo tiempo que el Congreso, instalóse la Sociedad Patriótica, club revolucionario, cuyo origen es el siguiente. Había sido decretado a fines de 1810, por el Gobierno del 19 de abril, la fundación de una Sociedad llamada Patriótica, como centro para que los ciudadanos se ocupasen en el incremento de la agricultura, artes mecánicas y cuanto redundase en beneficio y adelantamiento material del país», Rojas, *El 5 de Julio de 1811,* s. p.

> Patriótica, que llegó a ser con verdad un Club de Jacobinos, así por la escandalosa libertad de sus opiniones, como por la imprudencia y tiranía de sus procedimientos.[149]

La Sociedad Patriótica llegó a funcionar como un Congreso paralelo, donde las posiciones republicanas se debatieron abiertamente exigiendo a las autoridades un mayor compromiso para con ellas. Los socios de ese conglomerado se constituyeron en la auténtica «oposición» al nuevo Gobierno del país. Incluso, sus asambleas públicas fueron mucho más desestabilizadoras que los tímidos brotes de algunas partidas españolas y americanas prorrealistas en ciertos puntos del país.

Las sesiones de la Sociedad Patriótica fueron, en principio, los martes, jueves y sábados, pero, con el transcurrir del tiempo y ante el entusiasmo de sus participantes, se hicieron diarias. El general Pablo Morillo dejó constancia de la actividad de los «patriotas» en un informe que remitió a las autoridades en España en el año 1816:

> En esta Junta se trataba de todas las materias, políticas, civiles, militares y religiosas; en aquella se sancionaban, corregían y anulaban y mandaban detener las leyes, decretos y determinaciones que constituía el Congreso.[150]

Don Francisco Espejo fue el presidente de la Sociedad Patriótica y orientó todos sus esfuerzos a influir en la opinión pública sobre la necesidad de marchar hacia la Independencia plena de España, identificándose con las máximas del credo liberal tan de moda en la época. La participación dentro de la Sociedad fue bastante heterogénea y permitió la presencia no solo de blancos, sino también del sector de los pardos, constituyéndose en la primera asamblea auténticamente «democrática» que tuvo Venezuela.

El arribo de Francisco de Miranda al puerto de La Guaira en diciembre de 1810 constituyó un hecho de importante trascendencia para el futuro inmediato de la incipiente Revolución venezolana. Miranda, el viejo e infatigable revolucionario trotamundos, quien había tenido el atrevi-

---

149 A. G. I., Caracas, 62.

150 «Carta del General D. Pablo Morillo al Secretario de Estado, en que trata acerca de las Actas celebradas en Caracas desde el 19 de Abril de 1810 hasta 30 de Julio de 1812», *Boletín de la Academia Nacional de la Historia,* Caracas (Venezuela).

miento de invadir Venezuela en 1806 para librarla del dominio español, fue recibido con distante frialdad por las autoridades venezolanas. El prestigio revolucionario de Miranda chocó a los criollos moderados que, en el pasado, habían colaborado con las autoridades peninsulares de la capitanía para combatirlo y apresarlo. Miranda pronto percibió que la Independencia no era aún una prioridad para los criollos de Caracas y que había que trabajar arduamente para que lo fuera. Y, a pesar de que logró un curul en el nuevo Congreso, la Sociedad Patriótica fue el espacio que aprovechó para dar publicidad a sus ideas e influir sobre los moderados en la necesidad de proclamar la Independencia absoluta.

Las acciones realistas en el Caribe poco inquietaron a los de Caracas y la hostilidad de Coro, Maracaibo y Guayana estuvieron bajo control, debido a la incapacidad de estas mismas ciudades para emprender algún tipo de ofensiva militar.

El Congreso venezolano empezó a legislar bajo la premisa de crear las bases del nuevo Estado. El debate sobre la constitución de un Estado federalista o centralista pronto presidió las discusiones de los congresistas. El primer tema álgido fue la propuesta de dividir la provincia de Caracas y equilibrar su potencial demográfico y económico con las restantes. El resto de las provincias aliadas temieron quedar bajo la hegemonía de la capital y se aprestaron a defender un sistema federal que respetase las autonomías de cada provincia. Pero este era un debate secundario ante la indefinición política del país y la desestructuración de los distintos poderes públicos.[151] El 25 de junio de 1811 Miranda hizo una irrupción estelar en el Congreso y llamó la atención sobre la necesidad de debatir la proclamación de la Independencia. Desde ese momento, su liderazgo se fue imponiendo en las distintas discusiones que se suscitaron para tratar tan importante asunto, de la misma forma que los miembros integrantes de la Sociedad Patriótica presionaron desde la calle, en las afueras del Congreso, con manifestaciones y tumultos para que los diputados irresolutos cambiaran de opinión.

---

151 En el Archivo del Servicio Histórico Militar en Madrid, España, hemos podido consultar los ejemplares del periódico *El Publicista de Venezuela,* donde aparecen descritas todas las incidencias de este debate; ejemplares del 1 al 5 correspondientes a las fechas 4 de julio, 11 de julio, 18 de julio, 25 de julio, 1 de agosto y 8 de agosto, todos correspondientes al año 1811.

El incidente ocurrido con el capitán don Feliciano Montenegro fue otro de los argumentos más utilizados por los partidarios de la Independencia. La Regencia había enviado en comisión en los últimos meses del año 1810 a este funcionario, que fue asumido por la Junta de Caracas en la importante Secretaría de la Guerra. En junio de 1811, huyó a España, llevándose importantes papeles y documentos oficiales. Este acto de espionaje y sabotaje contribuyó a la exaltación de los espíritus más fundamentalistas dentro de los criollos republicanos, además de traer el desprestigio de los juntistas moderados, en su mayoría inexpertos y poco suspicaces en asuntos de gobierno.

La *Gaceta de Caracas* del martes 2 de julio de 1811 refiere la noticia de una «Invasión Coriana» en las inmediaciones de la ciudad de San Felipe, donde se dedicaron a robar y a saquear algunas haciendas, favoreciendo la huida de algunos esclavos. El acontecimiento previno al Gobierno de Caracas a tomar medidas de policía más estrictas para atender futuras acciones de sus vecinos enemigos:

> El Gobierno ha dado varias órdenes dirigidas a la seguridad, y está satisfecho de que nada hay que temer de los Corianos, así por serle conocida la miseria en que estos se hallan incapaces de hacer incursiones en nuestro territorio, como porque los Jefes de las Fronteras nada han avisado desde primero de este mes en prueba del desprecio de las voces que vagamente esparcen los que miran con dolor nuestra tranquilidad.[152]

Los testimonios realistas, al referirse a las jornadas que condujeron al 5 de julio de 1811, no dudan en señalar la indebida presión que sufrieron los diputados promonárquicos que, bajo coacción, no tuvieron más remedio que apoyar la iniciativa de Miranda y otros de sus partidarios:

> El Congreso compelido por Miranda, que ya era de su gremio, y por algunos de los partidarios que tenía en este Cuerpo, comenzó a discutir la proposición; desde las primeras sesiones compareció un mensaje de la Sociedad Patriótica allanando la voluntad de los Pueblos de que se había constituido depositaria, como la Logia Madre de las demás Sociedades, que por su dirección se habían establecido y pensaba establecer en todas las Provincias. Las discusiones acaloradas sobre esta materia, la fuerza de las razones que se oponían al partido de la Independencia, la resistencia de algunos miembros

152 *Gaceta de Caracas,* n.º 39, martes 2 de julio de 1811.

> del Congreso a declararla, el retiro de los que no esperaban sacar un partido razonable sino tal vez una desgracia personal, por ser ya demasiado sospechosos a los facciosos, todo esto puso en cuidado a la Sociedad acerca del éxito.[153]

Los disturbios en las puertas del Congreso, originados por personas extrañas al mismo, parecen formar desde entonces en la política del país un *lobby* callejero cuya influencia nunca ha dejado de ser importante. Esta práctica irregular, de unos «gavilleros» que actúan como bandas armadas, no ha dejado de acompañar a los venezolanos a lo largo de su ya dilatada vida política en cualquiera de los ámbitos donde se vaya a decidir una posición de poder. Pero lo que parece ser entusiasmo «democrático» no deja de ser un simulacro dirigido por líderes inescrupulosos que no han dudado en utilizar el recurso de las masas para conseguir sus objetivos políticos en la toma del poder. La «política» en su práctica más primitiva ha competido siempre con una mayor ventaja contra la «política» establecida jurídica y legalmente. La Venezuela independiente, si bien nació a través de un pacto jurídico, no por ello este alumbramiento estuvo exento de la violencia como mecanismo de presión utilizado por uno de los bandos en disputa.

En Venezuela, la tradición caudillista y personalista de los hombres públicos que optan al poder a través de mecanismos arbitrarios no ha dejado de mantener su vigencia aun en el presente. Venezuela nació a través de un «golpe de Estado» cívico-militar el 19 de abril de 1810; la República Independiente se proclamó el 5 de julio de 1811, con presiones de un sector criollo radicalizado en contra de otro moderado, que trajo como consecuencia la guerra entre las provincias, una mayor hostilidad de España y, luego, la Independencia efectiva con la derrota de los Ejércitos realistas en 1823; posteriormente, se siguió luchando entre los distintos caudillos y oligarquías regionales por el control del Estado hasta los primeros años del siglo xx:[154]

---

153 A. G. I., Caracas, 62. El Ayuntamiento de Caracas, capital de Venezuela, informa a V. M. sobre la revolución comenzada en diecinueve de abril de mil ochocientos diez y terminada en treinta de julio de 1812, que entraron en dicha ciudad las armas de V. M. Caracas, 3 de octubre de 1812.

154 En Venezuela, nuestros militares viven la paradoja de sentirse herederos de Bolívar y los grandes jefes independentistas, es decir, de una auténtica casta guerrera, pero, desde hace un siglo, ya no se libran batallas en suelo venezolano. Desde el año 1903, Juan Vicente Gómez acabó con las guerras civiles venezolanas en Ciudad Bolívar y, desde en-

> El tumulto crecía por momentos a las puertas del Congreso, los socios se presentan a su vista armados, y con la más descarada franqueza protestan al Presidente que les reconviene este exceso, que se arman para defender su Independencia contra todos los que no la quieran: se llega por último al extremo de una sedición manifiesta, y esta costosa Independencia se declara el cinco de julio de mil ochocientos once en medio de las amenazas, de los insultos, y de la opresión de los miembros de la Sociedad Patriótica, principal causa y móvil de este último atentado.[155]

Finalmente, el 5 de julio el Congreso de Venezuela declaró la Independencia con la unanimidad de todos los diputados, salvo el voto del padre Maya, representante de La Grita, quien fue el único en argumentar que el proceso iniciado el 19 de abril del año 1810 se hizo para resguardar los derechos de Fernando VII, y que esa fundamentación debía mantenerse vigente dentro del actual Congreso y Gobierno. Fue el único de los diputados que se mantuvo firme en la convicción de que Venezuela no podía romper con la monarquía.[156]

Caracas, Cumaná, Barinas, Margarita, Mérida, Barcelona y Trujillo adoptaron el tricolor como bandera de la naciente República. Hubo festejos y actos que solemnizaron tan importante paso y los funcionarios y habitantes de quince años para arriba tuvieron que jurar la nueva Independencia.[157]

Al arzobispo de Caracas, Narciso Coll y Prat, al igual que muchos criollos y españoles aún identificados con la causa del rey y que no estuvieron plenamente convencidos sobre las bondades y consecuencias que trae-

---

tonces, los militares en Venezuela han vivido en paz. Esta paz ha sido fuente de resentimientos y frustraciones ante la sociedad civil que les ha quitado protagonismo, y ahora, desde el año 1992, los sables han vuelto a sonar. «Volver a Carabobo» es la nostálgica consigna pintada en los cuarteles venezolanos en años recientes y que expresa, en todo su sentido, las ansias de reverdecer viejas glorias.

155 A. G. I., Caracas, 62. El Ayuntamiento de Caracas, capital de Venezuela, informa a V. M. sobre la revolución comenzada en diecinueve de abril de mil ochocientos diez y terminada en treinta de julio de 1812, que entraron en dicha ciudad las armas de V. M. Caracas, 3 de octubre de 1812.

156 «Solo una voz, la del padre Manuel Vicente Maya tuvo la nobleza de afrontar todos los peligros y la honradez de expresar rotundamente sus opiniones, cuando dijo: "Creo prematura la independencia en estos momentos. Para descargo de mi conciencia presento el artículo de mis instrucciones que me lo prohíbe expresamente". Leyóse este, y el valeroso diputado pidió que su testimonio constase en el acuerdo», Rojas, *El 5 de julio de 1811,* s. p.

157 *Gaceta de Caracas,* n.º 1361, viernes 12 de julio de 1811.

ría sobre sus vidas y responsabilidades la mudanza hacia el nuevo sistema, se les presentó un difícil dilema por resolver:

> El quince, poco antes de las diez del día, fui citado para presentarme a esta hora a prestar el juramento según la fórmula que se me había enviado y tenido a la vista en su sesión. Obedecí a lo que se me ordenaba, y como en aquel acto reñido con mi voluntad y sentimientos, no perdí de vista las obligaciones de Pastor ni de Vasallo, dije al Congreso por mí mismo, que si él declaraba la independencia, mi Iglesia, fiel imitadora de todas las del Orbe Católico, era dependiente de la Santa Sede Romana; proposición que tenía por objeto precaver los cismas que podían ocurrir como en la Diócesis de Santa Fe, u otros atentados semejantes.[158]

El arzobispo de Caracas fue un tenaz y oblicuo enemigo de los republicanos. Hábilmente, sobrevivió al frente de su cargo tanto en los Gobiernos republicanos como realistas que se estuvieron sucediendo desde el año 1810 hasta la llegada de Morillo en 1815. Sus *Memorias* le sirvieron para justificar su conducta sacerdotal y pública en tan difíciles años y como medio de desagravio a las acusaciones vertidas por Morillo, que lo consideró como un colaboracionista de los «rebeldes».

La conspiración canaria

Las reacciones prorrealistas en contra de la proclamación de la Independencia no se hicieron esperar. Ya el 11 de julio un grupo de canarios en Caracas intentaron desconocer al nuevo Gobierno y fueron rápidamente reprimidos. José Domingo Díaz refiere el acontecimiento de la siguiente forma:

> La impaciencia o la ignorancia hicieron dar el grito mucho tiempo antes del que estaba designado, y de un modo el más necio, torpe y brutal. A las tres de la tarde del 11 de julio, sesenta individuos naturales de las Islas Canarias, se reunieron en los Teques montados en sus mulas, armados de trabucos, cubiertos sus pechos con hojas de lata y gritando ¡Viva el Rey y mueran los traidores! Para las cuatro ya estaban rodeados de la guarnición y presos, por consiguiente, sin otra resistencia que la de uno de ellos, que disparó su trabuco y, reventando por su enorme carga, le hizo pedazos un brazo.[159]

---

158 Coll y Prat, *Memoriales sobre la independencia de Venezuela,* p. 195.
159 Díaz, *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas,* p. 92.

Los cabecillas fueron fusilados en un número de 17 personas y sus cuerpos colgados en la horca situada en la plaza de la Trinidad; posteriormente, sus cabezas fueron cortadas y exhibidas en distintos puntos de la capital. Los republicanos, con este hecho, no actuaron de manera distinta a los procedimientos judiciales y los castigos propios del antiguo orden colonial que se propusieron abolir. Se pretendió, con este procedimiento punitivo, disuadir a cualquier otro partidario del realismo de cometer atentados futuros contra el nuevo Gobierno. La medida tuvo un efecto escandaloso en la comunidad oriunda de las islas Canarias, cuyos personeros utilizaron la tribuna de la *Gaceta de Caracas* para escribir una representación, donde lamentaron el suceso y expresaron sus temores sobre las represalias que sobre sus personas y bienes los ciudadanos adictos al nuevo sistema podían perpetrar.[160]

La nueva nación nació rodeada de tensiones y rivalidades con enemigos que le surgieron espontáneamente por todas partes: enemigos internos desorganizados y carentes del importante apoyo exterior que, en teoría, debía brindar el comisionado regio Cortabarría instalado en la isla de Puerto Rico. La contrarrevolución realista alrededor de las provincias vecinas tampoco pudo ser liderada por el capitán general en funciones, don Fernando Miyares, quien, aislado en Maracaibo, careció de los medios mínimos para inquietar a los caraqueños. Cevallos, gobernador de Coro, después del triunfo sobre la expedición del marqués del Toro, había alcanzado un prestigio importante como jefe militar, pero la esterilidad del suelo coriano tampoco podía ofrecerle otra actitud que la defensiva.

Los donativos que los venezolanos hicieron antes para la guerra en la península ibérica, ahora, proclamada la Independencia, se destinaron a fortalecer los cuerpos militares del Ejército republicano, sobre todo en aquellas provincias donde prácticamente este era inexistente, como en el caso de las provincias occidentales de Barinas, Mérida y Trujillo. En el oriente del país, la escuadra realista dirigida por Cortabarría mantenía bloqueada las costas, aunque su efecto real sobre el suministro de alimentos no inquietó demasiado a las autoridades republicanas de la zona. En cambio, sí generó algo de preocupación la actividad desplegada por algunos catalanes y jefes

160 *Gaceta de Caracas,* n.º 41, martes 16 de julio de 1811.

militares españoles, como Lorenzo Fernández de la Hoz y Juan Manuel de Cagigal que, junto con otros individuos, estuvieron preparando una invasión con 1000 hombres sobre ese sector[161] pero que, en realidad, nunca llegó a realizarse.

Los realistas en Guayana

En Guayana se vivieron las mismas inquietudes que en casi todas las ciudades de la provincia de Venezuela desde el mismo instante en que se formó la Junta de Caracas el 19 de abril de 1810. A partir de entonces, la participación política interesó a un mayor grupo de personas y los «partidos» empezaron a funcionar. Un sector de criollos, bajo el abanderamiento del gobernador político, don Ramón García, pronto se apresuró a secundar la iniciativa de Caracas. La reacción del grupo de españoles allí fue rápida y efectiva, cobijándose en la actividad que, en ese entonces, desplegó el gobernador militar don Matías Farreras. García intentó organizar un complot y hacerse con el control de la Junta de Gobierno en Guayana y, para ello, aprovechó las festividades navideñas y de fin de año del año 1810; no obstante, sus maquinaciones quedaron frustradas y fueron puestos prisioneros los principales cabecillas quienes, posteriormente, fueron enviados por vía marítima a la isla de Puerto Rico. El Gobierno prorrealista de Guayana, después de haber sofocado la oposición interna, tuvo que hacer frente a otra de mayor peligrosidad proveniente de las provincias vecinas, que se habían declarado partidarias de Caracas. El cerco comenzó en los primeros meses del año 1811 con la ocupación del pueblo de San Rafael de Barrancas por parte de tropas cumanesas; el pueblo de Santa Cruz lo ocuparon otras fuerzas provenientes de Barcelona y el importante apostadero de Cabruta, tropas de Caracas. El plan de los republicanos era muy sencillo: bloquear las principales márgenes del Orinoco e interrumpir las comunicaciones de los guayaneses, sobre todo con la provincia de Barinas.

En diciembre de ese año, las autoridades de Guayana recibieron noticias de las acciones que, desde Puerto Rico, estaba llevando a cabo el comisionado para la pacificación de Venezuela, don Ignacio de Cortabarría,

161 *Gaceta de Caracas,* n.º 61, viernes 19 de julio de 1811.

quien les instó para que emprendiesen acciones ofensivas en contra de sus vecinos, haciendo especial énfasis en la provincia de Barinas. Las autoridades guayanesas, ante esa solicitud, determinaron actuar, pero les era imprescindible que, desde Puerto Rico, se les abasteciera de los materiales de guerra indispensables para poder cumplir con esa disposición, tal como manifestaron al comisionado Cortabarría. Igualmente se enteraron de la instalación de las Cortes españolas en Cádiz y, con ello, reafirmaron el compromiso de mantenerse leales a la monarquía.

Ocupado el cantón de la Soledad en las inmediaciones de Guayana por tropas orientales, el gobernador Farreras empezó a tomar serias previsiones para atajar la iniciativa de los enemigos. Entre esas medidas, estuvo la fortificación de los principales pasos dentro del río Orinoco que dan directo acceso a Guayana y el patrullaje con las fuerzas sutiles[162] de los principales apostaderos y rutas comerciales que comunican a los pueblos del interior con la ciudad, así como también la vigilancia de los movimientos del enemigo. Los 7000 habitantes que en ese entonces tenía la capital, Santo Tomás de Nueva Guayana, principal bastión de la provincia, sintieron que, de no recibir pronta ayuda desde Puerto Rico, iban a quedar desbordados e incomunicados por los numerosos enemigos que los rodeaban. Con buen criterio, las autoridades guayanesas decidieron tomar la ofensiva después de haber recibido la noticia de la proclama de la Independencia hecha por Caracas. La batería-reducto de Soledad fue el objetivo militar que se propusieron atacar, ya que este les tenía limitado el paso por el río debido al cañoneo de sus baterías. En los primeros días del mes de septiembre, el asalto fue un completo éxito y se pudieron «enterrar» los cañones enemigos y desalojar la comarca de las tropas «rebeldes».

Desde Barcelona llegó a Guayana el coronel Fernández de la Hoz con un minúsculo componente militar; este jefe había sido designado como gobernador de Barcelona, ciudad que, en ese momento, estaba ya ocupada por los republicanos. De la Hoz estuvo comisionado para hacer-

162 Para la época, se entendía por «fuerzas sutiles» a las embarcaciones de mediano y ligero tonelaje aptas para la navegación en los caudalosos ríos de las zonas llaneras y que eran conocidas como «flecheras».

se jefe militar de las tropas milicianas guayanesas en una expedición hacia el Apure en dirección a los confines de la provincia de Barinas. Había que mantener libre el estratégico apostadero de Caicara del Orinoco y también el de Cabruta, además de hacer un reconocimiento de una zona vital para los intercambios comerciales de los guayaneses en los alrededores del pueblo de Orichuna y el importante enclave de San Fernando de Apure, donde se encontraban las fuerzas republicanas al mando del jefe rebelde Aldao.

En estos primeros meses de la guerra, las autoridades realistas de Guayana temieron quedar aisladas del resto de las provincias vecinas, todas ellas enemigas y, a pesar de la escasez de recursos de todo tipo, decidieron fortificar los principales accesos a la capital y hostigar al enemigo con hábiles y sorpresivas escaramuzas mediante el uso de fuerzas sutiles. En esa zona, como en el resto del país, la guerra todavía era de baja intensidad.[163]

Alzamiento de Valencia

La primera gran prueba de fuego que tuvo el nuevo Gobierno de Caracas fue el alzamiento de la ciudad de Valencia, en ese mismo mes de julio de 1811, desconociendo abiertamente el paso dado por Caracas. Blancos europeos y criollos, junto a un importante número de pardos, mancomunadamente, decidieron resistir a las fuerzas que, desde la capital, se enviaron para reprimirlos. Los realistas de Valencia pensaron que iban a ser asistidos y reforzados por 2000 soldados que venían desde Maracaibo y otras fuerzas reclutadas en Puerto Cabello, pero estas nunca llegaron. Las tropas de Caracas, mandadas por el general Francisco Rodríguez del Toro, hermano del marqués Fernando del Toro, fueron, en un principio, derrotadas en La Cabrera el 19 de julio de 1811, situación que obligó al Congreso a poner a Francisco de Miranda al frente del Ejército «patriota».[164]

---

163 RAHM (Real Academia de la Historia de Madrid), 1973-1974, T. Surroca y de Montó, *Las Batallas de la Independencia en Guayana en 1817,* Madrid, 1826.

164 A partir del año 1811, los ejércitos republicanos empezaron a denominarse «patriotas», en clara alusión a la radical «Sociedad Patriótica», que tuvo una participación decisiva en la proclamación de la Independencia. Los realistas, en sus cartas, representaciones y memoriales, no dejarían de anotar la observación de que ellos eran tan «patriotas»

Este, rápidamente, decidió tomar la ofensiva y el 23 de julio derrotó al comandante realista Melchor Somarriba para, luego, poner un incruento sitio sobre la ciudad de Valencia,[165] la cual fue tomada entre el 12 y el 13 de agosto de 1811. El mismo general republicano nos refiere este hecho en el parte oficial que envió a las autoridades de Caracas:

> Tengo manifestado a V. S. para inteligencia del Supremo Poder Ejecutivo, cómo fue tomada la ciudad de Valencia ayer a las 12 del día; y ahora añadiremos, que esta se halla perfectamente tranquila, y poblándose rápidamente con los habitantes, que dispersos vagaban por los campos adyacentes. El Bando Nro. 1, que hicimos promulgar inmediatamente que entramos en ella; y la Proclama Nro. 2 que hoy se ha fijado por toda la ciudad, no han contribuido poco me parece a producir este saludable efecto.[166]

Miranda aceptó, en líneas generales, los términos de la capitulación que le fue presentada por los realistas antes de deponer las armas. Los jefes civiles y militares de la joven nación venezolana aún no daban muestras de la barbarie que ensombreció al país en los años siguientes. Su comportamiento fue todo el tiempo moderado y respetuoso, salvo uno que otro extremista, en el trato con los adversarios del régimen, tratando siempre de cumplir con las formalidades judiciales. Los términos fundamentales de la capitulación fueron los siguientes:

> 1. Que a ninguna persona de cualquiera clase, carácter y estado se le siga ningún perjuicio ni extorsión en sus personas y bienes. 2. Que las tropas así nuestras como las contrarias se mantengan en la línea que ocupasen al tiempo de esta Capitulación. 3. Que a cualquiera Criollo o Europeo que pida su pasaporte para transportarse a otro país se le conceda francamente con su persona, familia y bienes. 4. Que en orden de abrazar o no la Independencia, se nos deje en libertad para tratarlo con el Congreso por medio de un armisticio. 5. Que

---

como sus enemigos; denominación que nunca aceptarían para estos sino la de «rebeldes», «insurgentes» o «sediciosos».

165 «Nuestras tropas han penetrado ya en una parte de la ciudad, hacia el barrio de La Candelaria, donde hemos observado varios edificios incendiados por ellas; para precaverse probablemente del daño que recibían del enemigo. Mañana al ser de día, reconoceremos más particularmente estas posiciones, y con el mejor acuerdo, se proseguirán vigorosamente dichas operaciones. Nuestra pérdida entre muertos y heridos llega a un oficial, 1 sargento, y 4 soldados muertos, y 8 soldados heridos. Dios guarde a V. S. muchos años. Cuartel General del Morro, frente de Valencia, 9 de agosto de 1811. 8 de la noche. Francisco de Miranda al Sr. Secretario de la Guerra», *Gaceta de Caracas,* n.º 45, 13 de agosto de 1811.

166 *Gaceta de Caracas,* n.º 366, viernes 23 de agosto de 1811.

> todas las personas que se hallen detenidas o presas por el movimiento de Valencia sean Americanas o Europeas sean puestas en libertad con sus bienes.[167]

Lo establecido en los puntos 3 y 5 fue concedido, mientras que los restantes tuvieron que ser sometidos a algunos cambios, por razones de seguridad, en el mantenimiento del orden público.

Y, a pesar de que Miranda reconoció y cumplió lo finalmente estipulado en la capitulación, los principales cabecillas de la revuelta fueron fusilados y otros tomados como prisioneros. Miranda fue efectivo en la restitución del orden, a pesar de las críticas de algunos republicanos, que lo acusaron de haber cometido innecesarios excesos sobre el enemigo.

La represión de los realistas de Valencia puede ser considerada el acontecimiento que hizo precipitar la confrontación solapada en algo mucho más que explícito. A partir de ese momento, empiezan las persecuciones y represalias en contra de la población y las personas adeptas a la causa realista, tiempo sombrío donde la «convivencia» social se rompe y se da paso a la lucha entre «partidos» y «facciones». Desde entonces, comenzó una escalada de violencia y terror, donde las represalias y las venganzas por las injurias recibidas estarán a la orden del día. La «guerra civil» venezolana ya se había iniciado con la fracasada expedición del marqués del Toro en su intento de someter a Coro, pero, después de la Declaración de la Independencia, se profundizó y se convierte en un fenómeno sociológico imparable al definirse, cada vez con mayor claridad, las posiciones enfrentadas:

> La delación fue preconizada como una virtud Republicana, de aquí resultó que los parientes, los amigos, no se atrevían a comunicarse, o porque se temían mutuamente, o porque temían a los espías de que estaban rodeados por todas partes. Entonces se vio aquel número prodigioso de encarcelaciones, de deportaciones, de confiscaciones, de multas pecuniarias, que despoblaron las ciudades, arruinaron enteramente el comercio que quedaba, y redujeron a la indigencia o a la desesperación a las familias honradas.[168]

---

167 *Gaceta de Caracas,* n.º 43, martes 30 de julio de 1811.

168 A. G. I., Caracas, 62. El Ayuntamiento de Caracas, capital de Venezuela, informa a V. M. sobre la revolución comenzada en diecinueve de abril de mil ochocientos diez y terminada en treinta de julio de 1812, que entraron en dicha ciudad las armas de V. M. Caracas, 3 de octubre de 1812.

El reino de la libertad

De acuerdo con los testimonios realistas, el período que va entre la Declaración de la Independencia (5 de julio de 1811) y la contrarrevolución iniciada por Monteverde en el primer semestre del año 1812 es un tiempo caracterizado por la precariedad, la incertidumbre y el desencanto. Muchas personas se apresuraron, junto con sus equipajes, a emigrar a las islas vecinas, aunque hay que reconocer que fueron las de mayores posibilidades económicas.

El nuevo Gobierno republicano fue incapaz de lograr una transición gradual y tranquila de un sistema a otro, a pesar de que esta era la intención de sus principales promotores.

Pero la violencia empezó a hacerse familiar entre los venezolanos que, paradójicamente, se habían decidido por el reino de la libertad. Conseguir la libertad de España no iba a ser algo fácil y los sacrificios que se tuvieron que pagar hicieron que muchos dudaran sobre lo conveniente de tal empresa; el mismo Bolívar, antes de morir, llegó a pensar en la inutilidad de la Independencia, que había traído el horror y la anarquía entre los colombianos.[169] Sus últimos documentos públicos demuestran su desaliento y son un desesperado llamado a la unidad entre los americanos.[170] Bolívar, ante la anarquía que lo rodeó y que se sintió incapaz de controlar, llegó a coincidir con muchos ministros y funcionarios españoles de la época, como José García León y Pizarro, ministro de Estado durante los años 1816 a 1818; Francisco Eguía; Casa Flores; Vásquez

---

169 No han faltado pensadores venezolanos e hispanoamericanos en general, que han condenado la Independencia como estéril y contraproducente históricamente hablando. Las voces críticas pero respetadas de Octavio Paz, Arturo Uslar Pietri y Álvaro Mutis apuntan en ese sentido.

170 En su último mensaje al Congreso de Colombia el 20 de enero de 1830, el Libertador terminó su discurso con las siguientes palabras: «¡Conciudadanos! Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás. Pero ella nos abre la puerta para reconquistarlos bajo vuestros soberanos auspicios, con todo el esplendor de la gloria y de la libertad». Y, en su conocida última proclama a los pueblos de Colombia el 10 de diciembre de 1830 antes de morir, dejó dicho: «¡Colombianos! Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilamente al sepulcro». Véase G. Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental,* tt. I y II, Caracas, 1992.

Figueroa; Juan Antonio Yandiola, y muchos otros, que consideraron que los americanos eran incapaces de gobernarse por sí mismos.[171] Fue tal el desespero y la amargura de Bolívar a partir del año 1828 que, en documentos muy poco conocidos, propuso que Inglaterra asumiera los territorios liberados como un protectorado.[172]

El vacío de poder y las luchas intestinas entre las distintas regiones y provincias de la mano de grupos oligárquicos y jefes militares «desempleados» se pretendió atajar con la participación de los británicos. Y aquí tenemos otro paralelismo con los españoles que, desde el año 1810, acudieron a Inglaterra a solicitarles una mediación ante los «rebeldes» reconociendo su extrema posición de debilidad para actuar utilizando medios domésticos. Inglaterra fue, prácticamente, un árbitro activo e interesado en la contienda americana; su ascenso industrial estuvo respaldado por una robusta marina de guerra, que le sirvió para apuntalar sus más preciados intereses en la zona.

El nuevo Gobierno republicano, muy consciente de que tanto interna como externamente iba a encontrar fuerzas resistentes a sus actos y disposiciones, se apresuró a organizar y aumentar las Fuerzas Armadas estableciendo un sistema de conscripción muy rígido, que trajo como consecuencia el abandono de los brazos tan necesarios para la agricultura, principal sostén económico de la sociedad venezolana. Las autoridades civiles tuvieron que cumplir con las promesas que hicieron a los militares, concediéndoles una serie de privilegios, tanto en el aumento de los sueldos como en el otorgamiento de nuevos grados y ascensos militares. Ya se sabía que el respaldo de la fuerza militar era fundamental para sostener los nuevos poderes públicos y la viabilidad de la naciente Revolución venezolana. La lealtad se compraba logrando satisfacer las necesidades y aspiraciones materiales de muchos de estos oficiales, cuyo código de obediencia muchas veces fluctuó hacia uno u otro bando.

Los caudales públicos fueron rápidamente consumidos por la nueva Administración republicana, evidentemente bisoña en estas lides y a pesar de los generosos donativos que la población civil hizo continuamente a las

---

171 Véase Anna, *España y la independencia de América,* pp. 183 y ss.
172 Véase Germán Arciniegas, *Bolívar y la Revolución,* Bogotá, 1984, pp. 25-56.

autoridades.[173] José Domingo Díaz, el furibundo realista, ha sostenido en su testimonio que el dinero público fue despilfarrado irresponsablemente, lo que llevó al Gobierno a la medida impopular de emitir el papel moneda para paliar la falta de circulante entre la población:

> Entonces se ocurrió al arbitrio funesto del papel moneda sin fondos para su amortización, sin medios, sin plan, y sin conocimientos, para que no faltase ningún género de mal que no experimentasen estos Pueblos infelices. Este golpe impolítico aumentó el descontento que habían causado las conscripciones militares, pero como nada costaba tiranizar los Pueblos, y arruinar las fortunas particulares, tampoco se hacía caso de faltar sin rubor a las más solemnes promesas que se habían hecho de amortizar el millón de pesos que se había creado, y de no crear nueva suma hasta no estar amortizada la primera.[174]

La prensa republicana

Los republicanos adoptaron medidas de corte «moderno», como el respeto a la libre circulación de las opiniones y las ideas a través de la prensa escrita. Una verdadera revolución periodística se dio en el país con la aparición no solo de la *Gaceta de Caracas,* que se venía imprimiendo desde el año 1808, sino también con los nuevos periódicos que salieron a la luz en el año 1810, como el *Semanario de Caracas,* redactado por el realista José Domingo Díaz y Miguel José Sanz; el *Mercurio Venezolano,* que apareció en junio de 1811, de Francisco Isnardi, junto con otros de ese mismo año, como el órgano de la Sociedad Patriótica, *El Patriota de Venezuela,* dirigido por Vicente Salias y Muñoz Tébar; las importantes y actuales crónicas de las deliberaciones hechas por los diputados en el Congreso de Venezuela fueron recogidas y ofrecidas al público por *El Publicista de Venezuela,* semanario del Congreso que se publicó desde el 4 de julio hasta el 28 de noviembre de 1811 bajo la dirección del secre-

---

173 En los ejemplares de la *Gaceta de Caracas* correspondientes al año 1811, aparece la lista de los nombres y bienes donados al Gobierno, los cuales no solo fueron en metálico sino también en especie.

174 A. G. I., Caracas, 62. El Ayuntamiento de Caracas, capital de Venezuela, informa a V. M. sobre la revolución comenzada en diecinueve de abril de mil ochocientos diez y terminada en treinta de julio de 1812, que entraron en dicha ciudad las armas de V. M. Caracas, 3 de octubre de 1812.

tario de esa entidad, Francisco Isnardi. Esta prensa, en su mayoría prorrepublicana, utilizó el periodismo como arma de propaganda en contra de sus adversarios. Sus editorialistas y principales responsables muchas veces ignoraron los más elementales principios de la ética, que hoy día es uno de los fundamentos que les rige. Particularmente la *Gaceta de Caracas,* en un principio monárquica, se había convertido en el principal vehículo de la propaganda oficialista del nuevo Gobierno, arremetiendo audazmente en contra de las noticias y campañas periodísticas de sus adversarios peninsulares:[175]

> La miserable prensa puesta en toda libertad propagaba las ideas del libertinaje, desacreditaba a los Ministros del Santuario, pintándolos con los coloridos más odiosos, alteraba la verdad de la historia para autorizar contra ellos las imposturas más groseras, ridiculizaba la piedad, y últimamente el gobierno sancionaba contra el Tribunal de la Inquisición y los privilegios del Clero, los decretos más arbitrarios, y más impíos en la forma o en la substancia.[176]

Si algo molestó abiertamente a los realistas de Venezuela, fue el sistemático ataque que se le hizo al conjunto de creencias de tipo social, político y religioso que, en su mayor parte, sirvieron de fundamento del orden colonial. La aristocracia fue atacada y al clero se le abolieron sus más tradicionales privilegios. En teoría, con la Independencia, todos los venezolanos eran iguales ante las leyes y pasaron a ser ciudadanos; a la jerarquía eclesiástica se le exigió adoptar un compromiso favorable al nuevo sistema de Gobierno ya que, de lo contrario, perderían la mayor parte de sus prerrogativas. Pero la realidad siempre es más terca que las intenciones de los

---

175 El jefe de propaganda nazi, Joseph Goebbels, dejó establecido que «una mentira repetida cien veces se convierte a la larga en una verdad», precepto este que fue utilizado inescrupulosamente tanto por realistas como republicanos a lo largo de la contienda. Los periódicos españoles de la Península que hemos consultado con relación a la Independencia de Venezuela no dejan lugar a dudas: la propaganda y la desinformación estuvieron presentes en casi todas esas publicaciones, ya sean estas promonárquicas o de tendencia liberal. El clásico estudio de Jaime Delgado sobre la prensa española y la Independencia Hispanoamericana es una referencia importante sobre esta cuestión. Véase J. Delgado, *La independencia de América en la prensa española,* Madrid, 1949.

176 A. G. I., Caracas, 62. El Ayuntamiento de Caracas, capital de Venezuela, informa a V. M. sobre la revolución comenzada en diecinueve de abril de mil ochocientos diez y terminada en treinta de julio de 1812, que entraron en dicha ciudad las armas de V. M. Caracas, 3 de octubre de 1812.

hombres y la revolución «constitucional» de Venezuela no llegó a tocar los cimientos materiales y espirituales de la mayoría de los venezolanos, tercamente partidarios del monarca español, más por acendrada costumbre que por una auténtica convicción. Las masas de Venezuela fueron indiferentes al hecho revolucionario liderado por una élite criolla, más vista con desconfianza y lejanía que como un auténtico aliado en trabajar por satisfacer las expectativas populares. El desencuentro entre los distintos sectores sociales estuvo como auténtico problema de fondo en el experimento criollo para construir una nueva sociedad.

Iglesia e independencia

Los sacerdotes siguieron siendo imprescindibles en orientar e influir en los ánimos de una población en su mayoría inculta y supersticiosa, y tanto los jefes realistas como los republicanos hicieron todos los esfuerzos posibles por mantenerlos como aliados a su causa. Si bien muchos no se conducían privadamente como lo exigían en público a sus feligreses y los actos de corrupción y lenidad eran comunes a muchos de ellos, su prestigio como «intermediarios» de Dios en la tierra fue una creencia comúnmente aceptada por las grandes mayorías. El miedo fue el centro de la prédica religiosa en la Colonia, en directa conexión con la doctrina cristiana medieval, que convirtió la muerte y la resurrección en sus fundamentos básicos.

La Iglesia venezolana también se dividió como consecuencia de los sucesos del 19 de abril de 1810 y, en cada provincia, las autoridades eclesiásticas actuaron autónomamente unas respecto a las otras. Ni siquiera la actividad desplegada por el arzobispo de Caracas Narciso Coll y Prat pudo mantener a la Iglesia venezolana en una sola dirección.

El Dios católico estaba aliado con el rey de España y los criollos republicanos iban en contra de esa unión sagrada. El pensamiento ateo, en clara conexión con la filosofía ilustrada, fue incomodando a más de uno de estos sacerdotes venezolanos; identificados, en su mayoría, con la causa realista. Y fue precisamente una catástrofe de la naturaleza, atribuida a Dios, lo que contribuyó al derrumbe de las aspiraciones que, en la Primera República, tuvo el país.

Terremoto de 1812

Los realistas que fueron contemporáneos de estos sucesos han descrito el funesto terremoto que asoló a media Venezuela como un castigo de Dios por el atrevimiento republicano en usurpar el poder del rey de España, por atentar contra el clero y abolir los principales «fundamentos» que sostuvieron la sociedad colonial. No hay que olvidar que, a lo largo de la contienda, la mayoría de los obispos y prelados de la jerarquía eclesiástica fueron fervientes partidarios de la causa del rey y, en esta circunstancia, no desaprovecharon la ocasión para utilizar la catástrofe como medio de propaganda para desacreditar a los republicanos.

Para el arzobispo de Caracas, cabeza de la Iglesia venezolana en ese entonces, el terremoto vino a significar el pronunciamiento de Dios respecto a los revolucionarios:

> El terremoto del jueves santo veinte y seis de marzo de aquel propio año, así como fue el merecido azote con que el Cielo vengó tantos delitos, tantas impiedades, y la sacrílega profanación de igual día de ochocientos diez, fue considerado bajo otra relación el medio próximo que la divina Providencia empleó para la disolución de los nacientes Gobiernos, que abortados en el tumulto, y reglados por principios exiciales, iban en alcance de los religionarios, y de todos los antisociales que habían de producir la anarquía. Dios, según la expresión del Profeta, volviendo de un profundo sueño, levantó su brazo, e hizo conocer que jamás el pecador le insulta impunemente. Pocos segundos fueron bastantes para dar a conocer una parte de su justicia.[177]

Y no nos cabe la menor duda de que este desgraciado infortunio de la naturaleza, que llevó a la tumba a 13 000 personas, desmoralizó casi por completo las aspiraciones más genuinas de los dirigentes de la Primera República venezolana en lograr mantener y darle continuidad al proyecto iniciado en la histórica jornada del 5 de julio de 1811:

> A las cuatro y siete minutos de la tarde del Jueves Santo, hora en que dos años antes se despojó a las autoridades legítimas, se cerraron los Templos, y se abandonaron del todo las Santas solemnidades, el omnipotente manifestó su ira contra estos Pueblos, sacudiendo la tierra con un terremoto espantoso, y destruyendo en pocos instantes la obra de tres siglos. Caracas vio arruinar una grande parte de sus edificios, caer casi todos sus templos, y perecer bajo

177 Coll y Prat, *Memoriales sobre la independencia de Venezuela,* pp. 214-215.

> sus escombros más de cinco mil habitantes. La Guaira y sus pueblos circunvecinos, Barquisimeto y San Felipe quedaron del todo exterminados, siendo proporcionadamente mayor en ellos la mortandad y los desastres.[178]

Una fuente importante para reconstruir las vicisitudes de los primeros tiempos de la Revolución venezolana fueron los informes de los distintos administradores de Correos provinciales, quienes los elaboraron en su momento para mantener informados a sus superiores en la Península de las convulsiones políticas que en Venezuela se estaban viviendo. La magnitud del terremoto no podía dejar de escapar la siguiente observación realizada por el funcionario de Correos en la ciudad de Maracaibo:

> […] en este lastimoso estado se hallaban hasta el día 26 de marzo pasado (Jueves Santo, día memorable por todos títulos y en que prendieron a las autoridades legítimas en Caracas el año de 1810) a las cuatro y cuarto de su tarde hubo un temblor de tierra que derribó la mitad de los edificios de Caracas, según dos avisos del Gobernador de Curazao al de esta ciudad han muerto más de 10 000 personas; en el Puerto de la Guaira han quedado únicamente cinco casas, todas las fortalezas desechas sin que haya quedado un solo cañón, se calculan los muertos a 30 000, de otro puerto se han fugado varios españoles que estaban en bóvedas y han llegado a Curazao.
>
> En otro día y hora en la ciudad de Barquisimeto estando las insurgentes tropas de Caracas en número de 2000 acaudillados por el infame español D. Diego Jalón, echando brindis y jurando nuevamente la Independencia fueron sepultados en aquel instante desapareciendo hasta los árboles, y quedando la tierra abierta echando un olor fétido; las citadas tropas venían a auxiliar a las que tenían en Siquisiqui, y ciudad de Carora, por haber ocupado las nuestras, estas en número de 300 al mando del teniente coronel don Domingo Monteverde, el 19 del pasado acometieron a mil de aquellos, los derrotaron completamente, quedando en poder de Monteverde hasta lo más mínimo, quien ofrece adelantar la conquista de Venezuela; visiblemente nos favorece el Altísimo de todos modos, pues aquí el temblor no ha causado el más leve daño.[179]

Monteverde y su escasa tropa tuvieron la gran suerte de no verse afectados por esta convulsión de la naturaleza, de la misma manera que las ciudades realistas de Maracaibo y Guayana, mientras que las zonas republicanas, salvo en el oriente, se vieron todas muy afectadas.

---

178 A. G. I., Caracas, 62. El Ayuntamiento de Caracas, capital de Venezuela, informa a V. M. sobre la revolución comenzada en diecinueve de abril de mil ochocientos diez y terminada en treinta de julio de 1812, que entraron en dicha ciudad las armas de V. M. Caracas, 3 de octubre de 1812.

179 A. G. I., Correos, 54B.

Las torpes medidas de Gobierno en los distintos ámbitos como consecuencia de la inexperiencia política de los legisladores y jefes venezolanos, la debilidad propia del sistema federal adoptado por la nueva Constitución, la incapacidad operativa de un Ejército improvisado y desmoralizado en articularse con las exigencias y necesidades políticas del nuevo Gobierno y el terremoto de 1812 crearon las condiciones para que la reacción realista bajo el liderazgo de Domingo de Monteverde tuviera el impresionante éxito que tuvo.

Los planes ofensivos que se pensaban llevar a cabo con una expedición invasora hasta Guayana fueron pospuestos. Miranda, jefe militar de los ejércitos republicanos, solo tenía mando efectivo sobre sus tropas más cercanas alrededor del dispositivo central y su ascendencia sobre esa tropa demostró en la práctica no ser la mejor. Cada provincia aliada tenía que asumir la defensa de su territorio y la ayuda que podía esperar de algún vecino era algo remoto, tanto por la escasez de recursos militares como por las largas distancias que se tenían que recorrer. Esta situación bien sirve para explicar los espectaculares triunfos de Monteverde en 1812 y de Bolívar en 1813, donde ambos, con un pequeño ejército, pudieron conquistar las principales ciudades del occidente del país en una marcha triunfal hasta la capital, Caracas. La velocidad en los movimientos y la audacia en sostener acciones militares en cualquier terreno con la determinación adecuada fueron actitudes usadas por estos dos jefes. Mientras avanzaban y se iban apoderando de los pueblos y ciudades, sus fuerzas y víveres también iban en aumento; las fuerzas derrotadas rápidamente pasaban a engrosar las filas del Ejército triunfador, que les premiaba con los consabidos saqueos sobre los bienes y las propiedades que se iban tomando a lo largo de la campaña. No pocas autoridades realistas se encargaron de denunciar los abusos cometidos por Monteverde a lo largo de su campaña.

Con el terremoto de 1812 y la «guerra de conquista» que practicó Monteverde, el clima de anarquía se apoderó del país; las instituciones más importantes colapsaron y los movimientos migratorios internos fueron algo constante, motivado por la búsqueda de la tranquilidad y seguridad. El país empezaba a vivir en carne propia los sufrimientos de una guerra que iba en escalada y cuyas consecuencias nadie se atrevió a prever.

1812: Monteverde y la reacción realista contra la Primera República. Civiles versus militares

> El espíritu de error ha dirigido siempre nuestros pasos en Venezuela, y la quijotesca idea de que no se ha de tratar con rebeldes ha sido uno de sus efectos más funestos.
>
> El regente Heredia

El canario Domingo de Monteverde (1773-1832) fue el primer jefe español en Venezuela que, aprovechando los éxitos militares que obtuvo, se insubordinó en contra de las autoridades e instituciones realistas legalmente constituidas. Su mal precedente inauguró el despotismo y la barbarie a que nos han conducido las actitudes personalistas. Desde entonces, el marco legal solo será un parapeto subordinado a las ambiciones y los actos de los caudillos militares y civiles,[180] apuntalados por el monopolio de las armas.

A Monteverde su campaña militar sobre el centro-occidente del país lo llevó a alcanzar el triunfo sobre una Primera República inexperta y débil en todas sus estructuras. Apenas cinco meses le bastaron a este audaz canario para derrotar a Miranda y al Ejército republicano que se levantó para hacerle frente. Venezuela demostró que su población seguía siendo mayoritariamente favorable a la causa del rey Fernando VII.

---

180 Desde el mismo comienzo de la conquista en el siglo XVI, ya este conflicto quedaría planteado entre los aventureros y conquistadores en pugna con los funcionarios de la Corona. Los primeros, amparados en la distancia, encontraron siempre propicia la oportunidad para evadir las leyes y normas que los sujetaban estableciendo límites y regulaciones a su libertad, libertad que era entendida en función de la búsqueda del lucro y el más rápido beneficio material. Los funcionarios de la Corona no pocas veces tuvieron que transigir ante los desmanes de unos hombres incapaces de acatar las normas que el Imperio les impuso. Los conflictos entre los representantes del poder real y los particulares, en función de los distintos intereses que defendían, se iniciaron en la isla de Santo Domingo apenas Colón dejó establecido allí el primer asentamiento poblacional. En el caso venezolano, son célebres las andanzas del terrible Lope de Aguirre, personaje legendario que se rebeló en contra del rey por exigir el derecho de encontrar El Dorado y enriquecerse. Finalmente, las tropas leales al rey lo sometieron, pero antes Lope de Aguirre dejó por los caminos de Venezuela una estela de sangre que se haría imborrable en la memoria colectiva. Arturo Uslar Pietri y Miguel Otero Silva, dos de nuestros más ilustres e importantes escritores, le han dedicado sendas novelas históricas tituladas *El camino de El Dorado* y *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad,* respectivamente.

El año 1812 fue el año estelar de este capitán de fragata de origen canario que arribó a Venezuela desde la isla de Puerto Rico al mando de no más de 300 infantes de marina. Desde Coro, su inmediato superior, el brigadier José Cevallos, le impuso la tarea de avanzar con su columna sobre la ciudad de Carora y otros pueblos de la zona.[181] La campaña de Monteverde puede ser considerada un auténtico «paseo militar», ya que la oposición republicana fue leve y desorganizada. Ya antes de arribar Monteverde a Carora, existieron movimientos prorrealistas entre la población, alentados por el indio Juan de los Reyes Vargas y el presbítero Andrés Torrellas; era más que evidente que el sentimiento en favor de la causa republicana no existió entre el común de las personas; todavía seguía pesando entre el colectivo la idea de un rey lejano pero todopoderoso a quien se le respetaba en un tono reverencial. El pequeño contingente de Monteverde fue creciendo a medida que iba ocupando los caseríos, pueblos y ciudades en su marcha triunfal en los primeros meses de ese año 1812.

El 17 de marzo ya estaba en Siquisique, el 23 ocupó Carora y el 7 de abril entró en Barquisimeto, sin encontrar resistencia, ya que la ciudad se encontraba devastada por el terremoto del 26 de marzo de ese mismo año. Monteverde designó a uno de sus subalternos, don Manuel Geraldino, para que, con una columna, tomara las ciudades de Mérida y Trujillo, las cuales ocupó prácticamente sin disparar un tiro. El 25 de abril presentó combate en los Colorados (Carabobo) y derrotó a los republicanos, pasando a ocupar la villa de San Carlos. Ensoberbecido por los rápidos y espectaculares éxitos, su columna decide operar hacia el centro del país en las inmediaciones de la importante ciudad de Valencia, antemuro de Caracas.[182] El 3 de mayo de 1812 derrotó al comandante republicano Miguel Carabaño en el camino hacia Valencia y, con ello, pudo ocupar esa impor-

---

181 «Las fuerzas puestas bajo las órdenes de Monteverde estaban integradas por 60 oficiales, 2 cirujanos y 1488 individuos de tropa, con un total de 1550 hombres, tanto de infantería, artillería y caballería y una compañía de marina. A esta cantidad se suman 3 oficiales y milicianos sueltos, 3 maestres anexos y 3 empleados de la Real Hacienda», H. Bencomo Barrios, *Diccionario de Historia de la Fundación Polar,* Caracas, 1988, p. 1001.

182 Los escenarios de la guerra en Venezuela fueron muchos, pero, en líneas generales, hasta el año 1816 tanto los jefes realistas como republicanos orientaron todos sus esfuerzos en conquistar la ciudad capital Caracas, considerada el centro del poder político y el emporio económico-comercial más rico de todas las provincias de Venezuela.

tante ciudad. Desde entonces, ya empezaba Monteverde a dar demostraciones de actitudes arbitrarias y despóticas en contra de la población civil identificada con los republicanos:

> En todo el tránsito fue manifestando el espíritu receloso y perseguidor que lo animaba, pues prendía y enviaba a Coro indistintamente cuantas personas le decían sus paisanos los canarios que eran malas; en Valencia creó un tribunal de secuestros, con el objeto de embargar los bienes de los revolucionarios, y de los que se habían ausentado al territorio que ocupaban las armas enemigas, con cuyo valor se habían de reintegrar al Real Fisco los gastos de la pacificación.[183]

El Congreso de Venezuela, alarmado por los rápidos éxitos de la contraofensiva realista iniciada en el occidente del país, decidió nombrar al general Francisco de Miranda comandante en jefe del Ejército venezolano, con la tarea de detener a Monteverde. Lo primero que hizo Miranda fue fortificar los puntos y pasos de acceso hacia la capital, mientras que Monteverde, cada vez más seguro de sí mismo y de su buena fortuna, se llegó a convencer de que su autoridad no debía subordinarse a la de ningún otro jefe realista.

Don José Cevallos, comandante militar de Coro e inmediato superior de Monteverde, le reclamó a este por el desacato a sus principales órdenes, que no eran otras que la de detener la columna que mandaba en espera del arribo de su propia persona con la intención de asumir la jefatura de «El Ejército Pacificador de Coro». Monteverde desconoció esas órdenes y se sublevó haciéndose con el mando militar único, alegando que tenía órdenes «para obrar sin sujeción de jefe alguno». Cevallos, ante esta situación inédita, no fue capaz de pasar de los argumentos a la fuerza para imponer su autoridad como jefe superior; con ello decía evitar una guerra interna entre los partidos leales al rey, hecho este que, de ocurrir, favorecería a los insurgentes: «[…] antepuse los intereses de la patria a su desaire personal y el de los jefes que le acompañaban».[184] Ya, en ese entonces, las disensiones entre los distintos jefes realistas evidenciaron la falta de una autoridad única respaldada por la legalidad.

---

183 Heredia, *Memorias del Regente Heredia,* p. 61.

184 B. N., n.º 609, 13 folios, 18632, representación de don José Cevallos, Coro, 15 de septiembre de 1812.

Fernando Miyares, legítimo capitán general de Venezuela, nada pudo hacer ante la insubordinación de Monteverde y se limitó a enviar una serie de representaciones a la Regencia protestando la irregularidad. Maracaibo y sus autoridades siguieron manteniendo un penoso enclaustramiento como consecuencia de la indecisión y el clima de incertidumbre, tanto en la Metrópoli como en el resto del país, lo cual les impidió arriesgar los pocos medios militares que contaban para lanzarse a una campaña, ya sea contra los rebeldes de Caracas o contra el insubordinado Monteverde. A partir de este momento y ya hasta el final de la guerra, el protagonismo de Maracaibo será casi nulo.

De la misma manera, Ignacio de Cortabarría, comisionado para la pacificación de la Costa Firme, asentado en la isla de Puerto Rico, poco contacto directo tuvo con los oficiales y hombres del realismo que llevarían a cabo la «pacificación» de Venezuela en el año 1812.[185] Por otro lado, las autoridades realistas de Coro, Maracaibo, Guayana, junto con otras pequeñas ciudades y pueblos, nunca fueron capaces de unirse en un mancomunado esfuerzo para enfrentar a los republicanos. Cada ciudad y pueblo se defendió como mejor pudo actuando de acuerdo con las circunstancias, unas veces en plan defensivo y otras veces incursionando sobre el vecino.

El triunfo de Monteverde tiene mucho de fortuito y se debió, principalmente, a su propio arrojo y ambición personal sabiendo aprovechar las debilidades de un adversario inexperto y desunido. Porque, de la misma forma que el realismo presentaba una situación de división «provincial», los republicanos no le andaban a la zaga. La revolución de los caraqueños tuvo eco en importantes provincias, pero ni el Congreso ni la Constitución de 1811 permitieron la creación de un dispositivo de Estado y Gobierno lo suficientemente sólido para poder enfrentar, con un mínimo de garantías, los brotes contrarrevolucionarios del realismo. El sistema federal que se adoptó, posteriormente criticado por Bolívar, aupó las aspiraciones autonomistas de las distintas provincias y fue poco efectivo para enfrentar la contrarrevolución realista.

---

185 Sabemos que Fernando Miyares fue hasta la isla de Puerto Rico para entrevistarse con Cortabarría y organizar los planes de reconquista sobre la Costa Firme. Pero la falta de ejércitos y de dinero boicoteó esas aspiraciones.

Dentro del realismo, la postura oficial ante los impresionantes triunfos de Monteverde fue la de aplaudirlos y reconocerlos más allá de la ilegalidad de sus actos. Una España invadida, sin ejército y marina que anteponer a los «rebeldes» venezolanos, poco podía hacer para detenerse en las formalidades de unas leyes que ninguna institución y autoridad gubernamental respetaban y, a pesar de todo, casi siempre se intentó salvar las apariencias. La arremetida de Monteverde en contra de la Primera República fue un esfuerzo más cercano al voluntarismo que a un plan preconcebido y sancionado por el Gobierno español.

Las voces en contra de los abusos y arbitrariedades cometidas por Monteverde provinieron, directamente, de sus más inmediatos superiores y de los miembros de la Administración civil, que se vieron atropellados por un jefe personalista que, amparándose en sus éxitos, el estado de emergencia y anarquía del país, impuso su propia ley o, más bien, como él mismo estableció, la «ley de la Conquista».

La Constitución liberal española de 1812, reconocida por el mismo Monteverde en un acto público en la capital de Caracas, y las más importantes disposiciones de las Cortes en Cádiz, depositarias de la soberanía popular y, por lo tanto, constituidas en legítimo Gobierno, fueron atendidas por Monteverde mas no acatadas. La distancia y la debilidad del Gobierno español en la Península favorecieron a que el personalismo de Monteverde en el año de 1812 se desarrollase con efectos funestos sobre la población civil de Venezuela.[186]

---

186 Don Pedro de Urquinaona y Pardo, comisionado por la Regencia a la pacificación del Nuevo Reino de Granada en el año 1812, nos ha dejado una interesante relación documentada sobre la actuación de Monteverde en Venezuela titulada *Relación Documentada del origen y progresos del trastorno de las Provincias de Venezuela hasta la exoneración del Capitán General Don Domingo Monteverde,* Madrid, 1820, a la que ya hicimos referencia en los capítulos precedentes. Urquinaona y Pardo consideró la actuación de Monteverde como responsable de la pérdida de la Costa Firme en el año 1813 en manos de Bolívar y Mariño. Urquinaona y Pardo se identificó con el grupo de civiles que, como el regente Heredia, tuvieron una visión legalista de la Revolución venezolana y llegaron a considerar que, con el respeto de las normas y leyes más elementales de la Monarquía, era algo más que suficiente para restituir el estado de cosas a la misma situación de antes del 19 de abril de 1810. Para ello bastaba con respetar lo acordado en la capitulación del año 1812 y haber sido consecuente con el perdón y el olvido general impuestos por las Cortes. El sector civil siempre desconfió de los militares y sus tropelías al frente de la administración de gobier-

Para despejar cualquier duda sobre sus numerosos detractores y críticos, Monteverde siempre consideró que su Gobierno era respetuoso de las leyes y normas de la monarquía, pero que las especiales circunstancias del momento las hacían obsoletas en la mayoría de los casos, por lo que se imponía la represión sobre el adversario para que, de esta manera, nunca más se atreviese a ir en contra de la autoridad del rey:

> Las provincias pacificadas de Venezuela no pueden alternar con las que han sido fieles al Rey. Estas encuentran su consistencia en su fidelidad y aquellas en su infidencia su castigo; resulta de aquí, que así como Coro, Maracaibo y Guayana merecen estar bajo la protección de la Constitución de la Monarquía, Caracas y demás que componían su capitanía general, no debe por ahora participar de su beneficio hasta dar pruebas de haber detestado su maldad, y bajo este concepto deben ser tratadas por la ley de la conquista; es decir, por la dureza y obrar según las circunstancias; pues de otro modo, todo lo adquirido se perderá. Este es mi juicio convencido de lo que es la provincia de Venezuela.[187]

Por supuesto que la represión, el saqueo, la impunidad, los desafueros y las cárceles sobre los sospechosos de haber estado identificados con el republicanismo no se hicieron esperar y crearon una extraordinaria conmoción política y social.

El regente José Francisco Heredia nos dice que el capitán general Miyares y el gobernador de Coro, don José Cevallos, aseguraron, en distintos documentos dirigidos a la Regencia, que Monteverde había permitido la práctica del saqueo a sus tropas sobre las poblaciones de Carora, Araure, San Carlos, Calabozo, Aragua y Barquisimeto y que

---

no y justicia. El conflicto interno entre los propios miembros dirigentes del realismo fue una poderosa razón para explicar su colapso y derrota definitiva. No hay la menor duda de que el respaldo fundamental del realismo estuvo en las filas de la gente del pueblo, y esto no porque lo hayan considerado como mejor o peor al republicanismo, sino más bien como consecuencia de la fuerza de la costumbre dentro de un orden que, en líneas generales, les era satisfactorio. La pugna entre civiles y militares siempre se resolvió a favor de los últimos, situación esta que Monteverde fue el primero en imponer hasta que, con la llegada de Morillo en 1815, se consolidó ya definitivamente a través de un Gobierno militar sancionado por la Corona.

187 Representación enviada por Domingo de Monteverde al Ministerio de la Guerra el 17 de enero de 1813, citada por Urquinaona y Pardo, *Manifestación de las calumnias producidas por el Excmo. Sr. D. Domingo Monteverde y el Sr. Andrés Level de Goda,* pp. 96-97.

> […] esto fue contra las terminantes órdenes que se le dieron para que no permitiese exceso tan impolítico y bárbaro en guerra civil entre hermanos.[188]

Para Cevallos, todo el mérito de los rápidos triunfos de Monteverde fueron consecuencia de los sacrificios en hombres y recursos que la generosa ciudad de Coro había otorgado para emprender tan exitosa reconquista. Cada jefe español intentó remarcar y publicitar sus propios méritos en una guerra «extraña» contra unos «rebeldes» que se habían declarado nación independiente rompiendo con la monarquía de España.

Pero, de la misma manera que les sucedió a las autoridades de la monarquía a partir de 1808, los jefes del realismo venezolano del año 1812 tuvieron que vivir en el desconcierto de sentirse abandonados por una Metrópoli prácticamente sin gobierno efectivo, lo cual creó unas condiciones de anarquía, división y rivalidades entre los principales líderes y jefes realistas que, en muy poco, contribuyó a garantizar la permanencia y consolidación de los triunfos que se fueron obteniendo sobre los enemigos.

En una representación con fecha del 2 de febrero de 1814, Level de Goda, antiguo gobernador político en el oriente del país, señaló el caos entre la oficialidad realista en los siguientes términos:

> Todos son independientes y todos mandan. Porción de los que huyeron de Barinas junto con su comandante D. Antonio Tiscar existen apáticos y muy divertidos en Guayana desde agosto último en unión del mariscal de campo D. Juan Manuel Cajigal. En Coro está con su batallón de Granada el coronel Salomón absolutamente desacreditado y le acompaña el intendente Franco con la única satisfacción de que no oye las maldiciones que por de fuera oímos de él. Está en Curazao el capitán general don Domingo Monteverde en riñas con el brigadier don Manuel Fierro sobre quién de los dos perdió a Caracas y con la desgracia de ser el nombre que resuena en el lastimero grito universal. Los Magistrados de la Audiencia dispersos, errantes, cubiertos de improperios y huyendo de la execración pública, etc. etc.…[189]

Volviendo a la campaña militar, el 17 de junio de 1812 Monteverde forzó un combate en La Cabrera ganándolo y luego siguió hasta Maracay.

---

188 Heredia, *Memorias del Regente Heredia,* p. 55.

189 Representación de Level de Goda citada por Urquinaona y Pardo, *Manifestación de las calumnias producidas por el Excmo. Sr. D. Domingo Monteverde y el Sr. Andrés Level de Goda,* p.77.

El 20 de junio lo esperó Miranda en La Victoria con lo mejor de su tropa y le inflige una importante derrota al hasta ahora invicto jefe realista. Pero Miranda fue incapaz de aprovechar ese lance y permite el reagrupamiento de Monteverde. Sigue siendo un misterio para los historiadores la actitud apática de Miranda en unas circunstancias favorables en que pudo derrotar definitivamente a los enemigos de la Primera República. Un testimonio realista nos indica claramente la precaria situación en que se encontró Monteverde:

> La posición de Monteverde se hizo entonces muy apurada: escaso de tropas, falto de municiones, distante 130 leguas de Coro, que era el primer punto de donde podía recibir algunos refuerzos, con un formidable enemigo al frente y la plaza de Puerto Cabello a la espalda, no le quedaba ni aun el recurso de la retirada, porque habría sido más seguro el desaliento de sus soldados, y más fácil su propia destrucción.[190]

Al parecer, todo indica que Miranda encontró espejismos que lo atemorizaron; entre ellos, tendríamos que destacar la desconfianza hacia su persona y liderazgo por parte de los principales líderes republicanos alrededor del Congreso; el alzamiento de esclavos en Curiepe, un lugar de la costa en el centro del país, dando vivas al rey y creando un clima de zozobra por los saqueos entre la población blanca y pudiente,[191] y la ofensiva de Antoñanzas y otros jefes realistas en los alrededores de Calabozo y Villa de Cura, entre otros. Si bien todo lo anterior fue importante, consideramos que el suceso que desmoralizó a Miranda y le hizo plantear la capitulación con

---

190 Torrente, *Historia de la revolución Hispanoamericana,* p. 303.

191 Ya hemos hecho hincapié sobre el miedo social entre el sector blanco venezolano ante una rebelión generalizada por parte de los negros esclavos y los pardos. Todavía estaba muy vivo el recuerdo del alzamiento negro en Haití y el colapso que sobrevino a los dueños de plantaciones y haciendas blancos que tuvieron que refugiarse en los territorios vecinos, entre ellos Venezuela. A pesar de que la Guerra de Independencia fue fundamentalmente una contienda dirimida entre el sector blanco de la población, ambos contendientes siempre temieron que los odios sociales tanto tiempo atemperados dentro de la estructura colonial fueran a desatarse. No pocos intentos de alianza se dieron entre realistas y criollos partidarios de la Independencia para convenir acuerdos que limitasen los actos de rebeldía de la gente de color: «Interesados todos los blancos en reprimir los excesos de la gente de color, se pusieron de acuerdo realistas e independientes en hacer una transición amistosa, por la que fuera repuesta la autoridad del Rey, sin que sufrieran la menor lesión ni quebranto los que hubieran profesado opiniones diferentes», Torrente, *Historia de la revolución Hispanoamericana,* p. 305.

Monteverde fue la caída del bastión de Puerto Cabello el 30 de junio de 1812. Al frente de Puerto Cabello estuvo Simón Bolívar,[192] y este fracaso, junto a la indecisión de Miranda, llevó a los republicanos a deponer la resistencia aun teniendo fuerzas suficientes para continuar la lucha. De la siguiente manera, el regente Heredia describió este suceso:

> La sublevación de los presos en el castillo de Puerto Cabello, que eran don Juan Jacinto Istueta, don Clemente Britapaja y otros de los condenados a encierro por la contrarrevolución de Valencia, fue un acaecimiento casi milagroso por inesperado, y mudó enteramente el aspecto de las cosas. Bolívar, que mandaba la plaza, la abandonó, luego que Monteverde amagó atacarla por tierra, y este encontró allí cuantas municiones podía necesitar, y un punto seguro de retirada y de comunicación por mar, de suerte que aquel suceso decidió por entonces la suerte de la provincia, según confesaba el mismo Miranda.[193]

Capitulación entre Monteverde y Miranda

Miranda planteó la capitulación a Monteverde en el mes de julio, guiado por la esperanza de que esta evitaría una mayor efusión de sangre y que, con ello, se respetarían las vidas y bienes de los republicanos. La capitulación fue tratada por representantes realistas y republicanos y firmada en San Mateo el 25 de julio de ese año 1812. Mucho se ha escrito sobre el incumplimiento por parte de Monteverde de lo estipulado en esa capitulación, empezando por el apresamiento del mismo Miranda y su envío a Cádiz, donde morirá tristemente en una insalubre prisión, así como las persecuciones y represiones sobre los republicanos que el regente Heredia denunciará en sus preclaras *Memorias*[194] y que, tanto para Urquinaona y

---

192 Salvador de Madariaga tiene una curiosa interpretación sobre este acontecimiento al sostener que «La pérdida de Puerto Cabello es el hecho clave de la vida de Bolívar», lugar donde el líder caraqueño aprende y se engrandece enfrentando la adversidad. Véase S. Madariaga, *Bolívar,* 2 tt., Madrid, 1979, p. 315.

193 Heredia, *Memorias del Regente Heredia,* p. 63.

194 Las *Memorias del Regente Heredia* representan el más completo testimonio realista de los primeros años de la Independencia de Venezuela. Una actitud humanista sirvió de orientación a este magistrado que siempre antepuso la legalidad a la barbarie de los principales jefes militares realistas a lo largo de la contienda. Entendió, desde un principio, que la paz sobre una sincera reconciliación entre los bandos enfrentados era la única posibilidad que tenía el país de evitar tanto derramamiento de sangre y lágrimas.

Pardo, Narciso Coll y Prat y muchos otros observadores civiles realistas, representó el fin de la paz.

Para el regente Heredia, Monteverde fue un «jefe alucinado», incapaz de gobernar sujeto a las leyes y normas que pudieran garantizar la vuelta a la paz y la normalidad basándose en un programa de reconciliación sincero entre los miembros de cada uno de los partidos enfrentados. Las disensiones civiles fueron atizadas ya no solo en la guerra sino también en la paz.

El comisionado por la Regencia, don Pedro Urquinaona y Pardo, compartió la opinión de Heredia al considerar que los desafueros de Monteverde y sus partidarios al frente de la jefatura del Gobierno y la justicia crearon las condiciones para que los venezolanos desarrollasen un sentimiento de «Un total aborrecimiento del nombre español»,[195] sembrando la semilla de la discordia y la violencia. Su extensa relación documentada no es más que la constatación de esto a través de los testimonios de los principales protagonistas, si bien hay que hacer la salvedad sobre el indisimulado rechazo y animadversión que le tiene a Monteverde y sus principales actuaciones, lo cual nos obliga a recoger, con cierta reserva, muchas de sus apreciaciones.

El partido canario

Monteverde y su Gobierno represivo,[196] bajo el impulso del sector godo, formado por los canarios y españoles más fanáticos, hicieron del resentimiento y el odio sus dos principales excusas para perseguir y encarcelar a los republicanos. Venezuela empezó a vivir un tiempo de oprobio ante la mirada atónita e impotente de hombres cultos y civilizados como Heredia, que no entendieron las razones para no respetar lo que previamente se había acordado en la Capitulación:

---

195 Frase que se le atribuye a Antoñanzas, gobernador militar del oriente del país y que participó activamente en las primeras represiones para luego reconvertirse en un preocupado gobernante favorable a respetar los acuerdos que otorgaban el perdón y el olvido a las personas identificadas con la causa republicana.

196 La Regencia cometió el grave error de legitimar un acto de insubordinación como el que llevó a cabo Monteverde, rindiéndose a las evidencias de sus triunfos, nombrándolo capitán general y presidente de la Real Audiencia de Caracas en septiembre de 1812.

> El disgusto, que pública o indiscretamente explicaban los españoles exaltados contra la aprobación de la capitulación, podía producir un choque entre los dos partidos, que encendiese la guerra civil.[197]

La historiografía tradicional venezolana muy poco se ha ocupado de la contrarrevolución realista del año 1812, donde el contingente canario tuvo un importante protagonismo.[198] Los testimonios de muchos contemporáneos nos indican que fue el grupo realista más activo en cobrar represalias en contra de los republicanos. En el fondo, lo que hubo fue una lucha de intereses entre los dos sectores blancos con mayor arraigo dentro de la sociedad venezolana. Mientras que la élite criolla blanca apenas representó a 2500 individuos, los canarios criollos, también conocidos como «blancos de orilla», llegaron a ser 190 000 personas, en su mayoría resentidos por el desplazamiento social en que se encontraron ante los mantuanos. Además, muchos alegaron que su condición de hombres blancos «puros» les hacía racialmente superiores a muchos blancos criollos «mezclados» y no entendían las razones para desempeñar oficios y trabajos de poco lustre.

En 1811, días después de que los criollos declararon la Independencia, un grupo de canarios reaccionó en contra del Gobierno «revolucionario» y fueron reprimidos. La llamada «revolución de los isleños» no fue más que un conato de pulperos y pequeños comerciantes descontentos ante la prepotencia y los desplantes de los criollos, que ahora ocupaban el poder y que les increpaban para que se integrasen al partido de la revolución. El arzobispo Coll y Prat nos lo refiere de la siguiente manera:

> […] había ocurrido el triste acontecimiento de unos Canarios necios, que sin plan ni concierto, y de un modo todavía más impotente que el de la revolución de los Linares en octubre de mil ochocientos diez, se arrojaron a una especie de motín que puso en consternación a todas las familias.[199]

La represión criolla no se hizo esperar y, con unos piquetes de pardos, lograron llevar a la cárcel a un buen número de ellos; posteriormen-

---

197 Heredia, *Memorias del Regente Heredia,* p. 117.

198 Existe un llamativo estudio del historiador británico J. Lynch titulado «Los Blancos Pobres de Hispanoamérica: Inmigrantes Canarios en Venezuela, 1700-1830», publicado en su obra América Latina, entre Colonia y Nación, 2001; véase pp. 95-116.

199 Coll y Prat, *Memoriales sobre la independencia de Venezuela,* p. 172.

te, algunos fueron incluso ahorcados. El «partido canario», favorable al realismo, había hecho su irrupción. Desde entonces, solo tendrían que esperar que las circunstancias les fueran favorables para tomarse la «revancha» en contra de los republicanos. La irrupción de Monteverde, él mismo canario de origen, creó las condiciones idóneas para que los isleños lideraran la contrarrevolución frente a la Primera República. Los jefes realistas que acompañaron a Monteverde todos fueron canarios, a excepción de Boves, y todos ellos se caracterizaron por su ferocidad en la represión contra los «insurgentes». Rosete, Antoñanzas, Yáñez y Morales fueron canarios y tuvieron pocos problemas en sumar adeptos a la causa que defendieron, atrayéndose a las personas de sus pequeños ejércitos, con el incentivo del lucro a través del saqueo de bienes y propiedades republicanas.

El «complot» canario, con la venia de Monteverde, creó el 4 de diciembre de 1812 una Junta de Proscripciones para actuar sobre los adversarios y opositores civiles y militares, compuesta por las siguientes personas: don Domingo Monteverde, capitán general, isleño; don Fernando Monteverde, tío del anterior, hacendado, isleño; don Manuel del Fierro, entonces coronel de milicias y luego gobernador de Caracas, isleño; don Gonzalo Orea, comerciante en quiebra, isleño; don Antonio Gómez, médico, isleño; fray Juan José García, de Santo Domingo, isleño; don Vicente Linares, casado con isleña; don Esteban Echezuria; don Pedro Lamata; don Jaime Bolet; don Manuel Tejada; don Manuel Rubín, todos ellos comerciantes europeos; don Pedro Benito, oidor; don Antonio Tiscar, oficial de Marina, y el marqués de Casa León, europeos y, finalmente, don Luis Escalona, el abogado Oropesa y los presbíteros don Antonio Rojas y don Manuel Maya, caraqueños.

Monteverde, luego de su llegada a Caracas, hizo del «partido canario» su principal base de apoyo dentro de un Gobierno de carácter provisional, que luego fue legitimado por la Regencia y la Constitución de Cádiz:

> Los canarios, sin duda alguna, aprovecharon su oportunidad y recogieron las ganancias. Se vengaron de los criollos de clase alta y los denunciaron al gobierno español. Fueron principalmente canarios los que hicieron las listas de sospechosos, los que atraparon y los presentaron ante los tenientes de justicia canarios para que los encarcelaran. Los canarios emplearon su influencia sobre Monteverde para obtener nombramientos de puestos impor-

> tantes para los que no estaban suficientemente preparados. De este modo los isleños se convirtieron en oficiales del ejército, magistrados y miembros de la Junta de Secuestros.[200]

Monteverde y sus acólitos entendieron, muy pronto, que no podían volver a confiar en la élite criolla, ahora declarada enemiga irreconciliable. El círculo se había cerrado. La tradicional alianza y colaboración entre las élites blancas dentro de la colonia venezolana, que empezó a romperse luego de la conjura mantuana de 1808, llegó completamente a su fin en 1812. La Independencia de Venezuela, conflicto múltiple y diverso, se asumió como una confrontación entre la propia élite blanca, mientras que pardos, negros e indios fueron utilizados como «carne de cañón» en los distintos ejércitos que ambos bandos llegaron a crear. El espíritu jerárquico y excluyente de la sociedad colonial hispana se mantuvo vigente a lo largo de todo el conflicto en el trato que se dispensó a los sectores tradicionalmente excluidos. No obstante, estos no desaprovecharon la oportunidad, dentro del caos formado por el conflicto, en intentar algún tipo de promoción, pero no como grupo social organizado y con objetivos definidos sino como particulares.

Guerra civil

Heredia fue uno de los primeros testigos contemporáneos de los hechos de la Independencia de Venezuela en atribuir a la contienda el rasgo de guerra civil.[201] Para Heredia, los venezolanos eran todos súbditos del rey

---

200 Lynch, *América Latina entre Colonia y Nación,* p. 109.

201 El sociólogo positivista venezolano Vallenilla Lanz ha tenido el mérito de ser uno de los primeros en sistematizar y explicar la interpretación que ha sostenido que la guerra venezolana fue una contienda civil. Sus obras *Cesarismo democrático y otros textos, Disgregación e integración* y *El libertador juzgado por los miopes* son esenciales para un entendimiento sociológico, psicológico e histórico no solo de los años de la Independencia de Venezuela, sino de todo el siglo XIX, período que no es más que la continuación de la Guerra de la Independencia desde la confrontación y la consolidación del poder por parte de las distintas élites regionales que, acabado el conflicto en 1823, tuvieron que pugnar entre sí. No existe la menor duda de que la Independencia de Venezuela, como cualquier proceso revolucionario a lo largo de la Historia, no fue otra cosa que una lucha entre grupos y sectores de poder con la evidente aspiración de acrecentar sus intereses sociales, económicos y políticos. No solo fue una lucha con repercusiones locales; también se trató de una confrontación internacional en contra de una Metrópoli decadente y con la participación activa de potencias en auge como Inglaterra, Francia y Estados Unidos. La historiografía española se ha aferrado, de una ma-

español, y a aquellos que se habían pronunciado a favor de la Independencia y que ahora habían sido derrotados por Monteverde se les debía conceder el perdón y la rehabilitación necesaria para restaurar el clima de paz y la legalidad institucional. Lo contrario era seguir atizando los odios, rencores y las distintas formas de venganza, alentando la creación del «espíritu de partidos», haciendo irreversible una confrontación constante.

Narciso Coll y Prat

El arzobispo de Caracas, Narciso Coll y Prat, recién llegado de España luego de los sucesos del 19 de abril de 1810, mantuvo una posición privilegiada como observador de la Revolución venezolana en sus primeras fases.[202] La situación de este prelado no fue nada fácil e ilustra los sentimientos encontrados de la mayoría de los venezolanos que tuvieron que aprender a vivir en un tiempo de incertidumbre, donde realistas y republicanos se alternaron en el poder. Si bien la existencia de los dos «partidos» se fue consolidando con el fragor de la lucha, la gran mayoría

---

nera casi ciega, a la interpretación de la «Guerra Civil» para explicar el conjunto de procesos hispanoamericanos en su transición de colonia a república. Como recurso interpretativo es válido pero insuficiente y, además, al utilizarlo acríticamente, les ha servido como paliativo justificador de que solo fue una minoría la que llevó a cabo la Independencia a espaldas de las grandes mayorías partidarias de mantenerse bajo la Monarquía. Los mismos historiadores españoles, en general, le quitan importancia al hecho de que España, en ese momento, era una Metrópoli incapaz de manejar su Imperio de ultramar, y que esta situación creó las condiciones para los procesos revolucionarios americanos. Nos sobran las evidencias en los testimonios y documentos analizados del gran esfuerzo realizado por los funcionarios civiles y los jefes militares españoles en mantener las provincias de Venezuela al lado de la Monarquía, pero esos mismos testimonios son elocuentes e inequívocos en señalar las condiciones de desamparo y soledad respecto a España y cualquier esfuerzo importante y constante de esta en hacer valer su preponderancia sobre las fuerzas «rebeldes». La historia del realismo en Venezuela es la historia de un «partido» condenado a la derrota, debido a las circunstancias adversas tanto internas como externas a las que tuvo que hacer frente de manera infructuosa.

202 Narciso Coll y Prat (1754-1822) se mantuvo dirigiendo la Iglesia venezolana desde el año 1810 hasta 1816 cuando fue removido por Morillo. Fue un personaje a quien le tocó vivir una época turbulenta y que no supo definir con claridad sus posiciones políticas. Como muchos hombres de la Iglesia, fue un pragmático que se acomodó a las circunstancias del momento. De corazón monárquico, no tuvo reparos en tratar con los republicanos cuando estos arribaron al poder en 1813. Sus *Memoriales sobre la Independencia,* Caracas, 1960, conforman otro inapreciable testimonio realista sobre los primeros años de la contienda venezolana.

de las personas se mantuvo indiferente y al margen de una confrontación que solo les trajo dolor y desolación. La realidad y sus circunstancias fueron dictando los distintos reacomodos que tuvieron que hacer la mayoría de las personas con la finalidad de sobrevivir. Coll y Prat antepuso su fidelidad a la Iglesia, de la cual era cabeza en Venezuela, a la lealtad política con la monarquía. Al igual que Heredia, fue un hombre de paz formado dentro de los códigos del Antiguo Régimen y adepto a España, pero lo suficientemente flexible para tratar directamente con los republicanos y servir bajo sus Gobiernos. Esta conducta le fue censurada por muchos realistas por considerarla oportunista y desleal; tanto es así que Morillo le depuso de sus funciones y lo envió a España bajo el cargo de haber colaborado con el enemigo. Los *Memoriales* de Coll y Prat, publicados en España apenas llegaron ahí; no son otra cosa, al igual que otros testimonios de la misma índole, que su propia justificación y la defensa de sus actos ante la opinión pública y, sobre todo, una manera de lavar la «afrenta» que le causó la destitución de Morillo.[203]

Civiles contra militares

En cambio, para Urquinaona y Pardo, otro testigo de excepción de los sucesos que llevaron al triunfo y la caída de Monteverde en ese crítico año 1812, la coyuntura venezolana se explica por una ausencia de las masas populares al lado de los criollos que el 19 de abril proclamaron su intención de constituirse en provincia autónoma. Monteverde y sus colaboradores fueron incapaces de distinguir entre esa minoría blanca y el resto de la población generando, con sus actuaciones despóticas, el rechazo de todos.

Urquinaona y Pardo nos habla de «la imprevisión y pusilanimidad de los jefes» que, aprovechándose de la distancia que media entre la Metrópoli y las provincias de Venezuela, se erigieron en los dueños del país, violen-

---

203 Los historiadores venezolanos han encontrado virtudes en la conducta de Coll y Prat, al saber adaptarse a las circunstancias de una guerra cambiante. Armas Chitty ha alabado su moderación y talante diplomático y considera que hay que rendirle un sentido homenaje a su labor al frente de la Iglesia en Venezuela en esos terribles años, mientras que M. Briceño Iragorry, en algunos de sus escritos, lo ha presentado como simpatizante de la causa republicana.

tando todo el ordenamiento jurídico, sustento de la legitimidad y la legalidad del orden colonial antiguo que venía rigiendo antes de los sucesos del 19 de abril de 1810. Este funcionario fue reiterativo en su descripción del proceso y lo nefasto que fue para el Partido Realista el no respetar «el perdón y el olvido» que las Cortes gaditanas habían sugerido como política en el trato a los rebeldes. La violación de lo acordado en la capitulación traería como natural consecuencia el recrudecimiento del clima de desconfianza ya instalado entre los venezolanos.

Desde la Real Audiencia de Caracas, el regente José Francisco Heredia intentó, por todos los medios a su alcance, que la justicia española, tradicional y enmarcada bajo códigos legales, se impusiera sobre la arbitrariedad y el despotismo de Monteverde. Fue famoso en los meses finales del año 1812 el pleito entre la Real Audiencia de Caracas y el recién autoproclamado capitán general. Existe una interesante representación, con fecha de febrero de 1814, donde se recogieron las incidencias de este caso. Para los firmantes, la «pacificación» se logró por el apoyo entusiasta de los pueblos a favor del rey, pero que la arbitrariedad en el trato dado por los jefes militares vencedores ponía en entredicho la recta justicia que estaban acostumbrados a ejercer los magistrados desde los tribunales españoles. Que, si bien la guerra había traído tremendos desórdenes, eso no era excusa para prescindir de la Audiencia, como había hecho Monteverde en un principio. Esta situación de incertidumbre jurídica fue

> el principio de la ruina, que llorarán por muchos años aquellas Provincias; que entregados los pueblos al Gobierno de los Tenientes, Alcaldes y Cabildos que nombraba el mismo Jefe militar, se procedía por informes verbales a la prisión de los que se reputaban insurgentes enviándolos sin proceso ni formalidad a Coro, u otro pueblo seguro de los ya pacificados; sus bienes se embargaban por lo general sin inventario, o muy diminuto, depositándolos en personas sin responsabilidad conocida, y en este estado permanecían los reos, si no tenían quien agitase sus causas o su libertad.[204]

Españoles como Heredia estuvieron siempre dispuestos a servir de garantes de un sistema que consideraban justo y respetuoso de los bienes, la propiedad y la vida humana. Para ellos, la arbitrariedad en el trato dado a

204 A. G. I., Caracas, 62.

los republicanos fue la siembra de un odio implacable que traería ríos de sangre sobre el suelo de Venezuela:

> Que de estos procedimientos tiene mucha parte la arbitrariedad, eligiéndose por lo común para Jueces, Europeos que habían sido perseguidos; y por consiguiente debían tener interés en vengarse de los que los habían oprimido; que concluida la pacificación en virtud de la capitulación parecía que debían cesar las prisiones y los embargos y tratarse solo de examinar si los presos eran reos de la clase que en semejantes casos se entrega a la sanción penal, formarles sus causas, y juzgarles con brevedad, pero no fue así, pues continuaron con más furor, bastando solo o simples delaciones, o sumarios vagos de que eran de los llamados patriotas [...].[205]

Si bien es cierto que realistas como Heredia y hasta el mismo Urquinaona y Pardo le imprimen un toque de humanismo e integridad a una época donde los valores poco importan sobre las exigencias e imperativos de una guerra despiadada, su protagonismo, al igual que el de hombres de su misma condición y talante, estuvo completamente eclipsado por otros de carácter feroz que hablaban el lenguaje del cuchillo. Los lobos se comieron a las ovejas. Y, en una contienda donde las «leyes» de la guerra brillaron por su ausencia y las instituciones coloniales colapsaron, de muy poco valió la retórica y las buenas intenciones. Solo los grandes y audaces jefes de uno y otro bando, haciendo acopio de una brutalidad y crueldad desmedida, llegaron a prevalecer; entre ellos, Monteverde.

Para los partidarios de Monteverde, los bienes y las propiedades de los republicanos fueron confiscados para poder indemnizar los gastos de la expedición «pacificadora». La persecución fue muy grande y los presos numerosos; las bóvedas de los castillos en La Guaira y Puerto Cabello fueron insuficientes para albergar a tantos detenidos.[206] Esta persecución violó lo

---

205 Ib.

206 «Así se hallaban reos sin causa, otros cuya procedencia se ignoraba; otros que no se sabía quién los mandó prender; otros que el que los prendió no podía dar razón del motivo de su prisión; reos que no se sabía dónde paraban, ni quién los puso en libertad; otros que tenían causa formada y remitida a la Audiencia y se han hallado puestos en libertad y reos excarcelados bajo fianza o sin ella, sin saberse la calidad ni la gravedad de sus delitos. Que la Audiencia no ha podido conseguir formar un estado de los bienes embargados, porque unos lo han sido en virtud de procedimiento anterior o posterior, y otros sin procedimiento alguno. Los dueños de unos están presos y en el embargo de otros se ha prescindido absolutamente de las personas, en términos que ni se ha podido hacer

establecido en la capitulación y las principales proclamas y promesas hechas por Monteverde en su entrada triunfal a la ciudad de Caracas, y todo ello puso en entredicho la honorabilidad española. Con el restablecimiento del Tribunal de la Real Audiencia, el 3 de octubre de 1812 en la ciudad de Valencia, se pudo por fin albergar algún tipo de esperanza en resarcir el daño que las persecuciones y los abusos habían traído sobre muchas personas inocentes:

> Yo me lisonjeaba con la esperanza de que el restablecimiento de la Audiencia podría variar el estado de las cosas, y restituir la opinión perdida si desaprobaba lo hecho y sostenía para en lo sucesivo la observancia de la capitulación.[207]

De acuerdo con las Cortes, en su Decreto del 24 de septiembre de 1810, se estableció que las causas de infidencia solo debían resolverse a través de la Real Audiencia. Tanto el comisionado regio Cortabarría desde Puerto Rico como el capitán general Miyares instalado en Maracaibo le reclamaron a Monteverde en su momento el respeto de la legalidad como fundamento de una vuelta a la normalidad sin tantos traumatismos. Monteverde, finalmente, cedió a las presiones del sector más moderado dentro del realismo, siempre y cuando se le reconociese como el principal jefe político y militar de Venezuela. El Tribunal de la Real Audiencia trabajó infatigablemente por hacer que la justicia terminara por prevalecer ante el caos y el desorden de expedientes y sumarios. La desinformación en los distintos casos fue una situación casi irresoluble y, al final, Monteverde desconfió de las actividades del Tribunal, ya que veía surgir conspiraciones por todos lados que solo podían detenerse haciendo uso de la fuerza represiva:

> En el corto lapso de tiempo que ejerció la dictadura —un año— imaginó cinco revoluciones, que no estallaron nunca ni podían estallar porque solo existían en su pobre cerebro, atormentado de miedos pueriles, de vagos temores, de fantasías de sangre. No dormía. No vivía. Las Euménides lo persiguen, como a Orestes, y llenan sus noches de pavura. Entonces sí fue él quien dictó listas de proscripción e hizo prisiones sin cuento.[208]

---

dar cuenta a los depositarios», Urquinaona y Pardo, *Manifestación de las calumnias producidas por el Excmo. Sr. D. Domingo Monteverde y el Sr. Andrés Level de Goda,* pp. 100-101.

207 Heredia, *Memorias del Regente Heredia,* p. 79.

208 Blanco Fombona, «El Capitán General Don Domingo de Monteverde», *Boletín de la Academia Nacional de la Historia,* Caracas, s. f., p. 122.

Esta obsesión persecutoria de Monteverde de encontrar a adversarios y conspiraciones en todos lados, en su mayoría imaginarias, fue un excelente pretexto para perseguir y reprimir a sus adversarios y opositores. La autoridad de Monteverde, desde el punto de vista legal y real, siempre fue precaria y solo pudo sostenerse a través del acompañamiento de sus paisanos canarios, la mayoría de ellos gente resentida y sin ninguna preparación en los asuntos administrativos y de dirección dentro del Gobierno.

Las comisiones militares estuvieron a la orden del día para dirigir las persecuciones y detenciones violentando el estado de derecho y el curso normal de la justicia, que era representada por los tribunales ordinarios presididos por civiles. Para ello, Monteverde se justificaba en proclamas como la emitida el 15 de febrero de 1813, dirigida a los habitantes de Caracas:

> La divina Providencia que preside vuestros destinos, ha descubierto una horrible conspiración que iba a envolveros promiscuamente en las ruinas de las autoridades constituidas y en estragos más espantosos que las desgracias pasadas. El brazo del Altísimo ha detenido el golpe del puñal asesino, cuando iba a descargarse sobre muchas cabezas inocentes que no tienen para los malvados otro delito que su lealtad a la Nación española […]. Mi celo y mis desvelos se redoblan para vuestra seguridad. Una comisión militar se acaba de promulgar para obrar con la debida prontitud y salvar del peligro vuestras vidas y propiedades. Descansad sobre mis esfuerzos; entre tanto vivid sin inquietud, pues la libertad de los inocentes y su individual seguridad no es menos deseada para mí en estos momentos que el castigo y el escarmiento de los criminales.[209]

Monteverde alegó ante sus críticos y detractores dentro del realismo que la falta de tropas europeas siempre fue un impedimento para garantizar el orden y la paz; que la mayoría de sus tropas estaban formadas por la clase de los pardos y que estos eran poco confiables; que el acatamiento de la Constitución de 1812 que él mismo había jurado en acto público no solo expresaba el respeto y la libertad del ciudadano, sino también la seguridad de los derechos del trono y la tranquilidad de los pueblos; en consecuencia, había ordenado remitir a la Península a peligrosos reos que habían sido dirigentes de la revolución, entre ellos al mismo Miranda.[210] También

---

209 Proclama de don Domingo de Monteverde a los habitantes de la Ciudad de Caracas el 15 de febrero de 1813, en Urquinaona y Pardo, *Manifestación de las calumnias producidas por el Excmo. Sr. D. Domingo Monteverde y el Sr. Andrés Level de Goda,* p. 109.

210 A. G. I., Caracas, 62.

señaló que Miranda y otros partidarios de los insurgentes fueron detenidos antes de fugarse con los caudales del Estado y que tuvo que dejar en libertad a otros importantes cabecillas, como el mismo Bolívar, porque habían colaborado en detener a Miranda en su proyectada huida.

La historiografía venezolana abunda en terribles juicios ante la «traición» de Monteverde hacia Miranda y lo estipulado en la capitulación. Pero, de acuerdo con el historiador García Chuecos, Miranda no cumplió el compromiso adquirido en la capitulación de San Mateo, al marcharse sin firmar el acta definitiva, que debía hacerse en Caracas.[211] El mismo Monteverde ofrece una versión parecida, donde demuestra el desprecio por su rival, a quien acusa de ladrón de los dineros del Estado:

> En el augusto nombre del señor don Fernando VII, Rey de España y de las Indias y de las Cortes extraordinarias y generales del reino, y como comandante en Jefe de las armas de S. M. en estas provincias me dirijo a Vms. incluyéndoles una copia auténtica del convenio celebrado y concluido entre mí y el Jefe militar de las armas de Caracas, sin que extrañen Vms. la falta de concurrencia de dicho Jefe que pudiera parecerles necesaria, porque después que dejó las cosas en esta capital en estado de su entrega, *intentó embarcarse sin presenciarla,* llevándose consigo algunos caudales e intereses del Estado, por cuya razón su subalterno el comandante militar de la Guaira le detuvo la salida, igualmente que a otros que consideró cómplices en la misma falta y permanecen asegurados en aquella plaza.[212]

Monteverde, primer caudillo de Venezuela

El 3 de septiembre de 1812 Monteverde fue nombrado capitán general de la provincia de Venezuela y presidente de la Real Audiencia de Caracas. La Regencia española, órgano de Gobierno débil e improvisado, se rindió a los hechos para legitimar, con este nombramiento, la insubordinación y usurpación de Monteverde. El mal ejemplo de Monteverde será seguido por muchos otros jefes y audaces caudillos realistas que, ante el vacío

---

211 H. García Chuecos, *Estudios de Historia Colonial Venezolana; Gobernadores y Capitanes Generales de 1810 a 1821,* Caracas, s. f.

212 Don Domingo de Monteverde en representación dirigida al Gobierno intruso de Cumaná, Caracas, 5 de agosto de 1812, en Urquinaona y Pardo, *Manifestación de las calumnias producidas por el Excmo. Sr. D. Domingo Monteverde y el Sr. Andrés Level de Goda,* p. 24 (la cursiva es nuestra).

de la legalidad, impondrán sus propias prerrogativas. Ya Salvador Moxó, capitán general de Venezuela en 1816, lo advirtió en una representación dirigida al rey en que intentó defenderse de las acusaciones que le imputaba Morillo y que le obligaron a abandonar el cargo:

> El general Emparan fue depuesto por los revolucionarios de Caracas: el general Miyares que se siguió fue echado del país por don Domingo Monteverde que luego fue su sucesor y al año y medio fue este depuesto por el pueblo de Puerto Cabello y embarcado para una Isla extranjera. Enseguida fue nombrado el general Cajigal y no lo reconocieron los comandantes Boves y Morales usurpándole el mando de la provincia y al fin lo hizo salir para España el general Morillo igualmente que al brigadier Ceballos que ejercía la capitanía general interina, y por fin a mí que he sucedido a todos estos despojos violentos, se me depone también en medio de provocaciones e insultos y se me obliga a dejar el pueblo que V. M. me confió. Y con estos ejemplos tan funestos ¿cuál puede ser el estado de la autoridad legítima?, ¿cuál el respeto? Si tan repetidos atentados quedaron hasta ahora impunes, ¿cuál será la esperanza del remedio en lo sucesivo?[213]

La administración de Monteverde fue fugaz e intrascendente en realizaciones de auténtico gobierno. Al igual que muchos otros jefes militares, su audacia y una buena dosis de suerte lo llevaron a la cima del poder en Venezuela, aprovechándose del caos peninsular y la debilidad de una sociedad venezolana desestructurada por la conmoción revolucionaria iniciada en abril de 1810.

Monteverde fue el primer «pacificador» realista de Venezuela y su triunfo en el año 1812, a pesar de haber sido contundente, no contó con el apoyo unánime de los otros jefes realistas en Venezuela:

> Siguió así el país dividido en dos: Coro, Maracaibo y Guayana, fieles a Miyares; y la región central, con Caracas y Barinas y Cumaná al este, ocupadas por Monteverde. Cambiaron pabellones y divisas, pero quedó la anarquía.[214]

---

213 A. G. I., Audiencia de Caracas, 110. El capitán general, presidente y gobernador de la provincia de Venezuela, don Salvador de Moxó, «Eleva a V. M. su queja sobre los procedimientos y ultrajes del General Morillo contra su persona y autoridad, y pide a V. M. el relevo de este destino, la formación de causa para su vindicación, y el justo desagravio de la ofensa inferida…», Caracas, 30 de junio de 1817.

214 Madariaga, *Bolívar,* p. 323.

Para la historiografía venezolana más al uso, Monteverde fue un caudillo cruel que cometió hechos abominables, siendo él mismo, con sus acciones, uno de los principales artífices de la «guerra a muerte».[215] Pero un acercamiento menos apasionado nos indica que Monteverde, si bien no fue ningún político sagaz y mucho menos un estadista, sí fue un eficaz y activo jefe militar que logró una rápida adaptación al medio en que luchó, convirtiéndose en un indiscutido caudillo a través de la represión sobre sus opositores. Monteverde inauguró la tradición personalista y autócrata de los hombres de poder en Venezuela.

Las provincias orientales

La situación de las provincias orientales fue de quietud y orden mientras estuvo de gobernador el coronel Emeterio Ureña que, de acuerdo con el testimonio de Urquinaona y Pardo, fue un hombre probo y honrado dispuesto a cumplir con lo estipulado en la capitulación y las promesas de perdón y olvido sobre los partidarios del republicanismo. Monteverde, desde Caracas, inseguro de su propia autoridad, entró en conflicto con Ureña acusándolo de adoptar medidas tibias en contra de los republicanos. Si, en el centro del país, el partido canario fue el más activo en las venganzas y persecuciones, en el oriente lo fueron los catalanes, quienes, arruinados por los republicanos, ahora clamaban por la cabeza de los venezolanos.

Ureña tuvo que enfrentar la incómoda situación de que Monteverde desconfiase de sus actos de Gobierno en Cumaná y que le nombrasen a

---

215 Blanco Fombona, en un trabajo que le dedicó a Monteverde, ha señalado que este aplicó el título de traidores a los insurgentes venezolanos de acuerdo con el código alfonsino de *Las Partidas* que, en uno de sus apartados, señala lo siguiente: «Cualquiera que la cometa de alguno de los modos dichos en la Ley anterior, diese ayuda o consejo para hacerla debe morir por ello, y sus bienes serán de la cámara del Rey, sacando la dote y las deudas contraídas antes de empezar a ocuparse de la traición; sus hijos varones quedarán infamados por siempre de manera que no podrán ser caballeros, tener dignidad y oficio, ni heredar a persona alguna ni percibir mandas». El mismo Blanco Fombona hace la observación de que José Bonaparte, desde el trono que usurpó a Fernando VII, aplicó *Las Partidas* en contra del pueblo español levantado en armas contra el invasor francés. No hay que olvidar que el movimiento juntista criollo fue, en un principio, favorable al autonomismo sin llegar a romper con la Monarquía. Véase Blanco Fombona, «El Capitán General Don Domingo de Monteverde», pp. 105-128.

Francisco Javier Cerberiz en comisión especial para garantizar la seguridad pública. Este Cerberiz se hizo célebre por sus actos de crueldad y los encarcelamientos de muchas personas inocentes por la sola sospecha de ser simpatizantes de la efímera Primera República. La arbitrariedad, los excesos y los desafueros de Cerberiz hicieron impopular la causa española entre la mayoría de los orientales. El mismo Ureña se quejó repetidas veces ante el Tribunal de la Audiencia y las autoridades en la Península sobre la violación de las más elementales normas de la seguridad pública dentro del marco legal y el desacato a su propia autoridad por parte de Cerberiz y su tropa. Monteverde, creyendo desairadas sus órdenes ante las observaciones realizadas por Ureña, no lo apoyó y, finalmente, lo destituyó en los primeros meses de 1813, reemplazándolo por Eusebio Antoñanzas, su segundo oficial de confianza en la campaña que lo llevó triunfante hasta Caracas.

Con Antoñanzas se estableció en la práctica un Gobierno *de facto* en todo el oriente del país; Monteverde anuló provisionalmente los tribunales de la Audiencia y las persecuciones se hicieron con toda impunidad. Otro oficial, Antonio Zuazola, irrumpió en la zona y sus tropelías fueron aún más crueles que las de sus antecesores:

> En el expediente promovido de oficio en Cumaná en el año de 1813 para justificar las atrocidades cometidas por Zuazola, el soldado Esteban Guevara que sirvió a sus órdenes declara: «que al salir de aquella ciudad les ofreció el Gobernador un peso fuerte por cada oreja de los insurgentes; que el comandante Zuazola les dio la orden de cortarlas y que no dejaron viviente después de la acción de Aragua». El soldado Manuel Villafaña añade: «que sacaron a muchos que estaban escondidos en las haciendas y luego los mutilaron y los mataron». José Calvo dice: «que él mismo se ocupó en sacar a los escondidos que fueron degollados y que habiendo encontrado a un herido dieron parte a Zuazola y lo mandó matar allí mismo, como así lo ejecutaron».[216]

216 Urquinaona y Pardo, *Manifestación de las calumnias producidas por el Excmo. Sr. D. Domingo Monteverde y el Sr. Andrés Level de Goda,* pp. 54-55. No hay duda de que Urquinaona y Pardo es un testimonio documental reiteradamente utilizado en este apartado debido a su significación como testigo directo de los acontecimientos que se describen y explican. Su valor como fuente es de primera magnitud, ya que fue uno de los muy pocos realistas que dejaron consignadas sus impresiones sobre el arribo al poder de Monteverde; además, su utilización, que sepamos, ha sido siempre marginal.

Cerberiz, Antoñanzas y Zuazola se comportaron más como esbirros que como oficiales representantes de la legalidad que asumió sobre su persona el Gobierno de emergencia presidido por Domingo de Monteverde. Este trío creó, con sus persecuciones y actos arbitrarios, la repulsa de la población, en su mayoría indiferente a la lucha entre partidos y las vicisitudes de la guerra, pero sí muy sensible al tipo de trato recibido por cualquiera de los beligerantes.

La oposición armada no se hizo esperar en las personas de los caudillos venezolanos Mariño, Bermúdez y Piar quienes, desde las islas extranjeras adyacentes a la costa donde habían encontrado refugio, emprendieron una expedición militar para recuperar el oriente del país. En los primeros días de agosto de 1813, Mariño atacó la ciudad de Cumaná, y Antoñanzas, principal jefe militar realista en la zona, la defendió sin fortuna; en el fragor del combate, fue herido y sus partidarios lo embarcaron hacia Curazao, para evitar que cayera prisionero; pocos días más tarde, murió al no podérsele curar sus heridas.

Eusebio Antoñanzas, desde su cargo de gobernador militar de las provincias orientales, tuvo serias desavenencias con el gobernador político de la zona, don Andrés Level de Goda, nombrado por las Cortes de Cádiz en los últimos meses de 1812. Ambos se dedicaron a desacreditarse mutuamente en un enfrentamiento estéril, que puso en evidencia la precariedad del marco legal en el que se fundamentaba la autoridad de los gobernantes realistas en Venezuela.

Urquinaona y Pardo ofrece, en su testimonio, el talante de esta disputa entre ambos gobernantes, que muy bien refleja las profundas rivalidades que existieron entre los militares y civiles, conflicto constante y pernicioso a los intereses del realismo y que estuvo presente a lo largo de toda la guerra.[217]

A su vez, Urquinaona y Pardo no disimuló la animadversión que le tuvo a los actos de Gobierno llevados a cabo por Level de Goda, con quien se pleiteó a través de un folleto publicado en Madrid en el año 1822. Urquinaona y Pardo, funcionario encargado por el Gobierno español a mediar en la Costa Firme entre las partes enfrentadas, le censuró sus desplan-

217 Ib., pp. 58 y ss.

tes y el avasallamiento que intentó imponer sobre sus subordinados, así como la malversación de los fondos públicos:

> Fácil es conocer por estas muestras que don Andrés Level de Goda no era el Jefe político que había de amortiguar los resentimientos, conciliar los ánimos y restablecer la paz y concordia de los vecinos. No bien satisfecho con agraviarlos del modo más injurídico, mezclándose en demandas incompetentes, y exigiendo el tratamiento de señoría, que ni las Cortes, ni la Regencia le habían declarado, ni podrían tributarle sin violencia los testigos presenciales de su condición, y anteriores procedimientos, pasó su altanera acrimonia al extremo de provocar los choques más funestos con el gobernador militar don Eusebio Antoñanzas en la contestación descomedida que le dio al oficio siguiente.[218]

Los caudillos y sus «patriecitas»

La falta de gobierno creó un vacío de poder que fue llenado por caudillos regionales y provinciales, quienes convirtieron sus respectivos territorios en auténticos feudos y pequeñas patriecitas. Como en el caso de Margarita, la más importante isla del territorio venezolano, lugar donde se enseñoreó el teniente coronel Pascual Martínez. Este, en un principio, estuvo bajo el mando de Monteverde, quien lo nombró gobernador, pero luego llegó a afirmar que la autoridad sobre «su isla» solo recaía en él y que no había ni más Audiencia ni más capitán general ni más Fernando VII que su propia persona y voluntad. Las persecuciones y encarcelamientos de Pascual Martínez sobre los líderes republicanos trajeron como consecuencia un estado de conmoción en toda la isla, haciendo que la población se opusiera a las arbitrariedades del Gobernador realista.

Juan Bautista Arismendi, el más importante líder de la causa republicana en la isla de Margarita y uno de los jefes más estigmatizados y denostado por el realismo a lo largo de la contienda como bárbaro y desmedidamente cruel,[219] alimentó todo su resentimiento y odio hacia los españoles por las vejaciones sufridas en la cárcel, donde lo envió Martínez junto a sus familiares:

---

218 Ib., p. 60.
219 Los hechos y actuaciones de Arismendi durante la guerra confirmaron esa opinión.

> Ni Arismendi ni los demás vecinos, ni el terreno estéril de la pequeña isla Margarita habían figurado antes ni en todo el tiempo de la insurrección de 1810, ni hicieron otro papel que el de espectadores pasivos de los sucesos de Caracas. Las violencias y barbaries del Bajá Martínez convirtieron a Arismendi en un monstruo sediento de sangre humana, hicieron un espartano de cada isleño, y un baluarte de cada punto defendido por el odio y la desesperación.[220]

Martínez acabó como la mayoría de los caudillos al sufrir una mengua en las fuerzas con las que sostenía su despotismo, es decir, sufriendo las mismas represalias de las personas a quienes maltrató y persiguió. El 12 de junio de 1813 se levantaron los margariteños en contra de los realistas y Arismendi, líder de la revuelta, tomó preso a Martínez y, luego de seguírsele un juicio, se le condenó a muerte.[221] A partir de entonces, la isla de Margarita se convertiría en un auténtico bastión republicano y tumba inefable de las tropas de Morillo que, en 1817, intentaron su reconquista junto con los refuerzos traídos desde la Península por Canterac.

Provincia de Guayana

En Angostura, las autoridades realistas, encabezadas por el gobernador don Matías Farreras, estuvieron prácticamente aisladas de sus aliados y compañeros de causa en el resto del país. Para los guayaneses, fue un imperativo el poder mantener abiertas las comunicaciones con el exterior, a través del control de los principales ríos afluentes del gran Orinoco y, de esta manera, garantizar los necesarios suministros de alimentos y pertrechos de guerra para resistir cualquier movimiento ofensivo de los enemigos, tanto por el este, en la zona de los llanos, como en el oeste y norte, donde se encontraban las provincias orientales ganadas desde muy temprano a la causa republicana y con el indisimulado apoyo de las posesiones extranjeras vecinas, especialmente las inglesas.

Era vital el control del delta del Orinoco y sus principales caños para mantener un mínimo de contacto con la lejana Metrópoli; para ello fue necesario mantener a tono y operativas las llamadas fuerzas «sutiles», con-

---

220 Urquinaona y Pardo, *Manifestación de las calumnias producidas por el Excmo. Sr. D. Domingo Monteverde y el Sr. Andrés Level de Goda,* pp. 80-81.

221 Bencomo Barrios, *Diccionario de Historia de la Fundación Polar,* p. 845.

formadas por pequeñas y medianas embarcaciones de ágil navegación y maniobra en los vericuetos de un laberinto de ríos.

Los acontecimientos ocurridos en Angostura evidencian el localismo de un conflicto que casi nunca dejó de ser provincial. La Independencia no fue más que un conflicto a gran escala, pero dirimido localmente. Las fuerzas enfrentadas siempre fueron pequeñas en comparación con los gigantescos escenarios en donde se desarrolló la pugna.[222]

Las capitales provinciales eran los lugares más apetecidos, debido a su importancia como centros donde se concentraban los órganos de dirección gubernamental y administrativa. Caracas fue la ciudad más importante por su rango de cabeza de la Capitanía, pero luego le siguieron ciudades como Maracaibo, Valencia, Cumaná y Guayana, todas ellas encargadas de dirigir una importante zona o *hinterland* económico-comercial conectado a una salida con el exterior a través de un puerto. Estas ciudades enclave, en su mayoría ubicadas en la costa en dirección al mar Caribe, se hicieron, con el tiempo, cada vez más autónomas de la Metrópoli y empezaron a funcionar como «naciones independientes», solo unidas entre sí por frágiles vínculos jurídicos y administrativos que las largas distancias y la inhóspita naturaleza se encargaban de borrar. La crisis metropolitana acentuó aún más el localismo provincial criollo y las aspiraciones de este por cortar toda atadura que limitase el acrecentamiento de sus intereses económico-comerciales y políticos. Si bien el realismo se concentró en ciudades como Maracaibo, Coro y Guayana, toda la lucha se orientó a tener controladas las zonas adyacentes a la gran capital: Caracas, centro director de la provincia más rica económicamente hablando de todas las de Venezuela y asiento de los dos más importantes puertos: Puerto Cabello y La Guaira.

Bolívar no cejó en su empeño por ocupar Caracas después de la debacle del año 1814 y sus intentos infructuosos lo convencieron de que el realismo

222 Mientras que, en Europa, con las campañas napoleónicas se movilizaron ejércitos de hasta 700 000 hombres, en Venezuela, los enfrentamientos fueron de una proporción muy modesta. El bajo nivel demográfico de América para ese entonces puede explicar esta situación. La batalla de Ayacucho en 1824, que decretó la derrota completa del realismo en el continente americano, fue peleada por 9000 soldados realistas contra 6000 republicanos. Y, en la batalla de Carabobo, que selló el triunfo de Bolívar en Venezuela, se enfrentaron apenas 6000 republicanos contra un poco más de 4000 realistas, bajo el mando del mariscal de campo don Miguel de la Torre.

había que debilitarlo desde la periferia, empezando por el estratégico emplazamiento de Guayana, asiento de numerosas misiones de capuchinos y de los impresionantes ramales del río Orinoco, que permiten una rápida comunicación a todo lo largo del sur de Venezuela. En cambio, Morillo sí pudo hacerse fuerte en los alrededores de Caracas a partir del año 1817, luego de haber descubierto que la guerra venezolana no podía ganarse con la facilidad que, en un principio, había creído. Margarita y Guayana fueron las dos más importantes debacles realistas que llevaron a Morillo a plantearse una lucha de carácter defensivo, ante la imposibilidad material de reconquistar ambos centros urbanos, como más adelante estudiaremos.

En el caso del occidente del país, basta con mencionar que las fuerzas realistas mantuvieron una actitud expectante alrededor de los bastiones de Coro y Maracaibo.

Contraofensiva militar republicana en el año 1813

Ya en el año 1813, la reacción republicana no se hizo esperar y el ataque se realizó desde una doble tenaza. Santiago Mariño, desde el oriente, logró tomar Maturín y, desde allí, empezó a hostilizar a las fuerzas realistas acantonadas en esa zona del país, mientras que Bolívar, desde la Nueva Granada y con un ejército de colombianos y venezolanos, tomaba la ruta de occidente para dar comienzo a su famosa como sobredimensionada «Campaña Admirable».[223]

Monteverde creyó ingenuamente que el «paseo triunfal» de los primeros meses del año 1812 se iba a repetir. Su primera decisión fue embarcarse con 300 efectivos el 21 de abril de 1813 desde el puerto de La Guaira y marchar a contener a los republicanos en el oriente. El 3 de mayo arribó a Barcelona, aumentando su columna con 500 hombres y, ya el 25 de mayo, frente a la ciudad de Maturín, sufre una estruendosa derrota a manos del republicano Manuel Piar. Todo el prestigio militar de Monteverde quedó enterrado en esa trágica acción:

---

223 Para un estudio completo sobre la «Campaña Admirable» de Bolívar en el año 1813 desde el punto de vista republicano, véase L. Iribarren Celis, *La Campaña Admirable,* Caracas, 1963.

> El 14 de mayo último salió de la ciudad de Caracas el Capitán General D. Domingo Monteverde para la Provincia de Cumaná y el 25 del propio atacó al pueblo de Maturín en dicha Provincia donde estaban reunidos los insurgentes, toda nuestra tropa de línea fue derrotada, y tuvo que regresarse […], apenas llegó a ella vino la noticia de que una expedición de insurgentes formada en Cartagena estaba ya a pocas jornadas de Caracas.[224]

Monteverde cometió el caro error de subestimar al enemigo al que tenía pensado someter; basta con detenernos en el arrogante ultimátum que dirige a los republicanos en Maturín antes de emprender la batalla para comprobarlo:

> Son muy conocidas la humanidad de mis sentimientos y la moderación de la reconquista en todos los pueblos de Venezuela que no se ha obstinado en volver de sus extravíos y reconocer a su legítimo Soberano. Si la guarnición y jefes de ese pueblo desgraciado prosiguen en su obstinación, y no se entregan en el espacio de dos horas para evitar toda efusión de sangre de los miembros de una misma familia y de una misma nación, serán abandonados por mí al furor irresistible de mis soldados que ansían por vindicar el honor de las armas nacionales y por destruir a los enemigos de la paz, de la justicia y de la felicidad de estas poblaciones pacíficas, etc. Campo frente de Maturín, 25 de mayo de 1813. Domingo de Monteverde. A los Comandante o Comandantes en lo militar y político de Maturín.[225]

Los testigos de la batalla de Maturín nos refieren que el dispositivo republicano se encontró hábilmente fortificado y que Monteverde desestimó esas defensas, así como la capacidad de reacción de las tropas de Piar, sobre todo de la caballería:

> Enseguida se rompió el fuego, y a la primera descarga, quedaron destrozadas las filas de Monteverde, sobre cuyas miserables reliquias cargó la caballería, quedando todo en poder de los disidentes a excepción de Monteverde y muy pocos que pudieron escapar por medio de una fuga vergonzosa y precipitada.[226]

---

224 A. G. I., Correos, 54B. Bartolomé de Azparren, administrador principal de Correos en Caracas, Coro, 19 de agosto de 1813.

225 Domingo de Monteverde en Urquinaona y Pardo, *Manifestación de las calumnias producidas por el Excmo. Sr. D. Domingo Monteverde y el Sr. Andrés Level de Goda,* p. 138.

226 Urquinaona y Pardo, *Manifestación de las calumnias producidas por el Excmo. Sr. D. Domingo Monteverde y el Sr. Andrés Level de Goda,* p. 139.

> Fue tan estrepitosa la derrota sufrida por Monteverde que, en sus partes a don Juan Tiscar, su interino en el mando de Caracas, se contradice sobre lo ocurrido estableciendo absurdas excusas e intentando minimizar el descalabro. Según Urquinaona y Pardo, Monteverde se retiró apresuradamente del frente oriental, ya no solo por el acoso de los republicanos sino para enfrentar los rumores sobre una conspiración por parte de Tiscar para arrebatarle el mando. Monteverde, apenas arribó a Caracas, depuso a Tiscar y nombró como gobernador de la ciudad al anciano brigadier Fierro.

Consolidado nuevamente el «control» de los resortes del poder en la capital, Monteverde ordenó a sus subalternos detener y derrotar a Bolívar junto con su ejército de neogranadinos y venezolanos. Toda la fuerza realista acantonada en el occidente del país y que se estuvo preparando para un frustrado proyecto de invasión sobre la Nueva Granada tuvo que ceder ante el empuje republicano que aprovechó la negligencia de los jefes realistas. Cada uno de los oficiales realistas con tropas a su mando fue derrotado inapelablemente:

> En Barinas tenía el Rey un ejército de más de dos mil y quinientos hombres bien armados y disciplinados al mando del Capitán de Fragata Don Antonio Tiscar, quien si hubiese tenido alguna idea de la guerra, no hubiese dado lugar a que las endebles fuerzas de aquellos hubiesen internado en Mérida, y mucho menos en Trujillo y Guanare; pero escasísimo de inteligencia, según lo ha manifestado, dividió sus fuerzas bajo cálculos alegres e imaginarios, y sin haber experimentado más revés que la pérdida de trescientos hombres de la primera división mandada por el Capitán Martí, evacuó precipitadamente a Barinas en cuya ciudad estaba hecho fuerte con más de treinta cañones, sin esperar siquiera a que el enemigo lo intimase o atacase, y dejando abandonadas las divisiones de Yáñez y Nieto que contenían más de mil y setecientos hombres, y algunas compañías sueltas que tenía a su lado en clase de cuerpo de reserva. El enemigo conoció la debilidad de nuestro gobierno y la de los jefes militares que mandaban las tropas del Rey, y aprovechándose de la oportunidad, se fue internando satisfecho de la victoria.[227]

El pequeño ejército de Bolívar fue internándose, con rapidez, tanto en dirección de los llanos occidentales como en la zona de los Andes. Los rápidos movimientos de las fuerzas republicanas desconcertaron a los jefes realistas de la zona, que fueron incapaces de coordinar, con un mínimo de orden, sus principales efectivos. Desde Cúcuta, en la Nueva Granada, el grueso de la fuerza de Bolívar atacó y ocupó sucesivamente el poblado de

227 Ib., pp. 142-143.

La Grita el 17 de mayo y la importante ciudad de Mérida el día 23, donde incorporó importantes refuerzos a su columna, además de proveerse con los indispensables víveres y el dinero para poder continuar la acción de guerra. El teniente coronel Atanasio Girardot fue enviado a operar en dirección a Trujillo y ocupó esa ciudad el 9 de junio desalojando al coronel Ramón Correa, jefe realista acantonado allí, que tuvo que huir en dirección a Maracaibo.

En la ciudad de Trujillo, el día 15 de junio de 1813 dictó Bolívar su famoso como controvertido «Decreto de Guerra a Muerte» estableciendo con ese documento, en primer lugar, su intención de ser reconocido él y sus fuerzas como auténtico beligerante enfrentado a la monarquía española y, en segundo lugar, decirles a los venezolanos que el partido republicano era el que representaba a los nacidos en el país. Con ello, la guerra dejaba de ser un campo propicio para las indefiniciones hasta convertirse en una escalada de horrores inauditos. Para las autoridades españolas acostumbradas a reprimir y castigar con dureza a los «rebeldes», el «Decreto» de Bolívar intentó igualar a los contendientes en actos de crueldad.[228]

En el mes de junio, Bolívar salió de Trujillo e inició un movimiento sobre Barinas, para batir a las fuerzas de Tiscar. Este jefe realista, inexplicablemente, no le hace frente y se retiró hacia Guayana por Nutrias. El 1 de julio Guanare es ocupada «sin disparar un tiro» y lo mismo le sucede a Barinas el día 6. En las alturas de Niquitao, zona de páramo, José Félix Ribas derrotó la fuerza de 800 hombres que tenía José Martí, jefe realista subordinado de Tiscar; la facilidad de todos estos triunfos por la escasa resistencia de las fuerzas del rey permite que Bolívar ordene a Ribas operar sobre El Tocuyo y Barquisimeto. En los Horcones (Barquisimeto), el 22 de julio el coronel José Félix Ribas derrotó al coronel realista Francisco Oberto teniendo los republi-

228 Según el historiador español Mariano Torrente, una de las razones que llevaron a Bolívar a proclamar el Decreto de «Guerra a Muerte» fue el apresamiento y posterior fusilamiento del «Diablo» Briceño, precursor de la idea de no dar cuartel a los españoles. Quien da la orden de fusilar a Briceño fue Tiscar, principal jefe realista en la zona de Barinas: «[…] pero atacado Briceño por el valiente Yáñez en San Camilo, fue derrotado, hecho prisionero, remitido a la capital de Barinas, juzgado legalmente y pasado por las armas con siete oficiales más y otros individuos complicados en aquella feroz insurrección. A consecuencia de este suceso publicó Bolívar por su sanguinaria proclama de 15 de junio el tratado de Cartagena de 16 de enero, que recibía toda la sanción de su despótico poder», Torrente, *Historia de la revolución Hispanoamericana,* t. I, p. 409.

canos mucho menos soldados, y el 31 de julio el mismo Bolívar,[229] procedente desde Guanare y la ciudad de San Carlos, hizo lo propio en la batalla de los Taguanes (Carabobo) contra el coronel realista Julián Izquierdo, quien muere en la acción y que antes había desestimado las órdenes militares de Monteverde por considerarlas erradas desde el punto de vista táctico.[230]

En la sabana de Taguanes, Izquierdo emprendió una ordenada retirada para evitar que sus tropas fuesen envueltas por la caballería de Bolívar, pero este, al darse cuenta del movimiento realista, mandó a sus oficiales de infantería que escogiesen a 100 infantes que, montados sobre la grupa de las caballerías, atacasen al enemigo cortándole la retirada; esta maniobra audaz sorprendió a las tropas realistas, que no supieron reaccionar adecuadamente y sufrieron una contundente derrota.[231] Ya el 2 de agosto Bolívar arribó a Valencia y las dispersas como derrotadas fuerzas de Monteverde no podían resistir el avance indetenible de Bolívar hacia Caracas.

Monteverde, cada vez más acorralado por las fuerzas enemigas y sin disponer de los pertrechos y hombres adecuados, buscó refugio en la inexpugnable fortaleza de Puerto Cabello:

> A consecuencia de las derrotas sucesivas de las divisiones de Cerveriz y Suazola en Cumaná, de Correa en Cúcuta, de Tiscar en Barinas, de Oberto en Barquisimeto, y de Izquierdo en las inmediaciones de San Carlos, se retiró precipitadamente Monteverde a la Plaza de Puerto Cabello sin atreverse a esperar al enemigo en Valencia a causa del mal espíritu de sus tropas, que poseídas de un pánico terror habían desaparecido en su mayor parte.[232]

El abandono de Monteverde obligó a los realistas a formar una Junta negociadora dispuesta a tratar la capitulación de la ciudad capital con Bolívar. Sus miembros fueron el camaleónico marqués de Casa León, el presbítero don Marcos Ribas, don Francisco Iturbe, don Vicente Galguera

---

229 La rapidez en los movimientos de las tropas que llevó a cabo Bolívar desconcertó por completo a los realistas. También sabía Bolívar que, de no marchar con velocidad hacia Caracas, sus aliados orientales podían llegar mucho antes que él mismo y, con ello, se le enajenaba la posibilidad de ser aclamado como «El Libertador» y jefe indiscutido de la causa republicana.

230 Urquinaona y Pardo, *Manifestación de las calumnias producidas por el Excmo. Sr. D. Domingo Monteverde y el Sr. Andrés Level de Goda,* p. 143.

231 Bencomo Barrios, *Diccionario de Historia de la Fundación Polar,* p. 670.

232 Torrente, *Historia de la revolución Hispanoamericana,* p. 412.

y don Felipe Paúl. Ante la retirada de las fuerzas militares, los civiles no tuvieron más remedio que intentar que el vencedor no se cebara sobre los inocentes. En un principio, Bolívar estuvo dispuesto a olvidar lo pasado a través de la reconciliación y el respeto a la inmunidad de personas y bienes, así como otorgar pasaporte a toda persona que quisiese emigrar, si bien advirtió que convenía estos acuerdos con un Gobierno infractor, como el que había encabezado Domingo de Monteverde.

Estos propósitos de Bolívar y los representantes realistas se vieron truncados por la desbandada de los principales voceros y autoridades realistas, que coparon las pocas embarcaciones que estaban en los puertos de La Guaira y Puerto Cabello huyendo a las islas vecinas. A su vez, un soberbio Monteverde, ya instalado en los recintos amurallados de la fortaleza de Puerto Cabello, no quiso reconocer ningún acuerdo o tratado con el enemigo que, ya en ese entonces, ocupaba la capital.

El regimiento Granada

Desde España, llegó el 13 de septiembre de 1813 el regimiento Granada, con poco más de 1200 hombres, bajo el mando del coronel Miguel Salomón,[233] dentro de los esfuerzos que, desde España, realizaba la Comi-

233 Cuando arribó la expedición que trajo al regimiento Granada y que fondeó en la entrada del puerto de La Guaira, el 13 de septiembre de 1813, el coronel José Félix Ribas les tenía preparada una trampa en la que, por poco, cayeron los realistas. Los españoles desconocían que el puerto estuviese bajo el control de los republicanos y estos izaron las banderas del rey para engañarlos. Algunos botes ya habían llegado a tierra cuando se descubrió el ardid; afortunadamente, la expedición pudo escapar sin sufrir mayores pérdidas, aunque el coronel realista Marimón fue apresado. Azparren, administrador de Correos en la ciudad de Caracas, relató el suceso de la siguiente manera: «[…] milagrosamente se ha salvado la enunciada expedición por haber fondeado en el Puerto de La Guaira que está ocupado por los insurgentes quienes se apoderaron de la correspondencia que traía, y les hicieron un recibimiento con salvas y vivas como si estuviera por la justa causa, valiéndose de cuantos ardides se puede imaginar a fin de que viniese la tropa a tierra, por último comenzaron a desembarcar, y los primeros, que fueron 9 granaderos y el 2do. Comandante, apenas pisaron las calles, les acometieron y después que mataron a 33, perecieron 8 y pusieron en la bóveda al citado Comandante; parece que pudo escapar uno y avisar la suerte fatal de los demás, entonces cortando cables comenzaron los buques a fugarse y los Castillos a hacer un terrible fuego, pero recibieron corto daño, que solo resultó la pérdida de 40 a 50 hombres», A. G. I., Correos 54B.

sión de Reemplazos. Monteverde quiso aprovechar los nuevos refuerzos para salir sobre el centro del país y recuperar los territorios ahora en manos de los republicanos. El 30 de septiembre la avanzada del Ejército de Monteverde fue derrotada por Bolívar en Bárbula (Carabobo) y el resto de sus soldados en el combate de las Trincheras (Carabobo). En esta última acción, Monteverde fue herido de gravedad y no tuvo otra opción que retirarse nuevamente hasta la fortaleza de Puerto Cabello.[234]

Ante estas derrotas, Monteverde no se amilanó e intentó nuevamente sorprender al enemigo, enviando los restos del regimiento Granada bajo el mando del coronel Salomón a través de Patanemo con dirección a Guacara, para hostilizar las fuerzas republicanas alrededor de Valencia. En vista de este nuevo movimiento realista, las fuerzas republicanas se organizaron apresuradamente desde Caracas y, bajo el mando de José Félix Ribas, emplazaron a Salomón y su fuerza en las alturas de Vigirima. El combate se dirimió entre el 23 y el 25 de noviembre, con fuertes pérdidas para ambos ejércitos, pero con el abandono de todas sus posiciones por parte del Ejército realista que, con sus restos, volvieron al refugio de Puerto Cabello.

Monteverde, derrotado

En las victorias, todos encuentran algún mérito para obtener los beneficios del triunfo, mas, en la derrota, la desgracia solo llega a muy pocos. El triunfo de Monteverde en el año 1812 se esfumó completamente en el año 1813. Su fácil encumbramiento lo llevó a creerse predestinado a mandar sobre las provincias de Venezuela, desconociendo la autoridad de sus más

---

234 «Puerto Cabello era, y volverá a serlo, un punto militar clave por sus características coincidentes de puerto, fortaleza, arsenal, prisión militar y lugar de control y apoyo de toda la zona. Puerto Cabello forma un todo estratégico con la región circunvecina: de allí es fácil comunicarse con Curazao, Bonaire y Coro, con La Guaira y con Caracas. El puerto controla la salida de las zonas de influencia de Barquisimeto, San Felipe y Valencia. Está protegido de ataques marítimos por el Castillo de San Felipe y el fortín de San Carlos. Si la posición militar que exista en las zonas mencionadas es contraria a la del Puerto, este puede ser atacado desde tierra y hasta quedar aislado», T. Polanco Alcántara, *Francisco de Miranda, ¿Don Juan o Don Quijote?,* Caracas, 1996, p. 728.

inmediatos superiores. La camarilla que lo rodeó, canarios en su mayoría, muy pronto lo abandonó cuando se hizo presente la adversidad. Los mismos oficiales que eran sus subalternos empezaron a protestar sus medidas y ponían en duda la legitimidad de su autoridad.

Ya desilusionado ante cualquier otra tentativa y constatando la superioridad de los ejércitos republicanos que ocupaban todos los frentes y ciudades en disputa, Monteverde decidió entregar el mando el 28 de diciembre de 1813 y dirigirse a alguna de las islas caribeñas. Este abandono del mando tiene su parte de controversia ya que, según algunas versiones, dentro del propio campo realista fueron los «voluntarios europeos», quienes le despojaron del mando y lo montaron en un barco con destino a la isla de Curazao.

De la misma manera en que subió tan rápidamente hasta alcanzar la jefatura suprema de los destinos de Venezuela, igual cayó este audaz canario que, de acuerdo con Rufino Blanco Fombona, siempre tuvo a la «fortuna» de su parte.

Con Monteverde, Venezuela siguió identificada con la causa realista, pero el desafuero y las arbitrariedades de muchos de sus partidarios y seguidores empezaron a erosionar esa confianza. Ya el rey español empezaba a difuminarse en los corazones de la gente sencilla, que solo notaba la estela de una desolación inclemente, el fracaso de un sistema político y social incapaz de mantener el orden y la paz, una lucha cruel e incesante entre facciones y partidos, el comienzo de una «Guerra a Muerte» practicada indistintamente por ambos beligerantes y cebándose, especialmente, sobre los civiles inocentes.

Monteverde dio paso a Boves y este asumió hasta las últimas consecuencias los dictados de una guerra de exterminio, que sembró de lágrimas los vastos campos y ciudades de Venezuela. La guerra se convirtió en el medio extremo para dirimir el destino de los venezolanos, unos partidarios de la Independencia y otros queriendo mantenerse miembros integrantes de la monarquía española. Las razones, los argumentos, el diálogo fueron enterrados por el fragor y el grito de las armas, tiempo de sombras que vivió el país.

Los sectores populares, pardos y esclavos, muy pronto se desengañaron de la propaganda realista que les había incitado a levantarse en contra

de la élite criolla. Restituido el poder realista, sintieron, con asombro, que las promesas que se les hicieron de una mayor promoción social caían en el olvido y la indiferencia. Monteverde y la clase realista blanca nunca estuvieron dispuestos a permitir que la tradicional y rígida jerarquía social de la colonia fuera a alterarse. De todas maneras, muchos pardos, esclavos y llaneros comprendieron pronto que la guerra era una buena oportunidad de escalar posiciones sociales a través del enriquecimiento que esta traía, mediante la práctica del saqueo y la obtención del botín. Y es por ello que la marea popular estuvo inclinada sobre la voluntad y el liderazgo de cualquier carismático caudillo, sea este realista o republicano, que los llevase a través de la guerra a conseguir lo que la sociedad jurídica les negaba.[235]

Guerra irregular

No hay que olvidar que, en este período, la guerra que se practicó fue de tipo «informal»; un tipo de combate más cercano a la «guerra de guerrillas», con escaramuzas de corta duración entre un número pequeño de combatientes en escuadrones de infantería y caballería, soldados normalmente muy mal armados y sin la adecuada preparación militar al estilo de las escuelas militares europeas. Las maniobras tácticas, «el golpe de mano», fueron el tipo de acciones que se practicaron en un tipo de combate irregular donde la pericia, valentía y audacia de los jefes y caudillos fueron determinantes para lograr la victoria. La mayoría de los combates prescindieron de la fusilería y la artillería; eran encuentros «cuerpo a cuerpo» y a campo abierto, donde el arrojo y valentía personal desempeñaron un papel determinante. La «solidaridad de grupo» estuvo en función de la fortaleza moral y física que los jefes tenían que imprimir sobre sus hombres; aspecto este muy poco valorado y, quizá, el más determinante en el momento de inclinar la balanza en las batallas y escaramuzas de acuerdo con el tipo de guerra que en Venezuela se practicó. No existió una paga regular para los

235 Quizá la novela más emblemática escrita en Venezuela sobre la Guerra de Independencia sea *Lanzas Coloradas* (1931) de Arturo Uslar Pietri. El argumento central de la obra es la guerra en el año 1814 y cómo los caudillos y jefes militares actuaron más por interés y conveniencia que por convicción o principios.

soldados, quienes encontraron, en los saqueos y las prácticas vandálicas, la recompensa por sus servicios.

Las deserciones fueron un quebradero de cabeza para los jefes realistas y republicanos; normalmente, con cada derrota, los ejércitos vencedores engrosaban sus filas con nuevos soldados del bando derrotado.[236] La victoria, el éxito, inclinaba la balanza rápidamente.

La logística, prácticamente, no existió en estos primeros años de la guerra y la intendencia militar fue también precaria. Hay un axioma que sostiene que, sin dinero, no puede haber guerra y, en el caso venezolano, el dinero se obtenía compulsivamente a través de amenazas sobre la población civil. Esto trajo como consecuencia que muchos ricos hacendados y propietarios hayan preferido emigrar hacia las islas vecinas o internarse en zonas del interior de difícil acceso. Hemos leído en documentos los desesperados llamados y proclamas de Morillo y otros jefes invitando a los emigrados a volver al país bajo una serie de garantías a sus personas y bienes. No está de más decir que el llamado del jefe militar español no tuvo prácticamente ningún eco entre unos venezolanos asustados por la devastación de la guerra. Para muestra, pero en el bando republicano, los ricos hermanos Toro, quienes tuvieron un importante protagonismo en el año 1810, desilusionados por la derrota y las represalias realistas, se refugiaron en la isla inglesa de Trinidad y nunca más intentaron volver a incorporarse en la guerra por la Independencia, a pesar de los muchos llamados epistolares del mismo Bolívar, amigo de juventud de la familia Toro.

Otra práctica frecuente llevada a cabo por muchos jefes inescrupulosos y que actuaron fuera de la ley, tanto realistas como republicanos, fue la de exigir rescate a los prisioneros a cambio del perdón de sus vidas. La avidez de sangre que tuvo Boves muchas veces se aplacaba cuando sus víc-

---

236 Hubo numerosos casos de soldados que, indistintamente, sirvieron en ambos ejércitos alternándose en ellos, de acuerdo con las circunstancias e incentivos del momento. Fue común que las deserciones se castigaran con fusilamientos ejemplarizantes, para atajar un mal que diezmaba no solo el número de soldados sino a la propia moral de la tropa.

timas eran capaces de ofrecer un suculento botín en forma de rescate.[237] En la guerra venezolana de carácter irregular, los jefes y caudillos asumieron la condición de auténticos dioses, imponiendo su voluntad y poder con total impunidad.

Los ejércitos republicanos que se armaron con la Primera República fueron improvisados y carecieron de una adecuada disciplina militar y, a pesar de que pueda parecer una exageración nuestra, tuvieron tantos jefes y oficiales como soldados.

Miranda, venezolano de cuna pero expatriado mental, nunca fue capaz de adaptarse al tipo de guerra «irregular» que se practicó en Venezuela en el año 1812. Cuando Francisco de Miranda aceptó el 10 de abril de 1812 el nombramiento de Generalísimo, con atribuciones dictatoriales para salvar la República de la amenaza de Monteverde, fue capaz de reunir un ejército de 6000 hombres, aunque sin la mayor motivación para el combate. En cambio, Monteverde, con menos de 2000 soldados, en su mayoría criollos que fueron engrosando sus filas a lo largo de una campaña triunfal, tuvieron la moral alta y el liderazgo de un jefe victorioso y audaz que, muy rápidamente, comprendió la psicología de los hombres que habitaban el medio venezolano. Al final no hubo una auténtica lucha por la falta de «fe» y de «opinión» de Miranda, quien desconfió siempre de sus oficiales y «bárbaras» tropas, muy lejanas al ideal europeo que había conocido.

Cuando los republicanos, con Bolívar al frente, arribaron a la capital el 7 de agosto, la población realista huyó en desbandada. Ya se sabía que el vencedor venía dispuesto a tomar las represalias contra el derrotado. La

---

237 En las primeras correrías de Boves y sus tropas por las llanuras cercanas a Calabozo en el año 1813, los encuentros con destacamentos republicanos fueron muy frecuentes y el trato final que se daba al vencido era pasarlo por las armas, salvo algunas especiales excepciones: «Pasados a cuchillo los prisioneros, quedaron confundidos con los muertos de la acción José Antonio García y Ángel Padrón, este, rico criador, que traído a la presencia de Boves, rescató su vida por dinero, para perderla después de muchas acciones en la Aragua de Barcelona; y aquel, estudiante que cursaba clase de ciencias, también fue perdonado por dinero y empeños», J. Llamozas, «Acontecimientos políticos de Calabozo. Primeras armas de Boves. Combate de Santa Catalina, Mosquiteros y San Marcos», en J. A. Armas Chitty, *Boves a través de sus biógrafos,* Caracas, 1976, p. 60.

venganza se convirtió en una espiral de terror, alternándose entre unos y otros de acuerdo con la fortuna en la guerra. Para el administrador de Correos de Coro, la situación de Venezuela en el último semestre de 1813 era crítica:

> [...] los insurgentes están posesionados de las Provincias de Cumaná, Barinas, casi Maracaibo y toda la de Caracas y si por desgracia sucumbe esta, haré por trasladarme a Puerto Rico, a donde le daré parte a V. S. de todo.
>
> Mi situación es lastimosa, sin dinero ni ropa y gracias a Dios que estoy con vida, pues infinitas familias quedaron en el embarcadero de La Guaira por falta de buques, precisadas a entregarse a aquellos Lobos Carniceros sedientos de la sangre española; las piedras podían enternecerse de ver aquella escena tan horrorosa.[238]

Biografía realista de Bolívar

El arribo de Bolívar a Caracas trajo el terror entre los españoles y, sobre todo, entre los canarios, ya que estos estuvieron identificados con el régimen de Monteverde. Muchos huyeron despavoridos, pero otros tuvieron que pagar las consecuencias de tantas tropelías y desmanes:

> La subsiguiente orden de Bolívar de ejecutar a los prisioneros españoles fue un desastre para muchas familias canarias: unos 1200 españoles, muchos de ellos canarios y otros blancos pobres, fueron sacados de las cárceles de Caracas y de La Guaira para ser inmediatamente ejecutados o decapitados.[239]

El terrible mecanismo de la «Guerra a Muerte» hizo su implacable aparición y Bolívar, desde entonces, quedaría estigmatizado entre los partidarios del realismo bajo los epítetos de «criminal», «intrépido», «cruel» y «malvado». La biografía de Bolívar, desde la óptica de sus adversarios españoles, es un compendio de descalificaciones y adulteraciones bajo la exaltación del momento. Para el capitán de Milicias, Tomás Surroca y de Montó, quien sirvió en la heroica defensa del sitio de Guayana en el año 1817, Bolívar fue un niño «desaplicado» y un marido perverso, ya que

---

238 A. G. I., Correos, 54B, Bartolomé de Azparren, administrador principal de Correos en Caracas, Coro, 19 de agosto de 1813.

239 Lynch, *América Latina entre Colonia y Nación,* p. 112.

> […] en Madrid donde contrajo matrimonio con una virtuosa joven, que según voz pública a los pocos años fue víctima de los vicios y tiranía del marido, muriendo en Caracas sin dejar lujo alguno.[240]

Luego, en la viudez se entregó a una vida disoluta y voluptuosa hasta servir a los republicanos al frente de la importante plaza de Puerto Cabello en el año 1812. Hecho prisionero, Monteverde le concede el exilio debido a su contribución en la entrega de Miranda en el puerto de La Guaira cuando este se disponía a marcharse.[241] No obstante,

> […] que después de haber dado mil palabras juramentadas, llenas de humillación y sumisión a Monteverde, de que sería fiel adicto al Rey, y que jamás volvería a mezclarse en revoluciones; en virtud de sus ofertas y de muchos empeños se le concedió el pasaporte para ir a Curazao, fue el que en el momento que se vio en país extranjero unido con otros de su calaña escapados de las provincias, renovó con ellos la promesa de exterminar a los españoles de las Américas, para cuyo fin marcharon algunos para la isla de Trinidad como se ha dicho, y él fue a Cartagena de Indias, donde fue obsequiado por algunos fugitivos de su patria Venezuela y de otros aventureros enviados por la Francia, a los cuales llenó de grados militares, a primera vista, y formó con ellos una Junta de Guerra de la cual resultó aprobado el cruel convenio de hacer la Guerra a Muerte, vendiendo los grados militares por cabezas de españoles como lo acredita el documento que a la letra se copia.[242]

José Domingo Díaz, redactor principal de la *Gaceta de Caracas* entre los años 1815 y 1820, fue el más furibundo y tenaz adversario público de Bolívar durante toda la contienda. Su acendrado patriotismo a favor del rey español y la causa monárquica en Venezuela quedaron de manifiesto en

---

240 T. Surroca y Montó, *Relación histórica de los sucesos políticos y militares de la Provincia de Guayana, una de las de Venezuela, desde los principios de las convulsiones de 1810, hasta el de 1817 en que fue su general emigración; en la cual se insertan algunos particulares referentes a la Revolución de la Costa Firme, hasta julio de 1821, Madrid, 1821,* A. H. M. (Academia de la Historia de Madrid, 1973-1974), p. 137.

241 Esta versión de los sucesos por parte de algunos testimonios realistas siempre ha molestado a los historiadores bolivarianos, quienes han optado por silenciar el incidente.

242 Surroca y Montó, *Relación histórica de los sucesos políticos y militares de la Provincia de Guayana, una de las de Venezuela, desde los principios de las convulsiones de 1810, hasta el de 1817 en que fue su general emigración; en la cual se insertan algunos particulares referentes a la Revolución de la Costa Firme, hasta julio de 1821, Madrid, 1821,* p. 138.

los virulentos escritos que dejó plasmados en los muchos números de la *Gaceta de Caracas* que dirigió.

Para Díaz,[243] el Libertador Simón Bolívar, cabeza de la revolución en contra de España, fue un hombre despreciable a quien había que hundir no solo física sino también moralmente; tarea esta última que, a través de sus artículos periodísticos y editoriales, se encargó de llevar a cabo. Para Díaz, Bolívar fue un ser malvado, bárbaro, usurpador, tirano, déspota y sedicioso, entre otros muchos calificativos negativos que le endilgó. Para este realista, Bolívar y sus principales acólitos fueron hombres feroces y crueles que llevaron actos infames sobre los españoles. La siguiente descripción que hace Díaz corresponde al arribo del Libertador venezolano a la capital, Caracas, luego de su exitosa campaña militar del año 1813:

---

243 Es significativo mostrar cómo los redactores republicanos del año 1814, en plena efervescencia de la guerra más atroz, se expresaban sobre José Domingo Díaz, a quien percibieron como el más formidable publicista de la causa realista en Costa Firme. «Otra vez a graznado la lechuza española, S. R.: otra vez en su desatinado furor el delirante Díaz ha osado llamar compatriotas a los hijos de Venezuela, mientras que por una contradicción ridícula y manifiesta, quiere pasar por hijo del Manzanares, él que tiene su ascendencia en los áridos desiertos del Monomotapa. ¡Miserable! (aquí entran mis apóstrofes, S. R.) En tu delirio ni sabes lo que escribes, ni dices lo que sientes. ¿Cómo es que a un tiempo tienes tu corazón lleno de amargura, y gozas de los momentos más deliciosos de tu vida? ¿Qué es esto? ¿Qué insania te devora? […]», *Gaceta de Caracas,* n.º 67, lunes 16 de mayo de 1814, 4to. de la Independencia, Bicentenario de Simón Bolívar, 1783-1983, Caracas, 1985.

Los historiadores venezolanos que se han dedicado a desarrollar el culto a Bolívar dentro de los linderos de una historia patria y nacional no han disimulado su animadversión por todo lo que Díaz escribió en contra del Libertador. La fórmula más al uso ha sido la de desacreditar a Díaz haciéndolo pasar por un demente, enfermo de odio y lleno de amargura como consecuencia de sus fracasos vitales por culpa de los republicanos que se hicieron con el poder el 19 de abril de 1810. Pero lo cierto del caso es que José Domingo Díaz fue una de las más importantes y relevantes figuras de la Guerra de Independencia venezolana, más allá de toda la campaña de descrédito llevada a cabo sobre su persona por parte de los vencedores. Afortunadamente, hemos podido toparnos con un estudio crítico, lúcido y equilibrado sobre las actuaciones de José Domingo Díaz en su dimensión de médico, político, funcionario, periodista y publicista. Véase R. Archila, «El Médico José Domingo Díaz contemplado por otro Médico en el año setenta del siglo XX», *Gaceta de Caracas,* IX, 2 de agosto de 1820-3 de enero de 1822, estudio preliminar, Bicentenario de Simón Bolívar, 1783-1983, Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1985.

> El Bárbaro penetró hasta Caracas en 1813 con una rapidez inconcebible, y por causas que no es del caso indicar. Aquella irrupción precedida de los horrores de la proscripción, del robo, de la violación, del asesinato, hizo que todos los que pudieron ser envueltos en ella abandonasen sus casas, y se pusiesen en seguridad. Yo fui uno de ellos a pesar de las promesas con que el Atila halagaba a sus compatriotas, y me creí afortunado cuando me vi distante de este suelo.
>
> Una emigración que no resolvió el Gobierno, sino cada cual por sí, y que fue ejecutada en el espacio de pocas horas, no pudo ser universal. Emigraron los que anduvieron más diligentes, y los que conocieron el estado verdadero de las cosas. Los no comprendidos en estas clases, y los de todos los demás pueblos, vieron sobre sus cuellos el yugo del Bárbaro, sin haber podido evitarlo, y aun sin saber su usurpación.
>
> Él desplegó toda la ferocidad que le es propia. Sus decretos acompañados con la pena de muerte, o eran obedecidos, o la pena ejecutada. La fuerza estaba en su mano; la fuerza militar que obedece siempre a quien la manda, sin examinar las causas y los fines, obraba según sus deseos, comunicados por sus jefes, todos individuos de la gavilla.

Puede disculparse el apasionamiento de los contrarios de Bolívar y de los mismos republicanos dentro del fragor de una guerra de exterminio como se practicó en Venezuela, lo mismo que las muy duras increpaciones de Bolívar en contra del gentilicio español y su Gobierno monárquico dentro de ese mismo contexto.[244] Lo que es absurdo es que hoy día se mantengan los mismos juicios y opiniones entre venezolanos y españoles.

Muy pocos autores españoles tienen la sensibilidad e hidalguía de reconocer hoy que la grandeza de Bolívar se forjó en la adversidad. La escuela de Bolívar fue la derrota y, desde el dolor y la humillación de la persona a quien le aplastan sus proyectos e iniciativas, tuvo que levantarse una y otra vez. Condenar a Bolívar por medidas y actos crueles en un tiempo de barbarie es hacer uso de prácticas anacrónicas bajo la influencia de una ideología antibolivariana que carece del más mínimo rigor histórico.

---

244 Las cartas, manifiestos y documentos públicos de Bolívar son demostrativos de su enfrentamiento encarnizado en contra de la España monárquica de su época y de los representantes de la misma en Venezuela. Bolívar fue un americano-español en rebeldía con la Madre Patria en un momento en que muchos de sus contemporáneos abogaron por una ruptura con el nexo metropolitano y a favor de constituirse en nación independiente.

1813: «La Guerra a Muerte»: el horror se abate sobre Venezuela

> ¡Españoles y Canarios! Contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de América. ¡Americanos! Contad con la vida, aun cuando seáis culpables.
>
> Simón Bolívar
> Cuartel General de Trujillo, 15 de junio de 1813

Al desmoronarse todas las instituciones monárquicas de Gobierno en la Península cuando ocurre la invasión napoleónica en 1808, los españoles en América quedaron estupefactos. Las autoridades realistas vivieron momentos de incertidumbre sobre cuál era la conducta adecuada que debían seguir en esas críticas circunstancias. Algunos se inclinaron por la posibilidad de seguir a José I, impuesto por Napoleón, mientras que la mayoría prefirió mantener el mismo *statu quo* en la espera de que los acontecimientos en su evolución aclarasen el panorama. Lo cierto del caso es que el vacío de poder en la Península desde 1808 hasta 1814 precipitó la creación de las primeras Juntas americanas y la declaración de la Independencia a partir del año 1811, como se ha señalado en los capítulos precedentes.

La guerra se inició «oficialmente» desde el mismo momento en el que la Regencia en España decretó el bloqueo de las costas de Venezuela e increpó, en tono amenazador, a que se volviese a la misma situación anterior al 19 de abril de 1810.[245] Para España, las provincias venezolanas se habían

---

245 Fue recurrente encontrar, en los testimonios realistas de carácter oficial y en el de muchos particulares, esta exigencia de volver a los tiempos de antes de 1808. Fue creencia, dentro del conglomerado realista en Venezuela, que el buen orden colonial regido por Dios y el rey era una edad dorada que había que recuperar bajo cualquier circunstancia ante el atrevimiento vil y traidor de unos súbditos rebeldes alzados en armas. Los realistas, en su mayoría representantes de un pensamiento conservador y reaccionario, nunca pudieron aceptar una filosofía de la libertad de origen republicano, que puso en cuestión toda la cosmovisión del mundo con la cual se sintieron identificados. Los republicanos fueron asumidos como unos alucinados a quien se les imputó el peor de los pecados: el delito de infidencia.

Los españoles de ese entonces idealizaron un pasado destinado a ser superado por nuevas fuerzas históricas que asumieron con visceral rechazo, sin llegar a reparar que sus principales postulados eran, ya de por sí, anacrónicos respecto a las nuevas ideas filosóficas que, en Inglaterra, Francia y Estados Unidos, estaban ya poniéndose en práctica. El

levantado en «rebeldía» y, por lo tanto, debían ser reprimidas y castigadas de acuerdo con los preceptos de las leyes de la guerra que así lo disponían, pero el aparato de justicia encargado de aplicar las sanciones y castigos estaba evidentemente debilitado. La justicia realista en Costa Firme, de la mano de la Real Audiencia y sus autoridades, había quedado desautorizada por el Gobierno despótico y personalista de Domingo de Monteverde, quien desarrolló una implacable campaña de persecución sobre los republicanos, saltándose a la torera los más elementales procedimientos judiciales.

«Rebelde» era a quien se cogiera teniendo un fusil o arma en las manos e inmediatamente declarado «reo de infidencia» y castigado con la muerte. Pero, al cesar los tribunales conocidos, la justicia empezó a ser aplicada arbitrariamente, sin ningún tipo de formalidades y es, en este contexto, en el que Bolívar tuvo que actuar obligado por las circunstancias del momento.

Un mundo de barbarie empezó a vivir el país. Ante la ausencia de ejércitos regulares, los jefes de uno y otro bando se constituían en pequeños caudillos con sus particulares ejércitos privados. Cada uno actuó libre de normas y trató de imponer su propia ley. Naturalmente que, en un estado de esa naturaleza, el más fuerte tenía todas las de ganar imponiendo

---

pueblo, la gran masa de pardos, negros e indios con apenas escasos derechos jurídicos reconocidos, fue, para los realistas, una masa ignorante y sumisa, cautiva de un orden cerrado sancionado por Dios y el rey, y fue ese pueblo, uno de los grandes protagonistas de la contienda, el sujeto histórico fundamental que los republicanos invocaron en la lucha contra España y su Monarquía. Y todo ello a pesar de las contradicciones visibles por parte de los principales caudillos republicanos con distintos orígenes sociales y con egoístas ambiciones de poder y el dramático hecho de que, concluida la emancipación, el pueblo y sus sueños de justicia quedaron postergados indefinidamente, a pesar de haber arribado al «reino de la libertad».

Le debemos a T. Straka, profesor venezolano de la Universidad Central de Venezuela, un completo estudio sobre las principales ideas defendidas por el pensamiento realista durante los años de la contienda. Véase T. Straka, *La voz de los vencidos. Ideas del partido realista de Caracas, 1810-1821,* Caracas, 2000. Hay un antecedente muy valioso, un auténtico tesoro bibliográfico, una rareza, publicado en el año 1971 y cuyo principal mérito recae en la Universidad Central de Venezuela y el Instituto de Antropología e Historia de su Facultad de Humanidades y Educación, encargados de publicar un *Anuario* correspondiente a los años 1967, 1968 y 1969, donde Angelina Lemmo B. y Germán Carrera Damas ofrecen un recopilatorio de «Materiales para el estudio de la ideología realista de la Independencia». Esta obra perdida y marginada, no me cabe la menor duda, es el aporte documental más importante que se ha producido en Venezuela para intentar una comprensión de los partidarios del rey en nuestra Independencia.

sobre las personas, propiedades y bienes su particular dictadura. La vida humana se desvalorizó por completo y se fueron a pique todos los diques ético-morales e institucionales que sirvieron para sancionar lo correcto de lo incorrecto.

Guerra irregular

La guerra venezolana comenzó siendo un conflicto interprovincial hasta convertirse en una feroz contienda civil, en la que los principios políticos estuvieron entremezclados con los odios y rencores personales sujetos a una terrible venganza.

Los primeros años del conflicto se caracterizaron por la falta de ejércitos regulares que pudieran contar con el aval del Estado español. Los soldados se reclutaban de manera apresurada y su adiestramiento era improvisado y sobre el terreno; además, estos bisoños soldados tenían que aprender todas las artes y técnicas de un tipo de combate cuerpo a cuerpo, que carecía de la más mínima regulación. El vencedor de las breves pero furiosas escaramuzas se cobraba con las vidas de los derrotados, haciendo acopio de sus pertenencias. Fue una guerra sin cuartel que careció de algún signo de humanismo. Los hombres retrogradaron hacia formas de comportamiento animal y primario.

La falta de una paga regular convertía al soldado en un depredador de vidas y propiedades; el pillaje y el saqueo se convirtieron en las vías utilizadas por los vencedores para recompensar los riesgos que se asumían en el combate.

La retórica política e ideológica utilizada por los principales jefes obtenía muy poco eco entre la soldadesca, primitiva e inculta. Los jefes, de manera indistinta, competían entre sí en los distintos actos de crueldad que practicaban. Las «leyes de la guerra y de la conquista» eran siempre impuestas por el vencedor. Domingo de Monteverde, en 1812, actuó como si de un conquistador del siglo XVI se tratara en la aplicación de preceptos medievales, como el de la justa causa y la justa guerra:

> Pues bien, Monteverde actualizó y revivió el uso del término justa guerra acaso algunas lecturas de historiadores de Indias, siempre ahítas de proezas hispanas, le afiebraron la imaginación desarrollando otro subsecuente, el de la justa causa para todo el movimiento realista, que si bien por la generali-

> dad de su uso no se le puede atribuir a él, sí se nota visiblemente impulsado por la reconquista. Así los realistas encontrarán una bandera: si revolución es una infidencia, la reacción reconquista es una justa causa. Ya que los insurgentes eran unos rebeldes alzados contra su rey sin legitimidad alguna para hacerlo, Monteverde pero él no estaba solo entendió que lo suyo era un acto de justicia.[246]

Sobre Simón Bolívar mucho se ha hablado de sus actitudes hacia la crueldad[247] y la brutalidad llevada a cabo en contra de sus enemigos, sobre todo a partir del año 1813, cuando emite el famoso y polémico «Decreto de Guerra a Muerte».

Para muchos españoles de hoy día, Bolívar no ha dejado de ser ese tirano cruel y despótico sediento de sangre española, y no se repara que su comportamiento no fue distinto al de los otros jefes, tanto los de su propio bando como los del enemigo realista. En una guerra cruenta y de carácter irregular como la venezolana, donde no se daba cuartel al enemigo y la toma de prisioneros era algo completamente inusual, el jefe más bárbaro apostaba siempre por el terror como medio de propaganda para infligir derrotas morales al adversario y, con ello, prevalecer.

¿Existieron y se practicaron las leyes de la guerra mientras duró la contienda venezolana? La «Guerra a Muerte» ¿vulneró el Derecho de Gen-

---

246 Straka, *La voz de los vencidos. Ideas del partido realista de Caracas, 1810-1821,* p. 216.

247 «Bolívar, por descontado, sería uno de los mayores energúmenos, y en aquella Proclama, una de las más terribles de la historia universal contemporánea, vertió su alma siempre viril y a ocasiones cruel», R. Blanco Fombona, *Bolívar y la Guerra a Muerte. Época de Boves, 1813-1814,* Caracas, 1969, p. 111. Véase también el retrato psicológico sobre el Libertador que llevó a cabo el psiquiatra venezolano F. Herrera Luque en su obra *Bolívar de carne y hueso y otros ensayos: Boves, Gómez, Betancourt, González, Machado, Freud y Fausto,* Caracas, 1991. En Gil Fortoul, ha quedado recogida la polémica orden que Bolívar emitió en el año 1814 para acabar con la vida de los 800 presos españoles y venezolanos recluidos en las bóvedas de Caracas y Puerto Cabello: «En los primeros días de febrero (1814), túvose noticia de la marcha de Boves hacia el Centro y de la de Rosete a Ocumare. Temeroso entonces el comandante de La Guaira, coronel Leandro Palacios, de que los presos intentasen un golpe de mano, pidió instrucciones a Bolívar. Este, exasperado por el triunfo de Boves, le contestó desde Valencia el día 8: "Por el oficio de US. de 4 del actual, que acabo de recibir, me impongo de las críticas circunstancias en que se encuentra esa plaza, con poca guarnición y un crecido número de presos. En consecuencia, ordeno a US., que inmediatamente se pasen por las armas todos los españoles presos en esas bóvedas y en el hospital, sin excepción alguna". Y despachó al mismo tiempo igual oficio al comandante de Caracas, coronel Juan Bautista Arismendi», Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela,* pp. 347-348.

tes? En Venezuela, se tuvo que esperar hasta el año 1820, luego de la histórica entrevista entre Morillo y Bolívar en un pequeño pueblo campesino de los Andes trujillanos, para que los beligerantes firmaran un acuerdo sobre la regularización de la guerra. En los años precedentes, es decir, en un lapso de diez años, la guerra se libró sin ningún tipo de regulación aceptada o convenida por los dos rivales. Los ánimos entre los beligerantes estuvieron exacerbados hasta límites demenciales, decretando una confrontación civil feroz.

La revolución llevada a cabo por una minoría de criollos miembros de la oligarquía agraria y comercial en 1810 de pronto se convirtió en una rebelión popular sin objetivos sociales definidos y que escapó a las previsiones de los jefes institucionales de uno y otro bando. El asturiano José Tomás Boves bien pudo alzarse con el poder político del país en 1814, ante la ausencia declarada de las autoridades legítimas al frente de las principales instituciones coloniales. De igual forma Morillo, desde 1815, no dejó de ser un caudillo militar con poderes y atribuciones ilimitados que le granjearon la oposición de sus mismos colaboradores y partidarios hasta el final de la guerra. Y, en el campo republicano, ocurrió algo semejante y no menos preocupante respecto a la unidad en el mando político y militar.[248]

---

248 A Bolívar, de origen citadino y proveniente de una familia mantuana de lustre, no le fue nada fácil poder obtener el acatamiento y la subordinación a su autoridad de parte de los principales jefes rurales y orientales del interior del país. Arismendi, Bermúdez, Piar, Páez y Mariño, en repetidas oportunidades, desconocieron abiertamente la autoridad de Bolívar al frente de la causa republicana en las distintas fases del conflicto contra los realistas. De hecho, Bolívar puede ser percibido solo como el principal líder del centro del país, de la provincia de Venezuela, ya que los jefes orientales hicieron de su tierra un auténtico bastión de funcionamiento prácticamente autónomo respecto a otros escenarios en que se hizo la lucha. Lo mismo podría aducirse respecto a Páez y sus llaneros en Barinas y Apure. Hasta el inesperado triunfo de Bolívar en Boyacá en agosto del año 1819, no se le reconocerán sus facultades como primera cabeza de la Revolución venezolana. Los esfuerzos bélicos de Bolívar, luego de liberada Guayana en 1817, siempre se orientaron hacia la conquista de la provincia de Caracas, también conocida como Venezuela; las distintas operaciones militares en el frente oriental fueron llevadas a cabo por los mismos jefes orientales y, en los llanos occidentales, el amo y señor de esas inmensidades siempre lo fue Páez, el llamado «centauro de los llanos».

España no trata con rebeldes

La larga e importante tradición de la justicia española desde el ámbito civil quedó en entredicho desde el mismo momento en el que sus tribunales fueron clausurados por los jefes militares realistas, desde Monteverde hasta Morillo. La estructura civil de la colonia y sus autoridades tuvieron que ceder al dominio y preeminencia de los caudillos y jefes militares que, envalentonados por sus triunfos, justificaban sus bárbaros actos por el estado de excepción en que se encontraba el país en una guerra contra «rebeldes».

La guerra contra «rebeldes» tenía su propia gramática llena de contenidos cercanos al fanatismo, la persecución y el terror.

La rebeldía política fue considerada, por los europeos del Antiguo Régimen, como un acto que tenía que ser reprimido sin otorgar ningún tipo de los «derechos» que se contemplaba en la guerra para ese entonces. La Iglesia española también contribuyó decisivamente a moldear la opinión pública, asociando los actos de rebeldía a una manifestación de pecado con posibilidades nulas de redención.

Los sacerdotes y obispos realistas no dejaron de lamentarse por la alteración del «buen orden» sancionado por Dios y el rey. En una vociferante y visceral representación contra los republicanos alzados, el obispo de Cartagena de Indias, de nombre Gregorio José, escribió lo siguiente:

> Los eclesiásticos deben saber muy bien que ningún Vasallo rebelde de S. M. Católica tiene derechos ni fundados ni aparentes para destruir el trono de su Rey y Señor, ni razones algunas divinas ni humanas para emular un trono en medio de sus Dominios. Deben saber que las rebeliones están condenadas en las Santas Escrituras, en los Sagrados Cánones, y las leyes civiles de todas las naciones. Que por las del fuero Real los españoles son obligados sobre todas las cosas del mundo a guardar fidelidad al Rey, y a sus hijos, y a todos sus descendientes.[249]

Los republicanos, no pocas veces, quedaron atónitos ante la arrogancia española en no considerarlos como auténticos beligerantes y preferir el encarnizamiento de la lucha a conceder algún tipo de trato humanitario,

---

249 A. H. N., Estado, Leg. 8740-76, pastoral del obispo de Cartagena de Indias, don Gregorio José, Palacio Episcopal de Cartagena de Indias, 18 de agosto de 1819.

que sirviese para atenuar las duras penas de los combatientes, como el canje de heridos, enfermos y prisioneros:

> La conducta de los Españoles en América es uniforme en todas partes. En todas partes se advierte el mismo estúpido orgullo, la mala fe, el desprecio de los derechos más sagrados; y sobre todo, el odio más decidido por los habitantes de este otro hemisferio. No solamente Monteverde es el infractor del derecho de gentes; donde quiera que haya españoles mandando, se verán puestos en práctica los más absurdos principios; se verá gemir la humanidad, y se verán hollados aun aquellos derechos que respetan las tribus más bárbaras e inciviles. El Presidente del Estado de Cartagena presenta al Gobernador de Santa Marta proposiciones de canje de prisioneros. El último las rehúsa. Poco le importan las desgracias, los sufrimientos, las penalidades de sus compatriotas, con tal que él pueda decir, *que no puede tratar con rebeldes.* ¿Quién querrá pertenecer a una Nación cuyos jefes por un loco orgullo desprecian así la humanidad? Parecía que la conducta de Monteverde en Puerto Cabello, no debería tener ejemplo en los anales del mundo; mas vemos a Porras en Santa Marta obrando del mismo modo, y confirmando el principio de que la barbarie y ferocidad es característica de nuestros opresores.[250]

Los redactores republicanos de la *Gaceta de Caracas* pudieron escribir irónicamente, y a modo de desafío, un artículo titulado «Nuevas voces que deben añadirse al Diccionario español, y que servirá para entender los asuntos de la América española».[251] Las palabras o términos que deberían aparecer son las siguientes con su respectivo significado:

> Cabecilla: Quiere decir General Americano, que manda 10, 12, y hasta 25 mil hombres; como por ejemplo el General Belgrano que manda 20 000 hombres; el General Morelos que manda 40 000, o 50 000; el General Alvares de Toledo que manda 5 o 6000.
>
> Gavilla: Así llaman los españoles veinte, treinta, y hasta cien ciudades y pueblos reunidos en opinión para proclamar sus derechos.
>
> Insurgentes: Llaman así los españoles a los pueblos de América que han proclamado su libertad.
>
> Rebeldes: Esta voz tiene una significación más extensa que la de insurgentes según los españoles. El rebelde debe hacerse perecer por el hierro y el fuego. Tales son las santas intenciones del Gobierno español con respecto a los rebeldes americanos que se han substraído del yugo de la Metrópoli.

---

250 *Gaceta de Caracas,* n.º 63, lunes 2 de mayo de 1814, 4to. de la Independencia, Bicentenario de Simón Bolívar, 1783-1983, Caracas, 1985 (la cursiva es nuestra).

251 *Gaceta de Caracas,* n.º 68, jueves 19 de mayo de 1814, 4to. de la Independencia, Bicentenario de Simón Bolívar, 1783-1983, Caracas, 1985.

> Facciosos: Otra voz favorita, y muy usada en la actual política española, quiere decir cuarenta, cincuenta, ciento, y hasta doscientas o trescientas mil almas, que han hecho una facción, esto es, se han separado de la opinión de los españoles, que es la de extraer las riquezas de la América; enviar empleados a ella para que chupen su sustancia; no permitirles ni la industria, ni la agricultura, ni las artes, ni la ilustración, ni el comercio; sino directo con su Madre Patria. Los que no piensan de este modo, ni se someten a este yugo de hierro, se llaman facciosos.

Habrá que esperar hasta el año 1820, cuando Morillo finalmente accedió a conferenciar con Bolívar como representante del nuevo Estado colombiano, para que el realismo en Venezuela fuese capaz de reconocer la condición de beligerante, con derechos militares y políticos, a su adversario. Y este reconocimiento se hizo a regañadientes por parte de los principales jefes militares y civiles españoles, empecinados en la causa que defendían y que no tardaron en acusar a los liberales dentro de sus propias filas de auténticas quintas columnistas.

Igualmente hay que señalar que las circunstancias del momento obligaron a dar ese paso. El regreso de los liberales al poder en España desde el año 1820 desechó la política militar como la principal opción para tratar la guerra americana, prefiriendo algún tipo de acuerdo o negociación, y también a esto hay que sumarle la penosa situación militar del Ejército Expedicionario de Costa Firme, abandonado y esquelético, sin ninguna capacidad ofensiva significativa para inquietar a sus enemigos.

Esta situación de no tratar con «rebeldes», que entronca con una larga tradición dentro de la monarquía española y europea en general, tendrá unas terribles consecuencias. Ya desde un primer momento, las atrocidades empezaron a escalar hacia niveles inauditos, y el odio que esto generó hizo que cada bando justificase los actos de crueldad que cometía.[252]

---

252 Parker cita a un autor italiano, Gentili Alberico, quien escribió en 1589 que el «mayor incentivo para la crueldad (en la guerra) es la rebelión». Para obtener una mayor información sobre este aspecto, puede consultarse el capítulo titulado «El Ceremonial de la Atrocidad: Las Leyes de la Guerra a Comienzos de la Era Moderna en Europa», en Parker, «Felipe II Condenado al Fracaso», pp. 143-167.

La Guerra a Muerte

Para Bolívar y otros líderes republicanos, había que reaccionar con rapidez a fin de no caer en una situación de inferioridad con relación a los medios jurídicos y militares utilizados en contra de ellos en la guerra, como Monteverde y sus subalternos demostraron a partir del año 1812.[253] Y es, en este contexto, en el que un Bolívar escarmentado por una serie de dolorosas derrotas decide promulgar su polémico decreto de «Guerra a Muerte», dado al público el 15 de junio de 1813 en la ciudad de Trujillo en plena «Campaña Admirable».

Dividir los bandos en venezolanos y españoles[254] y levantar la moral republicana utilizando el terror como medio de propaganda para amedrentar al enemigo fueron los objetivos más inmediatos que Bolívar persiguió al promulgar la «Guerra a Muerte». Si se quería ganar una «guerra de exterminio», había que demostrarlo en la práctica y no con cándidas palabras y buenas intenciones, como pretendieron hacer los abogados y legisladores de la Primera República.

---

253 El militar extranjero Guillermo Miller, quien publicó unas *Memorias* en el ya lejano año de 1829, llegó a señalar que, antes del Decreto de Bolívar, solo los realistas ajusticiaban a los prisioneros, por lo que la gran mayoría prefirió alistarse en el partido del rey. Bolívar, para no estar en desventaja, emitió su polémica Proclama o Decreto de Guerra a Muerte en plena campaña militar desde la localidad de Trujillo.

254 Para Bolívar, fue frustrante observar cómo los soldados que lo habían derrotado en las campañas de la Primera República eran, en su inmensa mayoría, venezolanos. Bolívar siempre tuvo conciencia del problema de identidad que acarreaba la «ruptura» con la Metrópoli y el nacimiento de la nueva nacionalidad venezolana y americana. Porque, si hay un rasgo que engrandece a Bolívar y lo diferencia de los otros líderes republicanos de su época, es que sus miras siempre fueron anchas, continentales; que siempre fue capaz de otear un horizonte de grandeza para las nuevas repúblicas que habían nacido del seno español, lo cual también nos explica la soledad de Bolívar y sus principales proyectos políticos cuando fue abandonado por sus principales partidarios, incapaces de actuar más allá de sus estrechos terruños regionales y provinciales. En esto cobra sentido una de las más feroces críticas que los historiadores españoles posteriores a la guerra, e incluso muchos de los actuales, le han hecho a la actuación de Bolívar, al tildarlo de mediocre político y estadista, incapaz de engranar una política de Estado coherente en beneficio de los pueblos emancipados. Bolívar fue un ilustrado en conflicto con una realidad primitiva que nunca fue capaz de asumir del todo. Sus actos políticos y militares estuvieron signados por la paradoja.

Bolívar comprendió, rápidamente, que las condiciones del medio y los hombres donde se venía haciendo la guerra lo obligaban a adoptar medidas extremas y drásticas, si quería ganar la guerra contra sus enconados enemigos realistas.

El doctor Nicolás Briceño, conocido con el apodo del Diablo, y quien fuera uno de los firmantes de la Independencia de Venezuela el 5 de julio de 1811, fue uno de los primeros en formular los funestos dictados en los que consistirá la «Guerra a Muerte» en Venezuela. Es interesante señalar cómo los contemporáneos realistas, entre ellos José Domingo Díaz, asumieron como «bárbaras» este tipo de conductas en la guerra, descargando la principal responsabilidad en las atrocidades a los jefes republicanos como Briceño. Cada bando acusó al otro de cometer atrocidades y es absurdo pensar hoy día en quién fue más responsable que el otro.[255]

No fue poca la desesperación de Bolívar y de otros jefes republicanos al contemplar, horrorizados, cómo los hijos nacidos del país se mostraban indiferentes a la causa republicana en esos primeros años. Para la mayoría de la población, el alzamiento de un grupo de «rebeldes» debía ser duramente reprimido para garantizar el buen orden social, tal como era costumbre hasta ese entonces. De hecho, los extrañó a todos la lenta respuesta de las autoridades reales, tanto de la Península como de las provincias leales, al no ser capaces de acabar expeditamente con los alzados contra la causa justa que el rey y la santa religión católica representaban y defendían.

Con el «Decreto de Guerra a Muerte», Bolívar quiso acabar con su condición de minusvalía con relación al estatus que le venía otorgando el orden colonial. Lo que hizo Bolívar fue una declaración de guerra con toda la formalidad del caso, señalando inequívocamente a sus enemigos españoles y canarios, y queriendo distinguir y captar a los venezolanos que, hasta ahora, habían servido en el Ejército realista.

---

255 La polémica estéril entre hispanoamericanos y españoles sigue alimentándose con este tipo de debates bizantinos en que cada parte le echa la culpa al otro de los males y horrores que se cometieron hace doscientos años por sus directos antepasados.

Mucho se ha dicho sobre el arrepentimiento posterior de Bolívar como promotor de una guerra de exterminio en la Costa Firme,[256] pero, en las críticas circunstancias del año 1813, este jefe no hizo otra cosa que asumir el liderazgo dentro de su propio bando a través de argumentos de fuerza fundados en el terror.

La justicia colonial y sus brazos ejecutores hicieron del terror, los suplicios y los castigos los medios más idóneos, aunque brutales, para explotar los sentimientos de miedo individuales y colectivos, consiguiendo el acatamiento coercitivo a la autoridad. Las leyes, que debían garantizar la tosca justicia colonial, Monteverde las había suprimido, dejando abierto un gran espacio para la impunidad. Bolívar, para no quedarse en desventaja ante sus feroces adversarios que lo tildaban de «sedicioso», «traidor» y «rebelde», se equipara con ellos a través de esta dura proclama, en donde les dice que la causa que defiende posee una determinación total.

La violencia como ruptura y reafirmación

El «Decreto de Guerra a Muerte» también puede ser visto desde un plano psicoanalítico, como la necesaria ruptura y negación del hijo respecto al padre español que, hasta ahora, lo venía tutelando y le impedía acceder a la adultez. No hay que olvidar los orígenes aristocráticos e hispanófilos del apellido Bolívar y su natural identificación con una cosmovisión del mundo de raigambre colonial entroncada con parientes peninsulares. Al asumir una identidad radicalmente distinta a la española, la criolla-venezolana, y rebelarse contra el mundo de sus padres y abuelos, Bolívar emprendió un camino que debió de serle doloroso, traumático y violento. En un conocido documento, señaló que los americanos formamos un mundo

256 Los encargados de elaborar y reelaborar continuamente la liturgia bolivariana no podían permitir la aceptación de un Bolívar cruel y despiadado hacia sus enemigos. A raíz de ello, han endulzado los efectos perniciosos de esa proclama y tantos otros actos censurables llevados a cabo por el Libertador en los años posteriores de la contienda. El recurso del arrepentimiento, como expresión de un comportamiento honorable e hidalgo, ha querido atribuírsele a un Bolívar triunfador como una manera de lavar sus actos crueles y terroristas.

aparte y distinto a lo español, «un pequeño género humano»;[257] en esto se manifiesta claramente su irreductible voluntad en romper y renegar de toda la herencia hispana de la cual provenía. Y, al hacerlo, se condujo artificialmente, queriendo amputar sus más directos orígenes e identidad histórica.

La nueva identidad nacional venezolana, que nació de su propia mano, puso en cuestión el pasado del que toda una sociedad provenía y estableció las bases de una ruptura traumática, fuente de todos los desencuentros y malos entendidos entre los hispanoamericanos y españoles de las generaciones futuras:

> […] trató de formar una nacionalidad hispanoamericana desligada en todo de la tradición española; y luego había aquella especie de antipatía, por no decir rencor, contra el español, no por pasión innoble de su corazón, sino por efecto de aquella guerra cruel sostenida por él en Venezuela y Nueva Granada contra Monteverde, Boves, Morales y Morillo.[258]

En un mundo en el que la violencia lo sobrepasó todo convirtiéndose en el lenguaje de los hombres fuertes, Bolívar no tuvo más remedio que aprender a expresarse de la misma manera en que lo hacían sus mayores. Su proyecto político e ideales buscaron la superación de un antiguo orden que se negó a perecer poniendo una terca resistencia.

El año 1813 ya no dejó lugar a ningún tipo de dudas sobre la determinación de un sector entre los venezolanos en luchar hasta la muerte en favor de la Independencia; la consigna utilizada por Bolívar fue «Libertad o Muerte», la cual varias veces usó como bandera y portaestandarte al frente de los combates que libró contra sus enemigos.

---

257 El documento en cuestión escrito por el Libertador en 1815 fue su muy conocida Carta de Jamaica; allí presentó un autocrítico balance de las luchas emancipadoras en todo el continente americano. La nueva identidad fue esbozada en los siguientes términos: «Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte […], no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles; en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar estos a los del país y mantenernos en él contra la invasión de los invasores».

258 C. A. Villanueva, *Bolívar y el General San Martín,* París, s. f., p. 265.

El lenguaje del cuchillo

En la guerra, la crueldad y ensañamiento sobre el enemigo fue una forma de arma psicológica y de propaganda para hacer mella sobre la moral del adversario. En un tipo de guerra donde no se tomaban prisioneros y la vida solo dependía del valor físico y la destreza de los soldados en el uso de las armas blancas y las de fuego, contar con una elevada moral era algo clave, moral esta que se alimentó de los ejemplos que daban los principales jefes en su comportamiento al frente de la guerra y que debía disuadir a muchos del nefasto mal de las deserciones.

Ir a la batalla era casi lo mismo que encontrarse con una muerte segura. Las deserciones se pagaban con el fusilamiento ejemplarizante para quienes los invadía el miedo, pero también los jefes de ambos ejércitos no podían darse el lujo de despreciar y aniquilar una fuerza que podía ser captada en su favor con los consiguientes ofrecimientos de recompensa y promoción.

Hasta el año 1815, las armas blancas fueron protagonistas sobre las de fuego. Las largas lanzas de los llaneros se convirtieron en instrumentos de guerra mucho más eficaces y mortales que los lentos fusiles de la infantería, cuyo mantenimiento óptimo trajo serios problemas. La vital pólvora muchas veces llegó a escasear y, para conseguir su ahorro, los ajusticiamientos no se hacían ya ante el pelotón de fusilamiento sino a lanzazos y machetazos.

A Bolívar no se le puede censurar por las consecuencias que trajo el decreto de «Guerra a Muerte» respecto a un mayor encarnizamiento en la guerra; existió, en esto, una responsabilidad compartida entre los dos adversarios.

El bando republicano estuvo ansioso de ser reconocido como legítimo beligerante y no como una banda de rebeldes y delincuentes fuera de la ley. Y, además, las leyes españolas y los hombres encargados de su ejecución dentro del bando realista fueron, en su mayor parte, inescrupulosos e irresponsables en los castigos y las represalias sobre sus adversarios. En este sentido, es contundente el análisis que hizo Blanco-Fombona:

> Para realizar grandes cosas se necesitan grandes medios. No es posible hacer un proceso a Bolívar y condenarlo sin remisión porque en un medio bárbaro ahorcase a los Zuazola o fusilase en retaliación a más inofensivos

> sujetos, que no podía materialmente conservar presos, ni menos libertar, sin prejuicio de la República […]. Pero demos que Bolívar no fuera tierno. ¿Cuándo fue la ternura, virtud de conquistadores? El oficio de guerrero apareja la destrucción. Lo que hay que ver, para penetrar el alma de un soldado, es por qué, cuándo y cómo destruye. Este análisis lo resiste Bolívar.[259]

Resumiendo, podemos decir que las consecuencias que trajo el polémico «Decreto de Guerra a Muerte» son las siguientes:

— Responder a los actos de crueldad y represalias de los enemigos utilizando los mismos procedimientos.
— Convencer a los americanos, que hasta ahora venían sirviendo bajo las banderas del rey, la gran mayoría, a que se pasaran a la causa republicana, sinónimo esta de una incipiente identidad venezolana en proceso de construcción.
— Bolívar procuró acabar con la confusión existente entre los combatientes en no saber distinguir la causa por la cual luchaban. Había que adquirir un estatus distinto al de «rebeldes» a favor de otro como el de «patriotas».
— La «Guerra a Muerte» tenía que ejercer un efecto desmoralizador sobre los enemigos.

Paradójicamente, no fue Bolívar el principal exponente de la «Guerra a Muerte» en Venezuela, sino su más formidable rival en el año 1814, el asturiano realista José Tomás Boves, quien se encargó de llevar, hasta las últimas consecuencias, el terror sobre sus adversarios. Al decir esto, no pretendemos decir que Bolívar fue menos feroz y cruel que este, ya que hay evidencia de sobra que también lo fue en una misma proporción. Es una ingenuidad pensar que la guerra se podía ganar con «buenas intenciones» y pactos de caballerosidad entre unos combatientes que se empezaron a odiar a muerte y que se ofrecían regalos con las cabezas fritas de sus enemigos.

Es estéril seguir polemizando sobre qué bando y qué personajes fueron más crueles, viles y perversos; tampoco sirve de mucho establecer quién fue el primero en cometer las violaciones y atrocidades que hoy día nos parecen inocuas, debido a un recuerdo bastante lejano y sepultado por

---

259 Blanco Fombona, *Bolívar y la Guerra a Muerte. Época de Boves, 1813-1814,* p. 245.

el olvido o, en todo caso, modificado por quienes se han encargado de canonizar esos recuerdos.

En 1813 y 1814, la guerra venezolana adquirió una fisonomía de contienda civil en que los sentimientos e ideas de identificación a una cosmovisión del mundo quedaron puestos completamente en entredicho. El orden colonial estuvo completamente fracturado y los hombres que iban a la guerra lo hacían desde el desconcierto y la ignorancia de sus más íntimas suposiciones e ideales; en el fondo, de lo que se trataba era de sobrevivir. Pero, en esto, tampoco debe haber algún equívoco, ya que la brutalidad de las huestes de uno y otro bando se dirimió, por lo general, en las zonas rurales, convirtiendo los grandes centros urbanos en espectadores alucinados de una realidad tanto brutal como surrealista a la que siempre asumieron con desconfianza y miedo. Es por ello que quienes sintieron cada vez más cercana esa amenaza y tuvieron los medios para hacerlo no dudaron en marcharse lejos del país. Los realistas que se quedaron en las ciudades albergaron la creencia de que el rey los iba a salvar de los bárbaros actos de infidencia cometidos por unos «malos españoles». Esas esperanzas se pudieron hacer realidad cuando el general don Pablo Morillo desembarcó con su ejército en el año 1815, pero, entonces, las secuelas de la «guerra a muerte» que, hasta el momento, se había practicado negaron toda posibilidad de recuperar el antiguo orden. El mismo «Pacificador» no dudó en aplicar medidas de terror para restaurar el orden y paz alterados.

El año 1813 dio comienzo a la guerra de exterminio que despobló al país. La mayoría de los cronistas de la guerra hablan de 200 000 muertos entre un total de un millón de habitantes que tenía el país en 1800. Según Dauxión Lavaysse, viajero francés que visitó al país en la víspera de la Independencia, en 1807 había 975 972 personas y, cuando terminó la guerra, el censo elaborado en 1825 estableció el número de habitantes en 659 633, es decir, que 316 339 venezolanos desaparecieron entre muertos y exiliados en poco más de diez años de guerra.

Estas cifras sirven para confirmar que la guerra de exterminio que se practicó en el país instaló la violencia dentro de la sociedad venezolana, convirtiendo a la Costa Firme en la «América militar», auténtico epicentro de la lucha entre monárquicos y republicanos.

Medir las consecuencias históricas de ese holocausto demográfico dentro de las modestas dimensiones de nuestra geografía es algo que pocos han tratado de estudiar. Todo lo que fue nuestro siglo XIX, caracterizado por los caudillos y las guerras civiles en una situación de atraso económico, no es más que el reflejo y consecuencia de esa tremenda ruptura que significó el paso de colonia a nación.

1814: Boves y la sublevación de las masas contra la Segunda República

> Y miré, y había un caballo pálido, y el que lo montaba tenía por nombre la Muerte.
>
> Pasaje del Apocalipsis

Con José Tomás Boves[260] (1782-1814), el protagonismo popular en la guerra alcanzó su cota más elevada. Las huestes llaneras y pardas de Boves fueron un auténtico azote sobre las filas de los republicanos y convirtieron los campos y ciudades de Venezuela en un auténtico infierno. El horror de la guerra ya se había instalado entre los beligerantes y el respeto a la vida

---

260 José Tomás Boves puede ser considerado la figura más «atractiva» dentro del realismo. Su fugaz carrera como jefe militar y político en el año 1814 fue espectacular. Los retratos y máscaras que los biógrafos de Boves han elaborado no han hecho otra cosa que distorsionar aún más su enigmática y polémica vida. La historiografía venezolana es casi unánime en ofrecer una imagen despiadada e injusta del feroz asturiano, mientras que los escasos biógrafos españoles (Bermúdez de Castro, *Boves o el León de los Llanos,* Madrid, 1934; J. E. Casariego, *Boves: Reivindicación del mariscal asturiano,* s. f., y A. Valdivieso Montaño, *José Tomás Boves [Caudillo hispano; el más recio batallador realista durante la Guerra a Muerte. Años de 1812 a 1814]*, Caracas, 1955) lo exaltan desmedidamente desde una posición chovinista. La obra de M. Fernández Avello, *Boves, Mariscal Asturiano para la Historia,* Oviedo, 1974, es un tanto más comedida, aunque no deja de reivindicar y exaltar a Boves como un «orgullo» para el gentilicio asturiano; el historiador venezolano J. A. Armas Chitty no tuvo reparos en señalar las graves faltas «históricas» cometidas por Fernández Avello; para ello puede consultarse su obra *Boves a través de sus biógrafos*. José Tomás Boves nació en Oviedo el 18 de septiembre de 1782; a principios del ochocientos, pasó a Venezuela, donde se dedicó a varios trabajos hasta instalarse en Calabozo, ciudad llanera estratégicamente situada como encrucijada de caminos, donde regentó varios negocios entre lo lícito e ilícito hasta convertirse, por unas extrañas circunstancias aún no muy bien aclaradas por los historiadores, en el más feroz y carismático caudillo realista en toda la Guerra de Independencia de Venezuela.

era algo completamente anecdótico. La «guerra a muerte» dejó de ser una consigna para convertirse en una salvaje realidad; la muerte se convirtió en un poder unificador capaz de borrar las distinciones sociales. A una atrocidad le seguía una represalia; a un ajusticiamiento, el resentimiento y las ansias de venganza. En las batallas, el vencedor no se permitía coger prisioneros; a todos se les pasaba por las armas;[261] los pueblos y ciudades se convirtieron en botines de guerra y la población civil, en víctima ultrajada de los caprichos sádicos de unos jefes bárbaros y anárquicos sin el menor resquicio de respetar el orden y la disciplina militar. La atmósfera del país quedó envenenada y la guerra civil se apoderó de los venezolanos, posponiendo tanto las ansias de libertad de unos como la aspiración de recuperar el orden colonial por parte de los otros. De acuerdo con R. Blanco Fombona, Bolívar consideró que fueron 80 000 las víctimas venezolanas de José Tomás Boves en ese terrible año 1814 donde se puso fin a la Segunda República, la mayoría fuera de las batallas. Esta hecatombe humana y social convirtió al país en un auténtico desierto e hizo que sus campos y ciudades se convirtiesen en la «América Militar»,[262] expresión esta que se le atribuye al general Pablo Morillo.

La independencia como rebelión popular

Lo que ocurrió en 1814 fue una verdadera «rebelión popular», la tan temida insurrección de los pardos, llaneros y negros esclavos contra el orden que los blancos realistas y criollos habían construido en beneficio pro-

---

261 Ya se ha acotado que algunos hombres pudientes lograban salvar sus vidas a través del pago de un cuantioso «rescate». Otros jefes lograban perdonar la vida de los soldados vencidos con la única condición de que abandonasen el partido que defendían y se sumasen a las filas del ejército vencedor. En una guerra de exterminio como la que se practicó en Costa Firme y con unas características casi endogámicas respecto a la procedencia de los combatientes, los hombres aptos para la lucha, en su mayoría jóvenes entre los quince y cuarenta años, tuvieron que ser muy apreciados.

262 Toda Hispanoamérica fue campo de batalla, pero el principal esfuerzo realista, desde el punto de vista militar, se concentró en la llamada «Costa Firme». Y fue Venezuela, de acuerdo con el general Morillo, el epicentro de todo el movimiento independentista, y los venezolanos, los más tenaces soldados a quienes tuvo que hacer frente. No hay que olvidar que toda la conquista colombiana hacia el sur del continente partió de las llanuras anegadas por ríos como el Orinoco y teniendo como base la ciudad de Angostura.

pio, y a la que tanto temieron. Según Vallenilla Lanz,[263] el campo, el mundo rural, asaltó las ciudades, la barbarie contra la civilización y, según la teoría marxista de la «lucha de clases» como motor de la Historia, los explotados rebelándose contra sus explotadores.

En el año 1812,[264] los ejércitos realistas estuvieron conformados mayoritariamente por el amplio espectro de los sectores sociales «inferiores»; algo que se profundizará aún más en el año 1814, pero con la desconcertante novedad de que su caudillo y máximo jefe impuso una filosofía de guerra abiertamente hostil hacia el sector social blanco sin hacer una clara distinción entre «realistas» o «republicanos». El regente José Francisco Heredia; el presbítero José Ambrosio Llamozas, quien fue vicario y capellán en las filas de Boves; el capitán general don Juan Manuel de Cajigal, inmediato superior de Boves, y muchos otros realistas, tanto civiles como militares, estuvieron escandalizados por la conducta bárbara y sanguinaria de las huestes del asturiano.[265]

Fue tanto el temor a la rebelión popular entre los mismos blancos realistas que, en los primeros meses de 1814, existió la posibilidad de una suspensión de armas acordada entre los principales jefes «institucionales» de los dos bandos enfrentados en la plaza de Puerto Cabello, arreglo este que se

---

263 Obras importantes por su clarividencia y profunda percepción sobre este asunto son L. Vallenilla Lanz, *Cesarismo Democrático,* Caracas, 1961, y *Disgregación e integración,* Madrid, 1962.

264 «Boves sabía atizar el odio que los negros y pardos sentían por los blancos. Él mismo llegó de tal manera a sugestionarse en su campaña contra la "maldita raza", que, a pesar de ser blanco, les odió también. Dice Mr. Robinson, comerciante inglés de La Guaira, que "Boves y Rosete tenían bajo sus órdenes al menos siete u ocho mil hombres, dentro de los cuales no había más de cincuenta blancos o españoles europeos, y mil de color libres; el resto era de esclavos, de negros y zambos"», J. Uslar Pietri, *Historia de la rebelión popular de 1814,* Caracas, 1972, p. 97.

265 La verdad es que Boves y sus fuerzas no se comportaron de manera muy distinta que las rivales; solo que el encarnizamiento llegó a su punto más elevado. La crueldad adquirió cierto refinamiento en el sentido de hacer mayor el horror contra el adversario, y de esta manera se intentó propagar el miedo utilizándolo como propaganda de guerra. Un buen ejemplo de esta crueldad fue el trato dado por Boves a los prisioneros republicanos del pueblo de Espino cercano a Calabozo: «A los comprometidos en Espino les condenó a ser fusilados, pero cada vez que llegaban al paredón de fusilamiento las tropas les tiraban sin balas. Al fin les asesinó a lanzazos», Uslar Pietri, *Historia de la rebelión popular de 1814,* pp. 92-93.

intentó a través de la mediación inglesa, pero que fracasó por los decisivos triunfos de Boves en las batallas de San Mateo, Bocachica y Carabobo.

El Gobierno, las instituciones y las leyes durante la contienda, fueran estas republicanas o realistas, tuvieron un funcionamiento prácticamente nulo. Los grandes jefes y caudillos fueron los protagonistas a través del control de los ejércitos y montoneras. Las armas impusieron su poder sobre las instituciones y las leyes. En ese contexto, es evidente que la vida poco valor tenía. Monteverde, Boves, Morillo, La Torre y Morales fueron, en su momento, los árbitros de una situación de anarquía y desgobierno dentro del campo realista y las zonas que estaban bajo su directo control militar. En el bando patriota ocurrió prácticamente lo mismo, a través del florecimiento de pequeños jefes locales que pugnaron unos contra otros por hacerse con la jefatura absoluta, situación que Bolívar resolvió tras el fusilamiento de Piar en el año 1817 en Angostura.

Morillo: restaurador del Antiguo Régimen

Siempre ha sido un misterio, para la mayoría de los historiadores, las razones del cambio súbito en el destino de la expedición pacificadora del general Pablo Morillo, en un principio con rumbo a Buenos Aires para luego cambiar por la Tierra Firme (Nueva Granada y Venezuela). Buenos Aires y el Cono Sur, a comienzos de 1815, estaban en manos de los revolucionarios, mientras que Venezuela estaba completamente «pacificada» por las huestes llaneras y populares de José Tomás Boves. ¿Qué llevó a los estrategas y funcionarios españoles en Madrid a decidirse por un lugar, ya entonces bajo el control de las banderas del rey? Todo indica que los informes recibidos y analizados en Madrid sobre la situación venezolana debieron de ser alarmantes sobre el estado de anarquía militar y social que ponía en entredicho el mismo orden legal de la propia monarquía en Venezuela.[266] En consecuen-

266 Este planteamiento, realmente con mucho sentido, solo lo he encontrado en la obra de Uslar Pietri, *Historia de la rebelión popular de 1814.* Ningún otro historiador o documento hace mención a ese argumento de una manera explícita. La documentación española de carácter oficial para la época refleja abiertamente la preocupación ante un desbordamiento social por parte de las temidas castas. Las tropas llaneras y pardas de Boves y Morales, más que representar al rey, lo que hicieron fue colapsar los fundamentos

cia, Morillo y su fuerza expedicionaria de veteranos españoles curtidos en las batallas contra los ejércitos franceses de Napoleón no solo tuvieron como misión la de vencer a las fuerzas republicanas de Bolívar y Mariño, ya en realidad completamente derrotadas, sino la de restituir la legalidad de un orden social y público puesto en entredicho por la rebelión popular de las castas, pero a través de un estado de excepción de orientación militar. No hay duda de que el arribo de Morillo y su ejército español le confirieron a la contienda un carácter «internacional» que antes no tenía y permitieron hacer más clara la distinción entre los bandos enfrentados.

Lo que Bolívar intentó separar a los beligerantes de una manera desesperada e infructuosa en el año 1813 con el polémico «Decreto de Guerra a Muerte» lo pudo lograr Morillo en el año 1815. Como más adelante señalaremos, desde la llegada de Morillo, la opinión pública, que hasta entonces le fue favorable al bando realista, empezaría a cambiar hacia los insurgentes patriotas.

Boves, caudillo de los llanos

Boves, al igual que la mayoría de los jefes y caudillos realistas en este primer período de la guerra, proviene de la vida civil. El escritor y periodista venezolano Juan Vicente González lo hace llamar «el primer caudillo de la democracia venezolana», ya que es el primero en tener de parte suya y de una manera entusiasta el apoyo del pueblo, aunque esto signifique entender la democracia desde un concepto sociológicamente limitado.

El liderazgo de Boves fue de tipo carismático;[267] podríamos decir también que tuvo un carácter casi místico y mágico, muy propio de sectores humanos culturalmente primitivos y carentes de la más mínima instrucción. Los testimonios de la época nos hablan de un hombre blanco, que despreció a los de su misma clase social y condición por unos oscuros ul-

---

rígidos y jerárquicos del orden social bajo la hegemonía del sector blanco. Toda la política que Morillo y los expedicionarios españoles impusieron al llegar en abril de 1815 fue con la clara intención de desarmar al ejército irregular victorioso de Boves y restaurar las bases tradicionales que venían sustentando el orden colonial.

267 Véase M. Weber, *Economía y Sociedad,* México, 1944, y *Estructuras de Poder,* Buenos Aires, 1977.

trajes que recibió de los republicanos en la cárcel de Calabozo en el año 1812. Lo cierto del caso es que Boves fue capaz de interpretar las frustraciones y resentimientos acumulados por décadas de pardos, llaneros y esclavos, constituyéndose en su agente vengador.

Los llaneros fueron el grupo social que mayormente prestó acompañamiento a Boves, siendo él mismo un habitante de la villa llanera de Calabozo[268] que, enfebrecido por la acción bélica, llegó a adoptar los hábitos y costumbres que distinguieron a estos hombres:

> Los llaneros que se presentaban a Boves formaban un caso especial en la maraña de las castas. Pues las faenas de la ganadería, las dilatadas llanuras, el rigor de las estaciones, la manera de entender la propiedad, el rápido mezclarse de los distintos tipos raciales, todo, contribuyó a formar un ejemplar humano asimilado por algunos a los llamados zambos, pero más parece conveniente dejarle sin atribución. Ya que el denominador común era su habilidad en el manejo de la caballería y ganados, en la caza y la propensión a no comprometer su libertad, amparada por las distancias y lo rudo del medio. Preferían la soledad de sus regiones donde encontraban alimento gracias a la explotación de recursos naturales al alcance de su mano. Vivían en estado primitivo y de los primitivos tenían instintos y ambiciones. Aparte de que aquellas regiones conformaban refugio ideal para los perseguidos o para quienes sintieron el llamado de un comercio como el de cueros, riesgoso pero fructífero.[269]

El llanero fue quizá el mejor soldado que hubo en toda Hispanoamérica durante las guerras de emancipación. Su perfecta adaptabilidad a un medio geográfico hostil, su gran movilidad en terrenos inmensos y su

---

268 La villa de Calabozo se encuentra situada estratégicamente en el centro de los llanos centrales teniendo al norte la ciudad de San Juan de los Morros, auténtica puerta hacia los ricos Valles de Aragua y el centro del país con su capital Caracas; hacia el sur de Calabozo, se encuentra San Fernando de Apure, el centro ganadero y poblado más importante de los llanos centrales por el cual realistas y republicanos pugnaron tenazmente para obtener su control. La facción o ejército que dominase a San Fernando podía garantizar una importante influencia sobre la inmensa zona llanera que va desde Apure y Barinas hasta las mismas llanuras orientales que siguen las vertientes del Orinoco y sus más importantes afluentes. Puede decirse, con toda propiedad, que Calabozo constituyó la principal base de operaciones de Boves a lo largo de las campañas de los años 1813 y 1814 ya que, desde allí, podía reclutar los necesarios hombres para su caballería y mantener fluidas comunicaciones con los realistas acantonados en Guayana.

269 T. Pérez Tenreiro, *José Tomás Boves, Primera Lanza del Rey,* Caracas, 1994, p. 245.

probada bravura en el combate hicieron que la suerte de la guerra en los llanos de Venezuela, prácticamente casi la mitad del país,[270] oscilase en función de la filiación política del caudillo de turno que los estuviese dirigiendo. En el año 1814, fue Boves quien los dirigió para la causa realista; luego, tomaría el relevo Páez hasta el fin de la guerra a favor de los republicanos. Este último hecho bien puede explicar que la balanza de la guerra a partir del año 1817 se haya inclinado de una manera favorable sobre los venezolanos, a pesar de la terca resistencia de la infantería realista comandada por Morillo.

Los llaneros venezolanos y sus cargas «infernales» se volverían legendarias. Una de las tácticas más empleadas fue el sistema de atacar, retirarse y volver aprovechando el elemento sorpresa y la excelente movilidad de los jinetes sobre sus monturas. En las llanuras, la caballería llanera fue prácticamente invencible. Pero como dice Pérez Tenreiro:

> Cuando los llaneros se encontraron con una infantería disciplinada y con buenas armas vieron sus cargas romperse. Y lo mismo cuando bien o mal armada se apoyaba de trabajos de fortificación y en artillería bien emplazada y servida.[271]

Una de las cosas que más desconcertó a Moxó, Morillo y La Torre y a cualquier observador «profesional» de la guerra fue la rápida recuperación de las fuerzas venezolanas de las muchas derrotas que sufrían. Pero igual sucedió con Boves y la campaña del año 1814; ante un revés de las fuerzas llaneras, este solo tenía que retroceder hacia las inmediaciones de Calabozo para reclutar velozmente a los llaneros que antes se habían perdido. Es famoso el episodio ocurrido en la batalla del Calvario de San Mateo el 28 de febrero del año 1814, cuando los españoles republicanos coroneles Manuel Villapol y Vicente Campo de Elías derrotan a Boves y lo hieren obligándolo a retirarse apresuradamente con sus llaneros. Muchos pensaron, en el momento, que el asturiano estaba completamente acabado, pero, para sorpresa de todos, volvió a la carga el 20 de marzo con renovadas fuerzas sobre San Mateo en las inmediaciones de Caracas

---

270 Los Llanos de Venezuela poseen una extensión aproximada de 300 000 kilómetros cuadrados.

271 Pérez Tenreiro, *José Tomás Boves, Primera Lanza del Rey,* p. 246.

y, en una serie de sangrientos combates, decretó la muerte de la Segunda República.[272]

La «Caballería Infernal» de Boves, conformada por 7000 jinetes, fue un «arma» muy económica y la de mejor adaptación para el tipo de guerra que se practicó en el trópico:

> En toda la guerra los llaneros casi no usaron más arma que la lanza; los escuadrones eran de ochenta a cien hombres, y dos o tres escuadrones formaban un regimiento; pero esta organización no se estableció de manera precisa sino bajo el mando de Bolívar y el de Morillo. «Las lanzas de los llaneros —dice el general inglés Miller refiriéndose a los cuerpos que fueron al Perú—, tienen de doce a catorce pies de largo, y el asta de ellas la forma una vara gruesa y flexible, a cuya extremidad está la lengüeta. Los lanceros fijan las riendas encima de la rodilla, de forma que pueden guiar el caballo, y les quedan las dos manos en libertad para manejar la lanza, y generalmente hieren a su enemigo con tal fuerza, con particularidad cuando van a galope, que lo levanten dos o tres pies encima de la silla».[273]

Desaparecido Boves, la infantería de Morillo muy poco pudo hacer en contra de la caballería republicana, ahora bajo el mando de Páez, en aquellas llanuras a campo abierto. Todo el dispositivo militar de Morillo, luego del año 1817, cuando cae Guayana en manos de Piar, se concentró sobre el piedemonte central que establece los límites entre los llanos y la zona

---

272 Uno de los grandes talentos militares que se le han reconocido a Bolívar ha sido la rapidez de sus movimientos en la conducción de sus fuerzas, utilizando el factor sorpresa como táctica esencial para derrotar inesperadamente a un enemigo mejor armado y de mayor número pero lento de movimientos. Boves fue otro ejemplo de «rapidez» militar, apoyándose en su móvil caballería, lo cual le permitió tener siempre sobre el terreno un ejército operativo para emprender las acciones en las mejores circunstancias posibles. Boves, al igual que Bolívar, fue un claro ejemplo de incansable actividad en el campo militar buscando, por todos los medios, poder siempre contar con la iniciativa. Las derrotas parecían no amilanarlo y siempre se rehízo con asombrosa recuperación, para volver a caer una y otra vez sobre sus atónitos adversarios. Boves y sus fuerzas inauguraron en Venezuela la «guerra llanera» de origen pastoril y nómada, el predominio de la caballería en los grandes espacios llanos, el triunfo del mundo rural sobre el urbano. Los llaneros fueron el primer grupo regional que se hizo con el control de la capital en el centro del país de la mano de Boves y Páez; más adelante, vendrán los orientales en el siglo XIX y los andinos en las dos primeras décadas del XX con Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez.

273 V. Lecuna, «La Guerra de Independencia en los Llanos de Venezuela», *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), n.º 21, 1.ero del t. VI, año XII, 5 de julio de 1923, pp. 1020-1021.

montañosa. Desde entonces y hasta el año 1820, se estableció un *statu quo,* un equilibrio militar entre ambos ejércitos. Morillo y sus mermadas tropas desarrollando un tipo de guerra de carácter defensivo, haciendo lo imposible por atajar las reiteradas incursiones republicanas sobre su dispositivo alrededor de Caracas y la zona central del país, mientras que Bolívar, desde Angostura, siempre intentó llevar la iniciativa, pero sin ser capaz de lograr una victoria decisiva. Llegó un momento en el que la guerra se «estancó» en Venezuela; ninguno de los beligerantes podía vulnerar al otro y la contienda se había transformado en una guerra de desgaste y resistencia. Esta situación fue rota con la audaz maniobra de Bolívar en el año 1819, cuando decidió caer, por sorpresa, sobre el Nuevo Reino de Granada.

Una buena descripción del prototipo de hombre que fue Boves es la siguiente:

> En las batallas era el primero que cargaba para dar ejemplo a sus soldados. Premiaba a los valientes y despreciaba a los cobardes. El valor era el único título con que se podía conseguir un grado de aquella formidable «montonera». Todos sus hombres confiaban ciegamente en él, sabían que les llevaba al triunfo.[274]

Pero no todo en Boves fue voluntarismo y acción irreflexiva; por documentos y representaciones escritos por él a las autoridades superiores en Venezuela y España,[275] se puede inferir que estamos en presencia de un

---

274 Uslar Pietri, *Historia de la rebelión popular de 1814,* p. 94. Existe otra descripción llena de adornos clásicos de origen latino: «Él no se baña en bañeras de pórfiro, entre amorzuelos de carne, placiéndose con voluptuosidad morbosa al roce con infantes desnudos, como Tiberio; pero hacía bailar en Valencia y Cumaná a las mujeres a quienes acababa de dejar sin esposos, sin padres, sin hijos… y gozaba. Él no incendió a la capital cesárea, como Nerón; pero prendió fuego a nuestras ciudades y villorrios del Llano, viendo perecer en las llamas a cientos de infelices… y gozaba. Él no quería que Roma tuviese una sola cabeza para cortársela, ni consagró cónsul a su caballo, como Calígula; pero nombró a otro caballo, a Quero, gobernador de Caracas, y le expidió esta orden lacónica y sublime: "Si a mi llegada a esa ciudad, que será dentro de veinte días, encuentro un patriota, usted pagará con su cabeza". Él puso la de nuestra patria sobre una piedra y la cortó de un tajo… y gozaba. Tenía una virtud, sin embargo, el valor; el más épico y deslumbrante valor», R. Blanco Fombona, «El Capitán General Don Domingo de Monteverde», *Boletín de la Academia Nacional de la Historia,* s. f., p. 108.

275 Lamentablemente, existe muy escasa información documental donde aparezca José Tomás Boves como firmante. La guerra devastadora hizo perder valiosos archivos y documentos oficiales, y los pocos que se pudieron salvar fueron luego depurados por los

hombre sagaz e inteligente, de buenas maneras en el escribir; pero, ensoberbecido por sus impresionantes triunfos, se consideró el único jefe de Venezuela despreciando la autoridad de su inmediato superior, el capitán general don Juan Manuel de Cajigal, a quien tenía por un pusilánime.

La campaña militar de los años 1813-1814

Cajigal[276] fue la autoridad legítima sobre Venezuela tras la retirada de Monteverde quien, herido y depuesto de su mando desde enero de 1814, solo pudo refugiarse en la isla de Curazao bajo control de los ingleses. Cajigal encontró un país trastornado por la guerra y perdido para la causa del

---

agentes del oficialismo venezolano desechando, naturalmente, la mayoría de la documentación realista. En los archivos españoles consultados por nosotros, las referencias sobre José Tomás Boves fueron prácticamente inexistentes.

276 Don Juan Manuel de Cajigal fue gobernador y capitán general de Venezuela entre el 26 de febrero de 1814 y el 12 de mayo de 1815. Escribió unas interesantes *Memorias (Memorias del Mariscal de Campo Don Juan Manuel de Cajigal sobre la Revolución de Venezuela,* Caracas, 1960) que comenzó en Coro a finales de 1812 y que concluyó en España siete años después. El relato de Cajigal transita desde el comienzo de la Independencia, con el movimiento del 19 de abril de 1810, hasta el tiempo en que Morillo lo relevó en el mando durante los primeros meses del año 1815. Sus puntos de vista son muy valiosos para reconstruir el proceso que comprende los primeros años de la guerra, aunque es indudable que sus juicios de valor estén imbuidos por una clara intención autojustificadora. Los argumentos que utilizó para explicar las actuaciones de Emparan, Monteverde, Boves, Morales y el mismo Pablo Morillo fueron sesgados y estuvieron influidos por una indisimulada animadversión; en cambio, no tuvo reparos en alabar la conducta de hombres como Guevara Vasconcelos, Juan de Casas, Fernando de Miyares, Salvador de Moxó y el brigadier don Ramón Correa. Cajigal vivió en carne propia la dura realidad de la guerra «irregular» en un medio donde la naturaleza indómita dictaba las principales pautas sobre el desarrollo de la guerra. Su autoridad como máximo jefe político y militar de Venezuela nunca fue aceptada y reconocida por sus más directos subalternos, situación que denunció no pocas veces como la principal causa de los males dentro del Partido Realista en Venezuela. Fue uno de los primeros jefes militares realistas que entendió que la llama de la guerra civil no solo se había instalado entre los propios venezolanos, unos partidarios del rey y otros de la República, sino entre los propios jefes realistas y las distintas regiones que les eran adeptas. Partidario de la legalidad y el orden, nunca fue capaz de entender y adaptarse a la improvisación y anarquía en que se sumió la sociedad venezolana con el colapso de sus más fundamentales instituciones. Fue un militar, que como Heredia en lo civil, siempre reivindicó el buen nombre de España a través de actuaciones y conductas honorables. La brutalidad de la guerra dentro de la realidad venezolana, una vez más, se encargará de barrer esas convicciones.

rey. Maracaibo, Coro y Guayana se mantenían realistas y, en los llanos, las partidas de Yáñez y Boves operaban de manera autónoma y sin responder a ninguna autoridad superior. El nombramiento de Cajigal fue, en realidad, en condición de interino, ya que la autoridad teóricamente establecida sobre Venezuela recayó en el gobernador y capitán general de la Nueva Granada, Francisco Montalvo, quien, de paso, nunca llegó a pisar el suelo de Venezuela, ocupado en guerrear contra los insurgentes neogranadinos.[277]

Cajigal tuvo plena conciencia de la penuria económica del país y la carestía en los pertrechos de guerra; entendió rápidamente como militar de carrera que la guerra venezolana solo podía ganarse aunando los esfuerzos de los distintos contingentes realistas y subordinándolos a una autoridad única y directora; tampoco albergó ninguna esperanza en recibir refuerzos militares, tanto de la Península como de las áreas realistas adyacentes. El dispositivo militar realista en el año 1814 estuvo comprendido, básicamente, por tres zonas: Yáñez en San Fernando de Apure, controlando la zona más interna de los llanos al sur; Boves, con sus jinetes llaneros apostados en la rica región del Guárico, acechando los valles centrales alrededor de Caracas, y Cajigal, junto con Cevallos en Coro, estableciendo operaciones hacia el este y los territorios ubicados en el centro-occidente del país. Con estas fuerzas dispersas y prácticamente sin europeos con quienes poder contar, la campaña del año 1814 no se avizoró nada prometedora para las banderas del rey.

En el lado republicano, todo indicaba que Bolívar había consolidado su autoridad desde Caracas y que sus fuerzas habían sido distribuidas entre el general Rafael Urdaneta, atendiendo el occidente del país, y el general Santiago Mariño, controlando la importante región oriental. Este último jefe, auténtico libertador del oriente del país, tuvo tantas atribuciones político-militares dentro de su zona como Bolívar respecto al centro del

---

277 «Este mando de Montalvo en Venezuela fue siempre nominal, porque las comunicaciones terrestres, sin ser seguras, tardaban dos meses, y las de mar no existían; y así solamente sirvió de embarazo y confusión en muchos casos para el segundo Jefe y las otras autoridades, y de pretexto a Boves para salvar su insubordinación con el velo de que no desconocía la autoridad del Jefe superior de la provincia», J. F. Heredia, *Memorias del Regente Heredia,* en J. A. Chitty de Armas, *Boves a través de sus biógrafos,* p. 83.

país.[278] Toda la franja costera norte, a excepción de Coro y Maracaibo, era nuevamente territorio liberado y nada hacía presagiar la súbita caída de Bolívar y sus huestes.

A pesar de los intentos de Bolívar con la ayuda del español Santisellí para crear un ejército «profesional», este aún tardaría algunos años en adquirir tan ansiada fisonomía. La guerra siguió practicándose con fuerzas irregulares, tanto por parte republicana como realista.

Cajigal hizo de Coro su principal base de operaciones y estrechó una inteligente alianza con el jefe militar de Coro don José Cevallos. Desde allí, decidió organizar una fuerza y operar tanto en la dirección de Barquisimeto como en el centro del país, con desigual suerte.[279] Su formación militar «profesional» le impidió valorar el tipo de guerra «irregular» que se practicaba en los campos venezolanos y esa inexperiencia o falta de adaptación la pagó con importantes reveses. Es célebre su derrota en la batalla de Carabobo el 28 de mayo de 1814 a manos del propio Bolívar y la humillante afrenta que recibió de Boves cuando este le dice luego de su victoria en La Puerta: «He recobrado las armas, las municiones y el honor de las banderas españolas que S. E. perdió en Carabobo». Esta tremenda falta de respeto no impidió que Cajigal se hiciese el desentendido y haya ascendido a Boves a teniente coronel, ante lo que el asturiano contestó con soberbia que él también hacía coroneles.

---

278 La unidad en las filas republicanas para ese entonces, y a pesar de la victoria sobre Monteverde, siguió siendo precaria. Los caudillos orientales consideraron su región un mundo aparte del resto del país y mucho les costó aceptar la autoridad de Bolívar y los caraqueños. La rivalidad y enfrentamiento entre Mariño y Bolívar fue algo permanente y perturbador en importantes capítulos de la guerra.

279 Cajigal nombró a Cevallos jefe expedicionario, para que maniobrase en dirección a Carora y Barquisimeto, con el objetivo de ocupar la importante ciudad de Valencia. Cevallos ocupó Barquisimeto el 11 de marzo de 1814 y la ciudad de San Carlos el 17 de ese mismo mes, con el apoyo del cuerpo que mandaba el jefe realista Sebastián de la Calzada. Las fuerzas de Rafael Urdaneta, general republicano encargado por Bolívar de resistir en la zona, se retiraron hacia Valencia. El día 28 Cevallos atacó Valencia, pero fue rechazado por Urdaneta, quien tenía órdenes de parte de Bolívar de resistir hasta morir; el auxilio del comandante D'Eluyar, con 200 soldados, fue determinante en la retirada de Cevallos hacia las inmediaciones de San Carlos. Desde allí, derrotó a Mariño el 16 de abril en la batalla de El Arao. El 30 de abril Cajigal, con otro cuerpo del Ejército, se reunió en San Carlos, para asumir la jefatura de esas fuerzas e intentar nuevamente retomar el camino de Valencia. Ya para ese entonces, Boves y sus llaneros hacían desesperados intentos por ingresar en las inmediaciones de la capital en los alrededores de San Mateo.

Hagamos un rápido repaso de las principales acciones militares llevadas a cabo por Boves y sus indómitos llaneros desde sus más tempranos comienzos. En 1813, Boves estuvo en Calabozo y desde allí, bajo las órdenes de Monteverde, se aprestó a participar en la desgraciada campaña de oriente en que Mariño y otros jefes republicanos salieron airosos. Su primera acción militar importante fue el combate que libró en Cachipo (Barcelona) el 11 de septiembre de 1813, donde fue derrotado por el comandante republicano Pedro María Freites. Si bien Boves estaba bajo la subordinación del mariscal de campo Juan Manuel de Cajigal, sucesor de Monteverde en Venezuela, desde un principio lo desobedeció y actuó de manera autónoma. Desde oriente, marchó hacia las inmediaciones de Calabozo, para reunir a nuevos reclutas y desocupar a los republicanos de la zona. El 23 de septiembre de 1813 Boves derrotó, en la batalla de Santa Catalina (Caracas), a las tropas republicanas que se le interpusieron. Bolívar, desde Caracas, rápidamente entendió que había que atajar a este nuevo y peligroso jefe realista que empezaba a socavar las bases de la Segunda República. Para ello, comisionó al bravo comandante Vicente Campo Elías, de origen español, quien le presentó batalla el 14 de octubre en Mosquitero[280] (Caracas). Campo Elías lo derrotó y mandó pasar por las armas a todos los vencidos. Ya para ese entonces, la vida de los prisioneros no era respetada por ninguno de los beligerantes. Boves tuvo que retroceder hasta las inmediaciones de Guayabal para rehacerse y volver a la

280 La descripción de esta batalla por parte de uno de los contemporáneos es como sigue: «Reunidos en Villa de Cura las tropas derrotadas y emigrados de Calabozo el batallón Barlovento de Caracas, con algunos cuerpos de caballería, tomó el mando de ellas el Coronel Vicente Campo Elías, por orden de Bolívar, quien dirigió su marcha a esta ciudad por el Sombrero, en cuyo tránsito al Calvario se le reunieron las caballerías victoriosas de Maturín y Chaguaramas. Dividido el ejército en tres cuerpos con los nombres de centro, derecha e izquierda, llegaron al caño de Mosquiteros donde fueron saludados por el cañón enemigo que ocupaba en línea de batalla los bancos opuestos a dicho caño, a cuya inmediación emboscó Boves, en un platanal, su ala derecha de caballería. Pasado el caño nuestro centro y derecha y puestos en formación, atacó el enemigo la izquierda que pasaba el caño y la arrolló; en cuyo acto atacó el centro y derecha a las filas enemigas y las destrozó completamente, persiguiendo la caballería de Maturín en todas direcciones al enemigo», J. Llamozas, «Acontecimientos políticos de Calabozo. Primeras armas de Boves. Combates de Santa Catalina, Mosquiteros y San Marcos», *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), VIII, 1921, pp. 500 y 511, en J. A. de Armas Chitty, *Boves a través de sus biógrafos,* pp. 61-62.

acción en la batalla de San Marcos (Caracas) el 8 de diciembre, donde aplastó las escasas tropas de Pedro Aldao, jefe republicano que intentó detenerlo.[281] Boves mandó cortar la cabeza de Aldao y la envió a San Fernando de Apure, para que fuera exhibida en las plazas públicas. Las cabezas de jefes ilustres y bravos soldados llegaron a convertirse en presentes de guerra entre los distintos caudillos militares que alentaron los más crueles actos de barbarie.

Después de estos triunfos, la caballería de Boves llegó a disponer de 6000 aguerridos llaneros dispuestos a todo. Esta tropa formidable, esta caballería que emuló a los hunos de Atila, se estuvo paseando por los alrededores de San Juan de los Morros, en la entrada que da acceso a los llanos y en dirección norte hacia el centro del país, donde se encuentran las importantes ciudades de Maracay, Valencia y Caracas. Bolívar, el Gobierno republicano y muchos realistas consideraron a Boves y sus tropas unos auténticos bandoleros. El regente Heredia lo consideró un insubordinado atroz:

> Horrorosa es la conducta de los jefes que mandan en los pueblos de Boves (me escribía un oficial de marina en 27 de agosto); no hay día que no haya desgracia. A la mujer de Castillo, que estaba en la laguna con él, la han cogido; fue puesta en capilla, y al pasarla por las armas pidió se le hiciesen cargos. Luego, fue oída y puesta en libertad. Lo mismo es uno que otro; con la misma facilidad se manda matar que se pone en libertad. Verdaderos due-

281 Luego del triunfo en Mosquiteros, Campo Elías ocupó Calabozo e intentó perseguir los restos del ejército de Boves, ya en ese entonces internado en lo profundo del llano. Bolívar le ordenó apresuradamente ir con el batallón Barlovento a participar en la acción de Araure, dejando en el mando de la zona al coronel de ingenieros Pedro Aldao. Luego que Boves hubo derrotado las débiles fuerzas de Aldao, no perdió tiempo en armar y reforzar su caballería. El siguiente testimonio es fehaciente sobre la determinación de Boves en vencer a sus adversarios: «Ufano Boves con esta victoria que le reponía del crédito perdido en Mosquiteros, acuarteló sus tropas en las solitarias casas de Calabozo, arrancando de ellas cuanto hierro encontró en sus rejas para hacer lanzas, con las que armó en poco tiempo una numerosa caballería. La voz del desorden se esparció por todas partes, no siendo de extrañar que en el centro de Venezuela, en llanuras inmensas, llenas entonces de caballos, mulas y ganados, en que los hombres ejercitan el valor y las privaciones, pusiese Boves un ejército numeroso con el cebo de las propiedades ajenas, con que subyugó a Venezuela. Organizadas sus fuerzas y disciplinadas la infantería con artillería marchó para la capital, logrando en La Puerta triunfar del ejército patriota al mando de Campo Elías», J. Llamozas, «Acontecimientos políticos de Calabozo. Primeras armas de Boves. Combates de Santa Catalina, Mosquiteros y San Marcos», p. 63.

> ños de vidas y haciendas, y apetitoso sistema para vivir. Hasta los somatenes (así llamaban por apodo a los godos exaltados) que desde antes querían esta justicia para sus contrarios, han tenido que huir, pues Dato los quiere afeitar de balde, y amenaza con el banquillo.[282]

El famoso memorial que intentó presentar al rey el vicario y capellán del Ejército de Boves, doctor Josef Ambrosio Llamozas, nos refiere el sistema practicado por este:

> El Comandante General Boves desde el principio de la campaña manifestó el sistema que se había propuesto y del cual jamás se separó: fundábase en la destrucción de todos los blancos conservando, contemplando y halagando a las demás castas como resulta de los hechos siguientes: en el Guayabal, poco después de la batalla de Mosquiteros, declaró la muerte a todos los blancos y lo ejecutó constantemente hasta el pueblo de San Mateo.[283]

Una vez más, fue Campo Elías el encargado de detener a Boves. En el estratégico sitio de La Puerta, encrucijada que da acceso a los ricos valles centrales y los principales centros urbanos, el 3 de febrero Boves derrotó a Campo Elías. Allí sufrió Boves una herida que tuvo que ser atendida en la retaguardia. Su segundo en el mando, el comandante Francisco Tomás Morales, siguió con la ofensiva hasta llegar a las inmediaciones de Valencia, donde presentó batalla el 12 de febrero en un lugar llamado La Victoria, siendo detenido y derrotado por José Félix Ribas, junto con la acción heroica de jóvenes seminaristas que lo acompañaron.[284] Ya repuesto, Boves decidió operar con todas sus fuerzas e irrumpir sobre el centro, donde Bolívar lo esperó junto con un dispositivo defensivo en las inmediaciones de la zona de San Mateo. Desde finales de febrero hasta finales de marzo de 1814, el jefe asturiano atacó las posiciones republicanas defendidas personalmente por el propio Bolívar. Unas acciones eran ganadas por los realistas y otras por los republicanos, bajo una lucha caracterizada por el encarnizamiento desmedido. A todas estas, el día 25 de marzo Boves intentó un asalto decisivo sobre las posicio-

---

282 Heredia, en Armas Chitty, *Boves a través de sus biógrafos,* pp. 76-77.

283 J. A. Llamozas, «Memorial del Presbítero José Ambrosio Llamozas, llevado a Madrid para ser presentado a Fernando VII», *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), v, 1921, pp. 515 y 529, en J. A. Armas Chitty, *Boves a través de sus biógrafos,* p. 45.

284 Esta acción en La Victoria ha sido una de las batallas que, en Venezuela, hemos convertido en icono exaltador de lo mejor que existe dentro de la juventud venezolana.

nes defensivas republicanas en San Mateo; ataque que fue, una vez más, rechazado.[285]

Ante el cansancio de sus tropas y los muchos heridos que había que atender, Bolívar pidió a Mariño, el caudillo oriental, apoyo militar para detener las fuerzas realistas que lo atacaban incesantemente oleada tras oleada; situación que obligó a Boves a retirarse de San Mateo, para evitar ser envueltas sus fuerzas por la retaguardia y tener que luchar en dos frentes a la vez. El 31 de marzo ya estaba, una vez más, Boves al frente de su ejército para enfrentarse a Mariño, quien lo derrotó en Bocachica (Caracas). Derrotado, el jefe realista intentó acercarse a Valencia, donde las fuerzas de Cajigal ponían cerco a la ciudad. Bolívar pudo auxiliar a Valencia y el cerco fue levantado. Boves no tuvo más remedio que hacer una nueva retirada hacia los llanos y, con la energía e iniciativa que lo caracterizó, volvió a levantar un nuevo ejército en apenas dos meses. Rápidamente se puso en marcha sobre el centro del país para, una vez más, caer sobre el dispositivo republicano en los alrededores de Valencia y Caracas. En esta ocasión, el 15 de junio, en la famosa batalla de La Puerta, derrotó inapelablemente a las fuerzas unidas de Bolívar y Mariño, quienes, al huir, dejaban al caudillo asturiano la vía libre para ocupar tanto Valencia como Caracas, las cuales cayeron en los primeros días del mes de julio. Estos triunfos llenaron de arrogancia a Boves, arrogándose él mismo el título de comandante general de las Armas del Rey en Venezuela y alzándose con el mando absoluto ante la impotencia de un empequeñecido Cajigal.[286] A la ocupación de Valencia por las fuerzas realistas el 4 de julio

---

285 Las batallas y furiosos combates que se libraron en la zona de San Mateo, durante los primeros meses del año 1814, se han constituido en iconos patrióticos de la Historia de Venezuela. Allí, españoles al servicio de la República, como Campo Elías y Villapol, encontraron la muerte; el granadino Antonio Ricaurte se inmoló dentro de un polvorín, para evitar que este cayera en manos de los realistas. Quien desee un recuento de los sucesos de San Mateo en un tono épico y romántico puede leer a E. Blanco, *Venezuela Heroica,* Caracas, 2000, pp. 55-91.

286 «Infinitas son las víctimas que diariamente se sacrifican y jamás provincia del globo ha estado en mayor anarquía. Cada comandante es árbitro de la vida de los que componen su pueblo, y cada uno es independiente; solo respetan la autoridad de Boves, y a este lisonjean con asesinatos a nombre de Fernando VII de los que tienen la nota de insurgentes, para lo cual basta ser hijo de la provincia», Heredia, *Memorias,* en Armas Chitty, *Boves a través de sus biógrafos,* p. 77.

le siguió el saqueo y el asesinato de sus habitantes violándose, con ello, la capitulación acordada con los vencidos:

> A consecuencia de haber sitiado a Valencia capituló solemnemente con Boves, quien a nombre de V. M. perdonó vidas y ofreció respetar las propiedades y conservarlas, en cuya virtud se entregaron sus habitantes, pero inmediatamente que entró Boves a la ciudad hizo degollar por la noche, y sin confesión, entre ochocientos a mil hombres en el cerro del Pato, saqueándola después.[287]

Campaña militar en el oriente del país

El 16 de julio Boves entró en Caracas y delegó las funciones políticas y administrativas en otras personas de su confianza, como el marqués de Casa León, nombrado gobernador político, y el coronel Juan Nepomuceno Quero, gobernador militar. La legalidad del efímero Gobierno de Boves en Caracas se impuso por la dictadura de las armas y la creencia de que, como hacía la guerra a los republicanos en nombre del rey de España, su autoridad tenía que ser acatada por todos.[288] Mas esto no impidió que la Real Audiencia, con el aval de las otras autoridades realistas en el resto de Venezuela, haya realizado su apertura en la ciudad de Puerto Cabello el 14 de octubre y retomara la administración de la justicia, aunque con la precariedad que impuso el tiempo de guerra y la anarquía social. Boves no tenía dotes de político ni de dirigente civil; fue un guerrero nato y los asuntos de administración y gobierno le fueron prácticamente indiferentes; de hecho, delegó esas responsabilidades en otros hombres y entendió rápidamente que el auténtico poder en Venezuela descansaba sobre el control del pueblo en armas. Es por ello que, luego de su llegada a Caracas, volvió sobre su montura para salir en busca de los ejércitos republicanos que esperaban resistirlo en el oriente del país. El 16 de octubre tomó y sa-

---

287 Llamozas, «Memorial», en Armas Chitty, *Boves a través de sus biógrafos,* p. 25.

288 Era tal el clima de zozobra e incertidumbre entre las autoridades civiles y militares realistas que fue apenas, en septiembre de 1814, cuando en Caracas se anunció oficialmente el regreso al trono de Fernando VII, ocurrido en España durante los primeros días del mes de mayo, a través de bandos públicos que, de alguna manera, hicieron revivir la esperanza de recuperar el orden y la paz. A. G. I., Caracas, 109.

queó la ciudad de Cumaná,[289] la más importante de toda la zona oriental. El 9 de noviembre derrotó a Bermúdez en los Magüeyes y el 5 de diciembre vuelve a derrotar a Bermúdez y José Félix Ribas en la famosa batalla de Urica, donde muere de un lanzazo.[290] Con esta última acción, Venezuela quedaba completamente en manos de los realistas; una vez más, «pacificada», pero en un completo desorden y anarquía. Esta nueva pacificación no contó con el protagonismo de las autoridades «legítimas» del realismo en Venezuela, que se vieron desbordadas por el vertiginoso ritmo de los acontecimientos. El sector dirigente civil fue solo un espectador pasivo, arrinconado y temeroso en constantes correrías a lo largo de toda la costa y las islas extranjeras en el Caribe, donde encontraron refugio ante el desbordamiento social que había suscitado la guerra llevada a cabo por Boves, mientras que los militares, con el mariscal de campo Juan Manuel de Cajigal como máximo jefe y con el cargo de capitán general de Venezuela, asistían, impotentes, a la insubordinación de Boves[291] y sus subalternos.

---

289 Los testimonios realistas que hemos consultado, especialmente el del presbítero Josef Ambrosio Llamozas, que quizá sea el más utilizado por los historiadores del período, no dudan en describir las escenas más terribles llevadas a cabo por Boves y sus subalternos saqueando y matando en todos los pueblos, villorrios y ciudades en esta sangrienta campaña en el oriente del país. Otro aspecto que nos ha llamado la atención es la reiterada violación a las promesas de indulto que hizo Boves luego de ocupar las distintas plazas que se le rendían a su paso. «Después de la toma de Maturín a mediados del expresado mes de diciembre se siguió el mismo sistema de carnicería y mortandad que se había observado invariablemente antes del fallecimiento de Boves. Así fue que el Comandante Gorrín mató a 130 que aprehendió en los cuatro días siguientes a la ocupación de aquel pueblo, teniendo indistintamente la misma suerte cuantos se acogieron y presentaron en virtud de un indulto que se publicó ofreciendo seguridad», Llamozas, «Memorial», en Armas Chitty, *Boves a través de sus Biógrafos,* p. 48.

290 Se ha creado, a nuestro entender, una estéril polémica sobre el autor de la muerte de Boves. El regente José Francisco Heredia da a entender, en sus *Memorias,* algunas desavenencias entre Boves y su segundo al mando, José Tomás Morales, y sugiere la hipótesis de que el lanzazo que segó la vida del asturiano haya venido de las propias filas realistas.

291 Son concluyentes las palabras del historiador venezolano doctor Héctor García Chuecos al referirse a la actuación de Cajigal respecto a Boves refiriéndose a la toma de Valencia: «Extraña grandemente que Cajigal quedase postergado a segundo lugar en el tratado de la Capitulación y permaneciese sin acción ante los desmanes del recio caudillo llanero. Militar de escuela, hombre de maneras cultas, amante del orden, inteligente y humanitario, no solo se espantó con las crueldades y atropellos de Boves, sino que llegó a temer por su seguridad personal ante el prestigio y omnímodo poder que el asturiano ejercía sobre sus secuaces, férreos caracteres, desconocedores de toda ley, aun de las más rudimentarias naturalezas», en el prólogo de J. M. Cajigal, *Memorias del Mariscal de Campo Don Juan Manuel de Cajigal sobre la Revolución de Venezuela,* Caracas, 1976, p. 16.

Toda la campaña militar del año 1814 tuvo como epicentro el centro del país y la zona oriental al paso de los caballos de los llaneros realistas, junto con sus banderas blancas, enfrentando los fusiles de la infantería republicana con sus banderas de color amarillo. En el occidente, Coro y Maracaibo mantuvieron una situación de casi aislamiento a pesar de los esfuerzos de Cevallos y Cajigal, por otorgarle a esas plazas una importante responsabilidad en la guerra dentro de los escenarios occidentales del país.

El miedo pardo, el miedo negro

Los pardos y negros estuvieron dispuestos a seguir a sus jefes, motivados por algún tipo de promoción social y económica a través de la guerra, además del incentivo de luchar en contra de sus tradicionales opresores directos: los blancos criollos. Los dirigentes realistas, en su gran mayoría, fueron incapaces de comprender, en los decisivos triunfos de 1812 y 1814, la participación determinante del grupo social más numeroso en Venezuela y tradicionalmente relegado. El orden legal realista y los hombres que lo representaron, en su mayoría blancos, siempre desconfiaron de los sectores populares por considerarlos «inferiores» desde todo punto de vista. Para José Francisco Heredia, fue irresponsable la actitud de Cortabarría y otros jefes realistas que, al comienzo de la contienda, no pudiendo contar con las tropas y recursos militares adecuados, alentaron a las masas de pardos en contra de los blancos criollos:

> Todo este paraje donde está bullendo la razón a cada palabra, es muy oportuno al tratar de Venezuela, para cuya restitución al gobierno legítimo solo contaban los jefes con el medio atroz de una reacción intestina, aunque fuese de las clases degradadas, la cual o deseaban o procuraban del modo que podían. El señor Cortabarría en alguno de sus papeles dirigió apóstrofes muy vivos a las fieles gentes de color, y en Coro y Maracaibo se oían con entusiasmo cualesquiera noticias que indicasen disgustos o movimientos, aunque fuesen de los esclavos, porque todo era justo y bueno, siendo por la buena causa. Hasta hemos llorado las resultas de estas imprudencias, y quién sabe al fin cuáles serán las últimas consecuencias, pues si Venezuela se hace otro nuevo Argel de zambos y negros, lo debemos indubitablemente a las semillas sembradas en esta primera época, y a la celebridad que merecieron las sublevaciones, robos y muertes que se ejecutaban vitoreando a Fernando Séptimo.[292]

292 Heredia, *Memorias del Regente Heredia,* p. 40.

Bolívar, de ascendiente aristocrático, fue un gran sociólogo y pronto tuvo que darse cuenta de que había que ganarse para la causa que defendía a esta masa marginada y empobrecida. En su *Manifiesto de Carúpano,* del 2 de junio de 1816, decretó la libertad de los esclavos a cambio de que estos se sumasen a las filas del ejército patriota.

No obstante, en un principio, para Bolívar y los otros jefes republicanos de origen citadino, esta sublevación social de la masa ponía en duda la misma idea de la Independencia ya que esta, en sus principios doctrinarios originales, no contemplaba una participación radical y abierta de los sectores tradicionalmente excluidos, y todo ello a pesar de la retórica republicana que hacía del «Pueblo» el detentador de la soberanía. Al mismo tiempo, en el campo realista, sus principales líderes discutieron con preocupación acerca del peligroso giro que estaban teniendo los acontecimientos, siendo ellos mismos, paradójicamente, quienes en un principio, a través de Miyares, Cortabarría y Monteverde, recurrieron al recurso de alentar a los pardos y esclavos negros en contra de los blancos criollos, debido a la inhibición de la Metrópoli en ser incapaz de actuar a través de un fuerte ejército, situación esta que hizo de la guerra un «desbarajuste general» y permitió la promoción social de esclavos y llaneros a través de la violencia y el saqueo. Igualmente, la lucha entre facciones, unas liberales y otras conservadoras, unas favorables a la república y otras a la monarquía, terminaron por convertir en un verdadero caos un conflicto que adquirió identidad propia más allá de las primeras intenciones de los beligerantes. El historiador español Miquel Izard coincide con la interpretación del historiador venezolano Juan Uslar Pietri en que la expedición de Morillo «llegó de España para restablecer el viejo orden colonial» ante la irrupción de los sectores populares.

Existe una interesante «Representación»[293] de José Cevallos, que nos indica cómo este problema estuvo presente entre los principales dirigentes

---

293 En el Archivo General de Indias en Sevilla, España, hemos podido consultar una valiosa representación del capitán general interino de Venezuela don José Cevallos, donde ofrece unas interesantes reflexiones dirigidas al secretario de Estado y del Despacho Universal de Indias con fecha del 22 de julio de 1815, en que señaló la necesidad de una política social que permitiese la promoción gradual de las castas ya que, siendo el grupo social más numeroso de toda la Colonia, era fundamental contar con ellos para poder ganar la guerra. Cevallos advirtió que el Decreto del 29 de enero de 1812 en donde Monteverde habilitó a

políticos y militares realistas pero que, ante la fragilidad y transitoriedad de las instituciones de Gobierno durante la contienda, se fue incapaz de atender como era debido. Lo que propuso Cevallos era algo, en realidad, «revolucionario» desde el punto de vista social, aunque su razonamiento haya estado justificado por las circunstancias directas de la guerra y la orientación que esta tuvo a través de su experiencia directa en el campo de batalla. Cevallos consideró que era fundamental reconocer y premiar la colaboración de los pardos a favor de la causa del rey y, para ello, proponía su promoción social a través de la ley, para garantizar su permanencia al lado de los españoles. Estas recomendaciones cayeron en un saco roto y las masas populares empezaron a ser captadas por caudillos carismáticos que les prometieron la redención a través del saqueo y pillaje durante la guerra. Las huestes de Boves fueron rápidamente captadas por el llanero Páez, identificado con la causa republicana mermando, con ello, la principal base de apoyo, desde el punto de vista militar, que tenía el realismo en Venezuela antes del arribo de Morillo en abril de 1815.

Cuando Morillo llegó a Venezuela, lo hizo emulando a los conquistadores del siglo XVI; nunca fue capaz de entender la problemática social y étnica del país, a pesar de que sus ejércitos pronto se mantuvieron operativos por los pardos, que suplieron las rápidas bajas de sus europeos, tragados literalmente por el trópico. España no entendió o no quiso entender, luego de 1815, que, en Venezuela, se imponía una profunda reforma social para poder garantizar el apoyo de los pardos en el sostenimiento de la causa realista, una llamada a la pacificación y al consenso sobre las bases de una reconciliación sincera bajo el liderazgo creíble de hombres probos y competentes. Pero todo esto fue una quimera, a pesar

---

todos los individuos del grupo de los pardos a ser admitidos en las universidades, a llevar prendas y vestidos que antes no se les permitía, a tomar los hábitos religiosos y entrar en el Seminario, estimular la virtud y las acciones a favor de la causa del rey a través de reconocimientos y promociones, entre otras, debían actualizarse en el año 1815, dadas las circunstancias desastrosas de una guerra de exterminio de corte étnico y social. De acuerdo con Cevallos, la fuerza europea de Morillo estaba condenada a perecer por las inclemencias del trópico y la ferocidad de los enemigos sacando como conclusión evidente que, solo contando con el apoyo de los pardos a la causa del rey, se podía ganar la guerra en Costa Firme. Naturalmente, Morillo, Moxó y La Torre, con una visión estrecha y dogmática sobre el problema social, fueron incapaces de adoptar las recomendaciones de Cevallos.

del llamado lúcido de algunos hombres que alertaron sobre ello. Con Morillo, se impuso la vuelta dogmática de los fundamentos tradicionales del Antiguo Régimen, a través de la prepotencia militar y la acción represiva; con ello, los argumentos republicanos empezaron a ser percibidos con una nueva luz justificadora por parte de la gran masa en un principio simpatizante del realismo. Por torpeza y omisión, los realistas empezaron a perder el apoyo popular más numeroso, única garantía válida para poder ganar una guerra que se alimentaba y consumía de los propios hombres y recursos del país, situación que se hacía imprescindible atender ante la incapacidad del Gobierno peninsular en poder enviar refuerzos europeos de una manera constante.

Las espectaculares victorias de Boves sobre los ejércitos republicanos acallaron los reclamos de las autoridades civiles y militares realistas sobre su insubordinación y la manera bárbara y cruel de hacer la guerra. Incluso el mismo Heredia, tan crítico hacia las actuaciones de Boves, no compartió la idea de considerarlo como un rebelde a la autoridad superior del monarca porque sus actos siempre tuvieron como norte la defensa de la causa del rey. Aunque algunos contemporáneos de Boves temieron que este se alzara con el poder en toda Venezuela a través de los 12 000 soldados que fue capaz de levantar en armas.

El sector tradicional blanco español y criollo realista nunca fue capaz de entender el desbordamiento social de los pardos a través de su protagonismo en la guerra; siempre temieron por sus vidas y propiedades ante el odio y el resentimiento desbordado de los pardos y negros esclavos. Boves, Morales y otros caudillos realistas, con sus ejércitos populares, fueron temidos y rechazados de una manera igual o hasta peor que los mismos «rebeldes» republicanos. Para estos blancos, citadinos y acostumbrados al orden y la regularidad de las cosas, Boves fue un insubordinado de comportamiento bárbaro que no acataba ninguna autoridad legítimamente constituida y, además, esto era en realidad lo que más les preocupó; el ejército de pardos y llaneros que comandaba con terrible eficacia ponía en peligro todos los fundamentos del orden colonial mantenido y dirigido tradicionalmente bajo la supremacía de ellos mismos. Es por ello que el arribo de Morillo fue visto como la calma que procede luego de la tormenta.

Boves, ¿reformador social?

¿Tuvo Boves algún programa político o social alternativo al orden colonial? Muchos historiadores y sociólogos venezolanos han querido ver en Boves al primer «demócrata» redistribuidor de la riqueza y propiedad entre las masas populares; punto de vista que hay que desestimar, debido a la naturaleza de hacer la guerra en el trópico venezolano entre ambos beligerantes. Boves no fue más que un exitoso caudillo que se insubordinó a sus jefes superiores para librar una guerra de saqueo y desolación en contra de los republicanos:

> Vista la actitud de respeto de la propiedad de los buenos vasallos, de la Iglesia y el clero, y de la del Rey, cabe concluir que el tan afirmado desprecio de Boves por la propiedad no consistía en otra cosa que en la aplicación a la propiedad de los republicanos de medidas que eran de normal ejercicio entre los beligerantes, y que no se han aportado elementos consistentes capaces de sustentar cualquier interpretación que se oriente a atribuirle al asturiano un propósito revolucionario en esta materia, al presentársele como un redistribuidor o repartidor de la propiedad.[294]

Boves no fue ningún revolucionario social, sino un guerrero feroz e inescrupuloso que, emulando al famoso tirano Aguirre del siglo XVI en tropelías y crueldades, puso toda su férrea voluntad y actividad en destruir a los republicanos. Si bien es cierto que se identificó con las banderas del rey, su lucha se parece más a una cruzada personal donde odios y resentimientos se entremezclaron explosivamente para dirigirlos hacia el sector oligarca blanco.[295] Su legado es prácticamente nulo y su memoria está asociada al horror.

---

294 G. Carrera Damas, *Boves,* Caracas, 1991, p. 236.

295 El famoso testimonio del padre Llamozas ha servido a los estudiosos del período para constatar las atrocidades cometidas por Boves y sus huestes llaneras. En ese testimonio se hace mención a una proclama de «guerra a muerte a los blancos» decretada por Boves en Guayabal. Por otro lado, el regente José Francisco Heredia nos dice en sus *Memorias* que Boves tuvo el plan de exterminar a los blancos criollos y sustituirlos por colonos traídos de Galicia en España, donde sobraba la gente. Morillo, en 1815, también llegó a proponerle al monarca español la necesidad de traer inmigración gallega y canaria como un medio idóneo en lograr la recuperación de la población blanca perdida durante la guerra.

Venezuela en anarquía

Tras la muerte de Boves en Urica, en diciembre de 1814, solo dos jefes en Venezuela dentro del realismo estuvieron en capacidad de convertirse en los herederos de la victoria y ambos hicieron todo lo posible por obtener ese derecho. Francisco Tomás Morales aprovechó la circunstancia de la muerte de su superior para reunir a todos los oficiales y proclamar, en la llamada Acta de Urica, su predominio militar sobre Venezuela desconociendo a la legítima autoridad. Para que no quedasen dudas sobre la determinación de Morales en alzarse con el mando dentro de las filas realistas, mandó al gobernador militar de Caracas siete cabezas de oficiales que pusieron reparos a su ambición. Una vez más, el espíritu de la sedición se hizo presente dentro de las filas realistas y todo auguraba que se iba a continuar con el clima de zozobra y arbitrariedad que había inaugurado Monteverde desde el año 1812.

Cajigal, por otra parte, decidió que, muerto Boves, ya era el momento de hacer efectiva su autoridad. Junto con Montalvo, habían convenido que la legitimidad debía ser restituida aun a riesgo de desencadenar una guerra civil entre los mismos ejércitos realistas. Cajigal contaba, en su apoyo, con las fuerzas de Sebastián de la Calzada acantonadas en el Apure y que habían logrado derrotar a las fuerzas republicanas de Urdaneta en Trujillo y Mérida, a las fuerzas de Cevallos en Coro, los restos del regimiento Granada del coronel Salomón en la plaza de San Carlos y también las de José Dato, en los alrededores de Valencia. Los principales jefes realistas, apocados por la furia de Boves, decidieron salir a defender la legalidad. Cuando el enfrentamiento iba a ser inminente, Morales envió una comunicación a Cajigal sometiéndose a la autoridad de este y estando dispuesto a entregar el ejército que estaba a su mando.[296] Este triunfo de Cajigal fue, en realidad, efímero ya que su autoridad, aunque reconocida, nunca fue lo suficientemente fuerte para garantizar una vuelta a la normalidad. Su entrada

296 Según el testimonio del regente Heredia, uno de los más completos sobre este período, el enfrentamiento en realidad se evitó, no por el desprendimiento desinteresado de Morales en cederle el mando del ejército a Cajigal, sino por el arribo del general Pablo Morillo a las costas de Margarita con sus veteranos, lo cual fue suficiente para disuadirlo a la subordinación y obediencia.

triunfal en Caracas se selló con una importante proclama o manifiesto en el cual expresó el talante de la política que venía a imponer. El regente José Francisco Heredia, testigo del suceso, es, una vez más, muy crítico al lamentarse que este jefe, pudiendo llevar a cabo una auténtica política de perdón y olvido, haya preferido el castigo y la persecución sobre los «rebeldes» identificados con la causa republicana.

El triunfo realista en Venezuela en el año 1814 fue, en realidad, un triunfo amargo. El país quedaba completamente destruido; la emigración[297] había despoblado los campos y no había brazos para la agricultura; los capitales habían huido a las posesiones extranjeras buscando un refugio seguro; las regiones se habían hecho cada una más autónomas e independientes respecto a las otras. El país estaba desmembrado y los odios que la guerra había sembrado estaban en plena ebullición. Era, en realidad, una paz hueca, ya que los principales cabecillas de los «rebeldes» no habían sido destruidos y se encontraban refugiados en las islas y territorios adyacentes esperando una nueva oportunidad para invadir y volver a prender la llama de la revolución.[298]

Es, en este contexto, cuando llega la impresionante expedición del general Pablo Morillo a las costas orientales de Venezuela en abril del año 1815. Morillo vino a imponer la legalidad a través de la ley marcial y, para ello, se le dotó de facultades extraordinarias. La administración civil realista tuvo que amoldarse a la administración de corte militar que impuso Morillo y sus oficiales generando, con ello, no pocos conflictos.

Morillo no solo vino a someter a «sediciosos» y «rebeldes», sino también a los ejércitos populares que, junto con Boves, habían arrasado con los fundamentos que sostenían tradicionalmente la orden colonial en Venezuela. La restauración de la monarquía absoluta con la vuelta al poder de Fernando VII durante el año 1814 en la Península, que había puesto fin al

---

297 Antes del arribo de Boves y sus fuerzas a la capital, la emigración republicana hacia el oriente del país fue de 20 000 civiles y 1200 militares.

298 Bolívar emigró a la inglesa isla de Jamaica, donde elaboraría uno de sus documentos políticos más importantes de todos cuanto produjo en vida, la famosa *Carta de Jamaica,* documento que ofrece el pensamiento de un Bolívar maduro y lúcido capaz de analizar en profundidad y con un alto sentido crítico el balance de la situación de las luchas independentistas en el continente.

experimento liberal del año 1812, tenía que hacerse extensiva también a las colonias. La opción militar para reconquistar América fue el gran reto por el que apostó Madrid para recuperar el prestigio y la fortaleza de un imperio decadente que no se resignó a aceptar su derrota y la irrupción de nuevas fuerzas y protagonistas históricos.

DE LA GUERRA SOCIAL A LA GUERRA INTERNACIONAL. LA REACCIÓN MONÁRQUICA: EL RETORNO DE FERNANDO VII Y LA PACIFICACIÓN MILITAR (1815-1817)

Revolución liberal española

El grupo que denominamos «afrancesado» (los ilustrados que colaboraron con el rey José I) tuvo que abandonar la Península tras la derrota de Napoleón y la vuelta de Fernando VII en 1814. Los liberales que actuaron en las Cortes de Cádiz, que empezaron a legislar en el año 1810 y que, ante la ausencia del monarca, declararon que la soberanía popular residía en el Congreso, elaboraron la primera Constitución liberal de Europa en el año 1812. Fontana es muy crítico sobre el impacto real de la revolución liberal española, tanto en sus intentos reformistas domésticos como en lograr la reconciliación entre los americanos ganados a la idea de la emancipación.[1] El impacto de las ideas liberales en la Península propició un clima de libre discusión y debate desconocido en la historia de esa sociedad; nunca antes existieron tantos periódicos y publicaciones de libre circulación; no obstante, muchos de esos debates fueron estériles, porque la realidad del país en guerra no se compaginaba con los buenos deseos de unos legisladores prácticamente aislados y sin los medios mínimos para imponer algunas de las novedosas iniciativas que se habían acordado. Por otro lado, el sector conservador y promonárquico, apoyado en la aristocracia y el clero los absolutistas o

1 Véase J. Fontana, *La crisis del Antiguo Régimen 1808-1833,* Barcelona, 1983.

serviles, como se los denominó peyorativamente, decidió combatir abiertamente en contra de esas iniciativas que los atacaban directamente en sus más importantes privilegios y prerrogativas. Podemos decir que el conflicto español entre liberales y absolutistas nunca se resolvió satisfactoriamente para ninguno de los dos bandos en disputa.

Al retirarse las tropas de Napoleón, Fernando VII decidió anular las Cortes y retomar la senda del absolutismo como sistema de gobierno. La censura volvió a aparecer y las persecuciones a los colaboracionistas con los franceses estuvieron a la orden del día. La restauración del Antiguo Régimen no solo tenía que darse en España sino también había que hacerla extensiva a las posesiones de ultramar. Para los líderes del nuevo gabinete ministerial, España tenía que recuperar sus colonias y, con ello, obtener los necesarios recursos económicos para la reconstrucción del país y posicionarse nuevamente como potencia de respeto en el contexto europeo y atlántico. Pero a todos fue evidente que este deseo iba a ser algo cuesta arriba ante la deplorable situación en que se encontraba el país. Debido a esta circunstancia, lo primero que realizó Fernando VII fue invocar el prestigio de su autoridad como una manera de convencer a los independentistas americanos a deponer su actitud;[2] algunos de sus asesores, como el duque de San Carlos, llegaron al siguiente dictamen:

> Es necesario obstinarse en la más ciega preocupación para no reconocer que aquellos vasallos, por la naturaleza del clima y temperamento, son dóciles, sumisos y suaves, y sobre todo, amantes hasta la idolatría del nombre y persona de sus soberanos. Este es el único y verdadero freno que ha mantenido en subordinación esos dilatados países, tolerando con resignación los agravios y vejaciones con que se les oprimía.[3]

---

2 El razonamiento de estos asesores reales partía de la siguiente lógica: si los americanos siempre tuvieron rechazo a Napoleón y se mantuvieron leales a Fernando VII erigiendo Juntas que resguardaron sus derechos ante su ausencia forzada, ahora que ha regresado y retomado el poder, le repondrían una completa obediencia y subordinación, como había sido tradición en el pasado. Pero ya las circunstancias no eran las mismas. El sentimiento independentista había calado en un importante segmento de la población más preclara de ese entonces en las colonias y la torpe política represora de la Regencia, impuesta desde el año 1811, había terminado por convencer a los indecisos que seguir unidos a la Metrópoli era seguir viviendo en un pasado sin perspectivas de progreso dentro de un nuevo mundo de ideas y realidades, que obligaban a luchar por otros horizontes.

3 Citado por Anna, *España y la Independencia de América,* p. 173.

No hay duda de la gran ignorancia que estos asesores del rey tenían sobre la real situación de los americanos en conjunto y de su escasa sagacidad en distinguir las peculiaridades de cada región. La inmensidad del océano fungió como una inmensa venda sobre el sector dirigente español en esos críticos años, donde ya la independencia había calado profundamente sobre buena parte de los americanos. Monteverde y Boves, junto a sus subalternos más directos, en el caso venezolano, se habían encargado de desprestigiar el buen nombre del rey con los actos de barbarie y crueldad que impusieron sobre la población civil. A su vez, la Real Audiencia, el Real Consulado y las otras autoridades legítimamente establecidas fueron un parapeto de inacción. La magia de un rey todopoderoso y justo, de trato paternalista hacia sus súbditos, quedó enterrada por la violencia incontrolada de sus propios partidarios. La población y las autoridades realistas, desde los comienzos de la Independencia, luego del 19 de abril de 1810, albergaron la esperanza de una pronta vuelta a la normalidad a través de la presencia de las fuerzas del rey. Pero España estaba postrada e incapacitada de multiplicar sus fuerzas militares en tantos frentes a la vez, y la prioridad, qué duda cabe, era atender a la situación peninsular, donde la integridad nacional estaba puesta en duda por las fuerzas de ocupación francesas.

En el año 1814, la situación americana era inestable, a pesar de que, en los principales virreinatos, el de Nueva España y Perú, el realismo impuso el orden sobre los revolucionarios, mientras que, en Buenos Aires, Nueva Granada y Venezuela, seguía la lucha con encono. El comercio inglés con los independentistas se sabía que era activo y se hacía con total impunidad. Toda esta situación obligó a los ministros de la restauración a diseñar políticas orientadas a la recuperación íntegra de todas las posesiones americanas. España nunca estuvo dispuesta a prescindir de su imperio ultramarino, ni siquiera en el momento en el que los liberales estuvieron al frente de la nación.[4]

---

4 Las actitudes liberales no fueron muy diferentes a las absolutistas en ese entonces; ambas tendencias consideraron que los territorios ultramarinos debían permanecer ligados a la Metrópoli, sin importar los justos razonamientos americanos de una mayor autonomía política y una liberalización en los estrictos controles que se imponían al comercio. Para los dirigentes españoles en ese entonces, las Indias formaban parte constitutiva e irrenunciable del Imperio hispano, aunque este estuviese en su hora menguante. Mientras que la política monárquica, a partir de 1814, avaló el uso de la fuerza militar para someter a los americanos, los liberales creyeron que, a través de la persuasión y las buenas intenciones, haciendo

Las primeras medidas de Fernando VII respecto a los americanos fueron conciliadoras, pero, al recibir los informes sobre la situación de las colonias, su gabinete ministerial empezó a preparar auténticos planes de guerra:

> Las decisiones que se adoptaron con respecto a América a fines de 1814 demostraban que el gobierno del rey habría de adoptar una conducta inflexible. Evidencian que había surgido el partido que dominaría en la restauración, que abogaría por la aplicación de un método militar de pacificación y se opondría a las soluciones políticas.[5]

Algunos nombres de este «partido» militarista, que, según el historiador colombiano Friede,[6] se impuso a otro mucho más moderado, partidario de una salida pacífica y negociada, fueron: Francisco Eguía, capitán general de Nueva Castilla, que llegó a ocupar posteriormente el Ministerio de la Guerra y mantuvo una fluida correspondencia con el general Pablo Morillo; Tomás Moyano, ministro de Gracia y Justicia; el reaccionario Pablo Valiente, asesor del Consejo de Indias, y la mayoría de los integrantes de la Comisión de Reemplazos instalada en Cádiz desde septiembre de 1811.[7]

Comisión de Reemplazos

Toda la política militar española dirigida a someter a los rebeldes americanos fue organizada desde la Comisión de Reemplazos. Este organismo fue creado por la Regencia del reino en plena guerra con los franceses en el año 1811, y no hay duda de que la iniciativa fue llevada a cabo por los ricos comerciantes gaditanos, que notaban que la fuente de sus ingresos mermaba peligrosamente como consecuencia de los movimientos insurgentes en América. La Comisión de Reemplazos fue creada mediante Real Orden, por la vía del Ministerio de Marina, dirigida al Tribunal

---

concesiones a las reivindicaciones americanas, estos iban a deponer sus actitudes secesionistas. En la práctica, por lo menos los absolutistas fueron consecuentes con su prédica política, ya que las propuestas liberales dirigidas a los americanos se caracterizaron por la ambigüedad y la ausencia de repercusiones.

5 Anna, *España y la independencia de América,* p. 178.

6 Véase J. Friede, *La Otra Verdad,* Bogotá, 1972.

7 Anna, *España y la independencia de América,* p. 178.

del Consulado de Cádiz y, luego, sancionado su funcionamiento a través de la Regencia y las Cortes. Esta Comisión de Reemplazos, en teoría, contó con el aval de los organismos del Estado español y del mismo Gobierno, que estuvo al tanto de sus actividades, pero, en la práctica, funcionó más bien como una empresa llevada a cabo por particulares.[8]

Si bien la política «pacificadora» a través del uso de la fuerza militar se decidió a finales del año 1814, ya la Comisión de Reemplazos había enviado algunas expediciones armadas desde el mismo año 1811 a distintos puntos del continente, como el primer batallón del regimiento de Asturias, que salió desde Galicia en los últimos meses de ese año con destino a Veracruz y 800 efectivos a cuestas, siendo esta pequeña fuerza la primera expedición financiada por la Comisión de las 37 que se organizaron y enviaron a distintos puntos del continente americano entre los años 1811 y 1820.[9] Como es evidente, desde España siempre se actuó como la Metrópoli e Imperio que era desde que ocupó las Indias desde el siglo XVI, y ni la guerra contra los franceses ni la escasez de erario ni la ausencia de una marina de guerra operativa fueron impedimentos para intentar mantener esos lejanos dominios. Pero el Estado español, en 1811, estaba quebrado y sus improvisados dirigentes, por mucho que se empeñasen en mantener fluidos contactos con América, tuvieron que rendirse a la realidad de los hechos, pero, aun así, lo intentaron.[10]

---

8 «Pero habida cuenta del objeto de esta Comisión y de los medios y arbitrios con que cubría sus gastos, estuvo considerada como una sección subalterna del Gobierno, con el que se entendió primero por conducto de Marina, luego por el Ministerio de Indias entre 15 de enero y 6 de diciembre de 1815, y desde esta última fecha hasta su extinción en 1820, por el de Guerra; no obstante que el real decreto de 4 de noviembre de 1815 parecía otorgar al de Hacienda tal jurisdicción, y que en 28 de noviembre de 1817 se determinó radicarse en este dicho ramo en cuanto a la imposición, recaudación y aplicación de los arbitrios de su dotación», A. Matilla Tascón, «Las Expediciones o Reemplazos Militares enviados desde Cádiz a reprimir el movimiento de Independencia de Hispanoamérica», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos,* cuarta época, año V, Madrid, p. 38.

9 Entre esas 37 expediciones, hay que destacar que cinco fueron para trasladar el correo peninsular, dos en los años 1815 hacia Panamá y Cartagena, otras dos en el año 1816 con destino a las islas Canarias y Guayana y la última en el año 1817, que llegó al puerto de Cartagena. Desde esos puntos, se distribuía la correspondencia oficial y se recogía la existente para devolverla a España.

10 Una de las razones esgrimidas por los juntistas venezolanos en justificar la toma del poder político de la provincia, el 19 de abril de 1810, fue la de considerar ilegítima a

En justicia, hay que señalar también que sus adversarios americanos fueron a la guerra por la independencia aún con menos recursos.

La actuación de la Comisión de Reemplazos[11] fue espasmódica en el sentido de las grandes limitaciones de todo tipo que tuvo que enfrentar, sobre todo en relación con una coherente política «pacificadora» con continuidad en el tiempo. La inmensidad americana y la multiplicidad de los focos revolucionarios hicieron dispersar de tal manera los reemplazos militares que estos fueron ineficaces para reprimir a los sublevados. Salvo la gran expedición del general Morillo en Venezuela en el año 1815, que contó con 20 buques de guerra que portaron 164 cañones, 59 embarcaciones de transporte que fueron capaces de llevar 11 653 soldados y 601 oficiales,[12] ninguna otra tuvo ni el poderío ni la capacidad militar de lograr los objetivos de la «pacificación».

Podemos señalar que el esfuerzo militar español en toda la contienda que mantuvo con los independentistas americanos entre los años 1811 a 1820 fue el siguiente:

> En total salieron de Cádiz 47 buques de guerra con 1004 cañones y 177 buques de transporte con una suma de 47 086 toneladas. Las tropas transportadas fueron 2390 oficiales y 44 689 soldados. Ascendieron los gas-

---

la Regencia, creada luego de la disolución de la Junta Central, como órgano representante del poder español, tanto en España como en América. Esa misma Regencia, y a pesar de las críticas circunstancias en la Metrópoli, reaccionó ante el juntismo venezolano invocando su autoridad y decretando un bloqueo sobre las costas venezolanas nombrando un comisionado «pacificador», don Ignacio de Cortabarría, para que, desde Puerto Rico y en colaboración con las ciudades leales, aplastaran el intento autonomista caraqueño. Por otro lado, los diputados liberales de las Cortes de Cádiz intentaron atender el problema americano desde el año 1810 recurriendo a medidas retóricas a todas luces insuficientes por la falta de medios y recursos, hasta llegar a considerar la «Mediación» de Inglaterra, circunstancial aliado en la lucha contra Napoleón en ese difícil momento.

11 «La Comisión costeaba, en parte o totalmente, el equipo de estas tropas y anticipaba la mitad o un tercio de los fletes. Pero la penuria de buques y la resistencia de sus capitanes a poner rumbo a las Indias obligaron a hacer uso de los embargos, sobre todo para las pequeñas conducciones y para el transporte de los efectos en los momentos del embarque. En 1813 la Empresa hubo de comprar algunos buques, y lo mismo hizo después, conforme a la instrucción de Marina de 12 de diciembre de 1818», Matilla Tascón, «Las Expediciones o Reemplazos Militares enviados desde Cádiz a reprimir el movimiento de Independencia de Hispanoamérica», p. 39.

12 Ib., p. 40.

> tos de personal a 137 856 241 reales 24 maravedíes, 5/6; los de material, 186 405 283 reales 17 maravedíes, 1/6, y los comunes, 26 233 445 reales 22 maravedíes, 4/6; lo que da un total general de gastos 350 494 970 reales y 30 maravedíes, 4/6 [...].[13]

Se gastó tanto dinero que, todavía en el lejano año de 1860, el Estado español seguía debiéndole dinero a la Comisión de Reemplazos.[14]

El destino de las expediciones indica, evidentemente, el interés de la Comisión de Reemplazos por atender las zonas comercialmente más importantes, en un intento por recuperar, con ello, la fluidez de los intercambios comerciales que, en el pasado, se habían constituido en la principal fuente de riqueza de toda la monarquía española. Hacia el puerto de Veracruz arribaron siete expediciones con un total de 10 000 hombres, lo cual explica la importancia de Nuevo México como rico productor agrícola y minero en ese entonces. Ya los ingleses habían notado su importancia como rico emporio comercial, llegando a solicitar al Gobierno español, dentro de las cláusulas de la «Mediación» inglesa del año 1811, que se le permitiera el libre comercio con ese territorio, lo cual fue rechazado por los diputados de las Cortes de Cádiz echando al traste esa iniciativa.

A Portobelo, en el istmo de Panamá, llegaron tres contingentes militares con 5000 soldados; a Montevideo, cinco expediciones con 5000 soldados más para atajar a los independentistas argentinos con San Martín al frente; a Lima, para apoyar a la zona más prorrealista de toda América, se organizaron cinco expediciones con 6000 hombres; a los estratégicos puertos de La Habana y los que había en Puerto Rico llegaron cinco distintas expediciones con un total de 7000 efectivos, para guarnecer esas plazas que servían de principal apostadero de la marina de guerra española en el Caribe y encrucijada de caminos entre la Metrópoli y las Indias y, finalmente, a Venezuela se destinaron dos expediciones a lo largo del conflicto, una primera que trasladó al regimiento Granada con 1500 efectivos entre soldados y oficiales en el año 1813, y la del general Pablo Morillo en el año 1815, la más poderosa de todas cuantas se envia-

---

13 Ib., p. 42.
14 Albi, *Banderas olvidadas, el ejército realista en América,* p. 387.

ron y, quizá, la única que realmente se preparó a conciencia para obtener un triunfo definitivo sobre los rebeldes.[15]

Hay que hacer notar que esas fuerzas, una vez llegadas, eran redistribuidas a otros destinos de acuerdo con las necesidades de auxilio de los distintos jefes y autoridades realistas, que acordaban en determinada circunstancia algún tipo de colaboración. Así tenemos que Morillo tuvo que desprenderse de algunos soldados, que envió al virrey La Serna en el Perú. A su vez, Morillo, en el año 1817, se quedó para sí con las fuerzas de la expedición (1100 hombres) comandada por Canterac,[16] destinadas al Perú, para emprender la desastrosa invasión sobre Margarita en el año 1817, que trajo la muerte a centenares de soldados europeos.

Los «Reemplazos», irónicamente, no reemplazaban a nadie; las antiguas rotaciones de fuerzas de fijos y milicias que provenían de España para guarnecer los puntos fortificados en la costa habían acabado desde hacía unos cuantos años. Todo el sistema militar español en las Indias, en la segunda mitad del siglo XVIII, fue revisado ante las incursiones inglesas y de los contrabandistas, pero el mantenimiento de fuerzas españolas en América siempre fue costoso, lo que explica que su número fuera siempre escaso:

> El sistema de relevar periódicamente a los Cuerpos europeos tuvo corta vida: unos veinte años. Su interrupción se debió a varias razones, pero giraban en torno a una principal: la debilidad numérica del Ejército Real. Simplemente, España no tenía suficientes efectivos como para mantener una guarnición permanente de tropas europeas en América, por muy reducida que fuese. Destacar unidades a tan lejanas tierras era además una operación que tenía un elevado precio, y no solamente en dinero.[17]

---

15 La Expedición de Riego empezó a prepararse desde el año 1817 y su objetivo fue el de apoyar los esfuerzos de Morillo en la Costa Firme a través de unas fuerzas realmente considerables para la época. Estas, de acuerdo con lo planeado, iban a ser: 20 000 soldados en 43 barcos de guerra y 94 transportes. El levantamiento de Riego y de buena parte del Ejército en Cabezas de San Juan en enero de 1820 abortó esta empresa que, de haber arribado a su destino americano, bien pudo haber prolongado aún más tiempo un conflicto que, de antemano, estaba ya perdido para España.

16 Morillo se quedó con los regimientos de infantería Navarra y el II de Burgos, además de dos escuadrones de caballería, para reforzar sus diezmadas fuerzas en Venezuela. Solo le cedió a Pezuela el I de Numancia.

17 Albi, *Banderas olvidadas, el ejército realista en América,* p. 41.

Para el soldado español, América no fue nada popular y, mucho menos, el territorio de la Costa Firme, en donde se encontraba Venezuela. Las pocas noticias que lograban filtrarse, a través de la prensa censurada o de viajeros supervivientes que habían podido regresar del trópico, hacían referencia a la dureza de los combates y la guerra de exterminio que allí se practicaba. Además, la travesía era larga y llena de peligros, no solo por la acechanza de piratas y naves de guerras francesas e inglesas, sino por los mismos corsarios de los «rebeldes» que, desde un principio, se armaron para hostigarlos. Y, si a esto se suman los periódicos temporales en el Caribe y las enfermedades, como el escorbuto y la disentería, que hacían su aparición en las largas travesías oceánicas, el cuadro no era nada promisorio para el soldado destinado a luchar contra los insurgentes americanos.

Ir a América era prácticamente encontrarse con una muerte segura. Según Albi, España situó en ultramar durante el conflicto a 40 000 hombres sobre unos efectivos totales del Ejército Real peninsular de 100 000, es decir, el 40 %. En Venezuela fueron acantonados 20 000 soldados con su oficialidad, es decir, la mitad de ese contingente, lo cual demuestra la importancia que tuvo Venezuela como campo de batalla en todo el continente. De esos 20 000, actuaron en Venezuela entre 16 000 y 17 000, ya que el resto fue destinado a otros lugares como Puerto Rico, el Perú y la Nueva Granada. La mortandad fue tan grande que, en Venezuela, solo 700 soldados pudieron regresar de acuerdo con el testimonio del historiador colombiano Restrepo. Ya en las postrimerías de la guerra en Venezuela, el mariscal de campo don Miguel de La Torre, desde la fortaleza de Puerto Cabello, se pasaba buena parte del tiempo emitiendo pasaportes tanto a españoles como americanos adictos al realismo, para huir de una muerte segura. El argumento esgrimido por los alzados con Riego en enero de 1820, de no querer marchar hacia las costas americanas para evitar la muerte, podemos notar que tiene mucho sentido.[18]

---

18 «La conclusión sería que de los aproximadamente 40 000 peninsulares que desembarcaron en la América continental durante el período de las Guerras de Emancipación, un máximo de 5000 retornaron. Ello supone unas pérdidas en torno al 90 %, muy poco frecuentes en la Historia Militar y que pueden parecer demasiado elevadas», Albi, *Banderas olvidadas, el ejército realista en América,* p. 404.

La marina de guerra española fue fantasmal. Sus pocos efectivos fueron incapaces de mantener unas comunicaciones fluidas entre la Metrópoli y el esfuerzo que hacían los realistas americanos durante la guerra. El control del mar era algo vital, no solo para evitar las incursiones de los republicanos desde las islas extranjeras que les prestaron apoyo, sino para mantener a raya a la formidable flota de guerra inglesa que aspiraba a relevar a los españoles en América como potencia dominante. El desastre de Trafalgar en 1805 acabó con la fortaleza de la marina de guerra española y dejó a merced de sus enemigos tradicionales el control de los mares. Esto, para España, pudo ser considerado como un auténtico desastre, ya que su imperio ultramarino solo podía sostenerse mediante el apoyo de la Marina. En 1814, había 5 navíos y 10 fragatas para atender tan vastas posesiones y, en 1817, se le compraron a Rusia 5 navíos y 7 fragatas en una transacción cargada de polémica sobre el buen estado de esos barcos y la efectividad de los mismos para el combate en las aguas cálidas del trópico. Ya a finales del conflicto, en el año 1823, la situación de la Armada española era auténticamente deplorable, con la mayoría de sus efectivos, o perdidos en combate, o inutilizados por falta de reparación y mantenimiento.

En Venezuela, país con una gran fachada caribeña y con sus principales ciudades al borde del mar, fue pernicioso no poder contar con un apoyo exterior constante, esencial para inyectar los suministros que la guerra incesantemente iba consumiendo. Cuando el realismo, luego de Carabobo en junio de 1821, perdió toda posibilidad de ganar la guerra, se hicieron desesperados esfuerzos para mantenerse en las plazas militares de los puertos de Maracaibo, Puerto Cabello, Barcelona y Cumaná, con la remota esperanza de que, desde el exterior, sobre todo desde Cuba y Puerto Rico, se mantuviese viva la llama de una resistencia heroica pero inútil. La escuadra del almirante realista Ángel Laborde intentó, junto con Francisco Morales, último capitán general de las provincias de Venezuela, un desesperado intento por ganar la costa a los republicanos desde el occidente del país, pero, en la Batalla Naval del Lago de Maracaibo, ocurrida el 24 de julio del año 1823, esas esperanzas desaparecieron por completo.

En conclusión, podemos decir, siguiendo la interpretación de algunos estudiosos como Albi sobre la presencia militar española en las Guerras de Independencia Hispanoamericanas, que, si bien el esfuerzo humano y material fue importante, este en realidad se mostró insuficiente e inadecuado

para atender los vastos dominios americanos en rebeldía. Las inclemencias del trópico y la tenacidad de los llamados «rebeldes» en enfrentar a los veteranos españoles con sus lucidos uniformes acabaron diezmando esas fuerzas hasta hacerlas desaparecer por completo. Si las fuerzas europeas no hubiesen contado con la colaboración de los americanos nativos adictos al rey, la contienda se hubiese resuelto en muy poco tiempo. Además, las imprevisiones por parte de los funcionarios de la Corte de Madrid, encargados de la política de «Pacificación», se pagaron muy caras. Son elocuentes los desesperados llamados de Morillo a las autoridades metropolitanas y, muy especialmente, al ministro de la Guerra, solicitando imperiosos recursos en hombres y materiales para poder continuar con el esfuerzo de la guerra con alguna posibilidad de éxito. Morillo y su tropa de veteranos fueron prácticamente abandonados por el Gobierno español en los años en que permaneció al frente del Ejército Expedicionario en la Costa Firme,[19] es decir, entre los años 1815 y 1823. Todas sus solicitudes en forma de memoriales y representaciones fueron en vano; la guerra venezolana tenía que alimentarse y consumirse a través de los propios recursos que, dentro de ella, se podían conseguir; situación que llevó a Morillo a medidas tan impopulares como la creación de una Junta de Secuestros para recabar, por la fuerza, los suministros y el dinero que las vías «normales» le negaban. Sus enfrentamientos con virreyes, capitanes generales, intendentes y jueces de la Real Audiencia son conocidos. Las facultades extraordinarias que, en un principio, se le concedieron para imponer, de hecho, una dictadura militar presidida por su persona le fueron revocadas en varias oportunidades ante las quejas de los funcionarios civiles, molestos y ofendidos por los desplantes autoritarios del jefe español. En 12 oportunidades, al cabo de seis años de mando militar en Venezuela, solicitó Morillo abandonar el mando del Ejército Expedicionario de Costa Firme. La desmoralización del principal jefe tuvo que haber afectado también al resto de sus oficiales y soldados.

La estrategia militar de Morillo sobre la Costa Firme pudo haber triunfado si el esfuerzo de la Comisión de Reemplazos se hubiese orientado exclusivamente en alimentar sobre ese punto los necesarios y adecuados

---

19 Es la tesis esgrimida por el historiador anglosajón S. K. Stoan, en su interesante estudio titulado *Pablo Morillo and Venezuela, 1815-1820,* publicado por la Universidad Estatal de Ohio en Columbia, 1974.

refuerzos para ganar la guerra allí y no dispersar las expediciones a tan lejanos destinos como se hizo. De hecho, Morillo triunfó en el año 1815 y 1816 controlando la situación tanto en la Nueva Granada como en Venezuela, pero, ante la reacción republicana del año 1817, sus fuerzas ya no eran operativas militarmente hablando. En las «Instrucciones» originales que se le dieron a Morillo al comienzo de la Expedición, el optimismo era tan grande que se dice allí que, luego de «pacificada» la Costa Firme, el sobrante de tropas tenía que destinarse a otros destinos como el Perú y México, para contribuir a ganar la guerra en esos lugares. Una vez más hizo su presencia la negligencia o el desconocimiento de los principales dirigentes españoles, ignorantes de las circunstancias americanas que se vivieron en tan crítico momento.

La expedición de Morillo devolvió la esperanza a los realistas en la Costa Firme y sus principales dirigentes no dudaron en celebrar anticipadamente el retorno a la normalidad. Cuando Morillo hizo su entrada en el territorio de la Nueva Granada, el obispo de Santa Marta les señaló a sus feligreses la satisfacción por la noticia en los siguientes términos:

> Vosotros habéis sido los que conteniendo el torrente de desdichas vais a ver calmar las aflicciones de tantos pueblos de Cartagena y Santa Fe que suspiraban por los auxilios de la monarquía para agregarse a nosotros. Vais a ver que cesarán las prisiones de tantos buenos, que no se verán ya sacerdotes presos en las cárceles públicas ni pasados por las armas, como se han visto en estos cinco años, por los revolucionarios, y jamás se habían visto tantos excesos en trescientos años que habéis estado a la sombra de los Católicos Monarcas. Vais por último a ver acabarse dentro de poco la confusión, el desorden y la violencia, porque fieles diocesanos, nuestro amado Fernando ha mandado al Exmo. Sr. D. Pablo Morillo, con un Ejército de quince mil hombres, para defender su Real Trono, para volver la Paz a todos para que cada uno se aplique a su labor, a su taller, a educar su familia, y a vivir sosegados en sus casas; pues acaba de llegar a esta capital de la Diócesis el 23 del presente con 60 fragatas […]. Apresuraos amados hijos, y aprovechaos de la favorable ocasión para que podáis gozar de la felicidad que disfruta todo lo demás del obispado, y si no esperad solamente de parte de Dios, y del Rey, trabajos y castigos eternos y temporales.[20]

20 A. H. N., Estado, leg. 8740-61. Don fray Manuel Redondo y Gómez, obispo gobernador de Santa Marta del Consejo de S. M. y teniente vicario general de los Reales Ejércitos a nuestro venerable clero, y a nuestros amados Diocesanos salud en Jesucristo, Santa Marta, 30 de julio de 1815.

Los partidarios del realismo en la Costa Firme creyeron que todo el desasosiego que había trastocado sus vidas llegaba a su fin. El todopoderoso rey español, por fin, se manifestaba de una manera terrible y eficaz a través de los veteranos de Morillo. El optimismo, en ese entonces, era muy grande, tanto por parte de los recién desembarcados como de los alborozados americanos prorrealistas. Pocos sospecharon que lo que comenzó como un simulacro de autonomía con encuentros bélicos intermitentes llegaría a convertirse en una gran carnicería humana. La guerra se extendió a lo largo y ancho de todas las geografías y paisajes; las columnas de soldados se movilizaron por doquier; los militares españoles, con formación profesional, tuvieron que rendirse a las evidencias de una realidad tropical insana de acuerdo con sus costumbres de vida, y empezar a aceptar que se luchaba contra unos enemigos aguerridos y de prácticas militares no convencionales. La guerra local y civil se hizo internacional, sin que ello implicase que los beligerantes tuvieran, en el momento, plena conciencia de ello.

La expedición «pacificadora» de don Pablo Morillo (1815)

Decidido el Gobierno en Madrid a reconquistar los territorios ultramarinos aún en manos de los rebeldes, desestimando el uso de la vía diplomática y conciliatoria, se planteó la necesidad de elaborar el plan más adecuado dentro de unas circunstancias bastante precarias.[21] El esfuerzo llevado a cabo

---

21 Casi toda la prensa española del período que comprende los años 1808-1815 consideró la intervención militar como la opción más relevante para acabar con los movimientos secesionistas americanos. «Solamente una idea parece lograr mayor continuidad y persistencia en la mente de los españoles de aquellos años. Es la idea de la intervención militar en América, que toda la Prensa, en general, recoge desde 1812 hasta el fin de la primera etapa liberal», J. Delgado, *La Independencia de América en la Prensa Española,* Madrid, 1949. Los periódicos españoles trataron de abrir algunos espacios en sus páginas a los sucesos americanos en la difícil coyuntura que, en ese entonces, atravesó la Península. *El Telégrafo Americano* nació el 10 de octubre de 1811 para luego cambiar de nombre y convertirse en *El Telégrafo Mexicano;* allí se trataron noticias provenientes de Nueva España. *La Gaceta de Madrid,* órgano oficial del Gobierno, empezó a reflejar la opinión de José I y sus ministros, mientras que *El Español,* editado en Londres por el liberal Blanco-White, fue el primero en debatir los problemas de América y sus repercusiones en España y Europa desde una óptica claramente liberal y antifrancesa. Por otro lado, en Cádiz surgió *El Observador,* que se dedicó a polemizar en contra de *El Español,* adoptando una actitud intransigente ante la acción de los juntistas americanos. Otros periódicos fueron

por la monarquía en levantar un Ejército Expedicionario de algo más de 10 000 hombres y los indispensables transportes para atravesar el Atlántico fue una empresa plagada de obstáculos y riesgos, dadas las condiciones adversas de todo tipo que se vivieron en la Península. Este esfuerzo militar fue el más importante de todos los que llevó a cabo la Corona en su afán por reconquistar sus colonias hispanoamericanas. El envío de tan importante contingente de soldados sirvió para deslindar claramente a los adversarios, imprimiéndole a la contienda el sello de conflicto internacional.[22]

El general designado para comandar tan importante fuerza fue don Pablo Morillo.[23] Este jefe militar nació en la ciudad de Toro el 5 de mayo de 1778 dentro de una familia de modestos recursos, por lo que, desde muy joven, decidió probar fortuna haciendo carrera militar. Fue un valeroso

---

El Censor, El Redactor General, El Amigo de las Leyes, Revisor Político y *La Abeja Española*. Por lo general, todos ellos sirvieron como órganos de propaganda para exaltar los triunfos políticos y militares de los realistas «leales» en América y, en sentido contrario, se minimizó hasta el ridículo las acciones de los «rebeldes», «facciosos» y «alucinados», tal como se los denominó en ese entonces. Si bien, durante el Gobierno liberal, la prensa tuvo un importante auge, la recuperación del trono por parte de Fernando VII trajo un efecto contrario. A partir del año 1814, se decretó la supresión de la libertad de imprenta y se impuso la censura. Muy pocos periódicos salieron a la luz pública y, entre ellos, cabe destacar a *La Gaceta* y *El Procurador General del Rey y de la Nación,* donde quedó reflejado el punto de vista oficial del Gobierno español. La prensa se hizo eco no solo del gobierno sino de la misma opinión pública al compartir la idea sobre la necesidad de una fuerte presencia militar española para reprimir a los súbditos coloniales en América.

22 Es evidente que el conflicto entre España y sus colonias fue internacional desde el mismo instante en que esos territorios fueron apetecidos por las potencias rivales desde que la Corona española se posesionó sobre ellos en el siglo XVI. Portugal, Inglaterra, Holanda y Francia, cada una en su momento, ambicionaron las riquezas americanas de los españoles y, por ello, le hostilizaron con una constancia desmedida. La carrera de las Indias se había saldado a favor de España y Portugal, y quienes habían llegado tarde no aceptaron pasivamente ser postergados del festín que proporcionó el oro y la plata que allí se consiguió.

23 El historiador español A. Rodríguez Villa se ha constituido en el principal biógrafo del general Pablo Morillo, dando a conocer no solo sus más importantes hechos sino presentando un cuerpo documental de gran valor donde aparecen cartas, representaciones y memoriales elaborados por Morillo en relación con sus experiencias en la guerra americana y venezolana. No está de más acotar que Rodríguez Villa es poco crítico respecto al personaje y al período en que este actuó, y que hay una clara e indisimulada tendencia a realizar la apología del «héroe». Lo importante, en todo caso, para nuestro estudio, es que, al presentar ya transcritos los valiosos documentos firmados de puño y letra por Morillo, que se encuentran en el Archivo de la Real Academia de la Historia de España en Madrid, ha brindado un importante servicio a los historiadores interesados en el tema.

soldado que se hizo un nombre en la guerra y ascendió a los más altos honores por méritos propios. Su actuación destacada en la lucha contra el invasor francés le hizo obtener la estima de sus superiores, alcanzando los más altos grados militares. Es interesante la siguiente descripción sobre las dotes militares de Morillo:

> Decidido el envío de un cuerpo expedicionario a América, sin saber bien a qué parte del vastísimo continente, propuso Castaños para organizar y mandar las tropas al mariscal don Pablo Morillo, soldado hecho en la guerra de la Independencia, más impetuoso que rudo y sin gran ilustración, pero con excepcionales dotes de mando y natural talento para las artes bélicas. Auténtico guerrillero del temple de Mina o El Empecinado, aunque menos individualista y más sumiso a la disciplina militar, ya que no en balde había sido por quince años un simple soldado de Marina.[24]

El general Castaños, vencedor de la célebre batalla de Bailén,[25] propuso en una Junta de Generales que se nombrase a Morillo como el jefe más indicado para dirigir la expedición. El 14 de agosto de 1814 Fernando VII firmó la orden confiriéndole el nombramiento no solo como comandante en jefe sino también como capitán general de Venezuela, gobernador de Caracas y presidente de la Audiencia. Lo que se hizo con Morillo no fue otra cosa que otorgarle todos los poderes administrativos y militares de Venezuela, es decir, la dictadura.[26]

---

24 S. González García, «El Aniquilamiento del Ejército Expedicionario de Costa Firme (1815-1823)», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos,* cuarta época, año v, Madrid, 1951, p. 130.

25 La batalla de Bailén se ha constituido en todo un mito español y fue el primer serio revés que sufrió hasta entonces el invicto Napoleón. Este triunfo de Castaños y del Ejército regular español sobre los 18 000 hombres del general Dupont tuvo un efecto más moral que efectivo en el desenlace de la guerra en España. Un crítico historiador inglés refiere el suceso de la siguiente manera: «La realidad era que Bailén no valía prácticamente la pena, y que la distancia prestó encanto a las noticias. Dupont no valía mucho como general, su ejército era novato y carecía de experiencia, y la manera en que los españoles trataron subsiguientemente a los franceses que se habían rendido fue tan atroz como para convertir el asunto en tema de vergüenza más que de gloria. Pero toda España llegó a saber que se había rendido un ejército napoleónico, viéndose animado el gobierno a continuar presionando con operaciones militares convencionales». Véase G. Best, *Guerra y Sociedad en la Europa revolucionaria. 1770-1870,* Madrid, 1990, p. 160.

26 La historiografía venezolana e hispanoamericana de tendencia liberal ha denostado el nombre del general Pablo Morillo, considerándolo un instrumento despiadado del reaccionario intento por restaurar las bases del Antiguo Régimen en Venezuela. Nosotros

Hay que referir que la oficialidad que acompañó a Morillo fue brillante y le permitió, en los más duros años de la guerra, mantener un espíritu combativo realmente digno de admiración. El honor militar, en muchos de ellos, fue una auténtica divisa que pagaron ofrendando hasta con sus propias vidas. El rey, la patria y la religión fueron sus nortes, aunque muchos participaron abiertamente en los debates furibundos que se empezaban a dar entre partidarios del liberalismo y aquellos recalcitrantes promonárquicos. Pero marchar a la América era una aventura no deseada por la mayoría de ellos; los títulos, ascensos y reconocimientos más seguros podían obtenerse, con mayor facilidad, en la propia Península. La dureza del clima tropical y las referencias que ya se tenían sobre el encarnizamiento de la guerra en Venezuela desanimaron a muchos de ellos a sumarse a la expedición:

> Quizá este proceso de autoselección de los mandos tuvo en el largo plazo resultados ventajosos, e hizo que con Morillo partiesen algunos jefes tan destacados como La Torre, Ricafort, Real, Cini, Warleta, Pereyra o Aldama. No obstante, la avalancha ya mencionada de solicitudes de traslado indicaba hasta qué punto la guerra era impopular entre los oficiales. A la hora de la verdad, muchos de los que partieron con la expedición lo hicieron o atraídos por los ascensos que se ofrecieron o por tener simpatías liberales, que encajaban mal en el ambiente político reinante por entonces en la península.[27]

Más de seis meses tardó la Comisión de Reemplazos en armar la expedición que salió de España en febrero de 1815. Los preparativos se mantuvieron dentro de un misterioso secreto[28] y el mismo destino final fue revelado a los expedicionarios en plena travesía oceánica. En principio, se había considerado que el punto de llegada sería el puerto de Montevideo para atacar, desde allí, a los rebeldes en el cono sur, los cuales tenían liberado ese territorio y, luego, seguir hasta el Perú y, con las fuerzas allí reunidas, completar la reconquista de todo el continente.

---

no somos tan severos en este juicio; por el contrario, pensamos que el general Pablo Morillo fue un militar valeroso y competente que cumplió con los principales objetivos militares de su misión. Su fracaso no hay que atribuírselo a la negligencia o falta de actividad en el mando del Ejército sino al abandono al que fue sometido por parte de la Metrópoli.

27 Albi, *Banderas olvidadas, el ejército realista en América,* p. 149.

28 El acuartelamiento de los expedicionarios duró varios meses bajo estrictas medidas de vigilancia, ya que se suponía la existencia de un complot masónico y liberal que atentaría contra el buen éxito de la expedición. Otra razón que se ha alegado fue el temor a las tan temidas deserciones dentro del contingente de los soldados.

El cambio repentino hacia la Costa Firme sigue suscitando polémica entre quienes han tratado la cuestión. Las razones oficiales dadas por el ministro de Indias en enero de 1815 señalan que la estación estaba ya adelantada para ir a Buenos Aires, que la situación lamentable de las provincias venezolanas merecía ser atendida y que la necesidad de resguardar sólidamente el istmo de Panamá, «llave de ambas Américas», fueron las causas del cambio en el destino. Si bien Venezuela había logrado ser «pacificada» por las correrías sangrientas de las tropas de Boves, Morales, Ceballos, Calzada y Cajigal, el estado de desorden público en que había quedado hizo suponer la necesidad de recuperar el orden ante la estampida del sector blanco, huyendo del odio de las castas.

Esta hipótesis tiene sus fundamentos, ya que uno de los propósitos del partido militarista alrededor de Fernando VII fue el de revertir la situación americana al mismo estado en que se encontraba antes de 1808, es decir, manteniendo el férreo orden colonial dentro de su tradicional dinámica de funcionamiento. Morillo no solo venía a combatir «rebeldes» y «sediciosos» que se habían levantado en rebelión, sino aquellos guerrilleros realistas insubordinados respecto a las legítimas autoridades de la Corona y que habían hecho de la guerra un modo de vida altamente lucrativo. El nivel de subversión en Venezuela era intolerable para el recién restaurado Gobierno absolutista madrileño, que se planteó como el más importante objetivo recuperar el orden y la paz social.

Hay testimonios de algunos expedicionarios, como el del capitán Rafael Sevilla,[29] quien ha referido la amarga sorpresa que causó entre los soldados el cambio de destino, ya que existía la muy fundada creencia de que en la «Costa Firme la guerra se hacía sin cuartel y con salvaje ferocidad». También existe otra versión y es la que sostiene que los expedicionarios se alegraron, en su mayoría, al saber que el tiempo de recorrido iba a ser mucho menor;[30] se sabía bien lo vulnerable que eran los transportes a los impredecibles cambios climáticos en el océano y las amenazas de con-

---

29 R. Sevilla, *Memorias de un Oficial del Ejército Español (Campañas contra Bolívar y los separatistas de América),* Bogotá, 1983.

30 A. García Camba, *Memoria para la historia de las armas españolas en el Perú,* I, Madrid, Biblioteca Ayacucho, 1916, p. 234, citado por Sebastián González García, *El Aniquilamiento del Ejército Expedicionario de Costa Firme (1815-1823).*

traer enfermedades como consecuencia del hacinamiento y la mala alimentación.

Dice el equilibrado testimonio del regente José Francisco Heredia sobre la expedición que arribó a las costas de Cumaná en abril de 1815 lo siguiente:

> Las tropas eran los regimientos de León, Victoria, Unión, Castilla, Barbastro, legión Extremeña y Cazadores del General, cada uno de un batallón de ocho compañías, pero con mil trescientas o mil cuatrocientas plazas; el de Dragones de la Unión y el de Húsares de Fernando VII, de cinco escuadrones; uno de Artillería ligera y dos compañías de a pie, y una de obreros.[31]

El total llegaría a 15 000 hombres, pero, al destinarse algunos refuerzos a otros lugares como Puerto Rico y Portobelo con destino al Perú, las tropas que quedaron en la Costa Firme estuvieron en el orden de 10 000 españoles veteranos con sus equipos completos:

> Traían armamento y vestuario de respeto para diez mil hombres, un tren completo de Artillería de batir y de campaña, con suficientes municiones, algunos víveres de reserva, y hasta doscientos y cincuenta mil pesos en efectivo. Jamás había salido de España para la América expedición más brillante y numerosa, como que era el último esfuerzo de los comerciantes de Cádiz por medio de la Junta de Reemplazos que suplió todos los gastos.[32]

Nunca antes España había hecho tan importante esfuerzo militar, salvo su participación en la Independencia de Estados Unidos,[33] solo que

---

31 J. F. Heredia en sus *Memorias,* citado por De Armas Chitty, *Boves a través de sus biógrafos,* pp. 87-88.

32 Ib., pp. 87-88.

33 España tuvo una destacada actuación en la guerra que libraron los colonos ingleses contra el rey Jorge III a partir del año 1779. Desde la Luisiana y Cuba, los españoles, bajo el liderazgo de don Bernardo de Gálvez, atacaron la Florida y pudieron ocupar las importantes plazas de Pensacola y Mobile, ejerciendo un auténtico control de todo el sector, distrayendo significativas fuerzas inglesas que pudieron haber sido utilizadas contra los colonos más al norte. El movimiento desde la Luisiana se hizo con menos de dos mil hombres y la expedición que salió de La Habana estuvo constituida por 5 navíos de línea, 15 buques secundarios y 1315 soldados. La alianza con Francia comprometió a los españoles a contribuir en la lucha por la independencia de los colonos en contra de Inglaterra, sin reparar que ella misma, en el sur, era poseedora del más grande Imperio colonial. Además, muy pronto los españoles, en el sur de Estados Unidos, tuvieron que sufrir las ansias expansionistas de la nueva nación norteamericana que, amparándose en su Destino Manifiesto, no tuvo ningún escrúpulo en ir en contra del antiguo aliado.

ahora, en 1815, tuvo mayores méritos ante la situación de postración en que había quedado el país después de la ocupación napoleónica.

Apenas pisó el suelo de la isla de Margarita, Morillo hizo pública una victoriosa como amenazante proclama sobre los fines de su presencia en el suelo venezolano:

> Ya habéis visto que la Divina Providencia os ha proporcionado que el ejército de nuestro legítimo Rey Fernando VII haya entrado en vuestro país sin el menor derramamiento de sangre; yo espero que en lo sucesivo os comportaréis con la misma fidelidad que en los tiempos anteriores hasta el año de 1809; pero temblad si así no se cumple, porque descargaré todo el rigor contra vosotros. Los Eclesiásticos deben exhortar a sus feligreses a la paz […].
>
> Todas las municiones, armas de fuego y blancas, a excepción de los machetes que sirven para los trabajos del campo, serán entregadas en todo el día diez y siete a mis comandantes militares en los respectivos distritos, pues he notado morosidad en algunos sujetos, y me veré en la dura posición de usar de todo el rigor de la ley.
>
> Todas las personas emigradas, de cualquier país que sean que se hallen en esta Isla, se presentarán en el mismo día diez y siete en el pueblo de Pampatar, incluso los extranjeros.
>
> Las personas de este país que tenían empleos públicos, y se sabe extrajudicialmente no han salido de él, se me presentarán en el prefijo término ya dicho, para prestar el juramento de fidelidad al Rey; como lo han hecho las de la capital.[34]

Pero la desgracia persiguió a este Ejército Expedicionario desde las más tempranas horas. En extrañas circunstancias, el buque insignia de la Expedición, el San Pedro Alcántara, voló en mil pedazos en las inmediaciones de la isla de Margarita llevándose al fondo del mar más de un 1 000 000 de pesos en salarios para ser pagados a los veteranos a lo largo de la guerra; importantes pertrechos militares como todo el parque de campaña para las fortificaciones y la artillería; 8000 rifles y un importante número de espadas, pistolas y uniformes; más de 4000 quintales de pólvora; bombas, granadas y balas, junto con todo el equipamiento personal de los oficiales de tropas, incluidas las mismas «Instrucciones» de Morillo.[35] Esta auténtica fortaleza

---

34 RAH (Real Academia de la Historia) Archivo de Pablo Morillo, conde de Cartagena, *Proclama de Morillo con las instrucciones a seguir después de su llegada a la isla,* Cuartel General de Pampatar, 15 de abril de 1815.

35 Rodríguez Villa, *Don Pablo Morillo, Primer Conde de Cartagena, Marqués de la Puerta, Teniente General de los Ejércitos Nacionales (1778-1837). Resumen de su Vida,* Madrid, 1909, p. 57.

flotante era el depósito material con que los realistas iban a contar para ganar la guerra a los republicanos en la Costa Firme.

Al general Pablo Morillo y sus oficiales, ya de partida, se les planteó un grave problema logístico de difícil solución. ¿Cómo mantener operativo un ejército al que la providencia o la «mala suerte»[36] han dejado prácticamente desnudo y con una capacidad militar en medios muy mermada? En estas penosas circunstancias, el orgulloso cuerpo expedicionario hizo su arribo a la ciudad de Caracas luego de haber pacificado el foco «rebelde» liderado por Arismendi en la isla de Margarita.[37]

Al general don Pablo Morillo se le otorgaron, desde la Corte de Madrid, poderes especiales para obrar de acuerdo con las circunstancias. En Venezuela, territorio ya pacificado por los 12 000 pardos de Boves y Morales, había que restaurar las bases del Antiguo Régimen. Poco había que hacer en el plano militar y sí mucho en el político, social y económico. Para el realismo, fue un momento propicio, el más idóneo a lo largo de todo el conflicto, para consolidar un triunfo que todos percibieron como definitivo, aunque Morillo demostró poseer unas excelentes dotes como jefe militar y muy pocas como jefe político, es decir, de estadista.

Morillo, su oficialidad y soldados cometieron el grave error, muy común en los europeos, de subestimar al soldado criollo y el medio en que se hacía la guerra. El primero de una serie de costosos errores cometidos por Morillo fue el de licenciar y disolver las fuerzas irregulares de Morales y otros

---

36 Aunque no existe ningún testimonio que lo avale, no es descabellado pensar que el hundimiento del buque insignia *San Pedro Alcántara* haya sido provocado por el saboteo que pudieron haber hecho los republicanos al mismo, o un complot liberal-masónico dentro de las filas del propio cuerpo expedicionario. Aunque lo más natural y aceptado haya sido la versión de que el hundimiento se debió a un accidente.

37 Es muy conocido por testimonios realistas como el de Sevilla, el incidente entre Morillo y Morales con relación al indulto y perdón que este concedió al republicano Arismendi. Las «Instrucciones» dadas por el rey a Morillo establecieron otorgar el perdón y el olvido a todos los rebeldes que se sometiesen de buenas maneras. Arismendi poco podía hacer para resistir la poderosa fuerza naval y terrestre realista y se acogió al indulto de Morillo bajo las más vivas protestas de Morales, quien advirtió al inexperto general peninsular de la muy distinta forma de hacer la guerra en el trópico y de la psicología de sus combatientes. Los referentes militares de Morillo eran, para ese entonces, exclusivamente europeos, y solo la experiencia, las más de las veces dolorosa, le enseñó a tratar con el medio venezolano.

jefes guerrilleros realistas que, en un número de 12 000 hombres, se habían encargado de acabar con las fuerzas de la Segunda República de Bolívar.[38] El soldado español, vestido con impecables uniformes de gala y con armamento de primera línea, desdeñó al combatiente criollo semidesnudo y mal armado. Morillo no pudo percatarse a tiempo de que la mayoría de esos 12 000 soldados cambiarían muy pronto de filas y se convertirían en sus más formidables enemigos. El miedo a una revuelta social llevada a cabo por este ejército de pardos lo llevó a tomar esa decisión. De la misma forma actuó sobre los principales jefes realistas «guerrilleros» que, antes de su arribo, habían tomado la iniciativa de defender la causa del rey, designando a sus propios oficiales europeos para sustituirlos. Más adelante y arrepentido, tuvo que recurrir a ellos para prolongar una resistencia inútil.

Si bien el arribo de las fuerzas de Morillo logró satisfacer la principal expectativa que tuvieron los partidarios del realismo desde el año 1810, muy pronto se percataron de que la solución militar no era suficiente para restaurar la paz en el país y que los problemas ahora se profundizaban aún más al tener que alimentar y ofrecer atenciones a un ejército de ocupación de más de 10 000 hombres. Los combatientes civiles y militares que habían hecho importantes sacrificios por la causa española y que esperaron algún tipo de reconocimiento y recompensa sintieron defraudadas sus esperanzas cuando Morillo los ofendió apartándolos de las responsabilidades y cargos principales de la nueva administración militar; otro error muy caro, porque esos hombres eran los únicos que tenían experiencia en los asuntos burocráticos y de gobierno necesarios para restaurar el orden y la paz evitando nuevas rivalidades y confrontaciones intestinas. Morillo y sus veteranos no solo fueron vistos como una fuerza extraña por parte de los criollos republicanos, sino también por muchos realistas venezolanos. El nuevo

38 La mayor parte de estas fuerzas fueron rápidamente captadas por los jefes republicanos. Páez, jefe llanero, se constituyó en el líder natural del ejército de pardos y llaneros que antes siguieron a Boves. Su desempeño militar, desde entonces, podríamos considerarlo como «decisivo» en el triunfo final de la causa republicana en Venezuela. Paradójicamente, España había resistido la ocupación francesa en la Península haciendo uso de la guerra irregular y partisana, tocándole, en Venezuela, el reto de enfrentarse a montoneras armadas con iguales características. Morillo prefirió licenciar la formidable fuerza que habían levantado Boves y Morales creyendo, de buena fe, que su ejército regular era suficiente para cumplir funciones de policía y restaurar el orden colonial alterado por los revoltosos.

orden militar sobre Venezuela iba a fracturar el escaso orden civil e institucional preexistente dentro de un orden social resentido por la mortandad de su población. Entre 1810 y 1815, las víctimas por culpa de la guerra habían ascendido a 134 000[39] personas de una población estimada en el año 1810 de 900 000 habitantes. En el aspecto económico, el aparato productivo venezolano estaba completamente paralizado por falta de brazos para laborar en la agricultura, ya que los hombres tenían como inevitable destino la guerra; los escasos productos que se podían obtener, tanto por vía clandestina como legal, servían para el consumo interno. La mayoría de las obras de ingeniería militar estaban deterioradas y semiabandonadas, como la importante plaza fuerte en Puerto Cabello, donde las reparaciones en los distintos fortines esperaban por los indispensables recursos.[40] El miedo y la desesperación se instalaron entre los habitantes cansados de la larga guerra y los continuos desplazamientos hacia los lugares más seguros; incluso alguno llegó a proponer Valencia como nueva capital de la Capitanía General de

---

39 Dato este que aporta Stoan en su obra *Pablo Morillo and Venezuela, 1815-1820,* p. 70. J. Lynch, en *Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826,* Barcelona, 1998, aporta otras cifras parecidas al señalar que «Venezuela perdió 134 487 de sus habitantes entre 1800 y 1816, y se calcula que perdió 262 000 durante toda la guerra. La población total descendió de 800 000 en 1810 a poco más de 700 000 en 1825», p. 216; datos que, a su vez, este autor británico tomó de Izard, *Series estadísticas,* pp. 9, 13 y 15.

40 «Conocida la entidad de esta Plaza y de su Puerto, he convenido con el Sr. Capitán General, como dije a V. E. en oficio de 17 del corriente núm. 24, en la necesidad que hay de variar las líneas del Cuerpo de la Plaza; son absolutamente despreciables, y están casi del todo arruinadas; por lo cual, con acuerdo de dicho Señor voy a trabajar a ratos el nuevo proyecto y cálculo para remitirlo a V. E. También hemos convenido en la necesidad absoluta que de México u otra parte se libren anualmente 50 000 pesos, para las obras de fortificación y edificios militares de estas Provincias, y con especialidad del Cuerpo de esta Plaza […]. A tal estado de decadencia ha llegado con la revolución, y V. E. inferirá los medios más adaptables para que este productivo país pueda reanimarse», S. H. M. 1-1-7-32, representación de José Mariano Aloy, Puerto Cabello, 25 de enero de 1815. En otras comunicaciones oficiales, este jefe del Cuerpo de Ingenieros se lamentó del estado deplorable de la infraestructura militar del país por la escasez crónica de recursos para su mantenimiento y el irrespeto en el cumplimiento de los procedimientos para llevar a cabo las distintas construcciones. Un buen ejemplo de esta situación fueron las discusiones que se tuvieron en el seno de las autoridades sobre la construcción del fuerte Fernando VII en la provincia de Guayana desde el año 1813 y que se hizo «sin sujeción a leyes y autoridades». Las tensiones entre los distintos jefes y sus subalternos contribuyeron a erosionar la causa del rey en Venezuela, llegando la anarquía a suplantar el orden. La provisionalidad y las acciones espontáneas se convirtieron en un lugar común y cada autoridad provincial se las arregló como mejor pudo.

Venezuela, por considerarla con mayores ventajas que Caracas.[41] En estas lamentables condiciones, Morillo se propuso transitar el laberinto tropical venezolano sonriéndole el éxito solo en los dos primeros años.

Gobierno militar de Morillo

Cuando Morillo entró en Caracas en mayo de 1815, lo primero que hizo fue instaurar un Gobierno militar que pudiera, de manera ejecutiva y efectiva, apertrechar a su ejército de los necesarios insumos que necesitaba para emprender la campaña militar sobre el virreinato de la Nueva Granada y, en segundo lugar, garantizar el orden y la tranquilidad del país, haciendo ocupar los puestos de dirección por hombres de su confianza, siendo el principal de ellos el brigadier de origen catalán Salvador Moxó, quien luego lo traicionaría abandonando el país.

Los instrumentos básicos de la dictadura militar de Morillo sobre Venezuela fueron los Consejos de Guerra, un Tribunal de Apelaciones que sustituyó a la Real Audiencia, un Juzgado de Policía y una Junta de Secuestros. La dictadura militar se le impuso al país y, desde entonces, la impunidad de los militares se consumó a través de las represiones y atropellos a quienes fuesen sospechosos de traición al rey. Morillo, en primera instancia, quiso imponer políticas conciliadoras basadas en el perdón de lo pasado a través de sendos indultos avalados por el monarca. Aunque muy pronto tuvo que desechar esa política, sorprendido por la terquedad del partido «rebelde» y la seria oposición que encontró entre los mismos venezolanos y españoles realistas que se opusieron al Gobierno militar. Morillo nunca fue capaz de actuar con «guante de seda y puño de hierro»; su personalidad careció de los necesarios matices que le hubiesen permitido ser más flexible con sus más inmediatos colaboradores y sus naturales aliados. Al enemigo lo siguió tratando bajo la

41 «[…] sin perjuicio de que en lo sucesivo se eleve a S. M. la más reverente representación, sobre si es más conveniente en lo militar, y político, y demás razones que con la debida prudencia y madurez se expongan, la traslación de la capital a la ciudad de Valencia, punto céntrico de la provincia; fértil, y sano en su situación; más seguro en el caso de una nueva guerra; y libre de las convulsiones y terremotos que tantos ha destruido, y afligen a Caracas», A. G. I., Caracas, 109, representación de Idelfonso José de Medina, Puerto Cabello, 23 de abril de 1815.

vieja acepción de «rebeldes» y nunca estuvo dispuesto a negociar con ellos hasta que el Gobierno liberal, en 1820, se lo exigió. Esta intransigencia llena de orgullo nos recuerda que Morillo, como militar español, no se comportó de manera distinta a los jefes que lo precedieron y que hicieron de la represión y los castigos la manera privilegiada de relación con los venezolanos que se atrevieron a cuestionar la autoridad del monarca.

La tragedia de Morillo en Venezuela es que fue un militar competente sin la experiencia política adecuada para dirigir la sociedad venezolana en el estado de anarquía en que la encontró. Muy pronto delegó las principales responsabilidades administrativas y políticas en hombres de su confianza, pero mediocres como Moxó, tratando de concentrar todos sus esfuerzos en la misión militar que se le había encomendado y sin entender, del todo, que el éxito de una empresa militar dependía de la buena marcha de los asuntos civiles. Morillo no fue un burócrata ni tampoco un estadista romántico al estilo de Bolívar, su más directo adversario; fue un soldado que muy pronto se desmoralizó ante la descomunal empresa militar a que tenía que hacer frente en el trópico, en un estado de soledad respecto a los refuerzos metropolitanos. Todo el esfuerzo militar de Morillo, salvo el ejército de veteranos de 10 000 hombres, provino de los propios recursos que sacó del empobrecido suelo venezolano y de las ayudas que le llegaron a través del Nuevo Reino de Granada y las islas vecinas. El Ejército Expedicionario de Costa Firme se empequeñeció rápidamente al ser tragados sus hombres por las inclemencias del trópico, sobre todo por las enfermedades.[42]

Su profesionalismo de poco le sirvió en un tipo de guerra irregular, muy distinta a la practicada en Europa en ese mismo momento. Pero en justicia hay que decir, de acuerdo con los testimonios de la época, que su comportamiento en las acciones militares fue siempre honroso, valeroso y a la altura de las circunstancias. Los veteranos de Morillo muy pronto tuvieron que dejar de lado sus maneras tradicionales de entender la guerra contra un adversario «regular» y de comportamiento bélico previsible, de acuerdo con las experiencias adquiridas en el contexto de las guerras europeas. En Venezuela se venía luchando desde el año 1810 de una forma

42 Las enfermedades tropicales más comunes que afectaron a los expedicionarios europeos fueron la malaria, la esquistosomiasis, la filariasis y la fiebre amarilla, entre otras.

parecida a los guerrilleros españoles en contra de los franceses en la guerra peninsular de los años 1808-1813; ahora le tocaba a las fuerzas españolas de Morillo sufrir en carne propia las inclemencias de un enemigo furtivo y escurridizo, perfecto conocedor del terreno. La adaptación no fue nada fácil y los soldados nativos que sirvieron en las filas realistas paradójicamente se convirtieron en la base de ese ejército, a pesar del desprecio y la desconfianza de los arrogantes expedicionarios.

Es conocido el incidente entre Morillo y el superintendente don Dionisio Franco, referido por el mariscal de campo don Juan Manuel de Cajigal en sus *Memorias*[43] y por el intendente Francisco Xavier Arambarri en su obra *Hechos del General Pablo Morillo en América,*[44] y que nos indica que la actitud de Morillo apenas llegó a la capital. Al parecer, Morillo solicitó desde Cumaná, antes de su arribo a Caracas, que se le preparara una importante cantidad de raciones para sus soldados en un lapso de tiempo muy corto y que, naturalmente, Franco fue incapaz de cumplir.[45] En con-

---

43 Cajigal, *Memorias del Mariscal de Campo Don Juan Manuel de Cajigal sobre la Revolución de Venezuela,* pp. 151 y ss.

44 F. X. Arambarri, *Hechos del General Pablo Morillo en América,* Murcia, 1971, pp. 19 y ss.

45 Morillo, revestido de poderes absolutos otorgados por el monarca, y con el respaldo formidable de una fuerza militar respetable, actuó con la arrogancia del conquistador de indios dentro de un medio que subestimó por completo. No supo evaluar, con un mínimo de realismo, las condiciones en que le tocó actuar y creyó que bastaba con ordenar y que se ejecutaran sus órdenes al pie de la letra para que todo marchara a su gusto. Un impedimento, diríamos que cultural y psicológico, actuó sobre este jefe realista y tantos otros a su nivel, que creyeron ingenuamente que, imponiendo medidas represivas y violentas respaldadas por el manto divino del rey, bastaría para el logro de la «pacificación». La mente «absolutista» de Morillo muy pronto sufrió el desengaño de saberse desobedecido en órdenes tan elementales como el aprovisionamiento de sus hombres, cometiendo el error de responsabilizar a sus naturales aliados, es decir, sus subalternos, de negligencia. Solo dos años fueron suficientes para que Morillo entendiera que la guerra venezolana no podía ganarse solo con el voluntarismo de sus mermadas fuerzas y el aura divina del monarca, Fernando VII.

«Cuando pedí al Capitán General D. Juan Manuel de Cajigal y al Superintendente don Dionisio Franco los auxilios que necesitaba el Ejército para subsistencia y marchar a establecer el bloqueo de la plaza de Cartagena, se me contestó oficialmente que se podría hacer poco menos que nada, añadiendo el Gobernador de la Plaza de Puerto Cabello, que ni diez raciones diarias podían suministrarse a la tropa», representación de Morillo al rey, presentada por el ayudante de campo don Manuel Villavicencio, 25 de enero del año 1818 en el Cuartel General de Valencia, en Rodríguez Villa, *Don Pablo Morillo, Primer Conde de Cartagena, Marqués de la Puerta, Teniente General de los Ejércitos Nacionales (1778-1837). Resumen de su Vida,* p. 149.

secuencia, Morillo insultó al funcionario, quien se enfermó y tuvo que abandonar sus obligaciones. Son numerosas las representaciones y documentos que refieren el clima de malestar que despertó entre los realistas la llegada de Morillo y sus medidas ejecutivas, siendo insensible a los padecimientos y sacrificios de los venezolanos luego de cinco años de guerra atroz. Según el intendente Arambarri, quien fue depuesto por Morillo de su cargo el 23 de enero de 1819, este resolvió el problema del abastecimiento de su ejército de la siguiente forma: mandó embargar y apoderarse por la fuerza de todas las reses que había en Caracas y sus alrededores; tomar de mano armada cuanta harina y menestras hubiera tanto en los almacenes como en los barcos y la recaudación de dineros tanto de los particulares como de los comerciantes, de quienes se hizo una larga lista.[46]

El nerviosismo de Morillo fue grande al sentirse inseguro en un medio desconocido para él y saber que la fuente principal de los recursos que iba a necesitar su ejército había desaparecido abruptamente. Morillo no solo ordenó obtener víveres y recursos entre las provincias venezolanas, sino que comisionó a algunos hombres para obtenerlos, incluso en las islas extranjeras, sobre todo las inglesas, en el Caribe.[47]

Cajigal, capitán general en funciones antes del arribo de Morillo y con el control del Gobierno desde que las partidas de Boves entraron en Caracas, no dejó de anotar sus impresiones sobre la soberbia de este jefe que, en apenas tres semanas en las que estuvo en Caracas antes de embarcarse para poner sitio a Cartagena, logró concitar la enemistad y el rechazo de muchos realistas, que reaccionaron ante sus despóticas medidas y la ignorancia manifiesta sobre la idiosincrasia del venezolano y las condiciones del medio en que vino a mandar. Cajigal llegó a decir luego de su primera entrevista con el Pacificador:

> ¡Pobre Venezuela, exclamé! Te compadezco; no obstante quizá estos primeros pasos son efecto de una equivocación de principios y de sistema establecido sobre informes interesados y parciales; ya entonces me decidí a hablar de otro modo a Morillo siempre que la ocasión se presentase favorable, porque el servicio verdadero del Rey no imponía esta obligación.[48]

---

46 Arambarri, *Hechos del General Pablo Morillo en América,* pp. 19-20.

47 Díaz, *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas,* p. 316.

48 Cajigal, *Memorias del Mariscal de Campo Don Juan Manuel de Cajigal sobre la Revolución de Venezuela,* p. 154.

Arambarri es mucho más duro en el juicio que le merecieron las medidas impuestas por Morillo y le consideró:

> […] un hombre sin principios ni luces de gobierno, de política ni de justicia, de carácter y genio violento como lo han experimentado aquellos habitantes que sobre tantas calamidades pasadas llevan la dura suerte de tener por jefe a tal hombre […].[49]

Level de Goda, fiscal de la Real Hacienda, llamó a Morillo el *Nuevo Dracón,* cuya legislación militar destruyó los aún precarios cimientos institucionales de la sociedad venezolana.

Fue un clamor general entre los funcionarios civiles realistas acusar a Morillo de dogmatismo político y arbitrariedad y sufrir, impotentes, una política que difícilmente podía ser rebatida o cuestionada, a pesar de que muchos elevaron su protesta ante el rey. Estas protestas tuvieron efecto cuando a Morillo le fueron revocadas, en tres oportunidades, sus «facultades ilimitadas» desde Madrid, en atención a las quejas recibidas por las autoridades civiles sobre su comportamiento en el trato ofrecido a los civiles en Bogotá, Caracas y los abusos cometidos en el secuestro y expropiación de bienes.

La reforma social de Morillo sobre Venezuela fue un fiasco. El mismo Morillo siempre desconfió de los oficiales criollos de origen pardo dentro de su ejército, a quienes sustituyó por los de origen europeo. Nada hizo para ganarse a la población «morena» con reformas de tipo social y étnico, que pudo haberlos promocionado manteniéndolos leales a la causa del rey; por el contrario, los rechazó, menoscabando la base de apoyo popular fundamental para ganar la guerra. Es interesante acotar la opinión que tuvo Morillo sobre la gente de color y que no es distinta al del conglomerado blanco en Venezuela en los días previos a la misma Emancipación:

> La mortandad y la desolación que una guerra tan cruel ha ocasionado, va disminuyendo, de un modo conocido, la raza de los blancos, y casi no se ven más que gentes de color, enemigas de aquellos, quienes ya han intentado acabar con todos. Piar, que es mulato, y el de más importancia entre las castas, tiene relaciones muy estrechas con Alejandro Petión, mulato rebelde que se titula presidente de Haití, y ambos se proponen formar un establecimiento

49 Arambarri, *Hechos del General Pablo Morillo en América,* p. 20.

> en Guayana que asegure su dominación en América, donde es de presumir quieren renovar las escenas del Guárico[50] y demás posesiones francesas en Santo Domingo.[51]

La mentalidad jerárquica y clasista tercamente impuesta por la sociedad del Antiguo Régimen fue siempre un impedimento para lograr un acercamiento entre todos los sectores sociales en el esfuerzo de la guerra y, en consecuencia, obtener con ello la colaboración en las filas del Ejército del muy numeroso sector de los pardos.

Este problema era vital atenderlo, como muchos jefes realistas militares y civiles se dieron cuenta desde un principio. La proporción de un blanco sobre nueve pardos en 1815 llegó francamente a alarmar al sector blanco partidario del realismo; además, José Tomás Boves había enardecido a las masas depauperadas del país alentando el odio étnico y social. Para el magistrado realista Ignacio Xavier de Uzelay, las huestes de Boves, si bien se parecían más bien a una gavilla de bandidos y delincuentes, no por ello se les debía censurar sus tropelías, ya que defendían la causa del monarca. El miedo se combinó con la oportunidad, y muchos realistas llegaron a tolerar y aceptar la barbarie de Boves y el peligro social que representaban en ese momento sus soldados:

> El Comandante Boves, dotado de un temple de alma extraordinario, no reparaba en inconvenientes cuando se trataba de exterminar a la rebelión, y por su ignorancia, o quizá porque se creía autorizado con el derecho de represalia, no guardaba ningunos límites, ni la más mínima forma de juicio en el castigo, en tanto grado, que condenaba a la pena de muerte hasta a los mismos sospechosos.[52]

Para Morillo, el exterminio de la población blanca era de una gravedad extrema y, por ello, no dudó en solicitar al monarca el traslado de familias españolas hacia Venezuela:

---

50 En muchos documentos de la época, el equivalente al país Haití fue la denominación de Guárico.

51 Carta de Morillo al ministro de la Guerra, Cuartel de Chaguarama, 8 de mayo de 1817, en Rodríguez Villa, *Don Pablo Morillo, Primer Conde de Cartagena, Marqués de la Puerta, Teniente General de los Ejércitos Nacionales (1778-1837). Resumen de su Vida,* p. 107.

52 A. G. I., Caracas, 437.ª, Ignacio Xavier de Uzelay al señor secretario de Estado y del Despacho Universal de Indias, Puerto Cabello, 2 de junio de 1815.

> Para contrabalancear esta notable diferencia en el transcurso de algunos años, y atender al mismo tiempo al cultivo de las tierras que tanto abundan y que forman la felicidad común, me parecía conveniente que S. M. dispusiese la venida de 500 o 600 familias de las Islas Canarias, o de Galicia, pues ha escaseado mucho la raza de los blancos, eligiéndose la estación oportuna para su llegada a estos climas.[53]

Fue Cevallos el jefe militar realista más importante en la zona occidental del país, quien hizo notar que los expedicionarios españoles, apenas llegaron, subestimaron fatalmente a los hombres y al medio en que vinieron a luchar. Consideró proféticamente que las tropas de Morillo solo podían contener el desbordamiento social en un lapso muy corto y que la fuerza de combate de que se disponía era insuficiente para triunfar. Anotemos lo que nos dice sobre la guarnición de 4000 veteranos que se quedaron al lado de Moxó para resguardar el territorio ya liberado en las provincias de Venezuela, cubriendo la ausencia de Morillo, que estaba en campaña por la Nueva Granada:

> La vida de cuatro mil hombres tiene su término y no muy dilatado en donde obran contra ellos el clima y los nuevos alimentos: su número se disminuye diariamente; y aun sin eso, debilita su fuerza la diseminación a distancias largas, y de difícil tránsito, en que obliga a colocarlos la vasta extensión del distrito, cuando por el contrario, la clase temible se reproduce y aumenta, teniendo en el día sobre sus conocidas ventajas físicas, las de la disciplina y ferocidad, que han adquirido en la cruel guerra que acaba de terminar, y de que ellos han formado con la total fuerza de ambos partidos.[54]

La advertencia era clara: la guerra en Venezuela estaba destruyendo los fundamentos de la estructura social jerárquica y poniendo en entredicho no solo el predominio español sino el del propio sector blanco, muy disminuido por las bajas en la guerra. La realidad demográfica era implacable al señalar el predominio numérico de la gente de color y los pardos, pero estos carecieron de los adecuados líderes para intentar algo parecido a lo ocurrido en Haití. La masa, en general, fue «carne de cañón» en los campos de batalla y

---

53 A. G. I., Caracas, 109, representación de Pablo Morillo al señor secretario de Estado y del Despacho Universal de Indias, Caracas, 23 de mayo de 1815.

54 A. G. I., Caracas, 109, representación de don José Cevallos, capitán general interino de Caracas, dirigida al señor secretario de Estado y del Despacho Universal de Indias, Caracas, 22 de julio de 1815.

la anarquía reinante solo les benefició en poder deslastrarse momentáneamente de las restricciones sociales que tradicionalmente recaían sobre ellos. La guerra fue una oportunidad de ascenso social y de enriquecimiento súbito al margen de la ley. Carecieron de algún tipo de programa político y nunca fueron capaces de actuar como partido organizado; Boves los cautivó ofreciéndoles falaces promesas de revancha social contra los tradicionales amos y, luego que pasó el furor con los consabidos baños de sangre, poco obtuvieron, o más bien nada, en la aspiración de un mejor trato a través del reconocimiento de derechos y deberes, ya sea por parte de los realistas o de los republicanos. Para Cevallos y algunos hombres al servicio del rey, la guerra solo podía ganarse en Venezuela obteniendo el apoyo de los pardos; sin estos, nada se podía lograr desde el punto de vista militar.

En el bando republicano, Bolívar tuvo una situación semejante, que intentó atender a través de sendos manifiestos y proclamas que otorgaban la libertad de los negros que se incorporaran voluntariamente a las filas de su ejército.[55] El Libertador intentó, con todos los medios a su alcance, obtener el favor y la simpatía de los sectores populares que le fueron adversos en el pasado; su ascendiente citadino y aristocrático fue siempre una barrera para contactar con la masa rural y primitiva, pero pronto supo llegar a ella a través de tácticas alianzas con los caudillos regionales y populares de la llamada «Venezuela profunda».

Las «Instrucciones» que se le dieron a Morillo en la Corte de Madrid fueron un tanto difusas en el ámbito político y gubernamental, dejándole la libertad de obrar con el recurso militar de acuerdo con las circunstancias. Las «Instrucciones» fueron emitidas por el Ministerio Universal de Indias con fecha del 18 de noviembre de 1814 y sus objetivos esenciales fueron el restablecimiento del orden en la Costa Firme hasta el Darién, en el hoy país de Panamá; la ocupación de Cartagena de Indias, y el auxilio al virrey del Nuevo Reino de Granada.

---

55 El 2 de junio de 1816, en la ciudad de Carúpano, Bolívar decretó la libertad de esclavos, condición que le impuso el presidente Petión de Haití a cambio de su colaboración para liberar a Venezuela del dominio español. Bolívar entendió que el fracaso ocurrido en los años 1812 y 1814, en buena medida, se debió a la falta de apoyo popular a la causa republicana. Ahora bien, hay que señalar que Bolívar nunca propuso en vida la abolición del despreciable sistema de esclavitud en Venezuela.

Desde Madrid, nunca se tuvo un conocimiento claro de la situación hispanoamericana y venezolana para que sus planificadores hubieran podido diseñar una misión «pacificadora» con alguna posibilidad de éxito auténtico. La visión «metropolitana» se impuso sobre las distintas voces de los realistas en Venezuela, quienes, con experiencia práctica en el medio, podían haber asesorado con fundamento las acciones más convenientes para seguir por Morillo y sus veteranos. Y lo más importante de todo: la política militar represiva escogida por Madrid en 1814 careció de continuidad en el tiempo; a Morillo y sus hombres se los abandonó a morir en el trópico sobrestimando sus capacidades militares y subestimando las del adversario. Bastó un año para que Morillo escribiera desilusionado desde Bogotá al ministro de la Guerra lo siguiente:

> Los rebeldes de Venezuela han adoptado el sistema de tener muchas y fuertes guerrillas, las que siguen el plan de las de España, y preveo la reunión de todas luego que se presente un jefe como Bolívar u otro que tenga alguna opinión, y entonces, si creen somos más débiles, obrarán en fuerza. En España se cree vulgarmente de que solo son cuatro cabezas los que tienen levantado este país; es preciso, excelentísimo señor, que no se piense así, por lo menos de las provincias de Venezuela. Allí el clero y todas las clases se dirigen al mismo objeto de la independencia con la ceguera de que trabajan por la gente de color; golpe que ya hubiera logrado si la expedición no se hubiera presentado con tanta oportunidad. Dicha gente es vigorosa, valiente, comen cualquier cosa, no tienen hospitales ni gastan vestido.[56]

Venezuela fue, para Morillo, la «América militar», el espacio donde la guerra fue más cruenta y donde los jefes venezolanos partidarios de la revolución en contra de la Metrópoli dieron las mayores demostraciones de tenacidad. Muy pronto entendió el jefe realista que la única manera de poder consolidar el Estado militar que quiso imponer en la Costa Firme, garantizando el orden y la paz de lo reconquistado, era a través de un suministro constante de recursos materiales y humanos desde España.

Si bien la formidable fuerza militar de Morillo se impuso fácilmente sobre las escasas partidas de guerrilleros republicanos en Cumaná y Marga-

---

56 Rodríguez Villa, *Don Pablo Morillo, Primer Conde de Cartagena, Marqués de la Puerta, Teniente General de los Ejércitos Nacionales (1778-1837). Resumen de su Vida,* misiva del general Morillo al ministro de la Guerra, Cuartel General de Santa Fe, 31 de mayo de 1816, pp. 82-83.

rita en el mismo momento de su arribo, no por ello logró el apresamiento de sus principales líderes, que encontraron refugio en las islas extranjeras vecinas. La insurrección solo había sido apaciguada, mas no acabada del todo.

El choque entre Morillo y las autoridades realistas en Venezuela fue frontal. Morillo desconfió de todos y creyó siempre que una gran mayoría de ellos había colaborado con los Gobiernos republicanos depuestos. A la mayoría los apartó de los principales órganos de dirección y su medida más espectacular, apenas llegó al país, fue la suspensión, en el mes de mayo, de la Real Audiencia, símbolo de la legalidad dentro de la sociedad colonial.

Don Salvador de Moxó, capitán general de Venezuela (1816)

Morillo tuvo muy poco tiempo para desarrollar una administración político-militar en el país. Esa misión la delegó en Salvador de Moxó, quien fue nombrado capitán general de Venezuela en detrimento de José Cevallos. Su ausencia del país tuvo consecuencias nefastas, ya que Moxó fue incapaz de hacerse respetar en el mando por los distintos jefes realistas provinciales y regionales que, en teoría, le debían obediencia.

Coro, Maracaibo y Guayana, ciudades cabezas de provincia, se mantuvieron realistas, como al comienzo del conflicto, pero muy poco se beneficiaron del arribo de la expedición. Cada una permaneció en un aislacionismo inerte y, ante el reclamo de sus autoridades para obtener un mayor reconocimiento y protagonismo por parte de las nuevas autoridades militares en Caracas, fueron ignorados. La restitución de la Capitanía General de Venezuela bajo el Gobierno del mariscal de campo don Salvador de Moxó no les ofreció ningún avance significativo en recuperar la normalidad, a la que todos aspiraron; por el contrario, su falta de liderazgo y lo errado de sus políticas permitieron que los «rebeldes» volvieran con renovados bríos a ocupar importantes espacios estratégicos dentro de Venezuela.

Moxó, hijo de un oficial del Ejército español, fue el encargado de hacer efectiva la dictadura militar mientras durara la ausencia de Morillo en la Nueva Granada, la cual se prolongó por espacio de año y medio. La semblanza de su persona corresponde a Level de Goda, fiscal de la Real Hacienda, en cuyas *Memorias* ofrece un retrato nada favorable de los principales jefes expedicionarios:

> Don Salvador de Moxó, catalán, militar de caballería, era rechoncho, de ojos algo brotados, tenía educación, era fino en su trato y mesa, cruel y muy disimulado, y en la pequeñez de su cuerpo no cabía la fogosidad de su genio, por lo cual se le salía el fuego al instante como Cevallos decía, y en su evaporación se atropellaba.[57]

La actuación de Moxó al frente del Gobierno de Venezuela no ha sido lo suficientemente documentada y se encuentra bajo la opinión de muchos de sus adversarios dentro del mismo campo realista como Level de Goda. Stoan considera, en su muy documentada obra sobre Morillo en Venezuela, que la elección de Moxó a la cabeza del Gobierno fue el más serio error cometido por «el Pacificador».[58]

Salvador de Moxó desplazó a Cevallos y Cajigal en el mando principal de Venezuela, luego que Morillo se marchó hacia Cartagena de Indias. El Gobierno militar empezó a funcionar con Moxó y sus resultados inmediatos fueron negativos ante la negligencia administrativa, política y militar de este jefe. La estructura de ese Gobierno[59] funcionó a través de Consejos de Guerra, que tenían como tareas las de velar por la disciplina militar en el Ejército, atender al delicado problema de las continuas deserciones, tratar los casos de traición y revisar los expedientes de los oficiales civiles y militares que, en el pasado, hubiesen colaborado con el enemigo y, en consecuencia, suspenderlos de sus funciones, como ocurrió en el caso del arzobispo de Caracas, Narciso Coll y Prat. De la misma forma, se procuró atender los casos criminales que antes le correspondían a la Real Audiencia y los tenientes de justicia, a través de medidas sumarias y ejecutivas sobre los bandidos y criminales que, aprovechándose del estado de anarquía en los últimos cinco años, habían actuado con una casi total impunidad.

El Tribunal de Apelaciones sustituyó a la Audiencia, suspendida por Morillo el 10 de junio de 1815 y sirvió para tratar judicialmente los casos civiles. Los magistrados suspendidos fueron: José Francisco Heredia, oriundo de Santo Domingo; Francisco de Paula Vilches; Ignacio Javier de Uce-

---

57 Level de Goda, A., «Antapadosis», *Boletín de la Academia Nacional de la Historia,* n.º 16, 1933, p. 564.

58 Stoan, *Pablo Morillo and Venezuela, 1815-1820,* p. 88.

59 La descripción exacta de esta estructura y organismos militares la ofrece detalladamente Stoan, *Pablo Morillo and Venezuela, 1815-1820,* pp. 75-87.

lay; Andrés Level de Goda; Cecilio Odoardo; Manuel García, y José Joaquín Maroto. La mayoría de ellos había mantenido un fuerte enfrentamiento contra muchas de las medidas de Monteverde, sobre todo cuando este decidió suspender la Real Audiencia en 1812. Para muchos realistas de «línea dura», estos magistrados eran sospechosos de simpatizar con algunos criollos por su propia condición de americanos. Para Morillo, las medidas basadas en la persuasión habían fracasado y se imponían otras de carácter excepcional a través del uso de la fuerza militar, hecho este que iba en contra de muchos de estos constitucionalistas promonárquicos.[60] El Tribunal de Apelaciones estuvo integrado por tres nuevos miembros: el doctor Tomás Hernández Sanabria, rector de la Universidad de Caracas, el doctor Juan Antonio Zárraga y el doctor José Reyes Piñal.

En una muy larga representación firmada por el gobernador y capitán general en comisión de Venezuela, Francisco de Montalvo, en los meses previos a la llegada de Morillo y su fuerza, reúne la opinión de los magistrados de la Real Audiencia restituida luego de la ocupación de Caracas por las fuerzas de Boves, en donde expresan sus puntos de vista sobre la situación del país. Todos ellos coinciden en que los trastornos del país se debieron, en buena medida, a la violación de la capitulación del año 1812 por parte de Domingo de Monteverde, lo cual trajo como consecuencia las persecuciones, encarcelamientos y fusilamientos sin reparar en las formas judiciales establecidas y sancionadas por la Real Audiencia. Desde entonces, la impunidad se convirtió en norma social y la acumulación de agravios se dirimió con la creación de facciones y partidos que, a través de la violencia, establecían su preponderancia:

> El Tribunal ha procurado acercarse a examinar los motivos que podían asistir al Capitán General, para una conducta tan extraordinaria, tan injusta, y tan impolítica, que tiene sobresaltados los pueblos, descontentas todas las familias; prófugos y errantes mil individuos que andan vagando de pueblo en pueblo, y de monte en monte huyendo de su feroz persecución, exaltado el espíritu de facción en todos los partidos, y ofendido y desautorizado a este Superior Tribunal, y no encuentra verdaderamente otros fundamentos que error y preocupación. Se equivocan las quejas y clamores de los oprimidos, y

60 Cuando Monteverde hizo reconocer la Constitución Liberal del año 1812, muchos venezolanos realistas amantes de la paz encontraron un instrumento político-legal que los justificaba.

> tal vez el resentimiento de los que el nuevo orden de cosas han perdido su consideración o su modo de vivir, con el espíritu de rebelión y de conspiraciones; *se quiere que repentinamente se cambie la opinión, las inclinaciones y los deseos de los que estaban empapados en los principios de la Democracia,* como si fuera posible que los errores del entendimiento se disiparen de otro modo que a fuerza de tiempo, de convencimiento y de dulzura.[61]

Las leyes y todo el ordenamiento jurídico de la colonia fueron violentados por las arbitrariedades de los jefes realistas que, desde los tiempos de Monteverde, actuaron sin tener ningún reparo en las autoridades legítimamente constituidas y el respeto a la institucionalidad. El caudillismo de cepa hispana renacía nuevamente ante la quiebra del Estado monárquico. La «Democracia» colonial, representada por el respeto y cumplimiento de normas y leyes sociales, quedó enterrada para siempre.

El Juzgado de Policía y la Junta de Secuestros estuvieron presididos por Moxó[62] y constituyeron los organismos más importantes de la dictadura militar. El primero funcionó a través de un Reglamento General de Policía, donde se instruyó a jefes y jueces militares encargados de asuntos que tenían que ver con el mantenimiento del orden público dentro de una sociedad en estado de guerra. Se prestó especial atención a los casos de traición, a la censura, el control y censo de la población, los permisos de circulación por el territorio, confiscación de propiedades, que tenían que ser remitidos a la Junta de Secuestros y al estímulo de la religión católica, entre tantas otras funciones. Moxó, jefe superior de Policía, designó, a su vez, a distintos jefes provinciales en Maracaibo, Barinas, Cumaná, Guayana y Margarita, para que cumplieran en la práctica las medidas de policía que las actuales circunstancias exigían. Todo esto puede parecer un contrasentido, ya que el país estaba libre de «rebeldes», pero los militares españoles arribaron al país como nuevos conquistadores, ignorando aspectos esenciales de la realidad americana y asumiendo la descabellada idea de que todo americano español era un potencial sospechoso de simpatizar con el republicanismo.

---

61 A. G. I., Caracas, 109, José Francisco Heredia, oidor decano de la Real Audiencia de Caracas, Puerto Rico, 25 de septiembre de 1813; relación dirigida al gobernador y capitán general en Comisión de Venezuela, don Francisco de Montalvo, y que este remitió a las autoridades peninsulares, 25 de noviembre de 1814, Santa Marta (la cursiva es nuestra).

62 Moxó fue quien se encargó de elaborar el Reglamento General de Policía, que fue dado a conocer públicamente el 19 de julio de 1815.

Moxó fue incapaz de usar el músculo militar con el tacto adecuado y sus desafueros muy pronto causaron indignación entre la mayor parte de la población civil, que representaba en ese momento una tercera posición, aunque pasiva y silenciosa, en el conflicto entre realistas y republicanos. La represión llevada a cabo por Moxó fue irreflexiva y costosa en términos políticos; de la misma manera que Monteverde, imaginó enemigos y conspiraciones que le surgían por todos lados, con lo cual justificaba sus medidas represivas. En noviembre de 1815, removió a los jefes Antonio Herráiz en Margarita, a Juan Cini en Cumaná y a Juan Bautista Pardo en Guayana, todos ellos bajo la sospecha de no acatar sus órdenes de imponer una línea dura en el trato a la población.

El dogmatismo se impuso entre los legionarios y, a través de la Junta de Purificaciones,[63] se pretendió actuar unidireccionalmente, restableciendo pautas de comportamiento características de una sociedad absolutista de pensamiento único, pero sin garantizar la defensa de los súbditos ante los abusos de autoridad que se empezaron a cometer con inusitada frecuencia. La justicia militar tuvo pocos dolientes y la represión sobre los republicanos llegó a una escalada nunca antes vista. Los actos de crueldad cometidos, en su mayoría, impunemente se justificaron bajo los argumentos tradicionales de estar combatiendo a traidores y sediciosos que atentaban contra el sagrado orden monárquico. Los jefes realistas españoles tuvieron un comportamiento que nos recuerda mucho a los de sus correligionarios en los Países Bajos, cuando tuvieron que enfrentar la rebelión de los flamencos y holandeses en el siglo XVI.

Moxó fue torpe y arrogante hasta con sus propios subalternos y naturales colaboradores. Don José Aloy fue ratificado por Morillo antes de su partida hacia Cartagena como subinspector de las obras de ingeniería de las provincias de Venezuela, pero, en una inspección conjunta con oficiales y jefes presididos por don José Cevallos, capitán general interino de Venezuela, y don Salvador Moxó, presidente de la Junta de Secuestros (Consejo Permanente) y comandante general de las tropas acantonadas en el país, este último ofendió la dignidad de aquel oficial al desautorizarlo públicamente acusándolo de sospechoso respecto a su probidad y lealtad con la

63 La Junta de Purificaciones es la misma Junta de Secuestros.

causa del rey. El incidente es narrado por el mismo agraviado de la siguiente manera:

> […] y llegando a las provisionales que se estaban ejecutando en el sitio llamado antiguamente Cantón de Capuchinos, preguntó el Sr. Moxó ¿quién está encargado de esta obra? Le contesté, yo; ¿y con qué orden? me volvió a preguntar; y le respondí, con la de las Ordenanzas. En el mismo acto y sin detenerse, como que ya lo tenía pensado, me repuso: Usted no puede entender en esto, pues está usted pendiente del Consejo Permanente hasta purificarse, y el Regimiento de la Unión se hará cargo de esta obra, a lo que reproduje: Si se me hubiera hecho saber a su debido tiempo y forma que yo debía purificarme, seguramente me hubiera abstenido del todo en las funciones de mi empleo.[64]

No fueron suficientes los numerosos reclamos en forma de cartas, representaciones y manifiestos que Aloy envió a sus superiores manifestando la incomodidad por el incidente, en que no solo se le ofendió en su dignidad humana y profesional, sino que se le apartó del empleo que, desde el año 1812, venía ejerciendo. En sus escritos, puso de manifiesto los alardes de prepotencia llevados a cabo por los jefes expedicionarios, que confundieron muchas veces a los leales al rey con los sediciosos, sin reparar en consideraciones sobre los sacrificios que los primeros habían hecho para mantener viva la causa española en la Tierra Firme. En el incidente también se puso de manifiesto que Moxó, a pesar de ostentar unas atribuciones subordinadas a Cevallos, capitán general en funciones, no iba a detenerse en formalidades de grado para hacer valer su jerarquía y preeminencia como legionario. Muy pronto Morillo, desde la Nueva Granada, le otorgaría el nombramiento de principal autoridad del país en detrimento de Cevallos que, una vez más, tuvo que retirarse a su feudo en Coro y evitar, con ello, un conflicto de competencias que sabía que de antemano le iba a ser adverso.[65]

---

64 S. H. M., José Aloy al señor comandante general interino del Real Cuerpo de Ingenieros del Ejército, mariscal de campo don Pedro Giraldo, Caracas, 18 de junio de 1815.

65 Cevallos, como capitán general interino de Caracas, no dejó de cuestionar en su momento las consecuencias nefastas que traerían las nuevas medidas, muy especialmente aquellas relacionadas con el embargo y secuestro de bienes. Pero su autoridad siempre estuvo menguada y fueron Moxó y Morillo quienes lo ofendieron entregándole un mando nominal evidentemente inefectivo en la realidad. El mismo Cevallos tuvo plena conciencia de ello y, haciéndose eco de las voces del partido antibelicista, llegó a señalar que, «Sin

Los reclamos de Aloy los dirigió a Cevallos como máxima autoridad del país, pero este fue incapaz de defenderlo y solo se pronunció en llevar el caso a Morillo. Las atribulaciones de Aloy se parecen mucho a las del arzobispo Narciso Coll y Prat y tantos otros realistas acusados de sospechosos y colaboracionistas de los republicanos cuando estuvieron al frente del Gobierno. Una auténtica «cacería de brujas» empezó a operar entre los mismos miembros del Partido Realista llevada a cabo por la Junta de Secuestros y los oficiales expedicionarios que, al igual que los comités de «Salvación Pública» de la Revolución francesa, persiguieron la más mínima falta u omisión de pureza ideológica en favor del régimen absolutista de Fernando VII. En la mejor tradición del Santo Oficio, se iniciaron las persecuciones sobre personas y sus bienes, alegando una razón de Estado para ello. Los abusos de autoridad y las arbitrariedades de los jefes al frente de la «Junta de Purificación» tocaron por igual a auténticos culpables como a gente inocente. Es por ello que mantener abierta a la Real Audiencia era un auténtico contrasentido. El estado de excepción de corte militar fue impuesto sobre Venezuela y, si bien se intentó recuperar el orden y la paz a través de medidas enérgicas, los responsables de acometer esa misión fueron negligentes. El remedio fue peor que la enfermedad y las escasas personas que todavía seguían creyendo de buena fe en la causa del rey se iban dando cuenta de que, desde la Corte en Madrid, no tenían la más mínima idea de la real problemática existente. Toda la estructura institucional de la colonia venezolana fue desmontada por otra de tipo militar y, con ello, se creyó que se podía ganar la guerra a los «rebeldes». La percepción sobre el problema de las sediciones americanas nunca fue debidamente atendida

---

embargo, digo, de que no paga el Real Erario un sueldo más innecesario que el mío, ni hay en toda la extensión de la monarquía, autoridad alguna más insignificante que la mía; no está en mi carácter desentenderme de males cuya trascendencia puede ser espantosa, y que de hecho afligen, exasperan y arruinan una población numerosa, imposibilitan la sincera reconciliación que S. M. quiere, y todo hombre sensato desea, y acrecienta visiblemente los odios, las enemistades, los rencores, y todas las pasiones que radican y propagan, en vez de exterminar el germen revolucionario, que ha desolado y despoblado esta productiva parte del Imperio Español», A. G. I., Caracas, 109, representación de José Cevallos donde «Manifiesta con razones poderosas los fatales resultados que pueden tener las providencias de la Junta Superior de Secuestros, que tienden directamente a disgustar los ánimos, y a que vacile, y aun peligre, la seguridad de estas provincias», dirigido al señor secretario de Estado y del Departamento Universal de Indias, Caracas, 1 de septiembre de 1815.

por la Corte de Madrid después de la restauración del absolutismo en el año 1814.

Pero, volviendo al escenario local venezolano y al incidente del subinspector de la Comandancia de Ingenieros de las Provincias de Venezuela, José Aloy, debemos decir que este caso ejemplifica el estado de confrontación y desconfianza entre los mismos partidarios del realismo, incapaces de reestructurar las cadenas de mando haciendo respetar las jerarquías a través del cumplimiento de las normas y leyes, sean estas civiles o militares. La incapacidad de los líderes y jefes en dar el buen ejemplo a través de comportamientos intachables al frente de las funciones públicas y de Estado que se les encomendó terminó por derrumbar todo el crédito que, en un principio, tuvo esta formidable fuerza en la esperanza de todos los realistas en Venezuela.

Aloy no tardó en justificar buena parte de su defensa en el incumplimiento de las normas y leyes establecidas por parte del mismo Moxó, quien se asumió con las facultades de un dictador tropical. A la aspiración de Moxó de ser obedecido como «Suprema Autoridad», Aloy y muchos otros funcionarios realistas vejados por este respondieron que:

> Ni Aloy ni esta Comandancia reconocen otra Suprema Autoridad que la del Rey nuestro Sr. Don Fernando VII, y si supiera yo que el Excelentísimo Señor de Morillo asentía a la escandalosa cuanto criminal proposición del Sr. De Moxó, no aguardaría licencia de nadie para huir de esta intrusa e informe Soberanía.[66]

La Junta de Secuestros, también conocida como Tribunal de Infidencias, Secuestros y Purificaciones, fue quizá el tribunal al que Moxó prestó más atención de todos los creados por la nueva administración militar y que presidió personalmente. La guerra venezolana tenía que ser financiada con los propios recursos internos y había que obtenerlos a como diera lugar y, además, muy pronto se demostró que el interés de Moxó no solo era el inherente a su función como gobernante probo que cumple determinadas órdenes de su jefe superior, Morillo, sino que se aprovechó de su alta posición para lucrarse indebidamente.

---

66 S. H. M., José Aloy, comandante de ingenieros de Venezuela al señor ingeniero general de los Reales Ejércitos, Plazas y Fortalezas, don Joaquín Blake, Caracas, 24 de octubre de 1815.

La Junta de Secuestros

La creación de la Junta de Secuestros se propuso legitimar y legalizar lo que se venía haciendo a través del saqueo y otros procedimientos arbitrarios, a pesar de las resistencias, muy loables, de algunos intendentes y otras autoridades civiles que seguían creyendo en el respeto de los procedimientos dentro de la Administración civil. Las acciones de esta Junta de Secuestros fueron repudiadas por la mayoría de la población realista, que ya conocía este tipo de acciones desde los tiempos de Monteverde:

> Uno de los indicados decretos que produjo las más fatales consecuencias, fue el de secuestros, por el cual se ponía a los infinitos comprometidos en precisión de hacer los últimos esfuerzos para derribar un gobierno que les privaba de los medios de subsistencia. No fue esta providencia menos fatal que lo había sido en tiempo del general Monteverde.[67]

El secuestro de bienes y propiedades por parte del Estado militar adquirió muy pronto carta de naturaleza propia ante el descalabro del aparato productivo y los muchos exiliados que tomaron las previsiones mínimas para huir con sus principales caudales hacia las islas extranjeras. El saqueo y secuestro de bienes y propiedades que se venía practicando indiscriminadamente por los dos bandos en conflicto fue regularizado como consecuencia de la penuria fiscal, el empobrecimiento del territorio y las evidentes dificultades en el abastecimiento.

Salvador de Moxó: ¿funcionario corrupto?

El dinero fue una obsesión para este jefe militar de caballería, que llegó a ostentar el muy lúcido título de mariscal de campo, otorgado por Fernando VII el 27 de junio de 1815. Level de Goda ofrece, en sus *Memorias,* el siguiente suceso, que bien expresa el clima de anarquía que generó el despotismo militar:

> Pero no contento este expedicionario con tener a su disposición los inmensos caudales de secuestros, sobre cuya materia jamás le dije una palabra porque conocí muy a fondo su desmesura de codicia, intentó robar 200 mil

67 Torrente, *Historia de la revolución Hispanoamericana,* p. 254.

> pesos al pueblo y provincia de Caracas, sobre 230 mil que había ya este contribuido en dos empréstitos antes de mi llegada. Para el arreglo del robo citó al intendente interino Don José Joaquín de Yarza, al prior del consulado Don Sebastián Fernández de León y a mí. Pregunté a Moxó antes de todo si los militares no contribuirían también en proporción de sus sueldos, pues ellos no eran distintos del pueblo español, ni allí se trataba de un pecho, capitación ni sisa, sino de un empréstito. Echó Moxó fuego por los ojos, y arredrados los demás no siguieron mi voto, venciendo la pluralidad que decidió por el empréstito y deber todos contribuir menos los militares.[68]

No está de más decir que el atrevimiento de Level de Goda fue pagado con el arresto y confinamiento en la ciudad-fortaleza de Puerto Cabello.

En la *Gaceta de Caracas* del miércoles 28 de junio de 1815, aparece todo el proyecto de la Junta de Secuestros para recaudar 100 000 y más pesos sobre las haciendas arrendadas y los bienes que se secuestrarían. Un buen ejemplo de la manera en que la Junta de Secuestros procedió es el siguiente:

> Demostración del Proyecto. Importan los arrendamientos de las haciendas en los cuatro años doscientos setenta y dos mil quinientos ochenta y un pesos, cuya cuarta parte para el plazo del primer año (que ahora debe ser en fin de agosto de 1815, corriente) es 68 145,2. Más cuatro mil seiscientos noventa y cuatro pesos, cuatro reales, otro tanto de igual cantidad, a que ascienden los arrendamientos que llegan a 250 pesos exclusive: 4694,4. Más nueve mil seiscientos treinta y cuatro pesos, seis reales, mitad de 19 269 pesos cuatro reales, a que ascienden los arrendamientos que están entre 250 pesos inclusive, y 1000 exclusive: 9634,6. Más seis mil veintiún pesos, cuatro y medio reales, cuarta parte de 24 386 pesos 2 reales, a que ascienden los arrendamientos que están entre 1000 pesos inclusive, y 2000 exclusive: 6021,4 ½ .[69]

Y así hasta completar la suma de 90 476, 5/2, pesos. Lo primero que nos debe llamar la atención es la premura con que las autoridades realistas se impusieron a sí mismas la tarea recaudadora sobre una población en condiciones de pobreza. Un ejército sin recursos como el realista en la Costa Firme apeló a todas las medidas a su alcance para poder mantenerse en pie de combate y cumplir con los objetivos militares que, desde Madrid,

---

68 Level de Goda, A., «Memorias de Level de Goda», *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), t. xv, n.º 59, julio-septiembre de 1932, p. 183.

69 «Proyecto de cien mil y más pesos realizables en agosto de 1815 sobre las haciendas arrendadas y en administración del ramo de Secuestros», *Gaceta de Caracas,* miércoles 28 de junio de 1815.

se le impusieron. Pero el dolo y la malversación de esos recursos, obtenidos bajo amenaza y persecución, en una muy buena parte fueron a parar a manos inescrupulosas que aprovecharon sus relaciones y ventajas al lado del poder. A la larga, los recursos en una importante proporción fueron recaudados, pero su rápida dilapidación en objetivos distintos a los que, en un principio, se propuso hizo fracasar por completo a la intendencia militar realista en la Costa Firme.

Las críticas sobre las actuaciones de la Junta de Secuestros y el Gobierno militar que presidió Salvador de Moxó fueron expresadas valientemente por el decano de la Real Audiencia de Caracas, don José Francisco Heredia, al señalar el atropello a la legalidad que se hizo a través de los nuevos tribunales militares que usurparon las funciones y trabajos de los civiles. No dudó en considerar que los recién llegados jefes realistas practicaron el abuso de la autoridad y el desprecio a las leyes coloniales que antes existieron; igualmente advirtió la anomalía de la estructura y cadena de mando en el momento en que existió un evidente conflicto de competencias y autoridad entre el brigadier don José Cevallos, capitán general de Venezuela interino por la ausencia de su propietario, el general don Pablo Morillo y el brigadier don Salvador de Moxó, jefe de la Primera División del Ejército Expedicionario, quien fue el que ejerció el mando efectivo sobre las tropas acantonadas en el país y a quien Morillo delegó la responsabilidad de hacer efectivo el Gobierno militar. Para Heredia y muchos otros civiles, el Gobierno militar impuesto por los expedicionarios representó una auténtica revolución que, en vez de solucionar el estado de anarquía preexistente, vino a profundizarlo más. El deseo de Heredia como funcionario de la monarquía no es otro que la restitución del «imperio de las leyes» en todos los ramos de la sociedad y la restitución en la unidad del mando.[70]

Xavier de Uzelay, al igual que otros funcionarios como Heredia, quedó afectado por la medida que llevó al cierre de la Real Audiencia de Caracas apenas Morillo tocó el suelo venezolano. Para el magistrado Uzelay, el espíritu de algunos de los artículos del Plan de Gobierno de la Junta de Secuestros

---

70 A. G. I., Caracas, 109, representación del decano de la Real Audiencia don José Francisco Heredia al señor secretario de Estado y del Despacho Universal de Indias, Caracas, 24 de julio de 1815.

> […] no parece pensamiento del siglo XIX, sino del tiempo de las proscripciones de Mario y Sila, ni menos es compatible con la sabiduría, profunda política y suave justicia que tanto ilustra al sistema de Legislación de nuestra España. Por otra parte no puedo menos de insinuar a V. E. que me lleno de una justa indignación contra su autor al considerar que este mismo no ignora que durante la revolución sus jefes obligaban a tomar las armas bajo pena de la vida; que esto no quedaba en mera amenaza, sino que hubo innumerables víctimas de la resistencia pasadas por las armas inmediatamente.[71]

Estos hombres se sintieron indignados por causa del desprecio con que los principales jefes militares realistas trataron a las instituciones encargadas de velar por el orden y la paz social. Uzelay reafirmó esta opinión señalando la despótica actitud de Morales de la siguiente forma:

> Don Francisco Tomás Morales que con la simple investidura de mero aventurero acababa de concluir la pacificación de las Provincias de Barcelona y Cumaná temía con fundamento los resultados de su guerra de cosacos, y su crasísima ignorancia siempre ha creído que todo Tribunal de justicia en estas Provincias es inútil, y aun perjudicial, debiendo ser destruidos los insurgentes como él dice con la bayoneta y la lanza sin ensuciar papel.[72]

La violencia sustituyó la tendencia contractual que, mal que bien, imperó en el mundo civil colonial. La legitimación del poder político que siempre recayó en el monarca fue traspasada desde el mundo civil al militar. Y estos, al tratar con súbditos rebeldes, vinieron con la clara misión de reprimirlos y castigarlos por la fuerza. Morillo, Moxó, La Torre y Morales representaron a un rey ausente y lejano incapaz de mediar positivamente en la más atroz guerra de exterminio.[73]

Las medidas impopulares y arbitrarias que aplicó Salvador de Moxó no tardaron en pasarle factura a la causa realista en Venezuela. Su Gobierno

---

71 A. G. I., Caracas, 109, representación de don Ignacio Xavier de Uzelay al Exmo. Señor Secretario de Estado y del Despacho Universal de Indias, Puerto Cabello, 3 de julio de 1815.

72 Ib.

73 La guerra es el estado natural de la humanidad de acuerdo con el escritor e historiador estadounidense Victor Davis Hanson, idea que sirve de eje central a su libro *Matanza y cultura: Batallas decisivas en el auge de la Civilización Occidental* (2004), que ha servido para justificar a muchos líderes estadounidenses como George W. Bush y Dick Cheney en el ataque a Irak (2003). Los grandes líderes de las principales potencias en la historia saben que el «mal» debe ser encarado y vencido y que las visiones utópicas de paz mundial no pueden engañarlos.

policíaco careció de benignidad y su inexperiencia militar la pagó cara, al ser incapaz de actuar sobre el mismo terreno de los acontecimientos militares. Morillo lo acusó ante las autoridades peninsulares de ser un militar de gabinete negligente en el mando. Esto último ha podido ser corroborado por nosotros luego de la lectura de su *Memoria Militar sobre los Acontecimientos de Guayana, una de las Provincias de Venezuela, que el Capitán General de ellas y Presidente de su Real Audiencia, Mariscal de Campo Don Salvador de Moxó, presenta al Exmo. Sr. Secretario de Estado y del Despacho Universal de la Guerra.*[74]

Publicado por Moxó en la isla de Puerto Rico en el año 1817 luego de su súbita e inesperada huida de Venezuela, en este documento, Moxó, al igual que han hecho otros jefes y personas dentro del realismo, se dedicó a ofrecer su particular visión de los hechos que, bajo su mando, habían ocurrido en Venezuela tratando de autojustificarse.

Entre los aspectos más significativos que aborda esta *Memoria,* se encuentran una valoración estratégica del espacio y regiones de Venezuela, destacando especialmente el importante enclave de Guayana; las rivalidades y desavenencias entre los distintos jefes realistas, que prácticamente actuaron con autonomía respecto a la autoridad de Moxó, destacando la insubordinación de los brigadieres Francisco Tomás Morales y Pascual Real; la acusación de Moxó hacia Morillo, al señalar que este lo había abandonado en los momentos críticos de la contraofensiva republicana del año 1816-1817 en Margarita, Ocumare, Cumaná, Barcelona, Barinas y Guayana; ofensivas estas llevadas a cabo por Arismendi, Bolívar, Mariño, Monagas y Piar. Además, señaló que los auxilios que solicitó de la Nueva Granada nunca llegaron y, sobre todo, se atrevió a acusar las medidas antimilitares adoptadas por Morillo sobre Venezuela al subestimar las partidas de guerrilleros como las de Zaraza y Cedeño, que pronto aumentaron en número.

---

74 Importante representación que hemos podido ubicar en el Archivo del Servicio Histórico Militar en su sede de Segovia. Hay que hacer notar que, en dicho reservorio documental, solo se encuentran las hojas de servicio de Morillo y Moxó como jefes ilustres dentro del Ejército español, omitiéndose los nombres de otros importantes jefes y militares, cuya valía en los campos de batalla fue más significativa que los títulos nobiliarios y propios de la aristocracia que pudieron haber ostentado.

Según Moxó, las tropas que Morillo dejó acantonadas en el país fueron

> […] tres escuadrones de la Unión, una compañía de Barbastro, 50 hombres pertenecientes al ejército que había en el país, y algunos artilleros y zapadores, en la isla de Margarita; a dos compañías también de Barbastro en la capital de Guayana, otras cuatro en Cumaná y costa de Güiria; una del regimiento Castilla en Puerto Cabello, el resto de este cuerpo, exceptuando la compañía de cazadores y un escuadrón de húsares en Calabozo, Valles de Aragua y Valencia; y el regimiento de la Unión, fuera también de la compañía de cazadores, en Caracas y la Guaira.[75]

Desde el punto de vista de Moxó, esas fuerzas fueron insuficientes, en el orden de 3200 soldados, para atender un país tan inmenso, con una población repartida entre las distintas provincias de 600 000 habitantes y con unos contrastes geográficos tan marcados. Moxó nunca fue capaz de ponerse al frente de sus fuerzas y dirigir personalmente sobre el terreno ninguna de las campañas que encomendó a sus subalternos. Fue, en realidad, un burócrata.

En junio de 1815, la rica provincia de Guayana fue atacada por las fuerzas republicanas que, en desbandada, huían derrotadas luego de los descalabros en Urica y Maturín; unos novecientos hombres mal armados se dirigieron hacia el sur del territorio donde está el Orinoco buscando aprovechar lo inhóspito y accidentado del terreno para escapar de las fuerzas realistas que los hostigaban; otros, como don Vicente Sucre, al mando de 300 hombres, pudieron huir hacia la isla de Trinidad bajo el control de los ingleses.

Moxó ordenó a Gorrín y su columna del Regimiento de Infantería de Barbastro, quienes estaban operando en Barcelona y Cumaná, evitar los progresos del enemigo.[76] Las escasas fuerzas realistas que acompañaron al

---

75 S. H. M. (Segovia), *Memoria Militar sobre los Acontecimientos de Guayana, una de las Provincias de Venezuela, que el Capitán General de ellas y Presidente de su Real Audiencia, Mariscal de Campo Don Salvador de Moxó, presenta al Exmo. Sr. Secretario de Estado y del Despacho Universal de la Guerra, Puerto Rico,* 1817, p. 5.

76 Muy pronto, los veteranos españoles experimentaron la rudeza de la guerra en Venezuela. Algunos hombres del Batallón de Barbastro, persiguiendo a los rebeldes hasta Cumanacoa, en las afueras de Cumaná, fueron sorprendidos en una emboscada; según el parte realista que hemos consultado, un grupo de insurgentes compuesto por zambos,

brigadier Gorrín hasta Guayana, donde las autoridades ya habían adelantado los preparativos para la defensa de tan importante plaza, tuvieron algunas escaramuzas que no decidieron nada, pero fueron suficientes para informar a Caracas del éxito en el cumplimiento de las órdenes. El nuevo gobernador de Guayana enviado allí expresamente por orden de Morillo era don Nicolás María Ceruti, quien arribó con solo 200 hombres de refuerzo y, muy pronto, se aprestó a reforzar los bastiones defensivos ante la inminente invasión de los republicanos. Los guayaneses partidarios de la causa real se sintieron, por lo demás, abandonados y aislados por un enemigo cada vez más amenazante y unas distancias gigantescas para poder sentirse resguardados por las más importantes unidades militares de Moxó acantonadas en el oriente y centro del país. El testimonio de Surroca y Montó, capitán de Milicias, es invalorable para darnos cuenta de la difícil situación, para ese momento, entre las filas realistas en Guayana, haciendo mención sobre las acciones llevadas a cabo por el nuevo gobernador:

> Convocó nueva junta de comerciantes y vecinos, a los cuales hizo presente la situación en que se hallaba, les dijo que cuando el General en Jefe le hizo marchar con tan pequeño destacamento no sabía que hubiese partida alguna de rebeldes capaz para invadir la provincia; y que con la tropa y paisanos que estaban sobre las armas no podría hacer más que sostener el sitio que sin duda pondrían a la capital, que sostendría a toda costa.
>
> Les dijo también que la columna volante al cargo de Don Manuel Gorrín había venido con él hasta la villa del Pao, la cual tenía orden de recorrer los llanos de Barcelona, y costas del Orinoco; y que si la Junta quisiese lo mandaría llamar que sin duda vendría y batiría a los enemigos, mayormente si se les prometía dar un vestido porque estaba enteramente desnuda; a todo lo cual se conformó la Junta y enseguida se despachó un expreso a Gorrín para que viniese lo más pronto posible […].[77]

---

mulatos y negros de no más de veinte hombres logró asesinar a 50 españoles y al refuerzo de 30 soldados con sus oficiales que partieron en su ayuda. «Estos terrenos no son tan despejados como los de Europa, son sumamente escabrosos, montuosos, y escasos de recursos, grande la despoblación, y más grande el odio que nos profesan», José Mariano Aloy, comandante de ingenieros de Venezuela al comandante general del Real Cuerpo de Ingenieros del Ejército en Madrid, don Pedro Giraldo, Caracas, 4 de agosto de 1815.

77 Surroca y Montó, *Relación histórica de los sucesos políticos y militares de la Provincia de Guayana, una de las de Venezuela, desde los principios de las convulsiones de 1810, hasta el de 1817 en que fue su general emigración; en la cual se insertan algunos particulares referentes a la Revolución de la Costa Firme, hasta julio de 1821, Madrid, 1821,* pp. 198-200.

La ventaja en mantener el emporio de Guayana bajo control realista era esencial por la abundancia de ganado y caballos que había en la zona, permitiendo el abastecimiento de las partidas realistas que operaban en las cercanías. Igualmente, era muy atractivo poder ocupar las distintas misiones dirigidas por órdenes religiosas, como la de los capuchinos en el Caroní, cuya productividad generadora de riqueza era conocida por todos.

Muchos soldados de las fuerzas rebeldes del caudillo Monagas desertaron ante la presencia de Gorrín y pasaron a engrosar las fuerzas de este.[78] Pero no vaya a pensarse que las bandas de guerrilleros se habían acabado en la zona; al contrario, desde entonces, nuevos jefes como Cedeño y Piar se incorporaron a la lucha y se propusieron llevar a cabo una guerra de guerrillas que pudiese desgastar al enemigo y quitarle el control de las principales rutas de abastecimiento. Desde entonces, Guayana y sus ricas misiones fueron el objetivo militar más importante para los republicanos por todas las ventajas que esto les podía deparar en un futuro cercano. El mismo Bolívar tuvo que rendirse a la evidencia; luego de su fracasada invasión por Ocumare de la Costa en los primeros meses del año 1816, reorientó sus objetivos militares en la toma y ocupación de Guayana para, desde allí, lanzar oleadas sucesivas de soldados en contra de Morillo.

Guayana estaba condenada a perecer, debido a su aislamiento geográfico y por la ineptitud de Moxó, quien fue incapaz de combatir sobre el terreno las partidas rebeldes al sur del Orinoco. Morillo, a su vez, nada podía hacer porque estaba en el territorio de la Nueva Granada. Y Gorrín, si bien tuvo un éxito parcial, no fue capaz de consolidar la victoria, prefiriendo marcharse lejos a cualquier lugar distante, para que Moxó no le pudiese mandar.

Antes del arribo de las fuerzas del coronel don Salvador Gorrín, el 16 de junio de 1815, con un contingente de 800 hombres de caballería y 400 de infantería, ya se había dado comienzo al segundo sitio de Guayana llevado a cabo por Monagas y Cedeño. Afortunadamente, los bastiones realistas eran prácticamente inexpugnables y solo la privación de recursos

---

78 S. H. M., representación de José Mariano Aloy, comandante de ingenieros de Venezuela al comandante general del Real Cuerpo de Ingenieros del Ejército, don Pedro Giraldo, en Madrid, Caracas, 1 de agosto de 1815.

provenientes del exterior podía hacerles claudicar tras un largo asedio. Es por ello que, al arribo de la fuerza de Gorrín, los jefes decidieron romper el sitio enfrentando a los atacantes a campo abierto en una serie de combates cortos y feroces que, finalmente, fueron favorables a los realistas. Los hombres de Gorrín, en vez de perseguir a quienes huían de la derrota, se dedicaron a la lucrativa práctica del saqueo, actividad ya convertida en algo usual. Gorrín y sus hombres prácticamente se cobraron los servicios militares que ofrecieron a los guayaneses:

> Varias partidas de Gorrín que en otras direcciones fueron a perseguir a los fugitivos, en lugar de cumplir su obligación se ocuparon en coger ganado vacuno y mular, pretextando que era de los insurgentes por lo que se lo querían vender a su gusto, de modo que los dueños se presentaron al Gobernador en reclamación de tales excesos, y para contenerlos dijo a Gorrín que ya podía pasar al Orinoco y cumplir las instrucciones del General Morillo, dándole para el efecto además de los trescientos caballos de los Misioneros hasta el completo de mil y doscientos entre los cuales había algunas mulas, pues que todos los animales que él trajo estaban de tal modo estropeados que murieron la mayor parte en un potrero que de ellos se formó, en la sabana.[79]

Un mes y medio tardaron en llegar a Moxó en Caracas los resultados de las acciones llevadas a cabo por Gorrín en Guayana y sus alrededores. El capitán general se lamentó constantemente de la desinformación y la insubordinación a la que estuvo sometido por parte de una gran mayoría de sus oficiales, entre ellos el propio Gorrín:

> […] V. E. sin embargo no debe extrañar esta conducta de Gorrín, sabiendo que es una criatura de Boves y Morales, cuyos principios elementales en la pacificación de Venezuela han sido el exterminio, el terror, la insubordinación y cuanto ha podido contribuir a la destrucción, no a la conservación.[80]

Desde la insubordinación de Monteverde, «alzándose» con el mando absoluto de la Capitanía General de Venezuela en 1812, los militares realistas se enfrentaron entre sí. Los conflictos entre ellos afectaron a la eficacia del ejército y contribuyeron, de manera determinante, al triunfo republicano.

---

79 Surroca y Montó, *Relación histórica de los sucesos políticos y militares de la Provincia de Guayana, una de las de Venezuela, desde los principios de las convulsiones de 1810, hasta el de 1817 en que fue su general emigración; en la cual se insertan algunos particulares referentes a la Revolución de la Costa Firme, hasta julio de 1821, Madrid, 1821,* p. 209.

80 Ib., p. 6.

Esta relajación de la disciplina y el respeto a la jerarquía en la cadena de mando llevaron a la disidencia y la traición muchas veces, y todo ello como consecuencia de la envidia y los celos entre unos y otros pero, sobre todo, por el vacío de poder y autoridad existente en el país, que ofreció la sensación de que todo era posible para cada jefe en su búsqueda de prestigio, enriquecimiento y gloria personal a través de la guerra.

Salvo el período en que Morillo fue el máximo jefe político militar, entre los años 1817 y 1819, puede considerarse que el Ejército realista en Venezuela actuó con la adecuada disciplina militar que se le exige, como mínimo, a unas fuerzas armadas organizadas en representación del Estado monárquico español. Los Monteverde, Boves, Antoñanzas y Morales tuvieron que ceder momentáneamente al celo militar de don Pablo Morillo, jefe indiscutido, que supo imponer su jerarquía mientras duró su estancia en la Costa Firme.

Los recelos entre los oficiales también se extendieron hasta las mismas unidades y regimientos, siendo famosa la rivalidad entre los cuerpos de infantería y caballería. Los regimientos del Valençay intentaron linchar al ligero del Hostalrich por su vergonzosa y cobarde acción en la decisiva batalla de Carabobo en junio de 1821.

A muy pocos oficiales se les pudo aplicar un régimen disciplinario que pusiese fin a sus tropelías y abusos; a pesar de sus actos crueles y censurables, eran necesarios para mantener viva la causa realista en una guerra completamente deshumanizada, donde la escasez de oficiales era un problema evidente. A Morales y a Pascual Real Morillo los llevó a la cárcel, luego de formárseles un largo expediente por conductas impropias dentro del Ejército, pero, ante la necesidad de sus servicios, se les evitó ser sancionados. Al terrible coronel expedicionario Aldama, jefe realista en Cumaná y Barcelona, que llevó el terror a la población civil, Morillo tuvo que apartarlo del mando haciendo que regresara a la Península. La honorabilidad del soldado español quiso ser defendida por jefes como Morillo y La Torre ante los desmanes de la gran mayoría de la oficialidad, que enloqueció con el olor de la sangre. Soldados como el capitán Rafael Sevilla colocan de por medio el buen comportamiento del soldado español en su trato con la población civil:

> Aunque no es menester hacer esta clase de recomendaciones a honrados soldados españoles, no estará de más que os advierta que no he de consentir que nadie dirija una palabra atrevida a una mujer, que nadie se acerque a

> ninguna de estas felices familias sin mi permiso, que nadie toque ni una fruta, ni un ave casera. Quiero que en ningún tiempo pueda decirse, por culpa mía, que el ejército español haya ultrajado, ni vejado, ni apropiado a un solo americano que viva en paz, dedicado a sus tareas cotidianas.[81]

Solo diremos que estos casos aislados de conductas moralmente acordes con valores y principios de respeto y humanidad hacia el otro fueron muy pocos frecuentes.

Moxó tuvo conocimiento, a través de Morillo, de los preparativos de guerra que hacían los republicanos en el Caribe, pero fue, en el oriente del país en los meses finales del año 1815, cuando comenzó la arremetida republicana. Arismendi se sublevó en Margarita y logró tomar importantes puntos estratégicos, robándole la iniciativa a las fuerzas realistas acantonadas allí. Moxó envió a los jefes Juan Bautista Pardo, Juan Gabaso y Salvador Gorrín a reforzar a Urreistieta. Los combates por mar y tierra fueron sangrientos aunque favorables, en última instancia, a las fuerzas de Arismendi. Margarita se había convertido en la tumba de los cuerpos militares realistas, que eran enviados desde la costa a luchar sobre un terreno árido y extremadamente caluroso y seco, donde la falta de agua potable y de víveres adecuados hizo colapsar la capacidad operativa de las fuerzas españolas. En cambio, los soldados de Arismendi, perfectos conocedores del terreno, supieron explotar esta circunstancia para sorprender a sus enemigos. La lucha giró en torno al control de las principales fortalezas y bastiones construidos en la isla, sobre todo los ubicados en la ciudad de La Asunción. La guerra en Margarita logró estancarse y el terreno tuvo que ser compartido por ambas fuerzas. Ninguno era capaz, en ese momento, de imponerse a su adversario. Los realistas confiaron en sus fuerzas navales para establecer un puente de suministros desde el continente y evitar que los enemigos obtuviesen algún tipo de ayuda. Pero esto tampoco pudo lograrse, ya que las naves corsarias republicanas cada vez se volvían más osadas en desafiar abiertamente los pocos barcos realistas que operaban en la zona. El año 1816 demostró que la causa republicana estaba viva y que las fuerzas realistas que Moxó comandaba eran insuficientes para sofocar los distintos alzamientos en Margarita, Cumaná, Apure y Guayana.

---

81 Sevilla, *Memorias de un Oficial del Ejército Español (Campañas contra Bolívar y los separatistas de América),* p. 85.

El brigadier don Juan Bautista Pardo fue el encargado de dirigir las operaciones realistas en el oriente del país y, muy pronto, tuvo que rendirse a la evidencia de que sus fuerzas eran incapaces de contener a un enemigo móvil y diestro en el conocimiento de todos los secretos del terreno en que operaba. Pardo enfrentó a Bolívar en Margarita y dispuso un eje defensivo en torno a los poblados de Pampatar y Porlamar. En ese entonces, va a ocurrir un hecho curioso entre Pardo y Bolívar, cuando el jefe republicano le escribe al realista su intención de poner fin a la «Guerra a Muerte» que, hasta entonces, ambos beligerantes venían practicando.

Pardo le contestó en los siguientes términos:

> El sanguinario Arismendi, este ingrato con otros muchos de su jaez que le circuyen han sido y son el principal origen de la desolación de América, no la tiranía del Gobierno español, como injustamente se le quiere atribuir; él ha sacrificado a millares de víctimas a su frenético furor, y los Ejércitos del Rey en tales casos han tenido que usar de justas represalias. Esta conducta que es la de las Naciones civilizadas seguiré yo siempre. Si habéis hecho cesar la Guerra a Muerte, la Guarnición de mi mando en los ejércitos del Rey jamás la han declarado, y en esta parte, nada tendré que innovar, si vuestra conducta a ello no diere margen, y entre los que os rodean tenéis testimonios auténticos de esta verdad.[82]

El dispositivo militar que intentó imponer Moxó sobre Venezuela fue insuficiente. A lo largo del año 1816, el país se le fue incendiando por diversos puntos y lo dilatado de los espacios y las distancias atentaron contra una eficaz concentración de tropas que hubiesen podido someter la insurgencia republicana. Mientras Morillo prácticamente estaba llevando a cabo un paseo triunfante sobre la Nueva Granada, en Venezuela, las cosas eran opuestas para el realismo. Moxó vivió encerrado en Caracas y los jefes realistas provinciales muy pocas veces le hicieron caso a unas lejanas órdenes que desconocieron, por provenir de un superior a quien consideraron distante y odioso por sus alardes aristocráticos y una evidente falta de valor en ponerse al frente de sus tropas. La desesperación afectó a Moxó y un sentimiento de derrota lo invadió. Al recibir las noticias sobre el alzamiento de Arismendi en Margarita en diciembre de 1815

---

82 S. H. M., M. G., caja 120, Ejército Expedicionario, *Boletín* N.ro 36, Cuartel General de Santa Fe, 14 de septiembre de 1816, contestación de Juan Bautista Pardo a Simón Bolívar, Puerto de Pampatar, 18 de mayo de 1816.

y el desembarco de la expedición armada de Bolívar en Ocumare de la Costa el 6 de julio de 1816, solo atinó a deportar de la ciudad de Caracas a más de cinco mil personas, por considerarlas sospechosas de simpatizar con los «rebeldes».[83]

Moxó intentó justificar su ineptitud acusando a sus propios subalternos de negligentes y descargando la responsabilidad de sus propios fracasos en otros. Su opinión sobre el gobernador interino de Guayana, Ceruti, es como sigue:

> Finalmente; por cualquier lado que se considere la conducta del gobernador interino de Guayana, siempre fue criminal por su morosidad. Desobedeció mis repetidas órdenes; y dejó pasar en la inacción la estación del año más favorable para obrar.[84]

Y, ante los reclamos de Morillo de que Moxó lograse el sometimiento de las partidas enemigas por disponer de suficientes y superiores fuerzas para ello, este le contesta, altanero, que está desinformado y que carece bajo su mando de las fuerzas adecuadas para lograr ese cometido.

Este es el cuadro que pintó Salvador de Moxó, máximo responsable militar y político de todas las provincias de Venezuela, antes de su huida del país:

> Las ocurrencias de Margarita para esta fecha eran cada día más desagradables. La noticia de la expedición de Bolívar se hacía cada vez más verosímil. Los recursos se agotaban considerablemente, al paso que los gastos crecían. Los buques de guerra ofrecidos por el general en jefe no aparecían por aquellos mares. Las fuerzas de infantería tampoco, hasta que con fecha de 3 de abril remitió S. E. desde Ocaña, al brigadier Don Francisco Tomás Morales con 160 hombres a socorrer las provincias de Venezuela. Todo en fin parecía conspirarse contra su conservación y seguridad.[85]

En otra *Memoria* que Moxó publicó en 1818 sobre la pérdida de la isla de Margarita, también abunda en disculpas y hace su propia apología. Pero la gallarda conducta que este jefe quiso pintar a sus superiores en la Corte madrileña, donde tuvo importantes apoyos y relaciones por sus nexos aris-

---

83 Véase Stoan, *Pablo Morillo and Venezuela, 1815-1820,* pp. 88-89.
84 Ib., p. 22.
85 Ib., p. 21.

tocráticos, quedó completamente desdibujada por el inesperado abandono que hizo del país antes de la llegada de Morillo.

Dos grandes objetivos se le encomendaron a Moxó y, en ambos, fracasó: por un lado, restaurar el Antiguo Régimen sobre Venezuela a través de un Gobierno militar carente de dinero e impopular entre la opinión pública, y mantener libre a Venezuela de «rebeldes».[86] Su inflexibilidad y crueldad lo llevaron al desastre, permitiendo que la causa republicana renaciera nuevamente con mayores bríos.

Moxó huye de Venezuela

Uno de los hechos más controvertidos en la historia del realismo en Venezuela fue la deserción de Moxó en julio de 1817, evitando todo contacto con Morillo, quien se aprestaba a regresar para retomar el mando absoluto. Morillo reprochó a Moxó su falta de actividad, acusándolo de ser el responsable de que la insurgencia republicana hubiese ganado nuevos espacios en el país. Quien mejor ofrece una explicación sobre este incidente, aunque a manera de hipótesis, es Level de Goda, al señalar lo siguiente:

> No sé absolutamente lo que ocurrió entre Moxó sentado en Caracas, y Morillo en viaje para Venezuela; y aunque vine a esta ciudad me propuse no saberlo. Tal vez como ya Moxó se viera excéntrico de los expedicionarios sirviendo en propiedad por el Rey la capitanía general y la presidencia de la Real Audiencia y Chancillería que desde su reinstalación iba poniendo todo en su lugar, y obraba en total contrasentido de Morillo, se adhirió de lleno a la corporación que presidía, y aquel, habituado a mandarle despóticamente y a ser obedecido ciegamente, sería desairado por el otro, y acaso intervinieron comunicaciones desagradables con las amenazas que Morillo acostumbraba y sabía realizar. Lo cierto es que Moxó entró en pavor viendo a Morillo aproximarse, y lanzado en los brazos de la Audiencia, esta le dio su pasaporte para Puerto Rico, y precipitadamente se largó.[87]

---

86 Cuatro mil soldados dejó Morillo en Venezuela acantonados luego de partir hacia Cartagena con una fuerza de 8000 hombres, delegando en Moxó la responsabilidad de su óptimo mantenimiento operativo y la utilización de esas fuerzas para apaciguar cualquier brote insurgente.

87 Level de Goda, «Antapadosis», *Boletín de la Academia Nacional de la Historia,* n.º 16, 1933, p. 570.

Moxó temió que Morillo le pasase por las armas y huyó del país, no sin antes haber sustraído, de las arcas del Tesoro, las suficientes cantidades de dinero que le garantizasen una vida opulenta en España. Las rencillas entre estos dos jefes no fueron exclusivamente por dinero o corrupción administrativa sino por rivalidades vinculadas al honor militar y envidias sociales. Morillo nunca le perdonó a Moxó sus prerrogativas de aristócrata que le concedían unos méritos militares elevados no cónsonos con su falta de pericia sobre el terreno de batalla.[88]

En comunicación enviada a sus superiores en Madrid, Morillo ofrece su versión sobre este incómodo incidente:

> El Mariscal de campo D. Salvador Moxó, Capitán general de estas provincias, se ha ausentado de ellas en los momentos más críticos y apurados, abandonando su gobierno y dirección cuando más se necesitaba la energía y actividad del jefe principal que estaba a su cabeza. Las adjuntas copias instruirán a V. E. de su resolución, de lo dispuesto por la Real Audiencia, y de la elección hecha en el brigadier D. Juan Bautista Pardo para obtener el mando interino.[89]

La responsabilidad sobre la deplorable situación de la causa realista en Venezuela en el comienzo del año 1817 Morillo la atribuyó a Moxó, al señalar:

---

88 La aristocracia en la Europa del *Ancien Régime* estableció como distinción estar vinculada a las Fuerzas Armadas, haciendo alarde de una superioridad social que resaltaban a través de unos códigos de conducta teatrales persistentemente modelados desde la juventud. G. Best, en su interesante libro de historia militar, señala lo siguiente: «Tal superioridad consistía, por encima de todo, en su reputación de hombres de "honor", suscritos a un código de conducta que exigía, sobre cualquier otra consideración, una valerosa devoción al servicio armado de su rey (algunos lo concebían como "rey y patria") y una disposición a sacrificar la vida por él (y por su causa) cuando se veían obligados a hacerlo por su código del honor, ya que este, en virtud del sentido que se daba en la época al concepto, estaba aún por encima de las órdenes de los reyes. Se tratase o no de verdaderos luchadores, la suya era la ética del luchador y, aunque dejaba un inconveniente margen para duelos, fanfarronerías e insolencias, tanto en general como en particular, en su mayor parte poseía una calidad moral consecuente con su exclusividad social». Véase G. Best, *Guerra y Sociedad en la Europa revolucionaria. 1770-1870,* pp. 23-24.

89 Representación de don Pablo Morillo al ministro de la Guerra desde Cumaná, 24 de agosto de 1817, en Rodríguez Villa, *Don Pablo Morillo, Primer Conde de Cartagena, Marqués de la Puerta, Teniente General de los Ejércitos Nacionales (1778-1837). Resumen de su Vida,* pp. 120-121.

> […] pero a pesar de la confianza que me mereció aquel jefe, de las recomendaciones que hice a favor suyo a S. M. y de las esperanzas que en él fundaba para la tranquilidad de estas provincias y auxilios del Ejército que conduje desde el Nuevo Reino de Granada, he visto, con harto sentimiento mío, que no ha correspondido a mis deseos, y que la suerte de las tropas, las operaciones de la guerra y la opinión de los pueblos, han sufrido considerablemente del sistema que estableció y de muchas infundadas y perjudiciales providencias. El crédito de la Real Hacienda está perdido, esta se halla exhausta, y los diferentes Cuerpos que han operado en campaña, lo mismo que las guarniciones, han sufrido toda clase de males y de miseria.[90]

Los paralelismos siempre estuvieron presentes entre los dos beligerantes. Así como Bolívar tuvo que enfrentar la insubordinación de Mariño, Bermúdez y Piar en los años 1816 y 1817 para erigirse en el principal jefe de la causa independentista en Venezuela, Morillo, a pesar de estar revestido de poderes «absolutos» por parte del monarca, tuvo que enfrentar la deserción de Moxó al frente de la principal responsabilidad política y militar en el país. Moxó terminó por desacreditar al realismo en Venezuela y su fracaso nunca pudo ser revertido, a pesar de los heroicos esfuerzos que Morillo, La Torre y Morales hicieron hasta el año 1823.

La desproporción entre los objetivos de la empresa reconquistadora y los medios que se tenían para ello fue abismal, a pesar de los buenos augurios existentes en sus comienzos. La base social del realismo en Venezuela, apoyo esencial para la sobrevivencia de la causa, se fue perdiendo progresivamente desde el mismo momento en que las masas de pardos sintieron su exclusión dentro del estado de excepción militar que Morillo impuso sobre la Costa Firme. Y, a pesar de que el reclutamiento forzoso de muchos de ellos se logró para ser enlistados en las filas del Ejército español, el entusiasmo y fervor que alimenta la moral de una tropa aguerrida identificada con los valores del rey se fue extinguiendo.

La autoridad de Morillo nunca fue indiscutida; los ministros de la Real Audiencia en Venezuela y otros particulares enviaron a la Corte en Madrid sendas representaciones y cartas donde cuestionaron las actuaciones y medidas llevadas a cabo por Morillo, acusándolo de haber violentado el ordenamiento institucional de la colonia y no respetar la ma-

---

90 Ib., pp. 120-121.

jestad y funciones que venían desempeñando los reales funcionarios. La reapertura de la Real Audiencia en los primeros meses de 1817 fue un triunfo pírrico para los «institucionalistas» ya que, muy pronto, los poderes «extraordinarios» otorgados a Morillo le fueron restituidos por la Corte de Madrid.

Año 1816: contraofensiva republicana en Venezuela

Coincidiendo con la caída de Cartagena, Arismendi se sublevó en Margarita en los últimos meses del año 1815 atacando las principales fortalezas realistas y logrando pasar por las armas a toda la guarnición de Juan Griego. Esta noticia amarga, cuando llegó a conocimiento del «Pacificador», lo llenó de indignación. No podía entender que la promesa de perdón que otorgó a Arismendi fuese violada en contra de las más elementales normas del honor y la caballerosidad militar; este hecho bien puede explicar la motivación de Morillo apenas puso el pie en Venezuela en los primeros meses del año 1817, de marchar personalmente a reconquistar la isla. La conquista y arribo de Morillo a Bogotá también coincidió con el asedio de las fuerzas de Piar en la estratégica Guayana. Mientras la campaña sobre la Nueva Granada era todo un éxito, en Venezuela la situación empeoraba cada vez más.

Morillo aprovechó su ventaja inicial en los mares al frente de la larga franja costera norte venezolana para apostar sus barcos de guerra y controlar las islas vecinas extranjeras que servían de refugio a los jefes republicanos.[91]

Sus espías e informantes le habían revelado que Bolívar, desde Jamaica, había pasado a Haití y que se preparaba a invadir a Venezuela llegando

91 De la misma manera en que las fuerzas terrestres expedicionarias fueron disminuyendo, lo mismo ocurrió con las embarcaciones marítimas de guerra. La inmensidad de la costa norte venezolana sobrepasó por completo los efectivos que, en un principio, operaron. Los barcos de gran calado empezaron a ser sustituidos por escuadrillas de flecheras. La flechera fue una embarcación ligera que se manejaba a vela y remo y que fueron ideales para operar al frente de las costas y en los principales ríos del país. Las había de todos los tamaños; incluso hubo algunas que se acondicionaron para ser capaces de montar uno o dos cañones de grueso calibre, y hasta 80 o 100 hombres.

a algunos acuerdos con el presidente Pétion.[92] Morillo le escribió a Alejandro Pétion sobre lo inconveniente de apoyar los esfuerzos revolucionarios de Bolívar en invadir Venezuela y que las armas triunfantes del rey atajarían cualquier maniobra militar de este.[93] Pero las fuerzas de Morillo iban mermando progresivamente y las derrotas empezaron a multiplicarse. La flota realista sufrió un duro revés en el encuentro de Los Frailes en los alrededores de Margarita, cuando la expedición de Bolívar en mayo de 1816 se disponía a desembarcar allí. A partir de ese momento, Luis Brion, principal jefe marítimo republicano, tomaría la iniciativa en el mar.

La campaña terrestre del año 1816 puso en evidencia que el incansable Bolívar tenía la clara determinación de vencer, a pesar de las pasadas derrotas. El 1 de junio de ese año logró desembarcar en Carúpano al frente de la llamada Expedición de los Cayos de San Luis, en el extremo oriental del país, ocupando ese poblado e intentando seguir operaciones hacia el oeste y el sur. Ya antes, en Margarita, había entrado en contacto con Arismendi y otros jefes de la zona, para coordinar todo el esfuerzo militar buscando el reconocimiento a su mando.

Por entonces, hubo evidentes resistencias por parte de Mariño, Bermúdez y hasta del mismo Arismendi, todos ellos jefes orientales, en reconocer a Bolívar como jefe máximo de todos. Es por ello, entre otras razones de carácter logístico y estratégico, que el llamado Libertador vuelve a em-

---

92 La relación entre Bolívar y Pétion, fundada al parecer en una simpatía mutua entre ambos hombres y la comunidad de intereses que les hacía aspirar a la Independencia respecto a las potencias europeas, es un capítulo oscuro de la historia que debe ser profundizado. Cuando Bolívar estuvo exiliado en Jamaica, intentó obtener el apoyo inglés a su causa, pero estos se mostraron indiferentes o, en todo caso, no iban a ayudar a un jefe desacreditado por las derrotas y prófugo de sus enemigos españoles. El pragmatismo inglés no iba a contradecirse apoyando a un hombre solitario repudiado por la mayoría de sus colaboradores en la Costa Firme. Y es, en ese momento bajo en la vida de Bolívar, que irrumpió inesperadamente la mano generosa de Pétion, presidente de Haití, la primera nación en lograr la Independencia en la América del Sur, quien le ofreció dinero, barcos, armas y hombres para intentar nuevamente invadir Venezuela y lograr su liberación. Obviamente que, para Pétion, esta ayuda podía serle muy beneficiosa ya que España, como potencia colonial, tenía intereses directos en la vecina Santo Domingo colindante con su propio territorio.

93 A. G. I., Estado, 57, N. 33, carta de don Pablo Morillo a Alejandro Pétion, presidente de Haití, Cartagena de Indias, 12 de diciembre de 1815.

barcarse para intentar ocupar el centro del país en el frustrado desembarco en Ocumare de la Costa el 6 de julio de 1816. Es interesante señalar la versión realista de este suceso en que se puso en evidencia la falta de unidad entre los republicanos y la errada estrategia de Bolívar en su empecinamiento por ocupar Caracas y el centro del país, donde la concentración de las fuerzas armadas realistas era muy superior.[94]

Hemos logrado ubicar en el Archivo del Servicio Histórico Militar de Madrid un raro ejemplar del *Boletín del Ejército Expedicionario* que nos ofrece todas las vicisitudes de esa campaña.[95] Lo primero que hay que hacer notar es la buena información que Morillo y el alto mando español en Costa Firme tenía en ese momento sobre los movimientos de Bolívar y otros jefes republicanos. Morillo exigió a Moxó en Venezuela actuar con energía para contener esas amenazas. Los espías de Morillo le habían hecho creer, en un principio, que la primera intención de Bolívar era desembarcar en Santa Marta e intentar ponerse en contacto con Bermúdez para reclutar a nuevos soldados y hostilizar a los realistas en la Nueva Granada. Pero, tomada ya la plaza de Cartagena, ese objetivo tuvo que ser modificado. Morillo dispuso que Morales reforzara, con su columna, las inmediaciones de la costa alrededor de Santa Marta y, desde Ocaña, se dirigió a ese destino, para luego pasar hasta Maracaibo. Morillo supo luego que la Expedición de

---

94 Puede ser comprensible el empeño de Bolívar en ir hacia Caracas: en primer lugar, él mismo fue un caraqueño y se sintió identificado con el terruño que le era familiar y porque también ya había saboreado allí, en el año 1813, el dulce néctar de la victoria junto con los reconocimientos públicos; en segundo lugar, al ser Caracas la capital de todas las provincias de Venezuela, su importancia era significativa para ejercer preponderancia sobre las demás y, tercero, Bolívar, en ese momento, fue rechazado por los jefes orientales y caudillos de la costa que no le reconocieron autoridad alguna sobre ellos y sus fuerzas. Para las fuerzas realistas, fue esta una oportunidad espléndida para derrotar, una por una, a las distintas partidas republicanas en sus correrías por la costa norte y los llanos. Pero Moxó y sus subalternos ni lograron adaptarse a las condiciones del clima tropical ni tampoco fueron capaces de unificar una sola estrategia con continuidad en el tiempo. Su fracaso obligó a Morillo a recular desde la Nueva Granada, perdiendo un valioso tiempo y dividiendo aún más sus ya escasas fuerzas en los diferentes frentes abiertos a los que había que atender. La estrategia republicana, en ese momento, era no tener ninguna, pero, aun así, eso fue suficiente para incordiar a las fuerzas realistas encargadas de acabar con ellos.

95 S. H. M., M. G., caja 120, Ejército Expedicionario, *Boletín* N.ro 36, Cuartel General de Santa Fe, 14 de septiembre de 1816.

los Cayos de San Luis fue hasta Margarita y, luego, a un punto indeterminado en la costa oriental. Los partes realistas son elocuentes en describir todo el periplo de Bolívar a quien ya, en ese momento, reconocían como su más formidable y encarnizado enemigo:

> A fines del mes, el sedicioso Bolívar se hizo a la vela con su escuadra con 400 o 500 hombres de desembarco, la mayor parte margariteños, y arribó el 1 de junio al puerto de Carúpano en la costa oriental de Cumaná, cuya pequeña guarnición y vecinos, después de una resistencia heroica con relación a su cortísimo número, se retiraron a Casanay y a otros puntos no muy distantes. Él se posesionó de este pueblo, desembarcó algunas armas para los que juzgaba se le presentarían, y no habiendo encontrado en él sino algunas mujeres y niños, publicó un bando para que todos volviesen a sus casas.[96]

Los realistas intentaron reforzar la zona, y el gobernador de Cumaná, brigadier don Tomás de Cires, con algunas tropas del Barbastro, se dispuso a reconquistar lo que, en ese momento, estaba en poder del enemigo. Bolívar intentó un movimiento sobre la Esmeralda, pero allí estaban acantonadas tropas de Dragones de la Unión y del Barbastro. El cerco realista sobre Carúpano empezó a cerrarse tanto por tierra como por mar, lo que obligó a Bolívar a reembarcarse. La flota realista que había salido desde Cumaná estuvo dispuesta a cortarles la retirada a los expedicionarios republicanos que, apresuradamente, se dirigieron hacia Borburata en las inmediaciones de Puerto Cabello en el centro del país. Finalmente, Bolívar volvería a tocar tierra venezolana en las desoladas playas de Ocumare de la Costa el 6 de julio de 1816, albergando la esperanza de que, con su arribo, nuevos reclutas iban a incorporarse a su ejército liberador. Pero los realistas siempre estuvieron alerta sobre estos sigilosos pasos y movilizaron sus fuerzas para atajar a los invasores. Desde Valencia, marchó hacia la costa el brigadier don Pascual Real y su ayudante, el mayor don Juan Nepomuceno Quero, junto con un fuerte destacamento de Tiradores de Castilla. A su vez, el brigadier don Francisco Tomás Morales había arribado al centro del país luego de unas marchas forzadas con su columna desde la ciudad de Maracaibo, pasando por Coro y Valencia. El cerco sobre las fuerzas republicanas fue total y Bolívar, junto con Soublette, sufrió un fuerte descalabro. El desastre republicano sirvió para que los realistas en la Costa Firme

96 Ib.

se encargaran de publicitar ese triunfo para desacreditar, de una vez por todas, a sus enemigos y, con ello, desmoralizar a la población del país que los apoyaba. El informe de la acción fue realizado por el comandante realista Francisco Tomás Morales:

> El cobarde y débil Bolívar dejó el campo con la anticipación que acostumbra, y a imitación de su ejemplo le siguieron sus secuaces, dejando por todo el camino de Ocumare señales convincentes del terror pánico con que huían; abandonando porción de heridos que fueron aliviados de sus dolores y quejidos oportunamente […].
>
> Es horroroso seguramente el espectáculo que presenta todo el camino hasta este puerto: heridos, cadáveres, caballerías despeñadas, fusiles y fornituras tendidas, barriles de pertrechos y otros mil efectos de sus indignas rapiñas, se ven sembrados por los bosques a uno y otro lado. En fin, el destrozo que se les ha hecho es cuanto se podía apetecer.[97]

De acuerdo con las comunicaciones oficiales realistas, el inventario de lo capturado a los «rebeldes» es como sigue: 1000 fusiles, con sus bayonetas; 50 000 cartuchos; 6 quintales de pólvora en barriles; 30 000 piedras de chispa; 19 cajones de letra de imprenta; 1 cajón de balas de fusil; 5 moldes de hacer balas; 3 cañones pedreros de bronce; 3 esmeriles del propio metal; 15 lanzas; 2 cucharones para derretir plomo; 3 botafuegos; 1 máquina completa de imprenta, y 2 carronadas de a 20 y 4. Además, se logró recuperar lo robado en las iglesias de la zona.

El realista José Domingo Díaz también ha descrito la acción militar, poniendo en evidencia la eficacia de Morales y sus hombres y la parsimonia de Moxó:

> Los avisos de esta invasión llegaron el 7 a Puerto Cabello, Caracas y Valencia. El Capitán General envió por todo auxilio un destacamento de 50 hombres de Hostalrich entonces de guarnición en aquella capital; pero el General Morales partió el 9 de Valencia con los 500 hombres que traía, con 200 mulatos de aquella ciudad y con 250 hombres de Valencey, y el 11 encontró a la vanguardia enemiga, mandada por Soublette, en el río de la Piedra, la atacó y derrotó. Los restos se replegaron sobre el grueso de sus fuerzas atrincheradas en el escabroso cerro llamado de los Aguacates. El 13, a las seis de la mañana, los atacó en sus mismos atrincheramientos y después de un combate

97 S. H. M., M. G., caja 120, Ejército Expedicionario, *Boletín* N.ro 36, Cuartel General de Santa Fe, 14 de septiembre de 1816, informe del brigadier don Francisco Tomás Morales sobre la acción en Ocumare de la Costa, Ocumare, 15 de julio de 1816.

> que duró hasta las doce, los atrincheramientos fueron tomados y los enemigos puestos en completa fuga hacia Ocumare.[98]

Pero este resonante triunfo no pudo ser consolidado. Los conflictos intestinos dentro del Ejército entre sus principales jefes y la falta crónica de los adecuados recursos para mantener vivo el esfuerzo militar atentaron contra la estrategia realista en la Costa Firme. En Margarita, la situación había llegado a un estancamiento que beneficiaba a las fuerzas de Arismendi apostadas al norte de la isla; Piar, un osado jefe republicano, ahora pudo unirse a las fuerzas conjuntas de Mariño, Bermúdez, Monagas y Cedeño, que volvían a arremeter sobre Barcelona, Cumaná, Carúpano, Río Caribe y al sur, en dirección al Orinoco y Guayana.

El canario Morales, jefe victorioso en la acción de Ocumare, fue el encargado de marchar con nuevos refuerzos hacia Barcelona que, una vez más, volvía a estar ocupada por las fuerzas republicanas de Piar y MacGregor. El 27 de septiembre de 1816 su columna fue completamente derrotada por las fuerzas de Piar en la batalla de El Juncal. En esa grave derrota realista, muere Rosete y más de 700 soldados. Este triunfo hizo reflexionar a Morillo sobre la necesidad de aumentar sus fuerzas en la zona e ir él mismo a dirigirlas. Ya no bastaron las órdenes a «control remoto», cuya ejecución casi siempre tropezó con la terca resistencia de las fuerzas rebeldes y la descoordinación de las fuerzas realistas. Morillo, al ponerse al frente de sus tropas, llegó a Venezuela decidido a demostrar que los más recientes descalabros había que atribuírselos a la mala suerte y a la falta de competencia de los jefes militares que, localmente, venían operando como fuerzas de policía en contra de las partidas republicanas. Faltaba una estrategia adecuada para acabar, de una vez por todas, con los focos rebeldes y un jefe revestido con los poderes absolutos para liderar a una sola voz a los partidarios de la causa del rey. Morillo organizó, en los primeros meses del año 1817, la primera y más importante campaña ofensiva sobre Venezuela. La estrategia era simple: ir destruyendo las fuerzas rebeldes en las distintas zonas que, hasta ese momento, venían ocupando, haciendo valer una mayor concentración de tropas de combate veteranas y siendo dirigidas con un criterio profesional; las bolsas de resistencia tenían que ser aplastadas,

98 Díaz, *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas,* p. 321.

una a una, hasta ejercer un control total del territorio. Lo que, en un principio, pareció algo sencillo se convirtió en una empresa cuesta arriba por lo inesperado de la tenaz resistencia rebelde y las sorpresivas contraofensivas, que fueron capaces de montar en distintos puntos del dilatado territorio.

Moxó quedó desbordado ante la apertura de tantos frentes enemigos y su drama como jefe es que nunca fue respetado por sus subalternos, careciendo del carácter adecuado para el mando en tan difíciles circunstancias; además, los escándalos por hechos de corrupción en los que estaba incurso lo desprestigiaron aún más.

Fueron numerosas las representaciones que Moxó dirigió a los distintos jefes extranjeros de las islas vecinas, sobre todo las posesiones británicas, para que no les ofrecieran cobijo a los rebeldes venezolanos. En uno de esos documentos, se denunció el convenio al que habían arribado el insurgente Mariño y las autoridades inglesas de Trinidad, para colaborar mutuamente en función de acrecentar los intereses de cada una de las partes. La costa de Cumaná siempre pudo ser hostilizada desde la isla de Trinidad y las colonias extranjeras adyacentes, que apertrecharon a los rebeldes con suministros de guerra y ofreciendo sus territorios como refugios seguros:

> Si a este género de males no se proporciona un oportuno remedio, por más sacrificios que haga el que mande las Provincias de Venezuela, al cabo la subyugarán los rebeldes, porque dándoles protección en las posesiones inglesas, holandesas, suecas, dinamarquesas, y puertos de los alzados Pétion y Cristóbal en los Cayos de San Juan; es un imposible que les falten a aquellos todo género de municiones de boca y guerra, armamentos y hombres, como prácticamente se está experimentando.[99]

En el pasado, el Caribe insular fue refugio de piratas, corsarios, filibusteros y contrabandistas de todas las calañas y procedencias nacionales; ahora, en plena guerra venezolana, sus posesiones volvían a hostilizar los esfuerzos realistas en reprimir el levantamiento rebelde contra el orden colonial constituido. España solo podía imponer su preponderancia sobre los enemigos internos y externos que le agredían desde el mar mediante una numerosa

---

99 A. G. I., Estado, 71, N. 17, representación de don Salvador de Moxó, capitán general de Venezuela, en donde acompaña copia del convenio celebrado entre el general de la isla inglesa de Trinidad y el rebelde español Santiago Mariño, por el que se ve claramente la protección que, de las colonias extranjeras, reciben los revolucionarios de estas provincias, Caracas, 6 de diciembre de 1816.

marina de guerra; circunstancia esta que, en el año 1816, era algo inexistente. Luego del desastre en la batalla de Trafalgar en 1805, la Marina de Guerra española prácticamente desapareció, y sus efectivos en el Caribe solo pudieron ser reforzados luego del arribo de la expedición de Morillo en el año 1815, pero las embarcaciones, muy rápidamente, se fueron perdiendo tanto en los enfrentamientos navales como por la falta adecuada de mantenimiento. Aunque, en realidad, su número siempre fue inferior a los largos kilómetros de costa y mar que tuvieron que resguardar. Con la restauración al trono de Fernando VII en 1814, y ya definida la reconquista militar como política que seguir contra los vasallos en rebeldía, los encargados en diseñar los planes americanos en Madrid pudieron darse cuenta de que, sin una Marina adecuada, era casi imposible aspirar a ganar una guerra ultramarina. Y es, en este contexto, en el que surgió el famoso incidente de la compra de los barcos rusos, la cual se hizo efectiva en agosto de 1817.[100]

---

100 Todo el escándalo no hizo sino reflejar las profundas contradicciones de un Gobierno precario e incoherente, cuyos abruptos cambios ministeriales solo podían reflejar la inestabilidad política que, en ese entonces, se había apoderado de los españoles. Fontana, al referirse al período, señaló la inviabilidad del absolutismo en el período 1814-1820, tipificando cuatro etapas claramente definidas: 1. Permanencia en el poder de los hombres del golpe de Estado de mayo de 1814 y donde destacó la figura del ministro de Gracia y Justicia, Macanaz. 2. Este período corresponde al nombramiento de Cevallos como ministro de Estado a partir de diciembre de 1814; su actuación puso en evidencia la debilidad del Gobierno español tanto en el plano internacional como en el interno. 3. Esta etapa va a estar dominada por José García de León y Pizarro, como ministro de Estado a partir de octubre de 1816, haciéndose acompañar en el gabinete ministerial por Martín de Garay como ministro de Hacienda y el ministro de Marina, Vásquez Figueroa, además de contar con el apoyo de la llamada camarilla rusa. Estos ministros llevaron a situar a España dentro de la órbita rusa y de la Santa Alianza, entendiendo que el esfuerzo militar por reconquistar América era algo fundamental para restituir el menguado prestigio español. 4. Esta última etapa es de extrema inestabilidad y comenzó en los meses últimos del año 1818 y culminó en marzo de 1820. El hombre más importante y encargado del ministerio de Estado fue Casa-Irujo, el cual también es apartado de su cargo en junio de 1819. En el período 1814-1820, llegaron a desfilar por el Ministerio de Hacienda nueve ministros (Salazar, Góngora, Pérez Villaamil, González Vallejo, Ibarra, López Araujo, Garay, Imaz y Antonio González Salmón), lo cual indica, a las claras, que esa inestabilidad ministerial muy poco podía contribuir a la elaboración de una política de Estado con continuidad en el tiempo y que fuese capaz de llevar a cabo la reforma tributaria que tanto se necesitó en ese entonces. Si el problema interno se le escapó de las manos a los ministros de Fernando VII, en América, la reconquista militar por la que se apostó desde el año 1815 no hacía los progresos que, en un principio, pudo mostrar el general Morillo. Véase Fontana, *La crisis del Antiguo Régimen 1808-1833,* pp. 22-30.

Morillo, desde la Nueva Granada, empezó a observar, con preocupación, esta nueva arremetida de unos rebeldes que, a pesar de las derrotas que se les infligía, siempre eran capaces de rehacerse y retomar la ofensiva. Estas circunstancias lo obligaron a abandonar el territorio neogranadino para dirigirse apresuradamente a Venezuela.

Regreso de Morillo a Venezuela

Ante esta situación, el año 1817 se iba a tornar decisivo desde el punto de vista militar ya que Morillo, al regresar a Venezuela, retomaría el mando absoluto, tratando de ganar la guerra mediante un ataque frontal sobre sus enemigos, mientras que los jefes republicanos se trazaron el plan de controlar algunos espacios estratégicamente vitales, como Margarita y Guayana, donde se hicieron prácticamente inexpugnables para, desde allí, lanzar sucesivas ofensivas sobre las fuerzas realistas. La guerra en Venezuela volvía a estar más viva que nunca y la pacificación española quedaba convertida en una auténtica ilusión. El paseo militar de Morillo, que comenzó en abril de 1815, ahora se convertía en una auténtica y riesgosa campaña militar sobre un enemigo con una determinación a toda prueba. La guerra en Venezuela, a partir del año 1817, alcanzó una magnitud hasta ahora nunca vista, porque se luchó en prácticamente todos los frentes.

El 22 de octubre de 1816 Morillo, desde Santa Fe de Bogotá, hizo pública una proclama a los habitantes de los llanos en Venezuela, advirtiéndoles de su pronto arribo a restablecer el orden, la paz y la seguridad. Sus palabras más importantes fueron en estos términos:

> La estación que detenía las tropas del rey va a terminar: ellas marcharán a llenar las vastas y benéficas ideas del Soberano más amado: pasarán por vuestro territorio y se detendrán en el que juzgue conveniente para la protección de los vasallos leales, y llevarles la Paz arrancada tantos años ha por los díscolos y malvados.
>
> Los soldados del Rey observarán, como siempre, la mayor disciplina, y cuanto reciban lo pagarán sobre la marcha.
>
> Los que no se aprovechen de los Indultos dados en 24 de Abril, y 30 de Mayo que renuevo […], todos perecerán en el suplicio. Renuevo para ellos el Indulto, pues destruida la pretendida Expedición del sedicioso Bolívar, no hay más que unos pocos bandidos que no quieren acomodarse al justo orden de las cosas.
>
> Vosotros, habitantes pacíficos, cuidad de vuestro ganado y labor, perpetuad esa felicidad de que gozáis entre vuestras mujeres e hijos; no os dejéis

> seducir; el poder del Rey es inmenso; yo atenderé a vuestras necesidades oyéndoos; pero guardaos de cometer el menor atentado contra las armas del Soberano, pues el que lo intente será exterminado en el acto.[101]

Informe de Roxas Queipo: emisario personal de Morillo

No fueron pocos los realistas dentro del campo civil y militar que se atrevieron a presentar recomendaciones a las autoridades militares que, en ese entonces, estaban al frente de Venezuela y a las autoridades reales en el mismo Madrid. Los planes y proyectos de «pacificación» fueron bastante numerosos y muchos «patriotas» realistas se creyeron en la obligación de hacerlos públicos.

Dentro de la larga tradición arbitrista española, hay que ubicar una larga representación, que hemos podido localizar en el Archivo General de Indias bajo el título de «Pacificación de Venezuela. Plan del Racionero de Caracas Dr. Don Juan Roxas y sus consecuencias».[102]

El doctor don Juan Roxas Queipo fue «Prebendado Racionero de la Santa Iglesia Metropolitana de Caracas y Rector del Real Seminario Conciliar Tridentino» y su estancia en Madrid en los últimos meses del año 1816 la utilizó para presentar unos pliegos a las autoridades reales, donde ofreció la grave situación que, en ese entonces, estaba atravesando la provincia de Venezuela. Según Roxas Queipo, sus impresiones recogen el mismo estado de opinión de las principales autoridades realistas en Venezuela, que le enviaron en comisión para alertar a las autoridades sobre la gravedad de la situación venezolana y de los remedios que era necesario aplicar para acabar la guerra y vencer a los vasallos en rebeldía:

> Venezuela, la extensa, fértil, hermosa, y rica Venezuela, que ha sido siempre codiciada de las Naciones. Venezuela, tan recomendable en otro tiempo por la pureza de su fe y de sus costumbres, por su fidelidad, paz y tranquilidad. Venezuela, llave de la América Meridional, susceptible de las

---

101 R. A. H., Archivo de Pablo Morillo, conde de Cartagena, *Proclama de Morillo a los habitantes de los llanos para que sigan en paz y sin alterar el orden,* Cuartel General de Santa Fe, 22 de octubre de 1816.

102 A. G. I., Estado, 71, N. 18, «Pacificación de Venezuela. Plan del Racionero de Caracas Dr. Don Juan Roxas y sus consecuencias», Madrid, 21 de diciembre de 1816.

> más grandiosas ideas de Agricultura, Comercio, Artes, Ciencias, Belleza y Esplendor. Venezuela, digna de los mayores esfuerzos para su conservación y felicidad, después de haber sido corrompida, emponzoñada y cruelísimamente destrozada por la facción que formó un pequeño número de insurgentes, y reconquistada posteriormente por los leales Americanos y algunos Europeos Españoles al mando de los famosos reconquistadores Monteverde, Boves, Yáñez, Morales y otros. Se halla actualmente en el más eminente peligro de ser otra vez y con mayor fuerza destrozada de los fueros revolucionarios, si no se dan prontamente las providencias que he indicado a la voz, y apuntaré ahora compendiosamente aquí para que a un golpe de vista se tengan presentes, se examinen atentamente y reconocida su importancia se realicen sin tardanza.[103]

Después de dos años desde la llegada de la expedición de Morillo, el optimismo triunfante ya había desaparecido casi por completo. Las disidencias y desavenencias internas entre los principales líderes de la causa realista y la terquedad de los rebeldes en su lucha volvían a poner toda la atención en los refuerzos militares que, desde la Península, tenían que ser enviados. Una vez más, los súbditos americanos y españoles en Venezuela siguieron creyendo y confiando en los poderes divinos del monarca para obtener la paz del país que tanto amaban y por el que sentían una completa identificación.

La importancia de este testimonio radica en que, una vez más, se pone en evidencia el conflicto de visiones dentro de una Venezuela en proceso de transición hacia formas sociales y políticas distintas a las que la mayoría, hasta entonces, sentía como familiares.

El pensamiento prorrealista fue, por esencia, conservador y apegado a los supuestos más significativos de una sociedad de Antiguo Régimen. La causa insurgente era temida porque iba en contra del orden establecido en aspectos ideológicos tan fundamentales como la conservación de la religión católica cristiana, la rigidez de una estructura social y racial, donde el «miedo negro» fue un fantasma constante para todo el sector blanco y, sobre todo, porque ponía en entredicho la idea de la misma monarquía como sistema político revestido de una auténtica legitimidad. Los monárquicos de ese entonces en Venezuela creyeron que la lucha que llevaban a cabo tenía como justificación la defensa de la «civilización» y la superioridad de la cultura

103 Ib.

europea representada por el sector blanco pudiente. Libertad, Igualdad e Independencia fueron las consignas republicanas a las que había que combatir porque, detrás de ellas, se hacía presente el anuncio de una nueva sociedad que, por anunciarse distinta, concitó desconfianza y furibundo rechazo.

Para los realistas, la causa rebelde podía prevalecer si las masas de pardos, negros, zambos e indios, infinitamente más numerosas que la blanca, se hacían eco de las propuestas filosóficas de los rebeldes orientados a mejorar las condiciones de su estado social. Las castas seguían representando una amenaza humana y social, incluso tan peligrosa como la de los mismos revolucionarios. Las castas estaban fuera de lo auténticamente civilizado y sus manifestaciones de barbarie había que frenarlas a través de la represión social y la esclavitud. Pero, ahora, la lucha contra los rebeldes había abierto el dique que los contenía y sus reivindicaciones se tornaban impredecibles y peligrosas.

Otra amenaza a la que el pensamiento conservador realista tuvo que hacer frente y denunciar fue la ayuda extranjera que se hacía a los rebeldes. Los extranjeros oriundos de Inglaterra, Holanda, Francia, Suecia, Dinamarca y República del Norte de América se habían prestado y se prestaban a auxiliar a los rebeldes, sintiéndose identificados no solo con una práctica comercial más libre, sino con la libertad de cultos y de conciencia que los republicanos habían decretado. Esto último trajo como consecuencia, según el decir de Roxas Queipo, la presencia en el país de espías e infiltrados de origen judío, junto con otros acusados de ser liberales, sectarios y francmasones, es decir, de «toda gente mala».[104]

La solución militar ya era percibida en la víspera del año 1817 como una política fracasada, debido al mayor número de los partidarios de los insurgentes y los estragos que las enfermedades tropicales venían haciendo sobre la tropa europea. Los fieles españoles americanos y europeos estaban

---

104 Este escrito de Roxas Queipo puede ubicarse dentro de lo que Fontana ha dado en llamar «visión paranoica» de la Historia de España. Fontana hace referencia cuando estudia la crisis del Antiguo Régimen en España a una historiografía ultraespañola que encuentra enemigos en un mundo de sociedades secretas que llevan a cabo enigmáticas conspiraciones contra una cultura y modo de vivir asumido como «bueno». Francmasones y judíos son unas de las cabezas más visibles de esta conspiración «internacional», con intrincados enlaces en la sociedad a la que va dirigida. Véase Fontana, *La crisis del Antiguo Régimen* 1808-1833, p. 19.

siendo sacrificados por una causa justa pero que no terminaba de progresar hacia la restitución del orden y la paz social. Los donativos e impuestos que las autoridades militares sustraían de los civiles eran una carga demasiado pesada, que contribuía al empobrecimiento más absoluto de la población. El aparato productivo estaba completamente paralizado y los sentimientos de los vasallos leales a la «justa causa» empezaban a resquebrajarse ante un tiempo difícil signado por la adversidad de todas las cosas.

A las razones políticas, económico-sociales y bélicas que le han servido para presentar el Estado de Venezuela, nuestro autor suma otra que nos ha llamado la atención: el papel de las mujeres:

> Las mujeres siempre temibles por su bello sexo, son las armas quizás más poderosas de que se valen los partidarios de la rebelión para sostener, propagar y aumentar su sistema.[105]

Las mujeres se valen de su astucia y belleza para seducir a los fuertes y los débiles y, con ello, propagar el fuego revolucionario. Este pensamiento misógino no hace sino reflejar los estados de ánimo de por sí decadentes de una sociedad de usos y costumbres relajadas, cuya hipocresía fue más que evidente.

Los buenos vasallos tenían en ese momento, según nuestro autor, una alternativa de acción: optar por el abandono del país, sumándose a la ya numerosa ola de inmigrantes que, desde el año 1810, ya había huido, o contribuir en la lucha contra los revolucionarios. A partir de esta última opción, Roxas Queipo propone, a su entender, una serie de medidas indispensables.

Cree imprescindible expulsar a las personas perjudiciales por insurgentes y, al mismo tiempo, introducir al país familias enteras de España y las islas Canarias, que se comporten como nuevos colonizadores identificados con el ideario cristiano y realista para impulsar, nuevamente, el desarrollo de la agricultura y el comercio.

Considera que habría que reclamar a Inglaterra, Holanda, Francia, Suecia, Dinamarca y la República del Norte de América, para que dejen de brindar protección a los rebeldes.

---

105 A. G. I., Estado, 71, N. 18, «Pacificación de Venezuela. Plan del Racionero de Caracas Dr. Don Juan Roxas y sus consecuencias», Madrid, 21 de diciembre de 1816.

Piensa que habría que establecer un importante número de buques de guerra para el resguardo de la amplia costa norte caribeña venezolana.

Otra medida sería el levantamiento de un Tribunal que sancione y castigue las infidencias militares con plenas facultades otorgadas por el rey. De esta manera, se evitaría la confusión existente entre los distintos organismos encargados de administrar la justicia tanto civil como militar.

Propone también tratar con estima y consideración a los leales americanos que han hecho todos los sacrificios por defender la causa realista en Venezuela.

Cree que es necesario propagar la fe católica como fundamento ideológico de la causa realista. En consecuencia, todos los nuevos empleos que se generen en el país deben ser evaluados de acuerdo con una «ejemplar conducta cristiana», apegada a un profundo amor al soberano.

Además, los centros de enseñanza, como el Real Seminario, la universidad y escuelas públicas, tienen que servir para educar a la juventud sobre fundamentos conocidos y ya probados, que estén identificados con una sociedad de Antiguo Régimen. En consecuencia propone la preparación de un Catecismo en el que

> […] por principios sólidos e incontestables se demuestre con la mayor claridad hasta la evidencia qué cosa es libertad, igualdad e independencia, bien entendidas, y cuáles sus verdaderos límites; la justicia de la causa que defendemos, y derechos que tiene el Rey de España a aquellas Provincias. Que este Catecismo se enseñe con esmero en todas las Escuelas de primeras letras y Cátedras de artes y ciencias; que, al menos por algún tiempo, cada tres o cuatro meses se hagan exámenes públicos de dicho Catecismo; que los curas de almas sean examinados de los mismos principios y obligados a enseñarlos al Pueblo por el mencionado Catecismo con las ampliaciones de que sea capaz el auditorio; que los Mayordomos de Haciendas y Hatos tengan, sepan y enseñen a la esclavitud y peonaje el citado Catecismo.[106]

Asimismo, las «gentes de color» deben ser atendidas a través de una promoción gradual y controlada que les permita acceder a la escuela pública, pero asignándoles maestros escogidos bajo previa aprobación tanto del Gobierno como de las autoridades eclesiásticas. A la gente de color

106 Ib.

que haya mostrado pública lealtad al monarca y que sus servicios a la «buena causa» hayan sido evidentes, debe permitírsele el uso del don personal y de las prendas y vestidos que la sociedad blanca tradicionalmente les ha prohibido. La introducción de nuevos esclavos al país debe detenerse y el trato sobre los actuales debe suavizarse.

Por último, considera que la inmensidad de los espacios venezolanos es prácticamente imposible de atender adecuadamente por la poca tropa que existe. Por lo tanto, nuestro autor increpó a las autoridades a enviar suficientes soldados y dinero, como única precondición para poder ganar la guerra venezolana.

Roxas Queipo no solo presentó la destrucción física del país sino su degradación moral ante el relajamiento de las buenas costumbres que las doctrinas ateas y herejes estaban fomentando de la mano de agentes extranjeros enemigos de los españoles. La profanación de los templos y las amenazas contra la «Religión Santa» fueron percibidas como algo oprobioso, un auténtico atentado dirigido al cuerpo de creencias que sostenía a los partidarios del realismo en esos años cruentos de terrible pobreza y mortandad. La fuerza física de las armas era algo insuficiente si no se le hacía acompañar por el apoyo espiritual de la religión cristiana, única capaz de exterminar los vicios, proteger la virtud, premiar el mérito, otorgar honor a la nación y llevar el terror a los sectarios. La religión, concluye Roxas Queipo, tiene que ser entendida como el más sólido apoyo «del Trono y del Altar».

Pudiera pensarse que las autoridades militares que se hicieron cargo del Gobierno en Venezuela a partir del año 1815 establecieron una estrecha colaboración con los prelados de la jerarquía religiosa. Pero, una vez más, la falta de una política coherente desde la Península hacia los dominios ultramarinos y de seguimiento acucioso del conflicto generó importantes entredichos entre los mismos partidarios del Partido Realista. El poder religioso estuvo tan debilitado como el militar e incluso estuvo completamente subordinado a Morillo y otros jefes que lo acompañaban en las responsabilidades de dirección de los asuntos públicos. Morillo exigió de los sacerdotes un mayor protagonismo como voceros de la propaganda del régimen militar y estos, a duras penas, pudieron cumplir con ese mandato. La causa del rey estaba cada día más desacreditada por los horrores de un conflicto interminable. Morillo siempre desconfió del

arzobispo de Caracas, Narciso Coll y Prat, llegándolo a acusar de colaboracionista con los rebeldes y exigiendo el abandono de su cargo. A su vez, la Iglesia ordenó investigar la conducta sospechosa de algunos jefes militares españoles por considerarlos que eran miembros de logias masónicas. A Salvador de Moxó la Iglesia venezolana lo acusó en abril de 1817 de ser francmasón, mientras que al brigadier Juan Bautista Pardo, nombrado gobernador y capitán general interino por la Real Audiencia luego de la renuncia de Moxó, se le investigó y acusó formalmente de pertenecer a una logia masónica y de proteger a sus clandestinos miembros. Un comisario del Santo Oficio de la Inquisición llegó a la conclusión de que Moxó, Pardo, La Torre, Pascual Real y hasta el mismo «Pacificador», don Pablo Morillo, eran miembros de logias masónicas. El expediente fue remitido al Tribunal de la Inquisición que, en ese entonces, funcionaba en Cartagena de Indias. El escándalo fue acallado oportunamente, a sabiendas que podía desacreditar aún más la situación ya precaria del bando realista.

El clima ideológico de la época estuvo salpicado por estas confrontaciones y, dentro del marco propiamente hispano, fue algo completamente virulento.

Morillo no dejó de reclamar, luego de la ausencia de Moxó y de las duras críticas de muchos de sus más cercanos colaboradores civiles, la restitución de las facultades que le otorgaban el poder absoluto y que se le habían revocado desde la Península. Consideró que esto era algo esencial, si se quería ganar la guerra en contra de los rebeldes.

Los órganos institucionales de Gobierno peninsulares acogieron las quejas y reclamos de los funcionarios realistas al frente de la Real Audiencia y la Real Hacienda en que señalaban los actos arbitrarios y despóticos cometidos por Morillo y el Gobierno militar. Para muchos, Morillo no había hecho otra cosa que trastornar aún más el orden institucional, ya de por sí bastante deteriorado, imponiendo una «pacificación» paradójicamente represiva no solo sobre los republicanos sino hasta sobre los mismos partidarios del rey. En España se levantaron voces para denunciar la usurpación de los poderes civiles constituidos en Venezuela haciendo la sana recomendación de que los militares y civiles debían colaborar mancomunadamente en el logro de la política pacificadora.

Fue muy conocido el agrio enfrentamiento que mantuvo el superintendente de la Real Hacienda, Francisco Javier Arambarri, venido al país en 1817, y el general don Pablo Morillo. Arambarri exigió ser respetado de acuerdo con toda la autoridad y responsabilidad que emanaban de su cargo, tratando de desarrollar una gestión con carácter autónomo, que inmediatamente le granjeó la oposición de Morillo y hasta de sus mismos colaboradores. La supresión de pagos por concepto de gratificaciones, montepíos, pensiones, deudas atrasadas y a los proveedores sin ningún vínculo con el ejército le causó no pocas críticas. La fuerte personalidad de Arambarri, herida en su propio orgullo al sentir que su autoridad era desestimada, lo llevó a pelearse judicialmente con sus principales detractores, entre quienes se encontraba el fiscal de la Real Hacienda, Andrés Level de Goda; el regente Cecilio Odoardo; el contador mayor José Alustiza, y José Domingo Duarte, quien lo sustituyó en 1820. Sobra decir que este tipo de enfrentamiento y disputa en muy poco contribuyó para que la causa realista pudiera aspirar al éxito. Cuando Morillo logró destituirlo apartándolo de sus funciones, Arambarri desde Madrid exigió defender su causa presentando a las autoridades sus alegatos, de la misma manera en que lo hizo en parecidas circunstancias el arzobispo de Caracas, Narciso Coll y Prat. El 14 de mayo de 1821, el Gobierno liberal de España finalmente reconoció la injusticia que se había cometido en su persona, declarándolo inocente de las imputaciones que Morillo había hecho y ordenando que se le restituyese en su antiguo cargo.[107] Casos como este ocurrieron muchos y, al avizorar el desastre que inevitablemente ya todos empezaban a presentir, los conatos y enfrentamientos proliferaron aún más. Morillo fue torpe en este sentido; su falta de habilidad política para tratar adecuadamente con las autoridades civiles coloniales fue irresponsable y, en buena medida, una de las razones más importantes para ir perdiendo la favorable opinión pública y estima de los venezolanos identificados con la causa del rey.

---

107 Arambarri no aceptó reincorporarse a su antiguo cargo, pero, desde Madrid, se dedicó a llevar a la imprenta su testimonio sobre los sucesos e incidentes en que se había visto involucrado. La obra, muy poco conocida a pesar de existir una edición llevada a cabo por la Embajada de Venezuela en España, lleva por título *Hechos del General Pablo Morillo en América,* Murcia, 1971.

Caída de Guayana (1817)

En menos de dos años, el poder de la fuerza armada expedicionaria de Morillo desapareció prácticamente, y la necesidad de crear nuevos batallones con efectivos americanos fue un imperativo que el jefe realista asumió como tarea prioritaria, si quería ganar la guerra. El gigantismo de la empresa militar sobrepasó sus esfuerzos y, desde entonces, llegó a reconocer que la guerra en Venezuela iba a ser larga y costosa en vidas humanas. Aun así, el militar oriundo de Fuentesecas, provincia de Zamora, puso todo su entusiasmo y carácter espartano en intentar recuperar las posiciones que ahora el enemigo controlaba.

La Nueva Granada había logrado ser pacificada luego de la toma de Cartagena y la conquista de su capital, Santa Fe de Bogotá, por parte de las fuerzas de Calzada y La Torre en mayo de 1816. Morales, desde los alrededores de Ocaña y con el apoyo de otros jefes realistas, «limpió» toda la zona de los enemigos del rey,[108] junto con el apoyo de la caballería del coronel Sebastián de la Calzada, quien demostraría, con el tiempo, ser uno de los más abnegados defensores de la causa realista a todo lo largo y ancho de la Costa Firme. Morillo se dedicó, desde Bogotá, a atender los asuntos de la administración de Gobierno entrando en francas desavenencias con las autoridades civiles realistas. Intentó consolidar la ocupación militar con medidas de carácter represivo que le granjearon una fuerte oposición entre sus propios partidarios.[109] Pero fue Venezuela la principal fuente de preocupación de Morillo y hacia allí concentró todos sus esfuerzos; pronto estuvo claro para este jefe que la «revolución» americana en la Costa Firme se alimentaba, fundamentalmente, de los jefes y caudillos venezolanos.

---

108 «El 18, por la mañana, continuamos nuestra marcha, habiendo tardado siete días en llegar a Ocaña, pintoresca villa situada a cinco leguas de Barranquilla. Pululaban por sus alrededores varias partidas de rebeldes, que el brigadier Morales destruyó en pocos días con sus valientes compañías del batallón del Rey, compuesta de aquellos zambos temibles, que habían inmortalizado a Boves», Sevilla, *Memorias de un Oficial del Ejército Español (Campañas contra Bolívar y los separatistas de América),* p. 77.

109 Algunos ajusticiamientos llevados a cabo por Morillo en contra de republicanos reconocidos y sospechosos de simpatizar con esa causa le trajeron fuertes críticas que, posteriormente, sirvieron de argumento para que sus enemigos lo desacreditaran, como más adelante señalaremos.

Morillo responsabilizó a Moxó del desastre en que encontró al país a su regreso en los primeros meses del año 1817 y rápidamente se avocó a atender los dos principales focos insurgentes, uno en el oriente, junto con la isla de Margarita, y el otro alrededor de las fortalezas que protegen Guayana y que, desde meses atrás, venían sufriendo un molesto asedio. Restituidos sus poderes absolutos y delegando en personas de su confianza los asuntos propios de la Administración civil, la atención de lo militar fue lo prioritario. La Real Audiencia fue nuevamente cerrada y sus magistrados, apartados de sus empleos. La Real Orden del 27 de diciembre del año 1815,[110] que impuso el restablecimiento de la Real Audiencia y que Moxó llevó a cabo, quedó anulada al arribo de Morillo al país en el año 1817. Luego de la vergonzosa huida de Moxó[111] hacia Puerto Rico, a Morillo no le quedó otra alternativa

110 A. G. I., Caracas, 109, índice de la representación que dirige el capitán general interino de Caracas, don Salvador de Moxó, al Excelentísimo Señor Secretario de Estado y del despacho de Gracia y Justicia con fecha del 1 de abril de 1816 en la ciudad de Caracas. En este documento Moxó señaló que fue informado de la medida y que estaba dispuesto a cumplirla pero que, para ello, había que informar al general Morillo en la Nueva Granada: «Al tiempo de recibir la Real orden de 27 de diciembre último en que S. M. dispone se restablezca inmediatamente la Real Audiencia de esta capital en el lleno de su autoridad, con los ministros que en ella se expresan; y que en el momento del restablecimiento cese el Superior Tribunal de Apelaciones, y la Junta vinculada de Secuestros en el ejercicio de sus respectivas funciones, quedando reducidas las de esta última a la parte económica y administrativa de los bienes secuestrados, procediendo en lo demás conforme a las leyes; se hallaba en esta capital el oidor Decano de la misma Real Audiencia Don Josef Francisco Heredia».

111 En otro importante documento ubicado en el Archivo General de Indias en la sección de la Audiencia de Caracas, Moxó presentó un completo alegato donde explicó las razones que lo llevaron a abandonar súbitamente el cargo de capitán general, presidente y gobernador de las provincias de Venezuela. Moxó trató, en esa representación, de rebatir las acusaciones de Morillo, quien lo acusaba en ese entonces de ser el responsable del resurgimiento rebelde en todo el país. Acusó a Morillo de obligarlo a imponer una política pacificadora impopular sobre los habitantes de Venezuela, haciendo énfasis en la recaudación coercitiva de bienes materiales de todo tipo para contribuir al esfuerzo de la guerra. Se lamentó de que Morillo se hiciese eco de los chismes y rumores que, en su contra, se habían creado y que lo acusaban de abusos en la autoridad que ejercía y de aprovechamiento ilícito de los fondos públicos. Consideró que Morillo tenía una visión irreal de Venezuela: ni era lo suficiente rica para alimentar a las tropas del rey ni los rebeldes eran pocos ni mal armados. Moxó expresó en este documento todo su malestar por considerar su honor y dignidad maltratados al quedar cuestionado y desautorizado por Morillo como máximo jefe político-militar del país, situación que trajo como consecuencia la insubordinación de sus más directos colaboradores, tanto civiles como militares. Ante las acusaciones de enriquecimiento indebido, Moxó se justificó diciendo que la autoridad que representaba tenía que realizar unas cuantiosas erogaciones en consonancia con el «lustre» del cargo que desempeñaba,

que reorganizar sus maltrechas fuerzas de combate y prepararse con celeridad en la empresa de reconquistar a Venezuela. Antes de su arribo al país en los primeros meses del año 1817 por los alrededores de Guasdalito cerca de la frontera, había mandado a Morales con una columna hacia el centro del país en las inmediaciones de Caracas a detener a Bolívar y sus fuerzas, lo cual este audaz jefe consiguió luego de una larga pero rápida marcha desde la Nueva Granada bordeando toda la costa norte. Al jefe de caballería Juan Aldama[112] le ordenó acabar con las partidas de Mariño en Barcelona y Cumaná, mientras que a la Torre le encomendó, junto con el recién creado batallón Cachirí, poner fin al asedio que Piar mantenía sobre las fortalezas de Guayana.

---

pero que todo ello era completamente legal. Lo cierto del caso es que Moxó fue incapaz de dar el ejemplo como máxima autoridad dentro de un país empobrecido y desolado por la guerra y se comportó sin ser capaz de renunciar a los privilegios de su posición. Una vez más, estamos en presencia de un acto surrealista típico de los caudillos tropicales con ínfulas aristocráticas y cultas que hacen especial alarde de las expresiones exteriores del poder para imponer un halo de grandeza a sus mandatos pero que, en el caso de Moxó, representó toda una continuidad dentro de la estructura autoritaria de los gobernantes coloniales españoles: «Sabidos son, Señor, los gastos extraordinarios y dispendios que son indispensables a los que se hallan en mi puesto: besamanos, funciones de cortesía y ceremonia, agasajos y cortejo a los Jefes y Oficiales extranjeros que llegan a la Capital sobre reclamaciones y correspondencia de los Generales y Gobernadores de las inmediatas Antillas. Hospedaje diario de oficiales del Ejército que precisan obsequios por buena política, en especial los hijos del país; mi decencia personal; y últimamente socorros continuos de necesidades que se representan al Jefe, como Padre común en nombre de V. M. de estos pueblos: estos, Señor, son los objetos de mi disipación o de mi codicia; mantener el esplendor de las altas funciones de mi destino […]», representación de don Salvador de Moxó, capitán general, presidente y gobernador de las provincias de Venezuela. «Eleva a V. M. su queja sobre los procedimientos y ultrajes del General Morillo contra su persona y autoridad, y pide a V. M. el relevo de este destino, la formación de causa para su vindicación, y el justo desagravio de la ofensa inferida, recomendando a la bondad de V. M. el interés de la presente instancia», Caracas, 30 de junio de 1817, A. G. I., Audiencia de Caracas, 110.

En consecuencia, al ser incapaz de garantizar el respeto a su autoridad, Moxó justificó con ello su marcha del país con el consentimiento de los magistrados de la Real Audiencia de Caracas recién restituida por el mismo Moxó. Es más que evidente que Moxó aprovechó el pleito entre Morillo y los magistrados realistas para conseguir con ello algunos aliados a su propia causa.

112 El coronel Aldama, en los primeros días del mes de abril del año 1817, asaltó la «Casa Fuerte» en Barcelona, también conocida como convento de San Francisco, donde estaban resistiendo los soldados republicanos bajo el mando del general Pedro María Freites y, luego de un feroz combate, mandó pasar por las armas a todos los prisioneros y adeptos a los rebeldes. Las acciones represivas y actos de crueldad llevados a cabo por Aldama en Barcelona y Cumaná llevarían a Morillo, en el año 1819, a solicitar su traslado a la Península.

Los jefes realistas se multiplicaron en atender todos los frentes que los rebeldes les abrían inesperadamente a lo largo y ancho del país. El escocés general MacGregor, al servicio de los republicanos, había logrado huir luego de la batalla de Los Aguacates en las inmediaciones de Caracas, siendo capaz de reunir una pequeña fuerza que, en dirección oriental, hostilizó las distintas partidas realistas que fueron en su búsqueda, mientras que el realista Pardo en Margarita tuvo que abandonar la isla en noviembre de 1816 debido a que las fuerzas de Arismendi lo tenían completamente cercado, y Páez, en los llanos occidentales de Venezuela, hacía una aparición exitosa al derrotar al coronel realista Francisco López en Achaguas. El Apure se convirtió repentinamente en territorio liberado y toda la estrategia de Páez y sus llaneros estuvo dirigida a controlar el poblado más importante: San Fernando de Apure. Páez puso sitio a la plaza que estuvo defendida por José María Quero, jefe realista acantonado allí y que pronto recibiría importantes refuerzos desde el centro.[113] El coronel Salvador Gorrín intentó, a finales del año 1816, abrirse paso con su columna para levantar el sitio, pero sus fuerzas fueron derrotadas por las de Páez, quien irrumpió en la historia de la guerra como uno de los más importantes caudillos regionales. En el occidente del país, la situación era de mucha más calma que en los otros lugares, pero, aun así, algunas partidas rebeldes que pudieron levantarse tuvieron que ser derrotadas por las fuerzas del realista Sebastián de la Calzada que, desde la Nueva Granada, entró por la provincia de Barinas trayendo órdenes de operar en la zona de los Andes venezolanos y mantener todo ese importante territorio bajo control.

De la misma manera que la épica republicana ha exaltado el paso de los Andes por parte de las fuerzas de Bolívar en el año 1819, hay que señalar, en justicia, que La Torre y las fuerzas realistas que lo acompañaron hicieron algo parecido cuando, desde los páramos neogranadinos, emprendieron la ruta

---

113 «Dejo en la provincia de Barinas al brigadier D. Ramón Correa con la cuarta división de su mando, y al coronel D. Sebastián de la Calzada con parte de la quinta en San Fernando, que cubran y defiendan las riberas del Apure y hostilicen en cuanto puedan al enemigo, como sucede con las frecuentes incursiones que hacen por toda la orilla derecha de aquel río, adonde recogen ganados y caballos y sorprenden los destacamentos del enemigo», comunicación del general don Pablo Morillo en Rodríguez Villa, *Don Pablo Morillo, Primer Conde de Cartagena, Marqués de la Puerta, Teniente General de los Ejércitos Nacionales (1778-1837). Resumen de su Vida,* pp. 103-104.

hacia los llanos venezolanos en los últimos meses del año 1816, con el objetivo de llegar a Guayana.

El capitán Sevilla, quien sirvió en el regimiento Cachirí[114] y acompañó a La Torre en esta dantesca travesía desde los páramos colombianos hasta las llanuras venezolanas en el profundo sur, nos ha descrito cómo las fuerzas españolas tuvieron que enfrentar las dificultades del clima y el terreno:

> A las ocho de la mañana continuamos nuestra marcha, sin poder adelantar más que cuatro leguas; dormimos al pie del gran páramo de Cachirí, en un sitio llamado el Carbón, donde construimos a toda prisa un rancho para guarecernos del insoportable frío que hacía. La helada ventisca que soplaba impidió a nuestros ateridos asistentes hacer la comida. El 11 empezamos a trepar el gran páramo, en medio de una densa neblina que impedía que se viera un hombre a diez pasos de distancia. A uno y otro lado del sendero que seguíamos había unos precipicios espantosos. Por ellos lanzábamos a cada momento los caballos muertos que, en número de unos 60, encontramos interceptándonos el paso.[115]

Morillo, a su vez, dando muestras de la actividad e iniciativa que lo caracterizaron, se puso al frente de sus propias fuerzas para emprender la reconquista de la isla de Margarita, luego de haber ingresado al país desde los llanos del Casanare, optando por los caminos terrestres en vez de los marítimos. Su primera impresión fue de preocupación, al señalar la hostilidad que encontró entre los habitantes de Barinas y las adversas condiciones del medio:

> Al mismo tiempo, paralizado el comercio desde que se anunció la expedición marítima de Bolívar, exhausto el Real Erario de todo recurso, cuando el armamento de buques y habilitación de tropas exigía gastos muy considerables, sin facultades el Capitán general para buscar dinero, todo presentaba el aspecto muy triste, y las consecuencias más funestas. Yo, entretanto, detenido en Santa Fe por la inundación de los llanos de Casanare, solo aguardaba la buena estación para venir en socorro de estas provincias con las fuerzas respetables que había organizado, y acabar de una vez con las bandas de fugitivos reunidas en Arauca y Guasdalito, bajo el nombre de Ejército del Casanare, las cuales siendo

114 Creado con soldados americanos, aunque a este cuerpo se le asignaron también una importante proporción de expedicionarios peninsulares; fue, en realidad, un regimiento realista mixto como los que, a partir del año 1817, se fueron conformando. Morillo asignó a sus oficiales europeos la tarea de adiestrar y dirigir a las tropas americanas leales al rey; en el fondo, hubo en Morillo, como en casi toda la oficialidad europea, una profunda desconfianza sobre la fidelidad y competencia de los oficiales realistas oriundos del país.

115 Sevilla, *Memorias de un Oficial del Ejército Español (Campañas contra Bolívar y los separatistas de América),* p. 82.

> el abrigo de los malcontentos de todas partes, habían formado una reunión bastante considerable, y después de destruirlos, penetrar en la provincia de Barinas y caer con el ejército donde fuere más oportuno. ¿Pero cuántas alteraciones no han tenido que sufrir mis planes? Cuando yo esperaba encontrar un apoyo en la fidelidad de los habitantes de Barinas, almacenes provistos de los artículos más indispensables para subsistir y para socorro de las heroicas tropas que venían atravesando los inmensos llanos de Casanare, sufriendo lo más duro que puede ofrecer la fatiga militar, en privaciones, riesgos y climas, y, en fin, estando en las orillas del Apure, me proponía concluir con los malvados y terminar la campaña, me encuentro con la provincia invadida, ocupada la capital, trastornada la opinión pública y engrosado el enemigo con todas las fuerzas que servían en las banderas de S. M.[116]

Morillo atribuyó el colapso de Barinas y de todo el territorio que lo circundaba al abandono del gobernador don Francisco López. Ya en Morillo, se había instalado un completo aborrecimiento y desconfianza hacia los funcionarios civiles realistas, a quienes acusó de ineptos y cobardes, achacándoles la responsabilidad de permitir con sus medrosas conductas que los enemigos del rey hubiesen vuelto a tomar la iniciativa en Venezuela. Para Morillo, la Administración civil realista fue negligente en asumir una constante como activa colaboración con el Ejército en el logro de sus objetivos básicos.

Los indultos reales y las proclamas que Morillo dirigió a los venezolanos en este segundo arribo se mostraron completamente ineficaces. La desconfianza hacia el militarismo realista ya se había instalado definitivamente entre la mayoría de los pobladores del país. La guerra había arruinado completamente a casi todos y las partidas rebeldes se convirtieron en una auténtica alternativa de poder que, para muchos, desde entonces, se tornó en atractiva. Los usos y abusos de la propaganda realista proclamando el nombre mágico del rey como fundamento del orden español en la Costa Firme, de pronto, se habían desvanecido. Morillo recomendó a las autoridades peninsulares la acuciosa venida de numerosos sacerdotes con quienes poder influir ideológicamente a una población escéptica sobre las ventajas de seguir apoyando febrilmente la causa de Fernando VII.

Calzada y Morales, jefes de caballería de procedencia civil, no fueron capaces de asumir el liderazgo de los llaneros que acompañaron a Boves en

---

116 Rodríguez Villa, *Don Pablo Morillo, Primer Conde de Cartagena, Marqués de la Puerta, Teniente General de los Ejércitos Nacionales (1778-1837). Resumen de su Vida,* pp. 98-99.

su odisea del año 1814; ninguno tuvo el carisma del asturiano para reasumir la jefatura sobre los pardos y llaneros. Páez, un nuevo jefe republicano afincado en la zona del Apure, logró captarlos interpretando las ansias reivindicativas desde el punto de vista social y económico, asumiendo la guerra como un medio de promoción, pero, esta vez, dentro de las filas republicanas.

El año 1817 fue quizá el más importante en toda la guerra de la independencia de Venezuela desde el punto de vista militar. Morillo pudo darse cuenta de que los «rebeldes» ya no eran fuerzas despreciables, mal armadas e inexpertas; que Bolívar y otros caudillos que lo acompañaban eran tenaces enemigos y que luchaban con inusitado entusiasmo por la causa de la independencia. El descalabro sufrido en la isla de Margarita y la caída de Guayana pusieron al hasta ahora victorioso e invencible Morillo junto con los partidarios de la causa del rey, por primera vez a la defensiva.

Es necesario seguir la evolución de los acontecimientos para darnos cuenta de cómo el alto mando realista encaró el reto de derrotar a los «rebeldes» proindependentistas que aspiraron a ser reconocidos como beligerantes dentro de una guerra de liberación.[117] Morillo dispuso un ataque en tenaza simultáneo hacia el oriente en dirección a Cumaná, Barcelona y Margarita, y otro, dirigido hacia el sur, teniendo como destino la provincia de Guayana. Para Morillo, en ese momento fue evidente que la resistencia rebelde había sido subestimada y mal atendida durante su ausencia. Aunque, en poco tiempo, tuvo que reconocer, luego de las primeras derrotas ocurridas bajo su directo mando a lo largo del año 1817, que la guerra en Venezuela no podía ganarse atendiendo tantos frentes a la vez y con unas fuerzas tan diezmadas

---

117 Esto es muy importante tenerlo claro; para los realistas, sus enemigos en Venezuela fueron unos rebeldes alzados en armas a quienes había que castigar y reprimir, mientras que los republicanos aspiraron a la independencia de la monarquía hispana y, por lo tanto, el conflicto lo encararon como una guerra de liberación en contra de una potencia colonial. El manejo de las distintas perspectivas históricas es una herramienta teórica y metodológica de primera magnitud para poder asumir una comprensión integral de este tipo de procesos históricos estudiados tradicionalmente bajo la imposición de los sesgos ideológicos influidos por el nacionalismo. El proceso descolonizador de la primera expansión capitalista liderada por España y Portugal en los siglos XV y XVI lo llevaron a cabo, en un primer lugar, los colonos de la América del Norte en contra de los ingleses y, en el Caribe, los esclavos de color haitianos en contra de los franceses. Era algo inevitable que los súbditos españoles se plantearan la posibilidad de alcanzar la autonomía e independencia de sus territorios.

como las europeas, incapaces de poder ser reemplazadas desde España u otros puntos de la misma América. El Apure, con los llaneros de Páez; la Guayana, con las fuerzas de Piar, y la isla de Margarita, con los soldados aguerridos de Arismendi, fueron los tres frentes militares que se propuso atender de manera prioritaria. Toda la estrategia militar realista en Venezuela estuvo condicionada por la inmensidad de los espacios y el agotamiento incesante de los recursos humanos y materiales destinados para la guerra. Los caminos eran malos, inhóspitos e inseguros; la falta de una cartografía fidedigna atentó contra unos desprevenidos soldados europeos inexpertos en las luchas y combates propios del clima tropical. La temporada de las lluvias entre los meses de mayo y octubre paralizaba casi completamente los movimientos militares, obligando a los ejércitos a un paro forzoso, a recluirse en los «cuarteles de invierno»; las llanuras venezolanas, casi la misma mitad de todo el territorio del país, pasaban a convertirse en un auténtico lago, cuyos abundantes ríos terminan por desbordarse. En contraste, la temporada de sequía convertía ese mismo hábitat en un inclemente desierto polvoriento. Pero fue, en el verano del trópico, donde se realizaron las principales campañas y combates.

Y hay que hablar, de ahora en adelante, de campañas, ofensivas, operaciones y movilizaciones de fuerzas ya que, a partir del año 1817, la guerra en Venezuela se hace cada vez más con un sentido auténticamente militar. Las fuerzas que combaten cada vez son mayores y mejor equipadas con armamento de primera línea; la infantería debía cumplir un rol complementario a los cuerpos de caballería y la utilización coordinada y acertada de ambas fuerzas era un requisito fundamental para aspirar a la victoria; los jefes de cada ejército pusieron un mayor empeño en la disciplina militar y el respeto a la jerarquía dentro de las cadenas de mando, conformándose genuinos Estados Mayores; las deserciones eran castigadas con el fusilamiento y los procesos de reclutamiento se intentaron llevar a cabo de una manera más concienzuda. Aun así, el conocimiento del medio y de la geografía, junto con la mejor adaptación de los combatientes al terreno, determinaron, la mayor parte de las veces, la obtención del triunfo sobre el adversario y es, en este último aspecto, en donde la ventaja se inclinó sobre los republicanos.

La estrategia militar de Morillo adoleció, desde un principio, de una falla que lo condenaría al fracaso y que, en realidad, tuvo que ver con la in-

capacidad de España en reforzar con nuevas expediciones el esfuerzo militar que se comenzó en el año 1815 ya que, al fin y al cabo, la política de Estado por la que optó Fernando VII y sus ministros para atajar los movimientos rebeldes de las colonias fue la de la reconquista militar. Morillo quedó completamente desbordado por una empresa militar de gran magnitud, pero contando con medios insuficientes para llevarla a cabo. Muy pronto tuvo que dividir y dispersar sus escasas fuerzas para atender distintos y lejanos frentes a la vez. Esta disgregación de sus efectivos fue, en su origen, el principal error cometido por los expedicionarios.

Creación de un batallón realista en Venezuela

Los reemplazos desde la Península cada vez tardaban más en tocar el suelo de Venezuela, ya que la recién restaurada monarquía de Fernando VII estaba completamente quebrada. La alternativa fue la creación de batallones realistas con nuevos reclutas americanos, sostén y base del Ejército español en la Costa Firme en los años sucesivos de la guerra.

Dejemos que sea el testimonio del capitán Sevilla el que nos ilustre sobre el procedimiento que, en ese entonces, se seguía para la formación de un batallón:

> En el pueblo del Rosario encontramos a Calzada. Nos tenía preparados unos seiscientos reclutas, que parecían una manada de carneros; pasaban lista sentados en el suelo. Carmona en seguida empezó su tarea, eligiendo para la primera compañía, que debía ser la de preferencia, a los soldados viejos que habían servido con Morales y Calzada, los de mayor estatura, los europeos del fijo de Puerto Rico y los restos del regimiento Granada que había pasado a dicha isla, distribuyendo los sargentos en las compañías, creando cabos y formando un taller para hacer vestuarios, zapatos, morriones, mochilas y cartucheras.
>
> Yo fui el comisionado para organizar y dirigir este taller y para instruir a los sargentos y cabos. Nunca estuve más ocupado que entonces; a fuerza de oficiar a los alcaldes conseguí lienzos, suelas, cueros, materias primas indispensables. En menos de un mes ya estaba el batallón equipado y organizado. Así se levantaban los batallones en América.[118]

118 Sevilla, *Memorias de un Oficial del Ejército Español (Campañas contra Bolívar y los separatistas de América),* pp. 123-124.

La «americanización» de las fuerzas expedicionarias de Morillo fue un proceso constante que la realidad le impuso y que, al final de la guerra, fue el sostén de los partidarios del realismo.[119]

Aunado a las bajas producidas por las enfermedades, el otro gran reto que tuvo que enfrentar Morillo y la oficialidad realista fue el espinoso asunto de las deserciones, que cada vez se producían con más frecuencia. En agosto del año 1816 Morillo, junto con su jefe de Estado Mayor, Pascual Enrile, había hecho público, para conocimiento de todos los soldados de su ejército, un draconiano documento sobre la disciplina que debía regir entre sus hombres. El artículo primero recoge lo esencial de todo el reglamento, que aspiró a sancionar el delito de las deserciones siguiendo un procedimiento judicial verbal, llevado a cabo por los oficiales de cada cuerpo o regimiento:

> Art. I. El delito de deserción, muerte y heridas de soldado a soldado, robo en cuartel o acantonamiento, faltas de subordinación y contra la disciplina, se juzgarán en juicio verbal, dentro de las veinticuatro horas, contadas desde que el culpado fuere aprehendido y encargado a su cuerpo.[120]

Expedición de La Torre para liberar Guayana

La primera y más importante campaña militar llevada a cabo por las fuerzas realistas en Venezuela en el año 1817 fue la liberación del asedio a que estaba sometida Guayana por las fuerzas del jefe republicano Manuel Piar. El recorrido llevado a cabo por la expedición de La Torre, atravesando los páramos neogranadinos e internándose en el laberinto de ríos que inundan los llanos venezolanos, puso de relieve las dificultades con las que se tenían que enfrentar las fuerzas españolas en Venezuela.

---

119 «En Venezuela, el Fijo de Puerto Rico había sido incorporado al Regimiento de León, dado que ambos estaban bajos de fuerza. El segundo inició así su proceso de "americanización". En la misma línea, el Regimiento de Granada, también peninsular, quedó "reconstituido como los Dragones (de la Unión) por soldados venezolanos" (tomado de Lecuna, vol., p. 253). El propio regimiento favorito de Morillo, el de Infantería de la Unión, crea un II Batallón, a base de personal local. Por último, los Cuerpos inicialmente americanos, como Numancia, se aumentan con nuevos Batallones. Resultado de ello es que el Ejército realista de Venezuela, masivamente americano hasta 1815 y europeizado entre 1815 y 1816, vuelve a incrementar su componente local». Véase Albi, *Banderas olvidadas, el ejército realista en América,* p. 182.

120 R. A. H., Bando de Morillo con relación a la disciplina de la tropa realista, Santa Fe, 5 de agosto de 1816.

Morillo creyó que La Torre y sus fuerzas eran suficientes para aniquilar a un enemigo a quien todavía se le seguía subestimando y a quien, en realidad, poco se le conocía. Las previsiones de Morillo fueron acertadas, pero los obstáculos a los que se enfrentaba mucho mayores:

> Ya en esta época solo me ocupé en hacer salir la expedición que destiné en auxilio de Guayana, sitiada por el rebelde Piar, quien la había estrechado considerablemente, apoderándose de las Misiones, y no fue sin grandes trabajos, y venciendo obstáculos increíbles que tuve la satisfacción de verla marchar el 9 de marzo último, compuesta del batallón de cazadores de Cachirí, de un escuadrón de lanceros del país, una compañía de húsares de Fernando VII y un destacamento del sexto escuadrón de artillería volante, en todo la fuerza total de 1200 hombres, al mando del brigadier D. Miguel de La Torre, quien además llevaba 150 cazadores europeos, expedición que jamás se ha visto, ni tan numerosa ni tan bien equipada, navegando por un río en buques tan pequeños como los que se emplean en esta clase de navegación, teniendo que vencer la gran falta de ellos que se experimenta en el día.[121]

A La Torre se le plantearon tres grandes retos: enfrentarse a la caballería llanera de Páez, que le iba a cortar el camino apenas su columna entrara en los llanos apureños; lo inhóspito de un terreno lleno de peligros y con dificultades en los caminos por donde transitar y, finalmente, el general Piar, al frente de unas fuerzas cada vez más expertas y decididas.

El capitán Rafael Sevilla[122] formó parte de la expedición que condujo La Torre hasta Guayana y, una vez más, recurrimos a su testimonio para señalar qué aspectos de esa campaña militar pudieron sorprender o llamar

---

121 Rodríguez Villa, *Don Pablo Morillo, Primer Conde de Cartagena, Marqués de la Puerta, Teniente General de los Ejércitos Nacionales (1778-1837). Resumen de su Vida,* p. 102.

122 Las *Memorias* del capitán Rafael Sevilla nos permiten hacerle un seguimiento a las vicisitudes de la expedición de Morillo entre los años 1815-1820 desde la perspectiva de un soldado que sirvió en ese ejército. El de Sevilla es un testimonio un tanto espontáneo y entusiasta, evidentemente parcial a favor del absolutismo español. Sevilla, como muchos otros compañeros de armas, se consideró un patriota al servicio de su rey y país, dando demostraciones de un talante de hierro para enfrentar la adversidad en las luchas a las que tuvo que hacer frente en el medio tropical. Hacia sus enemigos les reconoció valor y les respetó como combatientes, pero consideró una traición el llamado de los liberales del año 1820 a lograr un armisticio con estos. Para Sevilla, el armisticio del año 1820 permitió a los rebeldes tomar una ventaja determinante en el desenlace de la guerra. El relato de Sevilla acaba luego de la derrota realista en Carabobo en junio de 1821, lo que determinó su traslado hacia la isla de Puerto Rico. Sevilla falleció como coronel en Puerto Rico en el año 1856, y sus *Memorias* aparecieron públicamente en el año 1877.

la atención a los legionarios españoles que participaron en ella. Para los soldados españoles, la naturaleza venezolana fue algo digno de asombro por la espectacularidad de sus paisajes y la exuberancia de la flora y fauna. Sevilla y su escrito rememoran a los primeros aventureros, sacerdotes y cronistas hispanos, que también quedaron maravillados por unos escenarios naturales que muchos identificaron como el propio paraíso. La descripción que hace de los llanos es elocuente y embellecida por algún giro poético, siendo la suya la misma impresión que, hoy día, seguimos teniendo la mayoría de los venezolanos sobre estas infinitas praderas que se mantienen aún inaccesibles a la llegada del urbanismo:

> Eran las siete de la mañana. El sol matutino iluminaba ante nosotros un paisaje nunca por mis ojos contemplado.
>
> En una extensión tan dilatada, que solo el horizonte visible le servía de término, veíase un mar de hierba, en el cual la brisa dibujaba perfectamente las movibles ondas. Diríase que era un Océano cubierto de esmeraldas.
>
> Aquellas inmensidades inspiraban el sentimiento de lo sublime: la existencia del hombre en nada se revelaba allí. Parecía la tierra desierta acabada de salir de las manos de Dios, cuando la humanidad no había sido todavía creada.
>
> Para aumentar más la ilusión de que era un mar lo que teníamos delante, de trecho en trecho divisábanse algunas lejanas velas de buque; eran las palmeras; los pequeños bosquecillos u oasis que se columbraban, semejaban islotes, en medio del azulado horizonte.
>
> Por medio de este desierto que se extiende inmenso hacia el Sur, marchamos varios días de sol a sol. Los peces de aquel mar eran vacas y toros montaraces, caballos y venados que huían en grandes manadas, abriéndose paso por entre las yerbas que las cubría. El piso era abrasador y ceniciento como la lava molida de un volcán.[123]

Pero ese inmenso «mar», que se parece a un desierto, fue un espacio que contuvo siempre grandes peligros para los legionarios españoles. La adaptación a las condiciones del medio venezolano fue siempre difícil y la guerra se hizo en unas condiciones de nomadismo creciente, que impuso a los soldados y oficiales un constante desgaste. Las largas marchas por caminos y senderos en gran parte desconocidos; la amenaza de insectos molestos y animales peligrosos como las culebras, tigres y pirañas; la permanente merma de energía nerviosa y emocional debido a la atención que todos

---

123 Sevilla, *Memorias de un Oficial del Ejército Español (Campañas contra Bolívar y los separatistas de América),* pp. 129-130.

debían tener por la constante amenaza de un enemigo móvil y escurridizo que siempre los podía emboscar en cualquier lugar de la ruta, ya sea por tierra o en los mismos ríos navegables y, ya por último, la falta adecuada de los suministros y provisiones para mantener atendida a la tropa, sobre todo agua salubre y alimentos, fueron preocupaciones que La Torre, junto con sus soldados, tuvieron que atender:

> Dormíamos en los bosquecillos, que encontrábamos llenos de tigres y culebras mortíferas, y una peste tal de garrapatas de todos los tamaños, que no nos permitían conciliar el sueño. En breve estuvieron nuestros cuerpos cubiertos de una especie de sarna, que nos picaba de un modo insufrible.
>
> A veces teníamos que desnudarnos para arrancarnos aquellos inmundos insectos. Y no podíamos pasar las noches sino en los bosquecillos que nos habían parecido oasis y que eran infiernos, pero solo en ellos hallábamos agua y leña, artículos indispensables en un campamento.
>
> En medio de todos estos inconvenientes, desde que entramos en los Llanos ya pudimos comer carne fresca, pues cazábamos todo el ganado que queríamos. Yo fui el primero que maté un toro de un balazo, la primera noche de esta vida nómada.[124]

Cuando las fuerzas de La Torre ingresaron por primera vez en el llano apureño, tuvieron que enfrentarse a los aguerridos llaneros de Páez que, dueños de la zona, estuvieron dispuestos a no dejarles pasar. Por primera vez, dos concepciones de asumir la guerra y las tácticas de combate se iban a encontrar de una manera clara. La guerra venezolana quedó marcada por las condiciones del terreno en donde se desarrolló la lucha y ambos contendientes intentaron sacar el máximo provecho de ello.

La Torre, con sus orgullosas fuerzas conformadas por tres batallones de infantería (Cachirí, Victoria y tercero de Numancia), tres escuadrones de caballería y un escuadrón de artillería con un total de 1000 infantes y 800 jinetes, estuvo convencido de su superioridad, debido al profesionalismo y conocimiento de las técnicas y tácticas de combate más al uso en los campos de batalla europeos. La famosa y ya probada infantería realista estuvo convencida de imponer su superioridad sobre cualquier enemigo que osara entablar combate contra ella. Por otro lado, la caballería de Páez, la misma que dirigió José Tomás Boves en los años 1813-1814, ya se había distinguido por ser un arma movible ideal para el combate en los espacios abiertos.

---

124 Ib., p. 130.

Ambos adversarios estuvieron dispuestos a demostrar qué concepción militar era superior a la otra y, para ello, el enfrentamiento en el campo de Las Mucuritas fue el escenario escogido.

El 28 de enero del año 1817 se enfrentaron ambas tropas con un resultado incierto. Para la historiografía venezolana, el combate fue un evidente triunfo de Páez y sus jinetes, mientras que los testimonios realistas nunca han presentado la acción como una derrota.

Lo cierto del caso es que la infantería realista se formó en cuadro y pudo contener las formidables y repetidas cargas de los llaneros hasta un número sorprendente de 14 consecutivas, situación esta que llevó a Páez a incendiar la hierba seca de los alrededores en la sabana para envolver con el fuego a sus enemigos y conseguir su dispersión. La Torre pudo advertir a tiempo esta inesperada estratagema y logró poner a su tropa a resguardo refugiándose en una cañada llena de agua aledaña a la acción. En esa oportunidad, ninguno de los adversarios pudo demostrar una superioridad evidente sobre el otro.

Otros combates se fueron sucediendo en la zona y con unas características semejantes a lo ocurrido en las Mucuritas. Aquí describimos seguidamente cómo los batallones de infantería realistas se formaban en cuadro para repeler las embestidas de la caballería republicana:

> Formen el cuadro —gritó Carmona—: doblen fondo las segundas cuartas; media vuelta a la izquierda.
>
> El movimiento se verificó con la rapidez del rayo. De este modo quedamos en actitud de hacer fuego por vanguardia y retaguardia y de resistir algún tanto el primer ímpetu; pero no había habido tiempo para meter nuestra escasa caballería en el centro por lo que la dimos por perdida.
>
> —¡Matad, soldados, porque si no morís!
>
> Esta fue toda la arenga del jefe.
>
> Los insurgentes acometieron como fieras, pero nuestro fuego a boca de jarro los diezmó. Varios, ciegos de coraje, lograron meterse dentro del cuadro por los claros que había entre mitad y mitad; pero allí pagaron con la vida su temerario arrojo. Los que escapaban de la infantería los pasaban a cuchillo los cien caballos de Palomo, que se había colocado al amparo de la retaguardia.[125]

125 Ib., p. 131.

Ya, desde entonces, los republicanos se destacarían en el uso de la caballería, en que, por lo general, siempre se mostraron superiores tanto por su mayor número como en su diestro manejo, mientras que los realistas optaron por privilegiar a la infantería, cuya movilidad en terrenos abiertos tuvo una desventaja palpable.

Luego del enfrentamiento en Las Mucuritas, la columna de La Torre se internó en las soledades del Llano, realizando marchas forzadas tanto por los caminos terrestres como por las vías fluviales que podían transitar. Era una marcha veloz en contra del tiempo, ya que los informantes y espías realistas habían logrado conocer sobre las incursiones y ataques del general republicano Manuel Piar sobre las plazas fuertes de Guayana y las misiones del Caroní, defendidas en ese entonces por el jefe realista Fitzgerald.

Manuel Piar era el mismo jefe que había obtenido un resonante triunfo en la batalla de El Juncal sobre Morales y que se había unido a las guerrillas de Pedro Zaraza y José Tadeo Monagas. Esas fuerzas, un total de 800 infantes y 200 jinetes, se trasladaron hacia el sur del río Orinoco, evitando a los refuerzos realistas que, desde el centro, eran enviados para recuperar Barcelona, Cumaná y Margarita. El mismo Bolívar tuvo que reconocer lo errado de su anterior estrategia y decidió evitar un ataque frontal en contra del dispositivo realista en el centro del país, trasladándose hacia los alrededores de Guayana el 25 de marzo de 1817. El Libertador aprovechó los impresionantes éxitos militares que las fuerzas republicanas bajo el liderazgo de Piar venían consiguiendo en la zona y procuró no solo contribuir personalmente con el esfuerzo militar, sino intentar afianzar su cuestionado liderazgo entre los jefes orientales y guayaneses.

Sitio de Guayana

Uno de los capítulos más importantes y poco estudiados por la historiografía venezolana fue el sitio de Guayana llevado a cabo por las fuerzas de Piar en contra de los realistas guayaneses. Afortunadamente, hemos podido obtener el testimonio completo e inédito de un capitán de milicias español, oriundo de Gerona, que ha dejado una completa relación de todas las incidencias de la guerra sobre el territorio guayanés. Tomás

Surroca y de Montó es el nombre de este soldado, cuya narración histórica puede servirnos para arrojar nuevas ideas sobre este apartado de la lucha por la independencia en Venezuela. El título de esta crónica es el de *Relación histórica de los sucesos Políticos y Militares de la Provincia de Guayana, una de las de Venezuela, desde los principios de las convulsiones de 1810, hasta el de 1817 en que fue su general emigración; en la cual se insertan algunos particulares referentes a la Revolución de la Costa Firme, hasta julio de 1821* y *Escrita por Don Tomás Surroca y de Montó, Capitán de Milicias Disciplinadas de dicha Guayana, y Comandante Militar de Ocumare de la Costa. 1821.*[126]

Lo que nos describe Surroca y Montó es la crónica de la guerra de acuerdo con sus incidencias político-militares en un tono propatriota de evidente tendencia monárquica. A continuación nos vamos a valer de su testimonio para reconstruir este proceso, sabiendo de antemano de su parcialidad y las dolorosas circunstancias del autor cuando lo escribió. Aun así, testimonios de este tipo son de invalorable valor histórico porque recogen un punto de vista normalmente desestimado de acuerdo con la óptica de los

126 Reiteramos nuestro agradecimiento al profesor Juan Echeverría, profesor de la Universidad del Zulia, por facilitarnos el manuscrito que logró ubicar en el archivo de la Real Academia de la Historia en Madrid entre los años 1973-1974 bajo las siglas 9-7035 y la antigua 11-3-2-553. Que sepamos, hasta los actuales momentos, este manuscrito no ha sido publicado por nadie y solo espera de un completo estudio y una adecuada financiación para que se lleve a efecto. La semblanza biográfica de don Tomás Surroca y Montó es como sigue: nació en Gerona y llegó a Guayana en 1805, radicando allí junto a su familia; en 1817 fue herido en acción dos veces (ruptura de la tibia y hernia inguinal); fue nombrado comandante de Ocumare de la Costa en 1820 solicitando el retiro a España. Es mandado a llamar a Puerto Cabello y, posteriormente, La Torre lo envió a Puerto Rico, navegando en el barco *Rosalía* de la compañía Flaguer de Barcelona y, finalmente, se trasladó a España hacia el puerto de Cádiz el 12 de noviembre del año 1822 en el buque *Nuevo Rápido.* Pagó de su bolsillo el pasaje para él de 200 duros; por su esposa, 200 duros; por un hijo, 60 duros y su criado, 60 duros, ascendiendo el total a 520 duros. Al capitán de la goleta se le dieron 2500 reales de vellón y el Gobierno solo le reconoció la cuarta parte. El resto de su vida se la pasó pidiendo el pago de deudas y aumento de pensión de inválido. Todos estos datos fueron suministrados por el profesor Juan Echeverría. Es bueno acotar también que esta larga relación de hechos que escribió este capitán de milicias español es su prueba más fehaciente de los servicios que prestó a la causa del rey en Costa Firme y que, valiéndose de ella, quiso obtener recompensas, honores y reconocimientos que, al parecer, nunca obtuvo de parte de las autoridades en la Península.

vencedores. La historia escrita asociada a la memoria, el recuerdo y el olvido de quienes la elaboramos, por lo general, han servido para justificar causas, valores e intereses vinculados a los orígenes, el poder, el dinero y toda la simbología que se ha construido alrededor de la nación y la patria. Pero este recuerdo es francamente selectivo y tendencioso y, como a nosotros lo que nos interesa es ofrecer las voces acalladas de este proceso sin ánimo de justificar nada, pero sí de contribuir a nuevas perspectivas interpretativas que enriquezcan el conocimiento haciéndolo más amplio y plural, es por ello que le conferimos una gran importancia a este tipo de documento y testimonio.

Como ya hemos hecho notar en los capítulos precedentes, la importancia de la provincia de Guayana en el curso de la guerra fue de primera magnitud. Era una provincia dueña de todo el sudeste del territorio venezolano, rica en ganado, madera y productos agrícolas; prosperidad apuntalada por unas pujantes y rentables misiones de indios esparcidas por todo el territorio y con unas vías fluviales que le permitían, en ese entonces, una fluida comunicación e intercambio hacia el Atlántico y el Nuevo Reino de Granada. Tanto Moxó como Morillo muy pronto se percataron de que su conservación era fundamental para aspirar a la victoria sobre las fuerzas rebeldes.

Bolívar y los jefes republicanos también comprendieron, ya en el año 1817, que desde Guayana se podía hostilizar todo el resto del país aprovechando su aislamiento geográfico y la riqueza de sus productos, que podían intercambiarse por armas con los comerciantes ingleses de la isla de Trinidad.

Pero la rica Guayana a duras penas podía ejercer una presencia demográfica significativa que le pudiera garantizar, con alguna posibilidad de éxito, su autonomía político-económica y propia defensa ante el acoso de los enemigos. Un testimonio realista de la época nos permite saber la composición de la población y la situación de la provincia de Guayana todavía bajo el control realista:

> La población actual de esta Provincia consiste en once vecindarios cortos de españoles repartidos en cuatro ciudades y siete villas y unas y otras a excepción de la capital lo son en el nombre solamente y en sesenta y dos Misiones de Indios que doctrinan los padres observantes desde Nueva Guayana; alto y bajo Orinoco; y los padres capuchinos catalanes desde el río

> Caroní ocho leguas más acá de las Fortalezas de Antigua Guayana, que todas componen el número de veintinueve mil y cuatrocientas almas españolas de color, y naturales de ambos sexos.[127]

Varios asedios ya habían tenido que enfrentar los guayaneses sobre su capital, amurallada y defendida por soberbias baterías que controlaban los pasos del río Orinoco y los principales accesos terrestres. Pero sus autoridades sabían que el aislamiento prolongado los condenaría a una derrota segura. Las llamadas de auxilio a Caracas fueron constantes desde el comienzo de la guerra y, cuando llegó Morillo, muchos creyeron que la amenaza republicana había quedado aplastada. Pero los jefes republicanos, que venían operando con guerrillas a lo largo de la costa central y oriental, se desplazaron hacia el sur intentando encontrar un refugio en las vastedades de la zona y sus intrincados caminos. A partir de entonces, el punto de mira fueron las posesiones guayanesas que, desde el año 1810, se habían mostrado persistentemente favorables a mantenerse al lado de la causa que representó el rey Fernando VII.

En el año 1816, Moxó fue negligente en reforzar a los guayaneses y nunca se preocupó por resolver la situación militar de emergencia que hubo constantemente. Apenas hizo el esfuerzo de enviar a Gorrín con un escaso destacamento, que fue suficiente para derrotar las partidas de Cedeño, jefe guerrillero este que estuvo hostigando los alrededores. Aunque más adelante Gorrín y su columna abandonarían los predios guayaneses, dejándolos otra vez solos.

Morillo destinó a un nuevo gobernador de la provincia en julio de 1816; se trató del coronel don Lorenzo Fitzgerald, venido desde Cádiz, encargado de relevar en el mando a Ceruti; jefe este, a su vez, que había apartado del poder a Farreras, generando un conflicto de competencias en la cima del poder provincial.

Los cambios abruptos de autoridades entre los realistas trajeron casi siempre consecuencias negativas en la moral y la continuidad en el esfuerzo de la guerra. Aunque Fitzgerald, apenas hizo su arribo, demostró

---

127 S. H. M., «Descripción/Informe Político/Militar de la Provincia de Guayana», José Mariano Aloy, Nueva Guayana, 14 de julio de 1810.

una actividad desacostumbrada en el uso de sus atribuciones reuniéndose con los vecinos, propietarios y comerciantes para recabar los insumos necesarios para el esfuerzo bélico. Envió a emisarios a las distintas misiones, para poner en conocimiento de estas que el esfuerzo mancomunado en una misma dirección podía garantizar que la zona fuese defendida con éxito. En los meses últimos del año 1816, preparó una incursión en contra del apostadero de Caicara, cuyo control era estratégicamente necesario para mantener abiertas las comunicaciones con la provincia de Barinas y, así, poder realizar los tradicionales intercambios comerciales que la economía guayanesa procuraba para poder subsistir. La otrora orgullosa marina guayanesa, con sus eficientes y ya probadas fuerzas sutiles, encontró cada vez mayores dificultades para controlar los numerosos apostaderos y las embarcaciones enemigas, que ya empezaban a surcar con mayor impunidad por los ríos que circundan el territorio. La falta de embarcaciones, marineros y soldados con una adecuada paga y motivación fue un mal crónico que mermó la capacidad militar de la marina de guerra guayanesa.

Ya en los meses últimos del año 1816, no hubo posibilidades de emprender costosas ofensivas y Piar empezó a concentrar numerosas fuerzas para poner sitio a la ciudad de Angostura o también conocida como Guayana, la capital. En enero de 1817, empezó el tercer y último sitio sobre Guayana, con ataques nocturnos llevados a cabo en oleadas consecutivas que fueron repelidas por los defensores.

El gran temor que siempre tuvieron los guayaneses fue el de quedar aislados del exterior sin poder contar con los socorros de otros territorios vecinos. Las enfermedades y «calenturas» muy comunes en la zona volvieron a hacer su aparición en noviembre de 1816, afectando a la moral de la tropa e instalando la desesperación e impaciencia sobre sus habitantes. La mayoría de los caminos terrestres empezaron a estar controlados por el enemigo y las vías fluviales seguían siendo los únicos espacios aún libres para garantizar el aprovisionamiento de la capital y los pueblos cercanos. Varias goletas despacharon a los guayaneses para que compraran en Trinidad y las islas del Caribe oriental los víveres que la población tanto necesitaba y que ya empezaban a escasear.

Todo sitio militar sobre una plaza se fundamenta en que el atacante prive a los sitiados de acceso al exterior. Es por ello que una de las prime-

ras medidas llevadas a cabo por las autoridades realistas fue el almacenamiento de provisiones:

> El Gobernador nombró a los Regidores Don Vicente Oliver y a Don José Antonio Pérez, para que hiciesen matar todo el ganado vacuno, y el primero dirigiese el salar la carne en salmera, y el segundo en tasajo, todo lo cual entra en los almacenes de la provisión.[128]

Las autoridades pasaron aviso a los misioneros capuchinos para que mandasen indios armados y todos los comestibles posibles, sobre todo el maíz y el casabe. A los soldados se les impuso la tarea de apresar 8000 cabezas de ganado para conducirlas a las sabanas dentro de las fortalezas.

La defensa de la capital involucró a todos los ciudadanos; el pueblo se puso en armas y los paisanos se convirtieron en milicianos. Las mujeres ayudaron con el vestuario de la tropa, la atención a los heridos y la elaboración de la comida. Se impartió la orden oficial de que los vecinos y sus familias debían hacer acopio de provisiones en sus respectivas viviendas para mantenerse por tres meses. A los hacendados y comerciantes se les pidió, una vez más, su colaboración en dinero, provisiones y hombres. Varias compañías fueron apresuradamente disciplinadas y armadas, destacándose una formada por 250 esclavos bajo el mando de don Francisco Farreras. A las flecheras se les ordenó vigilar los apostaderos y los principales pasos para evitar los movimientos del enemigo, haciendo especial énfasis en mantener despejada la ruta fluvial que mantiene comunicada a Guayana (capital), junto con las fortalezas de la Antigua Guayana.

El orden de las fuerzas realistas encargadas de la defensa en la capital quedó establecido de la siguiente manera:

— Derecha: batería número 1 bajo la dirección del comandante don Nicolás Ceruti, teniente coronel del Regimiento de Barbastro, con dos cañones de a 12; batería número 2, con un cañón de a 12, bajo el mando del comandante don Fernando Lizarzo,

---

128 Surroca y Montó, *Relación histórica de los sucesos políticos y militares de la Provincia de Guayana, una de las de Venezuela, desde los principios de las convulsiones de 1810, hasta el de 1817 en que fue su general emigración; en la cual se insertan algunos particulares referentes a la Revolución de la Costa Firme, hasta julio de 1821,* Madrid, 1821, p. 259.

teniente de fragata de la Real Armada; batería número 3, con un cañón de a 8, cuyo comandante fue el oficial Lirenzo Lizama, teniente de pardos.

— Izquierda: batería número 4 con un cañón de a 8, comandante don Antonio Rosada, subteniente de Barbastro; batería número 5 con dos cañones de a 5 con el comandante don Tomás Surroca de milicias blancas; batería de Alameda con seis cañones con el comandante don Francisco Sales de Echavarría.

— En el Orinoco se habían apostado las siguientes fuerzas: la fragata *Mercedes,* armada en corso con 14 piezas de artillería; la goleta de don Vicente García, subteniente de fragata, con tres cañones; la goleta de don Ignacio Sumarregui, subteniente de fragata, con cinco cañones; una goleta con un cañón de a 18 flanqueaba la batería número 1; en la laguna había tres flecheros con pedreros o cañones de a tres que flanqueaban la batería número 5.

La tropa fue distribuida de la manera más conveniente y los trabajos para reforzar las fortificaciones se hicieron de manera permanente. La confianza pública volvió entre los guayaneses, que asumieron la defensa de su bastión como una causa común:

> Cada Comandante quería que su punto fuese el más fuerte y cómodo, por lo que en toda la línea se formaron caneyes para resguardar a los soldados de los soles y lluvias, de modo que casi toda la tropa colocada en su punto podía hacer fuego sin mojarse, lo que contribuyó a la conservación de la salud de los defensores, y a la desesperación de los sitiadores quienes acabaron de perder la esperanza de lograr alguna sorpresa, para entrar en la plaza.[129]

Las juntas de guerra convocadas por Fitzgerald se hicieron más frecuentes y en todas ellas se procuró atender y cuidar los más mínimos detalles de la defensa.

Piar intentó varias veces el asalto frontal aprovechándose de la oscuridad de la noche, pero sus intentos fueron infructuosos; los guayaneses se habían preparado para resistir a los asaltantes y, además, ya se conoció entre ellos la noticia de que La Torre y su columna de un momento a otro iban a arribar. Esta es la razón por la cual Piar decidió tomar la caballería y

129 Ib., p. 272.

dirigirse con esas fuerzas a ocupar el territorio donde se encontraban las misiones, dejando a Cedeño al frente de la infantería para que mantuviese el cerco sobre los principales reductos que guarnecían la ciudad de Angostura. Los realistas, temiendo un ataque sobre las fortalezas de la Antigua Guayana, decidieron enviar al teniente coronel Ceruti con un piquete de milicias a reforzar allí esas baterías.

Cuando Piar se internó en el Caroní, tuvo que hacer frente a las fuerzas realistas apostadas en la zona bajo el mando de los jefes Jaime Villa, Juan Sánchez y Rafael Ramos, encargados de proteger los pasos del río Caura, que permite acceso a las misiones. Sánchez, que guardaba el paso del Guri y el pueblo la Misión, apenas supo que Piar y sus fuerzas estaban talando árboles para hacer canoas y pasar el río, abandonó su posición y se fue a refugiar a la carrera en las fortalezas de la antigua Guayana. El comandante Villa abandonó de la misma manera el paso de Caruachi y permitió que los enemigos saquearan las misiones y pueblos de esa zona, consintiendo que los republicanos se apoderaran de suministros vitales, que estaban destinados a sostener a los sitiados en las fortalezas. El otro jefe, de apellido Ramos, se mantuvo con sus 300 hombres apostados en la Barceloneta, hasta que Piar y sus fuerzas hicieron su aparición; en vez de luchar y defenderse del enemigo, toda su tropa desertó pasando ahora a engrosar las filas de Piar.

La derrota y dispersión de las fuerzas realistas que, en teoría, debían defender las numerosas misiones y pueblos de los alrededores de Guayana trajeron como consecuencia la ocupación de todas ellas por las fuerzas de Piar. La mayoría de los religiosos actuaron presa del miedo e intentaron huir hacia las fortalezas, y quienes no pudieron hacerlo se trasladaron a las posesiones extranjeras vecinas, como la Demeraria de los holandeses. Otros se aprestaron a defenderse con algunos escasos y mal armados indios, pero la resistencia fue inútil. El 6 de febrero, con la ocupación de Upata, Piar había completado la campaña de ocupación de las Misiones del Caroní y les quitó a los guayaneses su principal base de aprovisionamiento.

La noticia sobre el colapso y ocupación de las misiones por las fuerzas enemigas llegó rápido a las autoridades realistas en Guayana, que se aprestaron a enviar un correo expreso al capitán general en Caracas, solicitando la urgente necesidad de auxilios. Algunos pensaron que las fuerzas de Morales acantonadas en el oriente podían socorrerlos con mayor prontitud que las de La Torre, provenientes de la Nueva Granada. Desde San Fernando de

Apure, se giraron órdenes para enviar refuerzos, los cuales llegaron junto con el capitán don Victorino Gonzales; fueron un total de 110 hombres semidesnudos y mal armados, a los cuales se les proveyó de vestido y todas las atenciones mínimas para que pudiesen combatir. Esa fuerza insignificante llegó en febrero y trajo la noticia de que el general Morillo estaba en el Apurito, luego de haber pacificado el Nuevo Reino de Granada y que ordenaba a las autoridades de Guayana que remitiesen suficientes y adecuadas embarcaciones para ayudar a la tropa del brigadier La Torre a pasar los ríos que surcan toda la provincia; de la misma manera, solicitó sal para hacer el tasajo de la carne y garantizar su conservación. Los guayaneses volvieron a sentir una esperanza renacida y se avocaron a facilitar toda la ayuda posible. La buena noticia estimuló a los regimientos realistas a realizar algunas incursiones tácticas fuera de las murallas procurando recoger todas las provisiones posibles:

> La compañía auxiliar que mandó Gorrín, se ocupó de las guerrillas que diariamente salían al campo para ocupar todo el terreno posible, y dar lugar a que los dueños de los conucos y labranzas pudiesen recoger la yuca y demás frutas de la tierra, con los cuales a principios de marzo aún no escaseaba el pan de casabe, que era el que se daba a la tropa por no haber galleta ni harina en el almacén, pero se esperaban dos goletas que habían ido a Martinica cargadas de mulas, con el ánimo de volver con cargamento de harina y comestibles.
>
> Piar asentó su cuartel en el pueblo de Caroní, y puso cantones en San Miguel, Caruachi, Guri, Calvario y Barceloneta, y en todos procuraba aumentar su fuerza con los indios jóvenes que podía coger en las demás misiones.
>
> En la de San Miguel hizo construir algunas flecheras y bongos, con los cuales mantenía la comunicación con los cabecillas de los llanos de Barcelona y Cumaná, a quienes invitaba siempre a que procurasen impedir a los refuerzos realistas que quisiesen pasar a Guayana, y que en caso de no poderlos contener se le reuniesen a él para acabar de sojuzgar la Guayana.[130]

Los guayaneses, una vez más, habían dado muestras de un gran temple, al resistir las numerosas cargas de los enemigos desde principios del mes de enero, aunque sus fuerzas habían disminuido peligrosamente. En las noches sin luna, los sitiadores aprovechaban para atacar los puntos for-

---

130 Surroca y Montó, *Relación histórica de los sucesos políticos y militares de la Provincia de Guayana, una de las de Venezuela, desde los principios de las convulsiones de 1810, hasta el de 1817 en que fue su general emigración; en la cual se insertan algunos particulares referentes a la Revolución de la Costa Firme, hasta julio de 1821,* Madrid, 1821, p. 264.

tificados, generándose un gran estruendo por los gritos de alarmas y la ruidosa fusilería de los combatientes. Como medida de precaución, se dispuso que muchas mujeres pero, sobre todo, las más pudientes fueran a dormir a bordo de los buques anclados en el puerto.

Los alimentos empezaron a escasear, ya que los canales tradicionales para obtener el aprovisionamiento se habían interrumpido por el hostigamiento de los enemigos. En los primeros días del mes de marzo, se le ordenó a la tropa solo consumir media ración. Las calenturas hicieron nuevamente su reaparición y los muertos diarios se contaron por docenas:

> Se descubrió asimismo una peste de llagas en las piernas que llenó el hospital militar, de las que murieron muchos; todo se atribuía a consecuencias de tanta fatiga en los trabajos, el perder todas las noches en la orilla del río, en lo que ayudaban las comidas saladas.[131]

Para completar el cuadro de penurias que en ese entonces se vivió, las disensiones internas entre los jefes volvieron a surgir. Fitzgerald fue despojado del mando por don Nicolás María Ceruti y la confrontación entre las facciones de uno y otro debilitó aún más el esfuerzo que se venía haciendo en la defensa de los puntos fortificados. Fitzgerald tuvo que retirarse de la zona para ir al encuentro de Morillo y solicitar su intervención en la resolución del conflicto entre los dos jefes realistas. Esta desagradable situación fue resuelta con el arribo del brigadier La Torre el 27 de marzo de 1817.

Los 1200 hombres de La Torre fueron recibidos como triunfadores, a pesar de que aún el esfuerzo por derrotar a los republicanos no se había hecho. Enterado La Torre de la escasez de víveres, se hace informar por los lugareños dónde conseguir ganado vacuno y caballar. Se le indicó que el sitio más inmediato era una hacienda llamada Ferrair, lugar al que se dirigió. Los republicanos dueños de la zona no opusieron en esta oportunidad ninguna resistencia al movimiento de La Torre y su columna que pudo, en pocos días, atrapar 200 reses, que sirvieron para aliviar a la población. Los sitiadores tuvieron que levantar la presión sobre los sitiados, retirándose a posiciones mucho más ventajosas y esperando la ofensiva realista que, de un momento a otro, iba a realizarse.

---

131 Ib., p. 273.

Batalla de San Félix

El objetivo militar que se propuso La Torre fue atacar a Piar en el importante territorio de las Misiones del Caroní y, con ello, recuperar la principal fuente de abastecimiento de los guayaneses. Nicolás Ceruti fue nombrado segundo de La Torre y a don Francisco Costa y Mut se le designó como gobernador interino; la Intendencia fue a parar a don José Antonio Verdaguer.

La Torre procuró reunir el mayor número de caballos para conseguir una caballería respetable y contar con la movilidad requerida para hacer frente al enemigo. Muy rápidamente, la columna de Barbastro y las otras fuerzas realistas se dirigieron hacia las fortalezas de Antigua Guayana, buscando internarse dentro del territorio controlado por las fuerzas de Piar. Este, al notar la avanzada de La Torre, impartió órdenes para que sus fuerzas apostadas en los márgenes del Caroní y otros pueblos del interior se trasladasen a la misión de El Calvario, también conocida como pueblo de San Félix. El jefe republicano diseñó el plan de atraer hasta ese punto a las fuerzas realistas y, aprovechando el terreno, en donde la caballería puede desarrollar todo su potencial, intentar librar un combate decisivo.

La Torre no estuvo informado adecuadamente de las fuerzas rivales y sus espías no fueron capaces de advertirle que, en la sabana de San Félix, los enemigos los estaban esperando controlando las posiciones más ventajosas sobre el terreno. El ímpetu de La Torre lo pagó muy caro; también diríamos que, una vez más, los realistas subestimaron al enemigo.

Surroca y Montó ofrece, en su testimonio, una espeluznante descripción de esta decisiva batalla, la cual se libró el 11 de abril y su resultado trajo como consecuencia el fin de Guayana como provincia adicta a la causa realista:

> La Torre dispone que su tropa se formase del mismo modo, y que los cazadores rompiesen el fuego en guerrillas el cual duró un gran rato sin ventaja alguna.
>
> El que mandaba los zapadores hizo un movimiento flanqueado, pero los rebeldes tuvieron tal acierto en las descargas que les dieron que les mataron la mayor parte, en vista de lo cual, y de un grueso de caballería que les iba a costar, los cazadores se replegaron a su columna que ya había formado el cuadro. El que componía este era el regimiento de Cachirí y como sus soldados eran de Santa Fe que no estaban aguerridos se comprendieron cuando los cazadores entraron en él, y dieron lugar a que la caballería enemiga los cercase haciendo una cruel carnicería, al paso que gritaba *se da cuartel; rindan las armas; somos hermanos,* etc. Mataba a todo el que parecía español, y más si era oficial.

> Luego se mezcló también Piar con la infantería, y mandó cesar el degüello inhumano de gente rendida, e hizo prisioneros a los pocos que quedaron vivos.
> El Brigadier y dos oficiales pudieron escaparse por un monte intransitado por el cual al día siguiente salieron a la orilla del Orinoco frente del apostadero de Fajardos y dándose a conocer con señales, una lancha lo fue a buscar llevándolo después a la Antigua Guayana.[132]

Este desastre militar puso fin a las esperanzas de Morillo y del alto mando realista de mantener la provincia de Guayana libre de rebeldes. Apenas lograron salvarse un centenar de soldados, en su mayoría malheridos. Los prisioneros tomados por las fuerzas de Piar fueron numerosos y, entre ellos, estuvo Ceruti; a casi todos ellos se les quitó la vida a través de lanzazos.

Resistencia numantina de los guayaneses

Piar ordenó a Cedeño cerrar aún más el cerco sobre Angostura e intimar la rendición de la ciudad. La Torre, a pesar de la derrota recién sufrida, reorganizó las pocas fuerzas que le quedaron y se preparó para resistir hasta el final tanto en Angostura como en el bastión de la Antigua Guayana. Igualmente comisionó a don Rafael Tomaseti para que informara a Morillo del descalabro de San Félix y las difíciles circunstancias a las que tenía que hacer frente. Un Piar victorioso no iba a renunciar y dejar escapar al enemigo y, con los 4000 soldados que disponía en ese entonces, se reunió con las fuerzas de Cedeño para acabar, a través del hambre, con los realistas.

Los habitantes prorrealistas de la zona huyeron despavoridos a buscar protección y refugio en los bastiones de la capital. Este exceso de personas en reductos urbanos un tanto reducidos trajo como consecuencia la propagación de las enfermedades como consecuencia del hacinamiento, un número mayor de bocas que alimentar y una mayor vigilancia ante la posibilidad de traiciones murallas adentro.

La heroicidad de los realistas en defender la plaza de Angostura conforma uno de los capítulos más impresionantes de toda la guerra de la independencia en Venezuela y Sudamérica, y puede hasta comparársele con asedios históricos ya convertidos en auténticas leyendas épicas como el de Sagunto

132 Ib., p. 279.

contra los cartagineses y el de Numancia contra los romanos. La población civil realista se confundió con los militares y mancomunadamente hicieron votos por «Vencer o Morir antes que entregarse a los sitiadores».

Las fortalezas eran prácticamente inexpugnables a un asalto directo y solo había que atajar los intentos de sedición llevados a cabo por algunos hombres en el interior de las murallas que, presos de la desesperación, pudieron ser fácilmente comprados por los republicanos. Varios de estos complots fueron develados a tiempo y la calma pudo ser retomada por las autoridades realistas.

La Torre sabía bien que el éxito en la defensa estaba supeditado al suministro continuo de provisiones desde el exterior y que Morillo destinara un nuevo refuerzo capaz de levantar el sitio. Una de las medidas más importantes que tomó este jefe fue la de recolectar 25 000 duros destinados al pago de su tropa, para que el capitán de Húsares de Fernando VII, don José Escalona, los destinase a la compra de víveres en las colonias más cercanas en el Caribe oriental. Para ello, mandó embarcar a este jefe en el bergantín de don Juan Hinch, la embarcación de mayor tonelaje de las que aún quedaban en la capital.

Todavía las rutas fluviales seguían siendo la última esperanza de los realistas para garantizar una defensa indefinida. Bolívar y otros jefes arribaron a territorio guayanés en los primeros días del mes de abril, procedentes de Barcelona, para contribuir con el esfuerzo de la guerra y consolidar los triunfos que había obtenido Piar. Bolívar comprendió que había que cortar las principales rutas fluviales que permitían a los guayaneses comunicarse con el exterior, para aislarlos completamente y poner fin a su terca resistencia. Para ello ordenó a Brion, principal jefe republicano en el mar y que, para ese entonces, estuvo operando en la costa norte oriental en los alrededores de la isla de Margarita, que reuniese una flotilla para que incursionase dentro de los caños del río Orinoco en las zonas y rutas adyacentes a Angostura y, además, como medida complementaria a la anterior, que pusiese un bloqueo sobre las principales desembocaduras en el delta del Orinoco evitando, con ello, el paso de las embarcaciones realistas.

Conocedor de los movimientos de las fuerzas de Piar en los alrededores de la Antigua Guayana, La Torre destinó a don Fernando de Lizarza a cubrir ese importante bastión y le asignó los restos que quedaron de su división. El dispositivo defensivo realista quedó reducido a la capital Angostura y las

fortalezas de la Antigua Guayana; la distancia entre una y otra era de 30 leguas, además de los principales caños del río Orinoco, cuyo control era vital para mantenerse comunicados, hacia el oeste, con San Fernando de Apure y la provincia de Barinas y, al este, con las colonias extranjeras. Pero ya esas rutas empezaron a estar vigiladas por los republicanos y, en abril, ocurrió un hecho significativo que se fue repitiendo cada vez con más frecuencia y que sería nefasto para la resistencia realista:

> El día veinte y ocho al amanecer el Bergantín de D. Francisco Garate que venía de la península cargado de frutos y algunos comestibles, y la cubierta llena de ganado que lo pusieron en la Antigua Guayana, al pasar por el punto llamado Sabaneta distante cuatro o cinco leguas de la capital, fue preso por los insurgentes que lo incendiaron en el acto.[133]

La noticia desmoralizó a los principales líderes realistas, que llevaron a cabo una Junta de Guerra para tratar el abandono de la capital. Las razones que se esgrimieron en esa importante reunión fueron que la falta de víveres hacía imposible el mantenimiento de la plaza, ya que el número de refugiados era muy elevado; por otro lado, se consideró que los auxilios que, desde San Fernando, el general Morillo prometió mandar eran algo un tanto remoto y su tardanza condenaría a unos mayores sufrimientos a los sitiados; entre ellos, muchos enfermos.

La Torre ordenó una serie de disposiciones para la emigración, pero unos comerciantes se le presentaron para que desistiera de la idea. Estos comerciantes realistas argumentaron que, con la huida de la capital, sus intereses se verían gravemente afectados y que la causa del rey perdería uno de los puntos estratégicos más importantes de todo el país. Tanto militares como civiles acordaron hacer un último esfuerzo para mantenerse allí, a pesar de las difíciles pruebas a que los enemigos los tenían sometidos.

El 8 de mayo regresó el gobernador depuesto, don Lorenzo Fitzgerald, con un pequeño socorro de víveres desde San Fernando de Apure y con la orden de Morillo de reparar en su persona la injusticia que había sufrido de parte de Ceruti. El problema entre Ceruti y Fitzgerald pasó a ser completamente extemporáneo, ya que el primero había muerto a manos de los republicanos y La Torre fue el jefe indiscutido desde su llegada.

---

133 Ib., p. 292.

La escasez de alimentos siguió siendo un mal crónico entre los sitiados, cuyas salidas al exterior se iban haciendo cada vez más complicadas y espaciadas en el tiempo:

> Desde entonces, y en el momento que se acabaron los caballos y burros, no se perdonaron los perros y gatos, todo parecía bueno para alimentarse y saciar la necesidad; y solamente se sentía el desprecio que se hizo de una multitud de caballos y mulas con que la gente del campo cargó sus equipajes para la ciudad, cuyos dueños por no tener hierba ni otra cosa para sustentarles, hicieron vivas diligencias para desprenderse de ellos llegando al extremo de poner tablas y pasarlos a la fuerza al otro lado de los parapetos, para que se marchasen a la sabana o que los sitiadores se apoderasen de ellos, que al haber sabido la escasez que sufrían, y que la carne era buena, los hubieran salado con tiempo y su provisión hubiera sido bastante para sustentar a sus familias y socorrer a la fiel guarnición.[134]

Los enemigos seguían en su empeño de hostilizar constantemente a los realistas protegidos dentro de sus bastiones. La propaganda proferida a grandes gritos de parte de los republicanos, invitando a los realistas a desertar, fue algo que, día tras día, se convirtió en una rutina que empezó por erosionar la moral de estos.

Piar y Bolívar trataron de concentrar el grueso de sus fuerzas al frente de Antigua Guayana, pero la guarnición allí acantonada supo resistir los numerosos ataques que le dirigieron. Los guayaneses seguían confiando en sus fuerzas sutiles que, con grandes trabajos, seguían obteniendo algunas provisiones en los espacios que los republicanos les dejaban transitar. Las autoridades realistas tuvieron que extremar las medidas de vigilancia, para evitar que el racionamiento de los alimentos no fuera motivo de disturbios internos. Pero ya la situación había alcanzado sus límites más extremos, obligando a la población a consumir «[…] los cueros de novillo en sabrosos guisados».

En los días finales del mes de mayo, La Torre ordenó que los pocos recursos que le quedaban al Gobierno en dinero fueran utilizados para que dos goletas marcharan a Martinica a comprar los alimentos que tanto hacían falta, aunque las rutas principales ya habían sido bloqueadas por la escuadra de Brion, que se reforzó con numerosos bongos y canoas que se hicieron en el lugar. La lucha por el control de los principales apostaderos a todo lo

134 Ib., p. 299.

largo del soberbio Orinoco empezó a librarse desde entonces. Bolívar y Piar entendieron claramente que los guayaneses dependían de los ríos para albergar algún tipo de esperanza en obtener la salvación.

En el mes de junio, la situación empeoró aún más y algunas familias solicitaron salir de los reductos sin importar que los enemigos les hicieran prisioneros; lo fundamental era salvar la vida y no morir de hambre. Los republicanos supieron acogerlos utilizando buenas maneras sin caer en las consabidas represalias, salvo alguna que otra excepción; aunque hay que señalar que quienes pudieron salir en su mayoría fueron las mujeres y los niños y con la previa autorización de las autoridades realistas. Las deserciones también fueron en aumento y el bloqueo se iba estrechando cada vez más hasta llegar a incomunicar Angostura con la Antigua Guayana, los dos reductos más importantes de los guayaneses.

La desesperación llevó a los sitiados a medidas extremas, como las que nos describe el capitán de milicias Surroca y Montó, protagonista de esos hechos:

> Como los militares son los que tienen menos recursos en tiempos de escaseces, y miran las calamidades de la guerra como necesarias e inseparables de su profesión, son también los que regularmente buscan con más serenidad todo aquello que puede contribuir a aminorar sus miserias, de las cuales no pueden quejarse sin infringir sus juramentos.
>
> Ellos fueron que en Guayana decretaron el exterminio de los gatos, perros, zamuros, lagartos, ratones y otros animales inmundos que podían hacerles más copiosa la ración que necesitaban para sostenerse, pues que la que el Gobierno les pasaba no podía saciarles; por consiguiente al ver que se habían acabado las dichas especies, y que las cuatro onzas de carne que se les daba era tan poca cosa, fueron también los primeros en abrir la puerta del último recurso que era el de comer cueros de vaca y de novillo […].
>
> A último de junio la ración que se daba a la guarnición estaba reducida a tres onzas de carne, doce de pan, un poco de manteca de tortuga y un puñado de cacao en grano; y el pueblo carecía absolutamente de todo artículo de subsistencia, por consiguiente le fue preciso el aceptar la composición de guisado de cuero; y como halló a los cuerpos tan débiles empezaron a experimentar hinchazones y disenterías que mataban a mucha gente.[135]

Todo el mes de junio de ese año 1817 fue muy duro para los sitiados, que tuvieron que sufrir las privaciones de la falta de alimento y los

135 Ib., p. 320.

continuos ataques enemigos sobre sus murallas tanto en el día como en la noche. La Torre había enviado a varios mensajeros para que le informasen sobre la posición de las fuerzas del rey que debían venir en auxilio, pero ninguna de las noticias que pudo obtener fue alentadora. Lo que pudo saber es que Morillo se había trasladado hacia el oriente del país y había recibido un nuevo refuerzo desde la Península bajo el mando del brigadier don José Canterac y que había dado órdenes de trasladar refuerzos para los guayaneses desde la ciudad de San Fernando de Apure. No obstante, las autoridades realistas en Guayana no dieron crédito a unas noticias en las cuales ya no creían por el estado de soledad, desmoralización y desespero que vivieron en ese entonces.

Uno de los capítulos más oscuros y censurados de toda la guerra de independencia venezolana fue la matanza inútil de los padres capuchinos, entre 22 y 28, presos por las fuerzas republicanas. Al parecer, los jefes republicanos, también cansados de la terca resistencia de los guayaneses y las incursiones molestas de sus fuerzas sutiles, tomaron represalias sobre los padres capuchinos, que estaban al frente de las distintas misiones de indios en el Caroní; una vez más, el terror sobre gente desarmada para que su efecto causara terror sobre los enemigos armados. Según los testimonios realistas, fue Bolívar el responsable de esta matanza, aunque el suceso sigue sin estar lo suficientemente aclarado.[136]

Retirada y abandono realista de la provincia de Guayana

En julio se supo que Brion había reforzado su escuadra con dos bergantines, cuatro goletas y cinco caladoras, que ya estaban internándose

136 En el Archivo Histórico Nacional de Madrid, hemos podido consultar un importante documento sobre este asunto, en que se ofrece la versión realista. El documento en cuestión lleva por título *Víctimas de la Anárquica Ferocidad. Elogio Histórico-Fúnebre que en el solemne funeral mandó celebrar el M. R. P. Fr. Esteban de Barcelona, Ministro Provincial de Menores Capuchinos de la Provincia de Cataluña el 10 de junio de 1818, en honor y sufragio de los 30 PP. Misioneros capuchinos con sus 4 HH. enfermeros hijos todos de la misma Provincia, y sacrificados con violenta muerte por los insurgentes de América en la provincia de Guayana en distintos días desde el Febrero al Junio del año 1817. Pronunció en la Iglesia de PP. Capuchinos de Barcelona, el R.P. Fr. Nicolás de Vich, Misionero apostólico de Indias y Predicador del mismo convento,* A. H. N., Estado 13, Leg. 8740-120.

dentro del río Orinoco en dirección a sotavento. Esta noticia fue decisiva para que La Torre hiciera un balance descarnado de la situación de las plazas que los realistas defendían desde el mes de enero. Ya no había suficientes hombres para luchar y las enfermedades hicieron estragos sobre la población; la pólvora empezó a faltar y los alimentos cada vez era más difícil obtenerlos desde el exterior a través de los ríos. Si los enemigos lograban bloquear los caños que daban acceso a las dos plazas, la rendición era cuestión de días:

> En fin, se puede decir con toda propiedad que la plaza estaba abierta; sin víveres, ni pertrechos de guerra, y que solamente la sostenían un corto número de esqueletos ambulantes.[137]

El colapso final era evidente. El comandante de las fortalezas don Fernando VII en Antigua Guayana, don Fernando de Lizarza, informó a La Torre de que las caladoras margariteñas de Brion ya habían arribado al apostadero de Los Caños, muy cercano a los bastiones. Las fuerzas sutiles guayanesas se dispusieron a ir en contra de los enemigos, para evitar ser bloqueadas en las principales rutas del este. En una serie de continuos combates en que la suerte varió entre uno y otro contrincante, los realistas pudieron darse cuenta de que las caladoras margariteñas eran de tal magnitud que tenían a bordo unos ciento cincuenta hombres y se proponían entrar en contacto con las fuerzas republicanas del apostadero de San Miguel.

La Torre convocó una Junta de Guerra, que dispuso el 15 de julio de 1817 el abandono de la capital y el traslado de toda la emigración hacia las fortalezas de Antigua Guayana. Todos los buques disponibles fueron utilizados para hacer el traslado bajo el cobijo de la noche entre los días 16 y 18. El 19 el convoy compuesto de dos fragatas, cuatro bergantines, nueve goletas y una porción de lanchas flecheras arribó a los fuertes Fernando VII. Todo el movimiento fue muy bien dirigido y las pérdidas producto del acoso enemigo fueron mínimas. Unas cuatro mil personas decidieron emi-

---

137 Surroca y Montó, *Relación histórica de los sucesos políticos y militares de la Provincia de Guayana, una de las de Venezuela, desde los principios de las convulsiones de 1810, hasta el de 1817 en que fue su general emigración; en la cual se insertan algunos particulares referentes a la Revolución de la Costa Firme, hasta julio de 1821,* Madrid, 1821, p. 335.

grar junto con La Torre y sus pocas fuerzas militares. Entre el 18 y 19 de julio, las tropas republicanas ocuparon Angostura.

En un principio, La Torre quiso hacerse nuevamente fuerte en este punto y estableció los siguientes nombramientos: comandante de Marina, don Fernando de Lizarza; comandante del castillo San Diego al teniente don Francisco Costa y Mut, y comandante del castillo de San Francisco, teniente coronel don Manuel Carmona.

Pero, evidentemente, la situación en la Antigua Guayana era la misma o peor que en Angostura. No había ninguna posibilidad real de poder resistir con éxito las superiores fuerzas enemigas, cuyo hostigamiento era completo, tanto por tierra como por agua. Y, ya para ese entonces, había quedado descartada la llegada de un refuerzo a la zona.

La escuadra de Brion estaba a muy corta distancia y, en un punto llamado Cabrián, mandó levantar una batería para evitar la huida de los realistas por ese paso en dirección a las colonias. La Torre entendió que, mientras más tiempo pasase encerrado tras las fortalezas, las posibilidades de una retirada hacia Cumaná con las embarcaciones que aún poseía eran cada vez menores.

El mismo cuadro que, en Angostura, se le presentó a La Torre: continuas deserciones hacia el campo enemigo y los ruegos desesperados de las mujeres para huir de la plaza con sus niños hacia el exterior, debido a la falta de alimentos. El 1 de agosto, en una nueva Junta de Guerra, La Torre decidió el abandono de la ciudad de Antigua Guayana y de toda la provincia para dirigirse, con toda la emigración, hacia la isla inglesa de Granada.

El 3 de agosto La Torre emprendió la retirada reuniendo a todas las embarcaciones disponibles, previa destrucción de todo el material de guerra que había en las fortalezas:

> La tropa embarcó lo muy poco que había útil en los fuertes, y se inutilizó del todo la artillería echando en el río y al despeñadero de los castillos las balas y granadas que había en ellos de modo que solamente quedaran montados los cañones precisos para proteger el embarque en cuyo acto se clavaron también.[138]

138 Ib., p. 355.

El convoy realista estuvo constituido por embarcaciones de diverso tonelaje y la gran mayoría de ellas eran de uso privado. La Torre confió en el poder de fuego de las grandes embarcaciones que poseía, como la fragata *Merced,* la polacra *Carmen,* el bergantín *Vigilante* y varias goletas y balandras que, bajo la protección de sus cañones, podían disuadir a las embarcaciones enemigas de llevar a cabo un enfrentamiento.

Enfrentamiento en Cabrián

Apenas a dos horas de recorrido, los realistas divisaron en Cabrián que naves republicanas estaban bloqueando el paso que permitía la salida hacia el mar. El enfrentamiento se hizo inevitable, los grandes barcos realistas fueron incapaces de maniobrar por lo estrecho del caño y cayeron presa del fuego cruzado de las embarcaciones republicanas. El caos se apoderó del convoy realista y las embarcaciones pequeñas pudieron escapar entre los grandes buques que batallaban. La noche pudo servir para que las embarcaciones realistas se protegiesen de los enemigos intentando burlarlos dentro del laberinto de caños, brazos y rutas alternas a las más transitadas. La retirada fue un completo desastre y muchas naves se perdieron en manos de los republicanos. De los 3500 emigrados junto con La Torre, 2000 perecieron o cayeron prisioneros en manos del enemigo. Una maltrecha expedición, con 1500 hombres, fue la que pudo finalmente llegar a la isla inglesa de Granada el día 8 de agosto.

Las autoridades inglesas se mostraron un tanto indiferentes ante la suerte de estos guayaneses y, según Surroca y Montó, habían colaborado con la escuadra de Brion brindándole todo tipo de facilidades para entorpecer a los españoles. La Torre conoció allí la noticia de que muchos de los buques realistas dispersos luego del encuentro en Cabrián habían podido fondear en Trinidad y otras islas cercanas. La gente que emigró pudo volver a alimentarse con normalidad y el brigadier La Torre llevó a cabo los trámites ante las autoridades inglesas para fletar algunos barcos y trasladar la emigración hacia la Costa Firme y la isla de Puerto Rico. Como se necesitó de dinero, este se obtuvo de algunos empréstitos que se hicieron a los particulares guayaneses y también llegando a un acuerdo con otros extranjeros, como el francés Juan Lindsay, comerciante avecindado en la isla de Granada. En septiembre del fatídico año 1817, pudo

La Torre movilizar a los guayaneses varados en la isla inglesa embarcándolos hasta la Costa Firme siguiendo las indicaciones de Morillo quien, ya para ese entonces, conocía la desgraciada noticia de la pérdida de la provincia de Guayana.

Importancia estratégica de Guayana. La guerra cambia de curso

Bolívar comprendió claramente que el triunfo en la provincia de Guayana era muy significativo y que el dominio del Orinoco le permitía asumir el control en dirección occidental hasta la provincia de Barinas, en donde los llaneros de Páez mantenían en continuo hostigamiento a las fuerzas de Morillo. Bolívar y los jefes orientales habían vuelto a revivir la causa independentista, logrando una base de operaciones de primera magnitud en la zona de Guayana. El mismo Bolívar, en una carta que escribió al marqués del Toro en Trinidad durante ese año, llegó a señalar:

> Esta Provincia (de Guayana) es un punto capital, muy propio para ser defendido y más aún para ofender. Tomamos la espalda al enemigo desde aquí hasta Santa Fe y poseemos un inmenso territorio en una y otra ribera del Orinoco, Apure, Meta y Arauca. Además poseemos ganados y caballos; y como en el día la lucha se reduce a mantener el territorio y a prolongar la campaña, el que logre esta ventaja será el vencedor.[139]

El realista Level de Goda, al igual que la mayoría de sus contemporáneos, entendió con claridad que la pérdida de la provincia de Guayana le daba un giro imprevisto a la guerra en Venezuela:

> […] con la pérdida de la provincia de Guayana era en el orden de los acontecimientos humanos imposible ya del todo la reducción de estos países a la obediencia de la metrópoli, porque conmovidos todos los pueblos y fuertemente regimentada la insurrección con los innumerables aprendices salidos de la enseñanza práctica en los combates afortunados que habían creado un espíritu de ambición de gloria junto con otro espíritu de odio a todo lo español y su consecuencia el ansia de manifestarlo en la venganza, solamente faltaba un caudillo a quien todos se subordinasen con espontaneidad, y a este

139 Carta de Bolívar al marqués del Toro, 6 de agosto de 1817, tomado de Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela,* p. 379.

> punto había logrado llegar Don Simón Bolívar por su intrepidez y constancia en los varios lances, ora de menosprecios, ora de peligro de la vida, escapando en algunos portentosamente, que la fuerza moral de este caudillo era de naturaleza tan respetable y grande, que acababa de poner en el patíbulo al valiente general Manuel Piar, hombre de brillantes acciones de guerra […].[140]

Fusilamiento de Piar

El fusilamiento del general Piar ocurrido en octubre de 1817 es uno de los acontecimientos más significativos de toda la guerra. Bolívar, con este acto de fuerza y autoridad, quiso demostrar a los distintos caudillos regionales que su autoridad como jefe máximo de la revolución republicana no era algo negociable. Ya en mayo de 1817, se había reunido en Cariaco un congreso conformado por jefes republicanos disidentes de Bolívar, en donde Mariño desconoció la autoridad del Libertador. Si bien Piar había logrado el triunfo en la decisiva batalla de San Félix y su prestigio se había acrecentado, Bolívar no podía permitir que la unidad en el frente republicano siguiese erosionándose por las rivalidades e insubordinaciones llevadas a cabo por Mariño, Bermúdez, Páez y Piar. Además, se ha dicho en reiteradas oportunidades que Piar manifestó su descontento por estar bajo las órdenes de Bolívar, un citadino blanco, incapaz de representar los intereses de los colectivos populares con los cuales él se sentía identificado. Una «guerra de colores» azuzada por las discrepancias y celos entre los caudillos republicanos hubiese condenado toda posibilidad de éxito. El acto de enjuiciamiento y fusilamiento llevado a cabo por Bolívar demostró a todos, incluyendo a los realistas,[141] que las fuerzas rebeldes disponían de un jefe dispuesto y decidido a ganar la guerra en todos los frentes. Bolívar se trazó la estrategia de aglutinar en torno a sí importantes jefes, como Cedeño, Bermúdez y Brion, que lo

---

140 Level de Goda, «Antapadosis», *Boletín de la Academia Nacional de la Historia,* n.º 16, 1933, p. 575.

141 José Domingo Díaz pretendió haber sido el artífice de la muerte de Piar atizando los celos de Bolívar desde la tribuna de la *Gaceta de Caracas.* Lo cierto del caso es que Bolívar no necesitó de Díaz para llevar a cabo el apresamiento y la ejecución del insubordinado jefe republicano. Esta actitud de Díaz fue común entre muchos realistas del ámbito civil, ávidos de protagonismo y reconocimiento dentro de una guerra cuyo protagonismo fue casi exclusivo de los militares.

reconocieron como jefe supremo. El fusilamiento de Piar disuadió a Mariño de buscar un enfrentamiento con Bolívar y, más tarde, se plegó a las órdenes de este. Páez, el orgulloso jefe llanero en el Apure, fue el otro importante reto que tuvo que enfrentar Bolívar a lo largo de todo el año 1818. El Libertador tenía que darles algún tipo de coherencia a sus diseminados partidarios y forjar una sólida alianza con los distintos jefes regionales, para que acatasen su autoridad en la conducción política y militar de la guerra. La anarquía y caos prevaleciente en el funcionamiento de las fuerzas rebeldes hasta el año 1817 tenía que ser sustituido por un ordenamiento basado en la legalidad de las cosas bajo la premisa de un gobierno constituido y funcionando, tarea esta que emprendió Bolívar desde Angostura en los meses finales del año 1817.[142]

A la insurrección, adueñada del Orinoco y sus principales afluentes, ahora le era fácil operar en un amplio frente hacia todas las direcciones imaginables y con el apoyo cada vez más indisimulado de los británicos que, desde ese momento, se empezaron a ofrecer hasta como mercenarios para servir junto a las fuerzas de Bolívar.

Debacle realista en Margarita

Morillo ya se había enterado antes de arribar al oriente del país de las atrocidades llevadas a cabo por el jefe realista y expedicionario Aldama quien, en Barcelona y Cumaná, arrasó literalmente con «sangre y fuego» a todos los enemigos del rey.[143] Esta ofensiva realista fue importante porque

---

142 Bolívar, como buen sociólogo que fue de la realidad venezolana, sabía ya en ese entonces que el ideal independentista estaba subordinado a los intereses locales de los distintos caudillos regionales y provinciales; por lo tanto, había que establecer estratégicas alianzas con estos si se aspiraba a ganar la guerra. Cada caudillo apeló a su propio liderazgo carismático para imponer sus condiciones en el manejo de los propios ejércitos que estaban bajo su mando. La disgregación de las fuerzas ante la ausencia de la unidad militar tuvo que ser atendida por Bolívar a través de un acto de fuerza sobre Piar. El acatamiento que logró Bolívar por parte de Arismendi, Mariño y Páez, sus más inestables aliados, siempre fue precario. El prestigio militar de Bolívar sobre sus díscolos aliados solo pudo ser reconocido luego del resonante triunfo en la batalla de Boyacá en agosto de 1819, en que casi todos mezquinamente apostaron por su fracaso.

143 Es complicado formular algún tipo de juicio ético-moral sobre la posición de Morillo ante los actos de crueldad cometidos por sus subalternos. Sabemos que Morillo

obligó a los jefes republicanos a retroceder hasta Margarita y las márgenes del Orinoco. Morillo desembarcó el 15 de julio en Margarita dispuesto a retomar tan importante enclave y, desde allí, continuar hacia el sur para contribuir con los esfuerzos de La Torre en Angostura. Ya antes, desde el mes de mayo, el alto mando realista se había enterado del desastre en la batalla de San Félix y bien sabía que, con la temporada de lluvias en todo su esplendor, bien poco se podía hacer.

El dispositivo militar realista en el segundo semestre del año 1817 fue el siguiente: en Güiria, al oriente, los batallones Reina Isabel y Clarines; en Cumaná, el de Granada y uno provisional; en Barcelona y La Guaira, el de Barbastro y, en Puerto Cabello, se concentró para su reestructuración los restos del Cachirí, que había huido de Guayana.

La expedición de 2600 soldados al mando de Canterac proveniente de España y con destino al Perú fue retenida por Morillo, quien, sabedor de la disminución de sus fuerzas europeas, ordenó a este jefe contribuir a la reconquista de Margarita. Una vez más, Morillo subestimó a las fuerzas rebeldes que tenía que enfrentar y siguió creyendo que el profesionalismo de los expedicionarios españoles era suficiente para acabar, de una vez por todas, con la terquedad de los paisanos margariteños en armas.[144] Para ello, pudo contar con unas significativas fuerzas militares dispuestas a la invasión. Los jefes Morales, Aldama y Real al frente del regimiento Unión, el batallón de Granada, los Dragones de la Unión y Caballería Venezolana vinieron a apoyar a las fuerzas recién llegadas de Canterac, conformadas por dos batallones de

---

no apoyó el terror sobre la población civil como acto de guerra y que desaprobó, en repetidas oportunidades, actos como el llevado a cabo en Cumaná por Aldama y sus tropas. La brutalidad de estos actos nunca es del todo comprensible y fueron cometidos indistintamente tanto por realistas como republicanos. La guerra como expresión primitiva de la naturaleza humana sigue negando o poniendo en entredicho los avances civilizatorios de una historia de la cultura con sus evidentes aportes y logros. Lo humano sigue siendo una gran paradoja, un inquietante misterio.

144 «Tranquilizada completamente esta provincia, destruido el famoso grupo de facciosos que mandaba Mariño con el nombre de ejército, y reforzada la marina española con los dos citados buques que formaban parte de la escuadrilla del pirata Brion, se embarcaron las tropas destinadas para la indicada expedición de la Margarita en dos divisiones, una de las cuales era mandada por Canterac, y la otra por Aldama; el general Morillo acompañado por su jefe de estado mayor coronel Warleta era el alma de todas las operaciones», Torrente, *Historia de la revolución Hispanoamericana,* p. 346.

Navarra, el II de Burgos, un escuadrón de Lanceros, uno de Cazadores a caballo y una compañía de Artillería.[145] El total de las fuerzas realistas que intentó reconquistar la isla de Margarita fue de 3500 soldados.

Margarita reveló a Morillo que los enemigos poseían una determinación impresionante y que la guerra venezolana podía no ser ganada con la facilidad que él había creído a su llegada en 1815.

Si el sitio y asalto a Cartagena de Indias mermó considerablemente a los expedicionarios españoles, en Margarita encontraron un auténtico infierno. Los costes en hombres y material de guerra perdido fueron irrecuperables, pero lo más grave fue la desmoralización que cundió por primera vez sobre las fuerzas expedicionarias. El testimonio de Level de Goda es revelador al señalar el enfado de Morillo al ser incapaz de tomar militarmente a Margarita y sus principales reductos fortificados. Sus tropas fueron capaces de ocupar buena parte del sur de la isla, pero la feroz resistencia de los soldados de Arismendi, las inclemencias del clima seco y caluroso y la aridez de un terreno sin agua potable fueron obstáculos insalvables para los expedicionarios. Los margariteños, expertos conocedores del terreno agreste de la isla, emboscaron repetidas veces a las sorprendidas tropas españolas. Morillo mismo refiere las vicisitudes de estas acciones cuando señaló lo siguiente:

> Los rebeldes habitantes de la isla de Margarita, después de haber perdido los pueblos de Porlamar, Pampatar, Paraguachí y Juan Griego, en las reñidas acciones que habíamos tenido los días anteriores, se hallaban reducidos a sus fortalezas de la ciudad de Asunción y del Norte, donde no era posible penetrar sino a costa de mucho tiempo de trabajo. Tienen en dichos fuertes siete baterías, construidas con todas las reglas del arte, en la cima de los más empinados montes, y con las que rodean las poblaciones; siendo los llamados de la Libertad y Maturín casi inexpugnables. Con ellos protegen la ciudad y sus avenidas, y aun cuando no sería muy difícil apoderarse de ella, como todos los vecinos se encierran con sus víveres en las eminencias fortificadas, luego que se aproximan nuestras tropas, hubiera sido necesario un largo bloqueo para reducirlos. De otro modo habría sido costosísima y sangrienta cualquier tentativa que se hubiese emprendido.[146]

---

145 Albi, *Banderas olvidadas, el ejército realista en América,* p. 189.

146 Informe de don Pablo Morillo al ministro de la Guerra en Madrid, Cumaná, 28 de agosto de 1817; Rodríguez Villa (1909), *Don Pablo Morillo, Primer Conde de Cartagena, Marqués de la Puerta, Teniente General de los Ejércitos Nacionales (1778-1837). Resumen de su Vida,* pp. 126-127; *Don Pablo Morillo, Primer Conde de Cartagena, Mar-*

Los informes de Morillo a sus superiores en España son elocuentes sobre el grado de sorpresa y turbación que le causó la terca resistencia de los margariteños y el colapso en la provincia de Guayana, donde La Torre y su columna habían sucumbido. Por primera vez, Morillo tuvo palabras de elogio y reconocimiento sobre sus adversarios, cuando señaló sobre los margariteños:

> Estos malvados, llenos de rabia y orgullo, con su primera ventaja en la defensa, parecía cada uno de ellos un tigre, y se presentaban al fuego y a las bayonetas con una animosidad de que no hay ejemplo en las mejores tropas del mundo.[147]

Entre las muchas batallas que se libraron, quizá una de las más importantes fue la de Matasiete el 31 de julio.[148] Un Morillo desalentado tuvo que evacuar la isla con más de 2000 de sus soldados heridos, en su mayoría con los huesos rotos de las piernas. Según Level de Goda, los margariteños adoptaron la estrategia siguiente:

> Todo margariteño es labrador, marinero y cazador tan fino que donde fija el ojo en puntería pone la bala, y en una de las juntas de guerra que tuvieron en Margarita cuando Morillo se acercaba, reflexionaron que cuando un enemigo caía muerto en acción, solo quedaba uno fuera de combate, sin ocuparse nadie del cadáver, y sin hacérsele caso durante la pelea, los soldados pasaban sobre de él, hasta que concluida la acción se recogía del campo los muertos para dárseles sepultura o quemarlos o se dejaban allí abandonados; pero cuando un enemigo era herido, quedaban tres fuera de combate, uno el herido, y dos que le cargaban para llevarlo al hospital o a retaguardia, y si el enemigo lo era en las piernas caía, y era mayor el trabajo y la fatiga para sacarle de las filas. Por estas reflexiones acordaron que solamente se tirase a matar oficiales, y se apuntase a todos los demás en las piernas, a herirlos de gravedad.[149]

En Caracas, los realistas trataron de disimular el desastre para evitar el desánimo de la población civil, pero el general Morillo, en sus cartas oficia-

---

qués de la Puerta, Teniente General de los Ejércitos Nacionales (1778-1837) Resumen de su Vida, Madrid, 1909.

147 Ib., p. 125.

148 El ejército republicano de Margarita, mandado por el general Francisco Esteban Gómez, triunfó contra Morillo en uno de los tantos combates que allí se libraron con un encarnizamiento terrible.

149 Level de Goda, *op. cit.,* pp. 572-573.

les dirigidas al ministro de la Guerra en Madrid, se sinceró sobre las consecuencias de esta desgraciada acción. Reconoció, por primera vez, que la guerra iba a ser larga y costosa y que las posibilidades de ganarla ahora dependían de los suministros que, desde España, podía recibir. La evacuación de la isla de Margarita se justificó por dos razones: en primer lugar, el desgaste inusitado de los cuerpos europeos que, en una batalla sin cuartel, estaban siendo diezmados lentamente; es decir, la guerra en Margarita se había estancado y Morillo y sus oficiales fueron incapaces de lograr reducir la resistencia republicana; en segundo lugar, las noticias que Morillo empezó a recibir sobre lo que estaba sucediendo en el continente lo alarmaron. Sus espías le habían informado de que Bolívar, desde Angostura, se disponía a marchar a reunirse con las fuerzas de Páez y, de esta manera, lanzar una ofensiva desde el sur en dirección a la capital en el centro del país.

Morillo replantea la estrategia militar sobre Venezuela

El dispositivo militar republicano en los últimos meses del año 1817 estuvo conformado por 12 000 hombres en armas, aproximadamente, distribuidos en los siguientes escenarios geográficos. Pedro Zaraza contaba bajo su mando con 3000 jinetes del llano alto; Páez logró reunir bajo su mando a 4000 llaneros en el Apure y Bolívar ya había podido disciplinar a 5000 soldados en Angostura. La mayor parte de esa fuerza era de caballería.[150]

Morillo arribó a Caracas y ordenó a La Torre que se pusiera al frente de la Segunda División y que procurase evitar el reagrupamiento de las fuerzas republicanas. El jefe zamorano tomó la decisión de marchar él mismo al frente de un cuerpo armado hacia la ciudad de Calabozo y, desde allí, plantear serias dificultades a las fuerzas llaneras enemigas que operaban con plena libertad por esos inmensos espacios. Al intentar consolidar su posición en Calabozo y sus inmediaciones, lo que Morillo persiguió fue buscar un enfrentamiento directo con las fuerzas de Páez. Otra decisión cargada de polémica fue la de quedarse con el grueso de las tropas de

150 Torrente, *Historia de la revolución Hispanoamericana,* pp. 355-356. Estos datos contrastan con los que ofrece Albi en su obra y que son mucho menores al decir que Zaraza contó, para ese momento, con 1200 jinetes y Páez con 1500. Véase Albi, *Banderas olvidadas, el ejército realista en América,* p. 190.

Canterac por considerarlas imprescindibles dentro del esfuerzo de guerra que, en ese entonces, se hacía en Venezuela. Canterac y sus ayudantes, los tenientes coroneles Otermin y Bedoya, junto con unos cortos destacamentos de caballería, tuvieron que marchar al Perú a través del istmo de Panamá y, desde allí, reclutar a nuevos soldados para reconstituir nuevamente su disgregado cuerpo.

La Torre se dirigió desde Caracas con su columna hacia el Guárico y allí sorprendió a las fuerzas de Zaraza, que cometió el craso error de enfrentarse a los realistas en una batalla campal, desconociendo las órdenes de Bolívar, que le había mandado evitar el contacto directo con el enemigo hasta reagrupar todas las fuerzas republicanas en un solo ejército. Los planes ofensivos de Bolívar a raíz de esa derrota tuvieron que ser pospuestos. Ese enfrentamiento se conoce como batalla de La Hogaza y se libró el 2 de diciembre de 1817. El triunfo de La Torre fue aplastante y tiene el mérito de haber reivindicado el alicaído prestigio del jefe realista. Las pérdidas de Zaraza fueron cuantiosas y el comportamiento de su caballería no fue, en esa oportunidad, el más afortunado.

El triunfo de La Torre cerraba, paradójicamente, un año nefasto para los ejércitos del rey en Venezuela. Bolívar, Páez y Arismendi, por primera vez, le habían quitado la iniciativa a Morillo y lo obligaron a desarrollar una estrategia defensiva que iba en contra de la naturaleza del jefe español, acostumbrado a vencer hasta el momento. Morillo intentó reorganizar sus fuerzas para conseguir una decisiva ofensiva hacia el sur y, con ello, recuperar Guayana. Pero, con la excusa de la temporada de las lluvias en ciernes, pospuso ese objetivo; en realidad, no eran las lluvias lo que impidió a las fuerzas realistas ir hacia el sur del país, sino la escasez de medios militares adecuados.

Por todos los medios en los años sucesivos, intentó Morillo plantear una batalla decisiva en contra de Bolívar y, con ello, acabar de una vez por todas con el principal líder de los rebeldes. Pero las necesidades de su ejército se volvieron crónicas y poco pudo hacer para acabar, de una forma fulminante, con sus enemigos. La siguiente misiva al ministro de la Guerra en noviembre de 1817 expresa todo el grado de desesperación que embargó a Morillo, al notar trágicamente que la guerra venezolana podía perderse en manos de los rebeldes:

> Ya no cabe en mi imaginación, ni está al alcance de mis conocimientos, arbitrar los medios que son indispensables para sostener el Ejército en estos miserables y arruinados países, mucho más cuando los que manejan la Real Hacienda de ellos se han echado por tierra absolutamente; nada cumplen de lo que ofrecen, y ven perecer los soldados a manos de la indigencia y de la fatiga con la más fría y culpable indiferencia. Me hallo, Excelentísimo señor, comprometido de todos modos y no sé cómo acallar las justas reclamaciones que tantos individuos como dependen de mis órdenes me hacen diariamente para aliviar sus necesidades, cuando pasan meses y meses sin recibir un real ni tener recurso alguno para cubrir su desnudez. Veo con el mayor dolor a estos fieles y constantes vasallos de Su Majestad que la recompensa que tienen de sus trabajos y peligros no es otra que el más lamentable abandono, la miseria y al fin la muerte.
>
> Cualquiera que se viese en mi apurada y crítica situación no sé qué resolvería ni qué partido podría tomar, cuando todos los caminos que debieran libertarme de ella me están cerrados. Yo confieso a V. E. sencillamente que mis luces no son suficientes a remediar tantos males ni oponerme al cúmulo de defectos y abusos en todos ramos que los originan.[151]

Estas quejas de Morillo se volvieron constantes y le sirvieron para descargar toda la impotencia que empezó a sentir por el abandono en que habían dejado a su ejército. Toda su ira la dirigió de manera preferente hacia sus colaboradores más cercanos dentro del mundo civil realista, a los cuales acusó, en repetidas ocasiones, de sabotear sus órdenes destinadas a brindarle una sostenida colaboración. Lo cierto del caso es que Morillo se granjeó muy rápidamente la enemistad y animadversión de funcionarios clave dentro de la estructura burocrática realista, no solo en Venezuela, sino también en la Nueva Granada y esto, indudablemente, conspiró en contra de toda posibilidad de éxito.

Morillo atrapado dentro del laberinto tropical

Tampoco Morillo fue hábil políticamente para entender la situación social de los distintos grupos que, en Venezuela, engrosaban los distintos ejércitos en lucha. A diferencia de Bolívar, no fue capaz de comprender que

---

151 Informe de don Pablo Morillo al ministro de la Guerra en Madrid, Calabozo, 19 de noviembre de 1817; Rodríguez Villa (1909), *Don Pablo Morillo, Primer Conde de Cartagena, Marqués de la Puerta, Teniente General de los Ejércitos Nacionales (1778-1837). Resumen de su Vida,* pp. 127-128; *Don Pablo Morillo, Primer Conde de Cartagena, Marqués de la Puerta, Teniente General de los Ejércitos Nacionales (1778-1837). Resumen de su Vida,* Madrid, 1909.

el apoyo social de las masas era algo determinante para ganar la guerra en Venezuela. Ante la ausencia de refuerzos peninsulares, era obvio que la guerra había que alimentarla desde las entrañas del propio país contando con el apoyo de sus gentes. Al carecer de una auténtica política social y depender exclusivamente de una respuesta militar limitada, Morillo estuvo condenado a una lenta pero inapelable derrota.

El enfrentamiento entre civiles y militares en el campo realista mermó considerablemente la unidad de la causa que defendían y en mucho contribuyó al triunfo de sus adversarios. Lo mismo habría que decir respecto a las insalvables diferencias que existieron entre los militares partidarios de una guerra de exterminio y otros favorables a su regularización a través del respeto de los tratados y convenciones más elementales que regían para la época, jefes guerrilleros enfrentados a otros con una actitud y formación profesional.

En la Corte de Madrid, tampoco existió la capacidad de ofrecer los refuerzos que Morillo y otros jefes en América exigían para ganar la guerra. Las expediciones que la Junta de Reemplazos organizaba cada vez eran más costosas y espaciadas en el tiempo y, de las pocas que lograron enviarse, el número de soldados era realmente anecdótico.

La soledad de Morillo

El año 1817 fue el año del desengaño para los expedicionarios españoles que pudieron darse cuenta de las inclemencias de la guerra en el trópico y la tenacidad de unos enemigos tildados de rebeldes pero que, en cada acción militar, demostraba una mayor experiencia en el uso de los armamentos y en los movimientos tácticos de la tropa. Durante buena parte del año 1818, Bolívar en Angostura intentó preparar a su ejército de acuerdo con los cánones europeos del momento y, para ello, buscó activamente la colaboración de oficiales británicos que, cesantes de las guerras napoleónicas, tuvieron la oportunidad de conseguir un nuevo empleo en Venezuela en calidad de mercenarios.[152] Estos oficiales extranjeros contribuyeron, en

152 Algunos historiadores españoles han querido desmeritar la victoria republicana atribuyendo a la colaboración extranjera un factor decisivo en el desenlace del conflicto.

gran medida, a lograr una mayor disciplina y entrenamiento militar dentro de la tropa republicana. El mismo Bolívar se rodeó de algunos de estos oficiales, con los cuales se sentía a gusto, para que lo acompañaran como edecanes bajo su servicio.

La neutralidad inglesa cada vez se iba disipando más en favor de los republicanos y Morillo no dejó de quejarse ante los gobernadores ingleses de la zona por la flagrante violación a lo pactado entre España e Inglaterra. La soledad de Morillo a partir del año 1817 se acentuaría aún más en los próximos años de la lucha.

Y hay que señalar al respecto que, si bien los mercenarios extranjeros ayudaron en el triunfo final de los venezolanos, su ayuda, en todo caso, no fue decisiva para ese logro. Un alto número de esa tropa extranjera también creó graves problemas de indisciplina e insubordinación dentro del ejército de Bolívar, como ocurrió en la isla de Margarita y en el oriente del país con la Legión Irlandesa.

LA GUERRA INTERMINABLE (1818)

> Sin Marina, sin recursos y con muy pocas fuerzas europeas como estamos en el día, cuente V. E. con que estas provincias sucumbirán precisamente al enemigo.
>
> Pablo Morillo al ministro de la Guerra,
> 22 de julio de 1818

Solos, aunque con Dios, la Virgen y el rey

En enero de 1818, las tres principales autoridades en la provincia de Venezuela, Pablo Morillo (militar), Juan Bautista Pardo (política) y Francisco Xavier de Arambarri (fiscal), elaboraron conjuntamente un escrito en el que señalaron lo siguiente:

> Sobran en este país tropas, valor, disciplina y entusiasmo para triunfar de los enemigos de las banderas reales y del orden público; pero la espantosa escasez del Erario, la imposibilidad de proveerse en esta devastada tierra de la paga y subsistencia de los guerreros, y la dificultad consiguiente de los movimientos militares paraliza los planes más indestructibles para concluir prontamente esta guerra homicida y destructora, hace alguna vez contingentes los sucesos, inspira animosidad a los rebeldes del país, y de otras Provincias Americanas; y desacredita el poder de S. M. y de la Nación Madre.

La falta de dinero quiso suplirse a través de otros territorios vecinos en teoría más prósperos y con una estructura administrativa más regular:

> […] se declaró unánimemente que para salvarlas sin dilación y con seguridad no había otro recurso eficaz que solicitar a la Habana, Veracruz y Santa Fe los socorros abundantes y determinados, que humanamente no puede producir esta tierra, siendo sus rentas, impuestos extraordinarios y exacciones de todo género insuficientes a cubrir la mitad de los gastos de la primera atención; cuyo acuerdo tenemos el honor de pasar a V. E. rogándole se digne inclinar el Real ánimo a la aprobación de esta medida para que en consecuencia se expi-

> dan las reales órdenes más precisas a los Virreyes Superintendentes de Real Hacienda de México y Santa Fe, y al Superintendente General Subdelegado de la Habana, a fin de que suministren por el espacio de dos años las cantidades de plata y especies que la expresada Junta ha creído indispensables y proporcionadas a la posibilidad de cada uno de aquellos gobiernos.[1]

Estas desesperadas peticiones fueron respondidas con indiferencia por parte de las autoridades de México, La Habana y Santa Fe. Los funcionarios de esos territorios alegaron no disponer de suficientes recursos para poder ser compartidos. Los jefes realistas en América no tardaron en percibir el abandono y la indiferencia de la Metrópoli, a pesar de que esta había optado por una salida represiva en contra de los vasallos rebeldes desde el año 1815. España supuso que, con decretos y proclamas, respaldados por una pequeña fuerza militar, sería suficiente para acabar con la rebelión dentro de sus colonias. En 1818, los españoles carecieron de los fundamentales recursos para financiar la costosa guerra ultramarina que llevaban a cabo. Y, a pesar de ello, optaron por lo imposible. Jamás los realistas pusieron en duda su legítimo derecho a defender con las armas sus territorios imperiales, y ni la distancia ni las dificultades logísticas de toda índole impulsaron a sus líderes a negociar algún acuerdo con los alzados en armas.

Solo el inesperado levantamiento liberal de 1820 obligó a los jefes españoles de Venezuela a ofrecer algún tipo de negociación, a pesar de su penosa situación económica, política y militar. Solos pero con Dios, la Virgen y el rey.

Como dice agudamente el historiador británico R. Carr:

> El régimen de Fernando VII y la regencia de Portugal solo podían salvarse por la solvencia y la prosperidad; y ello implicaba la recuperación del imperio americano y la restauración de las relaciones comerciales con Brasil, ambas cosas fuera del alcance de las posibilidades de lo que se llamaba «les tours secondaires». España se negó a hacer concesiones o a aceptar la mediación británica con la misma inflexibilidad que «si tuviera a Europa a sus pies»; la diplomacia inglesa, por su parte, mostró poco tacto hacia la susceptibilidad del decadente imperialismo, y sus intereses comerciales en América del Sur

---

1 A. G. I., Estado, 69, N. 41, el general en jefe, capitán general e intendente: *Participan lo acordado a una voz por la Junta de las autoridades de estas Provincias para concluir felizmente su pacificación, a cuyo fin piden auxilios pecuniarios sobre La Habana, Veracruz y Santa Fe,* Pueblo de Victoria, 16 de enero de 1818.

> envenenaron sus relaciones con España. La última jugada fue el intento de continuar sola, esa negativa a aceptar lo inevitable que infunde a la política española una especie de locura gloriosa. La España fernandina no podía producir un ejército capaz de evitar la derrota americana: la fuerza expedicionaria andaluza derrotó, no a los rebeldes americanos, sino a la monarquía misma.[2]

Campaña militar del año 1818

El dispositivo realista sobre Venezuela en 1818 para enfrentar los embates de las fuerzas republicanas fue como sigue: la Primera División, formada por los batallones I de Castilla y de la Unión, Húsares de Fernando VII y un corto escuadrón de lanceros del país bajo el mando del propio Morillo, fuerzas estas que estuvieron acantonadas en los alrededores de la capital; la Segunda División, como apoyo de la primera, estuvo conformada por el II de Burgos, dos batallones de Navarra y un escuadrón peninsular de Lanceros del Rey; una Tercera División bajo el mando de La Torre, jefe a quien Morillo siempre apreció y fue su mejor colaborador en Venezuela, estacionada en los alrededores de El Calvario y El Sombrero en los llanos centrales; la IV División dirigida por Aldama, conformada por un batallón de Victoria, el III de Numancia, los Dragones de la Unión, los Guías del General y Lanceros venezolanos, acantonada en Nutrias y, finalmente, la Quinta División bajo el mando de Sebastián de la Calzada en San Fernando de Apure y Camaguán, conformada por el batallón de Barinas, el regimiento de Dragones Leales de Fernando VII y un escuadrón de dragones con jinetes del país.[3] Según el realista José Domingo Díaz, el Ejército del Rey constaba de 13 000 hombres, 3000 europeos y 10 000 americanos,[4] lo que supone la americanización definitiva de estas fuerzas apuntalando aún más las tesis que han sostenido que el conflicto de la Independencia fue fundamentalmente de carácter intestino. De la misma manera, esta situación corrobora, entre otras muchas cosas, que el creciente número de sol-

---

2 R. Carr, «España y Portugal (1793-1840)», en Ch. William Crawley, *The New Cambridge Modern History (Historia del Mundo Moderno),* t. IX: *Guerra y Paz en Época de Desastres,* Barcelona, 1992, p. 306.

3 Albi, *Banderas olvidadas, el ejército realista en América,* p. 190 y véase también Rodríguez Villa, *Don Pablo Morillo, Primer Conde de Cartagena, Marqués de la Puerta, Teniente General de los Ejércitos Nacionales (1778-1837). Resumen de su Vida,* vol. I, pp. 252-254.

4 Díaz, *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas,* p. 353.

dados y oficiales venezolanos exacerbó la desconfianza e inseguridad dentro de la oficialidad peninsular que, por lo general, subestimó las capacidades combativas de los criollos.

Hay que hacer la salvedad de que estas fuerzas nunca tuvieron un emplazamiento fijo y que era Morillo, como máximo jefe militar del Ejército, el encargado de hacerlo operar a través de sus subalternos por toda la geografía venezolana. La Torre, Morales, Aldama y Calzada fueron los jefes principales en hacer ejecutar las principales órdenes de Morillo en la importante lucha que se libró en los primeros seis meses del año 1818 en territorio venezolano. En la Nueva Granada, desde el año 1816, existió una relativa paz y calma, aunque el virrey Montalvo no dejó de enfrentarse y cuestionar las facultades extraordinarias que se le otorgaron a Morillo como jefe absoluto.

Las relaciones de Morillo respecto a los jefes «guerrilleros» como Morales y Calzada siempre fueron motivo de preocupación. En la correspondencia entre La Torre y Morillo, se hace notar con bastante frecuencia la recomendación de este último a que los jefes «profesionales» como La Torre tuviesen «ciertas deferencias» con relación a las prácticas poco ortodoxas y el relajamiento de la disciplina militar que practicaban las fuerzas de Morales y Calzada.

Una vez más, el millón y medio de kilómetros cuadrados del territorio venezolano impuso el más formidable reto a ambos beligerantes empeñados en hacer prevalecer su estrategia. Morillo, en el norte, no se resignaba a perder la iniciativa militar luego de los descalabros en Guayana y Margarita en el año 1817; para ello ordenó a sus fuerzas operar en dirección al sur desde los valles centrales hasta el borde de los llanos en busca de Páez y Bolívar. Bolívar, a su vez, con el dominio del sur, reagrupaba sus fuerzas en Guayana, luego del descalabro de Zaraza en el Hato de la Hogaza, para unirse a las de Páez y atacar el centro del país. Morillo, luego de haber recibido los informes de La Torre sobre la desbandada de las fuerzas de Zaraza, creyó que a Bolívar le iba a llevar bastante tiempo volver a intentar una nueva ofensiva.

El objetivo estratégico de los dos principales antagonistas militares fue el de emprender una campaña militar decisiva que acabase con la resistencia del otro de una vez por todas. Bolívar tenía que demostrar a todos y, muy

especialmente, a sus más inmediatos colaboradores militares que el curso de la guerra ya se había inclinado favorablemente a la causa por la cual luchaban y en donde esperaba ser reconocido como su principal jefe. Morillo, por el contrario, sabía bien que sus fuerzas europeas y americanas iban menguando tanto en número de efectivos como en capacidad combativa, como consecuencia de las inclemencias del clima tropical y una deficiente red de aprovisionamiento. Sus dramáticos llamados de auxilio a las autoridades peninsulares nunca tuvieron eco[5] y lo obligaron a intentar incursiones sobre las directas bases de aprovisionamiento del enemigo, ubicadas en los llanos del sur. De acuerdo con este plan, Morillo mismo ubicó su cuartel principal en la importante ciudad de Calabozo, punto de referencia básico para incursionar sobre toda la zona de los llanos en poder de los rebeldes.

Es necesario hacer notar algunos importantes antecedentes sobre esta campaña del año 1818. El plan original de Bolívar siempre fue el de atacar Caracas a través de la confluencia de superiores fuerzas sobre el dispositivo realista.

José Francisco Bermúdez, con 3000 a 4000 soldados, salió desde Angostura el 24 de septiembre de 1817 hacia la zona de Chaguaramas con la orden de unirse a las fuerzas que comandaba Zaraza y conjuntamente dirigirse hacia Calabozo. Al remontar el Orinoco, esa fuerza se uniría a la unidad de Páez para caer sobre la estratégica plaza de San Fernando de Apure. Esta campaña tuvo que ser suspendida por la derrota de Zaraza en manos del comandante realista Miguel de la Torre en la batalla de La Hogaza el 2 de diciembre de 1817, como antes se ha señalado. Bolívar mandó a recular a esas fuerzas nuevamente hacia Angostura, convertida en capital de los republicanos, y allí reorganizó, una vez más, a sus fuerzas y se preparó para volver sobre el centro colocándose él mismo al frente del Ejército; la meta final era el propio Apure, lugar de asiento de Páez, quien le había manifestado su disposición a seguir todas sus órdenes. Desde el Apure, el ejército republicano, reforzado por la caballería llanera, tendría que lanzar una ofensiva decisiva en dirección a Caracas.

---

5 Solo 210 hombres, cansados y desmoralizados, fue el insignificante refuerzo que pudo llegar a América en ese crítico año de 1818. Véase Albi, *Banderas olvidadas, el ejército realista en América,* p. 207.

El 5 de febrero el Ejército republicano se internó hacia los llanos de Calabozo y sorprendió a las fuerzas realistas dirigidas por Morillo en persona. El jefe español estaba organizando, en ese mismo tiempo, su campaña hacia el sur, pero con la mala fortuna de que sus enemigos le tomaron la iniciativa causándole una inesperada como desagradable sorpresa. Tomemos el testimonio de dos partidarios de la causa realista para explicar tan sorprendente suceso que se convertiría en una de las acciones más espectaculares de toda la guerra venezolana. Según el historiador español Mariano Torrente:

> La campaña del año anterior había terminado con la retirada de Bolívar a la Guayana a consecuencia de la derrota de Zaraza en el hato de la Hogaza, y con la reconcentración de las tropas realistas en Calabozo. Mientras el general Morillo se dedicaba con infatigable celo a poner su ejército en el estado más respetable para emprender nuevas operaciones, se presentó repentinamente el indomable caudillo caraqueño al frente de los realistas en el día 13 de febrero a la cabeza de 2000 infantes y 3000 caballos. El retroceso de dicho rebelde al Orinoco, su rápida vuelta cruzando aquel río por la Encaramada, su reunión con todas las fuerzas de Páez, y su inesperada aparición sobre Calabozo, habiendo caminado más de 300 leguas en el corto tiempo de mes y medio, fue sin duda alguna la empresa más brillante de que pueda gloriarse.[6]

Y, como complemento, el siempre interesante como fanático y parcial testimonio de José Domingo Díaz, el más influyente publicista de la causa realista en Venezuela durante los años del conflicto:

> El General en jefe concentró en Calabozo tres batallones y dos escuadrones de húsares, disponiéndose para abrir una campaña decisiva, cuando Bolívar, que había partido otra vez de Angostura con cuántos hombres pudo recoger, pasado el Orinoco por la Encaramada y uniéndose a todas las fuerzas de Páez, se presentó inesperadamente sobre Calabozo el 13 de febrero de 1818 con más de 2000 infantes y 3000 caballos. Aquella villa está colocada en una inmensa llanura que por el camino más corto para llegar al país montuoso, tiene de más de 25 leguas. La situación del General en Jefe fue la más crítica.[7]

Morillo ya sabía bien que, en los llanos, sus fuerzas de infantería muy poco podían hacer ante la superior caballería enemiga, situación esta que le decidió a una ordenada retirada en dirección al piedemonte norteño con

---

6 Torrente, *Historia de la revolución Hispanoamericana,* t. II, p. 443.
7 Díaz, *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas,* p. 339.

destino final hacia los Valles de Aragua. Esta maniobra de retirada fue un acierto táctico de Morillo que supo sobreponerse al desconcierto inicial apelando a sus dotes de militar experimentado.

En Calabozo, Morillo consideró que la plaza no podía ser defendida satisfactoriamente y, con ello, prefirió evadir todo encuentro con el enemigo. La emigración realista desde Calabozo ha sido uno de los hechos de guerra más llamativos. Casi toda la población civil decidió acompañar a los soldados, que encontraron serias dificultades para desarrollar una marcha rápida que les permitiese evadir el acoso de la vanguardia enemiga. La noche sirvió de perfecto camuflaje para que Morillo y sus hombres sortearan con éxito las partidas de llaneros que hostilizaron la retaguardia. La retirada duró tres días y las pérdidas realistas en un número de 800 soldados muertos fueron, si se quiere, un tanto escasas con relación al estado de confusión e incertidumbre que se vivió. Esta persecución en caliente pudo ser más efectiva, y podríamos decir que hasta determinante, si no es por las desavenencias de Páez y Bolívar, que no se pusieron de acuerdo sobre el plan que debía seguirse de una manera mancomunada:

> El 12 de febrero sorprenden a Morillo a las puertas de Calabozo, le destrozan lo mejor de sus regimientos, persíguenle el 16 hasta El Sombrero y oblíganle a fugarse a la Villa de Cura. Pero el ímpetu del ataque, si quebrantó al enemigo, causándole más de 800 bajas, disminuyó también en proporción las fuerzas patriotas, quitándoles de la mano el fruto de su victoria. Y hubo cosa peor. Páez, cuyo contingente era indispensable para seguir adelante, se negó a acompañar a Bolívar a los Valles de Aragua, alegando que la caballería, única arma de los patriotas superior a las de los españoles, quedaría inutilizada al pisar terrenos quebrados, pedregosos y cubiertos de bosques, y que era preferible volver atrás a apoderarse de San Fernando de Apure, para asegurarse una base de operaciones, librando a un tiempo a Guayana de posibles amenazas en caso de un revés.[8]

Las noticias sobre el descalabro de las fuerzas realistas en Calabozo y El Sombrero, y la supuesta muerte de Morillo, corrieron hasta la capital, generando el terror y la estampida de casi todos en dirección a los puertos de La Guaira y Puerto Cabello; hecho este bochornoso, y que Morillo lamentará acusando de cobardes a sus más inmediatos colaboradores dentro de la Administración civil realista.

---

8 Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela,* t. I, p. 403.

Lo cierto del caso es que Morillo demostró grandes dotes militares y aprovechó toda su experiencia para revertir una derrota, transformándola en un rutilante triunfo. El general zamorano bien sabía que, atrayendo a las fuerzas de Bolívar hacia el norte, estas podían ser atacadas por los refuerzos suyos concentrados en las inmediaciones del lugar. Morales, Calzada y La Torre, con sus respectivos batallones y regimientos, podían deshacer a Bolívar en una oportuna batalla; lo importante era atraer a los republicanos tomando como señuelo la desbandada de las fuerzas que huían desde Calabozo.

Un enardecido Bolívar no sopesó varios aspectos que atentaban en contra de su irreflexiva estrategia; el Libertador, impulsivo como pocos, creyó en ese instante que las fuerzas realistas se retiraban en desbandada y que la ocupación de la capital era cuestión de tiempo; una vez más, apeló a sus movimientos vertiginosos de tropa con la creencia errada de un fácil triunfo recurriendo al elemento sorpresa que tantas satisfacciones le diera en el pasado.[9] En primer lugar, la infantería realista cobraba toda su efectividad como fuerza de combate en la lucha sobre terrenos altos, boscosos y sinuosos y, segundo, Morillo no estaba derrotado; solo hizo una ordenada como eficiente retirada manteniendo intacto el grueso de sus fuerzas de combate (unos 1500 hombres); los refuerzos realistas se disponían a cortarle el paso a Bolívar y sus generales transformando una persecución victoriosa en una batalla desigual y, por último, Páez se negó a acompañar a Bolívar alegando que la toma de San Fernando de Apure era un objetivo

9 Esto es una suposición nuestra, pero es muy probable que Bolívar y su Estado Mayor fueron informados por sus muchos espías en la capital sobre la desbandada de la población realista junto con sus autoridades hacia los puertos. El hecho quedó recogido por José Domingo Díaz de la siguiente manera: «Por desgracia, la malignidad o la cobardía llevó a Caracas el 17 la noticia de haber sido sorprendida en Calabozo aquella parte del ejército y de haber muerto el General en jefe. Una chispa eléctrica no conmueve con tanta vehemencia cuando toca como aquella funesta noticia conmovió todos los ánimos. En poco tiempo, la población en masa, sin distinción de personas de todas clases, sexos, edades y condiciones se trasladó a La Guaira y llenó los muchos buques que existían en el puerto. Algunas horas después los repiques de la iglesia y las salvas de las murallas anunciaron a la multitud embarcada la existencia del General; y como si en ella solo existiese la seguridad del país, volvió a desembarcarse. Entonces pereció el menor de mis hijos, que no pudo sufrir la fatiga y los trabajos de aquel viaje», Díaz, *Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas*, pp. 341-342.

militar más adecuado y preferido por sus jinetes llaneros, quienes, de paso, aborrecían pelear en terrenos montañosos y quebradizos.[10]

Mientras que las fuerzas republicanas se dividieron y perdían empuje, Morillo dio órdenes contundentes y precisas a sus subalternos. A La Torre le ordenó ubicarse con sus batallones en Villa de Cura; a Calzada le solicitó una pronta marcha para unirse junto con él y con los restos de sus cansados regimientos en una zona cercana a Valencia; a Morales le ordenó un movimiento de flanqueo orientado a vigilar la vanguardia enemiga. Todo el escenario se estaba configurando para acabar con las fuerzas republicanas de Bolívar, que avanzaban a pasos apresurados hacia una trampa mortal por la ruta Ortiz, Villa de Cura, La Victoria y El Consejo.

Semén: el «Carabobo» realista

El 16 de marzo, en el campo de Semén, las fuerzas de Bolívar pudieron finalmente encontrar a las realistas dispuestas para una decisiva batalla. El cerco se había cerrado y, abruptamente, Bolívar comprendió que el terreno de la lucha era completamente inadecuado para la manera en que tenía distribuidas sus fuerzas.

La Quebrada de Semén o La Puerta, en las cercanías de la población de San Sebastián del estado Aragua, fue un estratégico lugar que sirvió de paso entre los llanos altos del hoy estado Guárico y los Valles de Aragua.

---

10 Los historiadores probolivarianos no han dejado pasar la oportunidad para censurar la actitud de Páez, quien prefirió atacar San Fernando de Apure y tomarla el 6 de marzo a seguir, junto con Bolívar, hasta los Valles de Aragua. Páez ofrece igualmente su propia versión justificativa de los hechos en su *Autobiografía;* argumentos estos que son contestados por Vicente Lecuna en un interesante trabajo titulado «La Guerra de Independencia en los Llanos de Venezuela», publicado en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia,* año XIII, n.º 21, Caracas, 5 de julio de 1923, pp. 1017-1035. Para Lecuna, «En este escrito Páez narra la guerra con grande habilidad, y lo consideramos justo en sus apreciaciones, excepto cuando se refiere a Bolívar. Aunque maestro consumado en el manejo de la caballería, no abarcó el arte militar en toda su extensión. Carecía de la imaginación creadora necesaria para las grandes combinaciones; sus métodos de guerra diferían sustancialmente de los de Bolívar. Además, la rivalidad con el jefe supremo, incuestionable hasta la batalla de Boyacá, originó sus repetidas voluntariedades y, para justificarse, adultera en la narración los hechos en que su conducta trastornó los planes del Libertador o en que no estuvo de acuerdo con ellos», p. 1027.

Una vez más, el empeño obtuso de Bolívar en querer ocupar a como diera lugar la capital del país le hizo perder la objetividad desarrollando una estrategia inadecuada.[11]

Derrotada la vanguardia de las fuerzas republicanas dirigidas por Zaraza y Monagas en Maracay el 14 de marzo, Bolívar pudo percatarse de que había entrado en un espacio completamente copado por superiores fuerzas enemigas que confluían hacia su encuentro. Al ordenar la retirada, no hizo otra cosa que intentar salvar el grueso de sus efectivos y todo el valioso material de guerra.

El perseguidor devino ahora en perseguido. Morillo, en Valencia, se puso al frente del ya mítico regimiento Unión; La Torre confluía por las Cocuizas con otras fuerzas de refresco y Morales, en La Victoria, era quien más rápido se movía, procurando entrar en contacto con las unidades republicanas. Al replegarse Bolívar y su ejército por el camino de San Juan de los Morros, comprendió que, de no hacer algo, iba a quedar completamente aniquilado. En la sabana de Semén, el jefe venezolano decidió emplazar una batalla decisiva contra los realistas tratando, con ello, de evitar cortada completamente su retirada hacia el sur. La vanguardia realista, dirigida por Morales con unos 1300 soldados, estuvo dispuesta a batirse ante los 3500 hombres de Bolívar. La refriega, frontal y mortífera, empezó a las 6 a. m., cuando el sol apenas aparecía en el firmamento. En un principio, Morales tuvo que ceder ante las superiores fuerzas del enemigo, pero Morillo y La Torre marchaban velozmente para no dejar escapar del cerco a los republicanos; a las 9 a. m., hicieron su entrada las tropas realistas de refresco para decidir la batalla. El mismo Morillo, al frente del Unión, tuvo una partici-

---

11 Fueron muchos los oficiales extranjeros, y especialmente los británicos, que cuestionaron la competencia militar de Bolívar, haciéndole responsable de la estrategia militar errada que los llevó al fracaso durante la campaña militar del año 1818. El fracasado complot del coronel inglés Wilson, junto con otros extranjeros, proponiendo a Páez como principal jefe republicano en detrimento de Bolívar, puede asumirse como consecuencia de esta situación. El episodio puede seguirse en Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela,* pp. 406-407. Algunos testimonios de la época han dejado notar la desconfianza que tuvo Bolívar hacia muchos de los oficiales extranjeros que, en un principio, lo acompañaron; el caraqueño temió que su influencia en el mando fuese menoscabada por parte de estos profesionales de la guerra. Véase J. L. Busaniche, *Bolívar visto por sus contemporáneos,* México, 1981.

pación decisiva en el desenlace de este encuentro, a pesar de haber recibido un lanzazo que le atravesó el abdomen.[12] La Torre fue el encargado de dirigir la persecución sobre los restos del Ejército republicano, que huyó por Ortiz hacia Calabozo procurando encontrar a las fuerzas de Páez llano adentro. Al carecer de caballería, los realistas no pudieron dar el golpe de gracia a las diezmadas fuerzas que huían derrotadas; tampoco dispusieron de la capacidad de poder marchar hacia el sur para caer sobre los ahora indefensos centros de mando y las bases de operaciones principales como Angostura.

Los testimonios sobre lo acontecido en Semén son numerosos, los publicistas de la causa realista no desaprovecharon la oportunidad para exaltar tan importante victoria y el mismo Morillo, en sus informes, no dejó de congratularse él mismo. Es interesante presentar el testimonio de un inglés que luchó al lado de las fuerzas republicanas y la manera en que percibió la condición de ambos combatientes. No hay duda de que todavía los realistas, en el año 1818, tenían una mejor organización militar que sus rivales y que la llegada de oficiales extranjeros permitió a Bolívar obtener la experiencia de estos para conformar un ejército más «profesional»:

---

12 La herida que recibió Morillo en esta batalla habla bien de su valor personal, pero pudo también haber acabado con el principal líder realista en la contienda. Para el publicista José Domingo Díaz, el incidente fue presentado a los caraqueños y público en general de la siguiente manera: «Si hay acontecimiento en la rebelión de Venezuela, cuya memoria nos excita sentimientos de horror, o de indignación, también se nos presenta otro cuyo recuerdo nos inspira los de un terror el más delicado y respetuoso. Hablo de aquel momento del 16 de Marzo último, en que llevando el Excelentísimo Sr. General en jefe la muerte y la victoria en sus manos, fue acechado por un cobarde asesino, que oculto tras de un árbol esperaba el momento de consumar su alevosía. El cobarde dirigió su lanza contra S. E. al pasar por aquel sitio, y le atravesó por el hipocondrio izquierdo, saliendo por detrás cerca del espinazo; pero él fue muerto en el instante. Ni el dolor, ni el peligro, ni la sangre que brotaba una herida de dos pulgadas y siete líneas de diámetro, hicieron la menor impresión en S. E. Nada le ocupaba sino nuestra salvación y la victoria. No destroza el león herido en las selvas del África con más furor los tímidos animales que encuentra a su paso, como S. E. bañado en sangre enemiga y propia despedazaba los miserables que se le oponían. Jamás pudo pensarse en un espectáculo ni más majestuoso, ni más inexplicable», *Gaceta de Caracas,* n.º 183, miércoles 15 de abril de 1818, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, VII, 4 de febrero de 1818-30 de junio de 1819, Caracas, 1984, p. 1413. Hay en José Domingo Díaz indudables alardes propagandísticos, poniendo al servicio de su causa toda la rica cultura latina clásica de la que era poseedor.

> Al amanecer, los dos ejércitos formaron frente a frente en línea de batalla. No les separaba más que un riachuelo cuyo paso fue obstinadamente disputado con varias alternativas durante la jornada.
>
> El contraste que ofrecían los equipos de las tropas realistas y patriotas, era chocante. Los regimientos españoles llevaban uniformes casi nuevos que les habían sido enviados recientemente de Caracas; tenían que parecer magníficos al lado de los harapos de los soldados patriotas; los españoles eran, además, más numerosos, estaban mejor armados y tenían sobre sus enemigos la ventaja de la rigurosa disciplina.
>
> El único cuerpo de nuestro lado que pudiera jactarse de llevar uniforme, era el que constituía la guardia de Bolívar. Este uniforme, destinado primeramente a los marinos ingleses, fue rechazado en Londres por la administración de la armada y vendido en dicha ciudad al agente de Bolívar. La mayoría de estos guardias, especialmente los que componían las primeras filas, llevaban capotes que pertenecieron a los infortunados Húsares de la Reina. El equipo del resto del ejército era heterogéneo en toda la acepción de la palabra.[13]

Morillo no dejará de lamentarse, en los años siguientes, de la espléndida oportunidad que se había perdido luego de Semén para que el realismo hubiese concretado una inapelable como definitiva victoria sobre sus enemigos en Venezuela. Morillo volvía a ratificar su prestigio militar en Venezuela y acalló, momentáneamente, las voces disidentes y críticas que tenía entre sus propios partidarios del campo civil molestos por el Gobierno militar.

Bolívar, con apenas 400 hombres que se habían salvado del desastre, una vez más volvía a transitar la espinosa senda de la derrota y las duras acusaciones de muchos de sus subalternos al responsabilizarlo de un nuevo traspié.

Ya era costumbre para el caraqueño enfrentar la derrota, pero también sobreponerse con renovado optimismo. La auténtica grandeza de Bolívar, a nuestro entender, como ser humano, se encuentra en esa extraordinaria capacidad para sobreponerse a pesar de la más dura adversidad.[14]

---

13 *Memorias de un Oficial de la Legión Británica. Campañas y cruceros durante la guerra de emancipación hispano-americana,* Madrid, Editorial América, 1916, en J. L. Busaniche, *Bolívar visto por sus contemporáneos,* pp. 55-56.

14 Casi todas las autobiografías y biografías son justificativas y sirven para llevar a niveles superlativos todo logro o conquista; en cambio, los acontecimientos adversos o las sombras que manchan el recuerdo del «héroe» son, generalmente, suprimidos. En realidad, la auténtica medida de un gran hombre a lo largo de una vida se encuentra en su conducta cuando le ha tocado enfrentar la adversidad, la derrota.

Las fuerzas republicanas estaban en el más completo desconcierto y, por muy poco, sus principales jefes pudieron haber caído prisioneros. Bolívar mismo logró salvarse milagrosamente en el incidente de Rincón de los Toros (16 de abril), donde una partida realista lo sorprendió en plena noche mientras dormía en su campamento.

Una vez más, la autoridad del caraqueño volvía a ser cuestionada por sus mismos partidarios. Las críticas más virulentas provinieron de los oficiales extranjeros que, por primera vez, lo acompañaban en una campaña militar. Incluso algunos, como el coronel Wilson, llegaron a proponerle a Páez que asumiera el mando supremo con el apoyo de sus llaneros. Páez, que siempre mantuvo un trato independiente respecto a Bolívar, quizá sintió con agrado el ofrecimiento, pero tal idea no llegó finalmente a cristalizar.

Morillo, hasta el año 1818, solo sintió respeto por Páez como adversario dentro del bando de los rebeldes; al venezolano lo consideró el heredero natural de las tropas de Boves. Del caudillo llanero siempre admiró sus cualidades como hábil jefe militar al frente de la temible caballería conformada por los jinetes llaneros.[15] Con esto, no hacía otra cosa que

---

15 Los jefes urbanos como Morillo, La Torre, Ribas, Mariño y Bolívar tuvieron especial respeto por las fuerzas llaneras y populares comandadas por Páez, Zaraza, Morales, Calzada y otros jefes guerrilleros. Y, más allá de sus cualidades militares, reconocidas por todos, las gentes del mundo urbano, costero y norteño siempre los percibieron con desconfianza y miedo. El mundo rural representaba el atraso, la barbarie y lo salvaje a las formas civilizadas que prevalecían en las ciudades. La jerarquía social de la colonia siempre los postró a estar subordinados al predominio de un marco jurídico e institucional hecho a la medida del sector blanco. Cuando Boves, en 1814, lideró las banderas populares asumiendo espontáneamente algunas reivindicaciones de estos en función de obtener algún tipo de promoción social, el sector blanco, indistintamente republicano o realista, percibió que los fundamentos más elementales de su propio mundo podían derribarse por completo. Páez heredó los ejércitos de Boves y mantuvo abierta la reivindicación popular de conquistar la independencia en favor de los sectores marginados. Pero Páez no fue un líder social con intenciones revolucionarias, como lo demostrarían sus actuaciones públicas luego de acabada la guerra.

Dentro del «despelote» y la «matazón» que fue la Guerra de Independencia de Venezuela, donde las aspiraciones de unos y otros rivalizaron por obtener distintos objetivos, no se pudo alcanzar un acuerdo político mínimo entre los vencedores. Bolívar, luego de Boyacá, impuso su autoridad, logrando, por primera vez, un consenso alrededor de su persona por parte de todos los jefes republicanos. El triunfo de Carabobo en junio de 1821 vino a corroborar esta situación. Pero, muy pronto, Bolívar abandonó Venezuela

validar la opinión casi unánime, compartida por realistas, extranjeros al servicio de las fuerzas republicanas y de algunos importantes jefes insurgentes, de que Bolívar era un incompetente militar signado por la mala fortuna y, por ello, incapaz de obtener un triunfo decisivo. A Bolívar la aureola del triunfador, forjada luego de la campaña de 1813, se le había desvanecido por completo. Los desastres consecutivos y contundentes de Semén (16 de marzo), Ortiz (26 de marzo) y Rincón de los Toros (17 de abril) ponen el sello final a la funesta campaña del año 1818.

El 2 de mayo, en Cojedes, La Torre pudo derrotar a Páez y sus llaneros y, con ello, restableció la preeminencia realista en la zona, pudiendo recuperar estos las más importantes plazas que antes los rebeldes les habían arrebatado, como San Fernando de Apure y Calabozo. Una vez más, los lugartenientes de Morillo, como La Torre, Sebastián de la Calzada y José Tomás Morales, cumplieron a cabalidad los mandatos del jefe superior, tratando de acorralar las fuerzas republicanas en todos los escenarios en que estos venían operando y buscando, por todos los medios, un encuentro decisivo que sellara, de una vez por todas, la victoria final en favor de las armas del rey.

---

para marchar hacia el sur del continente y dejó al país en manos de los distintos caudillos regionales, que se convirtieron en los árbitros de la nueva nación. Desde entonces, la libertad respecto a España, y la nueva nacionalidad, pasaron a ser las más importantes conquistas obtenidas luego de la guerra, pero todo ello a un coste muy elevado y careciendo de un proyecto de sociedad alternativo al colonial que pudiese lograr la incorporación de todos los sectores. Los supuestos afanes populares y sociales del Libertador quedaron desmentidos por sus irreales e impopulares proyectos constitucionales y la oposición de quienes fueron sus más inmediatos colaboradores como Santander y Páez; su rápida desilusión sobre las carencias educativas y culturales de sus conciudadanos para vivir dentro del marco de las instituciones liberales lo llevaron a pensar en la salida autoritaria de la misma manera en que San Martín propuso la monarquía. Desde entonces, los militares se sintieron los nuevos amos del país y dejaron notar a todos que la nueva nación contraía una deuda histórica por sus esfuerzos al frente de la guerra. Las oligarquías regionales, muy pronto, entrarían en alianzas con estos y el país pospondría interminablemente las más importantes aspiraciones liberales por las que se hizo la independencia. Hoy, luego de doscientos años de esos hechos, el estamento militar ha revivido y restaurado sus viejas aspiraciones de conducir la sociedad venezolana encontrando todas sus justificaciones en ese pasado en que se luchó contra España. Aunque hay que hacer la observación de que ejército formal en el sentido moderno y profesional nunca lo hubo, hasta que en las primeras décadas del siglo XX el dictador Juan Vicente Gómez lo fundó.

El 20 de mayo Francisco Tomás Morales obtuvo otro rutilante triunfo sobre el general republicano Manuel Cedeño, en la batalla conocida con el nombre de Laguna de los Patos, dentro de la provincia de Caracas. Los realistas triunfaban en todos los frentes, salvo el oriental, en que fueron incapaces de someter las fuerzas de Arismendi, Bermúdez y Mariño, que seguían operando activamente.

Bolívar, desacreditado por todos, siguió confiando en sus posibilidades, procurando rehacerse del descalabro militar asumiendo nuevos y audaces proyectos. Una vez más, el Libertador se ponía a prueba frente a la adversidad:

> Aniquilada más que nunca parecía la causa republicana. Los realistas dominaban todo el Centro y el Occidente; en las Provincias orientales, a la amenaza de los mismos se añadía la interminable desavenencia entre Bermúdez, que ahora obedecía a Bolívar, y Mariño, que unas veces fingía someterse y las más campeaba por su cuenta; en Margarita, Arismendi se consideraba señor feudal de la isla; finalmente en Apure apenas podía contarse con la subordinación de Páez. Pero el alma del Libertador se engrandecía en la desgracia. No bien regresó a Angostura (5 de junio) concibió un vasto plan que semejaba en tan tristes circunstancias pura insensatez: convocar un Congreso, establecer el gobierno constitucional… y trasmontar los Andes, libertar a Nueva Granada, fundar a Colombia, dándole al propio tiempo el golpe de gracia a la dominación española. Todo se realizó.[16]

La obsolescencia de España en América. La anomia y el fin

Al acabar el año 1818, Morillo podía darse por satisfecho en Venezuela desde el punto de vista militar. Al enemigo se le había provocado una derrota que, a primera vista, pareció decisiva para todos, pero que no pudo concretarse por la falta de caballería y suficiente tropa para marchar hacia el sur en las profundidades de los llanos. No obstante, ese optimismo quedaba desdibujado al darse cuenta Morillo cómo sus enemigos se rehacían con rapidez y no había manera de acabar con todos haciendo uso de la fuerza. La vía de los indultos reales tampoco daba ningún resultado y los refuerzos de tropa europea que solicitó tampoco eran respondidos por el Gobierno de Madrid.

---

16 Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela,* p. 405.

Políticamente, Morillo y sus oficiales estuvieron completamente empantanados ya que, desde Madrid, nunca hubo una voluntad sincera en apoyarlos, de acuerdo con todos sus requerimientos y demandas, para triunfar por la vía militar.

A pesar de que a Morillo le fueron restituidos sus poderes extraordinarios por parte del rey en junio de 1818, ya nunca más fue capaz de contar con el apoyo decidido y entusiasta de sus colaboradores dentro de la Administración civil, los cuales se sintieron humillados y maltratados por las muchas arbitrariedades llevadas a cabo por los militares expedicionarios. Ni los funcionarios realistas de Venezuela ni de la Nueva Granada estuvieron de acuerdo con las facultades que le otorgaron poder absoluto a Morillo desde su arribo a la Costa Firme en el año 1815.[17] Desde el año 1816, estuvieron presionando a la Corte en Madrid inundándola de representaciones, cartas y manifiestos para que le fueran revocados esos poderes en favor de la antigua legalidad. Acusaron a Morillo de cometer serios atropellos contra las principales instituciones coloniales y por haber auspiciado medidas de tipo represivo que, en muchas oportunidades, no hizo distinción entre los mismos partidarios del rey y los súbditos rebeldes. El ministro de Estado, José Pizarro, desde España, fue tan escéptico en la aplicación de las medidas militares para acabar con los rebeldes que llegó a decir: «desde la llegada de la expedición del capitán general D. Pablo Morillo todo ha ido de mal en peor».[18]

---

17 Fue célebre el conflicto que enfrentó al virrey Montalvo de la Nueva Granada con Morillo. No pocas fueron las representaciones que el virrey Francisco de Montalvo envió al rey cuestionando los métodos utilizados por el general español dentro de su jurisdicción. Al secretario de Estado del Despacho de Gracia y Justicia le escribió en los siguientes términos: «Exmo. Sr. En comunicación del parte que di a V. E. con fecha 2 de septiembre último nro. 292. en orden a los excesos y violencias que cometen desenfrenadamente los jefes y tropas expedicionarias en todos los pueblos de este Reino, incluyo a V. E. los adjuntos testimonios de los oficios que he recibido últimamente del Gobernador de Popayán, para los fines que ya en mis anteriores he indicado a V. E.», A. G. I., Estado, 57, N. 35, Cartagena de Indias, 13 de enero de 1818. En un principio, fueron escuchados los reclamos de Montalvo y de otros funcionarios agraviados por los expedicionarios, pero la ratificación en el mando que se hizo a Morillo y la reposición de las facultades que le conferían nuevamente el poder absoluto determinaron la sustitución del virrey Montalvo por Sánamo, quien estableció una mejor relación con Morillo.

18 Anna, *España y la independencia de América,* p. 221. Para Pizarro, el desgaste que significó el conflicto de Morillo contra las autoridades civiles locales americanas hizo

Este conflicto entre civiles y militares reflejó, con todo dramatismo, las incoherentes políticas que entonces se aplicaron y la extrema vulnerabilidad del Estado español en América, prácticamente desarticulado e inoperante. Los esfuerzos heroicos y voluntaristas de muchos realistas demostraron, con el tiempo, ser estériles ante la incapacidad demostrada por restituir el antiguo orden colonial. El intendente del Ejército de las Provincias de Venezuela en ese entonces, don Xavier de Arambarri, presentó varios documentos y representaciones a sus directos superiores en Madrid, acusando el desastre en que se encontraban las principales instituciones coloniales venezolanas junto con el quebrantamiento de las más elementales leyes, además de ventilar públicamente sus desavenencias con importantes funcionarios de la propia Administración civil realista.[19]

Desde la Corte de Fernando VII, tampoco se hizo un coordinado esfuerzo por aplicar una política de Estado con continuidad en el tiempo, y que no dependiera de los numerosos y abruptos cambios ministeriales que se suscitaron en el período. Morillo sufrió en carne propia estas inconsecuencias al sentir, desde muy temprano, que los medios que se le otorgaron para cumplir con su misión pacificadora de tanto en tanto eran puestos en revisión. Las 12 veces en que solicitó ser relevado del mando hablan por sí solas del desconcierto y la desmoralización del «Pacificador». Esta situación quedó en evidencia desde el mismo instante en que Morillo suspendió la Audiencia en junio de 1815 para aplicar los tribunales militares; la respuesta de los magistrados suspendidos fue la de acusar a Morillo de absolutista.

---

desviar significativos esfuerzos que pudieron dedicarse por entero a combatir a los rebeldes. Según Anna, el intento de Morillo en instaurar la dictadura militar fue una realidad tan evidente que algunos ministros en la Corte se escandalizaron y denunciaron ese proceder. No obstante, los gabinetes ministeriales de Fernando VII reflejaron el grado de incongruencia y anarquía que, en ese entonces, se vivió en la Península y fueron incapaces, como ya se ha dicho, de desarrollar una política ultramarina coherente y de resultados positivos.

19 A. G. I., Caracas, 495. El intendente de Ejército de las Provincias de Venezuela, Xavier de Arambarri: «Con algunas copias y con referencia a procesos secretos de aquella Capitanía General, descubre la indecente, criminal y peligrosa conducta del Fiscal de Real Hacienda, Don Andrés Level, autor y móvil de la desagradable e inesperada discordia con la Junta Superior. Y pide la remoción de dicho Ministro, sin cuya providencia no es posible avanzar un paso en la deseada reorganización de las Rentas Reales, ni en el mantenimiento de los ejércitos», Caracas, 30 de abril de 1818.

En consecuencia, desde España, le fueron revocados todos sus poderes absolutos a mediados del año 1816, para luego serles restituidos por las presiones del partido militar. En diciembre de 1817, se le suspendió ya por tercera vez el mando absoluto a Morillo sobre Venezuela hasta una nueva reposición, en este caso definitiva, en el mes de junio de 1818.[20] Para esta fecha, el monarca tomó la resolución desesperada de apostar a ultranza por la salida militar tomando como principal argumento el envío de la Gran Expedición de 20 000 soldados sobre Buenos Aires.

Morillo siempre abogó por que el mando absoluto sobre su persona no fuera discutido ni cuestionado por nadie dentro de la Costa Firme. Sus representaciones personales y las que envió a través de emisarios hicieron especial énfasis en satisfacer esta necesidad. El triunfo que obtuvo en Semén y las posteriores victorias de la campaña del año 1818 fueron sus más importantes argumentos para solicitarle al rey la restitución de las facultades que le otorgaban el mando absoluto sobre la Administración civil y militar en Venezuela. Su razonamiento fue persuasivo y la comisión designada por el Gobierno en Madrid que estudió el asunto elaboró un interesante expediente que dictaminó lo siguiente:

> […] que el General Morillo, o cualquiera otro que mande en jefe en un país de insurrección, cual se hallan aquellas provincias, debe estar autorizado para obrar según las circunstancias, y pedir auxilios, particularmente de víveres, a los virreyes y capitanes generales de aquellos dominios, los que deberán prestarle según lo permitan las atenciones en que respectivamente se hallen, sin más que la de la responsabilidad al Gobierno, del mal uso que haga de las facultades que se ponen a su disposición, pues creen los fiscales será más difícil la tranquilidad de aquellas provincias, sin que haya en ellas mismas una autoridad que pueda disponer por sí, en los casos extraordinarios.[21]

Con esta resolución, que fue acogida por Fernando VII, volvió Morillo a ejercer la dictadura y la confirmación en el mando del Ejército Expedicionario de la Costa Firme luego de la crisis que significó la incursión de Bolívar en los alrededores de los Valles de Aragua en pleno corazón del

---

20 Todo este proceso puede seguirse con lujo de detalles en la obra de S. K. Stoan, *Pablo Morillo and Venezuela, 1815-1820,* pp. 134-139.

21 S. H. M., M. G., caja 121, Consejo Supremo de la Guerra, Madrid, 22 de mayo de 1818.

país.[22] A los jefes realistas se les recomendó acabar con las disputas y diferencias entre ellos, ya que esto condenaba toda posibilidad de éxito en la defensa de la causa del rey:

> […] de que en los casos en que no haya una necesidad, o lo exija el bien del servicio de S. M., procuren los jefes evitar con tino y prudencia todo aquello que pueda influir en el resentimiento del otro, tanto para que no haya motivo a desavenencia entre las autoridades, como para que los enemigos del orden no se aprovechen de ellas.[23]

De todas formas, una sensación de triunfo volvió a renacer entre las filas del rey y, desde la *Gaceta de Caracas,* José Domingo Díaz, su editor y principal redactor, se encargó de publicitar y sobredimensionar los más recientes triunfos militares realistas de la intensa y vertiginosa campaña del año 1818, atribuyéndoles un carácter definitorio en el desenlace de la guerra. A los enemigos se encargó de desacreditarlos con las consabidas ofensas y el desprecio por todos sus más ínfimos actos. No le importó adulterar las noticias e inventar hechos y situaciones en que podía demostrar la vileza de los «malos españoles» en que se habían convertido muchos de sus propios compatriotas. A Bolívar le dedicó especialmente la mayoría de sus escritos acusándolo de falso adalid por la libertad y con una desmedida ambición con la sola finalidad de coronarse rey. Díaz se

---

22 Luego del triunfo realista en la batalla de Semén, Morillo se lamentó y denunció las conductas deshonrosas de sus principales colaboradores civiles y militares en la capital de Caracas, que prefirieron huir hacia los puertos de La Guaira y Puerto Cabello, ante el desconcierto reinante por la noticia de la invasión republicana en esos primeros meses del año 1818. La denuncia que hizo Morillo fue tratada por un consejo militar en Madrid de la siguiente forma: «Al hablar de esto el General Morillo, dice, que mientras las armas del Rey triunfaban y abatían a los enemigos, las noticias que se esparcieron de haber sido atacado su cuartel general, fueron bastantes para trastornar el interior de las provincias, y que los jueces, las autoridades, los empleados de Hacienda, todo el mundo, abandonase sus puestos y emigrase cobardemente; tres días, dice, que faltó su correspondencia, y esto bastó para que el Súper Intendente, abandonando los caudales se embarcase en La Guaira, lo mismo los ministros de la Audiencia, y que todos los empleados huyeron sin saber de qué con un terror de que no hay ejemplo, queriendo también abandonar Caracas el Capitán General interino Pardo, donde tenía el batallón de Burgos, y lo contuvo la serenidad del Brigadier Don Miguel de la Torre y otros oficiales del ejército […]», S. H. M., M. G., caja 121, Consejo Supremo de la Guerra, Madrid, 22 de mayo de 1818.

23 Ib.

hizo eco, al igual que otros fanáticos dentro del Partido Realista venezolano, de que el delito de infidencia y rebeldía era lo más grave en que un hombre de la sociedad colonial venezolana podía incurrir.

Al igual que el año 1816, la suerte de la guerra volvía a inclinarse favorablemente a los realistas de Venezuela en este año 1818. Aunque, una vez más, el enemigo a quien se combatía vino a demostrar la fe inquebrantable en la causa independentista que defendían y por la que estaban dispuestos a morir, a pesar de las derrotas y la precariedad de sus armas, como pone en evidencia este testimonio de un oficial extranjero que participó en la guerra:

> El equipo de Bolívar respondía perfectamente a los escasos recursos del ejército patriota. Llevaba un casco de dragón raso, vestía una blusa de paño azul con alamares rojos y tres filas de botones dorados; un pantalón de paño tosco, del mismo color que la blusa y calzaba alpargatas. Empuñaba una lanza ligera con una banderola negra y unos huesos en corva, con esta divisa: Libertad o Muerte.[24]

Salvando al Imperio

Desde España, el gabinete ministerial de Fernando VII siguió enfrascado en las estériles disputas sobre los más diversos asuntos burocráticos, siendo incapaz de engranar una política de Estado coherente en relación con los sucesos americanos. Las distintas camarillas alrededor de Fernando VII no dejaron de presionar para imponer sus postulados tratando de influir sobre la voluntad de un rey débil e irresoluto.[25] Por un lado, existió el partido de los militares y ministros de línea dura y, por el otro, uno moderado encabezado por el ministro de Estado, José García de León y Pizarro, quien obtuvo su nombramiento en octubre de 1816.

---

24 *Memorias de un Oficial de la Legión Británica. Campañas y cruceros durante la guerra de emancipación hispano-americana,* en Busaniche, *Bolívar visto por sus contemporáneos,* p. 52.

25 En Anna se encuentra un completo análisis de todas las vicisitudes ocurridas en este período en relación con las políticas ministeriales y gubernamentales aplicadas desde Madrid sobre el asunto de la pacificación americana. Véase Anna, *España y la Independencia de América,* pp. 227-260.

El Gobierno español, precario en todos sus frentes, pero sobre todo en el financiero, no pudo atender las múltiples crisis que le surgieron luego de la restauración de Fernando VII en 1814. Entre 1815 y 1819, se quiso atender no solo el latente, y a veces abierto, conflicto interno entre liberales y absolutistas, sino el mismo e imprescindible funcionamiento de la estructura imperial, ahora muy debilitada por los procesos revolucionarios e independentistas que surgieron en toda la cuenca atlántica y que afectaron a los dominios españoles con la formación de las Juntas autonomistas de Caracas y Buenos Aires en 1810. Según Anna:

> El debate y las opiniones dentro de los más altos centros de poder del imperio se concentraron en dos cuestiones principales: la del libre comercio, en particular si se permitiría que mediaran los ingleses y que lograran las concesiones comerciales en América en las que insistían como precio de su mediación, y el método que se debería seguir para la pacificación de América, especialmente si se deberían emplear las reformas o la fuerza militar.[26]

La segunda mediación inglesa terminó, al igual que la primera, en un rotundo fracaso. La desconfianza entre los antiguos aliados contra Napoleón se había instalado, una vez más, entre ellos. Los españoles, desde 1816, discutieron en sus consejos ministeriales, una vez más, la posibilidad de flexibilizar su monopolio comercial en las Indias a cambio de una decidida ayuda inglesa en medios militares para acabar con los rebeldes de sus colonias. Pero la Gran Bretaña, luego de la derrota napoleónica en toda Europa, ya no tuvo ningún interés en seguir ocultando sus viejas aspiraciones en lograr una mayor influencia geopolítica sobre los territorios españoles en América. Armas y hombres empezaron a fluir a raudales desde Londres a partir del año 1817 sobre los territorios americanos, con la evidente intención de apoyar la causa independentista ante el asombro y la indignación de los españoles que siguieron creyendo en la neutralidad de estos. Angostura y algunos puntos de la franja costera, como la isla de Margarita, fueron los primeros destinos de los mercenarios británicos y de otros países que contribuyeron poderosamente a inclinar la balanza de la guerra a favor de los independentistas en estos últimos años de la guerra. Desde España, se giraron especiales instrucciones para conferir un mismo trato a los extranjeros cuando se los apresara con armas

26 Anna, *España y la independencia de América,* p. 190.

en la mano, y con la amenazante orden de castigarlos como si se tratase de rebeldes, es decir, con la muerte:

> En 27 de febrero de este presente año llegó a mis manos la real orden de 26 de agosto del próximo pasado con que V. E. comunica a esta intendencia de ejército el oficio del superior ministerio de marina de 20 del mismo, que concibiendo como una de las causas principales que influyen en el fomento de la sangrienta revolución que ha asolado estos países, la existencia de extranjeros franceses, ingleses, y americanos, hombres perdidos y sediciosos que esparcen y sostienen el error y el espíritu de partido que tanto como opuesto al recto orden e intereses de nuestro augusto Monarca (que Dios guíe) es también enemigo de la felicidad de estos pueblos desgraciados, prohíbe la introducción de aquellos forajidos, y previene su persecución y castigo.[27]

El acendrado miedo a una invasión extranjera por parte de las autoridades coloniales venezolanas dramáticamente se hizo realidad ante la avalancha de soldados y regimientos británicos que, solapadamente, se fueron infiltrando por distintos puntos del país.[28] Si bien no se trató de una invasión declarada en términos oficiales por una potencia hostil, fue, en toda regla, una explícita violación a los pactos de no agresión que tenían convenidos España e Inglaterra. Bolívar y sus oficiales tuvieron que aprender a distinguir entre la colaboración privada de estos mercenarios y la visible intención del Gobierno inglés por asumir el rol colonial que venía desarrollando hasta ahora España. El apresuramiento de Bolívar en 1819 por crear el Estado venezolano en Angostura no solo se hizo para asumir ante España el rol de beligerante con derechos políticos, sino también para enviar, al resto de las potencias

---

27 A. G. I., Caracas, 495. «El Intendente, Exmo. Javier de Arambarri, dará cumplimiento más exacto a la Real Orden que expresa y prohíbe la introducción y previene la persecución y castigo de extranjeros sediciosos que fomentan la revolución de estas provincias», Caracas, 2 de marzo de 1818.

28 Las autoridades realistas en Venezuela estuvieron alertando, en los primeros meses del año 1818, los preparativos y movimientos de tropas extranjeras desde las colonias próximas. La siguiente relación elaborada por el capitán general interino de Caracas, don Juan Bautista Pardo, da un indicio de las preocupaciones que, en ese entonces, se vivieron: «Por barcos venidos de la isla danesa de San Thomas, se corrió la noticia de que a la sueca de San Bartolomé había llegado una expedición inglesa al mando del Almirante Cocran compuesta de tres buques, mil hombres de desembarco, y varios pertrechos de guerra, con designio de unirse a los insurgentes, dirigiéndose a Guayana; y posteriormente habiendo llegado a Puerto Cabello un barco sueco procedente de la última colonia, y tomándosele declaraciones al Capitán y otros individuos de él, resultó lo que V. E. se servirá ver del papel […]», A. G. I., Estado, 69, N. 43, Caracas, 7 de febrero de 1818.

simpatizantes con la causa republicana, un inequívoco mensaje para que respetaran a la nueva soberanía que acababa de nacer.

Entre los muchos reclamos que hizo Morillo a las autoridades metropolitanas, se encontró también el trato que recibieron los prisioneros que había remitido a la Península y que, liberados, habían regresado a insurreccionar nuevamente la Costa Firme.[29] El Ejército Expedicionario hacía agua por todos sus frentes y las amenazas, tanto internas como externas, se sumaban peligrosamente ante la impotencia de sus principales jefes.

La rigidez siguió privando entre los ministros españoles pero, sobre todo, la confusión. Ninguna política elaborada tuvo continuidad y apoyo suficiente para ser efectiva. Sabemos de los intentos del ministro Pizarro en proponer un completo plan de pacificación[30] distinto a la opción militar que, hasta el momento, había prevalecido. Pizarro quiso imitar a Inglaterra en relación con la pérdida de sus posesiones en el norte. Los ingleses, luego de fracasada la opción militar para mantener esos territorios, se avocaron a negociar una serie de ventajas comerciales con los colonos de la nueva nación. Pizarro se adelantaba, con esto, a la posibilidad muy real de una pérdida completa de los territorios españoles. En consecuencia, se imponía una negociación con los alzados en armas, evitando con ello la espantosa carga de una guerra ultramarina indefinida, y que el Estado español era incapaz de financiar adecuadamente.

Los más recientes triunfos en la Costa Firme, durante el primer semestre del año 1818, solo sirvieron para que la Corte madrileña le concediese a Morillo los sonados títulos de conde de Cartagena y marqués de La Puerta, además de rechazar sus reiteradas solicitudes de relevo al frente del mando del Ejército. La *Gaceta de Caracas* siguió mostrando una entera satisfacción por la muerte de Piar, junto con las consabidas desavenencias entre los distintos jefes republicanos, que se encargó de atizar aún más; igualmente, cubrió con lujo de detalles los descalabros sucesivos de Zaraza, Bolívar, Páez y otros jefes enemigos. Además, transmitió la esperanzadora noticia de que las fuerzas conjuntas de Morillo, Morales y La Torre se dirigían

---

29 Un expediente completo donde se trata esta cuestión se encuentra en A. G. I., Estado, 64, N. 23, bajo el título de *Prisioneros de Morillo.*

30 Anna, *España y la independencia de América,* pp. 228-237.

hacia las mismas bocas del Orinoco, para acabar definitivamente con el enemigo.[31]

Un halo de indiferencia e ignorancia sobre las cuestiones americanas siguió privando entre los ministros españoles de ese entonces, que siguieron subestimando la capacidad de los súbditos rebeldes en derribar la estructura imperial que los sometía. Para los funcionarios y ministros reales, los llamados «rebeldes», aun triunfando militarmente, eran políticamente incapaces de gobernarse por sus propios medios prescindiendo de España, opinión esta compartida tanto por liberales como por monárquicos.

Pero Morillo sí fue franco y sincero con sus superiores metropolitanos y no les escondió, para nada, la situación lastimosa de sus fuerzas y el peligro real de lo que pudiera significar una derrota total, con la consiguiente pérdida de esos dominios. En la representación del 22 de julio de 1818 que le dirigió al ministro de la Guerra, hizo, una vez más, un detallado balance de toda la situación venezolana haciendo hincapié en la necesidad de mayores refuerzos europeos para consolidar las victorias recientes y acabar, de una vez por todas, con los escurridizos y tenaces enemigos del rey.

Morillo puso en evidencia el aislamiento en que se encontraron sus fuerzas militares respecto al exterior, al carecer de una robusta marina de guerra y mercante que pudiese respaldar adecuadamente todos los esfuerzos que se venían haciendo en tierra. Se lamentó que la recientemente formada y bisoña escuadra de guerra insurgente, a la que tildó de practicar la piratería, tuviera más actividad que la propia, y responsabilizó a esta última de permitir las continuas expediciones caribeñas que, desde el año 1816, se armaron sucesivamente para caer sobre los distintos puntos de la larga costa venezolana y, con ello, reavivar el fuego de la lucha revolucionaria:[32]

---

31 No hay duda de que el fanatismo de cualquier signo hace alterar la más elemental objetividad sobre los hechos reales. Cualquier periódico al servicio de una causa nacional intransigente no tendrá ningún reparo en adulterar y falsificar los hechos con tal de contribuir con el aniquilamiento del adversario. En estos casos, la prensa escrita, más que ser un medio de información, lo es de propaganda y desinformación.

32 La situación de aislamiento en que se encontraron las autoridades realistas en Venezuela se hizo cada vez más crítica ante la actividad de las embarcaciones corsarias de los rebeldes que interceptaban las embarcaciones españolas en alta mar. El capitán

> Las vastas costas de estas provincias, desde las bocas del Orinoco hasta el istmo de Panamá, están enteramente a merced de los piratas, sin haber ni un solo buque de guerra que cruce en ellas. Sería para mí materia muy aventurada exponer a V. E. la suerte de nuestra escuadrilla real y sus empresas navales, porque como no soy marino, ni entiendo una palabra de esta profesión, debo precisamente mirar los resultados con diversos ojos que los inteligentes. Sin embargo los piratas, con peores buques y con menos recursos que los nuestros, nos han hecho una guerra cruel, o por mejor decir, son los únicos enemigos que hemos tenido; porque destruidos los corsarios, jamás se hubieran verificado los desembarcos de Bolívar, la ocupación de Guayana, ni la multitud de sucesos desgraciados de que está V. E. instruido. Nuestros buques de guerra no han batido jamás a ningún corsario insurgente, ni han impedido la menor de sus tentativas ni empresas […].[33]

No solo los piratas y corsarios republicanos llegaron a inquietar a las fuerzas españolas del mar; el almirante inglés lord Cochrane, a quien algunos contemporáneos consideraron un nuevo Nelson, hostilizó abiertamente las embarcaciones realistas y amenazó, en repetidas ocasiones, con invadir la Costa Firme, como bien refiere la documentación española de la época:

> […] que juntas a la empresa del Lord Cochrane sobre aquellas costas, le ponen en una situación muy crítica y apurada, tanto más cuando no tenemos en ellas fuerzas navales capaces de contrarrestar al solo Navío de 84 que hace parte de aquella expedición; por cuyas causas reunidas opina la junta que debe socorrerse inmediatamente al General Don Pablo Morillo con tropas, dinero y armas, procurándose que este auxilio vaya escoltado por buques superiores en número y poste a los del referido Lord para contrarrestar sus esfuerzos en el caso probable de hallarlos en su navegación.[34]

---

interino de Caracas, Juan Bautista Pardo, le hizo notar al ministro de Hacienda en la Metrópoli que era un funcionario que actuaba en la oscuridad como consecuencia de la pérdida de la correspondencia oficial. El sistema de correos, entre España y América, había colapsado casi por completo y las comunicaciones con las órdenes reales se habían perdido. La misiva de Pardo es como sigue: «Todas las correspondencias de la metrópoli dirigidas a Puerto Rico de febrero último a esta fecha se han perdido; la de dos correos fue apresada por los piratas que infestan estos mares; y la de los tres últimos se perdió por haber zozobrado en la costa del mismo Puerto Rico la goleta Eugenia que las conducía, de cuyo modo nos hallamos sin tener orden alguna desde dicho mes de ese superior Ministerio. Lo que aviso a V. E. para su noticia, y a fin que se sirva mandar triplicar y cuadruplicar las citadas correspondencias perdidas en la parte respectiva a la Secretaría de su cargo», A. G. I., Caracas, 110, 31 de agosto de 1818.

33 Rodríguez Villa, *Don Pablo Morillo, Primer Conde de Cartagena, Marqués de la Puerta, Teniente General de los Ejércitos Nacionales (1778-1837). Resumen de su Vida,* p. 143.

34 A. G. I., Estado, 64, N. 50. Pacificación de América. Expediente de los Comisionados de Colombia, Palacio, 10 de junio de 1818.

El segundo aspecto de importancia tratado en esta representación escrita por Morillo es el reconocimiento a la sorprendente capacidad de recuperación de sus adversarios, que cuentan con la inapreciable ayuda de las colonias extranjeras alrededor del arco caribeño y, algo muy significativo, para Morillo, las fuerzas que combate poseen una mayor adaptabilidad al tipo de lucha que se practica en el trópico logrando, con ello, una gran ventaja sobre las fuerzas europeas:

> Vea V. E. cuál es nuestro estado después de las repetidas gloriosas acciones en que las armas de S. M. han triunfado y destruido de una sola vez a los facciosos. Cualquiera de sus caudillos que se presente solo en algún territorio donde no haya tropas del Rey, alarma los habitantes, liberta las esclavitudes y forma en pocos días un nuevo ejército. Páez, Bolívar, Cedeño y todos los demás cabecillas, barridos, dispersos y arrojados de una provincia, van a sublevar otra sin recelo de hallar obstáculos y seguros de contar con la buena voluntad de sus habitantes. Para esto cuentan también con la protección abierta de las colonias, donde, a cambio de las presas que hacen a nuestro comercio, de los ganados que extraen y de los frutos que saquean, tienen los arsenales abiertos para carenar sus buques y cuanto armamento, municiones, vestuario y efectos de guerra necesitan, esto, es, la infantería: que el hombre a caballo o el llanero no ha menester otra cosa que una rama de un árbol armada con un pedazo de hierro o de macarra, madero muy fuerte que suple a las lanzas, y el caballo, que manejan perfectamente sin brida ni silla. *Sin Marina, sin recursos, y con muy pocas fuerzas europeas como estamos en el día, cuente V. E. con que estas provincias sucumbirán precisamente al enemigo y que la pérdida de la Nueva Granada es infalible.*[35]

Esto último que señaló respecto a que la Nueva Granada era un objetivo militar totalmente vulnerable a una incursión del enemigo fue algo completamente premonitorio. Bien sabía el alto mando militar realista que Barreiro y sus tropas carecían del empuje y la experiencia de sus coterráneas en Venezuela. Aunque nada hacía pensar en ese momento que las fuerzas republicanas, que se retiraban en desbandada, pudieran atreverse a semejante empresa en que los obstáculos de la geografía y la distancia parecían ser completamente insalvables.

Lo que siempre mortificó a Morillo y los principales jefes que lo acompañaban fue la parsimonia con que las autoridades de la metrópoli atendían

---

35 Rodríguez Villa, *Don Pablo Morillo, Primer Conde de Cartagena, Marqués de la Puerta, Teniente General de los Ejércitos Nacionales (1778-1837). Resumen de su Vida,* p. 145. La cursiva es nuestra.

los asuntos de la guerra americana. El reto de la distancia nunca fue superado eficazmente y todo se hacía con una lentitud pasmosa. Entre seis meses y un año era el promedio en que tardaba en llegar la correspondencia y los partes oficiales; es decir, cada requerimiento, orden o plan perdía vigencia y utilidad por la pesada burocracia gubernamental encargada de elaborar las más fundamentales directrices en la conducción de la guerra. Morillo, que siempre guardó una gran formalidad en el desempeño de sus deberes procurando mantener informado a sus superiores de todas las incidencias que ocurrían en la guerra venezolana, pronto notaría que sus recomendaciones, sugerencias y pedidos urgentes de hombres y material de guerra caían en un saco roto. Aunque lo que más le molestó fue la tardanza metropolitana en solventar con la premura debida a todas sus necesidades más elementales:

> Y en la propia forma que aseguro a V. E. de estos hechos, no debo ocultarle que el auxilio que reclamo en el día no será suficiente o llegará a ser inútil si se retarda, porque la experiencia de la clase de guerra que se hace en estos climas, me ha enseñado la ineficacia de algunas medidas lentas, que a lo sumo no han hecho otra cosa que prolongar la lucha y perder mayor número de individuos. Lo que en la isla Margarita pudo sofocarse con un batallón oportunamente enviado, no lo alcanzaron después 3000 españoles mandados por mí de las mejores tropas de la Península.[36]

Morillo y los realistas venezolanos llegarían, con el tiempo, a tener que aceptar que la guerra venezolana se había convertido en un asunto que debía resolverse internamente, y que esta situación no implicaba significativas ventajas para el bando del rey. El antiguo orden colonial se había restaurado, pero la guerra y el predominio de los militares lo habían trastocado por completo. La emigración forzada de tantas familias era una muestra elocuente de que el país estaba completamente destruido y que la opinión pública empezaba a fluctuar en preferir apoyar a los rebeldes. El nombre mágico del soberano se había disipado por completo entre las gentes de Venezuela; ni siquiera los sacerdotes, desde sus estrados y púlpitos, podían calmar a sus feligreses con sermones esperanzadores sobre un pronto retorno del orden y la paz.

Si bien el desasosiego fue una realidad entre los realistas de la Costa Firme, desde España hubo algunos intentos, un tanto epilépticos, en res-

36 Ib., pp. 144-145.

paldar a Morillo satisfaciendo sus más importantes demandas, a pesar de la distancia, la pobreza del erario y los interminables conflictos de la política interna. Para todos, era evidente que la pujanza comercial española dependía del mantenimiento del Imperio americano; aunque, como ha sostenido J. Fontana,[37] el destino final del Antiguo Régimen restaurado estaba indisolublemente ligado a la pérdida de las colonias. Al restituírsele a Morillo las facultades para ejercer el mando absoluto en 1818, el rey le brindó, una vez más, un voto de confianza y pensó nuevamente, junto con sus ministros más belicosos, que la salida militar era la más conveniente a pesar de que los medios militares efectivos que se le iban a otorgar quedaron solo en falsas promesas o, en todo caso, siempre fueron insuficientes.

El rey y la camarilla militar a su alrededor intentaron apuntalar la salida represiva en este año 1818 a través de dos medidas: por un lado, se ordenó apresurar todos los preparativos que se estaban haciendo en Cádiz para armar y reunir a los hombres de la Gran Expedición;[38] por el otro, el mismo Fernando VII se embarcó en una polémica negociación con el Gobierno ruso, para adquirir unos barcos de guerra que pudiesen fortalecer a la alicaída marina realista.[39]

---

37 «[…] a comienzos del siglo XIX, América proporcionaba cerca de una cuarta parte de los ingresos ordinarios de la corona, y que el comercio colonial era la columna vertebral del sistema entero de intercambios exteriores de España, como se puede advertir por la contracción que se produjo en el volumen global de tales intercambios después de la pérdida de las colonias continentales». Véase Fontana, *La crisis del Antiguo régimen 1808-1833,* p. 197.

38 Una manera de apresurar los preparativos de la «Gran Expedición» fue hacer depender a la Comisión de Reemplazos de Cádiz con el Ministerio de la Guerra, cuando antes esta formaba parte del Ministerio de Hacienda. A. G. I., Estado, 86 A, N. 30, Madrid, 22 de septiembre de 1818.

39 La marina de guerra española solo poseía en 1817 18 navíos (solo uno de ellos armado), 15 fragatas (cinco armadas), 11 corbetas, 22 bergantines y 27 goletas. Las grandes embarcaciones de guerra brillaron por su ausencia; con ello se ponía en evidencia la extrema debilidad de un imperio ultramarino completamente indefenso en sus rutas marítimas y con una gran desventaja con su principal adversaria: Inglaterra. Fernando VII, consciente de esta carencia, llevó a cabo unas operaciones secretas con el zar de Rusia, Alejandro I, y logró adquirir, en los meses finales de 1817, por un importe de 68 millones de reales, ocho barcos rusos para ser destinados a las operaciones en América. En febrero de 1818, llegaron a Cádiz las nuevas embarcaciones que, según los expertos, se encontraban en un estado lamentable. La operación se hizo a espaldas del Ministerio de la Marina española y de su ministro Vázquez de Figueroa; además, los requerimientos técnicos fueron completamente ignorados. Si bien las embarcaciones eran nuevas, las maderas eran de

La última oportunidad perdida

Luego de la batalla de Semén, el triunfo militar más significativo que los realistas hayan podido lograr en toda la guerra venezolana, su situación, lejos de ser triunfante, fue más bien de impotencia por la incapacidad logística reconocida por sus principales jefes de poder capitalizar tan favorable circunstancia. La temporada invernal de las lluvias volvía a servir de ayuda a los rebeldes en el segundo semestre de ese crítico año 1818, ya que les permitió volver a sus campamentos y principales bases en el sur en las inmediaciones del gran Orinoco para rehacerse del descalabro recientemente sufrido. Bolívar no desaprovechó la ocasión para poner orden en casa y organizar, sobre bases jurídicas, el nuevo Gobierno colombiano alrededor de su persona; para ello se avocó a la tarea de preparar un Congreso constituyente y la organización de los poderes republicanos. Una vez más, capitalizó al máximo el tiempo de su permanencia en Angostura redefiniendo los objetivos militares revistiéndolos de una base política mucho más sólida que en el pasado. Ya en Bolívar estaba en su mente volver a retomar la ofensiva en el año 1819 sobre Morillo; el jefe caraqueño bien sabía que una actitud pasiva lo condenaba a ser presa de las disensiones internas o que los realistas pudieran arrebatarle la iniciativa llevando la guerra hasta su propio territorio, algo que se tenía que evitar a toda costa.

El 27 de junio, bajo su iniciativa, mandó fundar *El Correo del Orinoco,* primer periódico republicano orientado a publicitar los grandes hechos de la causa de la naciente república.

En el caso de Morillo y el Partido Realista que lo secundó, el año 1818 terminó con la satisfacción de haber derrotado el audaz asalto rebelde sobre el centro del país. Pero la herida que sufrió Morillo en Semén y que por poco le cuesta la vida inutilizó, por bastante tiempo, al liderazgo militar

---

pino en vez de roble, situación esta que no auguraba una larga vida operando en las cálidas aguas del trópico. Los historiadores que han tratado este asunto no terminan de ponerse de acuerdo sobre los resultados de esta operación que, en sus consecuencias prácticas, en nada incidió sobre el desenlace de la guerra hispanoamericana. Un reciente estudio abordó el tema desde una perspectiva acuciosa y profesional; para ello véase A. Anca Alamillo, «Los Barcos comprados en 1817 a Rusia», *Historia 16,* año XXV, n.º 310, febrero de 2002, pp. 52-62.

español, al que, sin contar con una caballería del mismo calibre de la llanera que comandaba Páez, le era completamente inútil poder incursionar sobre el sur. Además, dentro de sus principales cabecillas y líderes, se instaló por primera vez la desmoralizadora convicción de que, desde la Península, no tenían ni la más remota idea de los sacrificios y esfuerzos titánicos que venían llevando a cabo en defensa de la monarquía. Esta sensación de abandono tenía sus fundamentos en hechos concretos, como el retraso en la paga tanto de los oficiales como de la tropa, por lo que la práctica del saqueo sobre las propiedades y bienes del enemigo fue asumido como algo natural para compensar la falta del incentivo material que, con la paga, en teoría se debía suplir. Si bien los principales jefes se opusieron a estos desmanes, la gran mayoría los toleró como algo inevitable y concomitante al tipo de guerra que se practicaba en contra de los rebeldes.

El abastecimiento del Ejército, una de las grandes y constantes preocupaciones de Morillo, por lo general se hacía mediante la colaboración forzada que debían dar los propietarios civiles dueños de haciendas y hatos agrícolas y pecuarios.[40] Una buena muestra de cómo procedían las autoridades realistas en el año 1818 para procurarse del tan fundamental ganado fue el siguiente decreto que se hizo público en la *Gaceta de Caracas,* número 210, del 26 de septiembre de 1818. Morillo, como jefe del Ejército Expedicionario; Pardo, como capitán general interino, y Arambarri como intendente del Ejército y subdelegado de la Real Hacienda intentaron reglamentar las distintas exacciones de ganado destinadas al mantenimiento de las unidades militares realistas. Se intentó, por lo menos en el papel, ponerle freno a los abusos que se venían cometiendo en relación con la apropiación indebida y sin ningún tipo de compensación de estos bienes. Entre las medidas más significativas tenemos:

---

40 Son muy pocos los estudios en relación con la política de secuestros llevada a cabo tanto por los realistas como por los republicanos a lo largo de la contienda. La confiscación indiscriminada de bienes y propiedades terminó por arruinar al país e incitó a que numerosas familias se fueran de él ante el precario ordenamiento jurídico que no les garantizó ningún tipo de protección. De todas formas, hay un interesante estudio de E. Rangel Prada, «Los Secuestros y la Confiscación de Bienes en la Provincia de Caracas», *Anuario de Estudios Bolivarianos,* Instituto de Investigaciones Históricas BOLIVARIUM, año IV, n.º 4, 1995, pp. 217-259.

— El «derecho de represalia de ganado», una especie de patente de corso para quitarle el ganado a los enemigos y utilizarlo para el consumo del Ejército.
— En el caso de que se apresasen reses en los hatos de particulares, los reclamantes tendrán derecho a una compensación en especie o metálico correspondiente solo a la cuarta parte.
— Solo los funcionarios de la Real Hacienda deberían encargarse de tramitar administrativamente todos los reclamos concernientes al secuestro de ganado vacuno y caballar.
— A la vez, se nombraron algunos comisionados de la Real Hacienda y del Ejército, con la finalidad de mediar entre las necesidades del abastecimiento y los intereses de los particulares afectados con las medidas de secuestro.
— La diputación de los llanos se encargaría de recoger todos los burros y caballos de «hierros desconocidos» que se encuentren en los hatos, como también en los Valles de Aragua.
— Quedó prohibido que ningún justicia mayor, comandante militar, jefe de partida, comisionado u otra persona tome res alguna de las que se conducen de un punto a otro ni siquiera con el pretexto de alimentar las tropas. Esto es potestad del jefe militar, el comisionado de guerra o factor y el comisionado de hateros de cada división.
— Siempre que las circunstancias de la guerra lo impongan, los «diputados directores» podrán suprimir o modificar algunos de los artículos del presente reglamento.[41]

Morillo tuvo también que sufrir las consecuencias desagradables de las interminables marchas y contramarchas de sus cuerpos que terminaban diezmados por el cansancio y las enfermedades tropicales que producían más bajas que los mismos combates. Las deserciones fueron otro asunto de capital importancia que se tuvo que atender a través de drásticas medidas

41 No está de más decir que este reglamento bien expresa a la parsimoniosa burocracia española que hizo del nominalismo toda una virtud de corrección legal y jurídica pero que, en tiempos de guerra, demostró ser algo completamente deficiente y contraproducente a los intereses del Partido Realista. Por lo general, todo quedaba en el papel. *Gaceta de Caracas,* n.º 210, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 4 de febrero-30 de junio de 1819, Caracas, 1984, pp. 1611-1617.

de castigo como el mismo fusilamiento. Todo ello trajo como consecuencia una agresiva política de reclutamiento sobre los propios venezolanos, para que engrosaran las filas del Ejército realista de Costa Firme, pero, como Morillo siempre desconfió de la capacidad y lealtad de esos soldados, los encuadró bajo el liderazgo de una oficialidad europea que pudiera garantizarle una mínima disciplina y operatividad dentro de las distintas operaciones que se pudieran emprender.

Si bien Morillo había logrado que Fernando VII le restituyera todas las prerrogativas del mando absoluto, las relaciones con el mundo civil se mantuvieron deterioradas. Desde la óptica de los militares, todo el esfuerzo impositivo de la Real Hacienda y la recaudación de víveres y ganado que el Tribunal de Cuentas, junto con la Intendencia, debían proveer tenían que ser destinados al Ejército; situación esta que generó severas resistencias por parte de los funcionarios civiles realistas, que adujeron que la incapacidad de medios y la pobreza del país les impedían cumplir con esas exigencias. Además, muchos de ellos resintieron el maltrato que los militares les dispensaron desde que llegaron, violando los principales preceptos legales que las instituciones coloniales tenían preestablecidos como normas de funcionamiento.

Quienes añoraron el orden y la paz de la colonia en sus mejores tiempos tuvieron que rendirse a la evidencia de un mundo destruido por una guerra cruel en que el trato que se dispensaban los beligerantes era de iracundo odio. Los antiguos procedimientos ya no podían practicarse porque las circunstancias habían mudado de naturaleza y las exigencias militares lo fueron todo, como muy bien pudo justificar desde la tribuna de la *Gaceta de Caracas* su redactor José Domingo Díaz. Los Heredia, Arambarri, Level de Goda se convirtieron, de momento, en hombres anacrónicos, mudos vestigios de un orden colonial ya destruido por la dictadura militar impuesta por Morillo desde su arribo en el año 1815. Si Monteverde fue el primero en insubordinarse a las legítimas autoridades constituidas estableciendo un régimen militar con la estrecha colaboración de los canarios armados, Morillo instauró legalmente la dictadura, el primer Gobierno militar que tuvo el país en su historia.

Los extremismos se impusieron desde el año 1811 y estos fueron expresión de dos minorías radicalizadas que condujeron hasta el horror de la guerra a la gran mayoría de la población venezolana. Esta mayoría silencio-

sa, anónima y moderada, fue indiferente a las dos filosofías en disputa aunque, por costumbre y tradición, su referente natural de identificación y referencia era la sociedad colonial bajo la tutela del rey español. Al disiparse los ejércitos del rey y cuestionarse la prédica de los religiosos promonárquicos, el cambio de la opinión pública fue impuesto por los triunfadores. Pero nunca el legado hispano pudo ser suprimido completamente, a pesar de los intentos sistemáticos por reelaborar la memoria histórica de parte de los vencedores.

Los emisarios de Morillo

Morillo vivió la ambivalencia permanente de la dictadura personal y el respeto a la legalidad. Sus objetivos en la Costa Firme no podían llevarse a cabo por la insuficiencia de medios militares, políticos y económicos. Todavía hoy nos sorprende su acatamiento a las órdenes reales y a todas las disposiciones que, desde Madrid, se le enviaron.

La tentación por el poder nunca fue algo que Morillo buscó como sí fue el caso de Monteverde en 1812 y Boves en 1814, aunque este último no reveló, por culpa de su súbita muerte, cómo iba a ser su conducta ante las disposiciones reales que se le mandaron para apartarse del poder político que asumió como consecuencia de sus espectaculares triunfos guerreros.

Morillo siempre trató de mantener las formas, muy consciente de que sus actos tenían una trascendencia histórica significativa. Poco se ha documentado sobre las inclinaciones políticas del general español y sus inclinaciones masónicas y liberales que algunos autores han hecho notar. Lo cierto del caso es que su lealtad a Fernando VII se mantuvo inalterable hasta los últimos años de su vida. Las disputas entre absolutistas y liberales dentro de las filas del Ejército Expedicionario de Costa Firme fue un asunto que no llegó a darse por la rápida disminución de sus efectivos militares que fueron sustituidos por soldados del país. Entre la oficialidad pudo haber existido algún tipo de inquietud en ese sentido, pero todo indica que este asunto no trastocó significativamente los objetivos fundamentales de los expedicionarios. El testimonio del capitán Sevilla y de muchos otros españoles expedicionarios fue de una completa indignación cuando conocieron las noticias del levantamiento de Riego y el regreso de los liberales al poder. Cuando los liberales modificaron la política de pacificación hacia América,

proponiendo negociaciones con los rebeldes, estos absolutistas fuertes quedaron completamente desconcertados y se atrevieron incluso a señalar que esto era una auténtica traición que echaba por la borda todos los esfuerzos y sacrificios de tantos oficiales y soldados. No hay duda de que este suceso del levantamiento liberal de 1820 fue la puntilla para el realismo en Venezuela.

La correspondencia de Morillo es reveladora de un hombre que sufrió tensiones irresolubles que fueron diezmando su moral y fe en el triunfo militar. Nunca se resignó a aceptar que la guerra venezolana tenía que alimentarse de ella misma; su desprecio o subestimación por los oriundos del país y el medio en que se luchaba fue evidente. Como militar extranjero, asumió la guerra como una empresa de castigo colonial contra unos súbditos rebeldes a quienes había que someter mediante el apoyo superior de una fuerza metropolitana. Su desánimo fue más que evidente cuando comprendió que, desde Madrid, no podían atender sus exigencias en otorgarle nuevos refuerzos con las fuerzas del país, cuando mucho lo que podía hacer era esperar el desenlace fatal haciéndolo retardar lo más posible.[42]

En los últimos meses de 1818, envió a su segundo hombre dentro de la cadena del mando a la misma Corte madrileña para que, en persona, expusiera la situación del conflicto venezolano. De esta forma creyó Morillo que sus dramáticos llamados de ayuda fueran finalmente escuchados y atendidos.

Don Pascual Enrile, jefe de las fuerzas marítimas de la expedición de 1815, se hizo presente con voluminosos pliegos ante los ministros del rey señalando, entre otras muchas cosas, esto que nos parece revelador sobre la situación en ese entonces del Ejército realista en la Costa Firme:

---

42 El complejo de la conquista se instaló sobre los españoles europeos. En el imaginario colectivo, la idea de un Cortés y un Pizarro con un puñado de valientes soldados acabando con los imperios aztecas e incas parece haberse mantenido entre los hombres de la monarquía borbónica de la primera década del siglo XIX. ¿Pudo haberse creído que 10 000 soldados eran suficientes para pacificar todo un continente rebelado en armas? La pregunta no suena descabellada ya que, en las instrucciones reservadas que se le concedieron a Morillo, se estableció no solo la recuperación de la Costa Firme (Venezuela y Nueva Granada) sino también la orden de destinar tropas hacia Panamá en Centroamérica y al Perú.

> A pesar de esto, en cuantas ocasiones he podido he instado de oficio y confidencialmente por que se envíen auxilios de mar y tierra a la costa firme, y que a la Nueva Granada (aún tranquila por un milagro del omnipotente) se la guarnezca con cuatro mil hombres, saliendo otros tantos de allí para el Perú (por los puertos que estime conveniente el Virrey) de las tropas venezolanas que la guarecen luego que lleguen aquellos. Los venezolanos son castas, son soldados, frugales y tan valientes como las mejores tropas cuando se logra disciplinarlos. Si vuelven a sus casas son otros tantos oficiales y sargentos para formar cuadros y batallones a Bolívar. En la Nueva Granada son temibles porque pueden penetrar sus paisanos y entonces no querrá ningún ministro contar a S. M. los horrores que se cometerán por estas hordas que en la historia de ningún pueblo tienen paralelo […].

Ya, para los jefes expedicionarios, no se trataba de pelear con amotinados, alzados, rebeldes, facinerosos y delincuentes, sino contra soldados combativos y temibles. Enrile tenía que demostrar y convencer a sus interlocutores en Madrid de que la realidad de la guerra americana y tropical no era un «paseo de salud», como seguían pensando y creyendo la mayoría de los ministros, periodistas y gente común en España.[43]

Una vez más, aparecen entre los documentos realistas las referencias sobre la preocupación ante una inminente invasión de las fuerzas republicanas sobre el vital espacio de la Nueva Granada. El movimiento que hizo Bolívar en 1819 fue algo que los realistas en Venezuela siempre creyeron como posible, desmintiendo, con esto, a muchos de los historiadores venezolanos que han exagerado hasta el absurdo el hábil movimiento de Bolívar, al considerar que el elemento sorpresa tomó completamente desprevenido a Barreiro. Los militares realistas bien sabían de la vulnerabilidad de la Nueva Granada y que, por las vías del Orinoco y caminos

---

43 La guerra americana fue ajena a las preocupaciones de los españoles de ese entonces; los periódicos sistemáticamente alteraron los hechos y situaciones creyendo hacer un servicio a la nación. América siempre fue percibida como tierra salvaje e incivilizada y que, gracias a los españoles y europeos, había entrado en la misma historia de la humanidad y la cultura universal. Morillo y los expedicionarios enviados al sacrificio de la guerra muy pronto comprendieron que sus compatriotas peninsulares no tenían la sensibilidad de aceptar y comprender que las colonias podían perderse irremediablemente si no asumían la empresa pacificadora como un esfuerzo nacional colectivo. Pero España, en ese entonces, estaba postrada y obnubilada por un pasado de grandeza ya completamente disipado. La indiferencia por América y los síntomas de superioridad cultural no dejaron tampoco de manifestarse cuando, en 1898, cien años después, los españoles fueron a la guerra contra Estados Unidos por la isla de Cuba.

del sur, los republicanos tenían puerta franca. La advertencia la hizo Morillo consciente de la insuficiencia de medios para atender tan gigantescos territorios.

Enrile se lamentó, en su informe, por las inconsecuencias en el plan militar que originalmente se diseñó para operar en 1815 y que, en un principio, había sido exitoso. Veamos:

> No hay en cuanto he escrito una idea de innovación; siempre recuerdo el plan que se había bosquejado en 1814 y que ignoro por qué se abandonó cuando en catorce meses no solo se ocupó y pacificó desde Margarita a Guayaquil sin cesar de pelear, sino que la caída de la intomable Cartagena con su estruendo fue una letra girada contra México, como lo repetirá sin duda Callejas; y lo hubiera sido mayor contra Buenos Aires, si los Europeos pedidos hubieran llegado a tiempo; pues ya Pezuela se felicitaba por ver nuestros batallones en el Valle del Cauca y por escalones para embarcarse en el Puerto de Buena Ventura, para donde se abrió un camino nuevo con casas o cobertizos, por el cual en dos días a pie desde Cali y en otro embarcados en el Anchicaya se llega al puerto.

La ignorancia e imprevisión de los estrategas de Madrid fue un pesado fardo con el que tuvieron que cargar los expedicionarios realistas. Las responsabilidades adquiridas para llevar a buen término la empresa militar nunca fueron adecuadamente compartidas dentro de la Administración gubernamental española, carente de continuidad y coherencia en sus políticas.

Para Enrile y Morillo, mantener libre la Costa Firme garantizaba el control de todo el Caribe y, muy especialmente, las prósperas islas de Cuba y Puerto Rico, cuya importante producción azucarera había enriquecido a sus productores. Morillo, pero sobre todo La Torre a partir de 1821, procuraron disuadir a las autoridades de esas islas para que realizaran envíos de recursos a Venezuela y garantizar, con ello, su propia seguridad:

> En la isla de Cuba y Puerto Rico va a renovarse el peligro si no se sujeta Venezuela, pues Pétion auxilió para que perdiésemos la Guayana y prometía socorros cuantiosos si se tomaba; así están las cartas interceptadas […].

El panorama que Enrile presentó sobre lo que podía pasar en Venezuela no solo fue desolador sino hasta profético y, con ello, demostraba que los jefes expedicionarios realistas ya tenían, para ese entonces, estratégicamente perdida la guerra:

> En octubre se moverá Bolívar con Páez dueños de los llanos por la caballada, en estado de emprender porque tienen a San Fernando y Angostura que les da sobre el Orinoco y Apure dos puertos como los de Coblenza y Philisburg sobre el Rin; tienen batallones organizados por extranjeros; su voz no tiene responsabilidad y es omnipotente. Morillo ocupa el lugar opuesto en la empresa, sus tropas se han disminuido y él con dificultad montará a caballo; esto es, faltará el prestigio de las victorias. En la campaña del año pasado venció siempre y no obstante se perdieron los Llanos, San Fernando y Guayana. En la próxima difícilmente se vencerá, se perderá Caracas y adiós Nueva Granada ayudada por su guarnición actual.[44]

En 1819, las fuerzas republicanas ocuparon la Nueva Granada luego de la decisiva batalla de Boyacá haciendo realidad los temores de la oficialidad realista en la Costa Firme. Este acontecimiento fue trascendental, ya no solo en el desenlace de la lucha que se venía haciendo en Venezuela, sino que permitió elaborar toda una estrategia de liberación continental en dirección al sur. En 1821, en la sabana de Carabobo, las fuerzas mancomunadas de llaneros, orientales y guayaneses, bajo el mando de un crecido Simón Bolívar, derrotaron inapelablemente a las fuerzas realistas comandadas por La Torre. La causa realista en Venezuela llegaba a su fin a pesar de algunas bolsas de resistencia que aún resistirían hasta el año 1823 en la franja costera norte alrededor de las fortalezas ubicadas en Maracaibo, Puerto Cabello y Cumaná.

---

44 A. G. I., Estado, 64, N. 34, de Pascual Enrile al Exmo. Señor Marqués de Casa Irujo, Pamplona, 24 de septiembre de 1818.

ESTRATEGIA DE LA DERROTA (1819-1823)

1819: campaña militar sobre el Apure

> Este General no tiene a su lado ni Intendencia, ni Plana mayor, ni nada; nada, y si le sobran calumniadores en Madrid.
>
> Pascual Enrile[1] sobre el general Morillo,
> septiembre de 1818

Don Pablo Morillo, «El Pacificador», quedó gravemente herido en Semén (16 de marzo de 1818), percance que lo alejaría del mando directo por casi todo un año, delegando en sus subalternos toda la responsabilidad en la conducción de la guerra. Naturalmente, ninguno de ellos se atrevió a una ofensiva decisiva sobre el campo dominado por los republicanos por la falta de medios y para no contrariar las más fundamentales órdenes de Morillo, quien estableció directrices para reorganizar al Ejército con la incorporación de nuevos reclutas venezolanos y hacer acopio de víveres y

1 Pascual Enrile Acedo (1772-1836) fue un militar de carrera que acompañó a don Pablo Morillo como segundo al mando, en la Expedición Pacificadora que arribó a Costa Firme en el año 1815.

armamentos para organizar una ofensiva decisiva sobre los llanos occidentales donde se enseñoreaba Páez, a quien, por mucho, consideró su más peligroso adversario.[2]

Si bien el año 1818 fue muy positivo para Morillo y sus fuerzas, la situación de los espacios ocupados por los beligerantes se mantuvo inalterada. Los republicanos, desde Angostura, tenían bajo control todo el sur del país con Bolívar al frente en la dirección del nuevo Gobierno pudiendo contar con los cuerpos guerrilleros de Zaraza, Monagas, Cedeño y los de otros jefes operando tanto en los llanos orientales como los del centro, mientras que Páez seguía siendo dueño indiscutido de los llanos occidentales entre el Apure y Barinas y, en las provincias orientales, Arismendi, Mariño y Bermúdez seguían manteniendo en jaque el dispositivo militar realista que se organizó para contenerlos.

La peligrosa herida que, por poco, le costó la vida al general Morillo y la tenacidad de sus enemigos que, a pesar de las derrotas, se rehacían con una pasmosa rapidez influyó de manera determinante en la moral de los partidarios del realismo.[3]

Uno de los grandes propósitos estratégicos de Morillo fue el de intentar derrotar a Bolívar en una sola batalla. En Semén lo logró, pero, aun así, Bo-

---

2 Stoan y otros estudiosos del período nos dicen que Morillo siempre consideró a Bolívar y Páez como sus dos más encarnizados antagonistas. Pero es más que evidente que, en la mayor parte de las representaciones y misivas, Morillo se dedicó a descalificar a Bolívar, mientras que, en el caso de Páez, se mostró sorprendentemente respetuoso, halagando su formidable espíritu guerrero. ¿Será esto otro capítulo más en que el jefe urbano y profesional se rinde al hechizo temeroso de las fuerzas de la naturaleza en su forma más primitiva en la conducción de la guerra? ¿Páez, como reminiscencia de Boves, es que acaso fue considerado por su ascendiente popular el nuevo caudillo militar abanderando la tan temida «guerra de colores» por parte de todos los blancos de la Costa Firme? Tanto Bolívar como Morillo se mostraron excesivamente respetuosos de Páez como jefe militar apuntalado por las huestes llaneras, consideradas por los expertos como una de las armas más eficaces, económicas y mejor empleadas dentro de una guerra a lo largo de toda la historia militar. Véase Stoan, *Pablo Morillo and Venezuela, 1815-1820.*

3 Por increíble que parezca, las fuerzas realistas, fundadoras de la «guerra de guerrillas», en la península ibérica contra el invasor francés en 1808, tuvieron que enfrentar unas tácticas militares similares por parte de los insurgentes. La guerra en el trópico se hizo prácticamente sin los códigos de honor acostumbrados y las derrotas, muy rápidamente, se recomponían en victorias.

lívar pudo retirarse y volver a reorganizarse desde Angostura contando, en esta oportunidad, con la inapreciable colaboración de los oficiales británicos que, a partir de ese momento y en un mayor número, se iban incorporando al lado de los republicanos bajo el impulso habilidoso de las gestiones que venía realizando el comisionado venezolano López Méndez en Londres.[4] Este éxodo de soldados y oficiales extranjeros hacia el trópico tuvo dos razones: por un lado, al acabarse la amenaza napoleónica en Europa, muchos de ellos quedaron sin empleos y, por otra parte, el mismo Gobierno inglés estimuló su arribo siendo consecuente con sus aspiraciones de relevar a España como la potencia más influyente en la América del Sur.[5]

Los intentos por apresar a los principales cabecillas republicanos o lograr su eliminación física se intentó en reiteradas oportunidades, aunque sin mayor éxito. El Ejército realista, con unos efectivos que rondaban para ese entonces los 13 000 soldados,[6] en su mayoría criollos, no se resignó a perder la iniciativa que había logrado en la campaña del año pasado. La temporada de sequía era un buen momento para emprender,

---

4 Un historiador inglés ha llegado a señalar que, si no fuese por López Méndez, los venezolanos no hubieran podido ganar la guerra. «La ayuda proporcionada de fuentes británicas, consistente en hombres y pertrechos, fue organizada y coordinada a través de Luis López Méndez, que había viajado a Londres en 1810 como auxiliar de Bolívar y permaneció en dicha ciudad, representando los intereses de Venezuela, cuando aquel regresó a su país. La importancia de la ayuda que logró recabar puede deducirse de lo que escribió José Manuel Restrepo. Este historiador de la época manifestó que frecuentemente le había oído decir a Bolívar que el verdadero libertador de Colombia era López Méndez». D. A. G. Wadell, «Bolívar y la Gran Bretaña», *Anuario de Estudios Bolivarianos,* Instituto de Investigaciones Históricas BOLIVARIUM, año II, n.º 2, Caracas, 1992, pp. 328-329. De este autor existe una obra fundamental sobre el tema: *Gran Bretaña y la independencia de Venezuela y Colombia,* 1983.

5 Sigue siendo un tema virgen y a la espera de una investigación la actuación de los mercenarios extranjeros en la Guerra de Independencia Hispanoamericana. Algunos testimonios de estos mercenarios y viajeros han sido recogidos y, en muchos de ellos, se da por sentado la participación decisiva de la llamada «Legión Extranjera» en inclinar la suerte de la guerra del lado republicano, tesis esta apoyada por el mismísimo Carlos Marx en el célebre y polémico artículo que preparó acerca de la vida de Bolívar. Véase C. Marx, «Bolívar y Ponte», *The New American Cyclopedia,* Nueva York, 1858. E. Mondolfi Gudat ha realizado un formidable aporte a esta temática en *Páez visto por los ingleses,* 2005, y mucho más reciente, con un estudio decisivo, *El Lado Oscuro de una Epopeya. Los Legionarios Británicos en Venezuela,* Caracas, 2011.

6 «El ejército constaba de 13 000 hombres, 3000 europeos y 10 000 americanos», Díaz, *Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas,* 1961, p. 353.

una vez más, operaciones militares que todos llegaron a pensar en ese momento que serían decisivas.

El llano en llamas

Si hay algo que hay que reconocerle a Morillo, es que nunca fue un militar pusilánime y que, a pesar del abandono en que la metrópoli postró a su ejército, siempre estuvo dispuesto a llevar la ofensiva sobre sus enconados enemigos. En los primeros meses del año 1819, decidió operar por los confines del Apure que estaba bajo control de la caballería de Páez considerando que, si lo derrotaba, iba con ello a tener el camino despejado hacia el sudeste; también, con esta acción, se procuró socavar las bases de abastecimiento que tenía el enemigo ya que, con el control del espacio de los llanos, se podía tener libre acceso al abundante ganado que había ahí.

El tan ansiado «golpe de gracia» sobre los rebeldes había que darlo directamente sobre sus más importantes bases de operaciones y abastecimientos ubicados en el sur del país que, por cierto, era la zona más agreste e inaccesible. La proyectada ofensiva militar quedó subordinada a los accidentes del terreno y al gigantismo de la empresa.[7]

La ausencia de mapas y planos actualizados de esa geografía fueron suplidos por los espías y baquianos del lugar, expertos conocedores de inhóspitos y precarios caminos tanto terrestres como fluviales. La campa-

---

7 José Domingo Díaz llegó a decir que Morillo no estuvo peleando en contra de los rebeldes sino contra los obstáculos insalvables del medio, de la naturaleza. «Tomadas por el General en jefe todas las medidas y disposiciones que eran necesarias, se puso en marcha a fines de diciembre con 6000 hombres de todas armas, y en enero de 1819 pasó el Apure bajo los fuegos del enemigo que hizo huir, y dio principio a una campaña de muy distinta especie, en la cual iba a combatir con la naturaleza más que con los hombres. El teatro de la guerra iban a ser aquellos inmensos desiertos que median entre el Apure y el Arauca, y mucho más entre este y el Meta, en donde la naturaleza existe como en el momento de la creación; en donde solo podían encontrar principios de vida las hordas de Páez, nacidas y criadas entre sus pantanos, y bajo la influencia de un sol abrasador y de una atmósfera malsana, y en donde llanuras que terminan entre las errantes tribus de indios salvajes, presentaban a nuestras tropas marchas, cansancio, hambres, fatigas y situaciones en que la vida podía peligrar solo por la acción de innumerables animales ponzoñosos», Díaz, *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas,* p. 356.

ña de los llanos en ese año 1819 tuvo su vertiente anfibia por los centenares de ríos y caños que se interponían entre los movimientos de tropas convirtiéndose, la mayor parte de las veces, en obstáculos insalvables. Ante la ausencia de ingenieros y zapadores dentro de las filas realistas en número suficiente, el vadeado de los ríos se hizo muchas veces en las propias grupas de los caballos o, cuando la profundidad de las aguas y la distancia entre una orilla y otra lo ameritaban, en frágiles e improvisados lanchones construidos con la madera existente en las zonas aledañas. No está de más decir que estos obstáculos contribuyeron a que las fuerzas de Morillo no se pudieran internar llano adentro como en un principio se aspiró. Además, los realistas tampoco tuvieron unas «fuerzas sutiles»[8] respetables que pudiesen garantizar el dominio de los principales ríos y caños navegables de la zona. Era evidente que el dominio de los ríos era un requisito fundamental para aspirar movilizar la numerosa tropa con todos sus pertrechos sobre las posiciones enemigas.

Además, Morillo bien sabía que este movimiento de su ejército debilitaba el control y vigilancia del centro del país y le restaba fuerzas al teatro oriental, en el cual a duras penas se podía mantener a raya a las fuerzas republicanas que activamente allí estaban operando. El movimiento hacia el sur conllevaba unos riesgos muy serios, ya que las bases y líneas de aprovisionamiento se extendían largamente, y la misma precariedad de la intendencia realista poca confianza ofreció en ser capaz de atender adecuadamente las necesidades del Ejército dentro de una larga campaña caracterizada por los constantes movimientos de tropa dentro de un terreno laberíntico y de muy difícil acceso.

Las esperanzas de Morillo y la clave de toda su estrategia en esta campaña de los primeros meses del año 1819 se concentraron en provocar al enemigo, instalándose en su propio territorio, y fijarlo en una gran batalla que, con su desenlace, lo aniquilaría por completo. Luego de ese hipotético triunfo, Angostura caería y la guerra se habría ganado.

Bolívar, ya convertido en un auténtico rayo de la guerra, una vez más, adelantándose a los movimientos de su adversario, «voló» hasta el

---

8 Las llamadas «fuerzas sutiles» estaban formadas por embarcaciones menores, aptas para la navegación en los caños y ríos.

Apure en marzo de 1819 para reunirse con Páez y coordinar el mejor plan militar para repeler la ofensiva que los realistas se proponían llevar a cabo; ya en ese entonces, los republicanos se hacían acompañar por significativas fuerzas británicas formadas por oficiales y soldados. Una actitud pasiva los hubiera condenado a cederle la iniciativa a Morillo y sus fuerzas.

Morillo, a todas estas, luego de ocupar Calabozo y San Fernando de Apure, los centros poblados más importantes de los llanos occidentales y centrales, se apostó en Achaguas al lado del río Apurito, convirtiendo ese lugar en su centro de operaciones. El objetivo más inmediato era ocupar el Apure y acabar con la caballería llanera de Páez.

A Sebastián de la Calzada y su regimiento lo envió a operar en dirección a Barinas, para que cubriera ese flanco, y a la división de Real la mandó apostarse en el poblado de El Baúl al oeste de Calabozo. Don Miguel La Torre debía fortificar Calabozo y, con la llegada de la caballería de Francisco Tomás Morales, este debería atravesar el río Apure y hostigar al enemigo en dirección sudeste hacía El Yagual y San Juan de Payara, cerca de las márgenes del río Arauca. Las fuerzas de Morillo y Pereira acantonadas en Achaguas tenían que hacer un movimiento en tenazas sobre las posiciones del enemigo. La estrategia realista estuvo, en un principio, bien concebida, pero el enemigo no daba muestras de querer luchar. Una importante disposición de Morillo y su alta oficialidad para encontrar los escondites republicanos fue la de ordenar incursiones de pequeñas patrullas de reconocimiento a la caza de paisanos de la zona para someterlos a interrogatorios que permitiesen averiguar los movimientos e intenciones del enemigo.[9]

Tanto las fuerzas realistas como las republicanas, bajo el comando de Bolívar y Páez, tuvieron algunos encuentros que, unas veces, les eran favorables a unos y, otras veces, a los otros. En el combate del Trapiche, los republicanos fueron derrotados por el jefe realista José Pereira, mientras que, en el de La Gamarra, Bolívar hizo lo propio sobre las fuerzas del mismo Pereira. Morillo, desde Achaguas, avanzó hacia el sur queriendo atravesar el río Arauca, pero fue derrotado por Páez en el famoso combate de las

9 A. H. N. (Archivo Histórico Nacional, Madrid-España), Archivo de Torrepando, Sección Pablo Morillo, legajo 8717.

Queseras del Medio el 2 de abril.[10] Las órdenes de Bolívar fueron tajantes hacia Páez y otros subalternos: no librar una batalla decisiva con Morillo, evitar a toda costa ser «fijados» por los realistas y, con ello, quedar emplazados para una gran batalla. Estas órdenes se cumplieron cabalmente y, de esta forma, la caballería llanera, a expensas de su gran movilidad, pudo siempre hostigar al enemigo encontrando seguro refugio en las inmensidades del llano adentro. En cambio, la infantería realista nunca se atrevió a moverse hacia los intrincados caminos del sur, por no contar con una caballería lo suficientemente robusta.

Al estar próxima a llegar nuevamente la temporada de lluvias, y reconociendo los insuficientes medios de sus fuerzas, Morillo decidió replegarse hacia Achaguas y Calabozo posponiendo cualquier movimiento que lo alejara de sus principales bases de aprovisionamiento. También esta decisión estuvo influida por las noticias que le llegaban sobre la presencia de una importante fuerza de mercenarios extranjeros que había desembarcado en la isla de Margarita y se disponía a atacar la costa con la colaboración de las fuerzas republicanas del sector.

La apertura de tantos frentes que atender a la vez quebró toda esperanza realista en poder llevar a cabo una ofensiva decisiva sobre los enemigos ubicados en el sur del país, como en un principio se tuvo previsto.

Morillo bien ya sabía que la guerra en Costa Firme estaba ya irremediablemente perdida y que solo un milagro podía salvar la causa del rey.

Es por ello que, una vez más, se lamentó ante sus superiores escribiéndoles desde Calabozo el 12 de mayo de 1819 las siguientes impresiones

---

10 Los combates que se libraron en esta campaña del año 1819 fueron más bien cortas escaramuzas entre la caballería republicana y la infantería realista. En las Queseras del Medio, tuvo éxito una táctica practicada con mucha frecuencia por los llaneros: el famoso «volver caras». Esta táctica no era otra cosa que sorprender al enemigo simulando una retirada y obligándolo a una persecución desordenada. En el momento más inesperado, los jefes llaneros se volvían contra un enemigo disperso y alejado de la protección del fuego cerrado de la infantería de línea y, con ello, los cercaban y pasaban a cuchillos a todos. Otro indicio de que la guerra venezolana fue, en esencia, un conflicto peleado por los propios americanos es que el jefe de la caballería realista que fue derrotada en las Queseras del Medio era el caraqueño Narciso López; Rondón contra López, uno lugarteniente de Páez y el otro de Morillo.

que pusieron en claro el desánimo del jefe español ante el fracaso que significó la más reciente campaña que llevó a cabo contra los rebeldes:

> ¡Cuánto no se ha atrasado la pacificación de Costa Firme por la falta de estos oportunos auxilios! He conseguido, en efecto, detener por algún tiempo las ventajas del enemigo a costa de los mayores sacrificios y desvelos; pero ¿cómo oponerse al torrente de circunstancias que por todas partes favorece la causa de estos desleales? Los ejércitos ingleses parece que quieren trasladarse todos a este Continente, y el caudal de los comerciantes de aquella nación se prodiga largamente en habilitar las fuertes expediciones que van llegando a diversos puntos de América. La Europa no podrá menos de ver con admiración como de una potencia amiga de España salen los grandes medios que poseen los enemigos para hostilizar sus posesiones, y como a cara descubierta sus más acreditados oficiales, individuos de su nobleza y hombres de todas condiciones, toman parte activa en las banderas revolucionarias entre las hordas de los asesinos y en la guerra que se hace a S. M. El ejército de Bolívar se compone por la mayor parte de soldados ingleses; la Guayana se guarnece por los ingleses; a la Margarita han llevado más de 1500 individuos de la misma nación, y los buques de guerra, los numerosos parques de todas armas, las municiones, los vestuarios, los víveres, todos los elementos para hacerla y sostener la independencia han salido de los puertos del Rey de la Gran Bretaña.[11]

En las actuales condiciones de la lucha y con el sentimiento de abandono ya arraigado entre casi todos, era hasta normal no concederle ningún mérito al adversario y señalar que sus triunfos eran consecuencia de la ayuda extranjera.

Los voluntarios británicos

Ya lo hemos dicho en varias oportunidades; la ayuda extranjera a la causa republicana nunca fue desinteresada. Y, además, tampoco fue todo lo efectiva y deseable en algunas especiales circunstancias de la lucha, sobre todo, en lo atinente a las bárbaras jaurías, sobre personas y propiedades, de algunos regimientos insubordinados ante el retraso de la paga.

No hay duda de que Bolívar aprovechó la presencia de oficiales extranjeros para disciplinar mejor al Ejército y que utilizó, desde entonces, a

---

11 A. Rodríguez Villa, *El Teniente General Don Pablo Morillo, Primer Conde de Cartagena, Marqués de la Puerta (1778-1837): estudio biográfico documentado,* 1908-1910, p. 161.

los regimientos legionarios, como soporte fundamental en campañas decisivas como la que se hizo en la Nueva Granada en 1819 y luego sobre Venezuela en 1821.[12]

Ahora bien, sostener la excusa de Morillo acerca de la participación de las fuerzas extranjeras como factor decisorio en el resultado final de la guerra es algo difícil de compartir. Inglaterra prestó una inestimable ayuda, militar y logística, pero fueron Bolívar, Páez, Mariño, Bermúdez y los soldados venezolanos quienes inclinaron la victoria a favor de su propio bando. El número total de extranjeros que combatieron al lado de los independentistas en Venezuela fue de un número aproximado de 5000 voluntarios entre los años 1817 y 1820.

Desde Margarita, el general Rafael Urdaneta, junto con las fuerzas de voluntarios británicos, bajo el comando de James English, desembarcaron el 16 de julio en la ciudad de Barcelona, ocupándola y llevando a cabo un feroz saqueo violando las órdenes de los principales líderes republicanos. No fueron pocos los problemas de insubordinación que estos voluntarios extranjeros le crearon a Bolívar.[13]

Morillo tenía ahora que atender el frente oriental y acusó a Inglaterra por el descarado auxilio que brindaba a los rebeldes. Las operaciones militares se realizaron bajo la misma tónica que en el resto de los escenarios del país, donde la precariedad de las fuerzas de ambos bandos era insuficiente para decretar una manifiesta superioridad respecto al otro.

En Venezuela, la guerra se había estancado y ninguno de los dos ejércitos estuvo en capacidad de poder infligir una derrota decisiva sobre su adversario.

Bolívar entendió adecuadamente las especiales circunstancias de la lucha en ese momento y, ya al tanto de las noticias peninsulares que refe-

---

12 Es ilustrativo, en el estudio de esta cuestión de la ayuda extranjera pero, sobre todo, británica a las fuerzas de Bolívar, el ensayo de D. A. G. Waddell, «La Política Internacional y la Independencia Latinoamericana», en L. Bethel L. (ed.), *Historia de América Latina,* n.º 5, Barcelona, La Independencia, 2000, pp. 209-233.

13 Bolívar utilizó hábilmente a los extranjeros que decidieron acompañarlo en su causa emancipadora, pero siempre desconfió de ellos, pensando que podían usurparle las más importantes prerrogativas en el mando militar. Véase el interesante libro de Busaniche, *Bolívar visto por sus contemporáneos.*

rían sobre los preparativos de una nueva expedición militar sobre América, decidió cambiar el escenario de la lucha con un sorprendente como audaz plan militar: avanzar con un ejército a la conquista del Nuevo Reino de Granada atravesando, desde Angostura, todos los llanos ubicados en el sur del país y los difíciles pasos de la escarpada cordillera andina por los lados del páramo de Pisba. Este inesperado movimiento divergente cambió el curso de la guerra e inclinó la balanza del triunfo a favor de Bolívar.

A continuación ofrecemos el interesante testimonio del capitán Richard Vawell, quien nos dejó un descriptivo testimonio de esa campaña del año 1819 y las razones que motivaron a Morillo en desistir de la misma:

> Habiendo sido estériles los esfuerzos de Morillo para lograr que su contendor aventurase la suerte de la campaña a una batalla campal, y ya en cuenta de la peligrosa situación de Nueva Granada, viese en el caso de abandonar las pampas, sin que su mal aconsejada expedición le produjera otra ventaja que los perjuicios transitorios causados a aquellas personas cuyos hatos fueron reducidos a cenizas y que por consiguiente tornaronse más adversos que nunca a la causa realista, y más firmes en sus principios revolucionarios. Encontraronse en la absoluta incapacidad de mantener la guerra en el corazón de un país, cuyos habitantes estaban unidos de modo tan íntimo y donde había visto muy a las claras que no tenía un solo adicto a la causa defendida por él; las comunicaciones entre el grueso de su ejército y su cuerpo de reserva habían sido interrumpidas, de modo que no recibía provisiones desde que pasó el Arauca.[14]

La causa española se había vuelto impopular y las deserciones entre los soldados americanos empezaban a ser un problema de graves consecuencias para los realistas. Luego del triunfalismo del año 1818, era difícil aceptar que, en los primeros meses del año 1819, no se podía dar el «golpe de gracia» sobre los enemigos. No les quedó a los encargados de difundir la propaganda realista en aquel entonces que sobredimensionar el paso del Arauca por parte de Morillo como un auténtico éxito logístico. Aunque, en el fondo, hoy sabemos que no lo condujo a nada positivo.

---

14 R. Vawell, *Las Sabanas de Barinas,* Caracas, 1973, p. 212.

Manifiesto de las Provincias de Venezuela. A Todas las Naciones Civilizadas de la Europa[15]

En los primeros meses del año 1819, a la par que se hacía el último intento militar de gran calibre para doblegar a los rebeldes venezolanos instalados en el sur del país, los agentes publicitarios del realismo, desde la tribuna de la *Gaceta de Caracas,* llegaron a difundir un importante documento político bajo el título de *Manifiesto de las Provincias de Venezuela. A Todas las Naciones Civilizadas de la Europa.*

Este documento es de gran valor para medir los estados de ánimo psicológico y emocional del sector civil español en Venezuela en un momento en que, por primera vez, se vislumbraba la derrota.

Todos los indicios de estilo y lenguaje señalan a José Domingo Díaz como su principal redactor y promotor. No fue casualidad que la aguerrida tribuna de la *Gaceta de Caracas* haya sido el medio principal en lograr su difusión nacional e internacional.

El Partido Realista venezolano aspiró a decirle a los europeos y estadounidenses fundamentalmente dos cosas: *a)* que los progresos republicamos en Guayana y el sur del país, desde el punto de vista político y militar, representaban un auténtico chasco; el llamado que hicieron los republicanos de un congreso general de sus provincias en febrero de 1819 era, a todas luces, un acto ilegal y ficticio, ya que el territorio urbano en donde estaba concentrada la mayor parte de la población seguía bajo control de las fuerzas realistas; *b)* la causa del rey representaba la única legitimidad y legalidad posible en los territorios de la Costa Firme. Por lo tanto, los súbditos rebeldes han cometido acto de traición al levantarse en armas, cuestionando la autoridad del monarca y el sistema político, económico y social que preside, lo cual los coloca al margen de las leyes y los convierte en delincuentes que han cometido actos de rebeldía que deben ser castigados severamente.

---

15 Este importante documento que quiso ser utilizado por los realistas con fines propagandísticos hacia el exterior se conoció también como «manifiesto trilingüe», ya que fue publicado en español, francés e inglés, suscrito por todos los venezolanos que formaban parte de los distintos ayuntamientos prorrealistas del país.

Para empezar, los realistas asumieron con gran indignación que se cuestionara la auténtica representación política del país que, en ese entonces, recaía en sus propias instituciones, aún vigentes y funcionando a cabalidad a pesar de los trastornos de la guerra:

> […] los ayuntamientos, diputaciones municipales y cabildos de naturales que legítimamente representan las respectivas ciudades, villas y pueblos, no han podido en su sorpresa ver sin indignación al impostor, sin desprecio la impostura, sin horror la mancha de infidelidad que indirectamente se arroja sobre ellos, y sin compasión los incautos que por tales medios son víctimas de las más insensata y desmesurada ambición.[16]

El proyecto republicano era una completa ilusión, un acto ficticio que perseguía engañar y confundir a los pueblos del mundo; mejor dicho, a las «naciones civilizadas». Hay, entre los redactores o redactor de este documento, una evidente e indisimulada carga de violencia y amargura. Los realistas bien sabían, en ese momento, que la batalla de la opinión pública internacional les era completamente adversa a los españoles. La propaganda liberal francesa, inglesa y estadounidense simpatizaba ya abiertamente con Bolívar y su causa emancipadora. Las nuevas tendencias filosóficas y modas literarias coincidían en señalar la existencia anacrónica del Imperio colonial hispano cerrado al futuro e imponiendo el despotismo más «cruel» sobre los súbditos americanos. A los españoles en Venezuela no les quedó más remedio que reaccionar ante esas opiniones que los desprestigiaba y ponía en duda los fundamentos jurídicos y legales en que basaban la defensa de la «buena causa» y todo el cuerpo de creencias culturales y religiosas de la sociedad con la cual se sentían identificados. Dentro de la cosmovisión realista tradicional, el «buen orden», representado por Dios y el monarca, era algo sagrado y diríamos que inmutable.

Los rebeldes habían traído nuevas ideas peligrosamente subversivas en contra del orden y, mediante la violencia, quisieron imponerlas. Venezuela y su población venían de una «Edad de Oro» bajo la administración del rey español y ahora se estaba viviendo en el año 1819 una época

---

16 S. H. M. (Servicio Histórico Militar, Madrid-España), M. G., caja 120, *Manifiesto de las Provincias de Venezuela a todas las Naciones Civilizadas de la Europa,* Caracas, por D. J. Gutiérrez, 1819 (reimpreso en Madrid, Imprenta de Álvarez, año de 1820, bajo la nota siguiente: «Se hallará en la Librería de Gila, calle de las Carretas, su precio cuatro reales»).

turbia y sombría. El mito de la «Edad de Oro» durante los trescientos años coloniales fue algo constante entre los principales hombres cultos que se identificaron con el realismo en Venezuela. A la vez, el eco había llegado hasta la misma Corte madrileña, en que los ministros más confiados nunca estuvieron convencidos de la capacidad de los americanos en darse un autogobierno y que pudieran prescindir de la Metrópoli:

> Un puñado de hombres conocidos en ellos por sus vicios, trastornó la obra de trescientos años a presencia de una multitud asombrada con suceso tan inesperado, y del leal ayuntamiento de la capital, que teniendo en su seno tres del número de los conjurados, fue la víctima de su audacia, del terror y de la sorpresa. Ellos se apoderaron del gobierno con el pretexto del mejor servicio del Rey, y llevaron la sedición por todas partes, a excepción de la fiel provincia de Coro, y de la capital de Maracaibo […].[17]

La infidelidad, el deshonor y la traición llevada a cabo por los «malos hijos» y «malos españoles» debían ser conocidos por todos aquellos europeos y estadounidenses ignorantes de lo que realmente estaba ocurriendo en Venezuela y que sus gacetas, revistas, libelos y periódicos tergiversaban groseramente.

Aunque los realistas quisieron presentarse como los campeones de la legalidad institucional a través de los distintos ayuntamientos y diputaciones dentro de los espacios controlados aún por ellos en la zona norte del país, el verdadero control efectivo en los asuntos de gobierno y la toma de decisiones seguía recayendo, de manera efectiva, en Morillo y sus subalternos a través de la estructura militar que se montó desde la llegada del Ejército Expedicionario en el año 1815. A caballo entre la estructura militar y civil, estuvieron funcionando precariamente las principales instituciones coloniales en el país durante los años de la guerra. Esta provisionalidad se fue ahondando aún más ante el estrepitoso abandono de la Metrópoli y los significativos avances republicanos. Una vez más, el rico e imaginativo nominalismo hispano suplantaba a la realidad sustituyéndola con letras y palabras bienintencionadas.

El documento en cuestión es un valioso testimonio sobre el desarrollo del conflicto desde sus inicios hasta la campaña del año 1818, que fue favorable a Morillo y que se pensó muy seriamente que, a través de ella, se

17 Ib.

había acabado definitivamente con los alzados en armas. Pero la sorpresa sobrevino cuando los republicanos, aunque derrotados, organizaron un congreso general de sus provincias en los primeros meses del año 1819 en Angostura para decirle a los españoles y al resto del mundo que la pujanza de su causa seguía más viva que nunca y la determinación por la victoria era algo completamente indeclinable.

El argumento principal que esgrimieron los redactores del documento estuvo dirigido a los países con sistemas políticos monárquicos que hicieron de la tradición una ley sobre el respeto a los derechos del monarca basados en la obediencia. El derecho a la rebelión que los venezolanos alegaban no podía contar con la simpatía de los reyes de Europa en ese momento. Apoyar a los «rebeldes» era ir en contra de los propios intereses del Estado monárquico aún imperante en casi toda Europa a pesar de los avances liberales llevados a cabo en distintos frentes desde la Independencia de Estados Unidos hasta la Revolución francesa del año 1789. La reacción conservadora fue una realidad hasta en la misma Francia que, luego del desastre que significó Napoleón, hubo intentos restauradores del poder real. Igualmente, la Santa Alianza se constituyó en una liga peligrosamente conservadora destinada a combatir cualquier brote liberal.[18]

La batalla por la opinión pública internacional, una vez más, le fue adversa a los españoles tanto en la Península como en la propia América. Desde el año 1817, empezaron a llegar al país aventureros y mercenarios extranjeros oriundos de Europa a solidarizarse activamente con la causa de Bolívar. Bolívar fue empezado a ser visto como un héroe romántico que luchaba

---

18 Desde junio de 1818, el Gobierno absolutista español consideró seriamente que, en el Congreso de Aquisgrán, las principales potencias europeas iban a colaborar con el esfuerzo bélico que esta venía llevando a cabo en contra de sus súbditos rebeldes. Si bien Francia y Rusia lo apoyaron, la mayoría decidió por la no intervención militar en contra de los insurgentes. Dentro del juego de intereses entre las principales potencias, ya no se consideró a España como un Imperio sólido; por el contrario, buscaron aún más su desestabilización. En 1823, luego de un nuevo regreso de Fernando VII como rey absolutista, la Santa Alianza pero, sobre todo, Francia llegaron a considerar restaurar el poder real una vez más en América. No obstante, Inglaterra y Estados Unidos se opusieron con determinación a ello. La Doctrina Monroe del mismo año 1823 fue un claro llamado a las potencias europeas a no inmiscuirse en los asuntos hispanoamericanos y americanos en general. Una nueva potencia con aspiraciones hegemónicas empezaba a manifestar cuáles eran sus naturales áreas de influencia, interés y dominio: Estados Unidos.

por la liberación de su país en contra del más cruel y tiránico de los despotismos. Lord Byron hasta llegó a bautizar su propia embarcación en el mar Mediterráneo con el emblemático nombre de *Bolívar.*

Hacia los extranjeros fue dirigida esta proclama porque ya muchos empezaron a tomar partido abiertamente a favor de los enemigos del rey; se pensó disuadirlos en intervenir bajo el argumento de que el Gobierno de los «rebeldes» era lo contrario a su propaganda: ni republicano ni legítimo; sin leyes, ni orden ni paz. El llamado Congreso que se constituyó con el «voto general de sus pueblos» no era más que una gran mentira y manipulación. La mayor parte del país y sus legítimas instituciones políticas y de Gobierno aún estaban bajo la administración del monarca español a través de sus funcionarios. El país, en 1819, en sus principales centros urbanos, seguía estando bajo control de los realistas, sobre todo, en la franja costera norte.

Es por ello que finalizan el documento con estas optimistas y a la vez duras palabras que alejan, en ese momento, toda posibilidad de acercamiento o negociación. El conflicto se había vuelto radicalmente societario y, a pesar de la presencia de una oficialidad española competente y de unos británicos ávidos de aventura en tierras tropicales, los combatientes, en su mayoría, eran esencialmente venezolanos. El signo de contienda civil que tuvo la emancipación venezolana quedó de manifiesto, una vez más, a través de este documento del año 1819.

Los realistas de Costa Firme corroboraron, con este documento firmado por los ayuntamientos y diputaciones municipales de Caracas, Baruta, Valencia, Puerto Cabello, Cagua, Turmero, Guarenas, Guayos, Petare, Victoria, San Mateo, Antemano, Vega, Villa de Cura, Calabozo, San Carlos, Barquisimeto, Nirgua, San Felipe, San Sebastián, Guanare, Carora, Quibor, Ospino, Cumaná, Cocorote, Agua de Culebra, Araure, Valle, San Diego, Barbacoas, Guaira, Chavasquen, Humucaro Alto, Humucaro Bajo, Maracaibo, Guaibacoa, Acarigua de Coro, Coro, Sasárida, Catapárida, Moruy de Paraguaná, Santana de Paraguaná, Siquisique, Borojó, Mitare, Trujillo, Grita, Tocuyo, Jacura, Gibraltar, San Cristóbal, Carrisal, Cumarebo, Perijá y Mérida que, por la causa que defendían, estaban dispuestos a *morir con honor antes que vivir con infamia:*

> En su consecuencia protestan a todas las naciones cultas de Europa que esa monstruosa corporación llamada Congreso general de Venezuela es la obra exclusiva de los restos miserables de aquellos sediciosos fugitivos que

> después de vagar por cinco años en las Antillas y otros países los han reunido en Guayana su miseria y desesperación; que la república que anuncian está reducida a la despoblada provincia de Guayana, a la insignificante isla de Margarita, a los desiertos orientales de Cumaná, y a aquellas inmensas llanuras que existen entre el Arauca y el Meta solo pisadas por tribus de indios salvajes, y arrojados a ellas en esta campaña; que todos los pueblos de Venezuela que son los comprendidos en los distritos de las corporaciones que suscriben, viven contentos bajo el gobierno de sus reyes que hizo felices a sus mayores, y los elevó al grado de prosperidad en que se vieron; que están muy distantes de incurrir en el horrible crimen de separarse de una obediencia que tan solemnemente juraron, y que a costa de sacrificios y sangre han logrado conservar; que no serán jamás culpables de la suerte que quepa a los individuos de otras naciones que uniéndose a sus enemigos bajo de cualquiera pretexto, vengan a turbar su reposo, a prolongar sus inquietudes, y aumentar sus calamidades; y últimamente que están resueltos a no manchar su reputación aún con la sola idea de un olvido de sus deberes para con su Rey, a exterminar a sus enemigos, y a morir con honor antes que vivir con infamia.[19]

Los realistas venezolanos no podían imaginar aún que el colapso iba a llegar muy rápido en los próximos dos años. La lenta y larga confrontación tomó un giro insospechado luego del movimiento de Bolívar sobre la Nueva Granada en el primer semestre del año 1819 y la desmoralizadora noticia del levantamiento de las tropas en Cádiz que iban a ser conducidas hasta América en enero de 1820.

A todas estas, Morillo ya había desistido de cualquier maniobra militar sobre sus enemigos en el Sur; los ríos llaneros se habían convertido en auténticos diques de protección que hicieron casi invulnerables las posiciones republicanas. Aunque la auténtica razón para no moverse en esa dirección fue la escasez de caballería y de todo tipo de pertrechos adecuados para emprender una campaña sobre terrenos inhóspitos y con distancias desmesuradas para el esfuerzo humano. Morillo, junto a su oficialidad, se resignó a reforzar un perímetro alrededor del centro del país, una gran trinchera en que la infantería podía aún repeler cualquier asalto. Igualmente se preocupó en atender los cada vez más atrevidos movimientos de las fuerzas orientales ahora reforzadas por numerosos voluntarios irlandeses, hannoverianos e ingleses que, desde Margarita, intentaron consolidar territorios liberados en la propia costa.

---

19 Ib.

Estas expediciones formadas por extranjeros incomodaron mucho a los españoles porque bien sabían que esas fuerzas eran respetables desde el punto de vista de la experiencia militar y que, unidos a los rebeldes republicanos, hacían más difícil el proceso de acabar con los cada vez más numerosos enemigos del rey. Entre estas expediciones, una de las primeras y más famosas fue la que desembarcó en Portobelo (Panamá) poniendo en fuga a la guarnición española y que, después, estuvo hostigando la zona de Río Hacha y otros asentamientos en la península de la Guajira en el occidente venezolano. El responsable en el mando de esa expedición fue el escocés Gregor MacGregor, quien se presentó en abril de 1819 con seis buques y más de quinientos hombres. Hay que recordar que los testimonios, tanto republicanos como realistas, coinciden en señalar que estas tropas mercenarias se caracterizaron por la indisciplina y la insubordinación, y que fueron parejos tanto sus aportes como desmanes.

Campaña en la Nueva Granada: Boyacá

¿Qué hizo a Bolívar plantearse atacar inesperadamente el territorio de la Nueva Granada cuando el epicentro de la lucha hasta ese entonces había estado en Venezuela?

En primer lugar, hay que considerar que Bolívar es, a principios del año 1819, un líder cuestionado por sus principales partidarios y colaboradores en la lucha que se estaba librando contra España, y que Morillo tampoco le ofreció ningún indicio de debilidad militar en Venezuela para volver a intentar un nuevo asalto frontal sobre Caracas.

Los jefes orientales como Arismendi, Mariño y Bermúdez decían acatar sus órdenes, pero, en realidad, venían actuando de manera autónoma dentro de sus propios terruños. Cada uno llevó una resistencia loable contra los realistas pero sin la unidad de mando y fuerzas requerido para poder triunfar inapelablemente. Igualmente, Páez y sus llaneros tuvieron un comportamiento parecido. Los extranjeros no vienen, en su mayoría, a defender ideales sino a encontrar los beneficios que la guerra produce siempre y cuando los guíe la victoria, y no es precisamente Bolívar, un guerrero cuestionado por sus frecuentes reveses, el más indicado jefe para que los británicos pudieran confiar en él y, con ello, concretar sus planes.

El escenario venezolano, en ese entonces, no era halagüeño para el Libertador. El Congreso que se organizó en febrero de ese año le sirvió a Bolívar para tratar de mantener la endeble base de su liderazgo. Sus viajes relámpagos al oriente y a los llanos apureños no buscaban otra cosa que persuadir a Mariño y Páez de que aceptaran, de una vez por todas, su liderazgo al frente del nuevo Estado colombiano que acababa de nacer. El nuevo Estado y su flamante proyecto de Constitución solo tenían asidero en el mundo de las ideas y los sueños. El Libertador, al igual que Miranda y otros coterráneos, fue un ilustrado romántico en conflicto con las realidades primitivas del llamado *país profundo.*[20]

---

20 Un estudio cuidadoso de la correspondencia privada de Bolívar nos da cuenta de las profundas reservas que tuvo sobre el pueblo venezolano desde el punto de vista de su capacidad para la vida civil y republicana. El miedo a las masas, en realidad a la «pardocracia», fue tan real en Bolívar que lo llevó a desconfiar, al igual que Miranda, sobre la misma obra emancipadora que había llevado a cabo en el plano militar. Una cosa era la lucha por la liberación de un territorio en manos de una colonia y otra cosa era otorgar de manera efectiva los espacios abiertos que garantizaran un nuevo orden político y económico-social sobre bases distintas a las que España había instaurado desde hacía trescientos años atrás. De repente, a Bolívar y a toda la generación de los próceres que lo acompañaron las fuerzas revolucionarias que habían contribuido a despertar se les volvieron en contra y no pudieron controlar los nuevos escenarios caracterizados por el desorden y la indisciplina social que desbordaron todas las previsiones más optimistas que se hicieron respecto a una transición entre la colonia y la república. El novelista Joseph Conrad (1857-1924) llamó a esta situación el efecto «Nostromo». Aquí cobra sentido una de las principales observaciones que realizan algunos historiadores españoles e hispanoamericanos al señalar a Bolívar como un gran triunfador en lo que respecta a la lucha militar pero que contrasta con el mediocre político que fue al serle imposible restaurar la paz y el nuevo orden social en función de los proyectos constitucionales que propuso. Consciente del divorcio entre ideales y realidad, Bolívar fue un hombre desgraciado, atrapado por las fuerzas históricas que él mismo pretendió encauzar. Una conciencia de fracaso está presente en los últimos escritos del caraqueño respecto a su obra como grande hombre político y militar que, a la luz del presente en que se le ha glorificado, nos causa, como venezolanos, tremenda sorpresa y asombro. Con estas palabras Bolívar finalizó su discurso en el congreso constituyente reunido el 2 de enero de 1830: «Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás». En la misma línea de angustia y desesperanza, ahondada luego de conocer la desgraciada noticia del asesinato de Sucre en Berruecos; el Padre de la Patria le escribió estas confidencias lapidarias al general Flores: «Usted sabe que yo he mandado veinte años y de ellos no he sacado más que pocos resultados ciertos: 1. La América es ingobernable para nosotros. 2. El que sirve una revolución ara en el mar. 3. La única cosa que se puede hacer en América es emigrar. 4. Este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada, para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles, de todos colores y razas. 5. Devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán

La grandeza humana de Bolívar consistió, precisamente, en sobreponerse, con una constancia y tenacidad sin igual, a cualquier obstáculo que le impidiera obtener el triunfo político-militar sobre el adversario español. Ni las disensiones internas de los numerosos caciques y caudillos provinciales que lo cuestionaron en Venezuela ni las limitaciones materiales de sus fuerzas ni la derrota estrepitosa en batallas como la de Semén ni la inmensidad de los espacios tropicales que hacían que la lucha tuviera unas condiciones muy especiales lograron disuadirlo en dejar de continuar la lucha aspirando a ser el principal jefe de la causa independentista. Esta fe inquebrantable en sus propias posibilidades; esa confianza inmensa que le hacía levantarse ante cada caída lo llevaron a tomar la decisión más importante de toda su vida: el ataque al Virreinato de la Nueva Granada. Bolívar, con ese acto voluntarista, se lo jugaba todo. La nueva estrategia tuvo pocos partidarios dentro de sus propias filas y, en el fondo, muchos de ellos se hubieran alegrado ante un nuevo descalabro por parte del caraqueño.[21] Si, en la propia Venezuela, no se podía derrotar a Morillo, ¿cómo lo iba a poder hacer en la Nueva Granada protegida por una cordillera andina prácticamente inaccesible para el traslado de un ejército numeroso desde las inmensidades de los llanos?

No obstante, y en contra de todas las previsiones negativas, el riesgo fue muy bien calculado en función de estas premisas:

— Una victoria importante sobre las fuerzas realistas era algo imperioso para recuperar el alicaído prestigio político-militar del caraqueño y acabar, de una vez por todas, con el desagradable cuestionamiento a que estaba sujeto por parte de sus principales subordinados.
— Las fuerzas expedicionarias de Morillo que aún le quedaban estaban exclusivamente concentradas en Venezuela. Las tropas realis-

---

conquistarnos. 6. Si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, este sería el último período de la América», Bolívar a Flores, Barranquilla, 9 de noviembre de 1830, en *Obras completas,* III, pp. 501-502; Pérez Vila, *Doctrina del Libertador,* pp. 321-326, citado por J. Lynch, *Simón Bolívar,* Barcelona, 2006, p. 368

21 Nada más y nada menos que Carlos Marx (1818-1883), uno de los grandes y fundamentales pensadores de la humanidad, llegó a considerar a Bolívar como el «Napoleón de las retiradas» en un célebre artículo que le dedicó en el año 1858 y que es negativo a la memoria del caraqueño. ¿En qué se basó la antipatía de Marx? Solo adelanto una hipótesis: Marx, un liberal convencido, fue contrario a los devaneos de Bolívar con la dictadura y el mando supremo; luego es obvio que no hubo empatía.

tas en la Nueva Granada eran, por lo tanto, mucho más débiles y con una menor experiencia en el combate.

— Sorprender a los realistas en la Nueva Granada era extender el carácter de la lucha a unas dimensiones continentales hasta ahora nunca vista, comprometiendo a los americanos proindependentistas de otras geografías y desestabilizando a los realistas de Lima que, sin lugar a dudas, concentraban el mayor poderío en la América del Sur.
— La Nueva Granada era el «granero» de Morillo, el baluarte del prestigio que el jefe español adquirió cuando la ocupó militarmente en el año 1816.
— Robándole la Nueva Granada a Morillo, el Ejército republicano se hacía con una base de aprovisionamiento rica en hombres y recursos. Fortalecida la causa de Bolívar con el apoyo de los neogranadinos, luego era más que factible un ataque decisivo desde el occidente andino venezolano en dirección a Caracas. Bolívar pensó en reeditar la campaña militar que lo llevó al poder en 1813.[22]
— Los caudillos neogranadinos fueron mucho menos beligerantes que los venezolanos respecto a Bolívar. Santander, máximo jefe republicano en la zona del Casanare, forjó con Bolívar una sólida amistad y alianza que contribuyó poderosamente a la victoria sobre Barreiro.
— Con la conquista de la Nueva Granada, Bolívar podía conducir sus tropas hacia el sur del continente en dirección a Quito, Lima y el altiplano peruano que sirve de lindero con Chile y la Argentina.

El 27 de mayo de 1819, desde el poblado de Mantecal, Bolívar y su ejército emprendieron la épica campaña destinada a liberar a la Nueva Granada. Santander estuvo esperándolo en los llanos del Casanare con la división de vanguardia y a Páez se le ordenó que, en Guasdalito, se le uniera en

---

22 Bolívar bien pensó lo que hizo. Su experiencia y conocimiento de la geografía e idiosincrasia del neogranadino pudo nutrirse en el año 1812, cuando estuvo sirviendo como jefe militar subordinado al Congreso de ese país, obteniendo algunas victorias sobre las partidas realistas. Cuando Venezuela se perdió ante la reacción de Monteverde, muchos jefes venezolanos emigraron hacia la Nueva Granada y continuaron la lucha desde allí manteniendo viva la causa independentista. Bajo esta misma premisa, bien pudo pensar Bolívar en llevar a cabo su plan de ataque. No obstante, las circunstancias ya no eran las mismas, porque Barreiro y Sánamo tenían bajo control realista todo el territorio, aunque con un dispositivo militar bastante frágil comparado con el de Morillo en Venezuela.

la empresa. Morillo, a través de sus espías, sabía que Bolívar tramaba algo, pero confió en que la temporada de las lluvias en pleno apogeo lo frenaría y que, además, la empinada cordillera andina le iba a representar un obstáculo insalvable. Una vez más, se equivocó. De todas formas, estuvo consciente de la debilidad del ejército que comandaba el brigadier José María Barreiro al frente de la Tercera División que operaba en la Nueva Granada, tanto por sus limitaciones en ser capaz de cubrir adecuadamente todos los puntos y accesos de esa inmensa geografía como por la desconfianza que sentía hacia los soldados americanos, a quienes consideraba potenciales desertores si no se los disciplinaba con dureza.

Al igual que en Venezuela, la opinión pública neogranadina ya era abiertamente hostil a los realistas. Las tropelías del Ejército español en esas tierras habían vuelto impopular la causa del rey. Morillo y sus subalternos, una vez más, se equivocaron en la aplicación de la política «pacificadora» en toda la Costa Firme. Su falta de flexibilidad le hizo encarar la problemática americana exclusivamente desde la perspectiva de la represión militar. No logró comprender que el apoyo social y político del pueblo era fundamental para ganar la guerra. Cuando escribía a Madrid, lo hacía exclusivamente para solicitar nuevos refuerzos militares, y nunca para señalar la necesidad de implementar una nueva política colonial acorde con las circunstancias de los tiempos que pudiera apaciguar los ánimos revolucionarios entre la población civil. Sus actitudes rígidas solo le hicieron ver el problema desde la perspectiva del militar de carrera y allí residió buena parte de su fracaso. La violencia tenía ya asqueada a la población, y muchos, incluso sacerdotes, empezaban a respaldar a los independentistas como futuros restauradores de la paz a través de un nuevo orden social. La guerrilla neogranadina era muy activa ya en ese entonces, y la inseguridad de los principales caminos y poblaciones, un tremendo problema de orden público.

Morillo encaró el movimiento de Bolívar hacia la Nueva Granada con preocupación. Los documentos realistas del período[23] demuestran que la

---

23 Existe una valiosa obra de J. Friede, *La Batalla de Boyacá 7 de agosto de 1819 a través de los archivos españoles,* Bogotá, 1969, en que se hace un seguimiento minucioso de toda esta campaña militar desde la perspectiva de los principales jefes y funcionarios realistas como Barreiro, Morillo, Sánamo y otros. Estudios como el de Friede nos estimularon a intentar imitarlo en el caso de la Independencia de Venezuela.

oficialidad realista tanto de Venezuela como en la Nueva Granada estaba al tanto de la posibilidad de una invasión por parte de fuerzas rebeldes. El siguiente escrito de Barreiro al virrey Sánamo nos muestra con claridad lo que pasaba por las mentes realistas en tan crucial momento:

> Excelentísimo Señor. El gobernador de Pamplona, teniente coronel don José Bausá, con fecha 7 del corriente me da parte haberlo recibido de los comandantes militares de San Cristóbal y Guaca, anunciándole que los rebeldes Bolívar y Páez reunidos con todas sus fuerzas en Guasdualito, intentaban penetrar al Reino por los valles de Cúcuta, habiendo empezado a marchar el cuerpo de vanguardia que atacó a la guarnición de Guaca. Y aun cuando el comandante de este interesante punto los hizo retroceder, tuvo que abandonarlo, por ser víctimas de unas fuerzas tan superiores. El movimiento de los rebeldes que anuncia el expresado gobernador conviene con las noticias que he recibido del Llano de Venezuela, pues me dicen que ambos cabecillas quedaban reunidos en Arauca después de la retirada del ejército a las orillas de Apure y desesperanzados de emprender nada por aquellas provincias a causa de las numerosas tropas que las defienden. Es verdad que para llegar al Reino deben pasar una cordillera penosa que estropearía sus caballos; pero como reúnen sobre tres mil hombres de infantería sin contar con la del Casanare, no será muy difícil que lo intenten. En consecuencia de estas reflexiones y a los pedidos de tropas que me hace el gobernador de Pamplona, he dispuesto que reúna toda la guarnición de la dicha provincia; sea reforzado suficientemente el punto de San Josesito inmediato a San Cristóbal y que cubre todas las avenidas del Llano; que se examinen por buenas espías los movimientos del enemigo y que, en caso de confirmarse la marcha sobre los valles, lo ejecute al momento la fuerza disponible del 2.º batallón de Numancia que se halla en Suatá, para impedir los progresos del enemigo y detenerlo ínterin no se reúnan las fuerzas suficientes que puedan contrarrestarlos y destruirlos. Igualmente he prevenido al expresado gobernador que en caso de retirarse la guarnición de San Cristóbal, inutilice el camino que pasa por Salazar de las Palmas con dirección a la provincia de Cartagena, evitando tomen aquella, y reitere continuamente sus partes, dando conocimiento de cuanto adquiera sobre este particular. — Yo dudo aún que los enemigos intenten introducirse en el Reino abandonando el Llano y principalmente la plaza de Guayana que los sostiene de todo lo que necesitan en armas, municiones y gente; pero en su ignorancia todo cabe y pueden dejar cubierto el Llano por su caballería mientras hacen esta tentativa, aprovechándose de la distancia en que se hallan las demás divisiones del ejército y lo penoso que les sería aproximarse en una estación tan cruda. En este caso Vuestra Excelencia sabe muy bien el número de tropas con que cuenta la división, los puntos que hay que cubrir y en donde es preciso redoblar la vigilancia porque los del Casanare no dejarían de intentar forzar por alguna parte de la cordillera, llamando al mismo tiempo la atención. Sabe igualmente la clase de tropas que tenemos y que no podemos contar con el 3.º de Numancia por su falta de instrucción; que existen varias partidas de ladrones que inquietan los ánimos de los vecinos, incitándolos a la desobediencia, y que estos puntos no pueden por consiguiente dejarse sin guarniciones que los detengan y persigan. Por último, Vuestra Excelencia está

> en todos los pormenores y con sus conocimientos sabrá ordenarme lo más acertado, en la inteligencia de que suspendo todo movimiento a más de los indicados hasta tanto reciba su superior resolución y las instrucciones que crea más oportunas para este caso. Dios guarde a Vuestra Excelencia muchos años. Tunja, junio 16 de 1819.[24]

La única manera que tenían los jefes realistas para enterarse de los movimientos del enemigo era a través de los espías y estos, muchas veces, eran poco confiables. En ese momento una gran incertidumbre se apoderó de todos ellos porque Bolívar había logrado un efecto sorpresa de carácter psicológico muy fuerte arrebatándoles la iniciativa y trasladando el centro de la lucha en una zona periférica y desguarnecida hasta entonces.

Urdaneta, bajo órdenes de Bolívar, llevó a cabo, con sus propias fuerzas y algunos legionarios extranjeros, acciones de distracción a lo largo de la costa para obligar a Morillo a que atendiera ese frente y no les tomara las espaldas[25] a quienes quedaban en Angostura. MacGregor, en abril de 1819, llegó a ocupar Portobelo (Panamá) y trajo otra preocupación a los realistas en el norte de la Nueva Granada, sobre todo, a quienes estaban asentados en Santa Marta y alrededor de la fortaleza de Cartagena. Igualmente, las partidas orientales tampoco dejaron de molestar a los bastiones realistas acantonados en aquella zona. Los jefes realistas Pereira y Arana hostigaron a Mariño y lograron algunos éxitos parciales a lo largo del mes de agosto, pero las preocupaciones y quejas por falta de una alimentación adecuada para la tropa hicieron cundir la desmoralización.

La velocidad de los desplazamientos de las columnas de infantería republicanas también fue otro factor de desconcierto, ya que Morillo[26] orde-

---

24 Friede, *La Batalla de Boyacá 7 de agosto de 1819 a través de los archivos españoles,* documento n.º 3 del apéndice documental «De Barreiro a Sámano», Tunja, 16 de junio de 1819.

25 Las previsiones de Bolívar y otros dirigentes republicanos se cumplieron cuando señalaron que Morillo era incapaz de tomarles las espaldas en el sur porque la estación de las lluvias impedía cualquier movimiento hacía Guayana.

26 Ya anteriormente Morillo había ordenado a Sebastián de la Calzada que penetrara en los llanos del Casanare para interceptar a las fuerzas que Santander tenía allí. Calzada fracasó ante Santander y no pudo desordenar los preparativos que este venía llevando a cabo en levantar una unidad de combate. Calzada terminó por refugiarse en el pueblo de Betolles y despachó un correo hasta Achaguas para comunicarle a Morillo su impedimento de pasar la cordillera y, además, de pedirle que sus fuerzas necesitaban ser urgen-

nó a La Torre emprender marchas rápidas hacia los valles de Cúcuta y penetrar en el reino para reforzar a Barreiro y cortar las fuerzas rebeldes; igualmente ordenó fortificar el estratégico paso hacia el Orinoco en Cabruta aspirando, con ello, a cortar el paso de los suministros de Angostura con dirección al Nuevo Reino de Granada. Pero Bolívar fue mucho más rápido y cauto que sus adversarios. Amparándose en la vastedad de la geografía, pudo acceder dentro del corazón del dispositivo montado por Barreiro a través de uno de los pasos más difíciles de la cordillera: el páramo de Pisba.

El periplo de este ejército republicano a lo largo de una campaña asombrosa[27] debido a los retos que la naturaleza le impuso fue de esta manera: desde el 27 de mayo de 1819 en el Mantecal, empieza la marcha hacia la zona de los llanos del Casanare con la estricta orden de evadir las patrullas realistas que había apostado Morillo en la zona desde su base de operaciones en Achaguas. El 4 de junio Bolívar estuvo en Guasdalito y le ordena a Páez que lo acompañe con sus fuerzas en la misión que se propone. Este, una vez más, haciendo alarde de un espíritu independiente, desconoció las órdenes de Bolívar y se negó a acompañarlo aduciendo que sus llaneros eran incapaces de abandonar su terruño y que el frío de los páramos, junto a la geografía montañosa, anulaba a la caballería. Las consecuencias de este nuevo desacato del llamado «Centauro de los llanos» fueron graves para obtener la posterior liberación de la costa atlántica de la Nueva Granada, ya que permitió la consolidación de las fuerzas de La Torre en los alrededores de las montañas de Cúcuta, Pamplona y Ocaña. Si Páez hubiese secundado por lo menos a Bo-

---

temente reforzadas. Luego del desastre de la Tercera División de Barreiro en Boyacá, estaba al mando del batallón Aragón en Bogotá, pero tuvo que huir hacia la zona de Pasto, donde fue capaz de organizar en armas una división con más de dos mil soldados que le sirvieron para organizar la reacción realista en el Nuevo Reino. El ataque que llevó a cabo Calzada el 24 de enero de 1820 sobre la ciudad de Popayán preocupó a los republicanos que, de inmediato, organizaron una fuerza bajo el mando de Manuel Valdés, que pudo neutralizar en la zona del Cauca la insurgencia de este jefe realista. Ya en ese entonces, cada jefe realista operaba con un alto grado de autonomía debido a la disgregación del Ejército en tantos frentes y por la disminución progresiva de sus efectivos por culpa de las deserciones en masa.

27 Dentro de los anales republicanos, esta campaña ha pasado a la posteridad bajo el nombre de El Paso de los Andes. De todos los cronistas de esta campaña, el testimonio más utilizado ha sido el de O'Leary en sus conocidas *Memorias.*

lívar atacando la posición de La Torre, que amenazaba con cortar el avance de este hacia el interior del reino, las fuerzas realistas que huyeron luego de Boyacá hacia los alrededores de Río Hacha, Santa Marta y Cartagena hubieran quedado completamente desguarnecidas. Esta omisión permitió a los realistas neogranadinos seguir resistiendo, por un año más, a los republicanos instalados en el norte del país.[28]

El 22 de junio entró en contacto Bolívar con las fuerzas de Santander luego de haber recorrido 600 kilómetros llenos de obstáculos fluviales. A partir de ese momento, empezaba otro reto para estas fuerzas que estuvieron conformadas por más o menos dos mil soldados.

Señalemos lo que ha escrito con admiración el historiador José Gil Fortoul sobre este ascenso a los Andes:

> Al emprender su más brillante campaña, Bolívar cumplía 36 años de edad; Revenga su secretario general, 37; Soublette, jefe del estado mayor, 29; Santander, que mandaba la división de vanguardia, 28; Anzoátegui, comandante de la retaguardia, 30. Estos jóvenes iban, con poco más de 2000 soldados, a tramontar los Andes, destruir a un aguerrido ejército español, ocupar a Bogotá y fundar la Gran Colombia. No era menor en sus corazones la audacia de los conquistadores del siglo XVI.[29]

Bueno, eso de «aguerrido ejército español» son las concesiones que normalmente todo historiador hace a su propio gentilicio; en honor a la verdad, la Tercera División que comandó Barreiro no estaba preparada para repeler con éxito la invasión venezolana. Las fuerzas de Barreiro eran, en ese entonces, más de policía que otra cosa. La Nueva Granada, en tiempos del virrey Sánamo, era un territorio prácticamente sin orden ni ley, azotado por bandas de ladrones y salteadores que habían proliferado aprovechando el relajamiento existente entre las fuerzas del orden público:

> El país estaba infestado de guerrillas, los «ladrones» o «bandidos», como se les denominaba en la correspondencia de las autoridades españolas. Fueron las guerrillas las que impidieron a La Torre salir de Cúcuta para reforzar el ejército de Barreiro, pues cortaron la comunicación con el interior. Apenas llegado a Pisba, se le reunieron a Bolívar los guerrilleros de Socorro, trasmontando la Cordillera. Y sin embargo, el camino hacia aquella ciudad siguió

---

28 Friede, *La Batalla de Boyacá 7 de agosto de 1819 a través de los archivos españoles,* p. 5.
29 Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela,* p. 422.

> interceptado, «pues las partidas de ladrones en Leyva y Chiquinquirá impiden la comunicación».[30]

La gran preocupación de Barreiro, al tanto de los movimientos de Bolívar, fue cubrir los principales pasos de acceso que existían en ese entonces en la cordillera andina. Al dispersar sus fuerzas por los accesos por los que creyó que iba a venir Bolívar, lo que hizo fue debilitar el poder de fuego de su propio ejército. Bolívar escogió uno de los caminos más difíciles de todos cuanto existían: a través del Páramo de Pisba, en la certeza de que no se pudiera cortar su entrada al Nuevo Reino de Granada.

Durante cuatro días, lucharon los hombres de Bolívar, en su mayoría oriundos de las tierras calientes, contra las inclemencias del frío y el llamado «mal de páramo» producido por la falta de oxígeno sobre alturas mayores a los 3000 metros en caminos poco transitados y bordeados por peligrosos barrancos. En unas condiciones deplorables, hizo su entrada el Ejército republicano en las inmediaciones de Socha y Tasco en los primeros días del mes de julio, ante la pasividad de las patrullas de Barreiro, que muy pronto dieron noticia a este de la novedad. Barreiro cometió el error, muy común en muchos jefes militares españoles de formación profesional, en subestimar al enemigo que enfrentaba. En vez de ir a derrotar al unísono con todas sus fuerzas, que de paso eran superiores numéricamente, a las muy fatigadas de Bolívar, esperó que este se rehiciera. La famosa batalla de Boyacá ocurrió el 7 de agosto de 1819; es decir, tuvo que pasar todo un mes desde que llegó Bolívar a la Nueva Granada para que Barreiro se atreviese a un enfrentamiento decisivo.

En ese mes Bolívar, que ya había aprendido mucho de las derrotas pasadas, dejó de lado todo apresuramiento irreflexivo y se dedicó a ofrecerles descanso a sus hombres y captar a nuevos reclutas de los pueblos que iban ocupando. También hay que acotar que muchos desertores del ejército de Barreiro se pasaron a las filas de Bolívar.

Algunas escaramuzas se suscitaron entre realistas y republicanos en ese ínterin y, entre las más significativas, hay que señalar los encuentros de la Gámeza (11 de julio) y Pantano de Vargas (25 de julio) que, si bien fueron

---

30 Friede, *La Batalla de Boyacá 7 de agosto de 1819 a través de los archivos españoles,* p. 13.

favorables a los republicanos, no establecieron ningún desequilibrio entre las fuerzas contendoras.

El historiador Friede logró recoger, en la documentación realista, algunas cartas y representaciones de Barreiro dirigidas a Sánamo, donde presentó sus impresiones sobre el enemigo:

> De una manera despectiva comunicaba Barreiro a Sánamo el 10 de julio que de acuerdo con sus informes el enemigo consistía de 2000 plazas, «mitad de regular tropa incluso unos 300 ingleses, y la otra mitad de indios, muy flojos» (Documento Nro. 27). En otra carta de la misma fecha decía que se trata de «un enemigo despreciable por sí mismo, por la desnudez y miseria en que se halla y por su cobardía de sufrir los rigores del clima y las armas del Rey» (Documento Nro. 28).[31]

Cuando Bolívar ocupó la importante ciudad de Tunja que le daba directo acceso a Bogotá en los primeros días de agosto, Barreiro se decidió, de una vez por todas, a cortarle el paso con todas las fuerzas que tenía.

En los alrededores del puente de Boyacá el día 7 de agosto, ambos ejércitos emplazaron a sus batallones y regimientos en una batalla campal que le fue completamente favorable a los republicanos:

> El 7 de agosto, el jefe español cuenta 2940 hombres; el Libertador, 2630. Es el día de la victoria de Boyacá. Soublette escribe en su parte oficial: «El ejército enemigo quedó en nuestro poder: fue prisionero el general Barreiro, comandante general del ejército de Nueva Granada, a quien tomó en el campo de batalla el soldado del 1ero. de Rifles Pedro Martínez; fue prisionero su segundo el coronel Jiménez, casi todos los comandantes y mayores de los cuerpos, multitud de subalternos y más de 1600 soldados […]. Apenas se han salvado 50 hombres».[32]

No hay duda de que las tropas republicanas lucharon en Boyacá con una motivación fuera de lo común. En contraste, las tropas realistas carecieron de combatividad y sus jefes no fueron capaces de capitalizar las ventajas que en un principio, evidentemente, tenían sobre su adversario.

Este desastre significó la huida precipitada del virrey Sánamo de la capital, dejando todo tipo de víveres, armamento y dineros. La entrada a

---

31 Ib., p. 13.
32 Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela,* p. 424.

Bogotá le permitió a Bolívar ganarle la iniciativa a Morillo en la guerra y enviarle un claro mensaje a sus díscolos compañeros de causa ubicados en Venezuela.

Las repercusiones que tuvo esta batalla fueron decisivas en el futuro desenlace de la guerra hispanoamericana.[33]

Morillo, como buen estratega que era, consideró el descalabro como muy grave y llegó a señalar el 12 de septiembre a sus superiores en Madrid lo siguiente: «Bolívar en un solo día acaba con el fruto de cinco años de campaña y en una sola batalla reconquista lo que las tropas del Rey ganaron en muchos combates».[34]

Y, en otra representación al ministro de la Guerra, se explaya en sus explicaciones sobre las consecuencias que tendría la ocupación de Bogotá al señalar:

> El sedicioso Bolívar ha ocupado inmediatamente la capital de Santa Fe, y el fatal éxito de esta batalla ha puesto a su disposición todo el reino y los inmensos recursos de un país muy poblado, rico y abundante, de donde sacará cuanto necesite para continuar la guerra en estas provincias, pues los insurgentes, y menos este caudillo, no se detienen en fórmulas y consideraciones. Cuentan con la disposición de los habitantes, y no son responsables a ninguna ley de sus procederes.[35]

Que Morillo, por primera vez, se haya expresado respecto a Bolívar en un tono de consideración y respeto, alabando sus rápidos y audaces movimientos, era algo inconcebible unos meses atrás. También encontramos la queja de un Morillo «legalista» atrapado por el pesado fardo de la burocracia española, que le impidió actuar a través de otros procedimientos más

---

33 Hemos considerado como encuentros decisivos respecto a Venezuela la batalla de San Félix, que Piar le ganó a La Torre en 1817 y que significó la ocupación de Guayana y, respecto a la América del Sur, el combate en Boyacá en agosto de 1819. Vistos en perspectiva, fueron determinantes en establecer un nuevo giro en la guerra entre realistas y republicanos. Ambos encuentros llegaron a desequilibrar a favor de los independentistas el futuro de la guerra. No fue Carabobo ni Ayacucho los encuentros emblemáticos que tanto celebramos en Hispanoamérica los que establecieron la victoria sino los anteriormente nombrados.

34 Albi, *Banderas olvidadas, el ejército realista en América,* p. 241.

35 Rodríguez Villa, *Don Pablo Morillo, Primer Conde de Cartagena, Marqués de la Puerta, Teniente General de los Ejércitos Nacionales (1778-1837). Resumen de su Vida,* p. 163.

expeditos que los acostumbrados, siendo esto, según él, una inestimable ventaja que le llevaba Bolívar. En realidad, a Morillo el desencanto por una derrota anunciada le hizo casi siempre caer en los lugares comunes, y estos no eran otros que no reconocer los méritos del enemigo y excusarse en el conflicto que venía teniendo con los funcionarios civiles de su propio bando. No hay en Morillo posiciones de carácter autocrítico que pusieran en revisión su terca opción por atender el problema americano más allá de la salida represiva. Ante el tremendo revés que significó Boyacá, todas las esperanzas de Morillo y la oficialidad realista en Tierra Firme quedaron depositadas en el pronto arribo de una nueva expedición peninsular.

Quien ocupara Bogotá tenía libre acceso hacia los territorios realistas en el sur del continente y una base segura de aprovisionamiento para fortalecer el Ejército. Además, Venezuela, muy pronto podía ser asaltada desde allí:

> Esta desgraciada acción entrega a los rebeldes, además del Nuevo Reino de Granada, muchos puertos en la mar del Sur, donde se acogerán sus piratas; Popayán, Quito, Pastos y todo el interior de este continente hasta el Perú, en que no hay un solo soldado, queda a la merced del que domina en Santa Fe, a quien al mismo tiempo se abren las Casas de Moneda, arsenales, fábricas de armas, talleres y cuanto poseía el Rey nuestro señor en todo el virreinato. Tres mil venezolanos aguerridos que formaban la tercera división, muy buenos oficiales y cuatro o cinco mil fusiles aumentan ya el ejército de Bolívar, que con los ingleses que le acompañan y los hombres que sacará de las vastas y pobladas provincias del reino, tendrá más que suficiente para acabar de dominar en pocos meses a todo Venezuela.[36]

Las fuerzas realistas en la Nueva Granada quedaron distribuidas de la siguiente manera: en Cartagena se refugió el virrey Sánamo, aliado de Morillo pero que fue incapaz de liderar una resistencia militar significativa; su comportamiento fue, a todas luces, un tanto deshonroso. En los alrededores de las montañas y valles de Cúcuta, quedó acantonada la división de La Torre con la orden de cortar todo movimiento enemigo en dirección a Venezuela y, finalmente, las pocas fuerzas de Sebastián de la Calzada evacuaron apresuradamente Bogotá en dirección al sur hacia Popayán.

Morillo se apresuró a intentar contrarrestar el descalabro en la Nueva Granada dando órdenes a sus oficiales en la frontera para evitar que se toma-

36 Ib., pp. 163-164.

ran los estratégicos pasos alrededor de Cúcuta y Ocaña que pudieran dar vía franca hacia los Andes de Venezuela y, con ello, a la importante provincia de Maracaibo, cuyo puerto, en manos del enemigo, sería un acontecimiento catastrófico porque se limitarían aún más las comunicaciones con el exterior. El eje de los valles de Cúcuta y La Grita debía resguardarse para cortar las comunicaciones entre Bolívar y Páez, pero el inconveniente era la escasa tropa con que se disponía en ese momento; no olvidemos que el frente oriental fue una constante fuente de preocupación para los realistas que tuvieron que atenderlo desviando considerables fuerzas militares que pudieron haberse concentrado en la frontera con la Nueva Granada y en la boca de los llanos en el sur. La presión que hacían los mercenarios extranjeros, junto con Mariño y Bermúdez, no podía ser desestimada.

Otra medida dada por Morillo fue la de nombrar, a finales del año 1819, a un nuevo gobernador en Maracaibo, Feliciano Montenegro, con la esperanza de que fuese más activo en la defensa de la zona. La Torre obedeció las disposiciones de Morillo, y su columna llevó a cabo un movimiento desde Cúcuta hasta Bailadores aunque, por la falta de provisiones, sus ejecutorias no llegaron a plantear ningún reto significativo al enemigo. Finalmente, y hasta con resignación, se dirigió hasta San Antonio y, más tarde, hasta Táriba. El sentimiento de derrota y desmoralización empezaba a instalarse entre los realistas de una manera irreversible.

Morillo, ya en diciembre de 1819, se siente cercado por todos los frentes y entiende que la única forma de romper el cerco que peligrosamente lo estaba aislando y disminuyendo su posición militar era con una ofensiva. Es por ello que le ordenó a La Torre un ataque sobre Pamplona, para desviar la atención de Bolívar y Páez sobre Venezuela. En enero de 1820, La Torre fue incapaz de caer sobre Pamplona, ya que sus fuerzas eran muy débiles y, por lo tanto, se acantonó en la población de Táriba. Por otro lado, Morillo decidió trasladarse hacia el sur en Calabozo en la espera del movimiento de Páez. Al brigadier real le pidió dirigirse con 1000 soldados sobre el pueblo de El Baúl y cambió las órdenes a La Torre recomendándole no emprender ningún combate innecesario que pusiera en peligro la columna bajo su mando.[37]

---

37 Todos estos datos sobre órdenes y contraórdenes de las tropas realistas han sido tomados de los legajos correspondientes al A. H. N. (Archivo Histórico Nacional, Madrid-España), Torrepando, leg. 8717, correspondencia entre Morillo y La Torre.

En marzo, Morillo le pudo comunicar a La Torre la infausta noticia sobre la sublevación de los expedicionarios en Arcos de la Frontera y de que barcos ingleses estaban merodeando en los alrededores de Bahía Honda y el golfo de Venezuela. Ello obligó al gobernador de Maracaibo a reforzar el puesto de Sinamaica.

Las principales noticias que se iban recibiendo en los primeros meses del año 1820 eran casi todas pésimas. Barradas, al frente de una columna realista, fracasó con una expedición hacia el *Magdalena;* el coronel Juan Tello había cometido graves excesos por su paso en Maracaibo enajenando, aún más, las simpatías de la población civil a la causa del rey. En la Nueva Granada, Mariano Montilla y Bolívar estaban operando en el mes de abril sobre Río Hacha y Cartagena, mientras que las fuerzas reales habían abandonado Ocaña y encontrado refugio en Mompox. A La Torre vuelve a recomendarle atacar por la zona de los valles de Cúcuta y, en Venezuela, se tienen noticias de un revés del Batallón Segundo de Navarra en Ocumare, lo que indica la tremenda movilidad de los republicanos en atacar y replegarse por puntos álgidos de la costa y muy cercanos ya al centro del país. Algunos triunfos de Calzada en Popayán y Vicente Sánchez de Lima en Valledupar elevan un poco la moral de la tropa; este último llegaría a ocupar con su columna Río Hacha.

Toda la correspondencia entre La Torre y Morillo en este período nos indica la consternación existente entre la oficialidad realista. Morillo prácticamente estuvo desinformado de lo que estaba ocurriendo en la Nueva Granada, y sus órdenes, dirigidas a batallones y regimientos fantasmas, corroboran esto que decimos. Hay, en la correspondencia, una evidente preocupación por mantener la provincia de Maracaibo libre de enemigos. Para ello se pidió en mayo a La Torre reforzar esa ciudad con una columna junto con la escuadra que estaba en Puerto Cabello.

En junio, Morillo declaró ciudadanos a los soldados de su ejército e hizo jurar la Constitución liberal de la monarquía en sendos actos públicos. Las noticias con peticiones de ayuda militar provenientes de la Nueva Granada no pudieron ser atendidas por la extrema escasez de tropa; por el contrario, se emitieron disposiciones reales que establecían entrar en acuerdos con los rebeldes para alcanzar la paz y procurar que la numerosa emigración, ya huida, pudiera regresar al país. Una vez más, se pusieron en práctica los ya anacrónicos indultos reales que poco eco tuvieron entre los

republicanos. La majestad del rey ya no era tal; la distancia y la confusión de acontecimientos habían debilitado su buena imagen, desacreditando a los hombres que lo representaban en América.

En el mes de julio, se tuvo el primer acercamiento entre los comisionados de Morillo y los republicanos, tratando de concertar algunas negociaciones que pudieran llevar a una tregua en el conflicto. Aunque ya los ánimos y la correlación de las fuerzas ya no son las mismas; mientras que los realistas, obligados por su Gobierno, apuestan por la paz,[38] los ejércitos republicanos aprovecharon el desconcierto de su rival para avanzar en todos los frentes. Ante ello, los gobernadores de Cartagena y Santa Marta no hacen más que pedirle auxilio a Morillo ante la indefensión en que se encuentran:

> Bolívar aceptaba la suspensión de hostilidades para la división acantonada en los Valles de Cúcuta, pero seguía avanzando en las provincias de Santa Marta y Cartagena. Los disidentes no pensaban en absoluto en que formaran una sola nación los españoles de los dos hemisferios.[39]

Esa era la convicción entre casi todos. Se esperaba que los enemigos no fueran a transigir en nada y se lamentaban de que, desde España, no tuvieran la menor idea del tipo de lucha que en las colonias se había estado librando. Las noticias adversas le siguieron llegando a Morillo en agosto al informársele que la escuadra dirigida por Chacón era incapaz de auxiliar Santa Marta ni Cartagena por el mal estado de los pocos buques de guerra que operaba; luego supo que La Torre había sido derrotado en Cúcuta, donde tres divisiones realistas se habían pasado al campo rebelde. Valdés, jefe republicano, marchaba rápidamente hacia Quito y Bolívar ya había ocupado Ocaña. Las continuas deserciones de las milicias que se pasaban al enemigo y la crónica escasez de víveres y vestuarios llevaron a Morillo a exigir a los ayuntamientos a suplir estas necesidades. Los ayuntamientos

---

38 Rafael del Riego, luego del alzamiento, establece la restauración de la Constitución de Cádiz (1812) y la vuelta a un régimen liberal conocido en la historia cono el Trienio (1820-1823), caracterizado por la inestabilidad y debilidad como gobierno efectivo, teniendo al rey Fernando VII como su principal saboteador. Los liberales en la Metrópoli procuraron pactar con los rebeldes americanos como nueva política de Estado para obtener la pacificación que las armas habían negado.

39 A. H. N. (Archivo Histórico Nacional, Madrid-España), Torrepando, leg. 8717, correspondencia entre Morillo y La Torre.

poco podían hacer y menos en las actuales circunstancias en que el poder militar cada vez era más débil, y sabiendo que, desde España, el nuevo Gobierno de orientación liberal había decidido cambiar la política ultramarina. A partir de este momento, podemos notar el resurgir de algunos liderazgos civiles locales, que se alzan a viva voz en contra de los militares para exigirles el respeto y cumplimiento de las leyes. La Torre, sucesor de Morillo entre los años 1821-1823, vivió intensamente esta nueva situación, que vino a significar otro importante obstáculo a su precario y disminuido mando como jefe militar en Venezuela.

En septiembre de 1820, la principal preocupación del alto mando realista era evitar que Bolívar y sus fuerzas pudieran tomar Maracaibo y su puerto. Ya se sabía que las únicas ayudas solo podían provenir desde el exterior, desde La Habana, Santo Domingo, Puerto Rico, Panamá y Nueva España, siempre y cuando alguno de los gobernantes españoles de esos territorios se dignara a colaborar con los expedicionarios de la Costa Firme, situación esta que ya era algo muy ocasional. El gobernador de Maracaibo informó a Morillo sobre las actividades conspirativas de algunos miembros del Ayuntamiento de la ciudad, favorable a la independencia, situación que debía ser atajada de inmediato; todas las esperanzas de mantener a Maracaibo resguardada se habían puesto en la Armada bajo el comando de Chacón.

En octubre siguen las noticias desalentadoras sobre derrotas y deserciones en masa. El famoso guerrillero Reyes Vargas se pasó a las filas republicanas, entendiendo que la marea del triunfo ahora estaba del lado opuesto. Sobre la población de San Carlos, Morillo quiso hacer confluir a todas sus fuerzas para, desde allí, intentar un ataque sobre el enemigo; no obstante, ya bien sabía que hacer este movimiento implicaba desguarnecer a Caracas y, además, ya era plenamente consciente de que no poseía fuerzas suficientes para detener las ofensivas múltiples del enemigo. A Morales lo defiende ante las acusaciones de civiles que señalan que el jefe realista ha robado unas cuantas reses para dar de comer a su columna. Los métodos vandálicos y arbitrarios para obtener los recursos indispensables para alimentar a los hombres ya se hacen con total impunidad ante la ausencia, más que evidente, de un estado de derecho regido por España. Lo que tiene Morillo en Venezuela en los meses últimos de 1820 son bolsas de resistencia que, poco a poco, van siendo copadas por fuerzas enemigas superiores. Por eso,

el armisticio por el que tanto apostó lo consideró como la única salida posible para atajar el inevitable colapso.

El 11 de diciembre Bolívar fue recibido como triunfador en Angostura y acabó con los conatos de insubordinación de Arismendi y tantos otros que recelaron siempre de su autoridad y mando al frente de las huestes republicanas.[40] Ya Angostura había cumplido con creces el haber sido la base de la liberación de la Nueva Granada; ahora, sería Bogotá el nuevo epicentro de las futuras conquistas.

1820: el año del armisticio y del fin de la «pacificación»

En el año 1815 Morillo creyó que, con 10 000 expedicionarios españoles, sería suficiente para «pacificar» media América, pero ya el tono en 1819, luego de la batalla de Boyacá, fue completamente distinto. La guerra en el trópico había mellado toda la voluntad de la oficialidad realista, que ahora se daba cuenta, luego de cinco años de conflicto, que hacían falta los consabidos refuerzos peninsulares para poder ganar la guerra. Treinta mil soldados llegó a pedir Morillo a las autoridades de Madrid en ese año de 1819, y no para atajar las rebeliones en toda América, sino solamente la que él mismo estaba combatiendo en Venezuela; a la que se atrevió a denominar como la «América Militar».

Ya hemos podido constatar que la correspondencia de Morillo con el Gobierno español es un desesperado y largo lamento por el abandono en que la Metrópoli lo ha dejado en la Costa Firme junto a sus expedicionarios. También hemos podido reseñar las frecuentes embajadas de emisarios de Morillo con destino a la Corte, con el propósito de que comuniquen a los responsables del Gobierno las demandas de auxilios que reiteradamente se habían solicitado desde el año 1817.

Recordemos que, en el año 1817, don Pascual Enrile, segundo en el mando del Ejército Expedicionario, había viajado hasta Madrid presentan-

---

40 Es interesante palpar que toda la hagiografía elaborada posterior a la Independencia alrededor del culto a Bolívar pronto olvidó que el Libertador fue, a lo largo de su vida política y militar, un jefe discutido y adversado por sus principales subordinados.

do un largo informe sobre las penalidades que se estaban viviendo en Venezuela y los deseos de Morillo por ser relevado en el mando. La descripción de los escenarios tropicales que hizo Enrile fue dantesca y llegó a señalar que era el medio y la geografía salvaje venezolana los que estaban acabando con la vida de los expedicionarios europeos. Si no enviaban nuevos reemplazos para suplir las bajas europeas, la guerra estaba de antemano perdida, fue la conclusión más importante de ese informe de Enrile.

Pues bien, ese llamado de atención que hizo Enrile en sus representaciones no fue debidamente atendido. Y, desde la Corte en Madrid, se siguió pensando que el problema americano era, en realidad, manejable aun con las grandes limitaciones que tenían los jefes españoles encargados de la política pacificadora. Salvo la fallida operación secreta de los barcos rusos en 1817 y la preparación de la abortada expedición de Riego (1820), desde Madrid, no se pudo lograr otra cosa con relación a los refuerzos que tan tercamente se solicitaron.

Por fortuna, en nuestras largas indagaciones en los archivos españoles, hemos podido encontrar el testimonio de quien fue uno de los últimos emisarios que envió Morillo a la Corte madrileña en febrero del año 1820,[41] con la ingrata misión de comunicar al rey el desastre de Boyacá y la consiguiente pérdida de todo el virreinato de la Nueva Granada. Se trata del coronel León de Ortega, ayudante de campo del general Morillo y que estuvo sirviendo al lado del mismo por más de doce años (siete años en la guerra contra Napoleón en la Península y cinco en la reconquista de las provincias de Venezuela y el virreinato de Santa Fe).

El documento es otro inestimable testimonio de los años postreros de la guerra, donde se realiza el recuento de los éxitos expedicionarios junto con el proceso de entropía que fue sufriendo en manos del enemigo y el medio tropical. El ciclo de desgracias comenzó para los realistas con la caída de Guayana y Margarita en los años 1817 y, ahora, con la ocupación de Bogotá en agosto de 1819. Se dice también que Morillo hizo un desesperado esfuerzo, en el año 1818, en tratar de reconquistar la provincia de Guayana, pero que la falta de medios y la oposición de los enemigos se lo impidieron.

---

41 El coronel León de Ortega llegó a Cádiz el 18 de noviembre de 1819.

Para excusar la derrota en Boyacá, dice el informe, que, con Barreiro en la Nueva Granada, no se encontraba un solo europeo, con la excepción de quienes sí estaban acantonados en la plaza de Cartagena de Indias. Además, la ausencia de buques para guarnecer la costa permitió que los enemigos desembarcaran en ella a sus anchas.

El informe, evidentemente, acusó el abandono en que había estado sometido el Ejército Expedicionario de Costa Firme enviado al sacrificio en América. Las excusas y reproches en contra de la ineptitud del brigadier Salvador de Moxó vuelven a reaparecer, al igual que la acusación en contra de Gran Bretaña por ayudar a los rebeldes tanto en hombres como en armas. Según los datos que aporta el informe, fueron 5000[42] aventureros los que llegaron a la isla de Margarita y Guayana en el año 1819.

Una vez más, los realistas de Venezuela se lamentarían de haber obtenido los refuerzos solicitados tantas veces a Madrid; en buques y hombres suficientes, la guerra se hubiera podido haber ganado.

Por primera vez aparece, en un informe realista, la denominación de *Ejército de Venezuela* para denominar a los antiguos rebeldes. Ya en ese entonces, las evidencias sobrepasaban todo intento propagandístico en negar la existencia de los venezolanos como un Estado constituido territorialmente con sus propias leyes y normas bajo la potestad del ejército comandado por Bolívar.

La situación de Morillo en Venezuela en los meses últimos del año 1819 fue de completa indigencia: al norte, cercado por los corsarios republicanos que le entorpecían las comunicaciones con el exterior; en el sur, Páez y los llaneros, junto con los guayaneses, que no le daban respiro; los orientales en el este, amenazando con un ataque directo a la capital, Caracas, y ahora Bolívar, desde la Nueva Granada, pudiendo avanzar por el flanco occidental casi libre de tropiezos. Esta situación penosa obligaba a Morillo a desarrollar una actitud defensiva a la espera de la tan prometida expedición de refuerzo:

---

42 La cifra es exagerada, y no hay la menor duda de que la oficialidad realista, empezando por Morillo, utilizó como excusa para encubrir la falta de éxitos militares en la guerra contra los rebeldes el pretexto de la ayuda extranjera.

> Sin escuadra absolutamente; sin refuerzos ni reemplazos; el Ejército destruido en sus mismas victorias; en un país entregado enteramente a la miseria; contra un Ejército reforzado con 5000 soldados bien organizados, provistos los almacenes de Guayana de 3000 fusiles e igual número de vestuarios; contra una Escuadra insurgente e inmensa multitud de buques corsarios. ¿Qué era ya posible, Señor, qué sucediera?[43]

Sigue el informe describiendo las vicisitudes de la acción de Boyacá y de cómo los insurgentes se habían apoderado de la capital, Bogotá, ante la desbandada del virrey Sánamo y las fuerzas de Calzada en dirección a Popayán.

De la misma forma, se hace la siguiente observación sobre las condiciones climáticas del país como condicionantes de los movimientos de tropa: las previsiones de Morillo eran las de esperar la llegada de la «Gran Expedición» antes del mes de mayo de 1820, momento en que empezaría la estación de las lluvias; de no ser eso posible, la campaña de reconquista sobre la Nueva Granada seguiría retrasándose en perjuicio de las armas del rey, ya que los enemigos tendrían el tiempo suficiente para reforzarse.

Más claro no se podían expresar los expedicionarios sobre sus necesidades, pero, una vez más, fueron desatendidos y, lo más grave, ocurrió la sublevación del Ejército en Cabezas de San Juan en enero de 1820, acabando con toda esperanza de ganar la guerra en América. Lo paradójico de todo esto es que el informe del coronel Ortega está fechado el 3 de febrero, es decir, un mes después de haber ocurrido la sublevación. La crisis española no era algo exclusivamente circunscrito a los territorios coloniales, sino expresión de un proceso de transformación estructural de todos los fundamentos de una sociedad en tensión y conflicto permanente desde que ocurrió la invasión napoleónica en el año 1808. Qué error tan lamentable ha sido estudiar las luchas independentistas hispanoamericanas sin tomar en cuenta los sucesos peninsulares y de toda la vertiente atlántica entre los años 1750 y 1850.

Con el levantamiento de Riego y la vuelta de los liberales al poder esgrimiendo la abolida Constitución de 1812, se acabó con la política de «pacificación» que emprendió Morillo en el año 1815. El balance era com-

---

43 A. G. I. (Archivo General de Indias, Sevilla-España), Estado, 57, N. 42, Madrid, 3 de febrero de 1820.

pletamente adverso a los realistas venezolanos y todos ellos se preparaban a resistir con honor y gallardía el inevitable colapso.

El impacto de la revuelta liberal sobre los realistas en Venezuela

Desconcierto; sensación de abandono y traición; desmoralización, junto con un sentimiento de humillación por considerar que de poco valieron tantos esfuerzos y sacrificios por un rey lejano y una Metrópoli indiferente al destino final de sus súbditos más leales en ultramar.

Cuando el rey Fernando VII tuvo que volver a jurar la Constitución liberal el 14 de marzo de 1820[44] bajo las premisas del «imperio de las circunstancias», se dieron «Vivas al Rey; Vivas a la Nación y Vivas a la Constitución», pero, en realidad, los liberales que volvieron al poder muy poco sabían qué hacer respecto a los levantamientos hispanoamericanos.

Creyeron, eso sí, que había que acabar con la política represiva, vía militar, que hasta ahora se había mostrado ineficaz. En consecuencia, ordenaron a las autoridades indianas que publicaran y juraran la Constitución y que pusieran fin a las hostilidades con los «rebeldes». Esto implicaba, nada más y nada menos, que cambiar radicalmente la manera en que tradicionalmente se venía tratando al adversario. Antes, los «rebeldes» prácticamente eran viles traidores a quienes había que castigar con la muerte y, de repente, las nuevas órdenes establecían convenir tratos y acuerdos de paz con ellos.

De acuerdo con José Domingo Díaz, la reacción de Morillo fue de indignación y humillación. La propuesta de acordar la paz implicaba, para este realista de línea dura, «[…] la más humillante degradación de la dignidad Real, y del honor de la nación española».[45]

Pero Morillo nunca fue un idealista y sí un pragmático. Con las últimas noticias recibidas, pudo hasta vislumbrar una salida a la guerra lo menos onerosa tanto para su reputación como jefe militar como para el honor y los mejores intereses de la nación española.

---

44 A. H. N. (Archivo Histórico Nacional, Madrid-España), Estado, leg. 8740-84.
45 Díaz, *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas,* p. 365.

Inmediatamente se nombró una Junta de Pacificación, que estuvo presidida por Morillo y otros realistas connotados, como el mismo José Domingo Díaz, con la finalidad de realizar todas las gestiones dentro del campo enemigo y, con ello, aspirar concertar un cese al fuego.

La Constitución fue jurada y publicada en Venezuela el 7 de junio y significó la algarabía de muchos realistas liberales, que creyeron que, a través del nuevo Gobierno, se iba a restituir el orden y la paz. Los jefes militares tuvieron que acatarla, haciendo alarde de una ciega obediencia ante la autoridad legalmente constituida. Pero las voces disidentes no se hicieron esperar. Son suficientes dos testimonios, uno civil y otro militar, para darnos cuenta de las resistencias y el rechazo que trajo el nuevo Gobierno liberal entre los realistas venezolanos que venían luchando por tanto tiempo:

> Bajo de aquel funesto Gobierno que perdió a mi patria, no me era posible ya prestarla mis servicios. Me separé de la redacción de la gaceta que ocho años había estado desempeñando sin el menor interés; no habiendo sido bastantes a hacerme variar de resolución, las instancias y contestaciones por escrito que mediaron con el Capitán General de la provincia. El impresor se encargó oportunamente de ella. No hay que dudarlo. Aquel funesto Gobierno perdió a mi patria, y nos envolvió en sus ruinas. Una epidemia pestilencial no propaga tan rápidamente su mortal contagio, como aquella fatal Constitución propagó el que le era peculiar. Hizo desaparecer todos los principios del orden.[46]

En un tono parecido encontramos el testimonio del capitán Sevilla, militar sobreviviente de las duras campañas tropicales venezolanas y que, desde su arribo en 1815, estuvo participando como combatiente en los principales escenarios bélicos del país:

> El 2 de mayo se recibió la infausta nueva de la jura de la Constitución en la Península y la orden para que en seguida se hiciese igual ceremonia en Cumaná. Al efecto se formó un tablado en medio de la plaza, donde el gobernador, ante la tropa de mar y tierra formada, leyó aquel código el día 3, lo vitoreó, juró e hizo jurar.
>
> Gran trabajo costó a los jefes el que la oficialidad y la tropa repitiesen aquellas vivas, pues todos pronosticábamos y preveíamos que con aquel sistema se iba a perder la Tierra Firme, a costa de tantos sacrificios conservada.[47]

---

46 Ib., p. 366.

47 Sevilla, *Memorias de un Oficial del Ejército Español (Campañas contra Bolívar y los separatistas de América),* p. 259.

Con todo ello, Morillo no se amilanó y trató de mantener motivado a como diera lugar a su oficialidad que, de por sí, ya era bastante escasa. Para ello emitió algunos importantes ascensos, que recayeron sobre los jefes más allegados a su persona y que habían tenido un desempeño destacado en las recientes campañas militares de los años 1818 y 1819.[48] Las distinciones y ascensos fueron para Juan Francisco Mendivil y José Pereira, que pasaron del grado de brigadier al de coronel. Más significativos fueron los ascensos de Francisco Tomás Morales y Pascual Real, que obtuvieron el grado de mariscal de campo. Sobre todo llama la atención el ascenso de Francisco Tomás Morales, un jefe canario proveniente de la vida civil y que, a fuerza de audacia y voluntarismo, se encumbró en lo más alto de la oficialidad realista en la Costa Firme. Morales fue el eslabón entre la oficialidad española —muy desconfiada de las capacidades militares de los soldados del país— y los venezolanos que sirvieron bajo las armas reales. Su experiencia como segundo de Boves fue determinante en mantener operativa una fuerza nativa muy eficaz en los servicios que supo brindar hasta el final de la guerra. Al comienzo, Morillo desconfió de Morales, pero luego tuvo que rendirse a la valentía y pundonor del canario, que nunca se mostró pusilánime al momento de combatir a los enemigos. Morillo también quiso homenajear al regimiento «Valencey», por ser el más brillante de todos los que conformaban el Ejército Expedicionario destacando «por su instrucción, fuerza y buena disciplina».

Ante las noticias desoladoras que se acababan de recibir desde la Península, no había que perder el tiempo en inútiles lamentos; había que preparar la resistencia ante el previsible y decisivo último asalto republicano que ya todos avizoraban.

A todas estas, desde España los liberales plantearon un giro radical sobre la manera en que se debía tratar el asunto ultramarino. El 16 de abril de 1820[49] el rey, junto con el Consejo de Estado, diseñaron una nueva política pacificadora basada en la negociación y la reconciliación sobre los fundamentos de la Constitución liberal de 1812. Para ello se estableció el

---

48 S. H. M. (Servicio Histórico Militar, Madrid-España), M. G. 119, 15 de abril de 1820.

49 A. G. I. (Archivo General de Indias, Sevilla-España), Estado, 89, N. 35, Palacio, 16 de abril de 1820.

envío de comisionados españoles a distintos puntos de América, para acordar el cese de las hostilidades. Dos comisionados, a la vez, fueron enviados a Venezuela, Santa Fe, Buenos Aires, Río de Janeiro, Chile y Lima. Se tuvo el detalle de que esos comisionados fueran todos civiles y ninguno militar.

Con la negociación se quería acabar con la guerra, otorgando a los hasta ahora denominados «rebeldes» algún tipo de concesión que pudiera hacerles desistir en seguir luchando. Se creyó que bastaba con conferirles a los americanos de esos territorios una mayor autonomía en funciones de autogobierno e incorporarlos en las Cortes con iguales derechos y deberes que los peninsulares para que todo volviera a la normalidad. Los liberales españoles, en su mayoría, creyeron en ese entonces que la común filosofía política iba a ser el puente para acabar con las disensiones existentes.

Falsa expectativa esta porque Bolívar y su gente querían la independencia absoluta y, desde España, no se estaba en la disposición de renunciar a la administración de los territorios coloniales. Los liberales españoles quisieron resolver, con la negociación, un conflicto armado que ya no tenía vuelta atrás. Las diferencias y heridas se habían ahondado profundamente y solo podía haber un desenlace decretando la victoria de uno solo de los beligerantes.

El Ejército Expedicionario de la Costa Firme bien sabía que tenía los días contados y Morillo debió entender que, a través de la negociación que se le impuso, podía lograr un armisticio salvador con los enemigos y, con ello, obtener una salida decorosa del laberinto venezolano. Si llegaban a fracasar esas negociaciones, obviamente muy poco se podía hacer para detener el avance enemigo. De repente, toda la animadversión que se alimentó con la descalificación de los adversarios dio lugar a una conversión entre los dirigentes realistas civiles y militares que, sabiendo del abandono en que los dejaba la Metrópoli, ya no había otra opción que seguir. A partir de ese momento, los muchos realistas que pudieron hacerlo se marcharon al exilio tanto a las islas vecinas como Cuba y Puerto Rico como a la misma Europa. Ya se presentía el colapso final, a pesar de las ingenuas previsiones liberales que abogaron por obtener éxito en la recién inaugurada nueva política pacificadora.

La emigración realista fue desordenada pero lo suficientemente numerosa para preocupar a las autoridades, que tuvieron que emitir bandos

tranquilizadores animando a la población a no irse al exilio y a quienes ya se habían marchado se les pidió regresar garantizándoles una seguridad que todos sabían ficticia, a pesar del tono firme y seguro que le imprimió Morillo a la parte final de una proclama pública en que pretendió atender este asunto:

> Vuestra seguridad es sagrada e inviolable; está fundada en la voluntad del Rey; está unida a mi honor, a mi palabra y a mis deseos; es el objeto de mis cuidados; y nadie, absolutamente nadie, será osado a turbarla. El velo está echado. ¡Infeliz el que se atreva a rasgarlo![50]

Críticas liberales sobre los expedicionarios: Morillo versus Somoyar

Las tensiones entre partidarios de la monarquía absoluta y los liberales constitucionalistas que volvieron a poner en práctica la libertad de expresión trajeron algo impensable durante los años del régimen absolutista: que se cuestionara públicamente, y de una manera crítica, las actuaciones de Pablo Morillo al frente del Ejército Pacificador de la Costa Firme.

Varios libelos y representaciones empezaron a salir a la luz pública, cuyo propósito era desprestigiar los métodos represivos utilizados por los militares en América desde que arribaron allá en el año 1815.

El escrito que más impacto público causó en ese entonces fue uno que se publicó en Cádiz bajo el seudónimo de Enrique Somoyar en la *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional.* Este Somoyar se identificó con las ideas liberales y expuso la natural empatía que existía entre los principios de la restituida Constitución y el ideario filosófico de Bolívar y los americanos que luchaban en contra del régimen absolutista. Morillo fue descalificado por haber sido el instrumento de la represión que utilizó el régimen depuesto. Por primera vez, algunos españoles se atrevieron a decir a todo el mundo que Morillo era un «tirano» amante de la crueldad a través de los actos bárbaros y sanguinarios que llevó a cabo en contra de los americanos durante su estadía en el trópico. La propaganda liberal enfiló las baterías

---

50 A. H. N. (Archivo Histórico Nacional, Madrid-España), Estado, leg. 8740-56, «A los Emigrados de Costa Firme», 12 de junio de 1820.

contra toda reminiscencia asociada al Antiguo Régimen y sus prácticas de carácter absolutista. Y la confusión volvió a reinar entre los españoles de la Península respecto a la situación americana. El error de los liberales fue creer que Bolívar hacía la guerra por defender los principios constitucionales con los cuales ellos se sentían identificados.

De ahora en adelante, los expedicionarios fueron vistos con desconfianza y sus líderes tuvieron que recurrir a los mismos espacios públicos para intentar defenderse de las acusaciones que ahora se les imputaba.

El primero en responder el 3 de junio de 1820 fue el expedicionario Antonio Van Halen,[51] que enérgicamente intentó refutar cada una de las acusaciones que se le hicieron a Morillo y a la misión «pacificadora». Los militares, en ese momento, alegaron que no se podía dudar de ellos como buenos patriotas y expusieron, con razones, todos los sacrificios llevados a cabo en la defensa de la integridad territorial de las Indias, a pesar del abandono en que los había dejado la Metrópoli. Igualmente consideraron un error de los liberales pretender resolver el conflicto a través de las palabras sin tener el respaldo de una sólida fuerza militar. Las negociaciones que ahora se iniciaban podían ser positivas, pero advertían que los rebeldes solo aspiraban a la independencia y eran completamente indiferentes al ideario liberal que los españoles, ahora en el Gobierno, pretendían esgrimir. Por otro lado, existía una población americana prorrealista, que exigía de la Madre Patria su protección y solo los militares podían garantizar esto. El debate que se suscitó puso en evidencia la falta de claridad y entendimiento que, en ese entonces, tenían los españoles de la Península sobre lo que había estado ocurriendo en América. Los militares como Van Halen no aceptaron que se los calumniase faltando al honor militar de que hacían gala y, si bien sus razones se basaban en la experiencia directa vivida, nada pudieron hacer para convencer a sus otros compatriotas sobre la necesidad de unir criterios en la elaboración de una sola política capaz de identificar a todos y procurar la mejor solución. El conflicto entre liberales y absolutistas le facilitó las cosas a Bolívar en estos últimos años de la lucha.

---

51 A. H. N. (Archivo Histórico Nacional, Madrid-España), Estado, 13, leg. 8740-121, contestación al autor de la 1.era y 2.da carta de un americano a un amigo suyo, Antonio Van Halen, Cádiz, 3 de junio de 1820.

Entre 1820 y 1823, los intentos liberales por gobernar España intentando ser fiel a los postulados de la Constitución van a sufrir una serie de altibajos como consecuencia de sus propias divisiones. La transición entre un régimen absolutista a otro popular seguía suscitando grandes controversias entre los propios españoles, cuyos intereses de clase y grupo fueron un freno constante en allanar el camino hacia políticas concertadas. El asunto ultramarino, obviamente, fue terriblemente descuidado.

Pablo Morillo se sintió muy afectado por la forma en que era atacada su actuación en América. Todo su buen nombre, honra y fama se ponían en entredicho. El 6 de septiembre de 1820 se hizo público el *Manifiesto que hace a la Nación Española el Teniente General Don Pablo Morillo, Conde de Cartagena, Marqués de La Puerta, y General en Jefe del Ejército Expedicionario de Costa firme, con motivo de las calumnias e imputaciones atroces y falsas publicadas contra su persona en 21 y 28 de Abril último en la gaceta de la Isla de León, bajo el nombre de Enrique Somoyar.*[52]

Este documento posee un gran valor porque, en el mismo, se recogen las impresiones que tuvo Morillo de todas y cada una de sus actuaciones en Venezuela y la Nueva Granada a lo largo de la guerra. No hay duda de que el tono que utilizó es autojustificador, pero tiene el valor de haber sido escrito para llamar la atención sobre su persona respecto a los liberales que ahora gobernaban en Madrid.

Al igual que otros expedicionarios que ya habían podido regresar a la Península, casi unánimemente, todos llegaron a sostener que los españoles en Europa ignoraban por completo lo que estaba ocurriendo en América. El océano Atlántico fue un velo inmenso que cegó a los españoles de toda percepción justa sobre la larga guerra ultramarina que se estaba librando desde el año 1810. El aislamiento de las fuerzas expedicionarias españolas los condenó a una lucha anónima sobre un enemigo a quien se le subestimó desde el principio. La mentalidad española de origen medieval siguió percibiendo el problema colonizador como un asunto sencillo de atender, dada la mitología del «conquistador» del siglo XVI que, con la cruz evangelizadora y unas pocas espadas, logró hacer sucumbir, con apenas resisten-

52 A. H. N. (Archivo Histórico Nacional, Madrid-España), Estado 13, leg. 8740-122, Pablo Morillo, Cuartel General de Valencia, 6 de septiembre de 1820.

cia, a los «bárbaros» imperios aztecas e incas. Ahora, en el siglo XIX, se estableció un paralelismo respecto a los criollos alzados en armas, a quienes se les percibió como mestizos de condición inferior a los blancos españoles. Al asumir Morillo y la oficialidad europea que lo acompañó este tipo de actitud de superioridad étnica, estaba condenando, de antemano, toda posibilidad de éxito.

Hay un contraste muy llamativo entre la actitud victoriosa del general español, cuando llegó a Margarita en los primeros meses del año 1815 y lo que dijo en el manifiesto que ahora comentamos.

Lo primero y más evidente es que Morillo intentó salirle al paso a unas informaciones públicas que ponían en entredicho sus principales actuaciones en América. Para un hombre acostumbrado a mandar de una manera casi absoluta y a ser obedecido por todos desde que llegó a Venezuela, que se hubieran atrevido a calumniarlo y a poner en duda su patriotismo de acuerdo con la misión que se le había encomendado era algo que había que enfrentar si se quería mantener el prestigio personal y profesional para futuras tareas en la Metrópoli. Ya no solo había que luchar contra los enemigos de España en América sino contra adversarios de la corriente liberal en la propia Península, que ahora cuestionaban todo lo que estuviera vinculado al antiguo régimen absolutista. Y esto, por lo visto, terminó por hundir todo pequeño resquicio de optimismo que los expedicionarios pudieron haber albergado en el momento en que esperaban los tan ansiados refuerzos que, más de cien veces, habían solicitado al rey y sus principales ministros:

> Mi honor no se ofende impunemente, ni la reputación que he procurado adquirir a fuerza de servicios, de trabajos, de privaciones y de mi sangre no desaparece por la maligna exposición de un hombre que habla, escribe, respira por la generosidad española.[53]

El principal alegato de Morillo en su defensa fue el de presentar sus actuaciones en América bajo el signo de la legalidad y del éxito. Mientras que los españoles, luego del retiro de las tropas de Napoleón en 1814, vol-

53 A. H. N. (Archivo Histórico Nacional, Madrid-España), Estado, 13, leg. 8740-122, manifiesto que hace a la Nación Española el teniente general don Pablo Morillo, 6 de septiembre de 1820.

vieron a recuperar la paz, 12 000 expedicionarios llegaron al trópico a poner en práctica una política «pacificadora» bajo el signo de la represión militar, si bien Morillo dejó en claro, a través de testimonios documentales, que siempre aspiró primero a negociar y conciliar que irse por la vía de la violencia. Aunque una cosa es lo que dicen los papeles y otra muy distinta fue lo que ocurrió en la realidad.

El primer logro, según Morillo, fue el de restaurar el antiguo orden colonial bajo las mismas premisas existentes en 1810, logrando desarmar y desmovilizar en Venezuela al ejército popular de Boves y Morales. Morillo llegó a la Costa Firme a mandar a través de bandos y panfletos que creía que todos iban a obedecer, pero, cuando pudo percatarse de la resistencia de un sector criollo prorrevolucionario, no dudó en aplicar políticas de fuerza bajo el supuesto de tener bajo su mando a un ejército con aires de invencibilidad:

> En pocos días estuve al cabo de los acontecimientos políticos de estos países, y de su historia militar. Supe sus desgracias, su desolación y miseria. Vi los funestos lugares que habían sido el teatro de inhumanas carnicerías; vi aún las señales de las hogueras en donde habían expirado entre los crueles tormentos del fuego muchos centenares de españoles europeos que no habían tenido otro delito que el lugar donde nacieron: todo lo vi.[54]

Hay, en este párrafo citado, toda la intención de establecer, por parte de Morillo, una dicotomía entre americanos y peninsulares, como si fueran dos cuerpos extraños; craso error este porque, si hay algo que tuvo el conflicto venezolano, fue que se peleó casi con exclusividad entre los propios americanos. Morillo llegó a justificar el uso de la violencia sobre los adversarios del rey porque estos se resistieron anteponiendo, igualmente, su propia violencia y, además, porque eran unos súbditos rebeldes al margen de las leyes.

La autarquía del conflicto venezolano fue la justificación de las medidas extremas, no solo contra los enemigos, sino también hacia el sector prorrealista, que tenía que sacrificarse por mantener operativo las fuerzas militares europeas.

---

54 Ib.

El primero y más importante éxito militar de los expedicionarios fue el asedio de la «inexpugnable» fortaleza de Cartagena que, en el año 1816, pudo ser recuperada; allí, los españoles le tomaron el pulso al tipo de enemigo a quien tenían que enfrentar en unas condiciones climáticas muy duras. A Cartagena le siguió Bogotá, en donde se pensó restituir la legalidad bajo acciones un tanto duras pero justificables, de acuerdo con Morillo:

> Se restablecieron los tribunales y autoridades determinadas por las leyes; volvió a su antiguo estado el orden civil y político; la disciplina militar mantuvo todo su vigor; y si acaso se cometieron algunos desórdenes particulares, o se castigaron los delincuentes, o yo los ignoré, o fueron consecuencias inevitables de la guerra y de las privaciones que en países inmensos y desprovistos de todo era preciso que padeciesen algunas veces las tropas a pesar de mis previas disposiciones y de mis más ejecutivos mandatos.[55]

Morillo buscó, con toda intencionalidad, presentar un retrato de la «pacificación» americana, que le justificara como principal jefe de la misma. Al comienzo, las victorias habían acallado, por temor a las represalias, cualquier voz crítica o disidente que se hubiera atrevido a cuestionar sus métodos. Pero son muchos los testimonios tanto realistas como republicanos que no han dejado de señalar la brutalidad e injusticia cometida sobre personas inocentes durante el tiempo que duró la ocupación de la Nueva Granada y Venezuela por parte del Ejército «pacificador».

Las justificaciones de Morillo se fundamentan en que la legalidad tenía que ser restituida bajo cualquier medio utilizado, ya sea este basado en una negociación que, por cierto, muy poco se practicó, o a través de las bayonetas, los secuestros a la propiedad y los fusilamientos sobre el enemigo.

Haciendo referencia a Venezuela en 1817, Morillo hace un recuento de las distintas etapas que tuvo la guerra y de cómo, a través de algunos indultos reales, se quiso persuadir a los alzados en armas a deponerlas. Aquí, una vez más, se reitera lo que ya ha sido común encontrar en los documentos realistas del período: la falta crónica de medios y soldados incapaces de cubrir tantos frentes enemigos abiertos a lo largo y ancho de una geografía inhóspita pero, aun así, la épica hispana siempre presente

55 Ib.

bajo el pundonor de jefes que fueron capaces de emular a Cortés y Pizarro, obteniendo resonantes triunfos como el de Semén en 1818, cuando todo hacía presagiar una derrota en manos de las fuerzas rebeldes. Lo mismo habría que referir respecto a la campaña del año 1819, donde ocurrió el paso del Apure y otros inmensos ríos por parte de un ejército disminuido tanto físico como moralmente en la búsqueda de los enemigos acantonados en el sur.

Luego de Boyacá, Morillo se impuso la tarea de reforzar el Ejército y esperar la ofensiva republicana, que era anunciada por todos. La noticia imprevista del alzamiento liberal en la Península trastocó todos sus planes.

Más adelante, en la parte segunda del documento, Morillo se presentó como un hombre de paz prisionero de las circunstancias que le tocó enfrentar en el trópico. Y, antes las críticas que lo señalaron como un militar corrupto que se había enriquecido a través del abuso de poder, dejó establecido lo siguiente:

> En mi escasez fundaba siempre mi primera gloria; porque era compatible con mis deseos; porque veía el lujo y la opulencia como opuestas al carácter militar; y porque siempre me llenaron de horror las depredaciones de un jefe que se hacía por ellas incapaz de inspirar el respeto y la subordinación del soldado. Tenía ambición de gloria, de nombre y de servicios; quería para conseguirlo ser soldado y tener soldados; y yo no podía serlo ni tenerlos, sino dándoles ejemplo de sobriedad y de virtudes militares. Así, cuando fui General no fui proporcionalmente menos pobre que cuando era un simple soldado.[56]

Bueno, ya lo último parece exagerado, pero los indicios y pruebas documentales hasta ahora revisados nos llevan a desechar las acusaciones de enriquecimiento ilícito que se hicieron contra Morillo.

Al final, Morillo termina haciendo un acto de fe a favor de la causa realista que tantos sacrificios le ha merecido como militar obediente de su rey. Orgulloso de sí mismo, no aceptó las que llamó «calumnias vertidas» en contra de su persona y que contribuyeron a debilitar la causa española en América. Aunque fue capaz de reconocer algunos desafueros llevados a cabo por sus propios subalternos:

---

56 Ib.

> No dudo que algunos particulares se hayan quejado de exacciones violentas de ganados por algunos comandantes de divisiones o cuerpos, o por jefes de partidas para la subsistencia, o con pretexto para la subsistencia de sus tropas.[57]

Morillo dice que, bajo su autoridad, procuró dirigir legalmente la política de secuestros sobre los particulares pero que las circunstancias de carestía e incomunicación muchas veces obligaban a que sus hombres actuaran en sentido contrario. La realidad de los hechos nos dice que, si bien se procuró conferir una legalidad a las actuaciones de los expedicionarios, estos, en la mayor parte de las veces, omitieron todas esas disposiciones. La guerra tuvo que alimentarse de la guerra misma, de acuerdo con el precepto napoleónico y hubo un momento en que todo se agotó.

Si hay algo que reconocerle a Morillo y que el mismo utilizó en su defensa, fue su alta competencia militar. Fue capaz, en cinco años, de mantener la disciplina de un ejército mixto y desestructurado por las numerosas campañas en las cuales participó; mantuvo su autoridad, como máximo, jefe militar ante cualquier conato de insubordinación por parte de todos sus subalternos. No permitió que se repitieran los nefastos actos de Monteverde en contra de Ceballos, y de Boves en contra de Cajigal. Fue temido y respetado por sus principales enemigos como Páez, Mariño, Bolívar y los principales oficiales ingleses, que se unieron a los republicanos. Y mantuvo libre el centro del país de cualquier incursión enemiga antes de su regreso a España. Al igual que Fernando VII, su figura y actuación histórica ha sido tergiversada por la imposición de una «leyenda negra» perniciosa pero muy efectiva. Ya llegará el momento en que sus actuaciones sean medidas bajo una óptica más equilibrada.

Hay algo, en el final de este testimonio de Morillo, que deja a las claras la conciencia de la alta responsabilidad que tuvo cuando se le revistió de los poderes absolutos, hecho este que le acarreó grandes críticas por parte del mundo civil realista americano:

> En fin yo fui honrado por S. M. con la concesión de facultades ilimitadas. Me he hallado en disposición de obrar por mí sin dependencia inmediata de nadie. La fortuna y bienestar de los habitantes de estos países han estado

57 Ib.

> en mis manos; y sin embargo jamás pisó el suelo americano hombre alguno que hiciese menos uso de su absoluta autoridad. Ella fue para mí una obligación tremenda que me llenó de confusión y de temor en el acierto.[58]

Esto último es revelador de un hombre que se sintió sobrepasado por sus obligaciones y que también pudo haber ejercido como déspota, dadas las circunstancias americanas y peninsulares, donde existió un completo vacío de poder.

Morillo, como hombre de su época, tuvo conciencia de su responsabilidad histórica y quiso ser recordado como un militar exitoso. Toda su correspondencia pública y privada apunta en esa dirección. No tuvo los vuelos gramaticales y elegantes de la prosa de Bolívar, pero sí una clara conciencia de su propia valía y la trascendente misión que se le impuso como «pacificador». Su regreso a España en los meses finales del año 1820 constituyó el fin de la resistencia realista en Costa Firme, ya que La Torre, su sucesor, fue incapaz de mantener bajo su liderazgo las dispersas, fatigadas y desmoralizadas fuerzas realistas que quedaron varadas. Morales cuestionó los métodos de La Torre y las viejas disensiones volvieron a reaparecer para contribuir a acelerar aún más el inminente colapso final.

El Armisticio y Tratado de Regularización de la Guerra

El alto mando realista en Venezuela fue escéptico al principio ante la orden que le exigía entrar en «relaciones amistosas» con los insurgentes.[59] Y, cuando Bolívar tuvo conocimiento de estas mismas inesperadas noticias, su desconcierto fue aún más que evidente.[60] Luego de Boyacá, la confianza en el triunfo militar fue una auténtica convicción para el Libertador. Acordar un armisticio trastocaba repentinamente sus planes estratégicos y podía significar el otorgarle un respiro a un adversario prácticamente cercado en Venezuela y en una lamentable situación de abandono por parte de la Metrópoli.

---

58 Ib.

59 El 6 de junio recibió Morillo en Caracas la Real Orden emitida el 11 de abril desde Madrid, en la que el nuevo Gobierno liberal le exigió proceder en la búsqueda de la reconciliación y la paz.

60 A. G. I. (Archivo General de Indias, Sevilla-España), Estado, 57, N. 44. 10 de octubre de 1820.

No obstante, Bolívar reaccionó con rapidez a la propuesta española, exigiendo el reconocimiento de la Independencia y el nacimiento de Colombia:

> V. E. nos ha convidado con un armisticio cuyo objeto parecía ser la paz de América; pero un armisticio semejante sin ofrecer siquiera el reconocimiento de nuestro Gobierno, es demasiado perjudicial a los intereses de la República, cuando ella se lisonjea de un triunfo final y completo según todas las probabilidades. La continuación de las hostilidades debe producirnos la ocupación del resto de Venezuela y Quito, liberándonos al mismo tiempo de las enormes erogaciones que nos causa un Ejército demasiado numeroso para Colombia y la suspensión de ellas en la situación más propia para la guerra, y en momentos críticos para nuestros enemigos, trae consigo la pérdida de todas las ventajas que podrían resultarnos de nuestros constantes prolongados y dolorosos sacrificios.[61]

La cita precedente no tiene desperdicio; a partir de ese momento, la iniciativa siempre iba a estar presente del lado republicano. Bolívar fue sincero en señalar que el armisticio pudiera serle oneroso como jefe militar, pero reflexionó lo suficiente para entender que, como político y estadista, podía resultarle muy beneficioso. Es por ello que llegó a decir:

> Sin embargo el Gobierno de Colombia, quiere manifestar a V. E. y a toda la Nación Española, que prefiere la paz a la guerra, aún a su propia costa; y propone en contestación entrar en comunicaciones con V. E. para transigir las dificultades que ocurran sobre el armisticio con que se le ha convidado, siempre que en calidad de indemnización se le den a Colombia las seguridades y garantía que ella exige como gaje de este empeño.[62]

La nota termina con la observación de que Bolívar, a fines del mes de octubre (1820), fijaría su Cuartel General en San Fernando de Apure, para hacer más fáciles y rápidas las comunicaciones entre los comisionados de ambas partes, y atender las misivas directas que podían escribirse entre los dos principales jefes. Bolívar, con una innegable posición de fuerza, iba a esperar los movimientos realistas y decidir lo que más le conviniera a la causa republicana. Los dos objetivos que procuró fueron la búsqueda del reconocimiento de la independencia por parte de España y ganar tiempo

61 Ib.
62 Ib.

para reorganizar el Ejército y ponerlo a punto para los futuros y decisivos combates que se avizoraban.

Morillo encontró, en el armisticio, una oportunidad de acabar la guerra y de retirarse a España bajo el lustre de sus antiguas victorias. Puso todo el empeño personal en conducir él mismo las negociaciones, para allanar el camino hasta su concreción.

El camino hacia el armisticio no fue fácil y, muchas veces, todo estuvo a punto de perderse por la rigidez en las posiciones de uno y otro adversario, lo cual es hasta comprensible y natural, dado el encono en que se estuvo peleando desde aproximadamente diez años. Podemos esquematizar el camino al armisticio en tres etapas, que comprenden todo el año de 1820:

— Enero-mayo: operaciones militares de baja intensidad, tanto en la Nueva Granada como en Venezuela.
— Junio-octubre: se mantienen algunas operaciones militares y pequeñas escaramuzas, junto con el proceso de negociaciones abierto por iniciativa realista.
— Noviembre: firma del armisticio el 25 de noviembre de 1820 y del Tratado de Regularización de la Guerra el 26 de noviembre de 1820.

Para llegar al armisticio, cada parte nombró a sus comisionados y negociadores. Durante varios meses, muchos de ellos fueron alternados por los respectivos jefes, pero quienes finalmente concluirían el acuerdo fueron de parte realista: Juan Rodríguez del Toro (alcalde primero de Caracas); brigadier Ramón Correa, jefe superior político de Venezuela, y Francisco González de Linares, mientras que, por los republicanos, fueron el general Antonio José de Sucre, el coronel Pedro Briceño Méndez y el teniente coronel José Gabriel Pérez.

Conocemos, con lujo de detalles, todas las incidencias que se llevaron a cabo durante el período de las negociaciones de acuerdo con las autoridades realistas. José Domingo Díaz, secretario de la Junta de Conciliación mandada a constituirse por Morillo, tuvo el cuidado de preparar un largo y minucioso informe de todas las actuaciones llevadas a cabo por sus miembros. Lo primero que valdría la pena notar es que el antiliberal Díaz les hace concesiones a los liberales en Madrid en la creencia de que la paz y la reconciliación era una salida honorable al conflicto. Los realistas de Costa Firme no

tuvieron más remedio que actuar pragmáticamente y hacer descansar todas sus esperanzas de supervivencia en el acuerdo con los insurgentes. Si no se los podía vencer con las armas, había que disuadirlos a dejarlas a través de la negociación bajo la ingenua creencia de una comunión de intereses bajo el ideario liberal común.

En junio de 1820, Morillo le escribió al Congreso de Colombia en los siguientes términos:

> Instruida V. A. S. de los últimos sucesos de la Península, y del triunfo de la opinión general de la Nación para restablecer la Constitución de la Monarquía española sancionada en Cádiz el año de 1812 por el voto universal representativo de ambos hemisferios, y hallándome con órdenes positivas del Rey constitucional de las Españas para entrar en un acomodamiento generoso y justo que reúna toda la familia a disfrutar de las ventajas de nuestra regeneración política, y haga cesar los funestos efectos de la división nacida del deseo de redimirse de la opresión, que por un falso cálculo se ha creído peculiar de estos países, siendo como ha sido trascendental a todo el imperio; me adelanto a manifestar a V. A. haber establecido comunicaciones con el Jefe superior militar de ese Gobierno y con sus subalternos, proponiendo una suspensión de hostilidades hasta lograr realizar la reconciliación de que van encargado los Sres. D. Tomás de Cires, gobernador de Cumaná, y D. José Domingo Duarte, intendente de ejército y superintendente general de Hacienda Pública, cerca de V. A. bajo las bases uniformes, decorosas y de común utilidad de ambos.[63]

Cuando, en 1814, Fernando VII volvió al trono e impuso nuevamente el absolutismo, algunos de sus ministros le sugirieron que bastaba con decirles a los americanos que la ausencia del padre común había sido la causa de las disensiones para que estos depusieran las armas. En 1820, los liberales españoles, con un conocimiento inexacto de los sucesos americanos, volvieron a cometer un error parecido. Los liberales creyeron que acordar la paz significaba mantener incólume la integridad del Imperio americano y que, para ello, bastaba con otorgar algunas reivindicaciones jurídicas a los alzados haciéndoles jurar la Constitución española, mientras

63 A. H. N. (Archivo Histórico Nacional, Madrid-España), Estado, leg. 8740, manifiesto que, de Orden de la Junta de Conciliación, hace don Josef Domingo Díaz, su secretario, sobre todo lo obrado hasta la conclusión de los tratados de armisticio y regularización de guerra celebrados con S. E. el jefe del Gobierno de Colombia, Caracas, 24 de diciembre de 1820 (publicado en la imprenta de don Juan Gutiérrez, año de 1821).

que, para Bolívar, era fundamental, antes de llegar a cualquier acuerdo, que España reconociera la independencia de Colombia.

El tono de los comisionados criollos siempre fue altivo y, al comienzo, todo acuerdo pareció un espejismo:

> No hay en Colombia ni un hombre imparcial que perciba las ventajas que reporte Colombia de esta servidumbre. La Constitución española no le concede ninguna; pero sea en enhorabuena ese código el de la felicidad; Colombia ha sentido su propia fuerza y robustez, y no quiere deber a otro el bien que ella misma se ha procurado, y que ella sola puede multiplicar según sus necesidades e intereses.[64]

Esta actitud autosuficiente había sido obtenida por las recientes victorias militares y la ciega confianza en el triunfo final que Bolívar ya había inculcado a sus principales jefes. Una fiera conciencia de patria nueva salió a relucir entre los comisionados republicanos, que no entendían que los realistas los siguieran considerando como súbditos españoles.

Cuando todo parecía sin esperanzas y una nueva campaña militar iba a iniciarse debido a los movimientos de tropas llevados a cabo por Bolívar y Morillo en la zona de los Andes venezolanos y que permitió la ocupación de Bailadores, Mérida, Trujillo y Carache por parte de fuerzas republicanas, Bolívar inesperadamente, el 26 de octubre, propuso pactar el armisticio bajo las siguientes consideraciones: *a)* armisticio general por cuatro o seis meses en todos los departamentos de Colombia; *b)* el Ejército republicano mantendrá las posiciones que actualmente ocupa; *c)* la división de la Costa tomará las ciudades de Santa Marta, Río Hacha y Maracaibo sobre las cuales ya está en marcha e iniciando operaciones; *d)* la división de Apure formalizará la ocupación de la provincia de Barinas, ya abandonada por los españoles; *e)* la división de oriente ocupará el territorio que, en los actuales momentos, mantiene liberado; *f)* la división del sur en la Nueva Granada y en marcha hacia Quito mantendrá esos territorios libres a favor de la república. Se hace la salvedad de que el armisticio anula la operatividad de todos los ejércitos republicanos y de que los gastos de su mantenimiento son demasiados altos en un momento en el que el triunfo era más que eminente.

---

64 Ib., contestación de los comisionados general Urdaneta y coronel Méndez.

Morillo mismo se puso al frente de las negociaciones, tratando de no dejar escapar la oportunidad de concertar la paz. Pero lo que le propuso Bolívar era algo inaceptable. Transarse sobre esas condiciones suponía sancionar el cerco militar que las fuerzas de Bolívar habían montado sobre el dispositivo realista cada vez más empequeñecido en los alrededores del centro del país.

Bolívar, hábil diplomático, le propuso igualmente a Morillo la necesidad de pactar un acuerdo de regularización de la guerra, que acabara con tantos crímenes cometidos por los dos bandos durante tantos años de lucha. El principal promotor de la Guerra a Muerte intentó reparar ese bárbaro acto que fue su proclama trujillana en 1813 y que no hay duda de que lo envilecía, a pesar de todas las justificaciones que pudieron alegarse.

Morillo se trasladó, en los primeros días de noviembre, hacia la zona de Carache y emplazó su Cuartel General en el pueblo de Humucaro Bajo;[65] allí recibió a los comisionados republicanos Sucre y Plaza, a quienes dispensó corteses atenciones. Igualmente les respondió lo que pensaba sobre las proposiciones de Bolívar:

> Suspendamos, pues, las armas y entremos en negociaciones de reconciliación; nada más justo ni conforme al estado de estos pueblos, a la ilustración del siglo y a la filantropía de los principios que me dirigen; pero no se exijan imposibles. Yo no puedo infringir la Constitución política de la Monarquía, y la quebrantaría de hecho accediendo a la más pequeña cesión de terreno. Demárquense las líneas del ejército; proporciónense subsistencias; comamos todos como amigos y hermanos, pero que no se descubran miras de ambición ni de conquista. Deseando de buena fe la paz, este es un arreglo facilísimo.[66]

Es más que evidente el gran interés que demostró Morillo por concertar la paz, aunque esta se avizorara precaria y bajo unos acuerdos que denotaban el signo de la fragilidad. El mes de noviembre sirvió para que cada jefe, uno en Trujillo y el otro en Carache, avanzara en las negociaciones.

---

65 Humocaro Bajo es un pueblo ubicado en el estado Lara, muy próximo a El Tocuyo. En los tiempos coloniales, formaba parte de una ruta que comunicaba El Tocuyo con Trujillo, zona esta última donde se produjo el histórico encuentro entre Bolívar y Morillo.

66 Ib., contestación de don Pablo Morillo al Exmo. Sr. don Simón Bolívar, Cuartel General de Humucaro Bajo, 12 de noviembre de 1820.

Para Bolívar, antes de llegar a un acuerdo de paz definitivo, era preciso la firma de un armisticio, es decir, una interrupción de las hostilidades por un corto período de tiempo; en el fondo, lo que buscó el caraqueño fue el reconocimiento de sus más recientes triunfos y que España accediera, luego de diez años de conflicto, a reconocerlo como beligerante, que representaba a una nueva nación.

En Carache, el 19 de noviembre los realistas presentaron un borrador con sus propuestas para llegar a la firma del armisticio; lo más relevante del mismo fue la aspiración de que este tuviese la duración de un año y que se respetasen los territorios ocupados y demarcados por cada uno de los dos ejércitos, que los emigrados pudieran volver a sus hogares y que se les restituyesen sus bienes, además de respetarles sus opiniones políticas sin cometer ningún tipo de persecuciones y represalias por ello; se canjearían los prisioneros, desertores y pasados y, finalmente, deberían cesar las hostilidades en el mar.

La contrapropuesta republicana no se hizo esperar y el 22 de noviembre se contestó en los siguientes términos. La duración del armisticio solo sería por cuatro o seis meses como mucho; la provincia de Maracaibo sería anexada a los ejércitos republicanos que ya ocupan las dos terceras partes de ese territorio y, en compensación, Colombia detendría sus movimientos de fuerzas hacia Quito que, inexorablemente, estaba condenada a caer; las hostilidades en el mar también quedarían suspendidas. En uno de los puntos se señala que:

> Para el caso de que por desgracia se vuelvan abrir las hostilidades y la guerra, se celebrará un tratado que se convenga el tratamiento que recíprocamente deban darse como enemigos, conforme lo ha propuesto S. E. el Presidente. Se señalará el tiempo en que deba avisarse el rompimiento de hostilidades, y se tendrá por tal rompimiento el apresto de expediciones en España o en cualquiera otra parte contra Colombia.[67]

Es decir, los republicanos, a pesar de la buena fe esgrimida entre las dos partes, no confiaban del todo sobre el comportamiento futuro de sus

---

67 Ib., comunicación de Antonio José de Sucre, Pedro Briceño Méndez y José Gabriel Pérez dirigida a don Pablo Morillo y sus comisionados, Trujillo, 22 de noviembre de 1820.

enconados enemigos. La desconfianza y los hondos rencores pesaban más que las esperanzas por recuperar una prolongada paz. Y, de parte realista, muchos oficiales y soldados se manifestaron consternados por entrar en relaciones amistosas con los rebeldes, dando muestras de una debilidad que sería aprovechada por el enemigo.

Las diferencias entre las dos partes pudieron finalmente resolverse por las diligencias de los comisionados, que representaron todo el tiempo a Morillo y Bolívar. El 25 de noviembre se pudo firmar el acuerdo del armisticio, zanjándose las diferencias anteriormente expuestas. El armisticio debería tener una duración de seis meses y las partes se comprometieron a respetar los territorios que, en ese momento, cada uno ocupaba tanto en Venezuela como en la Nueva Granada. En el artículo 2, se dice que el convenio de paz podía ser prorrogado luego de su vencimiento todas las veces que este fuera necesario y de mutuo acuerdo. En esto, como ya más adelante veremos, La Torre y otros oficiales basaron sus esperanzas en mantener la presencia española en la Costa Firme.

Podemos sintetizar las más importantes cláusulas del acuerdo:

— Suspendidas las hostilidades por seis meses.
— Las tropas que corresponden a cada uno de los ejércitos se situarán en los límites señalados en el documento.
— Las comunicaciones para proveerse de ganados, mercancía y víveres de todo tipo quedaron abiertas y libres entre los respectivos territorios.
— Uno y otro Gobierno recibirá a los comisionados para tratar sobre la paz definitiva y los proveerá de salvoconductos.
— En caso de reanudarse la guerra entre ambos Gobiernos, el que intente romper el armisticio tendrá que avisar al otro 40 días antes del primer acto de hostilidad.
— Se firmará un tratado sobre la regularización de la guerra, de acuerdo con la práctica de las naciones civilizadas.

El artículo 14 del Tratado de Armisticio estableció:

> […] para dar al mundo un testimonio de los principios liberales y filantrópicos que animan a ambos gobiernos estos se comprometen a celebrar un tratado que regularice la guerra conforme al derecho de gentes y a las prácticas más liberales, sabias y humanas de las naciones civilizadas.

El Tratado de Regularización de la Guerra fue firmado el 26 de noviembre y, entre sus aspectos más resaltantes, hay que señalar los siguientes:

— A partir de ese momento, se aspiró a «combatir como pueblos civilizados» en caso de reanudar la guerra.
— «[E]vitar el exterminio al que se ha llegado hasta el momento».
— El canje de prisioneros previo respeto de la vida y de acuerdo con su grado; lo mismo en el caso de que se trate de civiles.
— Trato humanitario a los enfermos y heridos y su posterior restitución a la bandera a la que pertenezcan.
— Honrosa sepultura a los caídos en combate.
— Respeto a la opinión de los habitantes de los pueblos que, alternativamente, sean ocupados por las armas de los beligerantes, «[…] sin perseguir a nadie por sus ideas».

Este acuerdo logró mitigar, ya al final, la sangrienta carnicería que fue la guerra en la Costa Firme,[68] pero, para los colombianos, significó nada más y nada menos que ser reconocidos como un Gobierno distinto al español, que planteaba una negociación jurídica entre iguales. Ya no se hacía la guerra en contra de rebeldes sino en contra de otra nación surgida del seno de España:

> Deseando los gobiernos de España y de Colombia manifestar al mundo el horror con que ven la guerra de exterminio que ha devastado hasta ahora estos territorios, convirtiéndolos en un teatro de sangre; y deseando aprovechar el primer momento de calma que se presenta para regularizar la guerra que existe entre ambos gobiernos, conforme a las leyes de las naciones cultas, y a los principios más liberales y filantrópicos, han convenido en nombrar comisionados […].[69]

---

68 Véase el trabajo llevado a cabo por C. Pérez Jurado, «Relación de Prisioneros Realistas. Datos y Hechos para el Estudio de la Guerra de Independencia y el Derecho Internacional de Guerra y Humanitario», *Boletín de la Academia Nacional de la Historia,* t. LXXXII, n.º 325, enero-febrero-marzo de 1999, pp. 105-143, donde se pone en evidencia, a través de numerosos datos y relaciones documentales, el trato recibido por los prisioneros realistas por parte de los republicanos en cada una de las distintas etapas de la guerra.

69 La *Gaceta de Caracas,* aún bajo la redacción de los realistas, se congratuló con la noticia del acuerdo de armisticio y el de regularización de la guerra, mostrando al público la letra de ambos tratados. La noticia fue ofrecida a los caraqueños con repiques de campana y salva de artillería. Entre ellos se instaló la esperanza de la pervivencia de la sociedad colonial bajo la creencia de que la guerra había concluido con un resultado de «tablas» entre ambos beligerantes. Véase *Gaceta de Caracas,* n.º 19, miércoles 6 de diciembre de 1820, en Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, IX (2 de agosto de 1820-3 de enero de 1822), Caracas, 1985, pp. 95-98.

Los dos acuerdos quedaron refrendados por una inusual invitación que le hizo Morillo a Bolívar para que ambos pudieran conocerse junto a los oficiales de sus respectivos Estados Mayores. Es célebre el encuentro entre ambos jefes en el pueblo de Santa Ana[70] el 27 de noviembre de 1820. Allí se comió y brindó por la recién adquirida paz; ambos contendientes se abrazaron y, de manera gallarda, hicieron votos por una definitiva reconciliación. La escena no podía ser más surrealista, pero, en política y en cualquier acto humano, lo impredecible e irracional siempre está presente.[71]

Un testimonio realista presentó la escena de la siguiente manera:

> Multitud de brindis generosos y propios del día contribuyeron a hacerlo más agradable y a aumentar progresivamente la confianza y la alegría de la concurrencia. «A la heroica firmeza de los combatientes de uno y otro Ejército, a su constancia, sufrimiento y valor sin ejemplo. A los hombres dignos que al través de males horrorosos sostienen y defienden su libertad. A los que han muerto gloriosamente en defensa de su Patria o de su Gobierno. A los heridos de ambos Ejércitos que han manifestado su intrepidez, su dignidad y su carácter. Odio eterno a los que deseen sangre y la derramen injustamente». El General Morillo, después de otros muchos llenos de liberalidad: «Castigue el cielo a los que no estén animados de los mismos sentimientos de paz y amistad que nosotros». El brigadier Correa: «Prefiero este día a todas las victorias de la tierra». Don Juan Rodríguez de Toro: «La muerte me es indiferente después de un día tan glorioso». Un colombiano: «Que la última página de la historia militar de Colombia termine en el 27 de noviembre». En todos los demás reinó amenidad, cordialidad y confianza.[72]

No hay duda de que los efectos de la bebida influyeron en muchos de los celebrantes, haciéndoles olvidar momentáneamente los años crueles en que los odios implacables llevaron a la tumba a millares de soldados conducidos por los que ahora se abrazaban.

---

70 El pequeño pueblo de Santa Ana está en una escarpada ladera de una montaña de los andes venezolanos; allí, en una pequeña plaza, se encuentra un monumento remozado sucesivamente por Juan Vicente Gómez y Marcos Pérez Jiménez, que sirve para recordar ese significativo momento histórico.

71 Hay quienes explican estos sucesos desde la perspectiva de la masonería, uno de los capítulos más inquietantes y oscuros dentro de la Independencia. Que Morillo y Bolívar, por ser miembros de la masonería, hayan podido darse ese «abrazo fraternal» más allá de los odios implacables alimentados por la guerra es una explicación hasta ahora puramente especulativa.

72 Rodríguez Villa, *Don Pablo Morillo, Primer Conde de Cartagena, Marqués de la Puerta, Teniente General de los Ejércitos Nacionales (1778-1837). Resumen de su Vida,* p. 173.

Con el armisticio, Morillo y España, a través del Gobierno presidido por los liberales, renunciaban a la lucha armada en favor de la reconciliación y la paz bajo el supuesto de acabar con las desavenencias entre «súbditos hermanos». Nunca España otorgó reconocimiento jurídico al nuevo Estado colombiano y, si llegó al armisticio, fue pensando en hacerlo indefinido, imponiendo nuevas alianzas con los americanos sublevados.

No todos los realistas consideraron un triunfo el arribo del cese al fuego. Para el capitán Rafael Sevilla, el armisticio era perjudicial a la causa del rey y ponía en bandeja de plata los territorios aún bajo control monárquico:

> Morillo cuando firmó esta tregua, tenía cercado a Bolívar con la flor y nata de su ejército, y la tregua con promesa de rendirse y hacerse españoles liberales, así que se arreglaron ciertos detalles, no fue más que un ardid del general caraqueño, para salir de aquel callejón sin salida. Pronto debió conocer nuestro general en jefe, que había sido enteramente engañado, pues antes de concluir el plazo convenido se apoderaron los insurgentes con alevosía de Maracaibo; por lo que antes del 11 de junio volvimos a emprender la campaña contra los insurgentes, pero ya con visibles desventajas.[73]

Un hecho más trascendental que el armisticio mismo para los realistas venezolanos fue el regreso de Morillo a la Península, poniendo fin a su aventura en América. Por Real Orden del 13 de septiembre de 1820, el rey accedió, luego de numerosas peticiones, a concederle ser relevado en el mando del Ejército Expedicionario de Costa Firme. La partida de Morillo en diciembre fue un duro golpe para el Partido Realista, que perdía a su más esforzado jefe, quien había dado muestras de energía y competencia militar para mantener a raya a los republicanos desde que, en el año 1817, la guerra se recrudeció en el país. Para muchos, esta retirada fue una auténtica deserción en un momento álgido de la lucha, porque todos presentían que la duración del armisticio iba a ser muy corto.

Morillo dejaba abandonados a sus hombres y estos bien sabían que los reemplazos y las nuevas expediciones desde España no iban a venir.[74] Esta-

---

73 Sevilla, *Memorias de un Oficial del Ejército Español (Campañas contra Bolívar y los separatistas de América),* p. 263.

74 Sabemos de las gestiones llevadas a cabo por Morillo apenas tocó tierra peninsular en el sentido de informar a las autoridades de las penosas circunstancias que estaba atravesando el Ejército realista en la Costa Firme y la necesidad imperiosa de auxilios para

ban cercados por un enemigo ansioso por caer sobre su presa y el Ejército ahora pasaba a ser dirigido por el general Miguel de La Torre (1786-1843) que, si bien había dado muestras de valentía y profesionalismo militar, carecía de las dotes de mando y ascendencia sobre la oficialidad que sí tenía su predecesor. En realidad, la precaria unidad entre los realistas comenzó a tambalearse más fuertemente debido al aislamiento y a la incoherencia de las políticas liberales respecto al apoyo que debía brindar a sus partidarios en América. La Torre, de seguro, que no se sintió promocionado; por el contrario, sobre sus hombros recayó el espectro de la derrota. Es llamativo que, en apenas un mes de estar al frente del mando superior (comenzó el 3 de diciembre de 1820), haya solicitado a Madrid ser relevado del mando. Aunque en La Torre nunca faltó el pundonor ni la capacidad de sacrificio, como pudo demostrarlo a todos en los siguientes últimos años de la lucha:

> Soldados: una suspensión de hostilidades que ha abierto el camino a la paz de estos pueblos me pone en estado de solicitar por todas partes los medios de disminuir vuestras privaciones: no cesaré en procurarlos; ellos son mis primeros, mis únicos y actuales deseos; y cuando os vea poseedores de cuanto os es necesario, entonces nada me quedará a que yo quiera aspirar. El bienestar de mi ejército de Costa Firme serán mis solas delicias, y lustras bendiciones el único lenguaje que agrade a mis oídos.[75]

---

rescatarlo del colapso final. En su mensaje de despedida al Regimiento Unión, hay no solo un dejo de nostalgia sino también el pensar que se ha cumplido con la misión encomendada por el rey en el ya lejano año 1815. Con todo, Morillo sabía que la derrota del Ejército que había dejado atrás era más que eminente; por eso, confió en una paz indefinida como salida honrosa al conflicto: «Soldados: la guerra de Venezuela debe ser terminada para siempre. El genio de la discordia que la ha desolado por diez años, se aparta de sus comarcas lleno de espanto. Las primeras bases de esta suspirada paz están puestas. El jefe del Gobierno disidente, el General D. Simón Bolívar, ha concurrido a ponerlas; poco resta que hacer; lo más está hecho; y en estas afortunadas circunstancias en que vuelo al centro de la nación española a decirla lo que sois, lo que valen vuestras virtudes y de lo que son dignos vuestros sacrificios. Ella, el Rey, vuestros compañeros de armas, los simples particulares, todos oirán de mis labios la gloriosa historia del ejército expedicionario de Costa Firme. Yo parto seguro que al volver vuestros ojos al General que me sucede, se presentan con él a vuestra memoria las llanuras de la Hogaza y de Cojedes y las colinas de Ortiz. Allí visteis su valor, como en todas partes, y sus virtudes militares», en Rodríguez Villa, *Don Pablo Morillo, Primer Conde de Cartagena, Marqués de la Puerta, Teniente General de los Ejércitos Nacionales (1778-1837). Resumen de su Vida,* p. 175. La *Gaceta de Caracas* del 27 de diciembre de 1820 hizo pública la carta de despedida de Morillo.

75 A. H. N. (Archivo Histórico Nacional, Madrid-España), proclama del general Miguel de La Torre a los soldados en Caracas, 18 de diciembre de 1820.

Así culminó la primera proclama de La Torre como jefe superior del Ejército de Costa Firme; bajo su comando estaban 15 000 soldados, venezolanos y neogranadinos en sus dos terceras partes, tan buenos y leales como los europeos que, a duras penas, llegaban a 2000 hombres. El problema que adoleció esta tropa fue la desmoralización, ya que todos sabían que aspirar a la victoria era una completa ilusión. La consecuencia inmediata de esto fueron las constantes deserciones que obligó a la oficialidad realista a tomar medidas disciplinarias drásticas para contener el mal. Aun así, batallones enteros se fueron pasando al lado republicano como el de la Reina, Clarines y Cumaná.

El período que comprende los años 1821 y 1823 va a ser de completa adversidad para los expedicionarios, pero también el más heroico por la actitud abnegada de resistir hasta el final contra toda esperanza de salvación.

En teoría, el armisticio debería haber acabado el 25 de mayo de 1821, pero ni los españoles estuvieron dispuestos a reconocer la independencia de Colombia ni Bolívar y sus fuerzas iban a renunciar al triunfo final. Visto en perspectiva, el armisticio fue oneroso a los realistas en términos militares y políticos, pero permitió que el final de la guerra fuera menos perjudicial para el derrotado en lo que se refiere a actos de represalia y crueldad. Bolívar y su oficialidad procuraron respetar hasta sus últimas consecuencias lo acordado en el Tratado de Regularización de la Guerra; el trato que se les dio a cada jefe y oficial realista cuando hubo llegado el momento de la rendición fue de acuerdo con lo convenido entre las dos partes. La guerra, en su etapa final, inesperadamente se había «humanizado» bajo la magnanimidad del vencedor.

El incidente de Maracaibo. La guerra se reanuda

Lamentablemente, los liberales de la Península no supieron distinguir entre «insurrección» y «revolución»; seguían aferrados a la idea de que los americanos solo querían nuevas instituciones liberales y no la independencia, error este que quedó en evidencia cuando los comisionados colombianos, José Rafael Revenga, ministro de Relaciones Exteriores, y José Tiburcio Echeverría, gobernador de Bogotá, fueron a Madrid en la condición de ministros extraordinarios y plenipotenciarios y se los ignoró por completo, aunque se les permitió estar allí hasta septiembre de 1821.

Esta situación, caracterizada por la confusión e incertidumbre, tuvo un insospechado desenlace con la ocupación de Maracaibo por parte del general Rafael Urdaneta, violando lo establecido en una de las cláusulas más importantes del recién firmado armisticio:

> A tiempo que partían de Bogotá los plenipotenciarios colombianos, produjese en la ciudad de Maracaibo un incidente inesperado, que los españoles consideraron como violación del armisticio. Desde que se publicó allí la Constitución de Cádiz, en julio del año anterior, el nuevo Ayuntamiento, elegido por el pueblo, y el Gobernador Francisco Delgado, venían en tratos secretos con el General republicano Rafael Urdaneta, que ocupaba con sus tropas la vecina provincia de Trujillo y contaba en Maracaibo, de donde era oriundo, con valiosas relaciones personales. El 28 de enero, 1821, una asamblea popular promovida por las mismas autoridades españolas, declaró que el territorio de Maracaibo se constituía en «República democrática» y se unía a los pueblos de Colombia. Y al día siguiente el oficial patriota José Heras, que se hallaba en Gibraltar con un destacamento, ocupó la plaza de acuerdo con los revolucionarios.[76]

¿Qué demostró este hecho que puso en entredicho la honorabilidad de los republicanos? Pues, sencillamente, que Bolívar no iba a dejar a medias la obra por la que se había empeñado toda su vida. Era más que evidente que España no iba nunca a dar el paso de reconocer la existencia de Colombia y que la marea de la opinión pública venezolana ya estaba francamente decidida a respaldar al inminente vencedor. Mantener a un numeroso ejército inhabilitado, además de costoso, hasta podía volverse peligroso en contra de los mismos jefes republicanos. El «golpe» de Maracaibo quiso ser presentado por Bolívar a La Torre como un hecho totalmente espontáneo propio de los marabinos convencidos de que la protección de los republicanos era preferible a la de España. La Torre se indignó calificando el hecho de «una infracción pública del armisticio» y propuso una rectificación de lo ocurrido solicitando que las tropas republicanas se retiraran de inmediato de la ciudad-puerto. Nada pudo concluirse, a pesar de los intercambios epistolares entre La Torre y Bolívar en que ambos propusieron el nombramiento de árbitros que pudieran resolver la incómoda situación.[77]

---

76 Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela,* p. 441.

77 Lo sucedido en Maracaibo puso en duda lo pactado en el Armisticio a pesar de los argumentos republicanos que sostuvieron la tesis de que la ocupación se hizo sobre un territorio declarado independiente de España. Al mismo tiempo, el coronel Ambrosio Plaza, aprovechando la coyuntura y siguiendo órdenes de Bolívar, pasó a ocupar la plaza de Barinas violando, de manera explícita, lo convenido en el Tratado de Armisticio.

Por otro lado, Bolívar hacía gestiones en Bogotá para reorganizar allí el Gobierno colombiano, disponiéndose a entablar conversaciones con los comisionados españoles José Sartorio y Francisco Espelius, con la finalidad de alcanzar la paz antes del vencimiento del armisticio y bajo el supuesto de que España reconociera la independencia de Colombia. Ya en ese entonces, Bolívar tenía sus miras hacia el sur, hacia Quito y el Perú, pero no se podía dar la espalda a los españoles en Venezuela sin definir la incierta situación creada luego del armisticio y el incidente de Maracaibo.

Apenas dos meses pudo durar el armisticio que, para algunos, en su momento representó una esperanza de reconciliación:

> Esta era mi patria, cuando los tratados de Trujillo abrieron las esperanzas de todos los hombres buenos de los dos partidos que ansiaban ver restablecida la paz y tranquilidad perdidas, y excitaron la indignación de aquellos que o en su modo de percibir los consideraron o eran en efecto perjudiciales y contrarios a sus esperanzas, a sus intereses, y a aquella insaciable sed de sangre que con oprobio y vergüenza nuestra ha manifestado la mayor parte de mis compatriotas de ambos partidos.[78]

Una lucha entre partidos, así fue vista principalmente la contienda desde que empezó hasta su desenlace final por muchos de los contemporáneos de la misma. Muy posteriormente, cuando llegó la paz y surgió la necesidad de legislar y gobernar los nuevos territorios bajo la responsabilidad de los «libertadores», se desarrolló e inventó toda una cosmovisión sobre la Guerra de la Independencia bajo el argumento de haber sido una lucha contra un poder extranjero usurpador de las más elementales libertades republicanas. En realidad, José Domingo Díaz y el propio Bolívar fueron venezolanos que se escindieron en una lucha por la defensa de dos órdenes sociales contrapuestos, pero cuya procedencia era la misma: el tronco hispano. Es por ello que el armisticio y los actos festivos posteriores al mismo pudieron ser vistos como una auténtica paz entre dos beligerantes con una misma identidad cultural e histórica desavenidos por el impulso ciego de unas circunstancias que nadie pudo predecir ni controlar desde el año 1808.

---

78 A. H. N. (Archivo Histórico Nacional, Madrid-España), Estado, leg. 8733-39, *Informe de José Domingo Díaz, venezolano comisionado por La Torre, Jefe del Ejército Expedicionario para exponer en la corte española el estado militar y político de Costa Firme,* Madrid, 28 de septiembre de 1821.

El asunto de Maracaibo nunca pudo resolverse satisfactoriamente y los realistas se sintieron burlados en su buena fe. En la víspera de reanudarse la guerra, la ciudad siguió estando ocupada por fuerzas colombianas.

De acuerdo con una de las cláusulas de lo acordado (artículo 12), para reiniciar las hostilidades, los jefes debían notificar a la otra parte con anticipación de 40 días antes de emprender acciones bélicas. Bolívar bien sabía que las gestiones al frente del Gobierno español iban a ser infructuosas respecto al reconocimiento de Colombia;[79] por ello, mantener o renovar la paz era algo absolutamente irreal a su ahora dominante posición de fuerza como jefe indiscutido de los ejércitos republicanos de la Nueva Granada y Venezuela. A comienzos de marzo, el Libertador le escribió a La Torre sobre la inutilidad de las gestiones ante España y este estableció como reinicio de la guerra el 28 de abril. La suerte de Venezuela iba a decidirse en una decisiva campaña que terminaría en el campo de Carabobo. Todas las ventajas eran ahora para los republicanos que, luego de ser descalificados como rebeldes e insurrectos, ahora fueron considerados, con todo derecho, como soldados representantes de una nueva nación.

«La desgraciada acción de Carabobo»

Todas las esperanzas realistas quedaron puestas en la renovación del armisticio. Volver a comenzar las hostilidades significaba enfrentar a un enemigo que estaba muy activo en todos los frentes y con una moral en el triunfo elevada. Todo lo contrario sucedía entre los realistas, cansados y disminuidos y sin la fe en las capacidades militares y de liderazgo de La Torre, que tuvo que enfrentar numerosos conatos de insubordinación por parte de algunos de sus más importantes subalternos como Morales. Pero lo que condenó a los realistas a una derrota anunciada fue, una vez más, la indiferencia con que la Metrópoli trató el asunto de la pacificación de América a partir del año 1820. Frustradas las conversaciones de paz, los liberales se desatendieron por completo de La Torre y otros jefes realistas.

---

79 Los comisionados españoles que llegaron a Venezuela (Sartorio y Espelius) no tenían poderes para tratar la paz con los colombianos y sí para tratar asuntos relacionados con el armisticio y su posible renovación por más tiempo.

La guerra en América iba a terminar como comenzó: un asunto entre los propios americanos, unos favorables de romper con España y otros queriendo mantenerse dentro de los límites de la monarquía. La tesis que expuso Vallenilla Lanz[80] en las primeras décadas del siglo XX sobre la Independencia como conflicto autárquico no podía corroborarse mejor hasta en el mismo desenlace.

Las manifestaciones de cortesía y caballerosidad de las cuales hizo gala La Torre en la activa correspondencia que mantuvo con Bolívar nos hacen sospechar sus simpatías con la filosofía liberal y la convicción de una reconciliación sobre las bases de la Constitución de 1812. Aunque este fenómeno fue común en casi todos los realistas venezolanos, incluso quienes habían mantenido una línea dura, que ya no encontraban los medios necesarios para una resistencia que les brindara alguna posibilidad de éxito ante un enemigo que ahora hacía alarde de superioridad.

A La Torre no le quedó más remedio que apelar al orgullo y heroísmo español para encarar la nueva campaña. Una vez más el surrealismo, la llamada «locura gloriosa» hispana de no rendirse a las evidencias de la realidad; el de siempre creer que Dios y la providencia divina los acompañan hacia logros y metas superiores de todo entendimiento racional. La justa causa no podía quedar olvidada por Dios dentro de la cruzada por la defensa del buen orden:

---

80 Ya se ha hecho referencia a esta clásica obra de sociología venezolana que tuvo el mérito, por no decir, atrevimiento, en ofrecer la primera interpretación histórica de la independencia venezolana sobre fundamentos socioculturales bastante precisos. «Guerra Civil» entre venezolanos o entre españoles venezolanos: unos partidarios de la monarquía y otros partidarios de la independencia y el republicanismo. Vallenilla Lanz escribió su clásica obra, *Cesarismo Democrático,* en el ya lejano año de 1919 en plena dictadura gomecista. La tesis principal que el libro intentó demostrar fue la del «gendarme necesario»; es decir, el paso de colonia a república dislocó, mediante la dura guerra, los fundamentos civilizatorios que los venezolanos estaban llamados a establecer dentro de la senda del movimiento mundial de la modernidad y los procesos de industrialización acelerados al estilo de la Europa occidental y los Estados Unidos de Norteamérica. Un dictador, por paradójico que esto sea, era el único que podía garantizar la paz social, acabando con la anarquía preexistente, pero no un dictador cualquiera, sino aquel que, junto a un régimen político represivo, hiciera gala también de liberalismo, aunque ello implicase la entrega de nuestros minerales a las compañías extranjeras, vistas como agentes del desarrollo capitalista dentro de una sociedad analfabeta y rural como la venezolana en el siglo XIX.

> Así: después de abiertas infracciones del tratado, hechas por su S. E. y sus súbditos, y arrojadas por nosotros al olvido por el deseo de la paz se me ha intimado del modo menos esperado la continuación de la guerra. Ni yo ni mi heroico ejército, ni el Gobierno de Venezuela, ni sus fieles y numerosos habitantes la han temido jamás; en mil combates han dicho ya si la temen. Si hemos hecho sacrificios a nuestra sinceridad y franqueza, Dios que ve nuestros corazones conoce la justa y virtuosa causa de estos sacrificios, y este deseo sincero de una paz decorosa y conforme a la justicia y a los principios liberales de una gran Nación. Por todo hemos pasado; nada ha sido estorbo para nosotros en nuestra marcha de paz: hemos deseado dar al mundo entero pruebas sublimes de nuestra moderación y buena fe: lo hemos conseguido y él juzgará.[81]

Los realistas estaban muy disminuidos al comenzar esta decisiva campaña. Solo dominaban la plaza de Cumaná y el territorio de la provincia de Caracas. Además se puso en evidencia, por primera vez, serias diferencias entre los partidarios de los liberales y aquellos identificados con el absolutismo a ultranza. La Torre tenía entonces muy pocas opciones, pero, en vez de concentrar todas sus fuerzas en un solo dispositivo, cometió el serio error de dispersarlas, queriendo cubrir todos los frentes. La verdad es que cayó en la trampa de Bolívar que, con algunos hábiles movimientos de distracción, hizo caer en el anzuelo al jefe realista. La Torre tuvo la oportunidad de evitar la concentración de las fuerzas republicanas que se dirigían hacia el corazón de la provincia de Caracas. El grueso de la ofensiva iba a provenir por el flanco occidental desde las inmediaciones de Guanare y San Carlos. Desde allí, Bolívar coordinó el siguiente plan de operaciones mandando un ejército disciplinado, bien apertrechado con todo tipo de víveres y, lo más importante, motivado por la convicción del triunfo. La estrategia persiguió buscar al enemigo, «fijarlo» y derrotarlo en una sola batalla, pero, para ello, había que hacer confluir a los distintos cuerpos hacia las inmediaciones del centro del país sin sufrir ningún descalabro importante. En oriente, Soublette, fiel colaborador del Libertador y vicepresidente de Venezuela, fue el encargado de coordinar las operaciones de ese frente. Los orientales tenían que organizar un movimiento de distracción en dirección a Caracas para des-

---

81 A. H. N. (Archivo Histórico Nacional, Madrid-España), Estado, leg. 8740-123, manifiesto que hace a los pueblos de Venezuela el mariscal de campo don Miguel de La Torre, general en jefe del Ejército Expedicionario de Costa Firme sobre la continuación de la guerra, Caracas, Cuartel General de Caracas, 23 de marzo de 1821.

viar algunas de las fuerzas realistas que cubrían los más importantes accesos alrededor del eje centro-occidental y, sobre todo, en la zona de los valles de Aragua. Esta maniobra fue llevada a cabo por el general Francisco José Bermúdez, considerado, por algunos especialistas en el arte militar, como uno de los más brillantes jefes de la contienda en saber emplazar y dirigir las tropas de infantería. El 28 de abril de 1821, Bermúdez, con una columna de 1200 hombres, salió de Barcelona y, en una épica marcha de dos semanas, logró entrar en la propia capital. El 16 de mayo está ocupando La Guaira, donde la emigración realista huía desesperadamente en 72 buques con dirección al exterior. El día 20, en El Consejo, se entabló un importante combate entre las fuerzas realistas dirigidas por el brigadier don Ramón Correa, encargado de la custodia de la capital y los orientales. Correa y sus fuerzas quedaron derrotadas, pero pudieron ser salvadas buena parte de ellas por la contraofensiva que Morales rápidamente organizó y que obligó a Bermúdez a retirarse hacia Caracas y los valles de Barlovento. Morales no iba a permitir que las fuerzas republicanas se mantuvieran en la capital y, una vez más, su audacia fue recompensada ya que obligó a estos a retirarse el 26 de mayo hasta las inmediaciones de Guatire. Bermúdez fue reforzado por la llegada de Arismendi y, recuperados de la fatiga, vuelven a retomar la ofensiva sobre Caracas ocupando parte de la ciudad el día 15 de junio. Pereira, jefe realista, los emplaza a combatir en El Calvario y los derrota el día 23 aunque, días después, ya todos conocen el desenlace de lo ocurrido en la sabana de Carabobo. Lo importante de estas operaciones llevadas a cabo por las fuerzas orientales es que permitieron distraer unidades y regimientos realistas clave que hubieran podido comprometer la victoria republicana en Carabobo.

La manera como Bolívar organizó la ofensiva final sobre Venezuela es como sigue: a Urdaneta, desde Maracaibo, le hizo dirigirse hacia Coro, con el objetivo de controlar a esta provincia, que siempre se mantuvo identificada con el realismo. En Coro estaba de gobernador Francisco Miyares, que apenas pudo organizar la resistencia. El día 11 de mayo Coro fue ocupada por Urdaneta y el 28 de mayo su columna volvió a emprender la marcha en dirección a Barquisimeto, donde encontró al batallón Rifles, que lo refuerza. Ya en la zona, desde abril, Cruz Carrillo y Reyes Vargas tienen cercados a Carora, El Tocuyo y Barquisimeto. El 13 de mayo es ocupada Barquisimeto y la mayor parte de esas fuerzas luego se dirigieron,

a través de las montañas del Altar, hasta San Carlos, lugar escogido para la concentración del grueso del Ejército colombiano.

Bolívar igualmente ordenó a Páez que, desde Achaguas, viniera con la caballería llanera hacia el punto de concentración en San Carlos. El 7 de junio se logró este objetivo. No hay duda de que los movimientos de Urdaneta, Cruz Carrillo y Bermúdez trasquilaron todos los planes realistas.

La Torre se vio desbordado por todos los frentes, y su estrategia inicial quedó cuestionada. En principio, los realistas se plantearon dirigirse en masa hacia la zona de San Carlos-El Pao y avanzar sobre Barinas, para copar a Bolívar, que estaba entrando con sus fuerzas desde allí. El brigadier Correa, con su unidad, podía contener a los orientales y la División de Vanguardia, bajo el mando de Morales, se apostaría en Calabozo y controlaría cualquier movimiento de Páez, en caso de querer reforzar a Bolívar en San Carlos. Cuando se conocieron las nefastas noticias de la ocupación de la capital por parte de los orientales, La Torre no tuvo más remedio que enviar allí al Batallón Segundo del Valencey, que tenía como primera misión atacar el dispositivo republicano alrededor del eje San Carlos-El Pao; de la misma manera, ordenó a Morales volver a ocupar la capital con las fuerzas que estaban bajo su comando. Con ello, Páez y las fuerzas republicanas acantonadas en el sur,[82] al borde de los valles centrales, encontraron vía franca para internarse en dirección hacia Valencia. El cerco iba cerrándose. A La Torre no le quedó más remedio que asumir una actitud defensiva alrededor del eje costero Puerto Cabello-Valencia-Caracas, esperando que los acontecimientos no terminaran por desbordarlo.

El 19 de junio desde San Carlos salió Bolívar con todas sus fuerzas ya reunidas buscando la confrontación final: tres divisiones formadas por 6500 hombres bajo el mando de Páez, el general Manuel Cedeño y el coronel Ambrosio Plaza. La Torre, prevenido por sus espías de los movimientos de este ejército, se decidió por ir a la batalla, a pesar de contar con menores fuerzas que su adversario. La disyuntiva no era nada agradable: o se arriesgaba en un solo combate decisivo, o se refugiaba en la fortaleza de

82 El Ejército de Apure marchó desde el 10 de mayo hacia San Carlos y estuvo constituido por 1500 jinetes, 1000 infantes, 2000 caballos de reserva y 4000 reses. Véase E. Esteves González, *Batallas de Venezuela (1810-1824),* Caracas, 2004, pp. 158-159.

Puerto Cabello a una defensa inútil. Con los cuerpos de infantería formados por el batallón del Príncipe, el 2.º del Burgos y otras unidades de este tipo, junto con la unidad de Vanguardia de Morales, que dirigía a la caballería, los realistas llegaron a formar a 4079 soldados en la sabana de Carabobo.[83]

La batalla en sí fue sangrienta e incierta en sus comienzos, ya que los batallones de infantería realista, situados en posiciones adecuadas y beneficiándose de las ondulaciones del terreno, dispararon a mansalva sobre las fuerzas republicanas que debieron flanquear los principales pasos que daban acceso a la llanura. Los batallones y regimientos de la Primera y Segunda División tenían que forzar los accesos controlados por las fuerzas realistas y, al comienzo, los augurios no fueron nada favorables. El Bravos de Apure tuvo que retirarse en dos oportunidades debido a la fusilería del Burgos, pero es allí, en ese momento clave, cuando Bolívar mandó a la Legión Británica a sostener todo el peso de la lucha, para darle tiempo a la caballería a reorganizarse. Los Cazadores Británicos fueron literalmente exterminados[84] por las acometidas de los batallones Infante y Hostalrich, enviados en apoyo del Burgos. Cuando Bravos de Apure volvió a cargar, ya lo estaba acompañando el batallón Tiradores y, con los restos de la Legión Británica, cargaron a la bayoneta y pudieron internarse en la sabana. Ahora son los realistas quienes se repliegan ante la acometida de los enemigos, situación que deseó estabilizar La Torre enviando a dos nuevos batallones: el del Príncipe y el de Barbastro, los

---

83 El 24 de junio de 1821 se ha constituido en el icono del heroísmo nacional. Carabobo es la suma y culminación de todos los esfuerzos y sacrificios de unos hombres que lucharon por conseguir la independencia política de España. En el monumento magnífico que allí se ha erigido cerca de la ciudad de Valencia, se nos dice que comenzó nuestra historia como «pueblo libre», historia épica y mitológica que se emparentó con los orígenes de la nación, como si antes no hubiera existido nada. De un plumazo se borraron siglos de historia indígena y trescientos años de presencia hispana; desde entonces, ambas historiografías, la venezolana y la española, mantienen un divorcio y recelo, que no ha permitido un estudio del pasado común sobre bases equilibradas y críticas.

84 En una entrevista pública que le hicieron al fallecido dictador y militar venezolano, el general Marcos Pérez Jiménez señaló, refiriéndose a Carabobo, que Bolívar había enviado adrede al sacrificio a los legionarios británicos porque era una manera rápida para deshacerse de ellos y no cumplirles con el pago de sus servicios, ya que el erario de Colombia estaba exhausto. ¿Verdad o calumnia? El pasado está lleno de conjeturas y los historiadores nos hacemos eco de ellas en el presente.

cuales logran mantener la línea aunque, en ese preciso instante, pudo entrar en acción con un renovado ímpetu la caballería llanera de Páez con efectos decisivos.[85] Para evitar el desbordamiento inevitable de sus unidades de infantería, La Torre ordenó a Morales cargar con dos escuadrones del Húsares de Fernando VII que, inesperadamente, evitaron la acometida de la caballería de Páez retirándose vergonzosamente.[86] La infantería realista quedó rodeada y no le quedó otra opción que retirarse; La Torre jugó su última carta enviando al regimiento Lanceros del Rey a intentar frenar la caballería enemiga, pero tampoco este cuerpo tuvo éxito en el ataque. Ya todo en ese entonces, estaba consumado y el batallón primero del Valencey, que no había tomado parte activa en la batalla, empezó a retirarse formándose en cuadro y repeliendo cada una de las numerosas acometidas republicanas. Muchos cronistas e historiadores de este evento han señalado, con admiración, el comportamiento del Valencey, que pudo salvar con su ordenada retirada los restos del Ejército realista. Una hora había durado la encarnizada lucha:

> Las pérdidas realistas fueron del orden de los 2800 hombres, entre muertos, heridos o prisioneros. El Ejército Expedicionario quedaba virtualmente destruido. En consecuencia, los efectivos realistas que entraron a Puerto Cabello, dispersos por Tocuyito, utilizando el camino de Vigirima o el de Carabobo, no superaron en ningún caso los 1200 hombres. La retirada realista fue dirigida por el Comandante General de la Primera División, Coronel Don Tomás García, al frente del Valencey. Este batallón, reforzado por dispersos de otras unidades, formó en cuadro y al trote logró salir de la sabana, rumbo a Valencia. Vanos resultaron los esfuerzos de la caballería patriota por romper el férreo cuadro del Valencey.[87]

---

85 «Mientras suceden estos combates, la Segunda División de Cedeño entra en la sabana y corre decididamente hacia el centro de ella para penetrar a través de la brecha que se había producido en el centro español, destacando dos compañías de su batallón de vanguardia en auxilio de las unidades republicanas de la Primera División de Páez», ib., p. 162.

86 Este hecho no ha sido lo suficientemente estudiado. ¿Por qué Morales, un jefe intrépido y valeroso, que ya había demostrado su valía en anteriores combates, no tuvo una destacada actuación al frente de la caballería realista que dirigía? Existen especulaciones referentes a una gran enemistad entre Morales y La Torre ya en ese momento. Sabemos que, cuando Morillo traspasó el mando a La Torre, inmediatamente Morales solicitó renunciar al mando de la división de Vanguardia de la cual era su jefe. Tuvo que intervenir Morillo, para disuadirlo a continuar dentro de las filas del Ejército Expedicionario. En el futuro, la relación entre La Torre y Morales siempre fue tensa.

87 A. González, *La guerra de independencia en Puerto Cabello,* Caracas, 1988, p. 174.

Luego de Carabobo, a los realistas solo les quedó el refugio de Puerto Cabello y el de algunas plazas fortificadas como las de Cumaná. Caracas sería ocupada por las tropas republicanas de inmediato el 29 de junio y todo el país podía considerarse como liberado.

Las únicas esperanzas realistas quedaron puestas en la flota naval ahora bajo el comando del almirante Ángel Laborde; sin esta flota, la resistencia no se hubiera prolongado hasta el año 1823. Aunque, en realidad, la verdadera razón por la cual los republicanos no terminaron de acabar con las pocas fuerzas realistas que quedaron luego de Carabobo fue la decisión de Bolívar de internarse con el grueso del Ejército colombiano en dirección al sur y con destino el Perú. Por cartas y documentos, sabemos del peligro que significó este movimiento al dejar completamente las espaldas a un enemigo derrotado pero que seguía tercamente resistiendo bajo la esperanza de ser auxiliado y reforzado desde el exterior. A Páez, Mariño y Soublette se les encomendó la tarea de hacer rendir los últimos focos de resistencia realista que aún quedaban en la costa y algunas partidas de guerrilleros que buscaron refugio en el interior del país.

La Torre no tuvo más remedio que irse a encerrar en Puerto Cabello de la misma forma que lo hizo Monteverde en 1813. La plaza era un auténtico microcosmos y los conflictos entre las autoridades civiles, representadas por el Ayuntamiento,[88] y los militares fueron permanentes. Ya los militares habían perdido crédito y se les desafiaba abiertamente. Y, si a esto se le agrega la situación de aislamiento e incomunicación con el exterior, el deterioro de las fortificaciones y la carestía del parque militar, sumado al asedio constante que ahora el enemigo empezaba a llevar a cabo, conformaron un cuadro dantesco que La Torre tenía que enfrentar sin mayores esperanzas de éxito.

---

88 «El Ayuntamiento de Puerto Cabello se constituyó en el principal dolor de cabeza del General en Jefe. Con la jura de la Constitución el 9 de marzo de 1820, los cabildos recobraron potestades y facultades que el poder real había mutilado progresivamente hasta dejarlos en su mínima expresión de protesta y defensa del común. En la ciudad sitiada era la única autoridad constitucional existente y el Alcalde la máxima potestad judicial, por cuanto la Audiencia había emigrado. Por otra parte, el pueblo manifestaba a través de sus munícipes la repulsa general hacia los llamados "pacificadores", que habían convertido la ciudad en su cuartel general desde 1815, haciendo sentir la prepotencia que les daba el hecho de ser fuerza y sostén de la nación española en guerra». Véase González, *La guerra de independencia en Puerto Cabello,* pp. 211-212.

A pesar de la adversidad, La Torre tenía experiencia en enfrentar situaciones de este tipo; ya lo había hecho como sitiador de Cartagena y como sitiado en Guayana. En Puerto Cabello, tenía aproximadamente cuatro mil soldados que, en realidad, eran excesivos para la adecuada defensa de la plaza y, si a esto le agregamos los numerosos refugiados de Coro, San Felipe, Caracas y Valencia, que fueron a encontrar auxilio en la ya congestionada plaza, es más que evidente que el problema de los víveres era incluso más importante que el militar. Una plaza que iba a ser sitiada por tierra necesitaba de los alimentos necesarios para resistir y, entre las medidas más significativas para lograr este cometido, se determinó una política de embargos sobre los bienes y propiedades de los lugareños que, indudablemente, causó descontento;[89] de la misma manera se estimuló la emigración hacia las Antillas y se trató de mantener el puerto abierto libre

89 Luego de Carabobo, la fuga de personas estuvo acompañada también por la de los capitales; recursos y dineros para los realistas llegaron a escasear de una forma crónica. El problema de la subsistencia fue el problema medular que tenían que atender los sitiados. Ya en ese momento, La Torre y las autoridades de la plaza de Puerto Cabello habían hecho un gran esfuerzo por enviar emisarios a La Habana, México y las posesiones extranjeras en las Antillas tratando de obtener la vital ayuda económica y los empréstitos para garantizar una larga resistencia. Curazao fue la fuente principal de suministro de los porteños y hasta allí se envió a Morales, para que solicitara a la numerosa emigración realista que había a que contribuyese en aliviar las necesidades de los sitiados en Venezuela. Esta demanda compulsiva de auxilios de todo tipo fue una constante presente en casi toda la documentación oficial realista de este período. Es muy importante lo que nos dice un experto conocedor del tema con relación a la manera en que enfrentaron los realistas el problema del financiamiento para la compra de víveres: «A los fines de subsanar el error inicial, justificado por la emergencia del embargo de los víveres de naves que se encontraban en bahía a la entrada de La Torre a la ciudad, se declaró libre de derechos todos los alimentos que fueran introducidos por buques particulares, estimulando en tal forma las remisiones que hicieran comerciantes de las Antillas cercanas. Las operaciones comerciales de compra de víveres se cancelaron mediante libranzas contra las cajas reales de La Habana, Puerto Rico y México. En una sola oportunidad —mayo de 1823— se trajo dinero efectivo a la plaza. Las ayudas venidas desde otras colonias españolas, las pocas veces que se recibieron, fueron víveres comprados a precios elevados en relación con el costo local, o en especies comerciables, como tabaco llegado de Cuba. Los otros medios de pagos fueron también en especies: café y cacao requisados a las pocas haciendas de las cercanías o botín de la salida practicada en noviembre de 1821 por el Brigadier Morales sobre la costa de Barlovento. La posesión de Coro a principios del año 1822, proporcionó otra moneda sumamente preciada: esclavos!, los cuales fueron remitidos en lotes a Curazao para los pagos de contratas», González, *La guerra de independencia en Puerto Cabello,* pp. 208-209.

de enemigos. La flota realista, muy mermada, todavía era capaz de hacerse respetar por los corsarios republicanos que, en su mayoría, estaban concentrados en el bloqueo de las plazas de Cumaná y Cartagena.[90] Dos unidades, la fragata *Ligera* y el bergantín *Hércules,* permitían que Puerto Cabello pudiera ser abastecido desde el exterior.

Los trabajos militares en el bastión de Puerto Cabello empezaron a llevarse a cabo de acuerdo con la emergencia del momento y se creyó poder resistir, siempre que se estuviera abastecido por la flota, como mínimo, dos años. Por todos los medios, los realistas ordenaron movimientos de patrulla y exploración en las zonas aledañas y trataron de mantener abierto el camino hacia Coro.

La Torre, luego de Carabobo, intentó ayudar a la división del coronel Pereira, que había quedado varada en el centro del país, pero el cerco que les impuso Bolívar lo obligó a capitular en La Guaira el 4 de julio de 1821.

Lo mismo intentó respecto a los sitiados en Cumaná, enviándoles, a través de algunas embarcaciones, los vitales víveres y comestibles. Pero Cumaná también tuvo que rendirse el 16 de octubre ante la evidente superioridad de las fuerzas republicanas, tanto de mar como de tierra, comandadas por el general Bermúdez.

Poco a poco, los republicanos iban copando todos los accesos terrestres que circundaban a Puerto Cabello, formalizando el sitio en el mes de abril de 1822.

Causas de la derrota realista en Venezuela

El realista venezolano José Domingo Díaz, autor de la polémica obra, *Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas,* publicada en Madrid en el año 1829, elaboró, por encargo del general La Torre, un extenso informe[91] dirigido al

---

90 El 1 de octubre de 1821 el brigadier Gabriel Torres hizo capitular el Arsenal de Cartagena ante el general Mariano Montilla, quien, junto a la Escuadra del Almirante Luis Brion, mantuvieron sitiada a la mítica fortaleza por mar y tierra.

91 A. H. N. (Archivo Histórico Nacional, Madrid-España), Estado, leg. 8733-39, *Informe de José Domingo Díaz, venezolano comisionado por La Torre para exponer en la corte española el estado militar y político de Costa Firme,* Madrid, 28 de septiembre de 1821.

rey, donde presentó la desesperada situación de los partidarios del realismo en Venezuela luego de la derrota en Carabobo el 24 de junio de 1821.

Este documento, aún inédito, es de un gran valor histórico y testimonial, ya que permite hacer un recuento crítico de la independencia de Venezuela desde la perspectiva realista y en manos de un hombre que estuvo en la primera fila de los acontecimientos, asumiendo importantes responsabilidades.

Al ser un documento reservado al rey, el autor no cae en las exageraciones y descalificaciones hacia el adversario, como era su costumbre en otros documentos públicos. Por el contrario, se muestra muy autocrítico respecto al comportamiento de sus principales compañeros de causa, ya sean estos civiles o militares. Hay, en el escrito de Díaz, un genuino intento sociológico y psicológico por intentar comprender el comportamiento y las motivaciones de los principales hombres de los partidos que se enfrentaron en Venezuela desde el año 1810, y de querer explicar las razones del «desastre» español, cuando hubo indicios favorables en algunas etapas del conflicto de obtener la victoria sobre los insurrectos.

De acuerdo con José Domingo Díaz, dos fueron las causas que explican la guerra de exterminio que se aplicó en Venezuela y que llevó al colapso realista: «el estado militar del ejército» y «la situación política de los pueblos». Señalemos, sucintamente, a qué se refieren estos aspectos.

El aspecto militar no hay duda de que fue determinante desde que comenzó el conflicto en 1810 y este se fue agudizando hasta llegar a la Guerra a Muerte del año 1813 y 1814. Para Díaz y los principales observadores de ese momento, la guerra venezolana fue una contienda civil entre partidos rivales. No hay duda de que, al comienzo, los realistas despreciaron a los mantuanos, que se lanzaron a la revolución subestimándolos en sus posibilidades de triunfar en la lucha proindependentista que emprendían y que, luego de la llegada de Morillo, se mostraron mucho más arrogantes aún. Luego de Boyacá en 1819 y Carabobo en 1821, ya el tono es muy distinto; en realidad, lúgubre. La percepción de la realidad ha cambiado y se empieza a reconocer lo que años atrás era un imposible: un mundo y sociedad idealizados que ahora se pierden por el furor revolucionario; una patria, la americana, que se reconoce al lado de la monarquía hispana pero que ahora se hace llamar Colombia. Díaz aprovecharía la misión que le encomendó La Torre para quedarse hasta

su muerte en la Madre Patria, salvo un breve interludio en la isla de Puerto Rico, carcomiendo sus frustraciones de venezolano español en el exilio, lejos de su país de nacimiento. José Domingo Díaz va a inaugurar los casos trágicos de venezolanos que, por razones ideológicas en el ámbito político, tuvieron que abandonar el país para evitar, con ello, la persecución y la muerte. La Independencia de Venezuela como conflicto civil tuvo un coste tremendo sobre los llamados «venezolanos españoles», cuya lealtad hacia la monarquía fue algo irreductible:

> Ocho años de una guerra fratricida la más desastrosa que jamás tuvo el género humano, y diez de turbaciones que habían corrompido la moral pública y roto los más fuertes vínculos de la sociedad, habían dejado en mi patria solo las sombras de los que había sido en sus días de prosperidad. Sesenta mil hombres muertos con las armas en la mano; las costumbres militares apagando el amor a la agricultura; esta disminuida de un modo asombroso; el comercio casi exánime; el odio de los partidos siempre en aumento, procurando reacciones más violentas, y aprovechando los momentos y ocasiones de nuevas venganzas y males; la ociosidad producida y conservada por la esperanza de la ganancia en el desorden del violento tránsito de un gobierno; el peligro continuo y probable; la desconfianza pública, todo hacía que la destrozada Costa Firme no fuese capaz de cubrir una parte de los gastos del ejército a pesar de sacrificios casi incompatibles con su miseria.[92]

Las causas de la derrota se atribuyeron al abandono en que estuvo el Ejército Expedicionario por parte de la Metrópoli. Sin reemplazos ni suministros, abandonados a su suerte ante las inclemencias del trópico caribeño, su número de efectivos europeos empezó a disminuir rápidamente. Y, si a esto le sumamos que la oficialidad realista, mayoritariamente española, desconfió siempre de los reclutas americanos, podemos establecer que, si no fuera por la población civil americana que estuvo apoyando fervientemente a su rey español, la guerra no hubiera durado tanto tiempo.[93]

---

92 Ib.

93 La anomia o entropía realista llegó a tocar fondo en estos últimos años de la guerra. El país estaba desgajado por todos lados y no existió ninguna posibilidad sincera y confiable de contraatacar al enemigo y recuperar los espacios perdidos. Ciudades como Maracaibo que, durante toda la contienda, mantuvo una posición leal a la causa realista, terminaron por hacerse del bando republicano ante el más absoluto aislamiento y abandono por parte de sus aliados del centro del país. Ni siquiera el comercio desde la Nueva Granada y Nuevo México, ya para ese entonces, podía mantenerse con la ciudad-puerto occidental. Hasta la moneda de cobre acuñada en Caracas en el año 1820 fue vista con

Cuando se marchó Morillo en diciembre de 1820 y se firmó el armisticio, una sensación de incertidumbre estuvo presente entre los realistas. Las noticias sobre el nuevo Gobierno liberal y el cambio de la política ultramarina eran confusas. La Torre confió en hacer indefinido el acuerdo de paz y, para ello, organizó una Junta de Pacificación que las actitudes republicanas convirtieron en obsoleta. Bolívar, obviamente, no renovó el armisticio, y la guerra se reanudó con grandes desventajas para los españoles. Muchas voces salieron proclamando traición y falta de nobleza por parte de los republicanos. Inmediatamente se tuvo conciencia de que el armisticio había sido una hábil estratagema del caraqueño para ganar un tiempo valioso en la preparación de la victoria decisiva. Las deserciones dentro de las filas realistas fueron mermando sus efectivos y, sobre todo, la moral del guerrero; a los oficiales españoles Bolívar los había invitado a la rendición de sus unidades a cambio de un trato de caballeros basado en el honor y el respeto a la vida. Muchos fueron los que accedieron a embarcarse con sus unidades hacia el exterior, como en el caso del brigadier Pereira. La capacidad anímica y efectiva del Ejército Expedicionario había llegado a su punto más bajo.

Los conflictos, rivalidades, celos y envidias entre los principales líderes militares fue un constante quebradero de cabeza para Monteverde, Cevallos, Cagigal, Moxó, Morillo y La Torre. Los jefes como Morales, que

---

rechazo por los marabinos. Los principales centros geográficos que fueron una constante referencia por sus estrechos vínculos comerciales y afectivos pasaron a manos de los ejércitos republicanos. La merma en las rentas hizo que los súbditos entraran en pánico ante la imposibilidad de obtener los indispensables recursos para la subsistencia; quienes pudieron escapar hacia el exilio fueron, en realidad, muy pocos debido a la escasez de barcos. Y, a pesar de todo ello, desde Caracas, el 5 de febrero de 1821, Ramón Correa, gobernador y capitán general en funciones, hizo público un nuevo Reglamento de Reclutamiento con la finalidad de alistar a 2500 reemplazos que pudieran mantener, con éxito, la zona de Caracas y los valles de Aragua libres de enemigos. A los ayuntamientos realistas se les ordenó cumplir con el proceso de reclutamiento forzoso sobre una población asqueada de la guerra y cansada de tantos sacrificios y abusos llevados a cabo por la autoridad de turno. Las duras medidas de castigo contra las deserciones y los prófugos evidencian los alicaídos estados de ánimos de los principales promotores del plan. La desmoralización en el bando realista no pudo disimularse con esta medida antipopular y desesperada, que no pudo lograr los objetivos que se planteó cumplir. Ejércitos fantasmas eran los que querían convocar las últimas autoridades realistas del período colonial en Venezuela. A. G. I. (Archivo General de Indias, Sevilla-España), Caracas, 498, 5 de febrero de 1821.

venían de la vida civil, fueron menospreciados por los «profesionales» como La Torre; a la vez, los soldados «informales» como Morales no disimulaban su animadversión hacia algunos jefes europeos, incapaces de dar la talla en el tipo de guerra que se practicaba en las inmensidades de Venezuela, sin reparar en la idiosincrasia de los combatientes. Otro punto de fricción fue entre quienes preconizaron una guerra sin cuartel, de exterminio, contra los republicanos, mientras que otros fueron favorables a un trato mucho más civilizado, de acuerdo con los preceptos de una guerra regular. Como ya hemos visto, en Venezuela se llegó muy tarde a una regularización del conflicto; ya todo el mal llevado a cabo por la «Guerra a Muerte» se suponía irreparable.

Díaz dejó claro en su informe el contrasentido, aunque no haga mención explícita de ello, de enviar un ejército pacificador a «hacer la guerra a los vasallos rebeldes», abandonándolo a su suerte sin ofrecerle un constante apoyo hasta haber culminado su objetivo.

La situación política de los pueblos es, para José Domingo Díaz, la argumentación central de su informe al rey. Dos partidos han sido los que han pugnado entre sí arrastrando al resto de la población; dos élites blancas «ilustradas», es decir, con educación y posibilidades económicas, una realista y la otra criolla, enfrascadas en un conflicto visceral alimentado por el odio y las venganzas.

Para este venezolano realista, el pueblo formado por los sectores sociales «inferiores» de la sociedad colonial venezolana nunca tuvo una «opinión» de peso sobre el curso de la guerra y la defensa de sus particulares intereses de grupo y clase social. El mito que se ha elaborado estableciendo un protagonismo histórico por parte de los sectores populares durante la independencia hay que atribuírselo al afán de los vencedores que, luego de la guerra, aspiraron alcanzar algún grado de legitimidad en el usufructo del poder con relación a esa masa tradicionalmente excluida y manipulada. Ni siquiera Boves puede ser visto como un revolucionario social capaz de obtener beneficios tangibles para sus tropas pardas y llaneras dentro del ámbito institucional propio de la colonia, o considerar que, de no haber muerto en Urica, iba a plantear un marco social, político y económico alternativo. Sinceramente, no tenemos ninguna prueba de ello.

Otro mito muy presente entre los venezolanos de hoy día es señalar a los negros esclavos como decididos partidarios de los ejércitos de Bolí-

var por una vaga promesa de libertad que este hizo pública en el año 1816. El sentido común y las evidencias documentales nos dicen que esos esclavos no tenían conciencia de un programa político propio que, como clase social, pudiera estar representando todas sus aspiraciones en obtener la libertad de sus directos opresores. Para los negros esclavos en Venezuela, las dos élites blancas eran igualmente opresoras e, indistintamente, fueron manipuladas para servir en los ejércitos de uno y otro. Para un hombre que aceptó los postulados de una sociedad del Antiguo Régimen, como Díaz, el orden jerárquico, desde el punto de vista social y étnico, era algo natural y «benigno»; cada hombre debía aceptar el destino que su condición de nacimiento le imponía. Este orden social estaba sancionado por Dios y el rey y representaba un «orden perfecto»:[94]

> Cuando hablo a V. E. de este pueblo con respecto a opiniones y partidos, no entiendo por pueblo sino a los hombres de alguna ilustración o los que tienen que perder, o los bien ocupados padres de familia, y a los que no están incluidos en las clases más abatidas. El populacho de Venezuela compuesto de algunos blancos viciosos y despreciables y de la mayor parte de los pardos, indios, zambos y negros, no tiene opinión alguna, ni sigue decididamente un partido por inclinación, convencimiento o virtud. Toma aquel que le proporciona más licencia y medios del pillaje y de la satisfacción de sus más vergonzosas pasiones, y le abandona tan pronto como desaparecen sus esperanzas. Los mismos que en 1813 y 1814 fueron valientes españoles en La Puerta, Urica y Maturín bajo las banderas de Boves, fueron también después los que formarían la célebre caballería del disidente Páez. Sin embargo por fortuna de mi patria no es universal esta conducta, hay algunos en las castas honrados, constantes y virtuosos; y solo los negros esclavos han tenido generalmente la gloria de dar un ejemplo heroico de virtud y sabiduría, manteniéndose firmes contra el estímulo de su libertad tantas veces ofrecida y otras tantas despreciada. Allí existen hasta el presente conociendo el precio de la verdadera felicidad de su condición en Venezuela, ocupándose en sus moderadas tareas de la agricultura, gozando tranquilamente sus propiedades; habitando en sus hogares; y solo cediendo a la fuerza hasta el momento de poder escapar para volver a ella.[95]

---

94 Es un error común estudiar épocas pasadas bajo nuestros propios prejuicios en el presente. Es frecuente que la filosofía o ideología que profesamos nos lleve a estudiar hechos, hombres y circunstancias pasadas con un afán calificador haciéndonos jueces. Sin darnos cuenta, nuestras ideas preconcebidas anulan todo intento de comprensión basados en el respeto fidedigno al contexto histórico pasado. El anacronismo es un mal recurrente en manos de historiadores desprevenidos y mal intencionados.

95 Ib.

La apología a la esclavitud que hace Díaz puede escandalizarnos en el presente, pero, hace doscientos años, era asumida como una institución «normal» y de fundamental utilidad como soporte del aparato productivo agrícola. Ya hemos señalado, en capítulos precedentes, la preocupación de algunos jefes realistas como Cevallos, que intentaron atender el problema social y étnico venezolano dentro de la guerra, proponiendo audaces reformas dentro del contexto de una sociedad genuinamente esclavista como lo era la venezolana en ese entonces.

Es muy interesante cómo Díaz explicó las últimas operaciones militares del año 1821, que pusieron fin a los últimos esfuerzos realistas por ganar la guerra.

Cuando Bermúdez llevó a cabo la operación de distracción sobre el centro del país, nadie esperó que dicho movimiento fuera a ser capaz de amenazar a la misma capital. No obstante, el elemento sorpresa y la mala distribución de las fuerzas españolas dentro del dispositivo defensivo que La Torre dispuso hicieron posible lo impensable. Las fuerzas realistas que guarnecían el centro del país ante una hipotética invasión por el este fueron completamente desbordadas y la capital fue ocupada, pero, antes de que esto ocurriera, las noticias de los sucesivos descalabros trajeron el pánico entre la población capitalina y los saqueos empezaron a tornarse en extremo peligrosos:

> Sírvase V. E. permitirme que no aflija ni moleste la sensibilidad exquisita de S. M. con presentar el espectáculo de Caracas en aquella horrible noche S. M. sufriría inmensamente al considerar a millares de sus fieles súbditos corriendo atónitos a los montes, a lo interior de la provincia, y al puerto de la Guaira. Niños ancianos, mujeres, enfermos, familias abandonadas a su suerte en medio de un populacho entregado al saqueo y al pillaje de las propiedades de los leales, la confusión, la anarquía, los momentos suspirados por una parte de los amantes de la revolución.[96]

Fueron, en realidad, Bermúdez y Soublette quienes restituyeron el orden en la capital y pudieron tranquilizar a los realistas, garantizándoles el respeto a lo estipulado en el Tratado de Regularización. Contra todo pronóstico, una contraofensiva realista liderada por el coronel José Perei-

96 Ib.

ra pudo recuperar la capital y, momentáneamente, tranquilizar a su población, partidaria aún del rey. En El Calvario, el 23 de junio, Pereira obtuvo una victoria muy importante sobre las fuerzas de Bermúdez aunque, en ese mismo momento y en otro escenario cercano, se estaba a punto de librar un encuentro que decidiría la suerte de la guerra en Venezuela: la batalla de Carabobo.

Díaz se sorprende, en su informe al rey, de la inesperada acción de la caballería de Morales que, apenas iniciada la carga, ella misma se puso en fuga; igualmente presentó el ya mítico relato que salvó el honor español a pesar de la derrota, cuando el primer batallón del Valencey llevó a cabo una ordenada retirada rechazando todas las cargas de los enemigos hasta llegar al refugio de Puerto Cabello. La cara de la derrota fue contrastada con la cara del triunfalismo que embargó a los partidarios del realismo en 1815:

> Los cuerpos de infantería del Ejército se dispersaron entonces, y el primer batallón de Valencey emprendió su retirada hacia la ciudad de Valencia y Puerto Cabello, burlándose de todo el ejército enemigo que le cargó sin cesar, y causándole una pérdida considerable. Él entró en Puerto Cabello el 25 y sucesivamente un asombroso número de dispersos, cuya vista excitaba un contraste singular comparando aquellos soldados destrozados y exánime con los que miramos arribar a nuestras costas en mayo de 1815.[97]

El 29 de junio Bolívar hizo su entrada en Caracas y los restos esparcidos de las divisiones realistas trataron de dirigirse, desesperadamente, hacia el refugio de Puerto Cabello y hacia el interior de los llanos en el sur. La Torre, a pesar de todo, intentó algunas acciones de distracción hacia Coro,[98] buscando resguardar los cuerpos de Pereira que, como ya es sabido,

---

97 Ib.

98 El teniente coronel Pedro Inchauspe insurreccionó a Coro cuando ya este distrito estaba en poder de los republicanos el 12 de julio de 1821. El gobernador republicano Juan Escalona fue derrotado en sucesivos encuentros, pero pronto sería reforzado con nuevos destacamentos de soldados, situación esta que obligó a La Torre a emprender una salida desde Puerto Cabello para venir a reforzar a los de Coro. El 12 de diciembre de 1821 La Torre desembarcó en Los Taques con 450 soldados y logró hacer capitular a las fuerzas republicanas que lo resistieron. La Torre dejó al frente de Coro al oficial Tello y se reembarcó hacia Puerto Cabello. Más tarde ordenaría a Morales que apoyara a los corianos organizando una ofensiva en dirección a Maracaibo. Los nuevos refuerzos realistas llegaron en marzo de 1822 a Coro y el 22 Morales emprendió una rápida marcha hacia Los Puertos de Altagracia. Fuerzas republicanas desde Barquisimeto, al mando de Soublette y otros oficiales,

aceptaron capitular en La Guaira. Quienes resistían en Cumaná también habían capitulado y la desesperanza más agria fue el sentimiento que embargó los ánimos de los partidarios del rey.

De acuerdo con las impresiones de José Domingo Díaz, en ese trágico momento en que la derrota ya era algo inevitable, pensó que Bolívar, luego de la victoria, llegó a temer un desbordamiento de las castas a través de una guerra de «colores» que terminaría con el exterminio de la población blanca. La sociedad colonial de origen hispano llegaba a su fin y un nuevo orden llegaba a sustituirla; el miedo natural que todo cambio genera hizo pensar a los realistas que la «época dorada» que habían idealizado se había consumido inexplicablemente en una guerra intestina («guerra de exterminio» y «odio de los partidos») de la cual España estuvo prácticamente ausente. Monteverde había hecho la contrarrevolución del año 1812 con soldados americanos, fundamentalmente; Boves, en 1814, acaudilló a 8000 zambos, indios y negros que esparcieron el terror indistintamente entre los blancos realistas y los republicanos. La anarquía que generó Boves y su cuestionamiento radical a las jerarquías tradicionales pudo acabarse, en un principio, con el arribo de Morillo y su cuerpo de europeos en 1815. Pero estos batalladores veteranos, que habían logrado derrotar a los invencibles ejércitos del emperador de los franceses, poco pudieron hacer con las terribles condiciones geográficas y climáticas del trópico caribeño. Pocos se dieron cuenta de la fallida experiencia del Ejército Expedicionario francés (58 000 soldados) enviado, en 1802, a reprimir a los haitianos y que fue exterminado por la fiebre amarilla. Morillo y La Torre nunca tuvieron confianza en los soldados del país y creyeron que los refuerzos peninsulares, que una y otra vez solicitaban, iban finalmente a venir y decretar el triunfo peninsular sobre los sublevados. Esta errónea suposición significó una lenta agonía por parte de las tropas realistas, que fueron incapaces de enmarcar la política represiva dentro de un plan de reformas sociales que no les enajenara el apoyo de la opinión pública. Los abusos y arbitrariedades en el contexto de una guerra de exterminio estuvie-

---

procuraron recuperar Coro y cortarle las espaldas a la columna de Morales, que se tornaba peligrosa ante la vulnerabilidad de los marabinos y su ciudad. Hasta julio de 1822, Morales logró mantener ocupadas a las fuerzas republicanas que se enviaron en su contra; ya en ese entonces, se le había notificado que, ante la marcha del mariscal de campo don Miguel de La Torre hacia Puerto Rico, debía hacerse con el mando supremo de lo que quedaba del Ejército realista de la Costa Firme.

ron en el orden del día, y llegó un momento en que solo el más fuerte, más bárbaro y cruel podía aspirar ganar reduciendo al otro.

El paso de colonia a república fue traumático y desgarrador para todos los implicados en esa gran carnicería que fue la Independencia de Venezuela. Ni siquiera los vencedores pudieron actuar de acuerdo con los preceptos de la filosofía liberal que les inspiraba. En realidad, todo se tornó sombrío y confuso; los «libertadores» se asumieron en los nuevos amos de las nuevas naciones e interpretaron los designios nacionales a la medida de sus particulares intereses. La historia reciente tuvo que ser reescrita no tanto de acuerdo con lo ocurrido sino como justificación de los nuevos poderes que sustituyeron a los funcionarios imperiales. Bolívar y sus proyectos ilustrados quedaron barridos por una realidad constituida por gentes y líderes con resistencia al cambio y cortos de mira. La nueva idea de nación empezó por tropezarse con la vieja y resistente idea de región y provincia. Federalistas pugnaron con centralistas y los grandes ideales republicanos dieron paso al más descarado pragmatismo.

Un Bolívar vilipendiado, y que muere bajo el estigma de ser considerado traidor y tirano, es recuperado en 1842 para la elaboración del mito fundacional que confiere la identidad de los venezolanos. España, la enemiga, es rápidamente olvidada y negada.

José Domingo Díaz tiene una apreciación de este final de época no muy lejano a lo que posteriormente va a ocurrir. Sobre Bolívar, a quien dedicó furiosas palabras a lo largo de su militancia periodística dentro de las filas realistas, lo consideró un hombre ávido de gloria y con la tentación de coronarse en rey, emperador o dictador. Avizoró el cúmulo de circunstancias que iban a contradecir las aspiraciones de orden y paz de Bolívar y los vencedores, de la misma manera que consideró una contradicción hacer la Independencia para contribuir al encumbramiento de las castas en detrimento del sector criollo blanco.

A pesar de la derrota, Díaz es persistente en la idea de recuperar su «mundo feliz», su patria española en América. Y, a pesar de lo inevitable de la pérdida de Venezuela, siguió creyendo que la larga distancia que impone el Atlántico era la principal causa que tenía reducida toda esperanza de salvación en los numerosos venezolanos aún fieles al rey. Además, fue firme su convicción, en el sentido de que la pronta llegada de funcionarios com-

petentes y honestos en América reverterían la situación en los territorios cedidos al enemigo.

Los sucesos posteriores acabaron con todas las esperanzas de Díaz en volver a la patria, pero, aun así, no se amilanó y volvió a retomar la pluma para elaborar el documento testimonial más significativo de la Independencia de Venezuela desde la posición de los partidarios del realismo. Su obra finaliza de la siguiente manera:

> Me he separado para siempre de mi patria, pero mis recuerdos están en ella. No me es posible olvidar mi país natal, el país más hermoso del universo entero, en donde pasaron las mejores edades de mi vida y en donde reposan para siempre los restos mortales de la mayor parte de mi familia, de mis amigos y de mis más queridos condiscípulos. Es su felicidad uno de mis primeros deseos, pero no pudiendo ella existir sino bajo del gobierno de nuestros soberanos, el día de su restauración será el más alegre de toda mi vida, descendiendo después al sepulcro con aquel placer que me inspirará la certidumbre de que es feliz. Con tan graves fundamentos, debo repetir que he cumplido con mis deberes.[99]

Muy lejos de nosotros la tentación de juzgar a José Domingo Díaz por la implacable defensa que hizo del rey; por el contrario, hemos valorado su testimonio histórico como uno de los más completos sobre esos terribles años de lucha. Es más que evidente que sus escritos conforman una filosa «espada» que se blandió sobre Bolívar y los republicanos. Díaz utilizó la prensa escrita como tribuna para la propaganda de guerra sin ningún tipo de escrúpulos en torno a una ética respecto a la verdad; como muy pocos, defendió los fundamentos filosóficos del Antiguo Régimen sobre Venezuela y fue coherente con esa posición a diferencia de muchos que hicieron del oportunismo un mecanismo de supervivencia.[100] Los panegiristas de Bolívar han cometido el grave error de juzgar

---

99 Díaz, *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas,* pp. 575-576.

100 En un período de transición histórica y cambio político donde las regularidades de la vida cotidiana quedan bajo un completo y desnudo trastorno, son comunes los actos de sobrevivencia y adaptación, más que los de traición y oportunismo con las que suelen confundirse. La gente, en su mayoría, se cuadra con el vencedor para poder obtener la aceptación y algo de reconocimiento ante los hechos y hombres que las nuevas realidades han terminado por imponer. Las posiciones de extrema lealtad, al estilo de la que llegó a profesar José Domingo Díaz, no son comunes, aunque hablen bien de él al demostrar pundonor y entereza en la defensa de sus principios y convicciones aun en la

los *Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas* como obra escrita por un historiador cuando, en realidad, ese escrito representa un testimonio apasionado y atormentado de un hombre que lo sacrificó todo por la defensa de sus convicciones al lado de España y su rey.

La Independencia del país tiene que volverse a revisar desde nuevas ópticas que ofrezcan cabida a todos los actores, indistintamente si esto, *a priori,* puede agradarnos o desagradarnos. El gran inconveniente ha sido que la historia de ese proceso se ha tergiversado peligrosamente para servir más al mito y la epopeya fundacional alrededor de la figura heroica de Bolívar.[101] Arremeter contra el mito bolivariano como cáncer instalado en la historia genuina de nuestro pasado es una tarea ineludible por parte de las nuevas generaciones de historiadores, que deben entender que, si bien el mito contribuye a enorgullecer a todo un colectivo, también lo aleja de una comprensión más justa y equilibrada de los hechos que sucedieron. La «Edad de Oro», que la mayoría asume que fue la Independencia del país, para nosotros, no es tal. La ruptura con España no fue concertada sino violenta y, luego de ocurrida, el proyecto republicano fue incapaz de concretarse a través de algunos acuerdos mínimos por parte de las distintas oligarquías y próceres surgidos de la guerra. Los libertadores impusieron sus particulares dictaduras y el pueblo sintió el

---

adversidad. Existen casos emblemáticos de camaleones al estilo del personaje que inmortalizó Briceño Iragorry: el marqués Casa León y, más recientemente, la historiadora Inés Quintero, al referir la trayectoria del mantuano Francisco Rodríguez del Toro. Ambos personajes fueron percibidos como calculadores oportunistas al orientar sus conductas de acuerdo con las condiciones que imponía el vencedor de turno; no obstante, ese juicio en extremo duro soslaya el hecho de que una ingente mayoría de venezolanos en aquel trance actuó con igual pragmatismo. Véase M. Briceño Iragorry, *Casa León y su Tiempo,* Caracas, 1981, e I. Quintero, *El último marqués. Francisco Rodríguez del Toro, 1761-1851,* Caracas, 2005.

101 Si hay, en la actualidad, un historiador serio y consistente en retomar críticamente el desmontaje del mito alrededor de Bolívar que inició con audacia Germán Carrera Damas hace unos cuantos años ya, es Elías Pino Iturrieta. Pino Iturrieta, en sendas obras como *El divino Bolívar. Ensayo sobre una Religión Republicana,* Caracas, 2003 o *Nada Sino Un Hombre (Los Orígenes del Personalismo en Venezuela),* Caracas, 2007, y la audaz *Simón Bolívar,* dentro de la colección Biblioteca Biográfica Venezolana bajo los auspicios de *El Nacional* y Bancaribe, Caracas, 2010, se ha dedicado, con nuevos bríos, a revisitar la obra y figura del Libertador bajo los matices y la ponderación que exige el momento político actual, cargado de un exceso de bolivarianismo.

arribo de una nueva tiranía mucho más cruel que la precedente. Liberarse de los libertadores fue entonces un imperativo para que algunos consideraran posible el objetivo principal de alcanzar la civilización alrededor del progreso, el orden y la paz. Nuestros procesos históricos y sociales han quedado marcados con la cicatriz de esa larga y terrible guerra que aún se siguió peleando a lo largo de todo el siglo XIX y algo del mismo XX. Lo absurdo o surrealista es que no hayamos aprendido a reconciliarnos en torno a una idea de futuro con fundamento histórico que nos permita librarnos del peso de un pasado anclado en el tiempo y sin conexión con la vida.

Francisco Tomás Morales, último capitán general de Venezuela

No hay duda de que la grave crisis de autoridad que sufrió La Torre en manos de un Ayuntamiento (el de Puerto Cabello) díscolo y envalentonado por la restitución de sus antiguas prerrogativas catapultó el ascenso de Francisco Tomás Morales, quien ha sido considerado como el último capitán general de Venezuela durante la presencia española en el período hispano.

Morales, a diferencia de su antecesor, era un guerrillero por naturaleza y no iba a permitir un lento y seguro final en manos de sus adversarios. Quedarse encerrado en Puerto Cabello a la defensiva no iba con su espíritu ofensivo y emprendedor. Y, para sorpresa de todos, tanto republicanos como de los propios realistas, logró unas inesperadas como súbitas victorias en dirección oeste hacia la zona de los Andes venezolanos, Coro y Maracaibo. El movimiento de Morales fue sorpresivo para los republicanos, que no estuvieron preparados para enfrentarlo con suficientes y organizadas fuerzas. La estrategia de Morales era tan sencilla como efectiva.[102] Bolívar y el grueso del Ejército colombiano estaban en

102 La campaña militar hacia el occidente venezolano que emprendió Morales puede sintetizarse de la siguiente forma: en los meses últimos del año 1822, se apoderó casi por completo de todo el Zulia: combate de Sinamaica (2 de septiembre) y conquista del castillo de San Carlos (9 de septiembre); desde el dominio de la ciudad de Maracaibo, marchó con su columna hacia la zona de los Andes (Trujillo y Mérida) en los primeros meses del año 1822, aunque sin resultados positivos, ya que la población de esos lugares no lo

el sur del continente y toda la costa en el norte presentaba una gran vulnerabilidad. Liberadas algunas importantes cabezas de playa, se podía reconquistar toda la Costa Firme con los adecuados refuerzos de algunas expediciones que se pudieran armar desde La Habana, México y Puerto Rico. Para ello, era clave que el almirante Ángel Laborde[103] mantuviera, con su flota, el dominio del Caribe occidental, no solo como apoyo de las fuerzas terrestres de Morales, sino también para garantizar que las hipotéticas expediciones de auxilio pudieran llegar sin ningún tipo de percance.

El logro táctico de Morales solo fue un espejismo y se debió, más bien, al voluntarismo y audacia de su jefe. Las fuerzas republicanas, ya en esos momentos abrumadoramente superiores, no tardarían en reorganizarse y contraatacar una vez más con éxito.

El 24 de julio, en el lago de Maracaibo, ocurrió un decisivo encuentro naval, que se zanjó a favor de los republicanos:

> La batalla se libró el 24 de julio. Los buques realistas sumaban 67 cañones y llevaban 1200 hombres de los cuales más de 1000 eran americanos. Sus oponentes tenías 1800 marineros y soldados con 96 piezas. El resultado del encuentro fue un total desastre para los primeros, que perdieron más de 800 hombres y 25 de las 31 embarcaciones de todo tipo que alinearon. Los independentistas cifraron sus pérdidas en menos de 160 muertos y heridos.[104]

La flota realista quedó aniquilada y Morales, en consecuencia, completamente aislado del exterior. No tuvo otra opción que capitular (3 de agosto de 1823) y marcharse a La Habana, lugar donde haría pública una

---

respaldó como en un principio los realistas esperaban. Ante esta situación, Morales no tuvo más remedio que regresar a Maracaibo en la espera de las hipotéticas promesas de ayuda que vendrían del exterior.

103 Ángel Laborde arribó a Venezuela en el año 1820 como jefe del apostadero de Puerto Cabello; nació en Cádiz el 2 de agosto de 1772 y murió en 1834, estando aún al servicio de los reyes españoles. Sus desavenencias con Francisco Tomás Morales están documentadas y reflejan el estado de anarquía que se vivió dentro de las filas realistas en los últimos dos años y medio de la guerra luego del fracaso en Carabobo. La desesperada última ofensiva de Morales hacia el occidente venezolano solo podía tener algún éxito si la flota realista mantenía el dominio del mar y el control de los principales puertos venezolanos, especialmente el de Puerto Cabello y Maracaibo.

104 Albi, *Banderas olvidadas, el ejército realista en América,* p. 338.

larga recriminación en contra de Ángel Laborde, haciéndole responsable del fracaso militar que volvía a concederle todo el occidente venezolano a los enemigos del rey.[105]

Puerto Cabello y su bastión seguían resistiendo, pero ya todo esfuerzo desesperado era inútil. Su jefe, don Sebastián de la Calzada, tuvo que rendirse a las evidencias y capitular el 10 de noviembre de 1823 de manera honrosa, ante un enemigo que se portó de manera magnánima con el derrotado.

La historia de España en Venezuela no acabó con ese hecho militar. Por el contrario, su legado en hombres y obras pervive hasta el presente, llenándonos de orgullo y satisfacción. Las circunstancias históricas nos llevaron a ser antes españoles que venezolanos y este proceso de transición y ruptura, a todas luces doloroso y desgarrador, ha dejado algunas heridas abiertas que ya es tiempo suficiente para haber cerrado en beneficio de una historia comprensiva mucho más integral, equilibrada y con sentido profesional. El peso de un pasado, construido y reinventado tantas veces bajo el impacto de esa experiencia, nos ha llevado a posiciones fundadas en la inmadurez y el rencor. Hoy día ya no cabe esa absurda posición.

---

105 Existe un valioso texto recopilatorio de toda la polémica que ocurrió entre Morales y Laborde y que llegó a ventilarse en los periódicos de La Habana. Luego del desastre realista en la batalla naval del lago el 24 de julio de 1823, Morales no tuvo otra alternativa que capitular e irse a La Habana con algunos restos de sus fuerzas, previo acuerdo con los republicanos. El orgulloso jefe canario descargó toda la responsabilidad de la derrota en Laborde acusándolo de inepto en el manejo de la escuadra naval bajo su mando y, muy especialmente, en el combate librado en las aguas del lago de Maracaibo. La indignación de Laborde fue grande y no titubeó en responder ante las duras acusaciones que recaían sobre su persona. En el libro que compilaron y prologaron los profesores A. Millares Carlos y C. Sánchez Díaz, *Documentación Realista sobre la Batalla Naval del Lago de Maracaibo,* Maracaibo, 1973, se encuentran recogidos tanto los alegatos de Morales como los de Laborde.

CONCLUSIONES

El sentimiento de la sombra me invade.
John Keats (1795-1821)

En una poco publicitada cita de Simón Bolívar, el caraqueño que dedicó toda su existencia a luchar contra la monarquía hispana en pos de conquistar la Independencia llegó a señalar lo siguiente: «El historiador no debe olvidar nada; todo lo debe recoger para presentar al Mundo y a la posteridad los hechos tal como han pasado; los hombres tal como han sido, y el bien o el mal que han procurado al país» (*Diario de Bucaramanga,* 1828).

La historia de Venezuela, como casi todas las historias nacionales, ha sido escrita de acuerdo con una necesidad o lógica que tiene que ver con las hegemonías e intereses de los sectores socialmente dominantes que se han instalado sucesivamente al frente del país, tomando el control del Estado. Y la verdad histórica, obviamente, se ha resentido al privilegiar una construcción del pasado desde recuerdos selectivos y convenientes, por no decir, en su mayoría, falsos y artificiales. No hay duda de que la construcción de la identidad nacional criolla con sus referentes históricos, común a casi todos los países emancipados de España, tuvo que partir, más bien, de una reinvención del pasado donde el mito, la leyenda y la epopeya sustituyeron a los hechos históricos en sí. La herencia hispana fue ferozmente mutilada y el discurso historiográfico contribuyó a construir una memoria del país manipulada.

El mito Bolívar, luego de una repatriación tardía del Libertador proscrito de su propio país (1842), se erigió como una de las construc-

ciones ideológicas más efectivas llevadas a cabo en la historia de las naciones. Y todo ello es paradójico porque los fundadores de Venezuela nada quisieron con el Bolívar viviente, que representaba la idea de un proyecto político unitario a medio camino entre el autoritarismo y la democracia, que ponía en entredicho las aspiraciones y los intereses prevalecientes de las oligarquías regionales y la de victoriosos militares que creyeron que la guerra contra España se hizo en beneficio propio.

La contienda como gesta popular de liberación en contra de un régimen opresor sirvió de justificador para el reacomodo y enroque de los factores de poder que triunfaron en las guerras de las independencias. Las principales transformaciones quedaron en el ámbito de lo político porque la estructura económico-social prácticamente se mantuvo inalterable por mucho tiempo. Los sectores dirigentes criollos se sintieron rápidamente presionados ante el mundo industrial atlántico y europeo porque había que hacer méritos para obtener legitimidad y reconocimiento como país soberano de acuerdo con unas leyes e institucionalidad de corte occidental. De igual manera, se buscó la cohesión interna de la población sobre premisas culturales que partían de una nueva identidad alrededor del culto a Bolívar.

Los descendientes de los españoles triunfadores de la guerra, y esto es importante señalarlo, porque la guerra no fue ganada ni por los indios ni los negros y mucho menos por los pardos, se dedicaron a reivindicar el pasado prehispánico siendo ellos mismos cómplices de la explotación pasada y luego futura de las etnias indígenas. De la misma forma, se encargaron de elaborar toda una retórica antihispana fundada en las tradicionales y escandalosas acusaciones de Las Casas, junto con los propios escritos del Libertador, en su mayoría ferozmente antihispanos y que fueron escritos dentro de las duras circunstancias de una guerra a muerte. La nueva idea de nación quedaba confiscada por los ganadores de la contienda.

La nueva república y los hombres que empezaron a dirigirla desde 1811 creyeron, con pasmosa ingenuidad, que el paso de colonia a república iba a ser algo pactado, sin violencia y sin traumas. El encarnizamiento de la guerra y los 200 000 muertos que hubo sobre una población de un millón de habitantes refleja el derrumbe de todo un mundo social, de un auténtico modo de vida. Y es que, antes de ser venezolanos, fuimos indígenas, pero también africanos pero, sobre todo, españoles. Hoy nos reconocemos criollos mestizos, pero enfrentados a la negación de nuestra más importan-

te herencia cultural e histórica: la hispana. Resulta que los trescientos años de presencia hispana, el llamado «período colonial», representan nuestra oscura Edad Media y, en contraste, el período que corresponde a los años 1810-1830, una auténtica Edad de Oro, porque logramos liberarnos de la monarquía de Fernando VII y llevamos nuestros ejércitos a liberar medio continente americano.

No obstante, todo depende de la perspectiva y las distintas interpretaciones en que se estudie todo este interesante proceso histórico. Los habitantes realistas de Pasto, Caracas, Maracaibo, Guayana, Coro, Cumaná, Buenos Aires, Quito, Lima y de cualquier localidad para el año 1810 sentían satisfacción e identificación plena por el mundo en que vivían; ser súbditos de la monarquía hispana era un poderoso referente marcado por la tradición y las costumbres. Los americanos españoles no se avinieron a la idea emancipadora como algo mágico, es decir, sin contradicciones. Tanto es así que, desde la óptica de estos sectores representantes de la opinión pública realista del momento, los ejércitos «libertadores» de Sucre y Bolívar que se adentraron en los Andes desde el año 1822 fueron recibidos con perplejidad y rechazo bajo la acusación de ser unos invasores.

La violencia desatada originalmente por una minoría dirigente desembocó en una guerra con significados tan diversos que obligan al historiador de hoy a un acercamiento múltiple y amplio desde muchas lecturas: guerra por la libertad en contra de un imperio opresor representado por una monarquía; conflicto civil entre partidarios del realismo y simpatizantes de la independencia absoluta, todos ellos en su inmensa mayoría criollos americanos; guerra social de castas, es decir, el levantamiento popular y étnico del año 1814, irónicamente encabezado por el asturiano Boves y el canario Morales enarbolando las banderas blancas del rey; conflicto internacional por la presencia, desde el año 1815, de un ejército expedicionario peninsular liderado por Morillo; contienda intercolonial de acuerdo con el juego geopolítico y de intereses entre las distintas potencias coloniales de la época, donde destacaban Inglaterra y Francia y que pretendieron, desde el mar Caribe, influir sobre el desenlace del conflicto hispanoamericano; conflicto de competencias jurisdiccionales y rivalidades económico-comerciales de naturaleza interprovincial entre unas ciudades cabeza de distritos, regiones y provincias, partidarias unas del rey y otras favorables a la Independencia; guerra contra rebeldes, es decir, la óptica realista para la

época que estableció una política represiva militar con la finalidad de someter a los alzados en contra del orden establecido y, finalmente, este proceso también podría ser estudiado desde la crisis española del año 1808 con las abdicaciones de Bayona y que trajo, como consecuencia, la invasión napoleónica sobre España. Con ello no pretendemos agotar las distintas interpretaciones que pudieran derivarse del proceso de la Independencia de Venezuela; por el contrario, lo que en realidad nos anima es la posibilidad de revisar y reescribir todos estos procesos a la luz de las nuevas fuentes de archivo que, de manera privilegiada, existen y se conservan inéditas en los principales archivos españoles.

Nuestro tema de estudio se interesó por indagar sobre las actitudes políticas y militares del realismo venezolano de la mano de sus principales dirigentes; algo que todos los venezolanos sabemos que existió pero que nos negamos a enfrentar por la autocensura y el temor a ser incomprendidos por presentar, con «carta de identidad» a los «enemigos» de Bolívar y la patria. Con ello aspirábamos, sin ninguna intención apologista, a ofrecer la otra cara de un proceso exclusivamente estudiado desde una óptica: la del triunfador. Como historiador, reivindico la posibilidad de acercarnos a la verdad histórica asumiendo lo bueno y lo malo de todo proceso, la parte luminosa y la parte oscura, entendiendo que, desde la diversidad de las propuestas interpretativas, se es capaz de conocer mejor cualquier fenómeno histórico. Existe en nosotros una pasión por comprender el pasado con un mínimo de rigor teórico y metodológico aceptando, sin recelos, que nuestra ideología y subjetividad influyen inevitablemente en el desarrollo y resultado de toda investigación. Además, como sostiene el teólogo alemán Hans Küng, este trabajo de investigación histórica fue pensado desde una «lealtad crítica», más allá del autochantaje patriótico, muy enraizado en nuestra tradición historiográfica.

El pasado está recubierto por una espesa neblina porque es el olvido su principal sustancia. La memoria social solo valida aquello que le conviene recordar al poder de turno de acuerdo con una festividad de lo público que funciona más como controlador y cohesionador de voluntades anónimas que como comprensión libre y plural de un pasado caótico con muchas voces y actores.

Para España y los españoles, en el caso de nuestro tema, no se trata de ofrecer alguna reivindicación o de saldar una vieja deuda histórica. Sus

historiadores, escuelas y universidades ya han demostrado fehacientemente en los años recientes una especial sensibilidad sobre los temas americanistas. Cada vez son más abundantes los libros y trabajos que ventilan públicamente todas estas cuestiones que aquí tratamos sobre este apasionante tema. De la misma forma que muchos de nosotros, allá se ha sentido la necesidad de ir un paso por delante de las redes tejidas por las historias oficiales, patrias y nacionales que coartan la libertad crítica, instrumento necesario para atrevernos a estudiar, conocer y comprender cualquier tema o asunto humano sucedido en el pasado. La visión decimonónica de una historiografía española anclada en la gesta épica de sus conquistadores en el siglo XVI es hoy algo que suponemos superado.

De todas formas, no vamos a negar que los muchos años de retórica antihispana no hayan producido actitudes vehementes y herido susceptibilidades que solo generan la acumulación de rencores insalvables. Consecuencia de lo anterior es la persistencia, en el imaginario colectivo del pueblo español, de una idea un tanto vaga y confusa sobre América y su historia, visión esta que no carece de hondos prejuicios. De igual forma, hay en significativos espacios de su historiografía más tradicional (al igual que la nuestra) las actitudes dogmáticas que ofrecen una historia que postula el etnocentrismo desde una óptica maniquea infantil que reduce los procesos históricos a buenos y malos. Octavio Paz decía que no se puede reducir la historia al tamaño de nuestros rencores. Es por ello que valoramos el estudio del pasado como un proceso fecundo de transformación hacia la construcción de futuros en que los elementos comunes de la identidad, el respeto por las culturas y las bases para el encuentro entre españoles y americanos sean los hitos indispensables.

Lo esencial de la identidad venezolana es hispánico, ya que deriva de la conquista, colonización y administración de América; es decir, no podemos prescindir de ese pasado donde hay que incluir a la España metropolitana y todas sus vicisitudes. Pero España debe actuar de la misma forma e incorporar en su memoria y recuerdo colectivo todo lo que ha sido su experiencia americana. No es España la civilizadora y nosotros los civilizados; esa perspectiva es terriblemente ofensiva y tendenciosa; además, hay sectores que siguen alimentando una retórica chovinista de corte nacionalista que se debe superar y que aún bebe en el desencuentro que significó la violenta ruptura.

El trabajo de archivo fue, en realidad, una tarea ardua pero que consideramos incompleto. Los reservorios documentales españoles hoy día se encuentran, en su mayoría, organizados de manera óptima y hay en ellos documentación virgen y abundante que espera ser trabajada. Lamentablemente, no podemos decir lo mismo de la parte venezolana, razón por la cual este trabajo jamás se hubiera podido hacer en mi propio país. Ante lo delicado del tema, procuré actuar con respeto y buena fe; la objetividad histórica termina estando identificada por una ética e integridad incluso extensiva en el propio vivir.

Se ha dicho, con mucha frecuencia, que las conclusiones de un libro las elabora con libertad cada uno de los distintos lectores. En mi caso particular, solo quiero señalar cuáles han sido las que más me han impresionado de una forma bastante general.

En primer lugar, este es un tema incómodo, tal como ha sido presentado y expuesto, tanto para venezolanos como españoles. Para los primeros, es una herejía atreverse a cuestionar el mito bolivariano que ha servido para la elaboración de una ficción sobre la Independencia, otorgando protagonismo al bando realista y confiriéndole una «humanidad» hasta ahora en gran parte inexistente dentro de los ámbitos de la historiografía venezolana. Para España, el tema en sí le es incómodo, porque se trata del fin del Imperio ultramarino con base en América (1824) y el ahondamiento de una decadencia que empezó a vislumbrarse luego de la muerte de Felipe II. Además, la pérdida de las colonias coincide, cronológicamente, con su propia Guerra de Independencia (1808-1814) en contra del invasor francés; es por ello que, cuando uno revisa el período, las páginas escritas prefieren quedarse analizando lo que ocurrió en la Metrópoli y solo muy marginalmente se hace mención a los sucesos americanos.

La versión realista de la Independencia que hemos escrito se enmarca dentro de un complejo proceso de transición de colonia a república aparentemente indetenible como expresión de unas fuerzas históricas en movimiento hacia el futuro. Respecto a esto, se ha hecho mucho hincapié haciendo descansar el peso de las causas de la Independencia Hispanoamericana en los factores externos en detrimento de los de naturaleza propiamente hispana. El trabajo como tal da cuenta de una gran conclusión que contradice ese punto de vista ya que, en realidad, el conflicto venezolano fue de naturaleza autárquica.

Los venezolanos, en realidad un solo sector de ellos, los blancos criollos, antes de optar por la independencia, creyeron en una salida autonomista y pactada dentro de los propios límites de la monarquía; la larga distancia oceánica y la cada vez mayor desatención de la Metrópoli crearon las condiciones para que los americanos formalizaran su aspiración en compartir la dirección del Nuevo Mundo con los cada vez más americanizados agentes del Imperio. En 1808, la Metrópoli estaba sin Gobierno efectivo; era, en realidad, territorio ocupado por Francia y los americanos; ante esta situación, se mantuvieron leales a la caída monarquía de los Borbones españoles. El momento fue de una anomia e incertidumbre gubernamental total y los agentes provisionales que se arrogaron la representación soberana en la Metrópoli fueron incapaces de entender las aspiraciones de los criollos americanos. La radicalización del conflicto surge, precisamente, por la manera torpe e irreal en que actuaron estos funcionarios alrededor de las Juntas Supremas Provinciales como la de Sevilla, Junta Central Suprema y la Regencia, en un momento en que los americanos simpatizaban y colaboraban con el esfuerzo de la lucha que los españoles venían librando por mantener libre la Península. Esta perspectiva de entender que los americanos y los españoles compartían una misma nacionalidad, y tenían una identificación común alrededor del sistema societario representado por la monarquía hispana, es algo que hay que empezar a recuperar.

Pensar que los venezolanos venimos de la nada y que Bolívar nació repudiando a sus padres españoles es algo tremendista. Resulta que Bolívar es un americano español que se educó en Madrid y se casó con una madrileña que tuvo el infortunio de no aguantar las duras condiciones del clima tropical y murió; además, Bolívar y su familia se encuentran muy bien relacionados con el sector más aristocrático de la ciudad de Caracas con importantes y «naturales» conexiones con los representantes reales que dirigen el Gobierno de la Capitanía General de Venezuela. De una forma familiar y cortés, el propio Vicente de Emparan, capitán general, le advirtió que se apartara de las reuniones conspirativas que desembocaron en los hechos del 19 de abril de 1810, sucesos en que Bolívar no participó. Con ello solo queremos hacer notar que la radicalización del conflicto entre España y los independentistas se hizo a una escala en que la participación metropolitana fue mínima. La mayoría de las representaciones, cartas y documentos oficiales de la época, previa a la formación de las Juntas, ela-

boradas por los virreyes, capitanes generales y gobernadores, tenían como preocupación básica la prevención de una invasión desde el exterior por parte de Inglaterra; era impensable, para estos funcionarios, que los blancos criollos, sus principales aliados en reprimir cualquier oposición popular y que, en el año 1806, habían puesto sus caudales a la orden para capturar al revolucionario Miranda, hayan sido quienes propiciaron, finalmente, la caída de la sociedad española en América.

España empezó a perder sus posesiones ultramarinas desde el mismo momento en que perdió el control de las rutas oceánicas en detrimento de Inglaterra, Francia y Holanda. Desde entonces, los hijos de los primeros colonizadores consideraron que podían aspirar a dirigir su propia realidad, pero sin necesidad de romper con la herencia cultural e histórica de la que provenían. Pero lo cierto del caso es que, en el momento más delicado de su existencia nacional, España se comportó como una potencia imperial arrogante cuya debilidad estructural le impidió acompañar la retórica con el uso de la fuerza.

El conflicto americano se radicalizó por las actitudes extremistas de los distintos sectores sociales preexistentes que actuaron exclusivamente en la defensa de sus intereses. Los criollos querían compartir la dirección política con los peninsulares y mantener a raya a los sectores socialmente considerados inferiores; los peninsulares quedaron en el aire sin saber qué autoridad acatar pero, de ninguna manera, dispuestos a delegar en los criollos una autoridad que consideraban que les pertenecía por abolengo; los pardos, el grupo social más numeroso, querían ganar mayores derechos y reconocimientos dentro de una estructura jerárquica que los condenaba a ser personas de segunda categoría; los canarios, convertidos en partido, optaron muy pronto por llenar el vacío de los peninsulares en la dirección de la colonia, ya que rechazaban y se indignaban de que los blancos criollos estuviesen en una posición social de mayor preponderancia que ellos; en cambio, indios y negros vivieron en el silencio; fueron los dos sectores sociales sistemáticamente explotados por todos los demás grupos y clases sociales. A esta conflictividad social hay que agregarle una multiplicación, ya que cada realidad distrital, regional y provincial era un auténtico microcosmos con sus propias peculiaridades, pero repitiéndose la misma dinámica conflictiva que se desató luego del año 1810, todo ello por llenar un vacío en la conducción de la sociedad colonial.

Y la mejor demostración de lo que decimos se encuentra en los llamados prolegómenos de la Independencia. La documentación realista es contundente e inapelable en señalarnos la inmensidad de levantamientos y protestas entre los distintos grupos sociales de la sociedad colonial desde el mismo siglo XVI. Los indígenas se resistieron a ceder sus tierras y propiedades, mientras que los negros esclavos no perdían la menor oportunidad para intentar escapar de sus directos opresores, ya sean los blancos de la Península o los blancos criollos dueños de las principales unidades de producción. A su vez, existieron evidentes disensiones dentro de los mismos conquistadores y funcionarios reales, al igual que entre canarios, pardos, criollos y extranjeros, pero todos estos conflictos fueron atendidos y resueltos por las vías judiciales hispanas, ya sea desde la Metrópoli o en los propios tribunales amerindios. De manera tendenciosa, una historiografía más cercana a la ficción que a la historia ha desnaturalizado todos estos movimientos y revueltas haciéndolos pasar por momentos preparatorios de la Independencia. Así, tenemos que, en toda la segunda mitad del siglo XVIII, América es un hervidero de conjuras develadas, alzamientos y protestas aplastados como consecuencia de las airadas reacciones de la población ante las nuevas medidas intervencionistas de los intendentes de Carlos III. Todas esas revueltas tuvieron una motivación reformista y contestataria que nunca planteó una ruptura con la dinámica de funcionamiento de la monarquía en América. Desde la perspectiva de los funcionarios coloniales que las combatieron, solo fueron asuntos de orden público internos. En el caso venezolano, solo dos de estos movimientos, el de Gual y España en 1797 y el intento de invasión de Francisco de Miranda en 1806, se plantearon radicalmente la sustitución del régimen monárquico por otro de corte republicano. Ni siquiera la muy poco estudiada Conjura de los Mantuanos del año 1808 puso en cuestión los fundamentos de la legitimidad del orden social de la colonia en un delicado momento en que existió un gran vacío de poder en la Metrópoli.

Ya entrando a los años de la Independencia en sí, 1810-1823, queremos destacar algunos aspectos que nos han parecido interesantes y que denotan un punto de vista muy distinto al tradicional. En primer lugar, hemos querido hacer notar que existe otra perspectiva interpretativa totalmente opuesta a la elaborada por los vencedores de la contienda. Los partidarios del realismo venezolano defendieron, de manera entusiasta, una cosmovisión del mundo y la vida con la cual se sentían arraigadamente identificados y lucharon con ferocidad cuando un sector interno decidió

hacer un viraje hacia un tipo de sociedad alternativa que nunca tuvo el consenso político necesario. La violencia desatada fue sostenida y profundizada por actos de crueldad recíprocos que trastocaron no solamente la infraestructura física del país sino también la salud mental de la psique colectiva de los sobrevivientes. Fue tan traumática la ruptura con la Metrópoli y la transformación de colonia a república que Venezuela siguió sumergida en la violencia y la inestabilidad por más de cien años luego de acabado el conflicto en 1823.

En nuestro trabajo le hemos dado cabida a nuevos actores sociales, nuevas voces hasta ahora acalladas y silenciadas bajo el estigma de la derrota y el pecado histórico de haber sido los principales adversarios del Libertador. Hemos aspirado a rescatar para la historia a personajes demonizados como Emparan, Monteverde, José Domingo Díaz, Cevallos, Miyares, Cortabarría, Morales, Boves, Cajigal, Morillo, La Torre y tantos otros. La finalidad no ha sido lograr su reparación ante la historia sino el de intentar explicar sus actos dentro de las circunstancias históricas del momento. Hay, en nuestra propuesta, una tendencia a revisar los procesos históricos desde el equilibrio del observador privilegiado que es respetuoso de los hechos y situaciones que intenta explicar y comprender.

La óptica o visión realista de la Independencia de Venezuela es francamente opuesta a la elaborada por los vencedores. Y, si nos remitimos a los documentos elaborados bajo la pasión y la locura de la guerra, no nos queda sino considerar que esta se hizo bajo un odio implacable que solo podía resolverse con el exterminio de uno de los dos bandos enfrentados, como en realidad sucedió. Es por ello que nos parece importante empezar a reconciliarnos con buena parte de nuestra historia hasta ahora suprimida, adulterada y manipulada.

Son pocos los venezolanos de la calle que saben distinguir con claridad el significado histórico del 19 de abril de 1810 y del 5 de julio de 1811; sin más, es creencia común que ambas fechas representan el comienzo de la Independencia, y no se repara que el 19 de abril fue un movimiento autonomista con el concurso de peninsulares, criollos, pardos y militares de la provincia de Caracas en favor de la autoridad del monarca Fernando VII depuesto por los franceses. Tampoco se sabe distinguir ni explicar la aparición inmediata luego del 5 de julio de 1811 de ciudades coaligadas, unas a favor de la Independencia y otras a favor de la monarquía, situación que

contradice una visión unitaria de país. Luego se sabe muy poco o casi nada de las actuaciones llevadas a cabo por los caudillos civiles y militares realistas, ya sean nacidos en el país o venidos de la Península, más allá de la acostumbrada diatriba que los descalifica, ni siquiera de los conflictos que se vivieron entre unos y otros por el respeto a una institucionalidad debilitada y las ansias personalistas y arribistas de otros, como en el caso de Domingo de Monteverde, auténtico eslabón perdido, que explica los orígenes muy peculiares de nuestro caudillismo secular e indisciplina social. Igual ocurre con el asturiano José Tomás Boves, figura carismática de un atractivo arrollador para los historiadores, y que pasa por ser un caudillo popular, bárbaro e inculto, llevando sus huestes hacia el holocausto. Resulta que Boves hizo de la guerra una oportunidad de ascenso social dentro de una sociedad jerárquica y clasista, y sus motivaciones étnicas estuvieron acompañadas, igualmente, por un planteamiento político que su prematura muerte en Urica no permitió revelar del todo.

Y luego tenemos a don Pablo Morillo, al frente de un ejército expedicionario pacificador de 12 000 veteranos que, de acuerdo con las mentes fantasiosas en Madrid, se creyó que bastaría para acabar con la rebelión de las colonias en todo el continente americano. La política pacificadora de la monarquía, utilizando la represión militar, estaba de antemano fracasada porque, desde la Península, no se le dio un sostenido apoyo en hombres y recursos logísticos para garantizar su buen éxito en las distintas fases de su ejecución, y todo ello dentro de un escenario tropical que estableció las pautas y signos de una guerra en condiciones climáticas y geofísicas muy peculiares y, evidentemente, favorables a los autóctonos del país. Morillo llegó como un conquistador del siglo XVI, y sus rápidos triunfos en Cartagena y Bogotá le hicieron creer en la victoria durante el espléndido año 1816. En realidad todo fue un espejismo porque, luego de la caída de Margarita y Guayana en el año 1817, la guerra en Venezuela se estancaría y tomaría un rumbo definitivamente favorable a los republicanos. Morillo quedó varado en Venezuela y tuvo que rehacer su ejército, diezmado por las enfermedades tropicales y los duros combates, con gente del país; una vez más, la autarquía llegó a definir las pautas de un conflicto rabioso entre hermanos, una auténtica guerra civil con una opinión pública mayoritaria en el medio, expectante y temerosa de las represalias de los sucesivos triunfadores, mayoría social que fue indiferente a las ideologías y partidos en conflicto pero que sufrió lo indecible.

También hay, en el período en que actuó Morillo, el impacto de los militares sobre el mundo institucional civil y la desconfianza de estos hacia las salidas de fuerza en la conducción del Gobierno. Desde entonces, los militares se han asumido en los árbitros del país y, en el caso de los Libertadores, hemos hipotecado en sus sucesores la idea de que les debemos la nueva nacionalidad.

Hoy, más que nunca, el mundo cultural hispano tiene que compartir sus historias comunes en un afán ecuménico de franca colaboración. La historia como instrumento forjador de identidad y cultura puede contribuir, en gran medida, a ello. Y, si bien sabemos de la necesidad del mito y la ficción para la memoria ilustre de todo pueblo, como historiadores nuestra obligación profesional es la de conocer el pasado de acuerdo con las circunstancias históricas que pudieron vivirse y que se acercan, lo más posible, a lo que realmente sucedió.

Abrir un libro de historia sobre la Independencia nacional es, por lo general, rendir un irresponsable tributo a la guerra cuando es la paz el mayor valor cultural supremo que reivindicar.

El Partido Realista en Venezuela, monárquico, civil y militar, existió y se configuró en la defensa de una sociedad de pensamiento único, característica propia de una sociedad del Antiguo Régimen, esclavista, católica y colonial. Nuestra percepción del pasado y sus épocas siempre será anacrónica y bajo los prejuicios ideológicos del presente. La época colonial ha sido estigmatizada como un período oscurantista que la «luz» de la Independencia contribuyó a superar. Ni la colonia fue toda oscuridad ni la Independencia un paseo marcial de los héroes descamisados que la hicieron.

Como gran conclusión nuestra, podemos señalar, que la «estrategia de la derrota» fue la marca de hierro de los partidarios del rey en Venezuela. Militarmente, vía represión policial, se quiso apaciguar una rebelión inspirada en una vaga idea de libertad que, en realidad, no era otra cosa que hacer prevalecer el proyecto mantuano de una mayor autonomía ante la ausencia de España debido a la ocupación napoleónica (1808-1814). Salvo la presencia del Ejército Pacificador de la Costa Firme con Morillo en su comando, a partir del año 1815, nuestra guerra fue endógena, y brutalmente disputada. La Guerra a Muerte fue el desiderátum de los bandos enfrentados: el abandono de la piedad y el enseñoramiento

del horror. Los sectores populares e invisibles para los partidos blancos en disputa, la mayoría de la población, participaron en la Independencia como víctimas de una inclemencia a la que no fueron invitados. Y la Metrópoli, y mucho menos el régimen militar que impuso Morillo en Venezuela a partir de 1815, tuvo la sensibilidad y el dominio de la sociología, para reconocer que solo la reforma social sincera podía ensanchar la base de apoyo del numeroso sector de los excluidos hacia el rey. Bolívar y Páez vencen porque prometen la libertad de los negros, mas no la abolición del odioso sistema de la esclavitud, y hacen de la guerra una oportunidad de ascenso social desde el saqueo y los secuestros de las propiedades de los vencidos. Luego, cuando llegó la paz, todos los intentos de regularizar los comportamientos republicanos que las leyes y constituciones de inspiración extranjera se quisieron adoptar terminaron fracasando; entre ellos, el más grandilocuente de todos: el de la Gran Colombia (1819-1830).

Este período último de la guerra también pone en evidencia cómo la geografía y la demografía delinearon a los contendientes. Entre 800 000 y 900 000 fueron los habitantes de las distintas provincias de la Capitanía General de Venezuela al comenzar en el año 1810 los intentos separatistas. Finalizado el conflicto en el año 1823, hay un descenso de aproximadamente de 200 000 personas, en su mayoría civiles. Tamaña mortandad es poco común en los anales de la historia de la guerra. Literalmente, el Partido Realista fue aniquilado, y quienes sobrevivieron tuvieron que hacerlo en el exilio.

Memoria mutilada y herida siempre es la del derrotado. Las reminiscencias al partido que se identificó con la causa del rey fueron sistemáticamente abolidas por los vencedores, quienes se inventaron una nueva gramática y genealogía nacional surgida de una epopeya victoriosa. Las provincias «traidoras», como Maracaibo, Coro y Guayana, quedaron estigmatizadas porque perdieron la guerra y no estuvieron al lado de los caraqueños, llaneros, andinos y orientales. Los historiadores de Maracaibo, en el siglo XIX, hicieron unos malabarismos historiográficos, encubridores de la vergüenza, para conectarse a la carroza del triunfo de los vencedores. La historia escamoteada y recompuesta para seguir la lógica de la institucionalidad oficial empezó a dictarse desde la capital, Caracas, asiento de todos los poderes públicos.

Otra situación interesante de este período que analizamos es que echa por tierra la idea de un paseo de salud marcial por parte de los republicanos luego de la toma de Angostura en 1819. Para llegar al Carabobo triunfal, en junio de 1821, primero hubo un Boyacá en 1819. Morillo, a pesar de la falta de medios y recursos militares, de los refuerzos que la Metrópoli siempre le negó, mantuvo libre todo el eje costero norte donde se concentraba el país urbano, libre de sus adversarios. Bolívar entendió, luego de dolorosas derrotas, que, solo flanqueando la fortaleza realista, atacando a la Nueva Granada por sorpresa, podría desequilibrar la guerra en Venezuela, como finalmente ocurrió. Así que la guerra nacional, nuestra Independencia, se logró primero en la actual Colombia, lo que nos permite rescatar la interconexión e interdependencia geográfica, histórica y cultural entre ambas regiones, hoy artificialmente divididas por las fronteras y los bloqueos mentales que han terminado por prevalecer.

Una República es un paraíso de la debilidad, nos dice Emil Cioran (1911-1995). El hecho más evidente de una Independencia fallida, como fue la venezolana, lo tenemos con el fracaso de la Gran Colombia (1819-1830), un proyecto geopolítico pasmoso e ilustrado (Luis Castro Leiva [1943-1999]) torpedeado por los principales aliados del mismo Libertador con quienes se ganó la guerra a España y, luego, el empequeñecimiento territorial, en manos de nuestros vecinos a lo largo del siglo XIX como resultado de nuestra anarquía indómita y la pobreza de un territorio devastado.

En fin, la Independencia, tema encubierto por las ideologías alrededor del poder, merece ser revisitado una y otra vez para encontrar, en el presente, un recuerdo justo y contrastado de la misma y, de esa forma, pasar de ser un tema cautivo a otro inspirador, de manera muy especial, entre nuestros jóvenes en el presente, teniendo muy en claro que el recuerdo de la guerra, con toda su podredumbre trágica, solo debe producirnos un compromiso redoblado a favor de la paz.

BIBLIOGRAFÍA

A. G. I. (Archivo General de Indias, Sevilla-España).
A. H. N. (Archivo Histórico Nacional, Madrid-España).
S. H. M. (Servicio Histórico Militar, Madrid-España).

Academia Nacional de la Historia, *Epistolario de la Primera República,* 2 vols., Caracas, 1960.

Academia Nacional de la Historia, *El movimiento emancipador de Hispanoamérica,* actas y ponencias, 4 vols., Caracas, 1961.

Albi, J., *Banderas olvidadas, El ejército realista en América,* Madrid, 1990.

Anna, T. E., *España y la Independencia de América,* México, 1986.

Arambarri, F. X., *Hechos del General Pablo Morillo en América,* Murcia, 1971.

Arcaya, P. M., *Insurrección de los negros de la serranía de Coro en 1795,* Caracas, 1949.

Arcila Farías, E., *Economía Colonial de Venezuela,* t. I, Caracas, 1973.

Armas Chitty, J. A., *Boves a través de sus Biógrafos,* Caracas, 1976.

Artola, M., *Antiguo Régimen y Revolución Liberal,* Barcelona, 1983.

Artola, M., *La España de Fernando VII,* Madrid, 1999.

Ballesteros-Gaibrois, M., «La moderna ciencia americanista española (1938-1950)», *Revista de Indias,* IX, n.os 37-38, 1949.

Baralt, R., y R. Díaz, *Resumen de la Historia de Venezuela,* 2 vols., París, 1841.

Bécker, J., *Orígenes de la decadencia española,* Madrid, 1909.

Bécker, J., *La Independencia de América (su reconocimiento por España),* Madrid, 1922.

Bello, A., *Resumen de la Historia de Venezuela,* Caracas, 1978.
Bermúdez de Castro, *Boves o el León de los Llanos,* Madrid, 1934.
Berruezo León, M. T., *Los Diputados Americanos en las Cortes de Cádiz,* Madrid, 1986.
Besson, J., *Historia del Estado Zulia,* tt. i y ii, Maracaibo, 1945.
Best, G., *Guerra y Sociedad en la Europa revolucionaria (1770-1870),* Madrid, 1990.
Bethell, L. (ed.), *Historia de América Latina,* 5, Barcelona, La Independencia, 2000.
Biblioteca Ayacucho, *Pensamiento Político de la Emancipación Hispanoamericana,* 2 tt., Caracas, 1985.
Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, *Gaceta de Caracas,* 10 tt., Caracas, 1983.
Blanco, E., *Venezuela Heroica,* Caracas, 2000.
Blanco Fombona, R., *Bolívar y la Guerra a Muerte. Época de Boves, 1813-1814,* Caracas, 1969.
Bolívar, S., *Obras completas,* iii tt., Caracas, s. f.
Boussingault, *Memorias,* Caracas, 1974.
Briceño Iragorry, M., *El Regente Heredia o La Piedad Heroica,* Caracas, 1947.
Briceño Iragorry, M., *Casa León y su tiempo,* Caracas, 1989.
Busaniche, J. L., *Bolívar visto por sus contemporáneos,* Buenos Aires, 1981.
Caballero, M., *Juan Vicente Gómez, tirano liberal,* Caracas, 1993.
Caballero, M., *Revolución, reacción y falsificación,* Caracas, 2002.
Cajigal, J. M., *Memorias del Mariscal de Campo Don Juan Manuel de Cajigal sobre la Revolución de Venezuela,* Caracas, 1960.
Campos, M. Á., *La ciudad velada,* Maracaibo, 2001.
Campos, M. Á., *La fe de los traidores,* Maracaibo, 2005
Campos, M. Á., *Incredulidad,* Maracaibo, 2009.
Campos, M. Á., *Desagravio del mal,* Maracaibo, 2014.
Canal, J., *La historia es un árbol de historias. Historiografía, política, literatura,* Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2014.
Cardozo Galué, G., *Maracaibo y su Región Histórica. El circuito agroexportador 1830-1860,* Maracaibo, 1991.
Carlyle, T., *Los Héroes,* Madrid, 1985.
Carnicelli, A., *La Masonería en la Independencia de América (1810-1830),* tt. i-ii, Bogotá, Colombia, 1970.
Carr, R. (ed.), *Historia de España,* Barcelona, 2001.
Carrera Damas, G., *El Culto a Bolívar,* Caracas, 1989.
Carrera Damas, G., *Boves. Aspectos socioeconómicos de la guerra de independencia,* Caracas, 1991.

Carrera Damas, G., *La Disputa de la Independencia,* Caracas, 1995.
Castro Leiva, L., *La Gran Colombia. Una Ilusión Ilustrada,* Caracas, 1984.
Céspedes del Castillo, G., *La Independencia de Iberoamérica. La lucha por la libertad de los pueblos,* Madrid, 1988.
Cisnero de J., L., *Descripción Exacta de la Provincia de Venezuela,* Caracas, 1981.
Coll y Prat, N., *Memoriales sobre la Independencia,* Caracas, 1960.
Contreras, R., *Catálogo de la Colección Pablo Morillo Conde de Cartagena,* tt. i y ii, Madrid, Real Academia de la Historia, 1985.
De La Croix, P., *Diario de Bucaramanga,* Caracas, 1949.
Delgado, J., *La Independencia de América en la Prensa Española,* Madrid, 1949.
Delgado, J., *La Independencia de Hispanoamérica,* Madrid, 1989.
Díaz, J. D., *Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas,* Caracas, 1961.
Domínguez Ortiz, A., *Carlos III y la España de la Ilustración,* Madrid, 1988.
Domínguez Ortiz, A., *España. Tres Milenios de Historia,* Madrid, 2001.
Duarte Level, L., *Cuadros de la Historia Militar y Civil de Venezuela,* Madrid, s. f.
Echeverría, J. M., *Las ideas escolásticas y el inicio de la Revolución Hispanoamericana,* Caracas, 1976.
Elliot, J. H., *El Viejo Mundo y el Nuevo 1492-1650,* Barcelona, 1996.
Enciso Recio, L., *La Opinión española y la Independencia Hispanoamericana 1819-1820,* Valladolid, 1967.
Esteves González, E., *Batallas de Venezuela (1810-1824),* Caracas, 2004.
Felice Cardot, C., *Rebeliones, motines y movimientos de masas en el siglo xviii venezolano (1730-1781),* Caracas, 1977.
Fernández Almagro, M., *La Emancipación de América y su reflejo en la conciencia española,* Madrid, 1957.
Ferrer Benimeli, J., *La Masonería,* Madrid, 1994.
Fontana, J., *La quiebra de la monarquía absoluta,* Barcelona, 1971.
Fontana, J., *La crisis del Antiguo Régimen 1808-1833,* Barcelona, 1992.
Friede, J., *La Batalla de Boyacá 7 de agosto de 1819 a través de los archivos españoles,* Bogotá, 1969.
Friede, J., *La Otra Verdad,* Bogotá, 1972.
Fundación Historia y Comunicación, *Documentos de la Insurrección de José Leonardo Chirinos,* t. 2, Caracas, 1997.
Fundación Polar, *Diccionario de Historia de Venezuela,* Caracas, 1988.
Garay Unibaso, F., *Correos Marítimos Españoles. Indias Occidentales, De 1514 a 1827,* Bilbao, 1987-1996.
García Cárcel, R., *La Leyenda Negra,* Madrid, 1997.
Gil Fortoul, J., *Historia Constitucional de Venezuela,* 3 tt., Caracas, 1964.
González, A., *La guerra de independencia en Puerto Cabello,* Caracas, 1988.

González García, S., «El Aniquilamiento del Ejército Expedicionario de Costa Firme (1815-1823)», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos,* cuarta época, año v, Madrid, 1951.

Grases, P., *Pensamiento Político de la Emancipación Venezolana,* Caracas, 1988.

Grases, P., *La Conspiración de Gual y España,* Caracas, 1997.

Griffin, Ch. C., *Ensayos sobre historia de América,* Caracas, 1969.

Guerra, F. X., *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas,* México, 1993.

Hernández González, M., «Los canarios en la independencia de Venezuela», *Anuario de Estudios Bolivarianos,* año xiv, n.º 15, 2008, pp. 79-117.

Hernández González, M., *Los canarios en la independencia de Venezuela,* Santa Cruz de Tenerife, 2011.

Heredia, E. A., *Planes españoles para reconquistar Hispanoamérica, 1810/1818,* Buenos Aires, 1974.

Heredia, J. F., *Memorias del Regente Heredia,* Caracas, 1986.

Hobsbawm, E., *La Era de la Revolución, 1789-1848,* Barcelona, 1997.

Hussey, R. D., *La Compañía de Caracas 1728-1784,* Caracas, 1962.

Iribarren, C., *La Campaña Admirable 1813,* Caracas, 1963.

Izard, M., *El miedo a la revolución. La lucha por la libertad en Venezuela (1777-1830),* Madrid, 1979.

Izard, M., *Tierra Firme. Historia de Venezuela y Colombia,* Madrid, 1987.

Kamen, H., *Vocabulario Básico de la Historia Moderna,* Barcelona, 1986.

Langue, F., *Aristócratas, honor y subversión en la Venezuela del siglo xviiii,* Caracas, 2000.

Leal Curiel, C., *El discurso de la fidelidad. Construcción social del espacio como símbolo del poder regio. (Venezuela, Siglo xviii),* Caracas, 1990.

Lecuna, V., «La Guerra de Independencia en los Llanos de Venezuela», *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), año xii, n.º 21, 5 de julio de 1923 (1.º del tomo vi).

León Portilla, M., *El Reverso de la Conquista,* México, 1964.

León Tello, P., *El Ejército Expedicionario de Costa Firme. Documentos del Conde de Torrepando conservados en el Archivo Histórico Nacional,* tt. i y ii, Madrid, 1985.

Level de Goda, A., «Memorias de Level de Goda», *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), t. xv, n.º 59, julio-septiembre de 1932.

Level de Goda, A., «Antapadosis», *Boletín de la Academia Nacional de la Historia,* n.º 16, 1933, pp. 500-709.

Lombardi, A., *Sobre la unidad y la identidad latinoamericana,* Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1989.

Lombardi, A., *Introducción a la historia,* Maracaibo, 2010.

Lombardi, J. V., «La invención de Venezuela en el marco del sistema mundial: el siglo de transición 1750-1850», *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), t. lxxxiii, n.º 332, octubre-noviembre-diciembre de 2000.

Lombardi Boscán, Á. R., *La Visión Española de la Pre-Independencia en Venezuela (1749-1806),* Madrid, 2000.

Lombardi Boscán, Á. R., *Banderas del rey,* Maracaibo, 2006.

Lombardi Boscán, Á. R., *Conspiración de Maracaibo,* Maracaibo, 2009.

Lombardi Boscán, Á. R., «Prolegómenos de la Independencia», *Tierra Nuestra: 1498-2009,* t. i, Caracas, 2009.

Lombardi Boscán, Á. R., «Fin de la presencia realista en Venezuela: la Monarquía como patria (1810-1823)», *Cuadernos de Historia Moderna Anejos, XI. La nación antes del nacionalismo en la Monarquía Hispánica (1777-1824),* Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2012.

Lombardi Boscán, Á. R., *Estrategia de la derrota,* Maracaibo, 2016.

López Bohórquez (comp.), *Manuel Gual y José María España. Valoración múltiple de la Conspiración de la Guaira de 1797,* Caracas, 1997.

López Guédez, H., *Un Aspecto de la Pacificación de América (1810-1814),* Mérida, 1963.

López Guédez, H., *Dos Informes sobre la Pacificación de América en 1824,* Mérida, 1967.

Lovett, G. H., *La guerra de la independencia y el nacimiento de la España Contemporánea,* Barcelona, 1975.

Lucena Salmoral, M., *La economía americana del primer cuarto del siglo xix, vista a través de las Memorias escritas por don Vicente Basadre, último Intendente de Venezuela,* Caracas, 1983.

Lucena Salmoral, M., *El comercio caraqueño a fines del período español: mercados, comerciantes e instrumentos de cambio,* Caracas, 1984.

Lynch, J., *El siglo xviii en Historia de España,* vol. xii, Barcelona, Crítica, 1991.

Lynch, J., *Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826,* Barcelona, 1998.

Lynch, J., *La España del siglo xviii,* Barcelona, 1999.

Lynch, J., *América Latina, Entre Colonia y Nación,* Barcelona, 2001.

Lynch, J., *Simón Bolívar,* Barcelona, 2006.

Maalouf, A., *Las cruzadas vistas por los árabes,* Madrid, 2000.

Madariaga, S., *Bolívar,* ii tt., Madrid, 1979.

Martínez, P. P., *La unión con España, exigencia de los diputados americanos en las Cortes de Cádiz,* Madrid, 2000.

Martínez Ruiz, E., *La seguridad pública en el Madrid de la Ilustración,* Madrid, 1988.

Martínez Ruiz, E., *La España de Carlos IV (1788-1808),* Madrid, 1999.

Martínez Ruiz, E. (coord..), *Poder y Mentalidad en España e Iberoamérica,* Madrid, 2000.

Martínez Ruiz, E., A. Gutiérrez Castillo y E. Lobón Díaz, *Atlas Histórico Edad Moderna,* España, 1988.

Marx, C., «Bolívar y Ponte», *The New American Cyclopedia,* Nueva York, 1858.

Matilla Tascón, A., «Las Expediciones o Reemplazos Militares enviados desde Cádiz a reprimir el movimiento de Independencia de Hispanoamérica», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (Madrid), cuarta época, año v.

McKinley, P. M., *Caracas antes de la Independencia,* Caracas, 1987.

Menéndez Pidal, R., *Historia de España,* t. xxx.

Millares Carlo, A., *Estudio Bibliográfico de los Archivos Venezolanos y Extranjeros de interés para la Historia de Venezuela,* Caracas, 1971.

Millares Carlo, A., *Maracaibo y la Independencia de Venezuela,* Caracas, 1977.

Millares Carlo, A., y C. Sánchez Díaz, *Batalla Naval del Lago de Maracaibo,* Maracaibo, 1973.

Millares Carlo, A., y C. Sánchez Díaz, *Documentación Realista sobre la Batalla Naval del Lago de Maracaibo,* Maracaibo, 1973.

Mondolfi Gudat, E., *Páez visto por los ingleses,* Caracas, 2005.

Mondolfi Gudat, E., *El Lado Oscuro de una Epopeya. Los Legionarios Británicos en Venezuela,* Caracas, 2011.

Morales Padrón, F., *Rebelión contra la Compañía de Caracas,* Sevilla, 1955.

Morales Padrón, F., *Historia Negativa de España en América,* Madrid, 1956.

Morales Padrón, F., *Historia de Hispanoamérica,* Sevilla, 1972.

Morales Padrón, F., *América como Tema,* Las Palmas de Gran Canaria, 1997.

Muñoz Oraá, C. E., *La sociedad venezolana frente a la intendencia,* Mérida, 1964.

Muñoz Oraá, C. E., *La Independencia de América. Pronóstico y proyecto de monarquías,* Mérida, 1967.

Muñoz Oraá, C. E., *Los comuneros de Venezuela. Una rebelión popular de pre-independencia,* Mérida, 1971.

Nadal, J., *La población española (siglos xvi a xx),* Barcelona, 1973.

O'Leary, D. F., *Memorias del General O'Leary,* Caracas, 1883-1914.

Parker, G., *El ejército de Flandes y el Camino Español (1567-1659),* Madrid, 2000.

Parker, G., *El Éxito nunca es definitivo. Imperialismo, guerra y fe en la Europa moderna,* Madrid, 2001.

Parra Pérez, C., *El Régimen Español en Venezuela,* Madrid, 1964.

Parra Pérez, C., *Miranda y la Revolución francesa,* 2 vols., Caracas, 1966.

Parra Pérez, C., *Historia de la Primera República,* Caracas, 1992.

Pellicer, L. F., *La Vivencia del Honor en la Provincia de Venezuela 1774-1809,* Caracas, 1996.

Pérez, J., *Los movimientos precursores de la emancipación en Hispanoamérica,* Madrid, 1977.

Pérez, J., *Carlos V,* Madrid, 1999.

Pérez, J., *Historia de España,* Barcelona, 1999.

Pérez Jurado, C., «Relación de Prisioneros Realistas. Datos y Hechos para el Estudio de la Guerra de Independencia y el Derecho Internacional de Guerra y Humanitario», *Boletín de la Academia Nacional de la Historia,* t. lxxxii, n.º 325, enero-febrero-marzo de 1999.

Pérez Tenreiro, T., *José Tomás Boves, Primera Lanza del Rey,* Caracas, 1994.

Pérez Turrado, G., *La Marina Española en la Independencia de la Costa Firme,* Madrid, 1992.

Picón Salas, M., *Venezuela independiente, 1810-1960,* Caracas, 1962.

Picón Salas, M., *Miranda,* Caracas, 1993.

Pino Iturrieta, E., *La mentalidad venezolana de la emancipación,* Caracas, 1971.

Pino Iturrieta, E., *Las ideas de los primeros venezolanos,* Caracas, 1987.

Pino Iturrieta, E., *Nueva lectura de la Carta de Jamaica,* Caracas, 1999.

Pino Iturrieta, E., *El divino Bolívar. Ensayo sobre una Religión Republicana,* Caracas, 2003.

Pino Iturrieta, E., *Nada sino un hombre (Los orígenes del personalismo en Venezuela),* Caracas, 2007.

Pino Iturrieta, E., *Simón Bolívar,* Caracas, 2010.

Pino Iturrieta, E., *La independencia a palos,* Caracas, 2011.

Polanco Alcántara, T., *Simón Bolívar. Ensayo de interpretación biográfica a través de sus documentos,* Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1994.

Polanco Alcántara, T., *¿Miranda Don Juan o Don Quijote?,* Caracas, 1996.

Quintero, I., *La Conjura de los Mantuanos,* Caracas, 2002.

Quintero, I., *El último marqués. Francisco Rodríguez del Toro, 1761-1851,* Caracas, 2005.

Quintero, I., *El hijo de la panadera,* Caracas, 2014.

Quintero, I., *La Criolla Principal,* Caracas, 2016.

Ramos Pérez, D., *España en la Independencia de América,* Madrid, 1996.

Ranke, L. V., *Grandes Figuras de la Historia,* México, 1966.

Restrepo, J. M., *Historia de la Revolución de Venezuela, en la América Meridional,* Madrid, 1976.

Rieu-Millán, M. L., *Los diputados americanos en las Cortes de Cádiz (Igualdad o Independencia),* Madrid, 1990.

Robertson, W. S., *La vida de Miranda,* Caracas, 1967.

Rodríguez, Jaime E. (coord.), *Revolución, independencia y las nuevas naciones de América,* Madrid, 2005.

Rodríguez Villa, A., *El Teniente General Don Pablo Morillo, Primer Conde de Cartagena, Marqués de la Puerta (1778-1837): estudio biográfico documentado,* tt. i, ii, iii y iv, Madrid, 1908-1910.

Rodríguez Villa, A., *Don Pablo Morillo, Primer Conde de Cartagena, Marqués de la Puerta, Teniente General de los Ejércitos Nacionales (1778-1837). Resumen de su Vida,* Madrid, 1909.

Rus, J. D., *Maracaibo representado en todos sus ramos,* Maracaibo, 1987.

Semprún J., y A. Bullón de Mendoza, *El Ejército Realista en la Independencia Americana,* Madrid, 1992.

Sevilla, R., *Memorias de un Oficial del Ejército Español (Campañas contra Bolívar y los separatistas de América),* Bogotá, 1983.

Stoan, S. K., *Pablo Morillo and Venezuela, 1815-1820,* Universidad Estatal de Ohio en Columbia, 1974.

Straka, T., *La voz de los vencidos. Ideas del partido realista de Caracas, 1810-1821,* Caracas, 2000.

Sucre, L. A., *Gobernadores y Capitanes Generales de Venezuela,* Caracas, 1928.

Sun-Zi, *El Arte de la Guerra,* Madrid, 2001.

Thibaud, C., *Repúblicas en Armas,* Bogotá, 2003.

Tocqueville, A., *El Antiguo Régimen y la Revolución,* México, 1996.

Torrente, M., *Historia de la Revolución Hispanoamericana,* 2 tt., Madrid, 1829-1830.

Tuchman, B. W., *La marcha de la locura. La sinrazón desde Troya hasta Vietnam,* México, 2001.

Tuchman, B. W., *Cómo se escribe la historia. Las claves para entender la historia y otros ensayos,* Madrid, 2009.

Urquinaona y Pardo, P., *Relación Documentada del Origen y Progresos del Trastorno de las Provincias de Venezuela hasta la Exoneración del Capitán General Don Domingo Monteverde,* Madrid, 1820.

Uslar Pietri, A., *Las Lanzas Coloradas,* Cuba, 1990.

Uslar Pietri, J., *Historia de la Rebelión Popular de 1814,* Caracas, 1962.

Vaamonde, G. A., *Los novadores de Caracas,* Caracas, 2009.

Vallenilla Lanz, L., *Cesarismo Democrático,* Caracas, 1961.

Vallenilla Lanz, L., *Disgregación e integración,* Madrid, 1962.

Vilar, P., *Historia de España,* Barcelona, 1999.

Vincens, V. J. (dir.), *Historia de España y América social y económica,* vol. iv, España, 1977.

Viso Bernardo, A., *Venezuela: identidad y ruptura,* Caracas, 2012.

Vowell, R. L., *Las sabanas de Barinas,* Caracas, 1946.

Vowell, R. L., *Campañas y Cruceros,* Caracas, 1973.
Waddell, D. A. G., *Gran Bretaña y la Independencia de Venezuela y Colombia,* Caracas, 1983.
Weber, M., *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid, 1998.

ÍNDICE

PRÓLOGO
Jordi Canal 9
INTRODUCCIÓN 17
DE COLONIA A REPÚBLICA (1810-1814) 25
La Junta del 19 de abril de 1810: ¿un golpe de Estado? 25
Un paso incierto 27
Vacío peninsular: una colonia sin Metrópoli 29
La versión oficial realista 32
Otras versiones 40
No fue una traición a España 45
La participación de las fuerzas militares 47
Causas del 19 de abril de 1810 48
Las primeras reacciones 53
Vicente de Emparan, capitán general de Venezuela: una extraña actuación 62
La «versión» de Emparan sobre el 19 de abril de 1810 65
Testimonios realistas sobre la actuación de Emparan 68
Maracaibo, Coro y Guayana: ciudades leales al rey 70
Maracaibo: cabeza de la contrarrevolución 71
Guayana: leal al rey 86
Conflicto interprovincial antes que Independencia 89

La Regencia decreta el bloqueo..... 92
Miyares y Cortabarría: «Pacificadores»..... 92
Anomia realista: el caso de los «Correos Marítimos»..... 99
5 de julio de 1811: Declaración de la Independencia 103
La Sociedad Patriótica: la revolución se radicaliza 107
La conspiración canaria..... 113
Los realistas en Guayana..... 115
Alzamiento de Valencia..... 117
El reino de la libertad..... 120
La prensa republicana..... 122
Iglesia e independencia..... 124
Terremoto de 1812 125
1812: Monteverde y la reacción realista contra la Primera República. Civiles versus militares..... 128
Capitulación entre Monteverde y Miranda..... 136
El partido canario 137
Guerra civil 140
Narciso Coll y Prat..... 141
Civiles contra militares..... 142
Monteverde, primer caudillo de Venezuela..... 147
Las provincias orientales..... 149
Los caudillos y sus «patriecitas»..... 152
Provincia de Guayana 153
Contraofensiva militar republicana en el año 1813..... 155
El regimiento Granada..... 160
Monteverde, derrotado..... 161
Guerra irregular 163
Biografía realista de Bolívar..... 166
1813: «La Guerra a Muerte»: el horror se abate sobre Venezuela... 170
Guerra irregular 172
España no trata con rebeldes..... 175
La Guerra a Muerte..... 178
La violencia como ruptura y reafirmación..... 180
El lenguaje del cuchillo 182
1814: Boves y la sublevación de las masas contra la Segunda República 185

La independencia como rebelión popular 186
Morillo: restaurador del Antiguo Régimen 188
Boves, caudillo de los llanos 189
La campaña militar de los años 1813-1814 194
Campaña militar en el oriente del país 201
El miedo pardo, el miedo negro 203
Boves, ¿reformador social? 207
Venezuela en anarquía 208

DE LA GUERRA SOCIAL A LA GUERRA INTERNACIONAL. LA REACCIÓN MONÁRQUICA: EL RETORNO DE FERNANDO VII Y LA PACIFICACIÓN MILITAR (1815-1817) 211

Revolución liberal española 211
Comisión de Reemplazos 214
La expedición «pacificadora» de don Pablo Morillo (1815) 223
Gobierno militar de Morillo 233
Don Salvador de Moxó, capitán general de Venezuela (1816) 242
La Junta de Secuestros 250
Salvador de Moxó: ¿funcionario corrupto? 250
Moxó huye de Venezuela 263
Año 1816: contraofensiva republicana en Venezuela 266
Regreso de Morillo a Venezuela 274
Informe de Roxas Queipo: emisario personal de Morillo 275
Caída de Guayana (1817) 283
Creación de un batallón realista en Venezuela 291
Expedición de La Torre para liberar Guayana 292
Sitio de Guayana 297
Batalla de San Félix 307
Resistencia numantina de los guayaneses 308
Retirada y abandono realista de la provincia de Guayana 313
Enfrentamiento en Cabrián 316
Importancia estratégica de Guayana. La guerra cambia de curso 317
Fusilamiento de Piar 318
Debacle realista en Margarita 319
Morillo replantea la estrategia militar sobre Venezuela 323
Morillo atrapado dentro del laberinto tropical 325
La soledad de Morillo 326

LA GUERRA INTERMINABLE (1818) 329
Solos, aunque con Dios, la Virgen y el rey 330
Campaña militar del año 1818 331
Semén: el «Carabobo» realista 337
La obsolescencia de España en América. La anomia y el fin 343
Salvando al Imperio 348
La última oportunidad perdida 357
Los emisarios de Morillo 361
ESTRATEGIA DE LA DERROTA (1819-1823) 367
1819: campaña militar sobre el Apure 367
El llano en llamas 370
Los voluntarios británicos 374
Manifiesto de las Provincias de Venezuela. A Todas las Naciones Civilizadas de la Europa 377
Campaña en la Nueva Granada: Boyacá 383
1820: el año del armisticio y del fin de la «pacificación» 400
El impacto de la revuelta liberal sobre los realistas en Venezuela .. 404
Críticas liberales sobre los expedicionarios: Morillo versus Somoyar 408
El Armisticio y Tratado de Regularización de la Guerra 416
El incidente de Maracaibo. La guerra se reanuda 428
«La desgraciada acción de Carabobo» 431
Causas de la derrota realista en Venezuela 440
Francisco Tomás Morales, último capitán general de Venezuela 452
CONCLUSIONES 455
BIBLIOGRAFÍA 469

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres del Servicio de Publicaciones
de la Universidad de Zaragoza
en abril de 2019

Títulos de Ciencias Sociales

1 Luis Gracia Martín, *El actuar en lugar de otro en Derecho Penal* (1985).
2 Antonio Serrano González, *Michel Foucault: Sujeto, derecho, poder* (1986).
3 Ignacio Peiró Martín y Gonzalo Pasamar Alzuria, *Historiografía y práctica social en España* (1987).
4 Fernando Pérez Cebrián, *La planificación de la encuesta social* (1987).
5 Yolanda Polo Redondo, *Desarrollo de nuevos productos: aplicaciones a la economía española* (1988).
6 Eloy Fernández Clemente, *Estudios sobre Joaquín Costa* (1988).
7 Gema Martínez de Espronceda Sazatornil, *El canciller de bolsillo. Dollfuss en la prensa de la II República* (1988).
8 José Ignacio Lacasta Zabalza, *Cultura y gramática del Leviatán portugués* (1988).
9 José M.ª Rodanés Vicente, *La Prehistoria. Apuntes sobre concepto y método* (1988).
10 Cástor Díaz Barrado, *El consentimiento como causa de exclusión de la ilicitud del uso de la fuerza, en Derecho Internacional* (1989).
11 Harvey J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio* (1989).
12 Antonio Beltrán Martínez, *Ensayo sobre el origen y significación del arte prehistórico* (1989).
13 José Luis Moreu Ballonga, *El nuevo régimen jurídico de las aguas subterráneas* (1990).
14 Santiago Míguez González, *La preparación de la transición a la democracia en España* (1990).
15 Jesús Hernández Aristu, *Pedagogía del ser: aspectos antropológicos y emancipatorios de la pedagogía de Paulo Freire* (1990).
16 Alfonso Sánchez Hormigo, *Valentín Andrés Álvarez (Un economista del 27)* (1991).
17 José Antonio Ferrer Benimeli y Manuel A. de Paz Sánchez, *Masonería y pacifismo en la España contemporánea* (1991).
18 Gonzalo Pasamar Alzuria, *Historiografía e ideología en la postguerra española: la ruptura de la tradición liberal* (1991).
19 Sidney Pollard, *La conquista pacífica. La industrialización de Europa, 1760-1970* (1991).
20 Jesús Lalinde Abadía, *Las culturas represivas de la Humanidad* (1992).
21 Fernando Baras Escolá, *El reformismo político de Jovellanos (Nobleza y poder en la España del siglo XVIII)* (1993).
22 José Antonio Ferrer Benimeli (coord.), *Masonería y periodismo en la España contemporánea* (1993).
23 John Clanchy y Brigid Ballard, *Cómo se hace un trabajo académico. Guía práctica para estudiantes universitarios,* 2.ª ed. (2000).
24 Eloy Fernández Clemente, *Ulises en el siglo XX. Crisis y modernización en Grecia, 1900-1930* (1995).
25 Enrique Fuentes Quintana, *El modelo de economía abierta y el modelo castizo en el desarrollo económico de la España de los años 90* (1995).

26 Alfred D. Chandler, Jr., *Escala y diversificación. La dinámica del capitalismo industrial,* traducción de Jordi Pascual (1996).
27 Richard M. Goodwin, *Caos y dinámica económica,* traducción y revisión técnica de Julio Sánchez Chóliz, Dulce Saura Bacaicoa y Gloria Jarne Jarne (1997).
28 M.ª Carmen Bayod López, *La modificación de las capitulaciones matrimoniales* (1997).
29 Gregory M. Luebbert, *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia. Clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras,* traducción de Álvaro Garrido Moreno (1997).
30 Ángela Cenarro Lagunas, *Cruzados y camisas azules. Los orígenes del franquismo en Aragón, 1936-1945* (1997).
31 Enrique Fuentes Quintana y otros, *La Hacienda en sus ministros. Franquismo y democracia* (1997).
32 Gaspar Mairal Buil, José Ángel Bergua Amores y Esther Puyal Español, *Agua, tierra, riesgo y supervivencia. Un estudio antropológico sobre el impacto socio-cultural derivado de la regulación del río Ésera* (1997).
33 Charles Tilly, Louise Tilly y Richard Tilly, *El siglo rebelde, 1830-1930,* traducción de Porfirio Sanz Camañes (1997).
34 Pedro Rújula, *Contrarrevolución. Realismo y Carlismo en Aragón y el Maestrazgo, 1820-1840* (1998).
35 R. A. C. Parker, *Historia de la segunda guerra mundial,* traducción de Omnivox, S. L. (1998).
36 José Aixalá Pastó, *La peseta y los precios. Un análisis de largo plazo (1868-1995)* (1999).
37 Carlos Gil Andrés, *Echarse a la calle. Amotinados, huelguistas y revolucionarios (La Rioja, 1890-1936)* (2000).
38 Francisco Comín y otros, *La Hacienda desde sus ministros. Del 98 a la guerra civil* (2000).
39 Ángela López Jiménez, *Zaragoza ciudad hablada. Memoria colectiva de las mujeres y los hombres* (2001).
40 Juan Carmona, Josep Colomé, Juan Pan-Montojo y James Simpson (eds.), *Viñas, bodegas y mercados. El cambio técnico en la vitivinicultura española, 1850-1936* (2001).
41 Ève Gran-Aymerich, *El nacimiento de la arqueología moderna, 1798-1945,* traducción de Inés Sancho-Arroyo (2001).
42 Rafael Vallejo Pousada, *Reforma tributaria y fiscalidad sobre la agricultura y la propiedad en la España liberal, 1845-1900* (2001).
43 Robert S. DuPlessis, *Transiciones al capitalismo en Europa durante la Edad Moderna,* traducción de Isabel Moll (2001).
44 Carlos Usabiaga, *El estado actual de la Macroeconomía. Conversaciones con destacados macroeconomistas,* traducción de Montse Ponz (2002).
45 Carmelo Lisón Tolosana, *Caras de España (Desde mi ladera)* (2002).
46 Hanneke Willemse, *Pasado compartido. Memorias de anarcosindicalistas de Albalate de Cinca, 1928-1938,* traducción de Francisco Carrasquer (2002).
47 M.ª Pilar Salomón Chéliz, *Anticlericalismo en Aragón. Protesta popular y movilización política (1900-1939)* (2002).

48 Ana José Bellostas Pérez-Grueso, Carmen Marcuello Servós, Chaime Marcuello Servós y José Mariano Moneva Abadía, *Mimbres de un país. Sociedad civil y sector no lucrativo en Aragón* (2002).
49 Mercedes Yusta Rodrigo, *Guerrilla y resistencia campesina. La resistencia armada contra el franquismo en Aragón (1930-1952)* (2003).
50 Francisco Beltrán Lloris (ed.), *Antiqua Iuniora. En torno al Mediterráneo en la Antigüedad* (2004).
51 Roberto Ceamanos Llorens, *De la historia del movimiento obrero a la historia social.* L'Actualité de l'Histoire *(1951-1960) y* Le Mouvement Social *(1960-2000)* (2004).
52 Carlos Forcadell, Gonzalo Pasamar, Ignacio Peiró, Alberto Sabio y Rafael Valls (eds.), *Usos de la Historia y políticas de la memoria* (2004).
53 Aitor Pérez Ruiz, *La participación en la ayuda oficial al desarrollo de la Unión Europea. Un estudio para Aragón* (2004).
54 Gloria Sanz Lafuente, *En el campo conservador. Organización y movilización de propietarios agrarios en Aragón (1880-1930)* (2005).
55 Francisco Comín, Pablo Martín Aceña y Rafael Vallejo (eds.), *La Hacienda por sus ministros. La etapa liberal de 1845 a 1899* (2006).
56 Pedro Lains, *Los progresos del atraso. Una nueva historia económica de Portugal, 1842-1992,* traducción de Lourdes Eced (2006).
57 Alessandro Roncaglia, *La riqueza de las ideas. Una historia del pensamiento económico,* traducción de Jordi Pascual (2006).
58 Kevin H. O'Rourke y Jeffrey G. Williamson, *Globalización e historia. La evolución de la economía atlántica en el siglo XIX,* traducción de Montse Ponz (2006).
59 Fernando Casado Cañeque, *La RSE ante el espejo. Carencias, complejos y expectativas de la empresa responsable en el siglo XXI* (2006).
60 Marta Gil Lacruz, *Psicología social. Un compromiso aplicado a la salud* (2007).
61 José Ángel Bergua Amores, *Lo social instituyente. Materiales para una sociología no clásica* (2007).
62 Ricardo Robledo y Santiago López (eds.), *¿Interés particular, bienestar público? Grandes patrimonios y reformas agrarias* (2007).
63 Concha Martínez Latre, *Musealizar la vida cotidiana. Los museos etnológicos del Alto Aragón* (2007).
64 Juan David Gómez Quintero, *Las ONGD aragonesas en Colombia. Ejecución y evaluación de los proyectos de desarrollo* (2007).
65 M.ª Alexia Sanz Hernández, *El consumo de la cultura rural* (2007).
66 Julio Blanco García, *Historia de las actividades financieras en Zaragoza. De la conquista de Zaragoza (1118) a la aparición del Banco de Aragón (1909)* (2007).
67 Marisa Herrero Nivela y Elías Vived Conte, *Programa de Comprensión, Recuerdo y Narración. Una herramienta didáctica para la elaboración de adaptaciones curriculares. Experiencia en alumnos con síndrome de Down* (2007).
68 Vicente Pinilla Navarro (ed.), *Gestión y usos del agua en la cuenca del Ebro en el siglo XX* (2008).

69 Juan Mainer (coord.), *Pensar críticamente la educación escolar. Perspectivas y controversias historiográficas* (2008).
70 Richard Hocquellet, *Resistencia y revolución durante la Guerra de la Independencia. Del levantamiento patriótico a la soberanía nacional* (2008).
71 Xavier Darcos, *La escuela republicana en Francia: obligatoria, gratuita y laica. La escuela de Jules Ferry, 1880-1905,* traducción de José Ángel Melero Mateo (2008).
72 María Pilar Galve Izquierdo, *La necrópolis occidental de Caesaraugusta en el siglo III (Calle Predicadores, 20-30, Zaragoza)* (2009).
73 Joseba de la Torre y Gloria Sanz Lafuente (eds.), *Migraciones y coyuntura económica del franquismo a la democracia* (2009).
74 Laura Sancho Rocher (coord.), *Filosofía y democracia en la Grecia antigua* (2009).
75 Víctor Lucea Ayala, *El pueblo en movimiento. La protesta social en Aragón (1885-1917)* (2009).
76 Jesús Gascón Pérez, *Alzar banderas contra su rey. La rebelión aragonesa de 1591 contra Felipe II* (2010).
77 Gaspar Mairal Buil, *Tiempos de la cultura (Ensayos de antropología histórica)* (2010).
78 Marie Salgues, *Teatro patriótico y nacionalismo en España: 1859-1900* (2010).
79 Jerònia Pons Pons y Javier Silvestre Rodríguez (eds.), *Los orígenes del Estado del Bienestar en España, 1900-1945: los seguros de accidentes, vejez, desempleo y enfermedad* (2010).
80 Richard Hocquellet, *La revolución, la política moderna y el individuo. Miradas sobre el proceso revolucionario en España (1808-1835)* (2011).
81 Ismael Saz y Ferran Archilés (eds.), *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea* (2011).
82 Carlos Flavián y Carmina Fandos (coords.), *Turismo gastronómico. Estrategias de* marketing *y experiencias de éxito* (2011).
83 José Ángel Bergua Amores, *Estilos de la investigación social. Técnicas, epistemología, algo de anarquía y una pizca de sociosofía* (2011).
84 Fernando José Burillo Albacete, *La cuestión penitenciaria. Del Sexenio a la Restauración (1868-1913)* (2011).
85 Luis Germán Zubero, *Historia económica del Aragón contemporáneo* (2012).
86 Francisco Ramiro Moya, *Mujeres y trabajo en la Zaragoza del siglo XVIII* (2012).
87 Daniel Justel Vicente (ed.), *Niños en la Antigüedad. Estudios sobre la infancia en el Mediterráneo antiguo* (2012).
88 Jeffrey G. Williamson, *El desarrollo económico mundial en perspectiva histórica. Cinco siglos de revoluciones industriales, globalización y desigualdad* (2012).
89 Carlos Laliena Corbera, S*iervos medievales de Aragón y Navarra en los siglos XI-XIII* (2012).
90 Enrique Cebrián Zazurca, *Sobre la democracia representativa. Un análisis de sus capacidades e insuficiencias* (2013).
91 Ignacio Simón Cornago, *Los soportes de la epigrafía paleohispánica. Inscripciones sobre piedra, bronce y cerámica* (2013).

92 Ignacio Peiró Martín, *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión* (2013).
93 Gabriel Sopeña Genzor (ed.), *Aragón antiguo: fuentes para su estudio* (2013).
94 José Antônio de C. R. de Souza y Bernardo Bayona Aznar (eds.), *Doctrinas y relaciones de poder en el Cisma de Occidente y en la época conciliar (1378-1449)* (2013).
95 Elisabel Larriba, *El público de la prensa en España a finales del siglo* XVIII *(1781-1808)* (2013).
96 Emilio Benedicto Gimeno y José Antonio Mateos Royo, *La minería aragonesa en la cordillera Ibérica durante los siglos* XVI *y* XVII*. Evolución económica, control político y conflicto social* (2013).
97 José Ángel Sesma Muñoz, *Revolución comercial y cambio social. Aragón y el mundo mediterráneo (siglos* XIV-XV*)* (2013).
98 Alain Hugon, *La insurrección de Nápoles, 1647-1648. La construcción del acontecimiento* (2014).
99 Arno J. Mayer, *Las Furias. Violencia y terror en las revoluciones francesa y rusa* (2014).
100 Francisco Javier Ramón Solans, *«La Virgen del Pilar dice…». Usos políticos y nacionales de un culto mariano en la España contemporánea* (2014).
101 Ángel Alcalde, *Los excombatientes franquistas. La cultura de guerra del fascismo español y la Delegación Nacional de Excombatientes (1936-1965)* (2014).
102 Raúl Susín Betrán y M.ª José Bernuz Beneitez (coords.), *Seguridad(es) y derechos inciertos* (2014).
103 María Asunción Bellosta Martínez, *Sentir la muerte hoy. El género al final de la vida* (2014).
104 Chabier Gimeno Monterde, *Buscavidas. La globalización de las migraciones juveniles* (2014).
105 Jordi Canal, *La historia es un árbol de historias. Historiografía, política, literatura* (2014).
106 David Vila Viñas, *La gobernabilidad más allá de Foucault. Un marco para la teoría social y política contemporáneas* (2014).
107 Javier Rodrigo (ed.), *Políticas de la violencia. Europa, siglo* XX (2014).
108 Jerònia Pons Pons y Margarita Vilar Rodríguez, *El seguro de salud privado y público en España. Su análisis en perspectiva histórica* (2014).
109 Fernando Arlettaz, *Religión, esfera pública, mundo privado. La libertad religiosa y la neutralidad del Estado en las sociedades secularizadas* (2015).
110 Alessandro Roncaglia, *Economistas que se equivocan. Las raíces culturales de la crisis* (2015).
111 Laura Sancho Rocher (coord.), *La Antigüedad como paradigma. Espejismos, mitos y silencios en el uso de la historia del mundo clásico por los modernos* (2015).
112 José Ignacio Gómez Zorraquino, *Patronazgo y clientelismo. Instituciones y ministros reales en el Aragón de los siglos* XVI *y* XVII (2016).
113 George L. Mosse, *Soldados caídos. La transformación de la memoria de las guerras mundiales* (2016).
114 Domingo Gallego Martínez, Luis Germán Zubero y Vicente Pinilla Navarro (eds.), *Estudios sobre el desarrollo económico español. Dedicados al profesor Eloy Fernández Clemente* (2016).

115 Maurice Agulhon, *Política, imágenes, sociabilidades: de 1789 a 1989,* ed. de Jordi Canal (2016).
116 María José Estarán Tolosa, *Epigrafía bilingüe del Occidente romano. El latín y las lenguas locales en las inscripciones bilingües y mixtas* (2016).
117 Raanan Rein y Joan Maria Thomàs (eds.), *Guerra Civil y franquismo: una perspectiva internacional* (2016).
118 Eugenio García Gascón, *Sayyid Qutb. Nostalgia del islam* (2016).
119 Bernardo Bayona Aznar y José Antônio de C. R. de Souza (eds.), *Iglesia y Estado. Teorías políticas y relaciones de poder en tiempo de Bonifacio VIII y Juan XXII* (2016).
120 Alexandre Coello de la Rosa y Josep Lluís Mateo Dieste, *Elogio de la antropología histórica. Enfoques, métodos y aplicaciones al estudio del poder y del colonialismo* (2016).
121 Stéphane Michonneau, *«Fue ayer». Belchite: un pueblo frente a la cuestión del pasado* (2017).
122 Alessandro Roncaglia, *Breve historia del pensamiento económico* (2017).
123 Cristina Monge Lasierra, *15M: un movimiento político para democratizar la sociedad* (2017).
124 F. Rosario Espinoza Rodríguez, *El agua para la producción de energía en Centroamérica. Régimen jurídico* (2017).
125 Manuel Chust (ed.), *De revoluciones, Guerra Fría y muros historiográficos: acerca de la obra de Manfred Kossok* (2017).
126 Antonio Peiró Arroyo, *El golpe de Estado del general Palafox* (2017).
127 Juan Postigo Vidal, *El paisaje y las hormigas. Sexualidad, violencia y desorden social en Zaragoza (1600-1800)* (2018).
128 Antonio Rivera (ed.), *Naturaleza muerta. Usos del pasado en Euskadi después del terrorismo* (2018).
129 Carolina Armenteros, *La idea francesa de la historia. Joseph de Maistre y sus herederos* (2018).
130 Jesús A. Martínez Martín, *Los negocios y las letras. El editor Francisco de Paula Mellado (1807-1876)* (2018).
131 David Alegre, Miguel Alonso y Javier Rodrigo (coords.), *Europa desgarrada: guerra, ocupación y violencia, 1900-1950* (2018).
132 Ana M.ª Rodrigo Echalecu, *El libro autárquico y la biblioteca nacional católica. La política del libro durante el primer franquismo (1939-1951)* (2018).
133 Vicente Pinilla, Luis Germán y Agustín Sancho, *El transporte público en Zaragoza. Desde 1885 hasta la actualidad* (2018).

LOS CONTENIDOS DE ESTE LIBRO PUEDEN SER
REPRODUCIDOS EN TODO O EN PARTE, SIEMPRE
Y CUANDO SE CITE LA FUENTE Y SE HAGA CON
FINES ACADÉMICOS Y NO COMERCIALES

ciencia Sociales

El estudio del período sobre la Independencia de Venezuela pareciera ser un tema maldito. Deformado por unos, ocultado por otros; asociado más a creencias que a ideas e interpretaciones históricas; vinculado estrechamente al mito y la leyenda, ha servido para robustecer una conciencia e identidad nacional sobre la deformación del mismo pasado. La Independencia de Venezuela, al igual que en el resto de América, significó una ruptura en el tiempo; un verdadero proceso revolucionario con repercusiones mundiales que terminó indigestándose a sus propios protagonistas. «Guerra a favor de la Libertad» para los republicanos; «Guerra a favor de la Monarquía» para los realistas: en el fondo, la violencia como último recurso para dirimir la supremacía entre distintos sectores sociales bajo el arbitraje de una metrópoli ausente.

creative commons

ISBN 978-84-17633-51-6

Prensas de la Universidad
Universidad Zaragoza